

MARGARET  
ATWOOD

OJO DE GATO



Lectulandia

Tras una larga ausencia, la pintora Elaine Riskey vuelve a Toronto, ciudad donde pasó los años de su primera adolescencia, para presentar una exposición retrospectiva de su obra. Deambular por las antiguas y ahora transformadas calles de la ciudad, ya cumplidos los cincuenta años, y buscar caras conocidas entre los rostros de los viandantes reaviva en su memoria las imágenes de la infancia. Elaine observa desde la distancia establecida con el paso del tiempo aquellas experiencias, sobre todo la relación intensa y humillante con su amiga íntima Cordelia, que configuraron su identidad como mujer.

Con frases cortas, descripciones puntuales, escenas de gran sí tendidas visual y cierta ironía, la celebrada autora de «El asesino ciego» (premio Booker 2000) nos invita a emprender, con la lectura de «Ojo de gato», un apasionante viaje por los caminos de la memoria, al tiempo que evoca de forma inaudita, original y perturbadora la crueldad de los tiempos de la niñez.

Lectulandia

Margaret Atwood

# Ojo de gato

ePub r1.0

Titivillus 21.11.2018

Título original: *Cat's Eye*  
Margaret Atwood, 1988  
Traducción: Jordi Mustieles

Editor digital: Titivillus  
ePub base r2.0

---

más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)

---

---

más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)

---

## Índice de contenido

Cubierta

Ojo de gato

Nota de la autora

Agradecimientos

I - Pulmón de acero

II - Papel de plata

III - Las bombachas del imperio

IV - Beleño negro

V - El escurridor

VI - Ojo de gato

VII - Nuestra señora del perpetuo socorro

VIII - Media cara

IX - Lepra

X - Dibujo del natural

XI - Mujeres cayendo

XII - Un ala

XIII - Picosegundos

XIV - Teoría de campo unificada

XV - El puente

Notas

Ésta es una obra de ficción. Aunque su forma corresponde a la de una autobiografía, no lo es. Tanto el tiempo como el espacio han sido modificados para adaptarlos a las necesidades de la narración, y, a excepción de los personajes públicos, cualquier parecido con personas vivas o muertas es puramente accidental. Las opiniones que se expresan son las de los personajes, y no deben confundirse con las de la autora.

Las pinturas y demás obras de arte moderno que se citan en este libro no existen en la realidad. No obstante, han sido influidas por los artistas visuales Joyce Wieland, Jack Chambers, Charles Pachter, Erica Heron, Gail Geltner, Dennis Burton, Louis de Niverville, Heather Cooper, William Kurelek y Greg Curnoe, y por la ceramista pop-surrealista Leonore M. Atwood, entre otros, así como por la Isaacs Gallery, la antigua y original.

Los temas de física y cosmología que aparecen de refilón deben mucho a Paul Davies, Cari Sagan, John Gribbin y Stephen W. Hawking, por sus fascinantes libros sobre estos temas, y a mi sobrino David Atwood por sus esclarecedores comentarios sobre las cuerdas.

Muchas gracias a Graeme Gibson, por sufrir esta novela; a mi agente, Phoebe Larmore; a mis agentes en Inglaterra, Vivienne Schuster y Vanessa Holt; a mis editores, Nan Tálese, Nancy Evans, Ellen Seligman, Adrienne Clarkson, Avie Bennett, Liz Calder y Anna Porter, y a mi infatigable ayudante Melanie Dugan; gracias también a Donya Peroff, Michael Bradley, Alison Parker, Gary Foster, Cathy Gilí, Kathy Minialoff, Fanny Silberman, James Polk, Coleen Quinn, Rosie Abella, C. M. Sanders, Gene Golberg y Dorothy Goulbourne.

Para S.



Cuando los tukuna le cortaron la cabeza, la vieja recogió en las manos su propia sangre y la sopló hacia el sol.

—¡El alma también entra en ti! —gritó.

Desde entonces, el que mata recibe en el cuerpo, aunque no quiera ni sepa, el alma de su víctima.

EDUARDO GALEANO,

*Memoria del fuego (I). Los nacimientos*

¿Por qué recordamos el pasado, y no el futuro?

STEPHEN W. HAWKING,

*Historia del tiempo*

# I

## PULMÓN DE ACERO

# 1

El tiempo no es una línea sino una dimensión, como las dimensiones del espacio. Si puedes doblar el espacio, también puedes doblar el tiempo, y si supieras lo suficiente y pudieras moverte más deprisa que la luz, podrías viajar hacia atrás en el tiempo y existir en dos lugares a la vez.

Fue mi hermano Stephen quien me contó todo eso, en la época en que solía ponerse su deshilachado suéter marrón para estudiar y se pasaba largos ratos cabeza abajo para que le bajara la sangre al cerebro y lo alimentase. No comprendí qué quería decir, pero quizá no me lo explicara muy bien. Ya había comenzado a apartarse de la imprecisión de las palabras.

Pero a partir de entonces empecé a figurarme el tiempo como algo provisto de forma, algo que se podía ver, como una serie de transparencias líquidas dispuestas una encima de otra. No se mira hacia atrás en el tiempo, sino hacia abajo, a través de él, como en el agua. A veces sale esto a la superficie; a veces, aquello; a veces, nada. Nada se pierde.

—Stephen dice que el tiempo no es una línea —comento. Cordelia pone los ojos en blanco, tal como yo esperaba.

—¿Y qué? —dice. Esta respuesta nos complace a las dos. Vuelve a poner la naturaleza del tiempo en su lugar, y también a Stephen, que nos llama «las adolescentes», como si él mismo no lo fuese.

Cordelia y yo estamos viajando en tranvía en dirección al centro, como todos los sábados de invierno. La atmósfera del tranvía es húmeda y calurosa, cargada de aire ya respirado y de olor a lana. Cordelia, tranquilamente sentada, me va dando codazos de vez en cuando y contempla inexpresivamente a los demás pasajeros con sus ojos de un verde grisáceo, opacos y destellantes como el metal. Es capaz de sostener la mirada de cualquiera, y yo lo hago casi tan bien como ella. Somos impermeables, somos chispeantes, tenemos trece años.

Llevamos largos gabanes de lana con cinturón de lazo, el cuello vuelto hacia arriba como las estrellas de cine, botas de goma con la caña doblada hacia abajo sobre gruesos calcetines de hombre. En nuestros bolsillos abultan los pañuelos que nuestras madres nos obligan a llevar y que nosotras nos quitamos en cuanto las perdemos de vista. Desdeñamos cualquier clase de tocado. Nuestras bocas son duras, rojas como si las hubiéramos pintado a lápiz, brillantes como uñas. Nos creemos amigas.

En los tranvías siempre hay viejas, o mujeres que a nosotras nos parecen viejas. Las hay de varios tipos. Algunas van vestidas de forma respetable, con abrigo Harris de *tweed* cortados a medida, guantes a juego y pulcros sombreros de aspecto práctico con airoas plumitas de adorno en un costado. Otras son más pobres y de apariencia extranjera, y se cubren con oscuros chales que les envuelven la cabeza y los hombros, y hay otras, voluminosas y rechonchas, con los labios apretados en una expresión farisaica, que llevan los brazos festoneados con bolsas de la compra; a éstas las relacionamos con rebajas, con departamentos de oportunidades. Cordelia distingue el género barato de un solo vistazo.

—Gabardina —me informa—. Pero de pacotilla.

Luego están las que no se han resignado, las que aún intentan parecer atractivas. No abundan mucho, pero destacan. Llevan conjuntos de color escarlata o morado, vistosos pendientes y sombreros que parecen de teatro. Bajo el borde de sus faldas asoman enaguas de colores desacostumbrados y sugerentes. Cualquier color que no sea blanco es sugerente. Llevan el pelo teñido de rubio pajizo o azul celeste, o —aún más llamativo sobre sus cutis apergaminados— de un negro deslustrado como un viejo abrigo de pieles. Sus bocas pintadas son demasiado grandes y desbordan exageradamente los labios; el maquillaje, corrido; los ojos, dibujados con mano temblorosa en torno a los verdaderos ojos. Las de esta clase son las que más suelen

hablar solas. Hay una que va repitiendo «cordero, cordero» una y otra vez, como una canción, y otra que nos da unos golpecitos en las piernas con su paraguas y dice «desnudas apelo».

Éstas son las que más nos gustan. Hay en ellas cierta jovialidad, cierta capacidad de inventiva; les da igual lo que pueda pensar la gente. Han escapado, aunque no tenemos muy claro de qué. Creemos que sus llamativas prendas, sus tics verbales son producto de una elección, y que a su debido tiempo también nosotras tendremos libertad para elegir.

—Yo seré como ésa —dice Cordelia—. Pero tendré un pequinés que no pare de ladrar y perseguiré a los niños para que salgan de mi jardín. Y tendré un cayado de pastor.

—Yo tendré una iguana domesticada —respondo—, y sólo me vestiré de fucsia. —Es una palabra que he aprendido hace poco.

Ahora pienso, ¿y si no se daban cuenta del aspecto que ofrecían? Quizá la cosa fuera así de sencilla: un problema de visión. Es lo que ahora me pasa a mí: si me acerco demasiado al espejo, lo veo todo borroso; si me alejo demasiado, no puedo distinguir los detalles. ¿Quién sabe qué caras me pongo, qué especie de arte moderno me pinto sobre la piel? Incluso cuando logro atinar con la distancia, varío. Soy fluctuante: algunos días parezco una mujer de treinta y cinco años prematuramente envejecida, y otros, una cincuentona vivaracha. Depende mucho de la luz y de la forma de entornar los párpados.

Suelo comer en restaurantes rosados, que son mejores para la piel. Los amarillos la vuelven a una amarilla. Efectivamente, dedico tiempo a pensar en estas cosas. La vanidad está empezando a convertirse en un estorbo; comprendo por qué, a la larga, las mujeres acaban prescindiendo de ella. Pero yo aún no estoy preparada para eso.

Últimamente me he sorprendido canturreando en voz alta, o paseando por la calle con la boca ligeramente abierta y babeando un poco. Sólo un poco, pero tal vez se trate del extremo fino de la cuña, de la grieta en la pared que más tarde se abrirá..., ¿hacia dónde? ¿Hacia qué panoramas de resplandeciente excentricidad o locura?

Jamás hablaría de esto con nadie, excepto con Cordelia. Pero ¿qué Cordelia? ¿La que yo he invocado, la de las botas con la caña doblada y el cuello vuelto hacia arriba, o bien la de antes, o la de después? Nadie es una sola persona, nunca.

Si volviera a encontrarme con Cordelia, ¿qué le contaría de mí misma? ¿La verdad, o cualquier cosa que me hiciera quedar bien?

Probablemente lo segundo. Todavía siento esa necesidad.

Hace mucho que no la veo. Ni siquiera pensaba en verla. Pero, ahora que estoy de nuevo aquí, apenas puedo andar por la calle ni doblar una esquina, ni cruzar una puerta sin vislumbrarla. Huelga decir que estos fragmentos de ella —un hombro,

*beige*, pelo de camello, el perfil de un rostro, una pantorrilla— pertenecen a mujeres que, vistas en su totalidad, no son Cordelia.

No tengo ni idea del aspecto que debe de ofrecer ahora. ¿Está gorda, se le han vuelto flácidos los pechos, tiene pelitos grises junto a las comisuras de los labios? Es poco probable: se los habría arrancado. ¿Lleva gafas de montura moderna, se ha hecho estirar los párpados, se tiñe el pelo o se hace mechas? Todo es posible: ambas hemos llegado a esa edad intermedia, a esa zona de tránsito en la que aún se puede creer que estos trucos darán resultado si se evita la luz demasiado intensa.

Me imagino a Cordelia examinándose las bolsas que se le han formado bajo los ojos, el cutis, que, visto de cerca, está flojo y arrugado como en los codos. Cordelia suspira y empieza a extender la crema, que es de la clase adecuada. Seguro que ella sabe cuál es la clase adecuada. Se estudia las manos, un poco encogidas, un poco retorcidas, igual que las mías; ya han empezado a volverse nudosas. Y la boca se va ajando; bajo la barbilla, reflejado en el cristal oscuro de las ventanillas del metro, empieza a ser visible el contorno de las papadas. Nadie más advierte estas cosas todavía, a no ser que se fijen detenidamente. Pero Cordelia y yo tenemos la costumbre de fijarnos detenidamente.

Deja caer la toalla de baño, que es verde, de un apagado verde marino a juego con sus ojos; mira por encima del hombro y ve en el espejo los pliegues de piel sobre la cintura, las nalgas que cuelgan como las barbas de un gallo y, al volverse, el helecho seco de la cabellera. Me la imagino vestida con un chándal, también verde marino, y haciendo ejercicio en un gimnasio u otro, sudando como una cerda. Sé muy bien qué me diría acerca de esto, de todo esto. ¡Cómo nos reíamos, con repugnancia y deleite, cuando encontrábamos la cera que sus hermanas mayores utilizaban para depilarse las piernas, congelada en un tarrito y erizada de vello! Siempre le interesaban los aspectos más grotescos del cuerpo.

Me imagino que la encuentro de improviso. Quizá con un abrigo raído y un sombrero de punto como un cubreteteras, sentada en el bordillo, con dos bolsas de plástico en las que carga todas sus pertenencias, mascullando para sí. *¡Cordelia! ¿Es que no me reconoces?* Sí me reconoce, pero finge no hacerlo. Se incorpora y se aleja tambaleándose sobre los pies hinchados, enfundados en unos viejos calcetines que asoman por los agujeros de sus botas de goma, mirándome de reojo por encima del hombro.

Encuentro cierta satisfacción en estos pensamientos, y más en otros peores. Observo desde una ventana, o desde un balcón para ver mejor, cómo un hombre persigue a Cordelia por la acera, le da alcance, empieza a golpearla en las costillas — la cara es demasiado para mí— y la arroja por tierra. Pero no puedo ir más lejos.

Mejor cambiar a una máscara de oxígeno. Cordelia está inconsciente. Me han llamado, demasiado tarde, para que vaya a visitarla al hospital. Hay flores de olor enfermizo marchitándose en un jarrón, sondas conectadas a sus brazos y nariz, estertores de respiración terminal. Sostengo su mano. Su cara es fofa y blanca, como

una galleta sin hornear, y hay ojeras amarillentas bajo los ojos cerrados. Los párpados no aletean pero percibo una leve contracción de los dedos... ¿O acaso me la imagino? Permanezco sentada a su lado, pensando en arrancarle las sondas de los brazos, el enchufe de la pared. Los médicos dicen que no hay actividad cerebral. ¿Estoy llorando? ¿Y quién puede haberme llamado?

Mejor aún: un pulmón de acero. Nunca he visto un pulmón de acero, pero los periódicos solían publicar fotos de niños encerrados en un pulmón de acero, en la época en que la gente todavía cogía la polio. Aquellas fotos —el cilindro del pulmón de acero como una gigantesca salchicha de metal, con la cabeza que asoma por un extremo, siempre una cabeza de niña, el cabello esparcido sobre la almohada, los ojos grandes y nocturnos— me fascinaban, más que los relatos sobre niños que cruzaban sobre hielo fino y lo rompían con su peso y se ahogaban, o sobre niños que jugaban junto a las vías y los trenes les cortaban los brazos o las piernas. Se podía coger la polio sin saber cómo ni dónde, y acabar en un pulmón de acero sin saber por qué. Algo que habías respirado o comido, o que se contagiaba a través del dinero sucio que habían tocado otras personas. Nunca se sabía.

Los pulmones de acero servían para asustarnos, para justificar por qué no podíamos hacer lo que queríamos. Nada de piscinas públicas, nada de aglomeraciones de gente en verano. ¿Quieres pasarte el resto de la vida en un pulmón de acero?, nos decían. Una pregunta estúpida, aunque para mí una vida tal, cargada de inercia y compasión, no carecía de un secreto atractivo.

Cordelia en un pulmón de acero, pues, forzada a respirar como el fuelle de un acordeón. A su alrededor se oye un resuello mecánico. Está plenamente consciente, pero no puede moverse ni hablar. Entro en el cuarto, me muevo, hablo. Nuestras miradas se encuentran.

Cordelia debe vivir en alguna parte. Podría estar a menos de un kilómetro, podría estar justo en la siguiente manzana. Pero, al final, sigo sin tener ni idea de lo que haría si me la encontrara por casualidad, en el metro, por ejemplo, sentada delante de mí, o de pie en el andén leyendo los anuncios. Estaríamos lado a lado, contemplando una enorme boca roja que se cierra en torno a una barra de chocolate, y entonces yo volvería la cabeza y le diría: *Cordelia, soy yo, soy Elaine*. ¿Se volvería también ella? ¿Proferiría un gritito teatral? ¿Fingiría no conocerme?

¿O sería yo quien, llegado el caso, fingiese no conocerla? ¿Me acercaría quizás a ella sin decir palabra y la estrecharía entre mis brazos? ¿O la sujetaría por los hombros y la sacudiría una y otra vez?

Parece que llevo varias horas caminando, ladera abajo en dirección al centro, donde ya no circulan los tranvías. Cae la tarde, una de esas tardes de acuarela gris, como polvo líquido, que la ciudad exhibe en otoño. El tiempo sigue siendo más o menos el mismo de siempre.

He llegado al lugar donde solíamos bajar del tranvía, pisando los montones de nieve de enero a medio derretir que bordeaban la acera, sometiéndonos al crudo viento que soplaba desde el lago por entre los desabridos edificios de tejado plano que para nosotras representaban lo más parecido al modo de vivir urbano. Pero esta parte de la ciudad ya no es insulsa, desabrida, de una mezquina afectación. Tubos de neón en letra cursiva decoran las restauradas fachadas de ladrillo, y se ven muchas guarniciones de latón, muchos bienes inmuebles, mucho dinero. Más allá se yerguen enormes torres de cristal, todas iluminadas, como descomunales lápidas mortuorias hechas de luz fría. Activos inmovilizados.

Sin embargo, no miro mucho las torres, ni la gente que pasa junto a mí con sus prendas de moda, importadas, de cuero trabajado a mano, de ante, lo que sea. Más bien miro hacia el suelo, como rastreando.

Noto que se me hace un nudo en la garganta; un dolor en la quijada. He empezado a morderme las uñas como antes. Hay sangre, un sabor que recuerdo bien. Me sabe a piruletas de naranja, a goma de mascar barata, a regaliz rojo, a pelo mascado, a hielo sucio.



## **II**

# **PAPEL DE PLATA**

### 3

Estoy tendida en el suelo sobre un futón, cubierta por un *duvet*. Futón, *duvet*: éste es el camino que hemos recorrido. Trato de imaginar si Stephen llegó a saber qué era un futón o un *duvet*. Seguramente no. Seguramente, si le hubieras dicho futón, te habría mirado como si estuviera sordo o como si te faltara un tornillo. Él no existía en la dimensión del futón.

Cuando no había futones ni *duvets*, un cucurucho de helado valía cinco centavos. Ahora cuesta un dólar, con suerte, y no es tan grande. En último término, ésta es la diferencia que hay entre entonces y ahora: noventa y cinco centavos.

He llegado a la mitad de mi vida. Me la imagino como un lugar, como el centro de un río, el centro de un puente, como a medio camino, como a medio cruzar. Se supone que a estas alturas ya debo haber acumulado cosas: posesiones, responsabilidades, logros, experiencia y sabiduría. Se supone que soy una persona situada. Pero desde que he regresado aquí no me siento más pesada. Si acaso más ligera, como si estuviera desprendiéndome de materia, perdiendo moléculas, calcio de los huesos, glóbulos de la sangre; como si me encogiera, como si estuviera llenándome de aire frío o de lentos copos de nieve.

Con tanta ligereza, no asciendo sino que desciendo. O, mejor dicho, soy arrastrada hacia abajo, hacia los estratos de este lugar, como a través de barro líquido.

Lo cierto es que aborrezco esta ciudad. La he aborrecido durante tanto tiempo que apenas recuerdo haber albergado otros sentimientos hacia ella.

En otro tiempo estaba de moda quejarse por lo aburrida que era. Primer premio, una semana en Toronto; segundo premio, dos semanas en Toronto, Toronto la Buena, Toronto la Triste, donde no se podía comprar vino en domingo. Todos los que vivían aquí decían lo mismo: provinciana, pagada de sí misma, vulgar.

Al decir esto, una demostraba que reconocía todas esas cualidades pero no las compartía.

Lo que ahora se lleva es comentar cuánto ha cambiado. La expresión «una ciudad cosmopolita» aparece con frecuencia en las revistas actuales; con una frecuencia excesiva. Todos esos restaurantes étnicos, y el teatro, y las tiendas... Nueva York sin basuras ni atracos, o eso figura. Los habitantes de Toronto solían desplazarse a Buffalo los fines de semana: los hombres, para ver espectáculos de chicas y beber cerveza fuera de horas; las mujeres, para ir de compras, y todos volvían nerviosos, enojados y cubiertos con varias capas de ropa para no tener que declararla en la aduana. Ahora el tráfico de fin de semana va en sentido contrario.

Nunca he podido creer en ninguna de las dos versiones, ni en la aburrida ni en la cosmopolita. Para mí, Toronto nunca fue aburrida: no es la palabra indicada para describir tal infelicidad, tal embeleso.

Y tampoco puedo creer que haya cambiado. Ayer, al venir en taxi desde el aeropuerto —pasando ante las pulcras fábricas y almacenes que antaño eran pulcras granjas, un kilómetro tras otro de precaución y utilitarismo hasta llegar al centro de la ciudad con toda su vistosidad, sus toldos al estilo europeo y sus pavimentos enlosados— me di cuenta de que seguía siendo igual.

Por debajo de la ostentación y los adornos permanece la vieja ciudad, calle tras calle de casas de ladrillo rojo, con sus columnas en los porches, como deslustrados tallos de algún hongo venenoso, con sus atentas y calculadoras ventanas. Maléfica, rencorosa, vengativa, implacable.

Cuando sueño con esta ciudad, ando siempre perdida.

Aparte de todo esto, naturalmente, también tengo una vida real. A veces me resulta difícil creer en ella, porque no me parece la clase de vida que yo podía esperar ni merecer. Esta impresión se combina con otra creencia mía: que todas las demás personas de mi edad son adultas, mientras que yo estoy meramente disfrazada.

Vivo en una casa con visillos en las ventanas y un jardín de césped, en la Columbia británica, que es lo más lejos de Toronto que pude llegar sin caerme al mar. La irrealidad de aquel paisaje me da aliento: las montañas de tarjeta postal, de esas postales con crepúsculos y frases empalagosas; las casitas de campo que parecen construidas por los Siete Enanitos en los años treinta; las babosas gigantes, mucho mayores de lo que ninguna babosa tiene derecho a ser. Hasta la lluvia es exagerada y no puedo tomármela en serio. Supongo que para la gente que ha crecido allí esas cosas son tan reales y opresivas como esta ciudad lo es para mí. Pero en los días buenos aún me dan una sensación de vacaciones, de evasión. En los días malos no me fijo en eso, ni en ninguna otra cosa.

Tengo un marido, no el primero, que se llama Ben. No tiene nada que ver con el arte, lo cual es muy de agradecer. Dirige una agencia de viajes especializada en México. Entre otras cualidades atractivas, tiene la de poder conseguir pasajes a Yucatán a muy buen precio. La agencia de viajes es el motivo de que no me haya acompañado en esta ocasión: en el negocio de los viajes, los meses anteriores a la Navidad son una época de gran actividad.

Tengo también dos hijas ya crecidas. Se llaman Sarah y Anne, dos nombres buenos y sensatos. Una de ellas es casi doctora, y la otra, contable. Son elecciones sensatas. Tengo mucha fe en las elecciones sensatas, tan distintas a las que suelo tomar yo. Y también en bautizar a los niños con nombres sensatos, porque mira qué le pasó a Cordelia.

Paralelamente a mi vida real tengo una carrera, que tal vez no pueda considerarse del todo real. Soy pintora. Incluso lo hice poner en mi pasaporte, en un arranque de osadía, porque la otra alternativa era «sus labores». Es una profesión muy improbable para mí, y algunos días todavía me arredra. La gente respetable no se dedica a la pintura: eso queda para los tipos fatuos, pretenciosos, histriónicos. La palabra

«artista» me resulta embarazosa; prefiero «pintora», porque sugiere más un trabajo válido. Un artista, como podrá decirte casi cualquier habitante de este país, es algo que huele a vulgaridad y dejadez. Si dices que eres pintora, te miran de un modo extraño. A menos, claro, que pintes animales salvajes o ganes mucho dinero. Pero yo sólo gano lo justo para suscitar envidia en otros pintores, no tanto como para enviar a todo el mundo a freír espárragos.

A pesar de todo, normalmente suelo sentirme muy satisfecha con mi ocupación y pienso que me he salvado por los pelos.

Mi carrera es el motivo por el cual ahora estoy aquí, sobre este futón, bajo este *duvet*. Me han organizado una exposición retrospectiva, la primera de mi vida. La galería se llama Sub-Versions, uno de esos juegos de palabras que tanto me gustaban hasta que se pusieron de moda. Tendría que estar muy complacida con esta retrospectiva, pero mis sentimientos son confusos: no me gusta reconocer que soy lo bastante vieja y lo bastante consagrada para una exposición como ésta, ni siquiera en una galería alternativa dirigida por un grupo de mujeres.

Se me antoja improbable y ominoso: primero la retrospectiva, luego el depósito de cadáveres. Pero también me mosquea que la Galería de Arte de Ontario se haya negado a dedicármela. Sus preferencias se decantan hacia los hombres, a poder ser muertos y extranjeros.

El *duvet* se halla en un estudio que pertenece a mi primer marido, Jon. Me parece interesante que tenga un *duvet* aquí, aunque su casa está en otra parte. Hasta el momento me he abstenido de registrar el botiquín del cuarto de baño en busca de horquillas y desodorantes femeninos, como habría hecho en otro tiempo. Ahora ya no es cosa mía, puedo dejar las horquillas para su férrea esposa.

Es posible que el hecho de alojarme aquí sea una tontería, un exceso de retrospección. Pero siempre nos hemos mantenido en contacto a causa de Sarah, que también es hija suya, y después de pasar por los gritos y los vidrios rotos acabamos estableciendo una especie de amistad a larga distancia, que siempre es más fácil que estando cerca. Cuando se enteró de lo de mi exposición, me ofreció su estudio. Las tarifas de hotel en Toronto, me explicó, incluso en los hoteles de segunda categoría, empiezan a resultar escandalosas. Sub-Versions me habría procurado alojamiento, pero no se lo dije. No me gusta la pulcritud de los hoteles, las bañeras chillonamente limpias. No me gusta oír el eco de mi propia voz en esos lugares, y menos por la noche. Prefiero el desaseo, el desorden y la suciedad personal de la gente como yo, la gente como Jon. Nómadas y transeúntes.

El estudio de Jon está en King Street, cerca de los muelles. Antes, King Street era uno de esos lugares a los que nunca se va, un lugar de mugrientos almacenes, rugientes camiones y callejones dudosos. Ahora ha ascendido de categoría. Plagado de artistas —de hecho, la primera oleada de artistas ya casi ha vuelto a abandonarlo—, está siendo invadido por placas de latón, tuberías de calefacción pintadas de un

rojo coche de bomberos y bufetes de abogados. Al estudio de Jon, en el quinto y último piso de uno de los almacenes, no le queda mucho tiempo de vida en su forma actual. Los cielorrasos están poblándose de luces indirectas, las plantas bajas están siendo despojadas de su viejo linóleo, que huele a Pine Sol con un oscuro tufo subyacente de antiguos vómitos y meados, y los anchos tablones del suelo son pulidos con chorros de arena. Todo esto lo sé porque subo los cinco pisos a pie; todavía no han llegado a instalar un ascensor.

Jon me dejó la llave en un sobre bajo el felpudo, junto con una nota que rezaba «Con mis mejores deseos», lo cual da la medida de hasta qué punto se ha ablandado o suavizado. «Con mis mejores deseos» no es su estilo de antes. Está pasando una temporada en Los Ángeles, contratado para un asesinato con sierra mecánica, pero regresará a tiempo para la inauguración de mi exposición.

La última vez que lo vi fue hace cuatro años, cuando Sarah se graduó. Vino especialmente en avión, por suerte sin su mujer, que no me tiene ningún aprecio. Aunque no nos hemos visto nunca, soy consciente de que no me aprecia. Durante la ceremonia, la jerigonza ritual y el subsiguiente té con pastas, ambos actuamos como padres adultos y responsables. Nos llevamos a las chicas a cenar y nos comportamos con toda propiedad. Incluso nos vestimos de un modo que sabíamos complacería a Sarah: yo llevaba un vestido con zapatos y complementos a juego, y Jon iba de traje, con corbata y todo. Le dije que parecía un enterrador.

Pero al día siguiente nos escabullimos para almorzar a solas y cogimos una buena cogorza. Esta palabra, «cogorza», caída ya en desuso, sirve para indicarme qué clase de acontecimiento fue aquél. Fue una retrospectiva. Y aún ahora pienso que nos escabullimos, aunque Ben estaba al corriente, desde luego. Pero él nunca hubiera salido a almorzar con su propia mujer.

—Siempre habías dicho que lo vuestro fue un desastre —me comentó Ben, intrigado.

—Y lo fue —respondí—. Fue horroroso.

—Entonces, ¿cómo es que quieres almorzar con él?

—Es difícil de explicar —aduje, aunque quizá no lo sea tanto. Lo que Jon y yo compartimos puede parecerse mucho a un accidente de tráfico, pero lo compartimos. Ambos somos supervivientes, el uno del otro. Hemos sido un tiburón el uno para el otro, pero también un bote salvavidas. Y eso cuenta para algo.

En los viejos tiempos, Jon hacía montajes. Los hacía con fragmentos de madera y cuero que recogía de la basura de la gente, o bien destrozaba cualquier cosa — violines, cristalería— y recomponía los trozos con pegamento; formas de ruptura, lo llamaba él. En una época se dedicó a envolver los troncos de los árboles con cintas de colores y sacarles fotografías; en otra, hizo una reproducción de una hogaza de pan enmohecida que parecía respirar gracias a un motorcito eléctrico. El moho estaba hecho con recortes de pelo, tanto suyo como de sus amistades. Creo que en esa

hogaza de pan hay incluso cabellos míos, porque un día le sorprendí recogiendo unos cuantos de mi cepillo para el pelo.

Ahora hace efectos especiales para películas, para costearse el hábito de artista. El estudio está repleto de cosas suyas a medio acabar. En el banco de trabajo donde conserva sus pinturas, adhesivos, cuchillos y alicates, hay un brazo y una mano de resina plástica, con las arterias asomando por el extremo cortado y unas correas para sujetarlo al cuerpo. En el suelo hay reproducciones huecas de pies y piernas, como paragüeros de pata de elefante; de hecho, una de ellas contiene un paraguas. También hay parte de un rostro, con la piel ajada y ennegrecida, que debe encajar sobre el verdadero rostro del actor. Un monstruo, deforme por culpa de otros y resuelto a vengarse por ello.

Jon me ha contado que eso de hacer miembros humanos mutilados no acaba de parecerle del todo bien. Es demasiado violento, no contribuye a la bondad humana. Ahora que se hace viejo ha empezado a creer en la bondad humana, lo cual representa un verdadero cambio; incluso he encontrado en la alacena hierbas para infusiones.

Asegura que preferiría hacer animales simpáticos para espectáculos infantiles. Pero, como él mismo dice, hay que comer, y resulta que la demanda de miembros mutilados es mucho mayor.

Me gustaría que Jon estuviera aquí, o Ben, o cualquier hombre de los que conozco. Estoy perdiendo el interés por los desconocidos. En otro tiempo me habría entusiasmado la novedad, el riesgo; ahora pienso en la incomodidad, los problemas. Quitarse la ropa graciosamente, cosa que siempre resulta imposible; luego pensar en algo que decir, algo que no despierte los ecos de tu cabeza. Pero aún, el encuentro con otra serie de particularidades: las uñas de los pies, los agujeros de los oídos, los pelos de la nariz. Tal vez a esta edad recobramos la pudibundez que teníamos en la infancia.

Aparto el *duvet* y me levanto con la sensación de no haber dormido. Examino las bolsitas de hierbas que hay en la cocinita, Bruma de Limón, Trueno Mañanero, y las descarto en favor de un espeso, estimulante y venenoso café. Me encuentro de pie en el centro de la sala principal, sin saber exactamente cómo he llegado hasta ahí desde la cocinita. Un pequeño salto temporal, un poco de estática en la pantalla, probablemente el cansancio del vuelo: te acuestas demasiado tarde, te levantas como drogada. Los primeros síntomas de la enfermedad de Alzheimer.

Me siento junto a la ventana para tomar el café, morderme las uñas, contemplar la calle cinco pisos más abajo. Desde este ángulo, los peatones parecen aplastados, como niños deformes. Alrededor, todo son edificios de almacenes de terrado plano, como cajas de zapatos, y más allá se extienden los terrenos del ferrocarril donde antes los trenes maniobraban de un lado a otro, la única distracción de los domingos. Todavía más allá está el lago Ontario, un cerro al principio y un cerro al final, de un

gris pizarroso y rebosante de toxinas. Hasta la lluvia que procede de él es carcinógena.

Me aseo en el minúsculo y mugriento cuarto de baño de Jon, resistiéndome a la tentación del botiquín. El cuarto de baño está manchado por huellas de dedos y pintado de un blanco deslucido, que no proporciona la luz más halagüeña. Jon no se sentiría un verdadero artista sin cierta cantidad de mugre a su alrededor. Me planto ante el espejo para arreglarme la cara y entorno los párpados: con las lentes de contacto estoy demasiado cerca del espejo; sin ellas, demasiado lejos. He adquirido la costumbre de hacer estos manejos con una lente en la boca, fina y vidriosa como los restos casi disueltos de un caramelo de limón. Podría atragantarme accidentalmente con ella, una forma muy poco digna de morir. Debería llevar gafas bifocales. Pero entonces parecería una vieja comadre.

Me enfundo el chándal verde azulado, mi disfraz de no artista, y bajo los cinco tramos de escalera procurando mostrarme dinámica y decidida. Podría ser una mujer de negocios que ha salido a correr, podría ser la directora de una sucursal bancaria en su día libre. Me dirijo hacia el norte y luego hacia el este por Queen Street, que es otra calle a la que nunca íbamos. Se rumoreaba que era el territorio de los vagabundos alcohólicos, los cascajosos, como los llamábamos nosotras; se decía que bebían alcohol de farmacia y que dormían en las cabinas telefónicas y te vomitaban sobre los zapatos en el tranvía. Pero ahora sólo hay galerías de arte y librerías, *boutiques* repletas de ropa negra y calzados extravagantes, el serrado filo de la moda.

Decido acercarme a echar un vistazo a la galería, que aún no he visto nunca porque todo esto se ha organizado por correo y por teléfono. No pienso entrar ni darme a conocer, todavía no. Sólo quiero verla por fuera. Pasaré por delante y miraré de soslayo sin mostrar demasiado interés, como si fuera un ama de casa, una turista, alguien que ha salido a mirar escaparates. Las galerías de arte me intimidan; son lugares donde se evalúa, donde se emiten juicios. Necesito prepararme para estar a la altura.

Pero antes de llegar a la galería encuentro una valla de madera contrachapada que oculta unas obras de derribo. Sobre ella, pintada con aerosol, como un desafío a la chirriante limpieza de Toronto, se lee la frase: «O Bacon o yo, pequeña». Y debajo: «¿Cómo se come el Bacon y dónde puedo conseguir un poco?». Al lado hay un cartel. O no exactamente un cartel, más bien un folleto: un morado violento con sombras en verde y letras en negro, risley en retrospectiva, dice; sólo el apellido, como los hombres. El apellido es el mío y también la cara, más o menos. Es la foto que mandé a la galería. Salvo que ahora tengo bigote.

El que dibujó este bigote sabía lo que se hacía. O la que lo dibujó; nada permite excluir ninguna posibilidad. Es un bigote ondeante con las puntas rizadas, muy caballeresco, con una elegante perilla a juego.

Supongo que este bigote debería molestarme. ¿Se trata sólo de un garabato o es un comentario político, un acto de agresión? ¿Es algo así como *Aquí estuvo Kilroy*, o más bien como un *Jódete*? Recuerdo haber dibujado bigotes semejantes, y recuerdo el despecho con que lo hacía, el deseo de ridiculizar, de bajar los humos, y la sensación de poder que eso me daba. Era desfigurar, destruir la figura de alguien. Si fuese más joven, me molestaría.

Ahora me limito a examinar el bigote, y pienso: «La verdad es que ha quedado bastante bien». El bigote es como un vestido. Lo estudio desde diversos ángulos, como si estuviera pensando en comprarme uno. Arroja una luz distinta. Pienso en los hombres y en su vello facial, y en las posibilidades de disfrazarse y ocultarse que siempre tienen a su alcance. Pienso en los hombres que usan bigote, y en lo desnudos que deben de sentirse si se lo afeitan. Como disminuidos. Mucha gente quedaría mejor con un buen bigote.

Luego, de pronto, me siento maravillada. He conseguido por fin un rostro sobre el que puede dibujarse un bigote, un rostro que atrae los bigotes. Un rostro público, un rostro digno de ser desfigurado. Es un auténtico logro. He llegado a ser algo, a fin de cuentas, aunque no sé muy bien qué.

Me pregunto si Cordelia verá este cartel. Me pregunto si podrá reconocerme, a pesar del bigote. Puede que acuda a la inauguración. Cruzará la puerta y yo me volveré hacia ella, vestida de negro como corresponde a una pintora, con aire de triunfadora, sosteniendo una copa de vino sólo moderadamente malo. No derramaré ni una gota.



Hasta que nos trasladamos a Toronto, yo era feliz.

Antes de eso no vivíamos en ningún sitio, o vivimos en tantos sitios que resultaba difícil recordarlos todos. Nos pasábamos mucho tiempo rodando en nuestro Studebaker, bajo y grande como una barca, por caminos secundarios y carreteras de dos carriles, allá en el norte, serpenteando entre lagos y colinas, colinas y lagos, con las líneas blancas que marcaban el centro de la carretera y los postes de teléfonos que la bordeaban, unos más altos que otros, de forma que los cables parecían estar constantemente subiendo y bajando.

Yo voy sola en el asiento de atrás, entre las maletas, las cajas de cartón llenas de comida y los abrigos, con el penetrante olor a lavado en seco de la tapicería del coche. Mi hermano Stephen va en el asiento delantero, junto a la ventanilla medio abierta. Huele a LifeSavers de menta, y bajo eso se percibe su acostumbrado olor a lápices de cedro con mina de plomo y a arena mojada. De vez en cuando vomita en una bolsa de papel, o al lado de la carretera si mi padre puede detener el coche a tiempo. Él se marea y yo, no; por eso viaja siempre delante. Es la única debilidad que le conozco.

Desde mi apretada posición en la parte de atrás, disfruto de una buena visión de las orejas de mi familia. Las de mi padre, que sobresalen bajo las alas del viejo sombrero de fieltro que usa para proteger sus cabellos de ramitas, resina y orugas, son grandes y de aspecto blando, con unos largos lóbulos; son como las orejas de los gnomos o como las de esos personajes secundarios de color carne y aspecto perruno que aparecen en los tebeos de Mickey Mouse. Mi madre lleva el cabello recogido con horquillas, de modo que sus orejas resultan muy visibles desde atrás. Son estrechas, con un borde superior delicado, como el asa de una taza de porcelana, aunque ella en sí no es delicada. Las orejas de mi hermano son redondas como albaricoques secos, o como las orejas de esos alienígenas del espacio exterior, de tez verdosa y cabeza ovalada, que él suele pintar con sus lápices de colores. En torno a sus redondas orejas y por encima de ellas, descendiendo hacia la nuca, la cabellera lacia y de un rubio oscuro crece en tupidos mechones. No le gusta que le corten el pelo.

Cuando estamos en el coche me resulta difícil susurrar en las redondas orejas de mi hermano. De todos modos, él tampoco puede contestarme en susurros, porque debe mirar de frente hacia el horizonte, o hacia las blancas líneas de la carretera que se nos acercan en lentas ondulaciones.

Las carreteras suelen estar desiertas porque hay guerra, pero de vez en cuando nos encontramos con algún camión cargado de troncos o de tablones recién aserrados que deja a su paso una estela de perfume a serrín. A la hora de almorzar nos detenemos junto a la carretera y extendemos un mantel entre las blancas siemprevivas y el violáceo chamico, y damos cuenta del almuerzo que prepara nuestra madre, pan con

sardinas o pan con queso, o pan con melaza o mermelada si no podemos conseguir otra cosa. La carne y el queso escasean, son alimentos racionados. Eso significa que has de tener una libreta de racionamiento con cupones de colores.

Nuestro padre enciende una pequeña fogata para hervir el agua del té en un cazo de estaño. Después de almorzar desaparecemos entre los arbustos, uno tras otro, con un pedazo de papel higiénico en el bolsillo. A veces vemos otros pedazos de papel higiénico descomponiéndose entre las frondas y las hojas secas, pero no es frecuente. Me pongo en cuclillas, atenta por si oigo acercarse algún oso, sintiendo en los muslos el áspero roce de las hojas de áster, y luego entierro el papel higiénico bajo un montoncito de ramas, cortezas y helechos secos. Nuestro padre dice que debemos dejarlo todo como si nunca hubiéramos pasado por ahí.

Nuestro padre se interna en el bosque, provisto de su hacha, un macuto y una gran caja de madera con una correa para colgársela al hombro. Alza la vista y la pasea de un árbol a otro árbol y a otro árbol, reflexionando. A continuación, extiende una lona en el suelo, bajo el árbol elegido, procurando que quede bien ajustada en torno al tronco. Abre la caja de madera, que está llena de frasquitos en ordenadas hileras. Golpea el tronco del árbol con la parte roma del hacha. El árbol se estremece; cae una lluvia de hojas y ramitas y orugas, que rebotan en su sombrero de fieltro gris y chocan contra la lona. Stephen y yo nos agachamos para recoger las orugas, que tienen rayas azules y son tan frescas y aterciopeladas como el hocico de un perro. Las introducimos en los frascos, llenos de transparente alcohol. Observamos cómo se retuercen y se hunden.

Mi padre contempla la cosecha de orugas como si las hubiera criado él mismo. Examina las hojas a medio masticar.

—Una espléndida colonia —dictamina.

Está alegre, y en estos momentos es más joven que yo. El olor del alcohol permanece en mis dedos, frío y remoto, penetrante, como si se me hubiera clavado una aguja de acero. Huele como las palanganas de esmalte blanco. Cuando por la noche contemplo las estrellas, frías, blancas y nítidas, pienso que deben de oler así.

Cuando el día toca a su fin, volvemos a detenernos y montamos la tienda, de pesada lona con postes de madera. Nuestros sacos de dormir son de color caqui, gruesos y abultados, y siempre parecen estar un poco húmedos. Bajo ellos extendemos otra lona y colchonetas hinchables que te provocan vértigo de tanto soplar y te llenan la boca y la nariz con un sabor a botas de agua viejas o a neumáticos de recambio amontonados en un garaje. Cenamos en torno al fuego, que se va volviendo cada vez más brillante a medida que las sombras crecen de los árboles como una especie de ramas más oscuras. Entramos a gatas en la tienda, nos desnudamos dentro de los sacos de dormir, y la linterna dibuja un círculo sobre la lona, un anillo de luz que encierra otro más oscuro, como una diana. La tienda huele a

alquitrán y a miraguano y a papel marrón impregnado de grasa de queso, y a hierba aplastada. Por las mañanas, la vegetación del exterior está bañada de rocío.

A veces dormimos en algún motel, pero sólo cuando se nos hace demasiado tarde para buscar un lugar donde plantar la tienda. Los moteles están siempre lejos de todo, adosados a una oscura pared de bosque, y sus luces centellean en la uniforme y tenebrosa noche como las de un navío o un oasis. Delante tienen surtidores de gasolina, del tamaño de una persona, coronados por un disco iluminado como una clara luna llena o un halo sin la cabeza. En cada uno de los discos se destaca una concha o una estrella, una hoja de arce anaranjada, una rosa blanca. Los moteles y las gasolineras suelen estar vacíos, cuando no cerrados: la gasolina está racionada, así que la gente no suele viajar si no es en caso de necesidad.

También pernoctamos en cabañas que pertenecen a otras personas o al Gobierno, o en campamentos madereros abandonados, o montamos dos tiendas, una para dormir y otra para las provisiones. Durante los inviernos permanecemos en alguna ciudad o población del norte, en el Soo, en North Bay o en Sudbury, en apartamentos que en realidad son el piso superior de la casa de alguien, de modo que debemos llevar mucho cuidado con el ruido de nuestros zapatos sobre el suelo de madera. Tenemos un mobiliario que proviene del desván. Siempre es el mismo mobiliario, pero siempre nos parece desconocido.

En estos lugares hay retretes con depósito de agua, blancos y alarmantes, donde las cosas se desvanecen al instante con un rugido. Cuando acabamos de instalarnos en alguna ciudad, mi hermano y yo vamos mucho al cuarto de baño y a menudo tiramos objetos, como pedazos de macarrones, para ver cómo desaparecen. A veces suenan las alarmas de ataque aéreo, y entonces corremos las cortinas y apagamos las luces, aunque nuestra madre dice que la guerra nunca llegará hasta aquí. La guerra se filtra por la radio, remota y crepitante, voces londinenses que se pierden entre interferencias. Nuestros padres escuchan con aire dubitativo, los labios apretados: podría ser que estuviéramos perdiendo. Mi hermano no lo cree así. Cree que nuestro bando es el bueno y, por consiguiente, será el vencedor. Colecciona los cupones de cigarrillos que llevan fotos de aviones, y conoce los nombres de todos los aparatos. Mi hermano tiene un martillo y algo de madera, y una navaja de bolsillo de su propiedad. Talla la madera y da martillazos: se está haciendo una pistola. Clava dos pedazos de madera en ángulo recto, y pone otro clavo como gatillo. Tiene varias pistolas así, y también espadas y puñales con las hojas ensangrentadas a base de lápiz rojo. Parte de la sangre es de color naranja, de cuando se le acabó el rojo. Canta:

*Regresamos con un ala y una plegaria,  
regresamos con un ala y una plegaria.  
Aunque un motor ya no funciona  
aún seguimos adelante,  
regresamos con un ala y una plegaria.*

Lo canta alegremente, pero a mí me parece una canción triste, porque aunque he visto las fotos de los aviones en los cupones de cigarrillos, de hecho ignoro cómo vuelan. Me imagino que lo hacen como los pájaros, y un pájaro con una sola ala no puede volar. Eso mismo dice mi padre todos los inviernos, antes de cenar, alzando el vaso cuando hay otros hombres sentados a la mesa: «No se puede volar con una sola ala». O sea que, en realidad, la plegaria de la canción es inútil.

Stephen me da una pistola y un puñal y jugamos a la guerra. Es su juego favorito. Mientras nuestros padres montan la tienda, encienden el fuego o preparan la cena, nosotros nos escabullimos tras los árboles y arbustos, apuntando por entre la hojarasca. Yo soy la infantería, lo cual significa que debo hacer lo que él dice. Me envía hacia delante con un ademán, me hace gestos para que retroceda, me ordena que agache la cabeza para que no me la vuele el enemigo.

—Estás muerta —anuncia.

—No, no es verdad.

—Sí que es verdad. Te han dado. Túmbate.

Es inútil discutir, puesto que él puede ver al enemigo y yo, no. Tengo que tumbarme sobre el terreno pantanoso, apoyándome sobre el tocón para no mojarme demasiado, hasta que me llegue el momento de volver a estar viva.

Algunos días, en vez de jugar a la guerra, nos internamos en el bosque y volvemos las rocas y los troncos caídos para ver qué hay debajo. Encontramos hormigas, lombrices y escarabajos, ranas y sapos, culebras y, con suerte, incluso salamandras. No hacemos nada con los bichos que encontramos. Sabemos que se mueren si los guardamos en un frasco y sin darnos cuenta los dejamos junto a la ventanilla de atrás del coche donde les dé el sol, cosa que ya ha ocurrido antes. Así que nos limitamos a mirarlos, observando cómo las espantadas hormigas ocultan sus huevecillos y las culebras se escurren hacia la oscuridad. Luego volvemos a dejar los troncos como estaban, a menos que alguno de los bichos nos haga falta para pescar.

De vez en cuando nos peleamos. En estas fechas no gano nunca: Stephen es mayor que yo y más despiadado, y yo necesito jugar con él más de lo que él necesita jugar conmigo. Nos peleamos en susurros o en algún lugar apartado, porque si nos descubren nos castigan a los dos. Por eso mismo no nos chivamos el uno del otro. Sabemos por experiencia que los placeres de la traición no compensan.

Al ser secretas, estas peleas poseen un atractivo adicional. Es el atractivo de las palabras malsonantes, cuyo uso nos está vedado, palabras como «gilipollas»; el atractivo de la conspiración, de la complicidad.

Nos pisamos el uno al otro, nos pellizcamos en los brazos, pero evitando siempre demostrar el dolor, leales hasta en la agresión.

¿Durante cuánto tiempo vivimos así, como nómadas en la periferia exterior de la guerra?

Hoy hemos conducido mucho rato, y es ya tarde cuando empezamos a montar la tienda. Estamos cerca de la carretera, junto a un agreste lago anónimo. Los árboles que bordean sus orillas se reflejan en el agua, las hojas de los álamos amarillean con la llegada del otoño. El sol se pone en un largo, moroso y helado crepúsculo, rosa flamenco, luego salmón, luego el improbable rojo vibrante del mercurocromo. La luz rosada reposa trémula sobre la superficie, se disuelve y desaparece. Es una noche clara, sin luna, llena de antisépticas estrellas. La Vía Láctea se distingue a la perfección, lo cual es indicio de mal tiempo.

No prestamos atención a nada de esto, porque Stephen me está enseñando a ver en la oscuridad, igual que los comandos. Nunca se sabe cuándo puede ser útil esta habilidad, me dice. No se puede usar la linterna; debo quedarme inmóvil, entre tinieblas, hasta que los ojos se acostumbren a la ausencia de luz. Entonces comienzan a emerger las formas de las cosas, grisáceas, tenues e insustanciales, como si se condensaran del aire. Stephen me pide que mueva los pies lentamente, apoyando todo el peso en un pie cada vez, atenta a no pisar ninguna ramita. Me pide que respire sigilosamente. «Si te oyen, te liquidarán», susurra.

Se agazapa a mi lado, recortado sobre la superficie del lago; una mancha más oscura que el agua. Vislumbro el destello de un ojo y, de pronto, ya no está ahí. Es uno de sus trucos.

Sé que avanza a hurtadillas hacia la fogata, hacia mis padres, que parecen parpadear en la penumbra, sus rostros indistintos. Estoy sola con los latidos de mi corazón y mi respiración demasiado ruidosa. Pero tiene razón: ahora puedo ver en la oscuridad.

Éstas son mis imágenes de los muertos.

Cumplo los ocho años en un motel. Mi regalo es una cámara Brownie, una caja negra y rectangular con un asa en la parte superior y un agujero redondo detrás, para mirar a través.

En la primera fotografía hecha con esta cámara salgo yo. Estoy recostada contra una jamba de la cabaña del motel. La puerta que hay a mis espaldas es blanca y está cerrada, con un número de metal claramente visible: el 9. Llevo unos pantalones con bolsas en las rodillas y una chaqueta de mangas demasiado cortas. Debajo de la chaqueta, aunque en la foto no puede verse, llevo un jersey a rayas marrones y amarillas heredado de mi hermano. Muchas de mis prendas de vestir habían sido antes tuyas. Mi piel es ultrablanca por la sobreexposición de la película, mi cabeza se inclina hacia un lado, mis muñecas sin mitones cuelgan lacias. Me recuerda las viejas fotos de inmigrantes. Tengo todo el aspecto de haber sido colocada ante la puerta con instrucciones de permanecer quieta.

¿Cómo era yo entonces, qué quería? Es difícil recordarlo. ¿Quería una cámara fotográfica como regalo de cumpleaños? Seguramente no, aunque me alegró recibirla.

Quiero unas cuantas hojas más de las que salen en las cajas de Nabisco Shredded Wheat, esas hojas grises con grabados que, una vez coloreados, recortados y plegados, forman las casas de una ciudad. También quiero algunos limpiapipas. Tenemos un libro titulado *Pasatiempos para días de lluvia*, donde se explica cómo construir un *walkie-talkie* con dos latas de conservas vacías y un trozo de cordel, o cómo hacer un barquito que se mueve hacia delante si se echa aceite lubricante por un agujero; también enseña a construir una cómoda para muñecas a base de cajas de cerillas, y diversos animales —un perro, una oveja, un camello— a base de limpiapipas. El barquito y la cómoda no me interesan, pero los limpiapipas sí. Nunca he visto un limpiapipas.

Quiero papel de plata del que llevan los paquetes de cigarrillos. Ya tengo varios trozos, pero quiero más. Mis padres no fuman cigarrillos, o sea que debo recoger el papel allí donde lo encuentre, en la periferia de las estaciones de servicio, entre los matojos que rodean los moteles. He cogido la costumbre de ir rescatando así los desechos que encuentro por el suelo. Cuando encuentro algún paquete, lo limpio, lo aliso y lo guardo entre las páginas de mi libro de lecturas escolares. No sé qué haré con todo este papel cuando ya tenga bastante, pero será algo asombroso.

Quiero un globo. Ahora que la guerra ha terminado, empieza a haber globos de nuevo. Una vez, en invierno, cuando tenía paperas, mi madre encontró uno en el fondo de su baúl de camarote. Debió de haberlo guardado allí antes de la guerra, imaginando tal vez que pasaría algún tiempo antes de que volviera a haberlos. Ella lo infló por mí. Era azul, translúcido, redondo, como una luna particular. La goma era

vieja y se había estropeado, y el globo estalló casi de inmediato, yo quedé desconsolada. Pero quiero otro globo, uno que no se rompa.

Quiero tener amistades, concretamente niñas. Quiero amigas. Sé que existen, pues he leído sobre ellas en los libros, pero nunca he tenido ninguna amiga porque nunca hemos permanecido el tiempo suficiente en ninguna parte.

Los días suelen ser crudos y nublados, con el bajo firmamento metálico de finales de otoño; eso cuando no llueve y hemos de quedarnos en el motel. El motel es del tipo al que estamos acostumbrados: una hilera de casitas endebles, unidas por una sarta de luces de árbol de Navidad, amarillas, azules, o verdes. Las llaman «cabañas con menaje», lo cual quiere decir que cuentan con algún tipo de fogón, uno o dos cazos, una tetera y una mesa cubierta con un hule. El piso de nuestra cabaña con menaje es de linóleo, con un desvaído diseño floral a cuadros. Las toallas son delgadas e insuficientes, y en el centro de las sábanas hay zonas raídas por el roce con los cuerpos de otras personas. Hay una lámina enmarcada de los bosques en invierno y otra de un vuelo de ánades. Algunos moteles tienen los excusados en el exterior, pero en éste hay un auténtico —aunque algo maloliente— retrete, con depósito de agua corriente y una bañera.

Llevamos semanas viviendo en este motel, cosa poco frecuente: nunca solemos quedarnos más de una noche en el mismo motel. Nos alimentamos con sopa de guisantes enlatada marca Habitant, calentada en un cazo abollado sobre el fogón de dos quemadores, y de rebanadas de pan con melaza y trozos de queso. Ahora que la guerra ha terminado hay más queso. Para estar por casa nos ponemos la ropa de calle, y calcetines por la noche, porque estas cabañas de delgadísimas paredes están pensadas para los turistas de verano. El agua caliente no pasa nunca de tibia, y, para bañarnos, nuestra madre calienta agua en la tetera y la echa en la bañera. «Sólo para desprender la roña», suele decir.

Por las mañanas nos sentamos a desayunar arropados con mantas. A veces vemos el vaho de nuestro propio aliento, incluso dentro de la cabaña. Todo esto es irregular y ligeramente festivo. No se trata sólo de que no vamos a la escuela. Al fin y al cabo, nunca hemos ido a la escuela durante más de tres o cuatro meses seguidos. Hace ocho meses que estuve por última vez, y sólo conservo vagas y fugaces ideas de cómo era aquello.

Por las mañanas hacemos las tareas escolares, con nuestros libros de trabajo. Nuestra madre nos indica qué páginas debemos hacer. Luego pasamos a los libros de lectura. El mío trata sobre dos hermanos, un niño y una niña, que viven en una casa blanca con cortinas fruncidas, jardín delantero y cerca de estacas puntiagudas. El padre sale a trabajar, la madre lleva vestido y delantal y los niños juegan a la pelota en el jardín con el perro y el gato. En estos relatos no hay nada que se parezca ni remotamente a mi vida. No hay tiendas de campaña ni carreteras; nada de mear entre los matorrales, ni de lagos, ni de moteles. No hay guerra. Los niños van siempre

limpios, y la niña, que se llama Jane, lleva hermosos vestidos y zapatos de charol con tirillas.

Estos libros tienen para mí un encanto exótico. Cuando Stephen y yo dibujamos con nuestros lápices de colores, él dibuja guerras, guerras corrientes y guerras del espacio. De su rojo, su amarillo y su naranja sólo quedan meros cabos, por las explosiones, y los colores oro y plata también los ha gastado en los refulgentes carapachos metálicos de los tanques y las naves espaciales, en los cascos y en las pistolas de complicado diseño. Pero yo dibujo niñas. Las dibujo con atuendos de otra época, con falda larga, mandil y mangas abullonadas, o con vestidos como los de Jane, con enormes lazos en el pelo. Ésa es la elegante y delicada imagen que tengo en la mente acerca de las demás niñas. No pienso en lo que podría decirles si llegara a conocer algunas en la realidad. No he llegado tan lejos.

Al anochecer nos corresponde fregar los platos; «matraquearlos», dice mi madre. Reñimos en susurros y monosílabos acerca de a quién le toca fregar: secar con paño de cocina húmedo es peor que lavar, que te calienta las manos.

Hacemos flotar los platos y los vasos en la pila, y los bombardeamos con cucharas y cuchillos, susurrando: «¡Bomba va!». La idea es apuntar lo más cerca posible sin llegar a tocarlos. La vajilla no es nuestra. Eso desquicia los nervios de mi madre. Si se los desquicia lo suficiente, acaba fregando ella los platos, que es su manera de reprendernos.

Por la noche nos tendemos en la desvencijada cama turca, acostados en sentidos opuestos porque se supone que así nos dormimos antes, y nos damos patadas en silencio bajo las mantas; a veces probamos de meter nuestros pies, enfundados en calcetines, por las perneras del pijama del otro, para ver hasta dónde podemos llegar. De vez en cuando, los haces de luz de un coche en movimiento se filtran por la ventana, recorriendo primero una pared, después la otra, y desvaneciéndose luego. Se oye el ruido de un motor, luego el siseo de los neumáticos sobre la carretera mojada. Y posteriormente silencio.



No sé quién me sacó aquella foto. Debió de ser mi hermano, porque mi madre está dentro de la cabaña, tras la puerta blanca, vestida con pantalones grises y una camisa a cuadros escoceses de color azul oscuro, ocupada en guardar la comida en las cajas de cartón y la ropa en las maletas. Tiene su propio sistema para hacer el equipaje: mientras lo hace, va hablando ella sola, recordándose los detalles, y no le gusta tenernos por en medio.

Justo después de tomar la foto empieza a nevar, pequeños copos secos que se desprenden uno a uno del adusto cielo septentrional de noviembre. Antes de esa primera nieve reina un cierto silencio, una cierta lasitud, mientras la claridad va menguando y las últimas hojas de arce penden del ramaje como algas. Hasta que comenzó a nevar, nos sentíamos somnolientos. Ahora nos sentimos vivificados.

Salimos a corretear por los alrededores del motel, sin más atavío que nuestros gastados zapatos de verano, con las manos desnudas extendidas hacia los copos de nieve que van cayendo, las cabezas echadas atrás, las bocas abiertas, comiendo nieve. Si hubiera una buena capa en el suelo, nos revolcaríamos sobre ella, como los perros en la suciedad. Nos hace sentir la misma clase de arrobó. Pero nuestra madre mira por la ventana y nos ve, y ve la nieve, y nos manda entrar en la cabaña y secarnos los pies con las inútiles toallas. No tenemos botas de invierno de nuestra talla. Mientras estamos dentro, la nevada se convierte en ventisca. Nuestro padre se pasea de un lado a otro, haciendo tintinear las llaves en el bolsillo. Siempre quiere que las cosas sucedan antes de tiempo, y ahora querría irse inmediatamente, pero mi madre dice que tendrá que aguantarse. Salimos al exterior, le ayudamos a raspar la capa de hielo de las ventanillas del coche, transportamos las cajas y finalmente nos apretujamos todos en el automóvil y arrancamos hacia el sur. Sé que vamos hacia el sur por la orientación de la luz del sol, que empieza a filtrarse débilmente por entre las nubes, haciendo resplandecer los helados árboles, arrancando destellos a las placas de hielo que bordean la carretera, dificultando la visión.

Nuestros padres dicen que vamos hacia nuestra nueva casa. Esta vez la casa será verdaderamente nuestra, no de alquiler. Está en una ciudad que se llama Toronto. El nombre no me dice nada. Pienso en la casa que aparece en mi libro de lectura, blanca, con una cerca de estacas y un jardín de césped y visillos en las ventanas. Tengo ganas de ver cómo será mi dormitorio.

Llegamos a la casa bien entrada la tarde. Al principio creo que debe de haber algún error; pero no, la casa es ésta, no hay duda, porque mi padre ya está abriendo la puerta con una llave. A duras penas puede decirse que la casa esté en una calle; más bien es como un campo. Es cuadrada, de una sola planta, construida en ladrillo amarillo y rodeada por un barrizal. A un lado hay un enorme agujero en la tierra, con grandes pilas de barro amontonadas a su alrededor. La carretera que pasa por delante

también está embarrada, sin pavimentar, llena de baches. Hundidos en el fango hay una serie de bloques de hormigón a modo de pasaderas para poder llegar a la puerta.

En el interior, las cosas son aún más deprimentes. Hay puertas y ventanas, cierto, y paredes, y la caldera funciona. En la sala hay una ventana panorámica, aunque el panorama sólo es una vasta extensión de ondulante barro. El depósito del retrete se descarga al tirar de la cadena, pero en el interior de la taza hay como un círculo amarillento y varias colillas flotando, y cuando abro el grifo del agua caliente, sale agua tibia y rojiza. Pero los suelos no son de madera pulida, ni siquiera de linóleo. Están hechos de grandes y ásperos tablones separados por grietas, grisáceos por el polvillo de yeso y salpicados de motitas blancas como excremento de pájaros. Sólo algunas de las habitaciones disponen de lámparas; en las demás hay unos cables que cuelgan del techo. No hay encimeras en la cocina, sólo la pila; no hay fogones. Está todo sin pintar y lleno de polvo: las ventanas, los alféizares, las lámparas, el suelo. Por todas partes hay montones de moscas muertas.

—Tendremos que arrimar todos el hombro —dice mi madre, lo cual significa que no debemos quejarnos. Tendremos que hacer lo que podamos, dice. Tendremos que acabar la casa nosotros mismos, porque el hombre que debía hacerlo ha quebrado. Se ha fugado, según lo expresa ella. Nuestro padre no está tan contento. Se pasea por la casa, examinándola y tanteándola, mascullando para sí y profiriendo ruiditos sibilantes.

—Qué hijo de zorra; qué hijo de zorra —va diciendo.

Nuestra madre rescata de las profundidades del coche un hornillo de alcohol y lo deposita en el suelo de la cocina, puesto que no hay mesa. Se dispone a calentar una sopa de guisantes. Mi hermano sale afuera; sé que estará escalando la montaña de tierra que tenemos al lado o valorando las posibilidades del gran agujero, pero no tengo ánimos para reunirme con él.

Me lavo las manos con el agua rojiza del cuarto de baño. En la pila hay una grieta que en este momento se me antoja un desastre, mucho peor que cualquiera de los demás defectos y ausencias. Estudio mi rostro en el polvoriento espejo. La luz no tiene pantalla, sólo una bombilla desnuda suspendida sobre mí, que da a mi cara un aspecto pálido y enfermizo, con bolsas bajo los ojos. Me restriego los ojos; sé que no estaría bien que me vieran llorando. A pesar de su desnudez, la casa me resulta demasiado calurosa, tal vez porque todavía llevo puesta la ropa de calle. Me siento atrapada.

Quiero volver al motel, volver a la carretera, a mi anterior y desarraigada vida de impermanencia y seguridad.

Las primeras noches dormimos en el suelo, en nuestros sacos de dormir, sobre nuestras colchonetas hinchables. Luego aparecen unos camastros del ejército, una lona sujeta sobre un armazón de metal más estrecho en la base que en la parte superior, de forma que, si uno da vueltas mientras duerme, se cae al suelo y se le vuelca encima el camastro.

Noche tras noche me caigo y despierto llorando en el suelo áspero y polvoriento, preguntándome dónde estoy, y mi hermano no está ahí para reírse de mí u ordenarme que me calle, porque tengo una habitación para mí sola. Al principio, la idea de tener mi propia habitación me entusiasmaba —un espacio vacío para arreglarlo a mi gusto, sin necesidad de preocuparme por Stephen ni por sus ropas desordenadas y sus pistolas de madera—, pero ahora me siento sola. Nunca había pasado la noche yo sola en una habitación.

Cada día aparecen cosas nuevas en la casa mientras nosotros estamos en la escuela: una cocina, un frigorífico, una mesa plegable y cuatro sillas, de manera que podemos comer de una forma normal, sentados a la mesa en vez de acomodarnos con las piernas cruzadas sobre una lona extendida ante la chimenea. La chimenea funciona perfectamente; es una de las partes de la casa que quedaron acabadas. En ella quemamos los pedazos de madera que sobraron de la construcción.

En sus horas libres, nuestro padre martillea en el interior de la casa. Los suelos se van cubriendo poco a poco: estrechos listones de madera dura en la sala de estar, baldosas de cemento en nuestros dormitorios, extendiéndose fila tras fila. La casa empieza a parecer cada vez más una casa. Pero la cosa va mucho más lenta de lo que nos gustaría: aún estamos muy lejos de las cercas de estacas y los visillos blancos, aquí en nuestra charca de fango de posguerra.

Estamos acostumbrados a ver a nuestro padre vistiendo cazadoras, deformes sombreros de fieltro gris, camisas de franela con los puños siempre abrochados para evitar que los jevenes le suban por el antebrazo, gruesos pantalones con las perneras embutidas en robustos calcetines de lana.

A excepción de los sombreros de fieltro, la ropa que usaba nuestra madre no era muy distinta.

Ahora, en cambio, nuestro padre usa chaquetas y corbatas y camisas blancas, y un gabán de *tweed* y una bufanda. Tiene unos chanclos de goma que se ajustan sobre los zapatos, en lugar de botas de cuero impermeabilizadas con grasa de tocino.

Las piernas de nuestra madre han salido a la luz, enfundadas en medias de nailon con la costura detrás. Antes de salir se pinta la boca con lápiz de labios. Tiene un abrigo con el cuello de piel gris y un sombrero con una pluma que hace que su nariz parezca demasiado puntiaguda. Cada vez que se pone ese sombrero, se mira al espejo y dice: «Parezco la bruja de Endor».

Nuestro padre ha cambiado de trabajo: esto explica las cosas. En vez de ser un investigador de campo que recoge insectos en el bosque, ahora es un profesor universitario. Los botes malolientes y los frascos de recolección que antes se veían por todas partes han disminuido en número. En su lugar, diseminadas por toda la casa, hay pilas de dibujos realizados por sus alumnos con lápices de colores. Todos son dibujos de insectos. Hay saltamontes, orugas de los abetos, lagartas de bosque, escarabajos de la madera, siempre dibujados a toda plana, con sus partes claramente rotuladas: mandíbulas, palpos, antenas, tórax, abdomen. Algunos aparecen en sección, es decir, cortados por la mitad para que se pueda ver lo que tienen dentro: túneles, ramificaciones, bulbos y delicados filamentos. Los de este tipo son los que más me gustan.

Al anoecer, mi padre se acomoda en una butaca con un tablero apoyado en los brazos del asiento y los dibujos sobre el tablero, y revisa los dibujos armado de un lápiz rojo. A veces, mientras hace esto, se ríe para sí, o menea la cabeza, o emite entre dientes unos sonidos chasqueantes. «Idiota», dice, o «zopenco». Yo me quedo de pie tras su butaca, contemplando los dibujos, y él me hace observar que tal persona ha situado la boca en el extremo equivocado, que tal otra se ha olvidado de poner un corazón, que una tercera es incapaz de distinguir un macho de una hembra. No es así como juzgo yo los dibujos: para mí, son mejores o peores según su colorido.

Los sábados nos subimos con él al coche y vamos al sitio donde trabaja. Su verdadero nombre es Edificio de Biología, pero nosotros no lo llamamos así. Es sencillamente el Edificio.

El Edificio es inmenso.

Cada vez que vamos allí lo encontramos casi vacío, porque es sábado; eso hace que nos parezca aún más inmenso. Está hecho de ladrillos marrón oscuro, gastados por la intemperie, y da la impresión de tener torreones, aunque no los tiene. Sobre sus muros crece la hiedra, seca y sin hojas ahora que estamos en invierno, y los recubre de esquemáticas venas. En su interior hay largos pasillos con suelos de madera, manchados y ajados por las fangosas botas de invierno de varias generaciones de estudiantes, pero todavía escrupulosamente pulidos. Hay escalinatas, también de madera, que crujen al subir por ellas, y pasamanos por los que no debemos deslizarnos, y radiadores de hierro que emiten ruidos resonantes y están siempre fríos como la piedra o casi ardiendo.

En el primer piso hay pasillos que desembocan en otros pasillos, recubiertos de estanterías que contienen frascos llenos de lagartos muertos o globos oculares de buey en adobo. En una sala hay cajas de vidrio con serpientes, las más grandes que hemos visto nunca. Una de ellas es una boa constríctor domesticada, y, si el hombre que la cuida está por allí, la saca y se la enrosca en torno al brazo, para que veamos cómo estruja a sus víctimas hasta matarlas para poder comérselas. Nos deja acariciarla. Su piel es fresca y seca. En otras cajas hay serpientes de cascabel, y el hombre nos enseña cómo les extrae el veneno de los colmillos. Para eso se pone un guante de cuero. Los colmillos son curvos y huecos, y el veneno que destilan es amarillo.

En la misma sala hay una alberca de hormigón llena de un agua densa y verdosa donde grandes tortugas permanecen inmóviles parpadeando o se encaraman solemnemente a las rocas dispuestas para este propósito, siseando cuando nos acercamos demasiado. Esta sala es más calurosa y húmeda que las demás porque es lo que necesitan las serpientes y las tortugas; huele como a selva. En otra sala distinta hay una jaula llena de cucarachas gigantes africanas, de color blancuzco y tan venenosas que su cuidador debe narcotizarlas con gas cada vez que abre la jaula para darles de comer o para sacar una de ellas.

Abajo, en el sótano, hay estantes y más estantes de ratas blancas y ratones negros, de un tipo especial que es manso. Se alimentan con las bolitas de comida que suministran las tolvas de las jaulas y beben en botellas provistas de cuentagotas. Tienen nidos de papel de periódico masticado, llenos de rosados y lampiños ratoncitos bebé. Se deslizan los unos encima de los otros y duermen amontonados, y se olisquean mutuamente con sus hocicos temblorosos. El hombre que alimenta a los ratones nos explica que si pusiera un ratón extraño en alguna de las jaulas, un ratón de un olor distinto y desconocido, lo matarían a mordiscos.

El sótano huele intensamente a excrementos de ratón, un olor que se extiende hacia lo alto por todo el edificio, debilitándose a medida que uno sube, confundiéndose con el olor del Dustbane verde que utilizan para limpiar los suelos y con todos los demás olores, el pulimento para los suelos y la cera para los muebles y el formaldehído y las serpientes.

Nada de lo que hay en el edificio nos parece repulsivo. Los arreglos generales, aunque no los detalles, nos resultan familiares, pero nunca habíamos visto tantos ratones juntos en un mismo sitio y nos admiramos su número y su hedor. Nos gustaría sacar las tortugas de su alberca para jugar con ellas, pero, en vista de que son mordedoras, de muy mal carácter y capaces de arrancarte los dedos, no se nos ocurre hacerlo. Mi hermano quiere uno de los ojos de buey conservados en frascos; es el tipo de cosa que los demás muchachos encuentran impresionante.

Algunas de las salas del piso superior son laboratorios. Los laboratorios tienen vastos techos y pizarrones en la parte frontal. Contienen filas y filas de grandes escritorios oscuros, más parecidos a mesas que a escritorios, con altos taburetes para sentarse. Cada uno de los escritorios sostiene dos lámparas con sendas pantallas de vidrio verde y dos microscopios, viejos microscopios, con pesados tubos y encajes de latón.

Ya hemos visto otros microscopios antes, pero nunca con tanto detenimiento; podemos pasarnos mucho rato con ellos antes de cansarnos. A veces nos dan platinas portaobjetos para que las miremos: alas de mariposa, secciones de lombriz, infusorios teñidos con colorantes rosa y morado para que podamos distinguir sus diversas partes. En otras ocasiones, ponemos nuestros dedos bajo las lentes y examinamos nuestras uñas: las partes claras, curvadas como colinas sobre un cielo rosa oscuro; la piel de alrededor, granulada y arrugada como el borde de un desierto. También nos arrancamos pelos de la cabeza para observarlos, duros y relucientes como las cerdas que crecen en la quitinosa piel de los insectos, con la raíz en un extremo como un minúsculo bulbo de cebolla.

Nos gustan las costras. Nos las arrancamos —bajo el microscopio no hay sitio para todo un brazo o una pierna— y graduamos la ampliación al máximo posible. Las costras presentan el aspecto de rocas irregulares, con un lustre como el del sílice; otras veces parecen una especie de hongo. Si podemos arrancarnos una costra de un dedo, ponemos el dedo ante el objetivo y contemplamos el sitio por donde brota la sangre, de un rojo vivo, formando una gotita redonda, como una baya.

Después, nos chupamos la sangre. Examinamos la cera de las orejas, o los mocos, o la suciedad de entre los dedos de los pies, pero comprobando antes que no pueda vernos nadie: sin necesidad de preguntarlo, sabemos que estas cosas no estarían bien vistas. Se supone que nuestra curiosidad tiene límites, aunque nunca se hayan definido con exactitud.

Esto es lo que hacemos los sábados por la mañana, mientras nuestro padre se ocupa de sus asuntos en su despacho y nuestra madre va a hacer la compra. Ella dice que así le damos un respiro.

La fachada del edificio da a la avenida de la Universidad, que tiene parterres de césped y unas cuantas estatuas de bronce verdoso de hombres a caballo. Justo al otro lado de la calzada se encuentra el edificio del Parlamento de Ontario, igualmente viejo y deslustrado. Me da la impresión de ser otro edificio como el Edificio, lleno de

largos y crujientes corredores y de estanterías con ojos de buey y lagartos en conserva.

Precisamente desde el Edificio contemplamos nuestro primer desfile de Santa Claus. Nunca hemos visto ninguno. Se puede escuchar el desfile por la radio, pero si quieres verlo de verdad tienes que arrebujarte en tus prendas de invierno y esperar en la acera, pateando el suelo con las botas y frotándote las manos para entrar en calor. Hay gente que trepa a las estatuas ecuestres para poder ver mejor. Nosotros no tenemos necesidad de hacerlo, pues podemos sentarnos en el alféizar de uno de los principales laboratorios del Edificio, protegidos de la intemperie por una lámina de polvoriento vidrio, mientras nos suben por las piernas las oleadas de calor del radiador de hierro.

Desde ahí vemos pasar a las personas vestidas como copos de nieve, como elfos, como conejos, como hadas de cuento, personas extrañamente truncadas porque las contemplamos desde lo alto. Hay bandas de gaiteros con faldas escocesas, y cosas como enormes pasteles que avanzan sobre ruedas, transportando a gente que saluda con la mano. Ha empezado a lloviznar. Todos en la calle parecen estar pasando frío.

Santa Claus viene al final, más pequeño de lo que nos imaginábamos. El polvoriento vidrio apaga su voz y sus cascabeles amplificadas; Santa Claus se bambolea de un lado a otro tras su reno mecánico, con la ropa empapada, enviando besos a la multitud.

Sé muy bien que no es el auténtico Santa Claus, que sólo es alguien vestido como él. Aun así, mi idea de Santa Claus se ha modificado, ha adquirido una nueva dimensión. Después de esto, me resulta difícil pensar en él sin pensar también en las serpientes y las tortugas y los ojos en botes, y en los lagartos que flotan dentro de sus frascos amarillos, y en el extenso, resonante, aromático, antiguo y desolado, pero también reconfortable olor a madera vieja, pulimento para muebles, formaldehído y ratones lejanos.

### **III**

## **LAS BOMBACHAS DEL IMPERIO**



Hay días en que a duras penas puedo levantarme de la cama. Hablar representa un esfuerzo. Mido mi avance paso a paso, uno más, y otro, hasta llegar al cuarto de baño. Cada uno de estos pasos es una considerable hazaña. Me concentro en quitar el tapón de la pasta de dientes, en llevar el cepillo hasta la boca. Incluso para una cosa así, me cuesta levantar el brazo. Tengo la sensación de carecer de valor, de que nada de lo que yo hago tiene ningún valor, y menos para mí misma.

«¿Qué puedes decir en tu favor?», solía preguntar Cordelia. «Nada», le respondía. Era una palabra que llegué a asociar conmigo misma, como si yo no fuera nada, como si no existiera nada en absoluto.

Anoche percibí el acercamiento de la nada. No demasiado próxima, pero de camino, como un batir de alas, como el enfriamiento del aire, el leve tirón inicial de una corriente submarina. Quise hablar con Ben. Telefoneé a casa, pero había salido y me contestó el aparato. Fue mi propia voz la que oí, animosa y dueña de sí. *¡Hola! Ben y yo no podemos ponernos al teléfono en este momento, pero deje un mensaje y ya le llamaremos en cuanto podamos.* Y luego un pitido.

Una voz desencarnada, una voz de ángel flotando sobre el aire. Si muriera en este mismo instante seguiría hablando así, tranquila y complaciente, como en un más allá electrónico. Al oírla me entraron ganas de llorar.

—Muchos abrazos —dije al espacio vacío. Cerré los ojos y pensé en las cordilleras de la costa. Ése es tu hogar, me dije. Allí es donde vives. Entre esos paisajes teatrales, demasiado bellos, como el decorado de una película. No es real, no es lo bastante hosco, ni deprimente, ni monótono. Aunque ya se están ocupando de eso. Vete unos kilómetros hacia aquí, unos kilómetros hacia allá, fuera de la vista de las ventanas panorámicas, y encontrarás el país de los tocones aserrados.

Vancouver es la capital nacional del suicidio. Avanzas hacia el oeste hasta que se acaba. Llegas al borde. Y te caes.

Salgo a rastras de debajo del *duvet*. Soy una persona atareada, en teoría. Hay cosas que hacer, aunque ninguna de ellas sea algo que yo quiera hacer. Busco en el frigorífico de la cocinita, saco un huevo, lo hiervo, lo echo en una taza de té y lo desmenuzo. No dedico ni siquiera una mirada a las hierbas para infusiones, voy directa al auténtico y vil café. Una taza de nerviosismo. Me anima saber que dentro de muy poco estaré en tensión.

Me paseo por entre los brazos seccionados y los pies huecos, bebiendo negrura. Este estudio me gusta, aquí podría trabajar. Tiene el grado exacto de improvisación y desorden que necesito. Las cosas que se caen a pedazos me dan aliento: más o menos, me encuentro en mejor estado que ellas.

Hoy colgamos. Una desafortunada expresión.

Me enfundo la ropa, manejando los brazos y las piernas como si pertenecieran a otra persona, una persona no muy grande o de no muy buena salud. Hoy vuelve a tocar el chándal azul verdoso; no he traído mucho vestuario. No me gusta facturar el equipaje, prefiero embutirlo todo bajo el asiento del avión. En el fondo de mi mente anida la idea de que si algo va mal, allá arriba en el aire, podré sacar la bolsa de debajo del asiento y saltar por la ventanilla, graciosamente, sin dejar atrás ninguna de mis pertenencias.

Me encamino al exterior, ando a paso vivo por la calle, la boca levemente entreabierta, calculando mentalmente el tiempo. *Sé feliz con la Pandilla Feliz*. Antes solía correr, pero es malo para las rodillas. El exceso de beta-caroteno te vuelve de color naranja, el exceso de calcio te produce piedras en los riñones. La salud mata.

La antigua vaciedad de Toronto se ha perdido. Ahora está todo abarrotado: Toronto está matándose con tanto crecimiento, eso está claro. El tráfico es delirante, hay caos y bocinazos, la gente conduce hasta la mitad de un cruce y se queda allí parada cuando cambia el semáforo. Me alegro de ir a pie. Todos los edificios que veo entre los almacenes parecen gritar: *¡Renovadme! ¡Renovadme!* La primera vez que vi la palabra «Reno» en los anuncios de fincas creí que se refería a la ciudad del juego. El lenguaje me está dejando atrás.

Llego a la esquina de King y Spadina y sigo hacia el norte. Ésta era la zona donde la gente venía a comprar al por mayor, y sigue siéndolo, pero las antiguas charcuterías judías están desapareciendo, sustituidas por bazares chinos, muebles de mimbre, mantelerías caladas, campanillas de bambú de las que suenan con el viento. Algunos de los rótulos de las calles llevan subtítulos en chino, el multicolorismo en marcha, y en otros reza: *El distrito de la moda*, bajo el nombre de la calle. Ahora todos son distritos. Antes no había distritos.

Se me ocurre que necesito un vestido nuevo para la inauguración. He traído uno, por supuesto; ya lo he repasado con mi plancha de viaje, despejando un rincón del banco de trabajo de Jon para usarlo como tabla de planchar, cubierto con una toalla doblada. Este vestido es negro, porque el negro es lo mejor para tales ocasiones: un sobrio y sencillo vestido negro, como los que llevan las mujeres que tocan el violoncelo en las orquestas. No conviene vestir mejor que los clientes.

Pero ahora me deprimó sólo de pensar en él. El negro atrae pelusa, y me he olvidado el cepillo de la ropa. Recuerdo los anuncios de la cinta adhesiva Scotch en los años cuarenta: momifique su mano con cinta Scotch adhesiva por ambos lados, limpie de hilachas su ropa. Me imagino en la galería, rodeada de modelos exclusivos y perlas auténticas, vestida color de viuda y cubierta de pelusa allí donde no he llegado con la cinta adhesiva. Hay otros colores; el rosa, por ejemplo. Se dice que el rosa debilita a tus enemigos, que los ablanda, y supongo que por eso suelen usarlo para las niñas pequeñas. Es extraño que los militares no hayan caído en la cuenta. Cascos de un rosa pálido con escarapelas, todo un batallón, estableciendo una cabeza

de puente en la playa, avanzando hacia el enemigo vestidos de rosa. Es un buen momento para hacer el cambio; no me vendría nada mal un poco de rosa, ahora.

Paso ante los escaparates de las rebajas. Cada uno de ellos es como un templo iluminado desde el interior, exhibiendo sus diosas, la mano en la cadera o la pierna extendida hacia un lado, el rostro *beige* e inaccesible. Los vestidos de fiesta vuelven a estar de moda, lazos y volantes color flamenco, escotes y crinolinas, mangas abullonadas como malvaviscos de tela: todo lo que yo creía olvidado para siempre. Y también minifaldas, tan atrevidas como siempre, pero yo tengo mis limitaciones. Tampoco me gustaron la última vez que estuvieron de moda: demasiada ropa interior a la vista. Los vestidos con volantes no puedo ponérmelos, parecería una coliflor, y los escotados tampoco, no con las clavículas tan huesudas que tengo. Lo que necesito es algo de líneas verticales, quizás un poco drapeado.

Un cartel de LIQUIDACIÓN me induce a entrar. Esta tienda se llama *La Boutique* elegante, aunque en realidad no es una *boutique*: está abarrotada de restos de serie, y no invierten mucho dinero en gastos generales. La tienda está llena de gente, y eso me place. Las vendedoras me intimidan, no me gusta que me sorprendan comprando. Examino la ropa rebajada, dejando atrás lentejuelas, rosas de angora, hembras de oro y sucios cueros blancos, buscando alguna cosa. Lo que en realidad me gustaría es quedar transformada, y eso ya cuesta más. Resulta más fácil disfrazarse cuando se es joven.

Me llevo tres cosas al probador: salmón con topes blancos del tamaño de una moneda de dólar, azul eléctrico con apliques de satén y, para mayor seguridad, algo negro que puede servirme si todo lo demás falla. Lo que de veras me gusta es el vestido salmón, pero ¿puedo atreverme con los topes? Me lo pongo, abrocho la cremallera y los cierres, me vuelvo hacia uno y otro lado delante del espejo, que, como de costumbre, está mal iluminado. Si yo llevara una tienda como ésta, pintaría los probadores de color rosa y me gastaría algo de dinero en los espejos: sea lo que fuere lo que las mujeres quieren, no es verse a sí mismas; al menos, no bajo su peor luz.

Estiro el cuello e intento verme por detrás. ¿Quizá con unos zapatos distintos, con otros pendientes? La etiqueta con el precio se bambolea al extremo de un hilo, apuntando hacia mis posaderas. Ahí están los topes, extendiéndose sobre una vasta superficie. Es curioso lo mucho más grande que parece una al verse por detrás. Tal vez sea porque hay menos rasgos distintivos que rompan la extensa monotonía de loma y llanura.

Al volverme, veo mi bolso, tirado en el suelo, donde lo he dejado antes, después de tantos años tendría que ser más precavida. Está abierto. La pared del probador termina a un palmo del suelo, y un brazo está retirándose sigilosamente por ese hueco, los dedos cerrados sobre mi billetero. Las uñas están pintadas de un color fluorescente.

Hundo con fuerza mi desnudo talón sobre la muñeca. Suena un chillido, un desvergonzado coro de risas: jovencitas en busca de aventuras, colegialas al acecho. La mano suelta el billetero y retrocede precipitadamente como un tentáculo.

Abro la puerta de un tirón. «¡Maldita seas, Cordelia!», pienso.

Pero ya hace mucho tiempo que Cordelia se fue.

La escuela a la que nos mandan queda a cierta distancia, más allá de un cementerio, después de cruzar un barranco, al final de una ancha y curvada calle bordeada de casas antiguas. Se llama Escuela Pública Reina María. Por la mañana cruzamos el barrizal congelado con nuestros nuevos chanclos de invierno, llevando los almuerzos en sendas bolsas de papel, y bajamos por entre los restos de un huerto hacia la carretera asfaltada más cercana, donde esperamos el tambaleante autobús escolar que viene a buscarnos, escalando la cuesta y superando los baches. Yo llevo mi traje nuevo para la nieve, con la falda enrollada en torno a las piernas y embutida en las voluminosas perneras de los pantalones de nieve, que se rozan cuando camino. No se puede ir a la escuela en pantalones, hay que ir con falda. No estoy acostumbrada a eso, ni tampoco a permanecer quieta tras un pupitre.

Almorzamos en el gélido y penumbroso sótano de la escuela, donde nos sentamos en vigiladas hileras sobre largos y deteriorados bancos de madera bajo un dosel de cañerías de la calefacción. Casi todos los niños van a almorzar a casa; sólo los del autobús han de quedarse. Nos reparten pequeñas botellas; de leche, que bebemos por medio de una pajita introducida a través de un agujero en la tapa de cartón. Son mis primeras pajas para beber, y me sorprenden.

El edificio de la escuela es alto y antiguo, hecho de ladrillos color hígado, con elevados techos largos y ominosos corredores con suelos de madera y radiadores que o bien funcionan a tope o no funcionan en absoluto, lo que siempre estamos temblando de frío o sofocados de calor. Las ventanas son altas y estrechas y con muchos cristales, y están decoradas con recortes de papel; ahora mismo hay copos de nieve, por ser invierno. Hay una puerta principal que nunca es utilizada por los alumnos. En la parte de atrás hay dos entradas grandiosas rodeadas de tallas ornamentales, y sendos letreros sobre las puertas, escritos con trazos solemnes y curvilíneos, proclaman: NIÑAS Y NIÑOS. Cuando la maestra del patio hace sonar su campanilla de mano, tenemos que formar por clases separadas en fila de a dos, las niñas en una columna, los niños en la otra, y desfilar hacia el interior por la puerta que nos corresponde. Las niñas van cogidas de la mano; los niños, no. Si entras por la puerta que no te toca, te ganas una zurra. O eso dice todo el mundo.

Siento una gran curiosidad por la puerta de NIÑOS. ¿Cómo influye el ser niño o niña en el hecho de cruzar un puerta? ¿Qué puede haber allí dentro que sólo el verlo merezca una zurra? Mi hermano dice que son unas escaleras sin nada de particular, unas escaleras vulgares y corrientes. Los chicos no tienen un aula separada, van a clase con nosotras. Entran por la puerta de NIÑOS y van a parar al mismo sitio que nosotras. Veo lógico los aseos para chicos, porque hacen pipí de una forma distinta, y también el patio de los chicos, por todas las patadas y puñetazos que se atizan. Pero la puerta me intriga. Me gustaría echar un vistazo a su interior.

Del mismo modo en que hay dos puertas distintas para los chicos y para las chicas, también el patio está dividido en dos partes. Delante, junto a la entrada de los maestros, hay un terreno de tierra cubierto de ceniza, el campo de juego de los chicos. En el lado de la escuela que queda más apartado de la calle hay un pequeño cerro, con escalones de madera para subir y senderos erosionados por la lluvia que bajan por la ladera, y unos cuantos arbustos atrofiados en la cima. La costumbre ha reservado este lugar para las niñas, y las mayores deambulan por allí en grupitos de tres o cuatro, las cabezas inclinadas hacia adentro, susurrando, aunque a veces los chicos cargan cuesta arriba, gritando y agitando los brazos. La zona pavimentada de hormigón ante los letreros de niños y niñas es territorio común, puesto que los chicos deben cruzarlo para entrar por su puerta.

En la escuela, sólo veo a mi hermano a la hora de formar las filas. En casa hemos instalado un *walkie-talkie* con dos latas vacías y un pedazo de cordel, que comunica las ventanas de nuestros dormitorios y no funciona muy bien. Deslizamos mensajes bajo la puerta del otro, escritos en el críptico idioma de los extraterrestres, que está lleno de equis y de zetas y debe ser descifrado. Nos pisamos y nos damos pataditas por debajo de la mesa, manteniendo una perfecta compostura por encima del mantel; a veces unimos con un nudo los cordones de nuestros zapatos, para hacernos señales. Éstas son las principales comunicaciones que tengo ahora con mi hermano, estas chirriantes palabras de lata de conservas, frases sin vocales, el código Morse de los pies.

Pero durante el día lo pierdo de vista nada más salir por la puerta. Él se adelanta, lanzando bolas de nieve, y en el autobús se instala en la parte de atrás, en un bullicioso remolino de muchachos mayores. A la salida de la escuela, después de terminar con las peleas que se exigen a cualquier chico nuevo en cualquier escuela, se va con los demás a guerrear contra los alumnos de una escuela católica cercana. Se llama Nuestra Señora del Perpetuo Socorro, pero los chicos de nuestra escuela la han rebautizado como Nuestra Señora del Perpetuo Ceporro. Se dice que los chavales de esta escuela católica son muy duros, y que esconden piedras dentro de las bolas de nieve.

Tengo suficiente conocimiento para no dirigirme a mi hermano en estas ocasiones, y para no atraer sobre mí su atención ni la de ningún otro chico. Los muchachos suelen ser blanco de burlas por tener hermanas pequeñas, o hermanas de cualquier clase, o madres; es como ir con ropa nueva. Siempre que le compran algo nuevo, mi hermano lo ensucia lo antes posible para procurar que pase inadvertido; si tiene que ir a alguna parte conmigo y con mi madre, va por delante nuestro o cruza a la otra acera. Si se burlan de él por mi causa, tendrá que pelearse aún más. Buscar su compañía, o incluso llamarlo por su nombre, sería un acto de deslealtad por mi parte. Yo comprendo estas cosas y hago todo lo que puedo.

Así que sólo me queda el trato con las niñas, niñas de verdad por fin, de carne y hueso. Pero no estoy acostumbrada a las niñas ni conozco sus costumbres. Cuando

estoy a su lado, me siento violenta y no sé qué decir. Conozco las reglas tácitas de los chicos, pero con ellas siempre tengo la sensación de estar a punto de cometer alguna patochada imprevista y calamitosa.

Una chica llamada Carol Campbell se hace amiga mía. En cierto sentido no le queda más remedio, porque es la única de mi clase que viaja en el autobús escolar. Los niños que vienen en el autobús escolar, que almuerzan en el sótano en vez de irse a su casa, están considerados un poco como una especie aparte y corren el riesgo de encontrarse sin compañero cuando suena la campanilla y hay que formar las filas. De modo que Carol se sienta a mi lado en el autobús, me coge de la mano en la fila, me habla en susurros, almuerza junto a mí en el banco de madera del sótano.

Carol vive en una de las casas antiguas que hay al otro lado del huerto abandonado, más cerca de la escuela, una casa de ladrillo amarillo con dos pisos y postigos pintados de verde en las ventanas. Es una niña regordeta que suele reír con frecuencia. Me explica que su cabello es rubio miel, que su peinado es de estilo paje y que tiene que ir a la peluquería cada dos meses para que se lo arreglen. No sabía que existieran cosas tales como pajos y peluquerías. Mi madre no va a la peluquería. Lleva el pelo largo, recogido a los lados, como las mujeres de los carteles de cuando la guerra, y a mí no me han cortado nunca el pelo.

Carol y su hermana pequeña tienen un equipo a juego para los domingos: abrigos entallados de *tweed* marrón con cuello de terciopelo, sombreritos redondos de terciopelo marrón que se sujetan bajo la barbilla con un elástico. Tienen guantes marrones y pequeños bolsos de mano del mismo color. Todo esto me lo cuenta ella. En su familia son anglicanos. Carol me pregunta a qué iglesia voy yo, y le contesto que no lo sé. De hecho, no vamos nunca a la iglesia.

Al terminar las clases, Carol y yo volvemos andando a casa; no por el camino que sigue el autobús por la mañana, sino por una ruta distinta, siguiendo calles secundarias y cruzando el barranco por un desvencijado puente peatonal de madera. Nos han advertido que no vayamos por ahí a solas, y que no bajemos nunca al barranco. Abajo podría haber hombres, es lo que dice Carol. No se refiere a hombres corrientes, sino a los de la otra clase, esa clase de hombres, tenebrosa y sin nombre, que le hacen cosas a una. Carol sonrío y susurra al decir «hombres», como si fuese una broma especial y emocionante. Cruzamos el puente con ligereza, evitando pisar los tablones podridos, atentas a la presencia de hombres.

Carol me invita a ir a su casa después de la escuela, y me enseña su armario lleno de ropa. Tiene un montón de faldas y vestidos; tiene incluso una bata de estar por casa con zapatillas peludas a juego. Nunca había visto tanta ropa de niña junta en un solo lugar.

Me deja contemplar la sala de estar desde el umbral, aunque no nos está permitido entrar en ella. Ni siquiera ella puede entrar, excepto para sus prácticas de piano. La sala de estar tiene un sofá, dos sillones y cortinajes a juego, todo en un género floreado en tonos rosa y *beige* que Carol dice que se llama *chintz*. Pronuncia esta

palabra con temor reverencial, como si fuera el nombre de algo sagrado, y yo la repito silenciosamente para mis adentros: *chintz*. Suena como el nombre de una especie de pez raya, o de uno de los extraterrestres del remoto planeta de mi hermano.

Carol me cuenta que su profesor de piano le pega en los dedos con una regla cuando toca mal una nota, y que su madre la azota con una zapatilla o, si no, con la parte plana de un cepillo. Cuando se la carga con todo el equipo, tiene que esperar a que llegue su padre a casa y le pegue con el cinturón en el trasero desnudo. Todas estas cosas son secretas. Dice que su madre canta en un programa de radio, bajo un nombre distinto, y la oímos practicar escalas en la sala de estar, con voz fuerte y vibrante. Dice también que su padre se quita unos cuantos dientes antes de acostarse y los deja en un vaso de agua a la cabecera de la cama. Me enseña el vaso, aunque ahora no contiene ningún diente. No parece haber nada de lo que no quiera hablar.

Me cuenta qué chicos de la escuela están enamorados de ella, y me hace prometer que no se lo diré a nadie. Me pregunta cuáles están enamorados de mí. Nunca he pensado en este asunto, pero me doy cuenta de que espera alguna respuesta. Le digo que no estoy segura.

Carol viene a mi casa, y se fija en todo —las paredes sin pintar, los cables que cuelgan del techo, los suelos sin acabar, los camastros del ejército— con incrédulo regocijo. «¿Aquí es dónde duermes? —me pregunta—. ¿Aquí comes? ¿Ésta es tu ropa?». La mayor parte de mi ropa, que no es muy abundante, se compone de jerséis y pantalones. Tengo dos vestidos, uno de verano y uno de invierno, una blusa y una falda de lana para ir a la escuela. Empiezo a sospechar que quizás hagan falta más cosas.

En la escuela, Carol les cuenta a todas que nuestra familia duerme en el suelo. Tal como lo cuenta da la impresión de que lo hacemos a propósito, porque somos forasteros en la ciudad; de que es una creencia nuestra. Se lleva una gran decepción cuando llegan del guardamuebles nuestras verdaderas camas, con cuatro patas y colchón, como las de todo el mundo. Hace correr la voz de que no sé a qué iglesia voy, y que comemos en una mesa plegable. No lo dice de forma despectiva, sino como si todas estas cosas fuesen rarezas exóticas. Al fin y al cabo, soy su compañera de fila y quiere que me admiren. Mejor dicho: quiere que la admiren a ella por revelar tales prodigios. Es como si estuviera informando sobre las peculiaridades de alguna tribu primitiva: ciertas, pero increíbles.



El sábado, Carol Campbell viene con nosotros al Edificio. Al entrar, frunce la nariz y dice: «¿Aquí es dónde trabaja tu padre?». Le mostramos las serpientes y las tortugas; ella emite un ruidito que suena como «Ug» y dice que no las tocaría por nada del mundo. Eso me sorprende: hace tanto tiempo que me disuaden de tener esta clase de ideas, que ya no las tengo. Y tampoco Stephen. No hay muchas cosas que nos resistamos a tocar, si tenemos la ocasión.

Pienso que Carol Campbell es una cursi. Al mismo tiempo, me siento un poco orgullosa de su delicadeza. Mi hermano la mira de un modo extraño: con desdén, cierto, y si yo hubiera hecho un comentario semejante sin duda se habría reído de mí. Pero hay otro matiz, como un invisible gesto de asentimiento, como si acabara de configurarse algo que ya venía sospechando.

Por derecho, después de esto Stephen debería hacer caso omiso de ella, pero vuelve a ponerla a prueba con los frascos de lagartos y los ojos de buey. «Ug —dice ella—. ¿Y si te metieran uno por la espalda?». Mi hermano le pregunta si no le apetecerían para cenar. Hace como si masticara y se relame los labios.

Carol vuelve a decir «Ug» y tuerce el gesto y se estremece. No puedo fingir que yo también me siento ofendida y disgustada: mi hermano no me creería. Tampoco puedo unirme al juego de inventar comidas repugnantes, como hamburguesas de sapo o chicle de sanguijuelas, aunque si estuviéramos solos o con otros chicos, lo haría sin pensarlo dos veces. Así que no digo nada.

Cuando regresamos del edificio voy otra vez a casa de Carol, y ella me pregunta si quiero ver el nuevo conjunto gemelo de su madre. No sé a qué se refiere, pero me siento intrigada, de modo que contesto que sí. Me conduce subrepticamente al dormitorio de su madre, diciendo que si nos descubren se la va a cargar de veras, y me enseña el conjunto gemelo, plegado sobre un estante. El conjunto gemelo no es más que un par de jerséis, los dos del mismo color, uno con botones en la parte delantera y el otro sin. Ya he visto a la señora Campbell llevar otro conjunto gemelo, uno de color *beige* que le hace resaltar los senos, con el jersey de botones envolviéndole los hombros como una capa. O sea que los conjuntos gemelos son esto. Me siento decepcionada, porque había supuesto que tenían algo que ver con los hermanos gemelos.

Los padres de Carol no duermen en una cama grande, como los míos. Ellos duermen en camas individuales, idénticas en todo, con colchas de felpilla rosada y mesitas de noche a juego. Estas camas se llaman camas gemelas, cosa que encuentro mucho más lógica que los conjuntos gemelos. De todos modos, se me hace extraño pensar en el señor y la señora Campbell acostados en ellas, con sus distintas cabezas —la de él con bigote, la de ella sin—, pero por lo demás idénticos, como gemelos, bajo las mantas y las sábanas. Lo que me produce esta impresión son las colchas a

juego, las mesitas de noche, las lámparas, las cómodas, la duplicidad de todo lo que hay en su dormitorio. El cuarto de mis padres es menos simétrico, y también menos ordenado.

Carol dice que su madre se pone guantes de goma para lavar los platos. Me enseña los guantes de goma y una cosa que se pone en el grifo del agua para que el chorro salga en forma de lluvia. Abre el grifo y moja el interior de la pila, y accidentalmente parte del suelo, hasta que aparece la señora Campbell con su conjunto gemelo *beige* y, frunciendo el ceño, nos dice que será mejor que vayamos a jugar al piso de arriba. Puede que no esté frunciendo el ceño. Su boca se curva ligeramente hacia abajo incluso cuando sonrío, de modo que es difícil saber si está de buen humor o no. Su cabello es del mismo color que el de Carol, pero lo lleva peinado con una ondulación en frío que le cubre toda la cabeza. Es Carol quien me hace saber que eso se llama una ondulación en frío. Una ondulación en frío viene a ser como una cabellera de muñeca, muy bien puesta y arreglada, como cosida en su lugar.

Carol se siente tanto más complacida cuanto más desconcertada me ve. «¿No sabías lo que es una ondulación en frío?», pregunta con deleite. Disfruta explicándome las cosas, dándoles nombre, mostrándomelas. Me conduce por su casa como si fuera un museo, como si ella misma hubiera reunido personalmente todo lo que contiene. En el vestíbulo de la planta baja, donde hay un perchero de pie —«¿No habías visto nunca un perchero de pie?»—, me dice que soy su mejor amiga.

Carol tiene otra mejor amiga, que a veces es su mejor amiga y a veces no. Se llama Grace Smeath. Carol me la señala en el autobús de la misma manera en que me señalaba el conjunto gemelo y el perchero de pie: como un objeto a admirar.

Grace Smeath tiene un año más que nosotras y está en el curso siguiente. En la escuela juega con las otras niñas de su clase, pero al salir de la escuela y los sábados juega con Carol. No hay ninguna niña de su clase de nuestro lado del barranco.

Grace vive en una casa de ladrillo rojo en forma de caja de zapatos, con dos pisos y un porche delantero que se sostiene sobre dos gruesas columnas redondas y blancas. Es más alta que Carol y lleva su áspera y oscura cabellera recogida en un par de trenzas. Su tez es sumamente clara, como las partes del cuerpo tapadas por el traje de baño, pero está cubierta de pecas. Lleva gafas. Por lo general suele vestir una falda gris con tirantes y un suéter rojo sembrado de minúsculas bolitas de lana. Su ropa huele un poco como la casa de los Smeath, una mezcla de olor a polvos de fregar, a nabos hervidos y a coladas ligeramente rancias, y a la tierra de debajo del porche. Yo la encuentro muy guapa.

Los sábados ya no voy al Edificio. Ahora juego con Carol y Grace. Como estamos en invierno, casi siempre jugamos en casa. Jugar con niñas es una cosa muy distinta y al principio me hace sentir extraña, cohibida, como si sólo estuviera imitando a una niña. Pero no tardo en acostumbrarme.

Nuestros juegos suelen ser idea de Grace, porque si tratamos de jugar a algo que no le gusta, dice que le duele la cabeza y se va a su casa, o nos pide que nos vayamos a nuestras casas. Nunca levanta la voz, no llora ni se enfada; sus reproches son silenciosos, como si le doliera la cabeza por culpa nuestra. Como nosotras tenemos más interés en jugar con ella que ella con nosotras, siempre se sale con la suya.

Pintamos los libros de colorear de Grace, que presentan a las estrellas de cine vistiendo distintos conjuntos y en situaciones diversas: paseando a sus perros, navegando en traje de marino, asistiendo a fiestas en traje de noche. La estrella favorita de Grace es Esther Williams. Yo no tengo ninguna estrella favorita —no he ido nunca al cine—, pero digo que la mía es Verónica Lake, porque me gusta su nombre. El libro de Verónica Lake es de recortables, con Verónica Lake en traje de baño y docenas de vestidos y conjuntos que se sujetan mediante unos rebordes de papel que se doblan en torno a su cuello. Grace no nos deja recortar estos vestidos, aunque podemos ponérselos y quitárselos cuando ya los ha recortado ella, pero nos permite pintar en los libros para colorear siempre y cuando no nos salgamos de las líneas. Le gusta que los libros estén completamente coloreados. Nos dice qué colores debemos utilizar en cada sitio. Sé los que utilizaría mi hermano —piel verde para Esther, con antenas de escarabajo, y piernas peludas para Verónica, como unas ocho piernas— pero me abstengo de hacerlo. Además, me gustan los vestidos.

Jugamos a la escuela. Grace tiene un par de sillas en el sótano, y una mesa de madera, y una pequeña pizarra y tizas, todo ello colocado bajo el tendedero donde los Smeath cuelgan su ropa interior a secar cuando afuera está lloviendo o nevando. El sótano no está del todo acabado: el suelo es de cemento, los pilares que sostienen la casa son de ladrillo visto, las cañerías del agua y los cables están al descubierto, y el aire huele a polvillo de carbón porque la carbonera está justo al lado de la pizarra.

Grace es siempre la maestra, y Carol y yo, las alumnas. Tenemos que hacer sumas y pruebas de ortografía; es como la escuela de verdad, sólo que aún peor, porque nunca hacemos dibujo. Y no podemos jugar a portarnos mal, porque a Grace no le gusta el alboroto.

A veces nos sentamos en el suelo, en el cuarto de Grace, con montones de catálogos Eaton's atrasados. Yo ya he visto antes muchísimos catálogos Eaton's: en el norte, los cuelgan en el excusado para usarlos como papel higiénico. Los catálogos Eaton's me traen a la memoria la fetidez de aquellos excusados, el zumbido de las moscas en el agujero, la caja de cal viva y la pala de madera para arrojar la cal sobre los montones de excrementos antiguos y recientes, de todas las formas y todas las tonalidades del marrón. Pero aquí tratamos estos catálogos con reverencia. Recortamos las figuritas de colores y las pegamos en álbumes de recortes. Luego recortamos otras cosas —utensilios de cocina, muebles— y las pegamos alrededor de las figuras. Las figuras en sí son siempre mujeres. Las llamamos «mi señora». «Mi señora tendrá este frigorífico», decimos. «Mi señora se comprará esta alfombra». «Éste es el paraguas de mi señora».

Grace y Carol comparan sus álbumes de recortes y exclaman: «Oh, qué bueno es el tuyo. El mío no es tan bueno. El mío es *horroroso*». Esto ocurre cada vez que jugamos con los álbumes de recortes. Sus voces son adulatoras y falsas; me doy perfecta cuenta de que no hablan en serio, de que ambas piensan que su propia señora es la mejor. Pero es lo que se debe decir, así que empiezo a decirlo yo también.

Este juego me resulta cansado. Es por el peso, por toda esta acumulación de objetos, de pertenencias que habría que cuidar, empacar, cargar en el coche, desempacar. Yo sé mucho de mudanzas. Pero Carol y Grace nunca se han mudado a ninguna parte. Sus señoras tienen una casa para cada una y siempre han vivido en ellas. Pueden ir acumulando cosas y más cosas, llenar las páginas de sus álbumes con comedores, camas, pilas de toallas, una vajilla tras otra, y no darle la menor importancia al asunto.

Empiezo a desear cosas que nunca había deseado: trenzas, una bata, un bolso mío de verdad. Algo está desplegándose, revelándoseme. Veo que existe todo un mundo hecho de niñas y sus actos que hasta ahora me era desconocido, y que puedo formar parte de él sin el menor esfuerzo. No tengo que estar a la altura de nadie, correr tan deprisa, apuntar tan bien, hacer fuertes ruidos explosivos, descifrar mensajes, morir a una seña. No tengo que pensar si he hecho todo esto lo bastante bien, tan bien como un chico. Lo único que debo hacer es sentarme en el suelo y recortar sartenes del catálogo Eaton's con unas tijeras de bordar, y luego decir que lo he hecho mal. En parte, es un alivio.

Por Navidad, Carol me regala unas sales de baño Jardín de la Amistad y Grace me regala un libro para colorear de Virginia Mayo. Sus regalos son los primeros que abro.

También recibo un álbum de fotos, complemento de la cámara. Las páginas y las cubiertas son negras, unidas con algo que parece un enorme cordón de zapato igualmente negro; hay un sobre lleno de triangulitos negros engomados para sujetar las fotos. Hasta ahora, sólo he gastado un carrete de película en mi cámara. Cada vez que aprieto el disparador, pienso en cómo se verá la foto. No quiero desperdiciar ninguna. Cuando llegan las fotos reveladas del laboratorio, vienen también los negativos. Los sostengo a la luz: todo lo que en la foto de verdad sale en blanco, en el negativo es negro. La nieve, por ejemplo, es negra, como los dientes y los ojos de las personas.

Pego las fotos en el álbum con los triángulos negros. En algunas aparece mi hermano, haciendo gestos amenazantes con bolas de nieve. Hay algunas de Carol, algunas de Grace. Sólo hay una foto mía, aquélla en que me veo de pie ante una puerta de motel con el número 9, hace mucho tiempo, hace un mes. Aquella niña ya se me antoja mucho más pequeña, más pobre, lejana, como una encogida e ignorante versión de mí misma.

Otra cosa que me regalan por Navidad es un bolso de plástico rojo, de forma ovalada, con un cierre dorado y un asa en la parte superior. Dentro de casa es blando y flexible, pero con el frío del exterior se endurece, de forma que las cosas resuenan en su interior. Lo uso para guardar mi asignación, cinco centavos por semana.

A estas alturas ya tenemos suelo en la sala de estar, de madera dura, encerado por mi madre, de rodillas, pulimentado con un pesado cepillo de mango largo que ella empuja de un lado a otro, haciendo un ruido como de oleaje. La sala de estar ha sido pintada; los apliques, instalados; los zócalos, montados. Las partes públicas de la casa, las visibles, son las primeras que han quedado acabadas.

Nuestros dormitorios siguen en un estado más precario. Las ventanas aún no tienen cortinas. De noche, tendida en la cama, puedo mirar afuera y ver caer la nieve, iluminada por la luz de la ventana del cuarto de mi hermano, contigua a la mía.

Es la época más oscura del año. Incluso de día parece oscuro, y de noche, cuando están las luces encendidas, esta oscuridad lo impregna todo como una niebla. Fuera sólo hay unas cuantas farolas, que están separadas y no dan mucha luz. Las lámparas de las casas proyectan una luz amarillenta, no fría y verdosa sino de un amarillo mortecino y aceitoso con una pizca de marrón. Los colores de las cosas que hay en las casas llevan mezcla de oscuridad: marrón, *beige*, un verde apagado, rosa polvoriento. Estos colores parecen un poco sucios, como las pastillas de una caja de acuarelas cuando te olvidas de enjuagar el pincel.

Tenemos un sofá Chesterfield sacado del trastero, con una alfombra marrón y violeta de estilo oriental extendida ante él. Tenemos una lámpara de pie con tres bombillas. Al anochecer, bajo la luz de la lámpara, el aire se coagula como unas natillas cuajadas; en los rincones de la sala se acumulan sedimentos de luz más pesados. De noche, las cortinas permanecen cerradas, pliegues y más pliegues de tela extendidos contra el invierno, atesorando la tenue y pesada luz, conservándola en el interior.

Bajo esta luz extendiendo el periódico de la tarde sobre el suelo de madera pulido y me apoyo en codos y rodillas para leer las tiras cómicas. En las tiras cómicas salen personajes con agujeros redondos en vez de ojos, otros que pueden hipnotizarte al instante, otros con identidades secretas, otros que pueden moldear su cara para darle la forma que quieran. Percibo el aroma de la tinta de imprenta y de la cera de los suelos, el olor a cómoda de mis calcetines —que me pican— mezclado con el de las rodillas mugrientas, el rasposo y cálido olor del tartán de lana y el olor gatuno de mi ropa interior de algodón. A mis espaldas, la radio toca música de baile de los Maritimes, Don Messer y sus Isleños, en espera del noticiario de las seis. La radio es de madera oscura barnizada, con un solo ojo verde que se mueve por el dial según haces girar el mando. Entre una emisora y otra, este ojo emite misteriosos ruidos del espacio exterior. Ondas de radio, dice Stephen.

Ahora Grace suele invitarme a su casa al salir de la escuela sin invitar también a Carol. Le dice a Carol que si no la invita es por un motivo: su madre. Su madre está cansada, o sea que Grace sólo puede llevar a una mejor amiga ese día.

La madre de Grace tiene el corazón delicado. Grace no lo convierte en ningún secreto, como haría Carol. Nos lo dice sin emoción, cortésmente, como si estuviera pidiéndote que te limpiaras los pies en el felpudo, pero también con cierto aire relamido, como si poseyera algo, algún privilegio o superioridad moral que nosotras dos no compartimos. Es la misma actitud que muestra ante la planta de caucho que tienen en el rellano de la mitad de la escalera. Es la única planta que hay en casa de Grace, y no se nos permite tocarla. Es muy vieja y hay que limpiarla hoja por hoja con un trapo mojado en leche. El delicado corazón de la señora Smeath viene a ser algo así. Por ese corazón hemos de andar de puntillas, movernos silenciosamente, sofocar nuestras risas, hacer lo que dice Grace. Los corazones delicados tienen su utilidad: hasta yo me doy cuenta.

Todas las tardes, la señora Smeath tiene que tomarse un descanso. Y lo hace, no en su dormitorio, sino en el Chesterfield de la sala, tendida con los pies descalzos y cubierta por una colcha de estambre tejido a mano. Así nos la encontramos siempre que vamos a jugar a la salida de la escuela. Entramos por la puerta lateral y subimos los peldaños de la cocina procurando hacer el menor ruido posible; entramos en el comedor y nos acercamos a la doble puerta acristalada, desde donde tratamos de atisbar si tiene los ojos abiertos o cerrados. No la vemos dormida nunca. Pero

siempre existe la posibilidad —insinuada por Grace con la misma objetividad— de que un buen día nos la encontremos muerta.

La señora Smeath no es como la señora Campbell. Por ejemplo, no tiene conjuntos gemelos, y tampoco le impresionan. Esto lo sé porque un día, cuando Carol se jactaba de los conjuntos gemelos de su madre, la señora Smeath dijo: «¿Ah, sí?», no como una pregunta, sino como una manera de hacer callar a Carol. No se pinta los labios ni lleva maquillaje, ni siquiera para salir. Tiene los huesos grandes, los dientes cuadrados y un poco separados entre sí, de manera que puede distinguirse la forma de cada uno de ellos, y una piel que parece que la hubieran frotado con un cepillo de cerdas metálicas. Su cara es suave y redondeada, con un cutis blanco como el de Grace pero sin pecas. Lleva gafas, igual que Grace, pero las suyas son de montura de acero en lugar de marrones. El cabello, que empieza a grisear en las sienes, está peinado con raya al medio, trenzado y recogido sobre la cabeza en una plana diadema sujeta con horquillas.

Lleva vestidos estampados de estar por casa, no sólo por las mañanas sino casi todo el tiempo. Sobre estos vestidos se pone delantales con peto que se abomban por delante y le dan un aspecto como si en vez de tener dos pechos sólo tuviera uno, un único pecho que ocupa toda la anchura de su cuerpo y se extiende hacia abajo hasta llegarle a la cintura. Lleva medias de hilo de Escocia, con costura, que hacen que sus piernas parezcan disecadas y cosidas por detrás. Lleva zapatos Oxford marrones. A veces, en vez de medias se pone unos finos calcetines de algodón, por encima de los cuales surgen unas piernas blancas y de escaso vello, como el bigote de una mujer. También tiene bigote, aunque no muy poblado, apenas unos pelillos junto a las comisuras de la boca. Sonríe mucho, con los labios cerrados sobre los grandes dientes, pero, al igual que Grace, nunca ríe.

Tiene unas manos grandes, de nudillos prominentes y rojas de tanto lavar. Hay mucho que lavar, porque Grace tiene dos hermanas pequeñas que heredan sus faldas y sus blusas, e incluso sus bragas. Yo suelo heredar los jerséis de mi hermano, pero no su ropa interior. Son esas bragas, gastadas y grisáceas por el uso, las que cuelgan goteando de la cuerda extendida sobre nuestras cabezas mientras jugamos a la escuela en el sótano de Grace.

Antes del día de San Valentín, en la escuela nos hacen recortar corazones de papel rojo y adornarlos con retazos de servilletas de papel para pegarlos en las ventanas altas y estrechas. Mientras recorto los míos, pienso en el corazón delicado de la señora Smeath.

¿Qué le pasa, exactamente? Me lo imagino oculto bajo la colcha de estambre y la ondulación del delantal con peto, palpitando en la densa oscuridad carnosa del interior de su cuerpo: algo tabú, algo muy íntimo. Me lo imagino rojo, pero con una mancha negruzca, como un cardenal o la podredumbre de una manzana. Cuando pienso en él, me duele. Me atraviesa un brusco escalofrío de dolor, como cuando vi

que mi hermano se cortaba el dedo con un trozo de cristal. Pero el corazón delicado también me resulta fascinante. Es una curiosidad, una deformidad. Un tesoro horrible.

Día tras día aplasto la nariz contra una puerta acristalada, tratando de comprobar si la señora Smeath aún sigue viva. Así la seguiré viendo siempre: tendida, inmóvil, como un objeto de museo, con la cabeza recostada sobre el antimacasar fijado con alfileres al brazo del Chesterfield, una almohada de cama bajo la nuca, la planta de caucho del rellano, visible por detrás de ella, volviendo la cara para mirarnos, el rostro limpio, sin gafas, blanco y extrañamente luminoso en la penumbra del lugar, como un hongo fosforescente. Tiene diez años menos que yo ahora. ¿Por qué la detesto tanto? ¿Qué me importa, en cualquier caso, lo que pudiera pasarle por la cabeza?



La nieve se derrite, dejando los baches de los caminos próximos a nuestra casa llenos de un agua lodosa. Por las noches, en estos charcos se forman finas burbujas de hielo; las destrozamos con los tacones de nuestras botas. Los carámbanos se desprenden sonoramente de los aleros, y nosotros los recogemos y los chupamos como si fuesen caramelos. Llevamos los mitones colgando. En los jardines, de camino hacia la escuela, vemos pedazos de papel mojado bajo los setos, viejas cagadas de perro, flores de azafrán que se asoman entre la granulosa nieve color de hollín. Por los arroyos corre un agua parduzca; el puente de madera que cruza el barranco está blando y resbaladizo, y ha recobrado su olor a podrido.

Nuestra casa parece un resto de la guerra, que extiende a su alrededor cascotes y devastación. Mis padres se encuentran en el patio de atrás, con los brazos en jarras, contemplando el barrizal, proyectando su jardín. Ya empiezan a asomarse algunos manojos de grama. La grama puede crecer en cualquier sitio, dice mi padre. También dice que el contratista, el que se dio el piro, recogió la arcilla de la excavación para el sótano y la esparció alrededor de la casa, por encima del humus. «Además de estafador, idiota», dice mi padre.

Mi hermano comprueba el nivel del agua en el agujero gigante, en espera de que se seque por completo y pueda utilizarlo como refugio. Le gustaría techarlo con palos y tablas viejas, pero sabe que eso es imposible porque el agujero es demasiado grande y además tampoco se lo permitirían. En vez de eso, está pensando en excavar un túnel en su interior, en una pared del agujero, y subir y bajar mediante una escala de cuerda. No tiene ninguna escala de cuerda, pero dice que él mismo se fabricará una si consigue una soga.

Stephen suele corretear por el barro con los demás chicos; grandes pies de arcilla se adhieren a las suelas de sus botas, que dejan unas huellas como de monstruos. Se emboscan tras los árboles del viejo huerto, se acechan unos a otros y gritan:

—¡Estás muerto!

—¡Que no!

—¡Estás muerto!

En otras ocasiones se apelonan en el cuarto de mi hermano, tendidos boca abajo en la cama o en el suelo, y leen sus enormes montones de tebeos. A veces yo también lo hago, y me revuelco entre las páginas de papel coloreado, rodeada por el rancio olor de los muchachos. Los chicos no huelen igual que las chicas. Tienen un olor subyacente penetrante y correoso, como a cuerda vieja, como a perro mojado. Mantenemos la puerta cerrada porque mi madre no aprueba los tebeos. La lectura de tebeos se lleva a cabo en un silencio reverencial, roto únicamente por esporádicos intercambios de monosílabos.

Ahora mi hermano se dedica a coleccionar tebeos. Siempre ha coleccionado algo. Antes eran los tapones de las botellas de leche, de docenas de lecherías distintas; llevaba los bolsillos llenos de tapones, en pilas sujetas con gomas elásticas, y los apoyaba en las paredes y les arrojaba otros tapones de leche para ganar más. Luego llegaron las chapas de refrescos, y luego los cupones de los paquetes de cigarrillos, y luego la observación de matrículas de diferentes provincias y estados. No hay manera de apostar y ganar tebeos. Lo que se hace es comerciar con ellos, uno bueno por tres o cuatro de menos valor.

En la escuela hacemos huevos de Pascua de papel recortado, rosa, morado y azul, y los pegamos en los cristales. Después recortamos tulipanes, y pronto llegan los tulipanes de verdad. Parece imperar la norma de que los objetos de papel siempre aparecen antes que los auténticos.

Grace saca una comba larga y entre Carol y ella me enseñan a darle vueltas. Mientras la hacemos girar, cantamos con nuestras monótonas vocecitas en clave menor:

*Salomé era una bailarina que bailaba ante la tropa,  
y cuando iba a bailar, no llevaba mucha ropa.*

Grace se pone una mano en la cabeza y la otra en la cadera, y menea el trasero. Lo hace con perfecto decoro; lleva la falda plisada con tirantes sobre los hombros. Sé que Salomé debía de parecerse más a las estrellas de cine de nuestros libros de muñecas recortables. Pienso en faldas de tul, en zapatos de tacón alto con lentejuelas en la puntera, en sombreros cubiertos de frutas y plumas, en cejas depiladas y pintadas a lápiz; alegría y exceso. Pero Grace, con sus faldas y sus tirantes de lana, es capaz de borrar todo eso.

Nuestro otro juego es de pelota. Lo jugamos frente a la pared lateral de la casa de Carol. Arrojamus pelotas de goma contra la pared y las atrapamos cuando rebotan, dando palmadas y contorsionándonos al compás de nuestro canto:

*Normal, moviéndose, riéndose, hablando,  
una mano, la otra mano, un pie, el otro pie,  
palmada por delante, palmada por detrás, detrás y  
delante, delante y detrás,  
silbando, saltando, reverenda, saludo y vuelta entera.*

En «vuelta entera» hay que arrojar la pelota y girar en redondo antes de atraparla. Es lo más difícil, más aún que la mano izquierda.

El día es cada vez más largo y el sol se pone de un rojo dorado. Los sauces dejan caer sus amentos amarillos sobre el puente; las sámaras de los arces caen oscilando

hacia las aceras, y nosotras abrimos la parte pegajosa de la semilla y nos apretamos las sámaras sobre la nariz. El aire es cálido y húmedo, como una niebla invisible. Para ir a la escuela nos ponemos vestidos de algodón y chaquetas de punto, que nos quitamos al regresar a casa andando. En los árboles del viejo huerto hay flores blancas y rosadas; trepamos a ellos y respiramos su perfume, o bien nos sentamos sobre la hierba y hacemos cadenas con flores de diente de león. Destrenzamos la cabellera de Grace, que le cae por la espalda en ásperas ondas marrones, y le envolvemos la cabeza con las cadenas de flores como si fuesen una corona. «Eres una princesa», dice Carol mientras le acaricia el cabello. Tomo una foto de Grace y la incluyo en mi álbum. Ahí está sentada, sonriendo con modestia, festoneada de flores.

En el campo que hay frente a la casa de Carol están levantando casas nuevas, y todas las tardes acuden grupos de niños, chicos y chicas por igual, a jugar en su interior, entre el olor a madera fresca de las virutas recientes, cruzando paredes que todavía no existen y trepando por escalas de mano que pronto serán reemplazadas por escaleras. Esto nos está prohibido.

Carol se niega a subir a los pisos altos porque tiene miedo. Grace también se niega a subir, pero no porque tenga miedo: no quiere que nadie, ningún chico, pueda verle las bragas. Las chicas no podemos ir a la escuela en pantalones, pero es que Grace no los usa nunca. De modo que las dos se quedan en la planta baja mientras yo trepo, más allá de las vigas aún al descubierto, hasta llegar al desván. Tomo asiento en el último piso, donde todavía no hay suelo, entre las alfardas de esta casa de aire, y me caliento al rojizo sol crepuscular mirando hacia abajo. No pienso que puedo caerme. Aún no me dan miedo las alturas.

Un día, alguien sale al patio de la escuela con una bolsa de canicas, y al día siguiente todo el mundo las tiene. Los chicos abandonan su terreno de juego y se arraciman en el territorio común, ante las puertas de niños y niñas; tienen que venirse a este lado del patio, porque para jugar a las canicas hace falta una superficie lisa y su terreno de juego está cubierto de ceniza.

En el juego de las canicas, puedes ser la persona que coloca el blanco o la que dispara. Para disparar, te arrodillas, apuntas y haces rodar tu canica hacia el objetivo como en una partida de bolos. Si das en el blanco, te lo quedas y recuperas tu canica. Si fallas, pierdes tu canica. Si te toca colocar el blanco, te sientas sobre el cemento con las piernas bien abiertas y pones una canica sobre alguna grieta, delante de ti. Puede ser una vulgar canica de arcilla, pero éstas no atraen muchos tiradores a no ser que ofrezcas dos por una. Por lo general, los blancos son más valiosos: ojos de gato, de vidrio transparente con una flor de pétalos coloreados en el interior, rojos, amarillos, verdes o azules; puris, impecables como una gota de agua coloreada, un zafiro o un rubí; chinas, de una especie de loza esmaltada opaca; bochas de metal; *aggies*, como las canicas corrientes pero más grandes. Estas piezas exóticas van pasando de vencedor en vencedor. No vale comprarlas; hay que ganarlas.

Los que colocan las canicas de blanco anuncian a gritos su mercancía: *puri, puri, bocha, bocha*, dos sílabas que se alargan en un sonsonete, haciendo descender la voz, tal como se llama a los perros o a los niños que se han perdido. Estos gritos son lastimeros, aunque no lo pretenden. Yo misma me siento así, las frías canicas rodando entre mis piernas, recogíendome las faldas, gritando *ojo de gato, ojo de gato* en tono apesarado, sin sentir nada más que avaricia y un placentero temor.

Mis preferidas son las de ojo de gato. Si gano alguna nueva, espero a estar sola y entonces la saco y la examino, dándole vueltas y más vueltas bajo la luz. Las de ojo de gato son como ojos de verdad, pero no como ojos de gato. Son los ojos de algo que no se conoce pero que igualmente existe; como el ojo verde de la radio; como los de los habitantes de un planeta lejano. Mi preferida es azul. La guardo en mi bolso de plástico rojo para no perderla. Las demás canicas las arriesgo en el juego, aunque sean ojos de gato, pero ésta no.

No suelo ganar porque no soy buena tiradora. Mi hermano es mortífero. Se lleva a la escuela cinco canicas vulgares en una bolsa azul de *whisky* Crown Royal y vuelve a casa con la bolsa y los bolsillos rebosantes. Guarda sus ganancias en botes de conservas Crown con tapa de rosca, que obtiene de mi madre, y alinea los botes sobre su escritorio. Sin embargo, nunca habla de su habilidad. Se limita a alinear los botes.

Un sábado por la tarde selecciona sus mejores canicas —sus puris, sus chinas y ojos de gato, sus joyas y maravillas— y las mete en el mismo bote. Se lleva el bote al barranco, a algún lugar bajo el puente de madera, y lo entierra allí. Luego traza un complicado mapa del tesoro, lo mete en otro bote y entierra éste también. Me cuenta que ha hecho todo esto, pero no me dice por qué ni dónde están enterrados los botes.

La casa sin terminar y su jardín de barro y el montón de tierra que se alza a su lado empequeñecen a nuestras espaldas; los estoy viendo por la ventanilla trasera del coche, donde me hallo embutida entre las cajas de comida, los sacos de dormir y los chubasqueros. Voy vestida con un jersey a rayas azules de mi hermano y unos gastados pantalones de pana. Grace y Carol están bajo los manzanos, las dos con faldas, saludando, perdiéndose de vista. Todavía tienen que ir a la escuela; yo, no. Las envidio. El alquitranado y gomoso olor del viaje ya está empezando a envolverme, pero eso no me satisface. Están arrancándome de mi nueva vida, la vida de las niñas.

Me acomodo una vez más a la familiar perspectiva, las nuca, las orejas y, más allá, la raya blanca de la carretera. Rodamos entre praderas y tierras de labranza, con sus silos, sus olmos y su olor a heno segado. Los árboles de hoja ancha se vuelven más pequeños, hay cada vez más pinos, el aire refresca, el firmamento se vuelve de un azul más gélido; nos estamos alejando de la primavera. Llegamos a las primeras crestas de granito, a los primeros lagos; hay nieve en las zonas de sombra. Me inclino hacia el frente y apoyo los brazos en el respaldo del asiento delantero. Tengo la sensación de ser un perro, las orejas enhiestas, olfateando.

El olor del norte es distinto del de la ciudad: más transparente, más fino. Se alcanza a ver más lejos. Una serrería, una colina de serrín, la forma cónica de una quemadora de virutas; las chimeneas de las fundiciones de cobre, rodeadas de roca desprovista de árboles, con aspecto de quemada, y montones de escoria ennegrecida: durante todo el invierno me he olvidado de estas cosas, pero ahí están de nuevo, y al verlas, las recuerdo, las reconozco, las saludo como si fueran mi hogar.

Hay hombres de pie en las esquinas, ante los comercios, ante pequeños bancos, ante cervecerías con ripias de asfalto gris en las paredes. Llevan las manos en los bolsillos de las cazadoras. Algunos tienen rostros morenos, de apariencia india, y otros simplemente están atezados. Caminan de un modo distinto a los hombres del sur, más despacio, con mayor deliberación; hablan menos y sus palabras están más separadas. Mientras charla con ellos, mi padre hace tintinear las llaves y las monedas en los bolsillos. Hablan sobre niveles de agua, sequedad del bosque, cómo están picando los peces. «Pegar la hebra», lo llama mi padre. Regresa al automóvil con una bolsa de papel marrón llena de hortalizas y la deposita detrás de mis pies.

Mi hermano y yo nos hallamos en el extremo de un desvencijado embarcadero junto a un peñascoso y alargado lago azul. Atardece, con un crepúsculo de color melón, el reclamo lejano de los somorgujos, una sostenida nota ascendente que suena como el aullido de un lobo. Estamos pescando. Hay mosquitos, pero ya estoy hecha a ellos y apenas me molesto en darles algún que otro manotazo. La pesca se desarrolla sin comentarios: una lanzada, el chapoteo del señuelo, el ruido del carrete al recoger el sedal. Observamos el señuelo para ver si sale algo detrás. Si hay un pez, nos

apresuramos a recogerlo con la red, lo pisamos para que no se mueva, le aporreamos la cabeza, le clavamos un cuchillo detrás de los ojos. Yo me encargo de pisarlo, y lo de aporrear y clavar corre por cuenta de mi hermano. A pesar de su silencio, está sereno, alerta, tensas las comisuras de los labios. Me pregunto si mis ojos brillan también como los suyos, como los de un animal, a la rosada luz del ocaso.

Estamos viviendo en un campamento maderero abandonado. Dormimos sobre colchonetas hinchables, dentro de sacos de dormir, en las literas de madera donde antes dormían los leñadores. El campamento maderero ya empieza a dar la sensación de una gran antigüedad, aunque sólo lleva dos años abandonado. Algunos leñadores dejaron inscripciones —sus nombres, sus iniciales, corazones entrelazados, breves palabras obscenas y burdas figuras de mujer— grabadas o dibujadas sobre los paneles de madera de las paredes. Encuentro un viejo bote de jarabe de arce con la tapa soldada por el óxido, pero cuando conseguimos abrirlo entre Stephen y yo el jarabe está mohoso. Este bote de jarabe se me antoja un artefacto antiguo, como algo desenterrado de una tumba.

Merodeamos por entre los árboles en busca de huesos, de montículos de tierra que pueden señalar viejas excavaciones, de restos de edificios, y volteamos rocas y troncos caídos para ver qué hay debajo. Nos gustaría descubrir una civilización perdida. Encontramos un escarabajo, muchas raicillas blancas y amarillentas, un sapo. Nada humano.

Nuestro padre ha abandonado su ropa de ciudad y vuelve a ser él mismo. Lleva otra vez su vieja chaqueta, los pantalones abombados por el uso, el aplastado sombrero de fieltro donde prende las moscas de pescar. Deambula por el bosque con sus pesadas botas de cordones engrasadas con tocino, el hacha en la vaina de cuero, nosotros a la zaga. Hay una plaga de lagartas de bosque, la mayor en bastantes años: esto es lo que le llena de júbilo y hace que sus ojos de gnomo brillen en el rostro como dos botones de un gris azulado. Los bosques están llenos de orugas, rayadas y peludas. Se descuelgan desde las ramas por sus hilos de seda, formando una cortina oscilante que debemos apartar de nuestro camino; fluyen por el suelo como una alfombra que hubiera cobrado vida, cruzan las carreteras y se convierten en una papilla grasienta bajo los neumáticos de los camiones madereros. Los árboles que nos rodean están desnudos, como si hubieran ardido; la telilla de las orugas recubre sus troncos.

—Recordad bien esto —nos advierte nuestro padre—. Se trata de una infestación clásica. Tardaréis mucho tiempo en volver a ver otra infestación como ésta. —Del mismo modo he oído hablar a la gente sobre los incendios forestales o la guerra: respeto y pasmo combinados con una sensación de catástrofe.

Mi hermano se queda quieto y deja que las orugas le trepen por los pies y bajen por el otro lado, como una oleada.

—Cuando eras muy pequeño te sorprendí intentando comértelas —le explica nuestra madre—. Tenías un buen puñado, y las estabas despachurrando. Cuando te

cogí, estabas a punto de metértelas en la boca.

—En algunos sentidos, son como un solo animal —observa nuestro padre. Está sentado ante una mesa hecha con tablones abandonados por los madereros, comiendo *Spam* frito con patatas.

Durante toda esta comida, no para de hablar sobre las orugas: su número, su ingenio, los diversos métodos para derrotarlas. Rociarlas con DDT u otros insecticidas es un error, nos explica. Así, lo único que se consigue es envenenar a los pájaros, que son su enemigo natural, mientras que las orugas en sí, que son insectos y por tanto tienen muchos recursos —más recursos que los humanos, en realidad—, no tardan en volverse inmunes a los insecticidas. O sea que el resultado es un montón de pájaros muertos y un mayor número de orugas al poco tiempo. Él está trabajando en otra cosa: una hormona del crecimiento que desequilibre su organismo y las convierta en crisálidas antes de lo que les correspondería. Envejecimiento prematuro. Pero a fin de cuentas, dice, si fuese un hombre dado al juego, apostaría su dinero por los insectos. Los insectos son más antiguos que las personas, están más experimentados en cuestiones de supervivencia y son mucho más numerosos que nosotros. Además, lo más probable es que acabemos saltando todos por los aires antes del fin de siglo, con eso de la bomba atómica y tal como están yendo las cosas. El futuro pertenece a los insectos.

—Cucarachas —dice mi padre—. Eso es lo único que va a quedar, cuando se hayan salido con la suya. —Lo dice alegremente, mientras clava el tenedor en una patata.

Sentada a la mesa, voy comiendo mi *Spam* frito y me bebo la leche preparada a base de polvos. Lo que más me gusta son los grumos que flotan en la superficie. Estoy pensando en Carol y Grace, mis dos mejores amigas. Al mismo tiempo, no logro recordar cómo son exactamente. ¿Es verdad que estuve sentada en el suelo del dormitorio de Grace, sobre la alfombra del pie de su cama, recortando fotos y sartenes y lavadoras del catálogo Eaton's y pegándolas en un álbum? Ya empieza a parecer inverosímil, aunque sé que lo hice.

Por detrás del campamento maderero se extiende una enorme zona pelada en la que han talado todos los árboles. Sólo quedan las raíces y los tocones. Aquello está lleno de arena. Ya han crecido matorrales de arándanos, como suele ocurrir después de un incendio: primero los chamicos, luego los arándanos. Recogemos las bayas en tazas de estaño. Nuestra madre nos paga un centavo por taza. Hace budines de arándanos, salsa de arándanos y conservas de arándanos, hirviendo los botes en un gran caldero sobre el fuego al aire libre.

El sol castiga, el calor se alza de la arena en trémulas oleadas. Llevo la cabeza cubierta con un pañuelo de algodón, doblado en forma de triángulo y anudado por detrás de las orejas, empapado de sudor sobre la frente. A nuestro alrededor suena un zumbido de moscas. Intento escuchar más allá de él, a través de él, por si acaso oigo

algún oso. No sé qué ruido hacen los osos, pero sé que les gustan los arándanos y que son impredecibles. Puede que huyan corriendo. O puede que vengan a por ti. Si vienen, tengo que echarme a tierra y fingir que estoy muerta. Eso es lo que dice mi hermano. A lo mejor te dejan tranquila dice; o a lo mejor te arrancan las entrañas de un zarpazo. He visto peces destripados, así que puedo imaginarme cómo sería eso. Mi hermano encuentra una cagada de oso, azul, moteada y de apariencia humana, y le hunde una ramita para ver si es fresca.

Por las tardes, cuando hace demasiado calor para ir a coger bayas, nadamos en el lago, en la misma agua de la que salen los peces. Se supone que no debo ir adónde me cubra. El agua es gélida y lóbrega; en el fondo, más allá de donde la arena hace pendiente y el lago se vuelve hondo, hay viejas rocas cubiertas de limo, troncos hundidos, peces raya, sanguijuelas, enormes lucios de prominente quijada. Stephen me dice que los peces pueden oler. Dice que nos olfatearán y no se acercarán.

Nos sentamos en la orilla, sobre unas piedras que brotan de la estrecha playa, y arrojamos migas de pan al agua para ver qué atraemos: carpas pequeñas, alguna que otra perca. Buscamos guijarros planos y los hacemos rebotar en el agua, o practicamos para eructar voluntariamente, o apretamos los labios sobre la parte interna del brazo y soplamos para hacer pedorretas, o nos llenamos la boca de agua para ver hasta qué distancia podemos escupirla. En estas competiciones no gano nunca, hago más bien de público, aunque mi hermano no se jacta y seguramente haría lo mismo a solas si yo no estuviera.

A veces escribe en meados sobre la angosta franja de arena o sobre la superficie del agua. Lo hace metódicamente, como si fuera importante hacerlo bien, el chorro de pipí formando un delicado arco desde la parte delantera de su bañador, desde su mano con un dedo de más, la caligrafía angulosa, como su caligrafía habitual, y siempre con un punto al final. No escribe su nombre ni palabrotas, como hacen otros muchachos —lo sé porque lo he visto en la nieve—; él escribe: marte. O, si se siente con fuerzas, otra palabra más larga: Júpiter. Al final del verano, ha escrito en pipí el sistema solar completo por triplicado.

Estamos a mediados de septiembre; las hojas ya comienzan a volverse de un rojo oscuro, un amarillo subido. De noche, cuando salgo al excusado, a oscuras y sin linterna porque veo mejor así, las estrellas son nítidas y cristalinas y mi aliento me precede. Veo a mis padres por la ventana, sentados junto al quinqué de petróleo, y son como una imagen remota en un marco de negrura. Es inquietante mirarlos desde fuera, a través de la ventana, y saber que ellos ignoran que los estoy viendo. Es como si yo no existiera, o como si no existieran ellos.

Cuando regresamos del norte es como si bajáramos de una montaña. Descendemos atravesando estratos de claridad, de frescor y de luz sin obstrucciones, dejando atrás el último afloramiento de granito, la última laguna de escabrosas



orillas, para entrar en la atmósfera más densa, la humedad y la tibia pesadez, los chirridos de los grillos y los herbosos olores del sur.

Llegamos a casa por la tarde. Se ve extraña, distinta, como si estuviera encantada. En el barro que la rodeaba crecen ahora gualdas y cardos, como un seto espinoso. El agujero grande y la montaña de tierra del solar de al lado han desaparecido y en su lugar hay una casa nueva. ¿Cómo ha sido esto? No me esperaba tales cambios.

Grace y Carol están de pie entre los manzanos, allí donde las dejé. Pero no son como antes. No se parecen en nada a las imágenes de ellas que he llevado en mi cabeza durante los cuatro últimos meses, imágenes movedizas en las que sólo se destacan algunos rasgos básicos. De entrada, son más grandes, y llevan ropa distinta.

No vienen corriendo hacia mí, pero interrumpen lo que están haciendo y se nos quedan mirando como si fuésemos gente nueva, como si nunca hubiéramos vivido aquí. Con ellas hay una tercera chica. La miro, libre de premoniciones. No la había visto nunca.

Grace agita la mano. Al cabo de un instante, Carol también la agita. La tercera chica no. Me esperan de pie entre los ásteres y las gualdas mientras avanzo hacia ellas. Los manzanos están cargados de frutas miserables, unas rojas, otras amarillas; algunas manzanas se han desprendido y están pudriéndose en el suelo. Hay un olor dulzón a sidra, y se oye el zumbido de las avispas embriagadas. Las manzanas se convierten en papilla bajo mis pies.

Grace y Carol están más bronceadas, menos descoloridas; sus facciones parecen más separadas, su cabello más claro. La tercera chica es la más alta. A diferencia de Grace y Carol, que visten faldas de verano, lleva unos pantalones de pana y un pullóver. Tanto Carol como Grace son más bien rechonchas, pero esta chica nueva es delgada sin ser frágil: espigada, vigorosa. Tiene una cabellera de un rubio oscuro cortada al estilo paje, con un flequillo que medio le cubre los ojos verdosos. Su rostro es alargado, su boca, ligeramente asimétrica; en el labio superior hay algo un poco torcido, como si se hubiera hecho un corte y lo hubieran suturado mal.

Pero su boca se arregla cuando sonrío. Tiene una sonrisa como la de un adulto, como si la hubiera aprendido y estuviera dirigiéndomela por cortesía. Extiende la mano.

—Hola, me llamo Cordelia. Y tú debes de ser...

Me la quedo mirando. Si fuese una mujer adulta estrecharía su mano, la apretaría, sabría qué decir. Pero las niñas no se dan la mano de esta manera.

—Elaine —dice Grace.

Me siento tímida ante Cordelia. Llevo dos días viajando en el asiento trasero del coche, durmiendo en la tienda; soy consciente de mi desaseo, de mi pelo sin cepillar. Cordelia mira más allá de mí, hacia donde mis padres están descargando el coche. Los mide con la vista, divertida. Sin necesidad de volverme, puedo ver el viejo sombrero de fieltro de mi padre, sus botas, su barba de tres días, los cabellos sin cortar de mi hermano y su raído suéter y sus pantalones deformados en las rodillas, los pantalones grises de mi madre, su masculina camisa a cuadros, su cara limpia de maquillaje.

—Tienes caca de perro en el zapato —me advierte Cordelia.

Bajo la vista.

—Sólo es una manzana podrida.

—Pues es del mismo color, ¿verdad? —opina Cordelia—. No de la caca dura, sino de ésa más blanda y pastosa, como manteca de maní.

Ahora su voz es confidencial, como si estuviera hablando de algún asunto particular del que sólo ella y yo sabemos y sobre el que estamos de acuerdo. Ha creado un círculo de dos, me ha introducido en él.

Cordelia vive más al este que yo, en una zona de casas aún más nuevas que la nuestra, rodeadas por el mismo barro. Pero su casa es de dos plantas, no de una como la nuestra. Tiene un comedor separado por una cortina que puede descorrerse para convertir la sala de estar y el comedor en una sola habitación, y en la planta baja hay un cuarto de baño sin bañera al que llaman el tocador.

Los colores de casa de Cordelia no son oscuros, como los de otras casas. Son grises claros, verdes claros y blancos. El sofá, por ejemplo, es verde manzana. No hay nada floreado, ni marrón, ni de terciopelo. Hay un retrato, enmarcado en gris claro, de las dos hermanas mayores de Cordelia, pintado al pastel, cuando eran más jóvenes, las dos con vestidos fruncidos, sus cabellos vaporosos, sus ojos como una neblina. Hay flores auténticas, de varias clases a la vez, en cortos y estilizados jarrones de cristal sueco. Es Cordelia quien nos indica que el cristal es sueco. El cristal sueco es el mejor, asegura.

La madre de Cordelia hace ella misma los arreglos florales, llevando guantes de jardinería. Mi madre no hace arreglos florales. De vez en cuando pone unas cuantas en un bote y las deja sobre la mesa del comedor, pero se trata de flores que ha recogido ella misma durante sus paseos, en pantalones, por la carretera o por el barranco. En realidad, son hierbas silvestres. A ella nunca se le ocurriría gastar dinero en flores. Pienso por primera vez que no somos ricos.

La madre de Cordelia tiene una señora de la limpieza. Es la única que la tiene. A la señora de la limpieza, empero, no la llaman señora de la limpieza. Es la mujer. Los días que viene la mujer, tenemos que quitarnos de en medio.

—A la mujer que venía antes que ésta la sorprendimos robándonos las patatas —nos cuenta Cordelia con voz contenida y escandalizada—. Dejó su bolsa en el suelo y salieron rodando las patatas. Fue muy embarazoso. —Quiere decir que lo fue para ellos, no para la mujer—. Tuvimos que despedirla, claro.

La familia de Cordelia no come los huevos pasados por agua aplastados en un tazón, sino en hueveras a propósito. Cada huevera ostenta una inicial, una para cada miembro de la familia. También tienen servilleteros, igualmente con iniciales. Yo nunca había oído hablar de hueveras, y, por la forma en que Grace se abstiene de hacer ningún comentario, me doy cuenta de que a ella le pasa lo mismo. Carol, sin mucha convicción, dice que en su casa también las tienen.

—Después de comerte el huevo —nos explica Cordelia—, tienes que hacer un agujero en el fondo de la cáscara.

—¿Por qué? —preguntamos todas.

—Para que las brujas no puedan salir a navegar. —Esto lo dice alegremente pero de un modo desdeñoso, como si sólo una tonta necesitara preguntarlo. Pero cabe la posibilidad de que esté bromeando, o tomándonos el pelo. Sus dos hermanas mayores tienen la misma costumbre. Resulta difícil saber cuándo hay que tomarse en serio lo

que dicen. Tienen una forma de hablar extravagante y burlona, que parece una imitación, sólo que no está claro qué es lo que imitan.

«Casi me muero», dicen. O bien, «parezco la cólera de Dios». A veces dicen: «estoy hecha un verdadero adefesio», y a otras: «estoy hecha una Haggis McBaggis». Ésta es una vieja feísima que al parecer se han inventado ellas mismas. Pero en realidad no creen que casi se mueren ni que están hechas un adefesio. Las dos son muy hermosas: una, morena e intensa; la otra, rubia y espiritual y de mirada dulce. Cordelia no tiene el mismo tipo de belleza.

Las hermanas mayores de Cordelia son Perdita y Miranda, pero nadie las llama así. Las llaman Perdie y Mirrie. Perdie es la morena; va a clases de *ballet*, y Mirrie toca la viola. La viola se guarda en el armario de los abrigos, y Cordelia la saca y nos la enseña, reposando misteriosa e impresionante en su estuche forrado de terciopelo. Perdie y Mirrie se burlan cariñosamente la una de la otra, y también de sí mismas, por dedicarse a estas cosas, pero Cordelia dice que están muy dotadas. Esto me suena a vacunadas, a una cosa que alguien te hace y que te deja una marca. Le pregunto a Cordelia si ella también está dotada, pero asoma la lengua por la comisura de los labios y vuelve la cabeza, como si estuviera pensando en algo distinto.

Cordelia debería ser Cordie, pero no es así. Siempre insiste en que la llamen por su nombre completo: Cordelia. Estos tres nombres son muy peculiares; no hay ninguna chica en la escuela que tenga un nombre parecido. Cordelia dice que están sacados de Shakespeare. Parece orgullosa de ello, como si fuese algo que todas deberíamos reconocer.

—Fue una idea de mami —explica.

Las tres hermanas llaman «mami» a su madre, y hablan de ella con afecto e indulgencia, como si fuese una niña brillante pero obstinada a la que hay que seguir la corriente. Es una mujer diminuta, frágil, distraída; lleva unas gafas que penden de una cadena de plata en torno al cuello y asiste a clases de pintura. Algunos de sus cuadros están colgados en el vestíbulo del piso de arriba, cuadros verdosos de flores, de jardines, de jarrones y botellas.

Las chicas han tejido un velo de conspiración alrededor de su mami. Están las tres de acuerdo en que no hay que contarle según qué cosas. «Mami no debe enterarse de esto», se recuerdan la una a la otra. Pero no les gusta decepcionarla. Perdie y Mirrie procuran hacer lo que les da la gana en la medida de lo posible, pero sin decepcionar a su mami. En esto, Cordelia es menos ágil: menos capaz de hacer lo que le da la gana, más decepcionante. Es lo que dice mami cuando se enoja: «Me has decepcionado». Si se decepciona mucho, solicita la intervención del padre de Cordelia, y eso es cosa seria. Ninguna de las hermanas bromea ni se burla cuando se habla de él. Es un hombre corpulento, de ásperas facciones, seductor, pero le hemos oído dar gritos en el piso de arriba.

Estamos sentadas en la cocina, esquivando el trapo con que la mujer se dedica a limpiar el polvo, esperando a que Cordelia baje a jugar con nosotras. Ha vuelto a

decepcionar a su madre, tiene que acabar de ordenar su habitación. Entra Perdie pausadamente, con el abrigo de pelo de camello graciosa y despreocupadamente colgado de un hombro y los libros de texto apoyados en la cadera.

—¿Sabéis qué ha dicho Cordelia que quiere ser cuando sea mayor? —nos pregunta con su voz ronca, entre seria y burlona, confidencial—. ¡Un caballo!

Y nos sería imposible decir si es verdad o no.

Cordelia tiene todo un armario lleno de ropa para disfrazarse: viejos vestidos de su mami, viejos chales, viejas sábanas que puede recortar para envolverse en ellas. Todas estas cosas habían pertenecido a Perdie y Mirrie, pero ya son demasiado grandes para entretenerse con ellas. Cordelia quiere que representemos obras de teatro, con el comedor y su cortina como escenario. Tiene la idea de representarlas luego en público y cobrar entrada. Apaga las luces, sujeta una linterna bajo la barbilla, se ríe de un modo espeluznante: así es como se hacen estas cosas. Cordelia ha ido a ver teatro, e incluso *ballet*, una vez: *Giselle*, aclara de improviso, como si supiéramos de qué se trata. Pero, por un motivo u otro, estas representaciones nunca llegan a quedar como ella quiere. Carol suelta risitas nerviosas y se olvida de lo que tiene que decir. A Grace no le gusta que le indiquen lo que ha de hacer, y dice que le duele la cabeza. Las historias inventadas no le interesan, a no ser que contengan muchos elementos reales: tostadoras, tablas de planchar, los guardarropas de las estrellas de cine. Los melodramas de Cordelia escapan a su comprensión.

—Ahora tienes que matarte —dice Cordelia.

—¿Por qué? —Exige saber Grace.

—Porque te han abandonado —explica Cordelia.

—Pues no quiero —protesta Grace. Carol, que hace de criada, emite una de sus risitas.

Así que nos limitamos a disfrazarnos y luego bajamos lentamente por la escalera y cruzamos el jardín delantero recién cubierto de césped, arrastrando los chales por detrás nuestro, no muy seguras de lo que debe ocurrir a continuación. Ninguna quiere los papeles de chico porque no hay ropa buena para ellos, aunque de vez en cuando Cordelia se pinta un bigote con el lápiz para las cejas de Perdie y se envuelve en una vieja cortina de terciopelo, en un último intento de coherencia argumental.

Al salir de la escuela regresamos juntas a casa, ahora cuatro en vez de tres. En una calle lateral, a medio camino de casa, hay una tiendecita donde nos detenemos a gastar nuestra asignación en bolas de chicle de un centavo, tiras de regaliz rojo y piruletas de naranja, que compartimos equitativamente. En las cunetas hay castañas de Indias, relucientes y que parecen mojadas; nos llenamos los bolsillos con ellas, sin saber muy bien para qué vamos a usarlas. Los chicos de nuestra escuela y los chicos católicos de Nuestra Señora del Perpetuo Socorro se las arrojan los unos a los otros, pero nosotras nunca haríamos tal cosa. Podrían saltarte un ojo.

El sendero de tierra que conduce hacia el puente peatonal de madera está seco y polvoriento; las hojas de los árboles que penden sobre él son de un verde apagado y están agostadas tras el verano. Bordeando el camino hay un seto de plantas silvestres: gualdas, ambrosías, ásteres, bardanas, belladona, de bayas rojas, como los caramelos de San Valentín. Cordelia dice que si quieres envenenar a alguien, éste es un buen sistema. La belladona huele a tierra, tierra húmeda, margosa, acre, y a meados de gato. Los gatos merodean por aquí, los vemos todos los días, agazapados, acostados, escarbando el suelo, contemplándonos con sus ojos amarillos como si fuésemos la presa que están acechando.

En este seto hay botellas de licor vacías y pedazos de Kleenex. Un día encontramos un preservativo. Cordelia sabe que se llama preservativo, se lo dijo Perdie una vez, cuando ella era pequeña y confundió uno con un globo. Sabe que es una cosa que utilizan los hombres, el tipo de hombres de los que debemos cuidarnos, pero no sabe por qué se llama así. Lo recogemos en la punta de un palo y lo examinamos: blancuzco, lacio, gomoso, como las entrañas de un pez. Carol dice «Ecs». Nos lo llevamos furtivamente colina arriba y lo arrojamos por una rejilla junto al bordillo; se queda flotando allí abajo sobre la superficie del agua oscura, pálido y con aspecto de ahogado. El solo hecho de encontrar una cosa así es sucio; el solo hecho de ocultarlo.

El puente de madera está más torcido, más podrido de lo que yo recordaba. Hay más lugares donde los tablones se han desprendido. Por norma general, lo cruzamos por el centro, pero hoy Cordelia va en derechura hacia la barandilla y se apoya en ella para mirar hacia abajo. Una por una, con cautela, la imitamos. El arroyo lleva muy poca agua en esta época del año; podemos ver toda la basura que ha arrojado la gente, los neumáticos gastados, las botellas rotas y los pedazos de metal oxidados.

Cordelia dice que, puesto que el arroyo viene directamente del cementerio, lleva muertos disueltos. Dice que si bebes de él o te metes en él, o sólo con que te acerques demasiado, los muertos saldrán del arroyo, todos cubiertos de niebla, y te llevarán con ellos.

Dice que el único motivo de que aún no nos haya pasado tal cosa es que estamos en el puente y el puente es de madera. En los arroyos de gente muerta, como éste, los puentes son seguros.

Carol se asusta, o finge asustarse. Grace opina que Cordelia está diciendo tonterías.

—Prueba y verás —replica Cordelia—. Anda, baja al arroyo. A ver si te atreves. Pero no lo hacemos.

Sé que sólo es un juego. Mi madre baja a menudo a pasear, mi hermano suele ir ahí con los otros chicos. Chapotean por las alcantarillas con sus botas de goma y se columpian en los árboles y en las vigas más bajas del puente. La causa de que el barranco nos esté prohibido no son los muertos, sino los hombres. Aun así, me

gustaría saber qué aspecto tienen los muertos. Creo en ellos y no creo en ellos, las dos cosas al mismo tiempo.

Recogemos flores silvestres azules y blancas y bayas de belladona, y las disponemos sobre hojas de bardana junto al sendero, con una castaña de Indias en cada hoja. Son comidas imaginarias, pero no está claro para quién son. Cuando terminamos, seguimos caminando cuesta arriba, dejando a nuestras espaldas estas composiciones, medio arreglo floral, medio almuerzo. Cordelia dice que debemos lavarnos muy bien las manos, por las bayas de belladona; tenemos que eliminar todo el jugo venenoso. Dice que bastaría con una sola gota para dejarte convertida en una zombi.

Al día siguiente, cuando regresamos de la escuela, nuestras comidas florales han desaparecido. Seguramente las han destruido los chicos, es la clase de cosas que suelen destruir los chicos; o, si no, los hombres al acecho. Pero Cordelia abre mucho los ojos, baja el tono de voz, mira por encima del hombro.

—Han sido los muertos —asegura—. ¿Quién puede haberlo hecho, si no?

Cuando suena la campanilla, nos alineamos ante el rótulo de NIÑAS, de dos en dos, las manos cogidas: Carol y yo, luego Grace y Cordelia bastante más atrás, porque van un curso por delante nuestro. Mi hermano también está allí, ante la puerta de NIÑOS. Durante el recreo desaparece en el campo de juego de ceniza, donde la semana pasada le partieron un labio de una patada en un partido de fútbol, y tuvieron que darle unos puntos. He visto los puntos, de cerca, un hilo negro rodeado de inflamación violácea. Los admiro. Sé bien cuánta categoría confieren las heridas.

Ahora que he vuelto a cambiar los pantalones por las faldas, debo recordar los gestos. No puedes sentarte con las piernas abiertas, ni saltar demasiado alto, ni colgarte cabeza abajo, sin caer en el ridículo. He tenido que aprender de nuevo la importancia de la ropa interior, que posee su propia liturgia:

*Veo Londres, veo Praga  
y puedo verte las bragas.*

O bien:

*Mí no saber, mí ser monillo, mí no llevar calzoncillo.  
Esto lo dicen los chicos, haciendo muecas como los monos.*

Se hacen muchas especulaciones sobre la ropa interior, especialmente sobre la ropa interior de las maestras. La ropa interior masculina carece de importancia. De todos modos, tampoco hay muchos maestros, y los pocos que tenemos son ancianos; no hay hombres jóvenes, porque la guerra se los ha comido. Las maestras suelen ser mujeres de cierta edad, mujeres que no están casadas. Las mujeres casadas no trabajan fuera de casa; eso lo sabemos por nuestras propias madres. Las mujeres de mediana edad que no están casadas tienen algo de extraño y de risible.

Durante el recreo, Cordelia distribuye ropa interior: con volantes color lavanda para la señorita Pigeon, que es obesa y sacarosa; de cuadros escoceses para la señorita Stuart, con orillos de encaje a juego con sus pañuelos; calzones largos de satén rojo para la señorita Hatchett, que pasa de los sesenta años y lleva un broche de granates. No creemos que esta clase de ropa interior exista en realidad, pero pensar en ella es una broma atrevida.

Mi maestra es la señorita Lumley. Se dice que todas las mañanas, incluso a finales de la primavera cuando el aire ya es tibio, antes de que suene la campana se va al fondo del aula y se quita las bombachas, que se rumorean son de gruesa lana azul marino y huelen a naftalina y a otras cosas más indefinibles. Esto no se comenta



como especulación ni como otra de las bromas sobre la ropa interior, sino como un hecho real. Varias chicas aseguran haber visto a la señorita Lumley poniéndose de nuevo sus bombachas en alguna ocasión en que debieron quedarse tras terminar las clases, y otras dicen que las han visto colgadas en el guardarropa. El aura de las oscuras, misteriosas y repulsivas bombachas de la señorita Lumley la sigue a todas partes y colorea el aire en que se mueve. Eso la vuelve más aterradora, pero de todos modos ya lo es bastante.

Mi maestra del año pasado era afable, pero tan poco memorable que Cordelia ni siquiera la menciona en el juego de la ropa interior. Tenía una cara como un panecillo y una piel color de arroz con leche, y nos gobernaba mediante lisonjas. La señorita Lumley gobierna mediante el miedo. Es de estatura baja y forma rectangular, de manera que su chaqueta de punto color gris hierro le cae en línea recta desde los hombros a las caderas, sin pausa para la cintura. Siempre lleva esta chaqueta de punto, y una serie de faldas oscuras que no es posible que sean la misma. Usa gafas con montura de acero, tras las cuales resulta difícil verle los ojos, y zapatos negros de tacón cubano y una minúscula sonrisa sin labios. No envía a sus alumnos al director para que los azote, sino que lo hace ella misma delante de toda la clase, obligándolos a extender la palma abierta y haciendo descender la negra correa de goma en bruscos, rápidos y eficientes golpes; el rostro blanco y contraído, mientras los demás miramos estremecidos, los ojos llenos de lágrimas involuntarias. Algunas de las chicas gimotean audiblemente mientras aplica el castigo, aunque no se lo esté aplicando a ellas, pero esto no es prudente: la señorita Lumley detesta los gimoteos, y es probable que diga: «Ya os voy a dar yo un buen motivo para llorar». Aprendemos a sentarnos con la espalda erguida, la vista al frente, el rostro inexpresivo, ambos pies en el suelo, escuchando el chasquido de la goma sobre la carne acobardada.

Por lo general son los chicos quienes frecuentan más la correa. Los juzga más necesitados de ella. También son los que más alborotan, sobre todo durante la costura: se supone que debemos coser agarradores de cocina para nuestras madres, pero los chicos parecen incapaces de hacerlo bien. Sus puntadas son grandes e irregulares, y se pinchan unos a otros con las agujas. La señorita Lumley se pasea entre los pupitres, ojo avizor, y les pega en los nudillos con una regla.

El aula es de techo alto, de un marrón amarillento, con pizarras al frente y en una pared lateral, y alargadas ventanas de muchos paneles sobre los radiadores del otro lado. Sobre la puerta del guardarropa, para que tengamos la sensación de ser vigiladas por la espalda, cuelga una gran fotografía del rey y la reina, el rey con medallas, la reina con un vestido largo de color blanco y una tiara de diamantes. Los altos pupitres de madera para dos personas, con la tapa inclinada y agujeros para los tinteros, están dispuestos en filas. Es como todas las demás aulas de la escuela Reina María, pero parece más oscura, quizá porque está menos adornada. Nuestra antigua maestra solía traer a la escuela abundantes servilletas de papel, uno de sus numerosos intentos de apaciguarnos, y sus ventanas siempre estaban llenas de vegetación de papel. Pero,

aunque la señorita Lumley también observa las estaciones de esta manera, las plantas que producimos bajo su refulgente mirada enmarcada en acero son más pequeñas, de apariencia marchita, y nunca hay las suficientes como para cubrir los espacios vacíos de la pared y el vidrio. Además, si tus hojas de otoño o tus calabazas no son simétricas, la señorita Lumley se niega a colgarlas. Tiene sus normas.

Las cosas son más británicas que el año pasado. Aprendemos a dibujar la Unión Jack utilizando una regla y aprendiéndonos de memoria las diversas cruces, las de San Jorge por Inglaterra, San Patricio por Irlanda, San Andrés por Escocia y San David por Gales. Nuestra propia bandera es roja y tiene la Unión Jack en una esquina, aunque no hay ningún santo que represente al Canadá. Aprendemos los nombres de todas las partes del mapa que aparecen en rosa.

«El sol nunca se pone en el Imperio británico», dice la señorita Lumley mientras da unos golpecitos en el mapa enrollable con su largo puntero de madera. En los países que no son del Imperio británico les cortan la lengua a los niños, sobre todo a los chicos. Antes del Imperio británico, en la India no había ferrocarriles ni servicio postal, y África estaba llena de guerras tribales, a lanzazos, y no tenían una indumentaria correcta. Los indios del Canadá no conocían la rueda ni el teléfono, y devoraban los corazones de sus enemigos bajo la pagana creencia de que así se acrecentaría su valor. El Imperio británico acabó con todo eso. Implantó la iluminación eléctrica.

Todas las mañanas, cuando la señorita Lumley hace sonar una aguda nota metálica con su silbato, nos ponemos en pie para cantar *God Save the King*. También cantamos:

*Rule Britannia, Britannia rules the waves;  
Britons never, never, never shall be slaves!*

Como somos británicos, nunca seremos esclavos. Pero no somos verdaderos británicos, porque también somos canadienses. Eso ya no es tan bueno, aunque también tiene su propia canción:

*In days of yore, from Britain's shore,  
Wolfe, the dauntless hero, came  
And planted firm Britannia's flag  
On Canada's fair domain.  
Here may it wave, our boast, our pride  
And join in love together  
The thistle, shamrock, rose entwine  
The Maple Leaf forever.*

Cuando cantamos esto, la mandíbula de la señorita Lumley tiembla de un modo pavoroso. El nombre de Wolfe suena como los que les ponen a los perros, pero derrotó a los franceses. Esto me intriga, porque he visto franceses, en el norte hay muchísimos, o sea que no debió de derrotarlos a todos. En cuanto a las hojas de arce, son la parte más difícil de dibujar en nuestra bandera roja. Nadie consigue nunca dibujarlas bien del todo.

La señorita Lumley trae recortes de periódico que hablan de la Familia Real y los fija en la pizarra lateral. Algunos son viejos y muestran a la princesa Elizabeth y a la princesa Margaret Rose vestidas con uniformes de exploradoras, pronunciando discursos por la radio y en otros sitios durante el Blitz. Así es como deberíamos ser nosotras, pretende darnos a entender la señorita Lumley: firmes, leales, valerosas, heroicas.

También trae otras fotos de periódico en las que aparecen niños flacos con ropa zarrapastrosa de pie ante montañas de cascotes. Éstas son para recordarnos que en Europa hay muchos huérfanos de guerra que están pasando hambre, y que debemos tenerlo siempre presente y comernos las migas de pan y las pieles de patata y todo lo que haya en nuestros platos, porque desperdiciar es un pecado. Tampoco debemos quejarnos. En realidad, no tenemos derecho a quejarnos, porque somos unos niños muy afortunados: las casas de los niños ingleses han sido bombardeadas, y las nuestras no. Traemos de casa nuestra ropa usada y la señorita Lumley la envuelve en paquetes de color marrón y la envía a Inglaterra. Yo no puedo traer gran cosa porque mi madre aprovecha la ropa vieja para hacer trapos para el polvo, pero me las arreglo para rescatar unos pantalones de pana, primero de mi hermano, luego míos y ahora demasiado pequeños, y una camisa de lana de mi padre que por error fue mal lavada y se encogió. Me da una extraña sensación en la piel el pensar que otra persona, una persona de Inglaterra, va por ahí vestida con mi ropa. Mi ropa se me antoja parte de mí, incluso la que ya me ha quedado pequeña.

Todas estas cosas —las banderas, los cantos a toque de silbato, el Imperio británico y las princesas, los huérfanos de guerra, incluso los correazos— quedan superpuestas sobre el ominoso fondo azul marino de las invisibles bombachas de la señorita Lumley. No puedo dibujar la Unión Jack ni cantar *God Save the King* sin pensar en ellas. ¿Existen realmente, o no? ¿Estaré yo algún día en el aula cuando se las ponga o —algo impensable— se las quite?

No temo a las serpientes ni a los gusanos, pero estas bombachas me dan miedo. Sé que será peor para mí si alguna vez llego a verlas.

Son sacrosantas, al mismo tiempo sagradas y profundamente vergonzantes. Cualquiera que sea su maldad puede ser también la mía, ya que la señorita Lumley no es exactamente lo que se dice una chica, pero tampoco es un chico. Cuando resuena la campanilla de latón y nos alineamos ante la puerta de niñas, ella queda incluida en la misma categoría que nosotras.



**IV**  
**BELEÑO NEGRO**

Camino por Queen Street, pasando ante tiendas de tebeos de segunda mano, escaparates llenos de conchas y huevos de cristal, mucha ropa negra deslucida. Ojalá estuviera de vuelta en Vancouver, sentada con Ben ante la chimenea, contemplando el puerto, mientras las babosas gigantes mordisquean el follaje del jardín posterior. Chimeneas, jardines: no pensaba en tales cosas cuando solía venir aquí a visitar a Jon, encima de la tienda de equipajes al por mayor. A la vuelta de la esquina estaba la Taberna de la Hoja de Arce, donde bebía cerveza de barril en la penumbra, a dos semáforos de distancia de la escuela de arte donde dibujaba mujeres desnudas y me reconcomía el corazón. El paso de los tranvías hacía temblar las ventanas de la fachada. Todavía hay tranvías.

—No quiero ir —le dije a Ben.

—No tienes por qué ir. Cancélalo. Vente a México.

—Se han tomado muchas molestias —objeté—. Oye, ¿sabes lo difícil que resulta que te organicen una retrospectiva, si eres una mujer?

—¿Por qué te importa tanto? —preguntó—. No te faltan clientes.

—Tengo que ir. No estaría bien. —Me educaron para que dijera por favor y muchas gracias.

—De acuerdo —asintió—. Tú sabes lo que haces. —Me dio un abrazo.

Ojalá fuese verdad.

Aquí está Sub-Versions, entre una tienda de suministros para restaurantes y un salón de tatuaje. Con el tiempo, ambos tendrán que desaparecer: en cuanto empiezan a surgir lugares como Sub-Versions, la suerte ya está echada.

Abro la puerta de la galería y entro con esa sensación de hundimiento que siempre noto en las galerías de arte. Es cosa de las alfombras, de la santurronería que reina en el ambiente: las galerías son demasiado parecidas a las iglesias, hay demasiada reverencia, parece que hubiera que andar haciendo genuflexiones. Tampoco me gusta que las pinturas deban acabar en estos lugares, sobre estas paredes de colores neutros con iluminación indirecta, esterilizadas, convertidas en algo inocuo y aceptable. Es como si alguien se hubiera dedicado a rociar los cuadros con un aerosol ambientador para matar el olor. El olor a sangre en la pared.

Esta galería no está completamente esterilizada, aún tiene alguna arista cortante: se ve una cañería de la calefacción, una pared es negra. No dedico ni una sola mirada a lo que hay colgado en las paredes, detesto esos verdes sucios y esos naranjas putrefactos del neoexpresionismo, post-esto y post-aquello. Hoy en día todo es «*post*», como si no fuésemos más que una nota al pie de alguna cosa anterior que era lo bastante real como para tener su propio nombre.

Algunas de mis pinturas han sido desembaladas y están apoyadas contra una pared. Les han seguido la pista, las han solicitado a quienquiera sea su dueño, las han

reunido aquí. No sé a quién pertenecen, pero a mí, no; mala suerte, ahora podría conseguir un precio mejor. Los nombres de sus propietarios figurarán en pequeñas tarjetas blancas junto a los cuadros, al lado de mi nombre, como si la mera posesión estuviera al mismo nivel que la creación. Ellos lo creen así.

Si me cortara una oreja, ¿subiría mi cotización en el mercado? Mejor aún, meto la cabeza en el horno, me vuelvo la tapa de los sesos. A los ricos coleccionistas de arte les gusta comprar, entre otras cosas, un poco de locura ajena.

Vuelto cara fuera veo un cuadro que pinté hace veinte años: la señora Smeath, hermosamente retratada al temple, con su diadema de cabellos grisáceos sembrada de horquillas y su cara de patata y sus gafas, vestida únicamente con su delantal floreado de un solo pecho. Se halla recostada en su sofá de terciopelo marrón, elevándose hacia el Cielo, que está lleno de plantas de caucho, mientras una luna como una servilleta de papel flota en el firmamento. Se titula *Planta de caucho: la Ascensión*. Los ángeles que la rodean son tarjetas de Navidad de los años cuarenta, niñitas de blanco bien lavadas con el cabello rizado. En la parte superior del cuadro aparece la palabra «Cielo» estampada con un equipo de estarcir para escolares; en aquel momento, me pareció un detalle muy bueno.

Recuerdo que tuve que oír de todo por esa pintura. Pero no a causa del estarcido.

No me quedo mirando este cuadro mucho tiempo, ni ninguno de los otros. Si lo hiciera, enseguida empezaría a encontrarles defectos. Querría destrozarlos con una cuchilla Exacto, aplicarles un soplete, despejar las paredes. Empezar de nuevo.

Una mujer avanza hacia mí a grandes pasos, con un corte de pelo tipo erizo en un tono rubio modificado, un mono de color morado y botas de cuero verde. Al instante me doy cuenta de que no habría debido ponerme este chándal azul verdoso. El azul verdoso es de poco peso. Habría debido ponerme de negro monja, negro Drácula, como todas las pintoras que se precian. Habría debido pintarme los labios de un tono vampiro coagulado, en lugar de este ridículo Rose Perfection. Pero entonces parecía una auténtica Haggis McBaggis. A mi edad, el cutis ya no soporta esos rojos mermelada de uva, se me vería toda blancuzca y llena de arrugas.

Pero le echaré cara al asunto y fingiré que me he puesto el chándal con toda intención. Podría ser una iconoclasta, ¿qué saben ellas? Un chándal azul verdoso carece de pretensiones. Lo bueno de no seguir la moda es que, como nunca vas a la moda, tampoco puedes ir pasada de moda. Es la misma excusa que utilizo para mis cuadros, o al menos lo ha sido durante años.

—Hola —me saluda la mujer—. ¡Tú debes de ser Elaine! No te pareces mucho a la foto. —Me pregunto qué habrá querido decir con eso. ¿Estoy mejor o peor?—. Hemos hablado mucho por teléfono. Me llamo Chama. —Antes, en Toronto no había nombres como Chama. Mi mano queda estrujada; esta mujer lleva unos diez gruesos anillos de plata que envuelven sus dedos como nudilleras—. Precisamente estábamos pensando en qué orden vamos a colocar los cuadros.

En la galería hay otras dos mujeres; todas ellas parecen cinco veces más artísticas que yo. Llevan peinados modernos, pendientes de arte abstracto. Me siento adocenada.

Tienen caprichosos emparedados de aguacate con brotes de soja y café con leche vaporizada, y nos comemos aquéllos y bebemos ésta mientras estudiamos la disposición de las pinturas. Yo me pronuncio a favor de un orden cronológico, pero Chama tiene otras ideas, ella quiere que las obras concuerden tonalmente y creen una resonancia y que sus enunciados se refuercen el uno al otro. Cada vez estoy más nerviosa, este tipo de lenguaje me crispa. Concentro parte de mis energías en el silencio, resistiéndome al impulso de decirles que me duele la cabeza y que quiero irme a casa. Debería sentirme agradecida, estas mujeres están de mi parte, han organizado todo este montaje por mí, me están haciendo un honor, les gusta lo que hago. Pero aun así, sigo sintiéndome superada en número, como si ellas pertenecieran a una especie a la que yo soy ajena.

Jon regresa mañana de Los Ángeles y de su asesinato con sierra mecánica. Estoy impaciente. Prescindiremos de su esposa y saldremos a almorzar, sintiéndonos los dos algo furtivos. Pero es sólo un gesto civilizado, almorzar con un ex marido como dos compañeros: un buen epílogo para todos aquellos gritos y platos rotos. Nos conocemos desde el año de la nana; a mi edad, a nuestra edad, eso es cada vez más importante. Y, desde aquí, lo veo como un alivio.

Entra una persona, otra mujer.

—¡Andrea! —exclama Chama, abalanzándose sobre ella—. ¡Llegas tarde! —Besa a Andrea en la mejilla y la conduce hacia mí, cogiéndola del brazo—. Andrea quiere escribir un artículo sobre ti —me informa—. Para la inauguración.

—Nadie me había dicho nada —protesto. Me ha tendido una emboscada.

—Surgió en el último momento —explica Chama—. ¡Un golpe de suerte! Os dejaré el cuartito de atrás, ¿de acuerdo? Os traeré un poco de café. Hacer correr la voz, lo llaman —añade, dirigiéndose a mí con una sonrisa burlona. Me dejo llevar por el pasillo; las mujeres como Chama aún pueden imponerme su voluntad.

—Te imaginaba diferente —comenta Andrea cuando nos acomodamos.

—Diferente, ¿en qué? —pregunto.

—Más grande —me contesta.

Le dedico una sonrisa.

—Soy más grande.

Andrea examina mi chándal azul verdoso. Ella va vestida de negro, un negro brillante, apropiado, no un residuo de principios de los sesenta, como sería el mío. Lleva el cabello teñido de rojo con un bote de aerosol y sin disculpas, recortado en forma de casquete como una bellota. Es perturbadoramente joven; yo la veo como una adolescente, aunque sé que rondará los veintitantos. Seguramente ella debe de verme como una especie de excéntrica madurita, anticuada y aburrida, algo así como



su maestra en la escuela secundaria. Seguramente quiere ponerme en un brete. Seguramente lo conseguirá.

Nos sentamos ante el escritorio de Chama, la una frente a la otra, y Andrea deja su cámara sobre la mesa y comienza a manipular su grabadora. Andrea escribe para un periódico.

—Esto irá en la sección de La Vida —anuncia. Sé a qué se refiere, lo que antes eran las Páginas de la Mujer. Es curioso que ahora lo llamen La Vida, como si sólo las mujeres estuvieran vivas y todas las demás secciones, como los Deportes, fuesen para los muertos.

—La Vida, ¿eh? —comento—. Tengo dos hijas. Hago galletas. —Es la verdad. Andrea me mira de mala manera y pone en marcha su aparato.

—¿Qué tal llevas la fama? —Comienza.

—Esto no es fama —respondo—. Fama es el escote de Elizabeth Taylor. Lo mío es sólo un grano en los medios de comunicación.

Esta respuesta le hace sonreír.

—Bueno, quizá podrías decirme algo sobre tu generación de artistas, tu generación de mujeres artistas, sobre sus aspiraciones y objetivos.

—Pintoras, querrás decir —la corrijo—. ¿Qué generación sería ésa?

—Los años setenta, supongo. Fue entonces cuando las mujeres... Fue entonces cuando empezaste a recibir atención.

—Mi generación no es la de los años setenta —protesto.

Ella me sonrío.

—Bueno —dice—, ¿y cuál es?

—Los cuarenta.

—¿Los años cuarenta? —Eso es arqueología, por lo que a ella se refiere—. Pero entonces tú debías de tener...

—Es la época en que crecí —le explico.

—Oh, claro —asiente—. Quieres decir la época formativa. ¿Puedes hablarme de cómo se refleja en tu obra?

—Los colores —digo—. Muchos de mis colores son de los años cuarenta. —Me estoy ablandando. Por lo menos, no se pasa todo el tiempo diciendo «tope» y «vale, tía»—. La guerra. Hay gente que recuerda la guerra y gente que no. Hay una línea divisoria, hay una diferencia.

—¿La guerra de Vietnam, quieres decir?

—No —replico fríamente—. La Segunda Guerra Mundial. —Parece un poco asustada, como si yo hubiera resucitado de entre los muertos, y no del todo. No se imaginaba que fuese tan vieja.

—Entonces —inquire—, ¿cuál es esa diferencia?

—Podemos mantener la atención durante períodos más largos —contesto—. Nos comemos todo lo que hay en el plato. Guardamos los pedazos de cordel. Nos arreglamos con lo que hay.

Parece desconcertada. Eso es todo lo que deseo decir sobre los años cuarenta. Estoy empezando a sudar. Me siento como si estuviera en el dentista, la boca desairadamente abierta, mientras un desconocido provisto de una linterna y un espejo escruta mi garganta mirando algo que yo no puedo ver.

Abandona limpiamente el tema de la guerra y vuelve al de las mujeres, que es el que le interesaba desde un principio. ¿Resulta más difícil para una mujer? ¿He sido discriminada, menospreciada? ¿Y qué pasa con los hijos? Mis respuestas van en otro sentido. Todos los pintores se sienten menospreciados. Puedes trabajar mientras están en la escuela. Mi marido se ha portado siempre de maravilla, me da un gran apoyo, incluso en lo financiero. No digo qué marido.

—¿Y no encuentras un poco humillante ser sostenida por un hombre? —Quiere saber.

—Las mujeres siempre han dado su apoyo a los hombres —respondo—. ¿Qué tiene de malo que por una vez la cosa sea a la inversa?

Lo que puedo decirle no es lo que ella desea escuchar. Hubiera preferido oír afrentas y atropellos, aunque no es probable que ella los haya conocido porque es demasiado joven. Aun así, se supone que las mujeres de mi edad tenemos un historial de atropellos; o al menos de insultos, de desaires. Profesores de arte que te pellizcan el trasero, que te llaman «muñeca», que te preguntan por qué no hay grandes pintoras, ese tipo de cosas. Le habría gustado verme furiosa, y amedrentada.

—¿Tuviste algún mentor femenino? —pregunta.

—¿Algún qué?

—Quiero decir alguna profesora, alguna otra pintora que admirases.

—¿No debería decirse mentora, entonces? —apunto con mala intención—. No, no hubo ninguna. Mi maestro fue un hombre.

—¿Quién fue?

—Josef Hrbik. Siempre fue muy amable conmigo —me apresuro a añadir. En realidad, habría servido muy bien para sus propósitos, pero no seré yo quien se lo diga—. Me enseñó a dibujar mujeres desnudas.

Eso la sorprende.

—Bueno, vale, ¿y qué me dices del feminismo? Mucha gente te considera una pintora feminista.

—¿Que qué te digo? Pues que no soporto los dogmas de partido, que no soporto los guetos. Además, yo soy demasiado vieja para habérmelo inventado y tú eres demasiado joven para entenderlo, o sea que, ¿qué sentido tiene que hablemos del asunto?

—Entonces, ¿no te parece una clasificación significativa? —insiste.

—Me gusta que a las mujeres les guste mi trabajo. ¿Y por qué no?

—A los hombres, ¿les gusta tu trabajo? —pregunta maliciosamente. Ha estado repasando los archivos atrasados, ha visto algunas de esas críticas que me tratan de bruja y de súcubo.

—¿Qué hombres? —replico—. No a todo el mundo le gusta lo que hago. Y no es porque yo sea una mujer. Si no les gusta la obra de un hombre, no es porque sea de un hombre. Es sencillamente que no les gusta. —Me hallo en un terreno incierto, y eso me enfurece. Mi voz suena calmada; el café hierve en mi interior.

Ella frunce el ceño, agita rápidamente la grabadora.

—Entonces, ¿por qué pintas todas esas mujeres?

—¿Qué habría de pintar, si no? ¿Hombres? —contesto—. Soy pintora. Los pintores pintan mujeres. Rubens pintaba mujeres, Renoir pintaba mujeres, Picasso pintaba mujeres. Todo el mundo pinta mujeres. ¿Qué hay de malo en pintar mujeres?

—Pero no de esta manera —protesta.

—¿De qué manera? —digo—. Además, ¿por qué mis mujeres han de ser como las de todo el mundo? —Me descubro retorciéndome los dedos y dejo de hacerlo. Dentro de unos instantes, mis dientes empezarán a castañetear como los de un ratón acorralado.

Su voz es cada vez más lejana, apenas la oigo. Pero a ella la veo muy claramente: el acanalado del cuello de su suéter, el fino vello de su mejilla, el brillo de una chapa. Lo que oigo no es lo que está diciéndome. «Tu ropa es ridícula. Tu pintura es una mierda. Siéntate bien y no repliques».

—¿Por qué pintas? —Quiere saber, y de nuevo vuelvo a oírla con perfecta claridad. Oigo su exasperación, conmigo y con mis rechazos.

—¿Por qué hace la gente lo que hace? —respondo.

La luz desaparece más temprano; cuando volvemos a casa desde la escuela, andamos por entre el humo de las hogueras de hojas secas. Llueve, y tenemos que jugar dentro. Nos sentamos en el suelo del cuarto de Grace, sin hacer ruido porque la señora Smeath tiene el corazón delicado, y recortamos rodillos de pastelero y sartenes y los pegamos alrededor de nuestras señoras de papel.

Pero Cordelia no tarda en cansarse de este juego. Ha descubierto, instantáneamente al parecer, por qué en casa de Grace hay tantos catálogos Eaton's. Es porque los Smeath compran así su ropa, la de toda la familia: la encargan del catálogo Eaton's. Allí, en la sección de Ropa de Niña, están los vestidos de cuadros escoceses, las faldas con tirantes, los abrigos de invierno que llevan Grace y sus hermanas, tres colores a elegir, de gruesa y práctica lana, con capucha: Verde Kelly, Azul Cobalto, Marrón. Cordelia consigue transmitir la impresión de que ella jamás se pondría un abrigo encargado del catálogo Eaton's. Pero no lo dice con estas palabras. Como el resto de nosotras, quiere estar a buenas con Grace.

Pasa por alto los enseres de cocina, va volviendo las páginas. Se detiene en los sostenes, en los corsés profusamente dotados de encajes y escudetes —prendas de base, los llaman— y les pinta bigote a las modelos, cuya carne parece recubierta de una fina capa de yeso color *beige*. Les añade pelos bajo los brazos y en el pecho, entre los senos. Lee en voz alta las descripciones, reprimiendo una risa despectiva: «“Deliciosamente guarnecidos de exquisitos encajes, con refuerzo especial para la silueta madura”. Eso quiere decir tetas grandes. ¡Mirad esto! ¡La talla de las “copas”! ¡Cómo copas de vino!».

Los senos fascinan a Cordelia y la mueven a burla. Sus dos hermanas mayores ya los tienen. Perdie y Mirrie se sientan en su habitación, con sus camas gemelas y sus caireles de muselina bordada con ramitas, y se liman las uñas riendo suavemente, o calientan en la cocina pequeños recipientes de cera marrón y la suben a su cuarto para untarse las piernas con ella. Se miran en el espejo con expresión apesadumbrada: «¡Estoy hecha una verdadera Haggis McBaggis! ¡Es por culpa de la calamidad!». Sus papeleras huelen a flores marchitas.

Le dicen a Cordelia que aún es demasiado pequeña para entender ciertas cosas, y a continuación se las cuentan de todos modos. Cordelia, bajando el tono de su voz, abriendo mucho los ojos, nos transmite la verdad: la calamidad es cuando sangras entre las piernas. No la creemos. Nos enseña la prueba: una compresa higiénica, recuperada de la papelería de Perdie. En ella hay una corteza marrón, como de salsa seca. «¡Eso no es sangre!», exclama Grace con repugnancia, y tiene razón, no es en absoluto como cuando te haces un corte en el dedo. Cordelia se indigna, pero no puede demostrar nada. Nunca había pensado mucho en los cuerpos de las mujeres adultas, pero ahora estos cuerpos se me revelan bajo su auténtica e inquietante luz:

extraños y grotescos, peludos, esponjosos, monstruosos. Merodeamos ante la habitación donde Perdie y Mirrie se arrancan la cera de las piernas, emitiendo gritos de dolor, y tratamos de espiarlas por el agujero de la cerradura, entre risitas nerviosas: nos hacen sentir violentas, aunque no sabemos por qué. Saben que nos reímos de ellas, y salen a la puerta para hacernos marchar. «Cordelia, ¿por qué no os largáis de aquí tú y tus amiguitas?». Sonríen de una forma un poco ominosa, como si ya supieran lo que nos aguarda. «¡Esperad y veréis!», nos dicen.

Eso nos asusta. Lo que les ha ocurrido a ellas, lo que las ha abultado y ablandado, lo que les hace andar en vez de correr, como si llevaran en torno al cuello una trailla invisible que las mantuviera a raya... Lo que les ha ocurrido a ellas, sea lo que sea, podría ocurrirnos también a nosotras. Contemplamos subrepticamente los pechos de las mujeres con que nos cruzamos por la calle, los de nuestras maestras, pero no los de nuestras madres; eso nos queda demasiado cerca para resultar cómodo. Examinamos nuestras piernas y axilas en busca de indicios de vello, nuestros pechos por si empiezan a crecer. Pero no pasa nada: de momento, estamos a salvo.

Cordelia llega a las últimas páginas del catálogo, donde las fotos son en blanco y negro y muestran muletas y bragueros y aparatos ortopédicos. «Manchas para los pechos —anuncia—. ¿Veis esto? Es como una mancha de bicicleta, y sirve para hincharse más las tetas». Y las demás no sabemos qué creer.

No podemos preguntárselo a nuestras madres. Resulta difícil imaginárselas sin ropa, admitir que, bajo sus vestidos, tienen un cuerpo. Es mucho lo que no nos dicen. Entre nosotras y ellas hay un abismo, una sima que no parece tener fondo y está llena de palabras no pronunciadas. Envuelven la basura en varias capas de papel de periódico y la atan con cordeles, y aun así gotea sobre el suelo recién encerado. Sus tendederos están rebosantes de bragas, camisones, medias, una exhibición de intimidades ensuciadas que ellas mismas han lavado y enjuagado, sumergiendo sus manos en la coagulada agua gris. Entienden de cepillos para el retrete, de asientos de retrete, de gérmenes. El mundo es sucio, por mucho que ellas limpien, y sabemos que no recibirán con agrado nuestras sucias preguntitas. Así que, en vez de hablar con ellas, un prolongado susurro circula entre nosotras, de niña en niña, acumulando horror.

Cordelia dice que los hombres tienen una zanahoria entre las piernas. En realidad, no son zanahorias, sino otra cosa peor. Están recubiertas de pelos. Por el extremo salen unas semillas que se meten en el estómago de las mujeres y se convierten en niños, lo quieras o no. Algunos hombres se hacen perforar la zanahoria y se ponen un arete, como en las orejas.

Cordelia no tiene claro cómo salen las semillas ni qué aspecto tienen. Ella dice que son invisibles, pero a mí me parece que no puede ser. Si realmente se trata de semillas, deben de ser como el alpiste o las semillas de zanahoria, largas y finas. Tampoco sabe explicarnos cómo entra la zanahoria para implantar las semillas. La posibilidad más evidente es el ombligo, pero tendría que haber un corte, una abertura.

Toda esta historia es muy discutible, y la idea de que nosotras mismas podemos haber sido producidas por semejante método resulta ofensiva. Pienso en las camas, que es donde se supone que tiene lugar todo esto: las camas gemelas que hay en casa de Carol, tan pulcras siempre; la elegante cama con dosel en casa de Cordelia; la oscura cama color caoba en casa de Grace, tristemente respetable con su colcha de ganchillo y sus montones de mantas de lana. Estas camas son por sí mismas una negativa, un rechazo. Pienso en la severa madre de Carol, en la señora Smeath con sus horquillas y su diadema de gríseas trenzas. Fruncirían los labios, se retirarían con la mayor dignidad. Jamás consentirían una cosa así.

Grace dice que «los niños los hace Dios», en ese tono tan suyo, tan definitivo, que significa que no hay nada más que decir. Esboza su cerrada sonrisa desdeñosa y todas nos tranquilizamos. Mejor que sea Dios que nosotras.

Pero subsiste la duda. Yo, por ejemplo, sé muchas cosas. Sé que «zanahoria» no es la palabra correcta. He visto libélulas y escarabajos volar por ahí pegados el uno al otro, el uno sobre la espalda del otro, y sé que eso se llama «aparearse». Sé que tienen ovoposidores para poner sus huevos sobre las hojas, sobre orugas, en la superficie del agua; están ahí mismo en la página, claramente etiquetados, en los dibujos de insectos que mi padre corrige en casa. Sé que hay hormigas reina, y que la hembra de la mantis religiosa se come al macho. Nada de esto me sirve de ayuda. Pienso en el señor y la señora Smeath, completamente desnudos, con el señor Smeath pegado a la espalda de la señora Smeath. Esta imagen, aun prescindiendo del vuelo, es inaceptable.

Podría preguntárselo a mi hermano. Pero, aunque hemos examinado costras y mugre de las uñas al microscopio, aunque no nos inquietan los ojos de buey en salmuera ni los peces destripados ni la clase de cosas que uno encuentra bajo los troncos podridos, formularle esta pregunta se me antoja poco delicado, quizás hiriente. Pienso en Júpiter inscrito sobre la arena en su angulosa caligrafía, por medio de su hábil dedo de más. Según la versión de Cordelia, le acabará cubierto de pelo. Puede que él aún no lo sepa.

Cordelia dice que los chicos, cuando te besan, te meten la lengua en la boca. No los chicos que conocemos, sino los mayores. Lo dice en el mismo tono que usa mi hermano para decir «baba de caracol» o «mocos» cuando Carol está delante, y Carol reacciona de la misma manera, con el mismo fruncimiento de la nariz, las mismas contorsiones. Grace dice que Cordelia quiere darnos asco. Pienso en los salivazos que a veces se ven en la acera, en el centro, y en las lenguas de vaca que hay en las carnicerías. ¿Por qué habrían de querer hacer una cosa así, meter la lengua en la boca de otra persona? Sólo para producir repugnancia, claro. Sólo para ver cómo reaccionas.

Subo por las escaleras del sótano, que tienen rebordes de goma negra clavados en los peldaños. La señora Smeath está de pie ante el fregadero de la cocina, con su delantal de peto. Ha terminado su siesta y ahora está levantada, preparando la cena. Está pelando patatas; a menudo suele pelar cosas. Las peladuras se desprenden de sus grandes y huesudas manos en una larga espiral. El cuchillo de pelar que utiliza está tan gastado que su hoja es poco más que una astilla en forma de media luna. La cocina está cargada de vapor, y huele a grasa de tuétano y a huesos cociéndose a fuego lento.

La señora Smeath se vuelve y me mira, con una patata pelada en la mano izquierda y el cuchillo en la derecha. Me sonrío.

—Grace dice que tu familia no va a la iglesia —comienza—. Tal vez te gustaría venir con nosotros. A nuestra iglesia.

—Sí —dice Grace, que ha subido detrás de mí. Y la idea es agradable. Los domingos por la mañana podré tener a Grace para mí sola, sin Carol ni Cordelia. Grace sigue siendo la deseable, la que todas queremos.

Cuando informo a mis padres de este proyecto, se muestran preocupados.

—¿Estás segura de que quieres ir? —pregunta mi madre. Cuando era joven, dice, tenía que ir a la iglesia tanto si le gustaba como si no. Su padre era muy estricto. Los domingos, no le permitía silbar—. ¿Estás verdaderamente segura?

Mi padre dice que no hay que lavarles el cerebro a los niños. Cuando seas mayor, podrás formarte tu propia opinión sobre la religión, que, a su modo de ver, ha sido la responsable de muchísimas guerras y masacres, así como de fanatismos e intolerancias.

—Toda persona culta debe conocer la Biblia —admite—. Pero la niña sólo tiene ocho años.

—Casi nueve —apunto.

—Bueno —accede mi padre—. No te creas todo lo que te digan.

El domingo me pongo la ropa que hemos elegido mi madre y yo, un vestido a cuadros escoceses en verde y azul marino, medias acanaladas de color blanco que van prendidas con ligas a mi rígido justillo de algodón blanco. Tengo más vestidos que antes, pero no voy de compras con mi madre para ayudar a elegirlos, como es el caso de Carol. Mi madre detesta ir de compras, y tampoco le gusta coser. Mis prendas de niña son de segunda mano, regaladas por una amiga lejana de mi madre que tiene una hija de más edad. Ninguno de los vestidos me sienta demasiado bien: les cuelgan los dobladillos, o las mangas hacen bultos bajo mis brazos. Doy por supuesto que es lo normal en los vestidos. Las medias blancas, en cambio, son nuevas, y me pican aún más que las marrones que uso para ir a la escuela.

Saco mi canica azul del bolso de plástico rojo y la dejo en el cajón de mi escritorio, y guardo en el bolso la moneda de cinco centavos que me ha dado mi madre para la bandeja de la colecta. Recorro las calles con surcos de rodadas en dirección a la casa de Grace, calzada con zapatos; todavía no es tiempo para ir con botas. Cuando llamo, Grace me abre la puerta principal. Debía de estar esperándome. También ella lleva un vestido y medias blancas, y lazos azul marino al extremo de las trenzas. Me mira de arriba abajo.

—No lleva sombrero —anuncia.

La señora Smeath, de pie en el vestíbulo, me acoge como a una huérfana abandonada en su portal. Manda a Grace al piso de arriba en busca de otro sombrero, y Grace regresa con uno viejo de terciopelo azul oscuro, con una banda elástica para sujetarlo bajo la barbilla. Es demasiado pequeño para mí, pero la señora Smeath dice que servirá para el caso.

—No se va a nuestra iglesia con la cabeza descubierta —declara. Pone un especial énfasis en la palabra «nuestra», como si hubiera otras iglesias, inferiores, de cabeza desnuda.

La señora Smeath tiene una hermana que va a venir con nosotras a la iglesia. Se llama tía Mildred. Es mayor que ella y ha sido misionera en China. Tiene las mismas manos nudosas y rojizas, las mismas gafas de montura metálica, la misma diadema de trenzas que la señora Smeath, sólo que la suya es completamente gris, como también son grises, y más numerosos, los pelos de su rostro. Ambas llevan sombreros que parecen envoltorios de fieltro descuidadamente anudados, de los que sobresalen varias puntas. He visto sombreros semejantes en los catálogos Eaton's de hace algunos años, presentados por modelos con el cabello peinado hacia atrás, pómulos altos y bocas de un brillante rojo oscuro. En la señora Smeath y su hermana no producen el mismo efecto.

Cuando todos los Smeath terminan de ponerse los abrigos y los sombreros, subimos a su coche: la señora Smeath y la tía Mildred delante, Grace y yo y sus hermanas pequeñas en el asiento de atrás. Aunque sigo adorando a Grace, esta adoración no es en modo alguno física, y el hecho de ir apretujada en su automóvil, tan cerca de ella, me resulta embarazoso. Justo ante mi cara, el señor Smeath lleva el volante. Es bajo y calvo y casi nunca se le ve. Lo mismo sucede con el padre de Carol y con el de Cordelia: en la vida cotidiana de las casas, los padres son en gran medida invisibles.

Rodamos por las casi desiertas calles dominicales, siguiendo las vías del tranvía en dirección oeste. Dentro del coche, el aire se llena con el aliento que exhalan los Smeath, un olor rancio como de saliva seca. La iglesia es grande y está hecha de ladrillos; sobre ella, en lugar de una cruz, hay una cosa que parece una cebolla y da vueltas. Pregunto por esta cebolla que, por lo que yo sé, bien pudiera tener un significado religioso, pero Grace dice que es un ventilador.



El señor Smeath aparca el coche y bajamos todos y entramos en la iglesia. Nos sentamos en fila, en un largo banco de oscura y reluciente madera. Es la primera vez que entro en una iglesia. Hay un techo alto, con lámparas en forma de dondiegos suspendidas de cadenas, y delante de todo una sencilla cruz dorada con un jarro de flores blancas. Detrás de eso hay tres ventanas con vidrieras de colores. En la mayor, la del centro, hay un Jesús vestido de blanco con las manos alzadas a ambos costados y un pájaro blanco que aletea sobre su cabeza. Debajo, una leyenda en gruesos caracteres negros con puntos entre las palabras reza: EL-REINO-DE-DIOS-ESTÁ-DENTRO-DE-TI. A la izquierda se ve a Jesús sentado y medio de lado, vestido de un rojo rosado, con dos niños apoyados en sus rodillas. Ahí dice: ACOGE-A-LOS-NIÑOS. Ambas imágenes de Jesús lo representan con halo. Al otro lado hay una mujer de azul, sin halo y con el rostro parcialmente tapado por un pañuelo blanco. Lleva un canasto y tiene una mano tendida. El letrero dice: EL-MAYOR-DE-TODOS-ES-LA-CARIDAD. En torno a las tres ventanas hay cenefas con enredaderas y racimos de uvas y diversas flores. Las vidrieras reciben la luz por detrás y resplandecen. Apenas puedo apartar la vista de ellas.

Suena música de órgano y todo el mundo se pone en pie, y me siento llena de confusión. Observo lo que hace Grace, y me levanto cuando ella se levanta, me siento cuando ella se sienta. Durante los cánticos, abre su libro de himnos y señala con el dedo, pero no conozco las melodías. Al cabo de un rato, nos llega la hora de ir a la escuela dominical, así que desfilamos con los demás niños y bajamos al sótano de la iglesia.

A la entrada del lugar que sirve de escuela dominical hay una pizarra en la que alguien ha escrito, con tiza de color, kilroy ha estado aquí. Al lado, hay un dibujo de una nariz y unos ojos que se asoman sobre una valla.

Las clases dominicales se dan en un aula, como las de cada día. Las maestras, en cambio, son más jóvenes; la nuestra es una veinteañera con un sombrero azul celeste provisto de velo. En nuestra clase sólo hay chicas. La maestra nos lee una historia de la Biblia acerca de José y su capa de muchos colores. Luego escucha mientras las niñas le recitan los fragmentos que debían aprenderse de memoria. Yo permanezco sentada, balanceando los pies. No he aprendido nada de memoria. La maestra me sonrío y dice que espera volver a verme todas las semanas.

Después de esto, las distintas clases pasan a una gran sala con hileras de bancos de madera gris, como los bancos donde almorzamos en la escuela. Nos sentamos en los bancos, las luces se apagan y empiezan a proyectar diapositivas de colores sobre la pared desnuda del fondo de la habitación. Las diapositivas no son fotos, sino pinturas. Tienen un aire anticuado. La primera muestra un caballero que cabalga por el bosque, con la vista alzada hacia un rayo de luz que se filtra por entre los árboles. La piel de este caballero es muy blanca, sus ojos son grandes como los de una chica y su mano está apoyada sobre el lugar donde debe hallarse el corazón, debajo de la armadura, que parece hecha de parachoques. Bajo su amplio y luminoso rostro veo

los interruptores de las luces y los tablones superiores del friso de madera, y una esquina del pequeño piano.

En la siguiente imagen vuelve a aparecer el mismo caballero, pero esta vez más pequeño, y bajo él hay unas palabras que cantamos todos a los resonantes acordes del invisible piano:

*He de ser fiel, pues hay quienes en mí confían;  
he de ser puro, pues hay quienes se preocupan;  
he de ser fuerte, pues hay mucho que sufrir;  
he de ser bravo, pues hay mucho que arrostrar.*

A mi lado, en la penumbra, oigo la voz de Grace que se alza y se alza, fina y vibrante, como la de un pájaro. Se sabe todas las palabras; también se sabía todas las palabras del fragmento de la Biblia que debía aprenderse de memoria. Cuando inclinamos nuestras cabezas para rezar, me siento imbuida de bondad, me siento incluida, absorbida. Dios me ama, sea Él quien sea.

Después de la escuela dominical volvemos a la iglesia para la última parte del servicio, y deposito mi moneda en la bandeja de la colecta. Luego viene algo llamado «doxología». A continuación salimos de la iglesia y volvemos a meternos en el coche de los Smeath, y Grace inquiere cautelosamente:

—Papá, ¿podemos ir a ver los trenes?

Y las pequeñas, con grandes muestras de entusiasmo, exclaman:

—¡Sí, sí!

—¿Habéis sido buenas? —pregunta el señor Smeath.

—¡Sí, sí! —repiten las pequeñas.

La señora Smeath emite un sonido indeterminado.

—Muy bien, vamos allá —les dice el señor Smeath a las pequeñas. Conduce el automóvil hacia el sur por las calles vacías, junto a las vías del tranvía, adelantando un tranvía solitario como una isla deslizante, hasta que finalmente vemos a lo lejos la superficie gris del lago y, por debajo nuestro, al pie de una especie de acantilado de escasa altura, una llanura gris cubierta de raíles. Sobre esta planicie cubierta de metal, varios trenes se desplazan lentamente de un lado a otro. Puesto que hoy es domingo, y puesto que para los Smeath éste es evidentemente un esparcimiento dominical rutinario a la salida de la iglesia, me formo la idea de que las vías del tren y las letárgicas y poderosas locomotoras tienen algo que ver con Dios. También me parece muy claro que la persona que realmente desea ver los trenes no es Grace ni ninguna de sus hermanas pequeñas, sino el propio señor Smeath.

Permanecemos dentro del coche aparcado, contemplando los trenes, hasta que la señora Smeath dice que se echará a perder la comida. Entonces volvemos a casa de Grace.

Estoy invitada al almuerzo del domingo. Es la primera vez que me quedo a comer en casa de Grace. Antes de sentarnos a la mesa, Grace me conduce al piso de arriba para que nos lavemos las manos, y aprendo una cosa nueva sobre su familia: sólo puedes disponer de cuatro hojas de papel higiénico. El jabón que hay en el cuarto de baño es negro y áspero. Grace dice que es jabón de brea.

La comida consiste en jamón al horno y judías al horno y patatas al horno y puré de calabaza. El señor Smeath trincha el jamón, la señora Smeath distribuye la guarnición, los platos pasan de mano en mano. Cuando empiezo a comer, las hermanas de Grace me miran a través de sus gafas.

—En esta casa damos gracias —dice la tía Mildred, sonriendo con firmeza, y yo me quedo sin saber de qué habla. Pero todos inclinan la cabeza y juntan las manos, y Grace recita:

—Que el Señor nos permita estar agradecidos por los alimentos que vamos a tomar, amén.

El señor Smeath añade:

—Buena comida, buena bebida, buen Dios, empecemos de una vez. —Y me guiña un ojo.

—Lloyd... —le advierte la señora Smeath, y el señor Smeath emite una breve risita de conspirador.

Después de comer, Grace y yo nos sentamos en la sala, en el Chesterfield de terciopelo, el mismo en el que la señora Smeath duerme la siesta. Nunca me había sentado ahí, y tengo la sensación de estar utilizando una propiedad reservada, como un trono o un ataúd.

Leemos la hoja de la escuela dominical, que lleva la historia de José y un relato actual sobre un muchacho que roba el dinero de la colecta pero luego se arrepiente y se dedica a recoger papel viejo y cascos de botella para saldar su deuda con la iglesia. Las ilustraciones son dibujos a pluma en blanco y negro, pero en la portada hay una imagen en colores de Jesús, vestido con una túnica de un tono pastel y rodeado de niños, todos de distinta raza, morenos, amarillos, blancos, limpios y hermosos, algunos de los cuales se cogen de sus manos mientras otros lo contemplan con grandes ojos llenos de adoración. Este Jesús no tiene halo.

El señor Smeath echa una cabezada en la poltrona marrón, inflando rítmicamente su redondo abdomen. En la cocina suena el golpeteo de la vajilla de plata. La señora Smeath y la tía Mildred están lavando los platos.

Llego a casa bien entrada la tarde, con mi bolso de plástico rojo y mi periódico de la escuela dominical.

—¿Te ha gustado? —pregunta mi madre, todavía con el mismo tono de inquietud.

—¿Has aprendido algo? —Quiere saber mi padre.

—Tengo que aprenderme un salmo —les informo, con aire de importancia. La palabra «salmo» me suena como una contraseña secreta. Estoy un poco resentida. Mis padres han estado ocultándome cosas, cosas que necesito saber. Los sombreros,

por ejemplo: ¿cómo puede ser que mi madre se haya olvidado de los sombreros? Dios no es un concepto completamente nuevo para mí: sale en las oraciones matutinas de la escuela, e incluso en el *God Save the King*. Pero parece que no acaba aquí la cosa, que hay más palabras que aprender de memoria, más canciones que cantar, más monedas que entregar, antes de apaciguarlo por completo. Lo que más me preocupa es el Cielo. ¿Qué edad tendré cuando llegue allí? ¿Y si muero vieja? En el Cielo, quiero ser de la misma edad que ahora.

Grace me ha prestado una Biblia, la segunda más buena que tiene. Me voy a mi cuarto y empiezo a estudiar: *Los cielos proclaman la gloria de Dios; y el firmamento exhibe su obra. Día tras día expresa su lenguaje, y noche tras noche muestra su conocimiento.*

Todavía no tengo cortinas en mi cuarto. Miro por la ventana, miro hacia arriba: ahí está el cielo, ahí están las estrellas, en sus lugares de costumbre. Ya no me parecen frías y blancas y remotas, como el alcohol y las bandejas de esmalte. Ahora me parecen vigilantes.

Las chicas se quedan de pie en el patio de la escuela o sobre la loma, en pequeños grupos, susurrando y susurrando y devanando. Ahora la moda es tener un ovillo que rodea cuatro uñas de la mano, y una bola de lana. Se pasa la lana sobre cada una de las uñas por turno, dos vueltas cada vez, y se usa la quinta uña para sujetar las vueltas inferiores sobre las superiores. Por el otro extremo del ovillo cuelga una gruesa y redonda cola de lana que luego se enrolla como una concha de caracol plana y se cose para formar un posateteras. Yo tengo un ovillo así, y también Grace y Carol, y hasta Cordelia, aunque su lana está muy enmarañada.

Estos grupitos de niñas susurrantes, con sus ovillos y sus colas de lana de colores, tienen que ver con los chicos, con la separación de los chicos. Cada grupo de chicas excluye a algunas otras chicas, pero a todos los chicos. También los chicos nos excluyen, pero su exclusión es activa, se la toman en serio. A nosotras no nos hace falta.

A veces todavía voy al cuarto de mi hermano y me tumbo en el suelo a leer tebeos, pero sólo cuando no hay ninguna otra chica conmigo. Sola soy tolerada; formando parte de un grupo de chicas nunca lo sería. Esto se da por sobreentendido.

Antes no me fijaba en los chicos, estaba acostumbrada a ellos. Pero ahora les presto más atención, porque los chicos son distintos. Por ejemplo, no se bañan tan a menudo como deberían. Huelen a carne mugrienta, a pelo, pero también a cuero por las rodilleras que llevan en los pantalones, y a lana de los propios pantalones, que sólo les llegan a media pantorrilla y van anudados ahí como los pantalones de fútbol. En la parte baja de las piernas llevan gruesos calcetines de lana, que suelen estar húmedos y caídos sobre los zapatos. Cuando salen, se cubren la cabeza con gorras de cuero que se abrochan bajo la barbilla. Su ropa es caqui, o azul marino, o gris, o verde bosque, colores que soportan mejor la suciedad. Todo esto tiene cierto aire militar. Los chicos se enorgullecen de su ropa poco vistosa, de sus calcetines arrugados, de su piel tiznada y sucia: para ellos, la suciedad es casi tan buena como las heridas. Se esfuerzan en actuar como chicos. Se dirigen unos a otros por el apellido y llaman la atención hacia cualquier transgresión adicional de la limpieza. «¡Eh, Robertson! ¡Límpiate los mocos!». «¿Quién se ha tirado un pedo?». Se golpean en los brazos y gritan. «¡Te la di!». «¡Te la devuelvo!». En una habitación, siempre parece que haya más de los que en realidad hay.

Mi hermano golpea brazos y hace comentarios sobre los olores igual que todos los demás, pero tiene un secreto. Jamás se lo contaría a los otros chicos, por lo mucho que se reirían de él.

El secreto es que tiene novia. Es una novia tan secreta que ni ella misma lo sabe. Sólo me lo ha dicho a mí, y he tenido que jurarle por duplicado que no se lo revelaría

a nadie más. Ni siquiera cuando estamos a solas me permite pronunciar su nombre completo, sólo sus iniciales, que son B. W. A veces mi hermano masculla estas iniciales cuando hay otras personas presentes, mis padres, por ejemplo. Cuando las pronuncia, me mira y espera de mí un gesto de asentimiento o cualquier señal de que he oído y comprendido. Escribe notas en clave y las deja donde yo pueda encontrarlas, debajo de mi almohada, en el cajón superior de mi escritorio. Cuando descifro estas notas, resultan tan poco propias de él, tan carentes de imaginación, tan idiotas en realidad, que me cuesta trabajo creerlo: «He hablado con B. W.» «Hoy la he visto». Estas notas las escribe con lápices de colores distintos, con signos de admiración. Una noche cae una nevada temprana, inesperada en esta época del año, y cuando despierto por la mañana y miro por la ventana de mi dormitorio, descubro las sobrecargadas iniciales inscritas en pipí sobre la blanca superficie, medio derretidas ya.

Me doy cuenta de que esta novia le provoca cierta angustia, además de excitación, pero no logro comprender por qué. Sé quién es ella. Su verdadero nombre es Bertha Watson. Suele juntarse con las chicas mayores, en la loma, bajo los abetos enanos. Tiene una melena castaña lisa, con flequillo, y es de tamaño corriente. No posee ninguna magia especial que yo sea capaz de ver, ni ninguna anomalía. Me gustaría saber cómo se las ha arreglado, cómo ha podido hacerle a mi hermano este truco que lo ha convertido en un gemelo idéntico de sí mismo, sólo que más nervioso y estúpido.

El hecho de conocer este secreto, de haber sido la única elegida para conocerlo, me hace sentir en cierto modo importante. Pero es una importancia negativa, es la importancia de una hoja de papel en blanco. Puedo saberlo porque yo no cuento. Me siento escogida, pero también despojada. Y también protectora, porque por primera vez en mi vida me siento responsable de él. Está corriendo un riesgo, y yo tengo poder sobre él. Se me ocurre que podría delatarlo, exponerlo al ridículo; tengo esta posibilidad. Está a mi merced, y no quiero que sea así. Quiero que vuelva a ser como antes, sin cambios, invencible.

La novia no le dura mucho. Pasado un tiempo, no vuelvo a oír nada más sobre ella. Mi hermano se burla otra vez de mí, o no me hace ningún caso; ha tomado el mando de nuevo. Le regalan un juego de química y hace experimentos en el sótano. Como obsesión, prefiero el juego de química a la novia. Hay cosas humeantes, hedores horribles, pequeñas explosiones sulfurosas, efectos sorprendentes. Hay una escritura invisible que aparece cuando sostienes el papel sobre la llama de una vela. Puedes hacer que un huevo duro se vuelva gomoso hasta el punto de que es posible meterlo dentro de una botella de leche, aunque sacarlo ya sea más difícil. *Convierte el agua en sangre*, dicen las instrucciones, *y asombra a tus amigos*.

Sigue intercambiando tebeos, pero sin concentrarse mucho en ello, de un modo abstraído. Como ahora le importan menos, consigue mejores intercambios. Los

tebeos se acumulan bajo su cama, montones y montones de tebeos, pero casi nunca los lee si no está con otros chicos.

Mi hermano ha acabado con el juego de química. Ahora tiene un mapa de las estrellas clavado en la pared de su cuarto, y por las noches apaga la luz y se instala junto a la oscurecida ventana abierta, a pesar del frío, con el suéter marrón por encima del pijama, para observar el cielo. Tiene unos gemelos de mi padre, que éste le permite utilizar a condición de que lleve siempre la correa en torno al cuello para que no se le caigan. Lo que más desea ahora es un telescopio.

Cuando me deja quedarme a su lado, y cuando está de humor para hablarme, me enseña nombres nuevos, marca los puntos de referencia: Orión, la Osa, el Dragón, el Cisne. Todo esto son constelaciones. Cada una de ellas se compone de un enorme número de estrellas, cientos de veces más grandes y calientes que nuestro Sol. Estas estrellas se encuentran a años luz de distancia, me explica. En realidad no las vemos, porque lo que vemos es sólo la luz que desprendieron hace años, siglos, miles de años. Las estrellas son como ecos. Permanezco sentada en mi pijama de franela, temblando, con el cuello dolorido de tanto mirar hacia lo alto, entornando los párpados para contemplar la fría e infinitamente alejada oscuridad, el negro caldero donde las ardientes estrellas hierven y hierven. Sus estrellas son diferentes de las que aparecen en la Biblia: carecen de palabras, llamean en un silencio que todo lo extingue. Tengo la sensación de que mi cuerpo se disuelve y soy atraída hacia arriba, hacia arriba, como una niebla que se desvanece en el vasto espacio vacío.

—Aldebarán —dice mi hermano. Es una palabra extranjera, no la conozco, pero conozco el tono en que la pronuncia: ha identificado, ha completado, ha añadido algo a una serie. Pienso en sus botes de canicas de esta primavera, en su forma de ir echando las canicas en el bote, de una en una, contándolas. Mi hermano ha empezado otra colección; ahora colecciona estrellas.

Las ventanas de la escuela se cubren de gatos negros y calabazas de papel. Por Halloween, Grace se pone un vestido normal de mujer; Carol, un disfraz de hada, y Cordelia, un traje de payaso. Yo me pongo una sábana, porque eso es lo que hay. Vamos de puerta en puerta, con nuestras bolsas de papel marrón cada vez más llenas de manzanas de caramelo, palomitas de maíz, guirlache de cacahuete, y en cada casa cantamos: ¡Apoquina! ¡Apoquina! ¡Las brujas andan sueltas! En los ventanales delanteros, en los porches, las cabezotas anaranjadas de las calabazas flotan en el aire, luminosas, sin cuerpo. Al día siguiente llevamos nuestras calabazas al puente de madera, las arrojamos sobre la barandilla y contemplamos cómo se despachurrean contra el suelo. Ya estamos en noviembre.

Cordelia está excavando un hoyo en su jardín trasero, donde no hay césped. Ya ha comenzado otros agujeros en diversas ocasiones, pero nunca con éxito, siempre ha encontrado roca. Éste parece más prometedor. Lo excava con una pala puntiaguda; a veces la ayudamos. No se trata de un hoyo pequeño; es grande y cuadrado, y va haciéndose más y más profundo a medida que la tierra se acumula a su alrededor. Cordelia dice que podrá servirnos de club, que podremos bajar sillas y sentarnos en su interior. Cuando sea lo bastante hondo, piensa cubrirlo con tablones a modo de techo. Ya tiene los tablones, tablas sobrantes de las dos casas nuevas que están construyendo junto a la suya. Está muy obsesionada con este hoyo, es difícil hacerla jugar a ninguna otra cosa.

En las calles cada vez más oscuras florecen las amapolas, por el Día del Armisticio. Estas amapolas están hechas de un paño velludo y son rojas como los corazones del día de San Valentín, con un punto negro y un alfiler en el centro. Las llevamos prendidas en los abrigos. Nos aprendemos de memoria un poema que las menciona:

*En los campos de Flandes florecen las amapolas  
entre las cruces, hilera tras hilera,  
que marcan nuestro lugar.*

A las once en punto nos ponemos de pie junto a nuestros pupitres, entre las motas de polvo del débil sol de noviembre, para guardar tres minutos de silencio. La señorita Lumley permanece al frente de la clase con expresión severa, mientras nosotras, con las cabezas inclinadas y los ojos cerrados, escuchamos el susurro y el murmullo de nuestros propios cuerpos y el lejano tronar de los cañones. *Nosotros somos los muertos.* Mantengo los ojos cerrados e intento sentir tristeza y compasión por los



soldados muertos, que murieron por nosotros, cuyos rostros no logro imaginar. Nunca he conocido a un muerto.

Cordelia, Grace y Carol me llevan a ver el profundo agujero del patio trasero de Cordelia. Voy con un vestido negro y una capa, del armario de los disfraces. Figura que soy Mary, reina de Escocia, después de haber sido decapitada. Me sujetan por las axilas y los tobillos y me introducen en el hoyo. A continuación, lo cubren con los tablones. La luz del día desaparece y oigo el ruido de la tierra que cae sobre los tablones, una palada tras otra. Por dentro, el hoyo es oscuro y frío y húmedo, y huele como una madriguera de sapos.

Arriba, en el exterior, suenan sus voces, pero luego dejo de oírlas. Permanezco tendida, preguntándome cuándo será hora de salir. No pasa nada. Cuando me metieron en el agujero, yo sabía que era un juego; ahora sé que no lo es. Siento tristeza, la impresión de haber sido traicionada. Después siento la oscuridad que me oprime, y después terror.

Cuando pienso en el tiempo que pasé dentro del hoyo, no logro recordar qué fue en realidad lo que me ocurrió. No logro recordar qué sentía en realidad. Tal vez no pasó nada, tal vez estas emociones que recuerdo no son las auténticas. Sé que las otras regresaron al cabo de un rato y me sacaron, y que seguimos con el juego, o con algún otro juego. No conservo ninguna imagen de mí misma en el agujero; solamente un recuadro negro lleno de nada, un recuadro como el hueco de una puerta. Quizás el recuadro está vacío, quizá no es más que una marca, una marca temporal que separa el tiempo anterior del tiempo que siguió. El punto en que perdí el poder. Cuando me sacaron del hoyo, ¿estaba llorando? Parece probable. Por otra parte, lo dudo. Pero no me acuerdo.

Poco después de esto cumplí nueve años. Puedo recordar otros cumpleaños, anteriores y posteriores, pero no éste. Tuvo que haber una fiesta, mi primera fiesta de verdad, porque, ¿quién habría acudido a las otras? Tuvo que haber un pastel, con velitas y deseos, y dentro del pastel una moneda envuelta en papel encerado para que alguien tropezara con ella, y regalos. Cordelia debió de estar ahí, y Grace y Carol. Todas estas cosas debieron de ocurrir, pero la única huella que han dejado en mí ha sido un vago horror hacia las fiestas de cumpleaños; no a las de las demás, sólo a las mías. Pienso en pasteles, en velas rosadas encendidas bajo la débil claridad de una tarde de noviembre, y experimento una sensación de vergüenza y fracaso.

Cierro los ojos, espero las imágenes. Necesito llenar ese recuadro negro de tiempo, regresar a él para ver qué contiene. Es como si hubiera desaparecido en ese momento para reaparecer más tarde, pero distinta, sin saber por qué he cambiado. Si al menos pudiera ver la parte inferior de los tablones que hay sobre mi cabeza, ya sería una ayuda. Cierro los ojos, espero las imágenes.

Al principio no hay nada; sólo unas tinieblas sin límites, como en un túnel. Pero al rato empieza a surgir algo: una espesura de hojas verde oscuro con flores moradas, de un morado también oscuro, un color triste e intenso, y racimos de bayas rojas traslúcidas como el agua. Las enredaderas están entrelazadas, tan enmarañadas con las otras plantas que forman como un seto. Un olor a greda y otro aroma penetrante se alzan de entre las hojas, un olor a cosas viejas, denso y pesado, olvidado. No hay viento, pero las hojas se mueven, como agitadas por algún gato invisible o como si se movieran por voluntad propia.

«Belladona», pienso. Es una palabra oscura. No hay belladona en noviembre. La belladona es una planta silvestre. Si la encuentras en el jardín, la arrancas y la echas a la basura. La belladona está emparentada con la patata, cosa que explica la semejanza de sus flores. También las patatas pueden ser venenosas, si se dejan al sol hasta que se vuelven verdes. Es la clase de detalle que tengo costumbre de saber.

Me doy cuenta de que se trata de un recuerdo equivocado. Pero las flores, el olor y el movimiento de las hojas siguen persistiendo, llenos de significado, hipnóticos, desoladores, imbuidos de pesadumbre.

**V**  
**EL ESCURRIDOR**

Abandono la galería, echo a andar hacia el centro. Tengo que hacer la compra, conseguir alguna comida decente, organizarme. Cuando estoy sola retrocedo a la época en que me olvidaba de comer, me pasaba la noche en vela trabajando, no paraba hasta notar una extraña sensación que, tras cierta reflexión, identificaba como hambre. Entonces me abalanzaba sobre el frigorífico como una aspiradora, engullendo todo lo que hubiera. Sobras.

Esta mañana había huevos, pero ahora ya no quedan. No queda pan, no queda leche. ¿Por qué había huevos, pan y leche, para empezar? Debía de ser una reserva de Jon, a veces debe de comer allí. ¿O puede ser que dejara estas cosas para mí? Lo encuentro poco creíble.

Compraré naranjas, yogur natural. Adoptaré una actitud positiva, me cuidaré, tomaré enzimas y bacterias amistosas. Estas buenas intenciones me mantienen en marcha hasta el mismo centro de la ciudad.

Aquí estaba antes Eaton's, en esta misma esquina, un bloque amarillo y cuadrado. Ahora su lugar lo ocupa un enorme edificio, lo que llaman un complejo comercial, como si el comercio fuese una enfermedad mental. Es un edificio acristalado y embaldosado, verde como un iceberg.

El otro lado de la calle es territorio conocido: los grandes almacenes Simpsons. Sé que en su interior hay un departamento de alimentación. En los escaparates hay montañas de toallas de baño, sillones y sofás demasiado rellenos, sábanas de estampados modernos. Me gustaría saber adónde va a parar toda esta ropa. La gente se la lleva a carretadas, atiborra sus casas con ella: el instinto de nidificar. El concepto es menos atractivo si alguna vez se ha visto un nido de cerca. La cantidad de ropa que puede almacenarse en cualquier vivienda debe tener un límite, aunque naturalmente ahora es de usar y tirar. Antes se compraban productos de calidad, cosas duraderas. Conservabas tu ropa hasta que se convertía en parte de ti, repasabas los dobladillos, mirabas cómo estaban cosidos los botones, frotabas el género entre el índice y el pulgar.

Los escaparates contiguos exhiben maniqués irritados, la pelvis volcada hacia afuera, los hombros torcidos de cualquier manera, con aspecto de jorobados asesinos de niños. Supongo que es la tendencia del momento: agresión desabrida. En las aceras abundan los andróginos de carne y hueso, las chicas con chaquetas de cuero negro y gruesas botas de soldado, cortes de pelo a cepillo, los chicos con ese aspecto hosco y taciturno de las mujeres que aparecen en las portadas de las revistas de moda, el cabello peinado en cresta a base de fijapelo. Desde cierta distancia no veo ninguna diferencia entre unos y otras, aunque probablemente ellos sí que la ven. Hacen que me sienta anticuada.

¿Qué es lo que pretenden? ¿Se imitan el uno al otro? ¿O es sólo que me lo parece así porque son tan inquietantemente jóvenes? Pese a sus aires de indiferencia, llevan sus ansias al descubierto, como las ventosas de un calamar. Lo quieren todo.

Pero supongo que así es como la gente mayor nos veía a Cordelia y a mí cuando cruzábamos esta misma calle, con las solapas vueltas hacia arriba y las cejas depiladas formando arcos de escepticismo, contoneándonos en nuestras botas de goma y tratando de mostrarnos despreocupadas, de camino hacia Unión Station para echar nuestras monedas en la máquina de fotografiar, cuatro instantáneas en blanco y negro, tamaño carné. Cordelia con un cigarrillo prendido de los labios, los párpados entornados en un remedo de sensualidad. Superelegante.

Cruzo las puertas giratorias de Simpsons, donde me pierdo al instante. Lo han cambiado todo de arriba abajo. Antes eran tranquilos mostradores de vidrio con cantos de madera, llenos de guantes en los modelos estándar, discretos relojes de pulsera, pañuelos para el cuello con estampados de flores. Un buen gusto basado en la seriedad. Ahora es una feria de cosméticos: acabados de plata, columnas de oro, luces de marquesina, rótulos de marcas con letras del tamaño de una cabeza humana. La atmósfera está saturada con el hedor de perfumes en guerra. Hay pantallas de vídeo en las que cutis impecables giran, se emperifollan, suspiran con labios entreabiertos, son acariciados. En otras pantallas aparecen primeros planos de los poros de la piel, antes y después, descripciones de regímenes para cualquier necesidad, las manos, el cuello, los muslos. Los codos; sobre todo, los codos: el envejecimiento comienza en los codos y se va extendiendo por metástasis desde allí.

Es una religión. Vudú y hechizos. Quiero creer en todo esto, en las cremas, las lociones rejuvenecedoras, los ungüentos transparentes en frascos con aplicador de bola que se desliza suavemente sobre el cuerpo. «¿Sabes de qué están hechas estas porquerías? —comentó Ben en cierta ocasión—. De crestas de gallo trituradas». Pero eso no me disuade. Sería capaz de utilizar cualquier cosa con tal de que diera resultado; baba de caracol, saliva de sapo, ojos de tritón, cualquier cosa con tal de momificarme, detener el goteo del tiempo, permanecer más o menos como estoy ahora.

Pero ya tengo suficiente cantidad de estos potingues como para embalsamar a todas las chicas del último curso de mi escuela secundaria, que a estas alturas deben de necesitarlos tanto como yo. Sólo me detengo el tiempo necesario para ser rociada por una muchacha que está repartiendo dosis gratuitas de algún venenoso perfume nuevo. La *femme fatale* debe de estar otra vez en boga, Verónica Lake vuelve a triunfar. El perfume en cuestión huele a gaseosa de frutas. No puedo imaginarme que logre seducir a nadie, salvo quizás a las moscas.

—¿A usted le gusta? —le pregunto a la joven. Deben de sentirse muy solas, todo el día de pie sobre sus tacones altos, perfumando a desconocidas.

—Se está vendiendo mucho —responde evasivamente. Por un breve instante me veo a través de sus ojos: una rosa ya marchita, una mujer a punto de convertirse en

matrona, esperando contra toda esperanza. Soy la clientela.

Le pregunto dónde está el departamento de alimentación y ella me lo explica. Está abajo. Me dirijo a una escalera mecánica y de pronto me doy cuenta de que estoy subiendo. No es bueno, confundir así las direcciones, ¿o acaso he perdido el sentido del tiempo, ya he estado abajo? Abandono la escalera y me encuentro vadeando entre percheros y más percheros de vestiditos de niña. Tienen los cuellos de encaje, las mangas abullonadas, los ceñidores de mis recuerdos; muchos de ellos son de tartán, con los auténticos y sombríos colores iluminados con sangre, verdes oscuros con una franja roja, azules oscuros, negros. La Guardia Negra. ¿Es qué esta gente se ha olvidado de la historia, es que no saben nada sobre Escocia, no se les ocurre nada mejor que vestir a las niñas pequeñas con los colores de la desesperación, la masacre, la traición y el asesinato? *El camino de mi vida*, cambio de línea, *declina hacia el otoño de amarillentas hojas*. En otro tiempo teníamos que aprendernos las cosas de memoria. Y, sin embargo, también en mis tiempos estaba de moda el tartán. Los calcetines blancos, las Mary Jane, los siempre inadecuados regalos de cumpleaños envueltos en papel de seda, y las niñitas de ojos calculadores, escurridiza y falaz sonrisa, cubiertas de tartanes como *Lady Macbeth*.

En aquella época interminable en que Cordelia ejercía tal poder sobre mí, yo tenía la costumbre de arrancarme la piel de los pies. Lo hacía de noche, cuando me suponían durmiendo. La piel de mis pies, fríos y ligeramente húmedos, era lisa como la de los champiñones. Empezaba por los pulgares. Recogía el pie hacia arriba y con los dientes abría una pequeña brecha en la parte más gruesa de la piel, por abajo, junto al borde exterior. Luego, hurgando con las uñas de la mano, que nunca me mordía porque para qué había de morderme algo que no dolía, iba arrancando estrechas tiras de piel. Después hacía lo mismo en el pulgar del otro pie, y después en la parte carnosa de la planta, y en los talones. Llegaba hasta el extremo de hacerme sangre. Nadie me miraba nunca los pies, así que nadie sabía lo que hacía. Por la mañana, me ponía los calcetines sobre los pies desollados. Caminar era doloroso, pero no imposible. El dolor me daba algo concreto en qué pensar, algo inmediato. Era algo a lo que podía aferrarme.

Me masticaba el pelo, de forma que siempre tenía algún mechón con las puntas mojadas y adheridas entre sí. Me roía las cutículas en torno a las uñas de la mano, dejando ribetes de supurante carne viva que al endurecerse formaban costras escamosas que se desprendían. En la bañera o al fregar los platos, mis dedos parecían como mordisqueados por los ratones. Todas estas cosas las hacía constantemente, sin pensar. Pero lo de los pies era más deliberado.

Cuando nacieron las chicas, primero una y luego la otra, recuerdo haber pensado que hubiera debido tener hijos en vez de hijas. No me sentía preparada para tener hijas. No sabía cómo funcionaban. Creo que tenía miedo a odiarlas. De haber sido

niños, hubiera sabido qué hacer: van a cazar ranas, pescan, juegan a la guerra, corretean por el barro. Habría podido enseñarles cómo defenderse, y de qué. Pero el mundo de los hijos también ha cambiado; ahora suelen ser los chicos los que exhiben esa expresión de desconcierto, como un morador de las tinieblas cegado por la luz del sol. «Haz frente a la vida como un hombre», les habría dicho. Me habría encontrado en un terreno muy poco firme.

En cuanto a las chicas, las mías en todo caso, parecen haber nacido con una especie de barniz protector, con una inmunidad de la que yo carecía. Te miran a los ojos con calma y seguridad, se sientan a la mesa de la cocina y el aire que las rodea se ilumina con su lucidez. Son sanas, o así me gusta creerlo. Mis dones salvadores.

Me sorprenden, siempre me han sorprendido. Cuando eran pequeñas, tenía la sensación de que debía protegerlas de ciertas cosas presentes en mí, el miedo, los aspectos más desagradables de los matrimonios, las épocas de vacío. No quería transmitirles nada, ninguna cosa mía de cuya ignorancia pudieran beneficiarse. En tales ocasiones, me tendía en el suelo, a oscuras, con las cortinas corridas y la puerta cerrada. «A mamá le duele la cabeza», les decía. «Mamá está trabajando». Pero ellas no parecían necesitar esta protección, parecían darse cuenta de todo, mirarlo todo de frente, aceptarlo todo. «Mamá está tumbada en el suelo. Mañana ya se encontrará bien», oí que Sarah le decía a Anne cuando una tenía diez años y la otra, cuatro. De modo que me encontraba bien. Esta fe, como la fe en el amanecer o en las fases de la luna, me servía de sostén. Debe de ser algo por el estilo lo que mantiene en forma a Dios.

¿Quién sabe qué conclusiones sacarán sobre mí más adelante, quién sabe qué conclusiones han sacado ya? Me gustaría que ellas fuesen el final feliz de mi historia. Pero, naturalmente, no son el final de la suya.

Alguien se me acerca por la espalda, una voz repentina como salida del aire. Me da un sobresalto.

—¿Puedo servirle en algo? —Es una vendedora, una mujer mayor esta vez. De mediana edad. De mi edad, pienso luego, con desaliento. Mi edad y la de Cordelia.

Me encuentro entre los vestidos de tartán, jugueteando con una manga. Sabe Dios cuánto tiempo llevo aquí parada. ¿Habré estado hablando en voz alta? Tengo un nudo en la garganta y me duelen los pies. Pero, sea lo que sea lo que me reserva el destino, no tengo la menor intención de perder la chaveta en la sección de ropa para niñas de los almacenes Simpsons.

—El departamento de alimentación —respondo.

La mujer me sonrío bondadosamente. Está cansada y la he decepcionado, no quiero comprar ningún vestido a cuadros escoceses.

—Oh, para eso tiene que ir abajo —dice—. Está en el sótano. —Con gran amabilidad, me explica el camino.





La puerta negra se abre. Estoy sentada entre los excrementos de ratón y el olor a formaldehído del Edificio, en el alféizar, con el calor del radiador subiéndome por las piernas, mirando por la ventana hacia las hadas, los gnomos y las bolas de nieve que avanzan lentamente bajo la nevisca a los acordes de *Jingle Bells*, interpretada por una banda de viento. Las hadas se ven como aplastadas, estropeadas, emborronadas por el polvo y la lluvia sobre el vidrio de la ventana; mi aliento crea un círculo empañado. Mi hermano no está presente, ya es demasiado mayor para estas cosas. O eso dice él. Tengo todo el alféizar para mí sola.

Cordelia, Grace y Carol están sentadas en el alféizar de la ventana de al lado, apretujadas, susurrando y riéndose entre dientes. Yo debo permanecer sola en mi alféizar porque no me hablan. Es por algo malo que he dicho, pero no sé de qué se trata porque no quieren explicármelo. Cordelia dice que será mejor para mí si pienso en todo lo que he dicho hoy y descubro yo sola lo que estaba mal. Así aprenderé a no decirlo nunca más. Cuando haya dado con la respuesta adecuada, volverán a hablarme. Todo esto es por mi propio bien, porque son mis mejores amigas y quieren ayudarme a mejorar. Así que es eso, pienso mientras desfilan los músicos con sus empapados gorros de piel y las *majorettes* con sus desnudas piernas mojadas y sus sonrisas encarnadas y su cabello chorreante: ¿qué he dicho de malo? No recuerdo haber dicho nada distinto de lo que suelo decir normalmente.

Mi padre entra en el cuarto, enfundado en su bata blanca de laboratorio. Está trabajando en otra parte del edificio, pero se ha acercado para ver qué hacemos.

—¿Os gusta el desfile, chicas? —pregunta.

—Oh, sí, gracias —contesta Carol, con una risita.

—Sí, gracias —dice Grace.

Yo no digo nada. Cordelia salta de su alféizar y viene a sentarse junto a mí.

—Nos está gustando muchísimo, señor; muchas gracias —responde con su voz para los adultos. Mis padres consideran que tiene muy buenos modales. Cordelia me rodea con un brazo y me da un achuchón, un achuchón de complicidad, de instrucción. Todo irá bien mientras no me mueva, no diga nada, no revele nada. Entonces estaré salvada, volveré a ser aceptable de nuevo. Sonrío, trémula de alivio y de gratitud.

Pero, en cuanto desaparece mi padre, Cordelia vuelve el rostro hacia mí. Su expresión no es de enojo, sino más bien de tristeza. Menea la cabeza.

—¿Cómo has podido? —Comienza—. ¿Cómo has podido ser tan descortés? Ni siquiera le has contestado. Ya sabes lo que eso significa, ¿no? Me temo que vamos a tener que castigarte. ¿Qué puedes decir en tu defensa?

Y yo no tengo nada que decir.

Estoy parada ante la puerta cerrada del cuarto de Cordelia. Dentro se encuentran Cordelia, Grace y Carol. Están celebrando una reunión. Una reunión para hablar de mí. No estoy dando la talla, aunque ellas me conceden todas las oportunidades. Tendré que ser mejor. Pero mejor, ¿en qué?

Perdie y Mirrie suben por la escalera y cruzan el rellano, con la coraza de su mayor edad. Me gustaría ser tan mayor como ellas. Son las únicas personas que disponen de algún poder real sobre Cordelia, hasta donde yo alcanzo a ver. Las considero mis aliadas, o considero que lo serían si estuvieran enteradas. ¿Enteradas de qué? Permanezco muda incluso para mí.

—Hola, Elaine —me saludan. Luego inquietan—: ¿A qué jugamos hoy? ¿Al escondite?

—No puedo decirlo —respondo. Me sonrían, condescendientes y superiores, y se dirigen a su habitación para hacerse las uñas de los pies y hablar de cosas de mayores.

Me apoyo contra la pared. Del otro lado de la puerta me llega un indistinto rumor de voces, de risas, exuberantes e inaccesibles. La mamá de Cordelia pasa junto a mí, tarareando en voz baja. Lleva la bata de pintar. Hay una mancha de verde manzana en su mejilla. Me sonrío con la sonrisa de un ángel, benévola pero remota.

—Hola, guapa. Dile a Cordelia que en la cocina hay unas galletas para vosotras.

—Ya puedes entrar —me anuncia la voz de Cordelia desde el interior de la habitación. Contemplo la puerta cerrada, el tirador, mi propia mano que se levanta como si ya no formara parte de mí.

Así están las cosas. Ése es el tipo de cosas que las chicas de esta edad suelen hacerse entre sí, o que hacían entonces, pero a mí me cogía de nuevo. Cuando mis hijas se acercaban a esta edad, los nueve años, las observaba con inquietud. Examinaba sus dedos buscando huellas de mordiscos, los pies, las puntas de su cabello. Les hacía preguntas intencionadas: «¿Va todo bien? ¿Vuestras amigas os tratan bien?». Y ellas me miraban como si no tuvieran ni idea de adonde quería ir a parar, de por qué estaba tan preocupada. Yo creía que acabarían delatándose de un modo u otro: pesadillas, gestos extraños. Pero jamás pude detectar nada, aunque tal vez eso sólo significara que se les daba bien el disimulo, igual que a mí. Cuando sus amigas venían a casa a jugar, escrutaba sus rostros buscando indicios de hipocresía. De pie en la cocina, escuchaba sus voces en el cuarto de al lado. Creía que podría darme cuenta. O quizá la cosa era peor. Quizás eran mis hijas las que sometían a alguna otra niña a este tratamiento. Eso explicaría su imperturbabilidad, la ausencia de uñas mordidas, la franqueza de su mirada azul.

Casi todas las madres se preocupan cuando sus hijas llegan a la adolescencia, pero a mí me sucedió lo contrario. Me quedé tranquila, emití un suspiro de alivio. Las niñas pequeñas sólo son graciosas y pequeñas a ojos de los adultos. Entre ellas no son graciosas. Son de tamaño natural.

Cada vez hace más y más frío. Me tiendo con las rodillas encogidas, recogidas lo más cerca posible del cuerpo. Estoy arrancándome la piel de los pies; puedo hacerlo sin mirar, sólo al tacto. Reflexiono, preocupada, sobre todo lo que he dicho hoy, la expresión de mi rostro, mi forma de andar, las prendas que visto, porque todas estas cosas deben mejorar. No soy normal, no soy como las demás chicas. Es lo que dice Cordelia, aunque está dispuesta a ayudarme. Grace y Carol también me ayudarán. Pero hará falta mucho esfuerzo y mucho tiempo.

Por las mañanas salto de la cama, me pongo la ropa, el tieso justillo de algodón que sostiene las ligas, las medias acanaladas, el pullóver cubierto de esas bolitas que forma la lana, la falda de tartán. En mis recuerdos, estas prendas están frías. Probablemente lo estaban.

Me calzo los zapatos, por encima de los calcetines y de los pies desollados.

Voy a la cocina, donde mi madre está preparando el desayuno. Hay un cazo de gachas —cereales Red River, copos de avena o Cream of Wheat— y una cafetera de filtro. Apoyo los brazos en el borde de la blanca cocina y contemplo las gachas, que hierven lentamente y se espesan, produciendo burbujas flácidas que salen a la superficie de una en una y liberan pequeñas humaradas de vapor. Las gachas son como fango hirviente. Sé que cuando llegue el momento de comerlas tendré problemas: se me cerrará el estómago, mis manos se volverán frías, me costará tragar. Noto una cosa apretada bajo el esternón. Pero haré bajar las gachas como sea, porque es obligatorio.

O bien miro la cafetera, lo cual me gusta más porque es transparente y puedo verlo todo, las minúsculas burbujas que se concentran, vacilantes, bajo el invertido paraguas de vidrio; la columna de agua que asciende con fuerza por el tubo para caer luego sobre el café, en su canastilla metálica; las gotas de café que resbalan hacia el agua transparente, tiñéndola de marrón.

O bien preparo tostadas, sentada ante la mesa de la tostadora. En cada una de nuestras cucharas hay una cápsula de aceite de hígado de bacalao, de color amarillo oscuro y ahusada como un pequeño balón de *rugby*. Hay platos, de un blanco destellante, y vasos de zumo. La tostadora descansa sobre un salvamanteles plateado. Tiene dos puertecitas, con un botón giratorio al pie de cada una, y una rejilla en el centro que se pone al rojo vivo. Cuando la tostada ya está hecha por un lado, giro los botones y las puertecitas se abren y las tostadas se deslizan hacia abajo y se dan la vuelta por sí solas. Me viene la idea de meter el dedo ahí dentro, sobre la rejilla al rojo vivo.

Todo esto son formas de detener el tiempo, de retrasarlo, para no tener que cruzar la puerta de la cocina. Pero es en vano lo que haga y, a pesar de mí misma, me encuentro poniéndome los pantalones para la nieve, recogéndome la falda entre las piernas, calzándome unos gruesos calcetines de lana sobre los zapatos, embutiendo mis pies en botas. Abrigo, bufanda, mitones, gorro de punto, me enfundan, besan, la

puerta se abre, se cierra a mis espaldas, un soplo de aire helado penetra en mi nariz. Avanzo anadeando por entre los desnudos manzanos del huerto, rumbo a la parada del autobús. Las perneras de mis pantalones para la nieve se rozan con un siseo a cada paso.

Grace está esperándome en la parada, y Carol, y, sobre todo, Cordelia. Una vez fuera de casa, no hay forma de escapar de ellas. Viajan en el autobús de la escuela, donde Cordelia se sitúa muy cerca de mí y me susurra al oído: «¡Siéntate bien! ¡Te está mirando la gente!». Carol va a la misma clase que yo, y tiene la misión de informar a Cordelia de todo cuanto digo y hago a lo largo del día. Las encuentro en el patio durante el recreo, y en el sótano a la hora de almorzar. Comentan entre ellas la clase de almuerzo que llevo, mi forma de sostener el bocadillo, mi forma de masticar. Cuando regresamos a casa debo caminar por delante de ellas, o más atrás. Delante es peor, porque entonces hablan de cómo ando, de qué aspecto tengo vista por detrás. «No encorves la espalda —me censura Cordelia—. No muevas los brazos de esta manera».

No dicen nada de eso delante de otras personas, ni siquiera ante las otras niñas: lo que está ocurriendo ocurre en secreto, entre nosotras cuatro solamente. El secreto es importante, lo sé muy bien: quebrantarlo sería un pecado irreparable, el mayor de todos. Si lo revelo, seré rechazada para siempre.

Pero Cordelia no hace todo esto ni tiene este poder sobre mí porque sea mi enemiga. Lejos de ello. Sé lo que es un enemigo. Los enemigos están en el patio de la escuela, se gritan cosas ofensivas y, si son chicos, se pelean. En la guerra había enemigos. Nuestros chicos y los chicos de Nuestra Señora del Perpetuo Socorro son enemigos. A los enemigos les arrojas bolas de nieve y te alegras si les das. Puedes enfadarte con tus enemigos, y odiarlos. Cordelia es amiga mía. Me aprecia, quiere ayudarme, las tres lo desean. Son mis amigas, mis mejores amigas. Nunca había tenido amigas, y la posibilidad de perderlas me aterroriza. Quiero complacerlas.

Sería más fácil odiar. Si odiara, sabría cómo actuar. El odio es transparente, metálico, de un solo sentido, sin vacilaciones; no como el amor.

No es absolutamente implacable.

Algunos días, Cordelia decide que le toca a Carol el turno de mejorar. Entonces es Carol la que queda rezagada en el camino de regreso a casa, mientras Grace y Cordelia me invitan a ir junto a ellas y a pensar en lo que Carol ha hecho mal. «Carol es una marisabidilla», dice Cordelia. En estas ocasiones no siento ninguna compasión por Carol. Se merece lo que le pasa, por todas las veces en que ella me ha hecho lo mismo. Me alegro de que le toque a ella en lugar de a mí.

Pero estas ocasiones no duran mucho. Carol se echa a llorar con demasiada facilidad y estruendo, se deja llevar por su propio llanto. Llama la atención, no se puede confiar en que no se lo diga a nadie. Hay en ella cierto atolondramiento, se la puede presionar sólo hasta cierto punto, tiene escaso sentido del honor, sólo como informadora merece confianza. Si estos rasgos me resultan obvios, aún deben de serlo más para Cordelia.

Otros días parecen normales. Cordelia parece olvidarse de mejorar a la gente y llego a pensar que quizás haya renunciado a ello. Esos días se espera de mí que me porte como si nunca hubiera pasado nada. Pero me resulta difícil hacerlo, porque tengo la sensación de estar constantemente vigilada. En cualquier momento puedo pasarme de una raya cuya existencia ni siquiera conozco.

El año pasado apenas paraba en casa, yo sola, al salir de la escuela o durante los fines de semana. Ahora es lo que más deseo. Me busco excusas para no tener que salir a jugar. Aún sigo llamándolo «jugar».

«Tengo que ayudar a mi madre», alego. Suena a cierto. Las chicas a veces tienen que ayudar a sus madres; Grace, sobre todo, a menudo tiene que ayudar a su madre. Pero no es tan cierto como a mí me gustaría que lo fuese. Mi madre no se deja absorber por las tareas de la casa, prefiere salir fuera a rastrillar las hojas en otoño, a palear la nieve en invierno, a arrancar las malas hierbas en primavera. Cuando ayudo, la entorpezco. Pero aun así remoloneo en la cocina, preguntando: «¿Puedo ayudarte?», hasta que me da un trapo y me hace limpiar el polvo de las patas de la mesa del comedor, con sus volutas talladas, o de los cantos de la librería; o cortar dátiles, picar frutos secos, engrasar los moldes de los pastelillos con un pedazo de papel encerado arrancado del envoltorio interior de una caja de Crisco; o aclarar la colada.

Me gusta aclarar la colada. El cuarto de lavar es pequeño y recogido, secreto, subterráneo. En los anaqueles hay paquetes de extrañas sustancias llenas de poder: almidón para la ropa, en blancas formas retorcidas como excrementos de pájaros, azulete para que el blanco se vea más blanco, jabón Sunlight en barra, lejía Javex con una calavera y dos tibias cruzadas, con olor a desinfección y muerte.

La lavadora es un artefacto tubular esmaltado de blanco, una masa voluminosa sobre cuatro estilizadas patas. Danza lentamente sobre el suelo, *chug-lug, chug-lug*, mientras las prendas y el agua jabonosa se mueven igual que si estuvieran hirviendo a fuego lento, como unas gachas de ropa. La miro con las manos sobre el borde de la tina, la barbilla apoyada en las manos, el cuerpo inclinado hacia delante, sin pensar en nada. El agua se vuelve gris y me siento virtuosa por toda la suciedad que está saliendo. Es como si lo hiciera yo todo sólo con mirar.

Mi trabajo consiste en pasar la ropa lavada por el escurridor para que caiga en el lavadero lleno de agua limpia, y de ahí al segundo lavadero para el segundo aclarado, y luego al crujiante cesto de la colada. Después, mi madre saca la ropa al patio y la cuelga en el tendedero con pinzas de madera. A veces también lo hago yo. Con el frío, la ropa se congela y queda tiesa como una tabla. Un día, un chiquillo del barrio recoge boñigas de caballo, del caballo que tira del carro de la leche, y las coloca a lo largo de los pliegues inferiores de las sábanas blancas recién lavadas. Todas las sábanas son blancas, toda la leche viene de los caballos.

El escurridor se compone de dos rodillos de goma, de un color de carne pálida, que giran interminablemente y exprimen la ropa entre ambos, extrayéndole el agua y las jabonaduras como si fueran jugo. Me arremango, me pongo de puntillas, meto la mano en la tina de la lavadora y saco los calzoncillos, bragas y pijamas empapados, cuyo tacto es como el de algo que pudieras tocar un instante antes de descubrir que se trata de una persona ahogada. Meto un extremo de la ropa entre los rodillos del escurridor, que la capturan y la arrastran a su través; las mangas de las camisas se inflan con el aire retenido, los puños gotean espuma. Me han advertido que vaya con mucho cuidado: a veces, las mujeres se pillan los dedos en el escurridor, u otras partes de su cuerpo, como el pelo, por ejemplo. Trato de imaginar lo que le ocurriría a mi mano si se quedara atrapada: la sangre y la carne que se comprimen brazo arriba como un bulto movedizo, la mano que sale por el otro lado plana como un guante, blanca como el papel. Al principio dolería muchísimo, estoy segura. Pero no deja de ser fascinante. Una persona entera podría pasar por el escurridor, y salir plana, pulcra, completa, como una flor planchada entre las hojas de un libro.

—¿Saldrás a jugar? —me pregunta Cordelia, a la salida de la escuela.

—Tengo que ayudar a mi madre —contesto.

—¿Otra vez? —Se extraña Grace—. ¿Cómo es que siempre está ayudando? Antes no lo hacía nunca. —Grace ha comenzado a hablar de mí en tercera persona, como un adulto de otro, siempre que Cordelia está presente.

Pienso en decir que mi madre está enferma, pero mi madre está tan visiblemente sana que yo misma me doy cuenta de que no va a colar.

—Cree que es demasiado buena para nosotras —opina Cordelia. Luego, dirigiéndose a mí, añade—: ¿Crees que eres demasiado buena para nosotras?

—No —respondo. Creerse demasiado buena es malo.

—Iremos todas y le preguntaremos a tu madre si te deja salir a jugar —decide Cordelia, volviendo a adoptar su tono preocupado y amistoso—. No puede tenerte siempre trabajando. No es justo.

Y mi madre sonrío y dice que sí, como si le agradara verme tan solicitada, y así soy arrancada de los moldes para pastelillos y del escurridor de la lavadora, y expulsada al exterior.

Los domingos voy a la iglesia que tiene una cebolla encima, apretujada en el coche de la familia Smeath con toda la familia Smeath, el señor Smeath, la señora Smeath, la tía Mildred, las hermanitas de Grace, que en invierno tienen las narices constantemente atascadas de mocos verdeamarillentos. La señora Smeath parece satisfecha por este arreglo, pero está satisfecha de ella misma, por tomarse tantas molestias, por demostrar su caridad. No está particularmente satisfecha conmigo. Lo noto por la arruga que se le forma entre las cejas cuando me mira, aunque esté sonriéndome con los labios cerrados, y por la forma en que no deja de preguntarme si no me gustaría traer a mi hermano el próximo día, o a mis padres. Me concentro en su pecho, en su único pecho, que le cuelga hasta la cintura, tras el que late un corazón rojo oscuro con motas negras, jadeando, un dos, un dos, hasta quedarse sin aliento como un pez en la orilla, y meneo la cabeza avergonzada.

Me he aprendido de memoria los nombres de todos los libros de la Biblia, por orden, y los Diez Mandamientos y el Padrenuestro, y casi todas las Bienaventuranzas. En las preguntas sobre la Biblia y el trabajo de memoria suelo sacar diez sobre diez, pero últimamente estoy empezando a fallar. En la escuela dominical debemos ponernos en pie y recitar en voz alta, delante de todos los demás, y Grace me observa. Observa todo lo que hago los domingos y se lo cuenta a Cordelia con objetividad.

«Ayer, en la escuela dominical, no se sentó con la espalda erguida». O bien: «Ha estado haciéndose la niña buena». Yo creo en la veracidad de estos comentarios: mis hombros se encorvan, mi espalda se tuerce, exudo una bondad que no es la correcta; me veo caminando con dejadez y hago un esfuerzo para enderezar la espalda, el cuerpo rígido de ansiedad. Y es verdad que volví a sacar diez sobre diez, una vez más, y Grace sólo sacó un nueve. ¿Está mal hacer las cosas bien? ¿Cómo de bien he de hacerlas para que sean perfectas? A la semana siguiente, respondo deliberadamente mal a cinco preguntas.

—Ayer, en la clase sobre la Biblia, sólo acertó cinco sobre diez —anuncia Grace el lunes.

—Se está volviendo cada vez más estúpida —sentencia Cordelia—. Y no eres tan estúpida, en realidad. ¡Tendrás que esforzarte más!

Hoy es el domingo del Regalo Blanco. Todos hemos traído de casa latas de comida para los pobres, envueltas en papel de seda blanco. Las mías son sopa de guisantes *Habitant* y *Spam*. Sospecho que no es lo más adecuado, pero es lo que había en la alacena. La idea de los Regalos Blancos me molesta: unos regalos tan crudos,

tan uniformes, privados de su identidad y sus colores. Parecen muertos. Dentro de esos inexpresivos y siniestros envoltorios de papel de seda que se apilan delante de la iglesia podría haber cualquier cosa.

Grace y yo nos acomodamos en los bancos de madera del sótano de la iglesia, contemplando las diapositivas proyectadas sobre la pared, cantando la letra de las canciones mientras el piano avanza pesadamente en la oscuridad.

*Jesús nos pide que brillemos  
con pura, y clara luz,  
igual que una velita  
encendida en la noche:  
en el mundo hay oscuridad,  
así que hemos de brillar,  
tú en tu esquinita  
y yo en la mía.*

Quiero brillar como la llama de una vela. Quiero ser buena, seguir las instrucciones, hacer lo que pide Jesús. Quiero creer que has de amar a tu prójimo como a ti misma y que el Reino de Dios está dentro de ti. Pero todo esto me parece cada vez menos posible.

Veo un destello de luz en la oscuridad, a mi lado. No es una vela: es un reflejo de luz en las gafas de Grace, de la luz del proyector. Se sabe la letra de memoria, no necesita mirar a la pantalla. Me mira a mí.

Después de la iglesia voy con los Smeath por las desiertas calles del domingo a ver los trenes que maniobran monótonamente sobre sus rieles, en la planicie gris junto al lago. Luego voy con ellos a comer a su casa. Es la costumbre de todos los domingos, es parte de ir con ellos a la iglesia; quedaría muy mal si me negara a cualquiera de ambas cosas.

He aprendido cómo se hacen aquí las cosas. Subo la escalera pasando junto a la planta de caucho, sin tocarla, y voy al cuarto de baño de los Smeath y cuento cuatro recuadros de papel higiénico y luego me lavo las manos con el áspero jabón negro de los Smeath. Ya no hace falta que me adviertan, inclino automáticamente la cabeza cuando Grace dice: «Que el Señor nos permita estar agradecidos por los alimentos que vamos a tomar, amén».

—Cerdo y judías, la fruta musical; cuanto más comes, más resuenas —bromea el señor Smeath, sonriéndonos a todas. La señora Smeath y la tía Mildred no lo encuentran divertido. Las pequeñas le dirigen una mirada solemne. Las dos llevan gafas y tienen una tez blanca y pecosa y lazos de domingo al extremo de sus nervudas trenzas marrones, como Grace.

—Lloyd —dice la señora Smeath.



—Venga, mujer, si es inocente —protesta el señor Smeath. Me mira a los ojos—. A Elaine le parece divertido, ¿verdad, Elaine?

Estoy atrapada. Si digo que no, será una grosería. Si digo que sí, tomaré partido por él contra la señora Smeath y la tía Mildred y las tres niñas Smeath, Grace incluida. La cara se me pone muy caliente, y luego fría. La señora Smeath me sonrío, una sonrisa de conspiradora.

—No lo sé —contesto. La verdadera respuesta es que no, porque en realidad no he entendido el chiste. Pero no puedo abandonar al señor Smeath, no del todo. Es un hombre achaparrado, tirando a calvo, fofo, pero aun así es un hombre. No me enjuicia.

A la mañana siguiente, Grace le refiere este incidente a Cordelia en el autobús escolar, con una voz que es casi un susurro:

—Y dijo que no lo sabía.

—¿Qué clase de contestación es ésa? —me pregunta Cordelia bruscamente—. O lo encuentras divertido o no. ¿Por qué dijiste que no lo sabías?

Confieso la verdad.

—No sé qué quiere decir.

—¿Qué quiere decir, ¿qué?

—Fruta musical —contesto—. Más resuenas. —Todo esto me resulta muy embarazoso, porque no sé. No saber es lo peor que habría podido sucederme. Cordelia emite un mugido de risa despectiva.

—¿No sabes qué quiere decir eso? —se burla—. ¡Qué burra! Quiere decir pedos. Las judías te hacen tirar pedos. Todo el mundo lo sabe.

Me siento doblemente mortificada, por no saberlo y porque el señor Smeath dijo «pedo» en la mesa del domingo y me alistó en su bando, y yo no le dije que no. No es la palabra en sí lo que me avergüenza. Estoy acostumbrada a oírla, mi hermano y sus amigos están diciéndola constantemente cuando no hay adultos presentes. Es la palabra en la mesa de los Smeath, plaza fuerte de la rectitud.

Pero interiormente no me retracto. Mi lealtad hacia el señor Smeath es semejante a mi lealtad hacia mi hermano: ambos están del lado de los ojos de buey, la mugre de los pies al microscopio, lo ofensivo, lo subversivo. Ofensivo, ¿para quién?, subversivo, ¿de qué? De Grace y de la señora Smeath, de las pulcras señoras de papel plegadas en álbumes. También Cordelia debería estar de este lado. A veces lo está, a veces no. Es difícil saberlo.

Por las mañanas la leche está congelada, y la nata se eleva en gélidas columnas granuladas sobre los cuellos de las botellas. La señorita Lumley se inclina hacia mi pupitre, envuelta en el aura desolada que proyectan sus invisibles bombachas azul marino. A ambos lados de la nariz, la piel le cuelga en pliegues como las quijadas de un bulldog; tiene un resto de saliva seca en la comisura de los labios. «Tu caligrafía cada vez va a peor», dice. Contemplo mi página, desalentada. Tiene razón: las letras ya no son redondas y hermosas, sino de trazos muy finos, frenéticos y desfigurados con borrones de tinta negra en aquellos lugares en que he apretado con demasiada fuerza la plumilla de acero. «Debes esforzarte más». Cierro los puños. Me parece que está mirándome los irregulares rebordes de la piel. Todo cuanto dice, todo cuanto hago, es oído y visto por Carol, que lo incluirá luego en su informe.

Cordelia actúa en una obra de teatro y vamos a verla. Es la primera vez que voy a ver una representación y debería estar entusiasmada. Sin embargo, me siento llena de espanto porque no sé nada sobre la etiqueta de ir al teatro y estoy segura de que haré alguna cosa mal. La obra se representa en el Auditorio Eaton's; el escenario tiene un telón azul con rayas horizontales de terciopelo negro. El telón se abre y comienza *El viento entre los sauces*. Todos los actores son niños. Cordelia hace de comadreja, pero, como lleva un disfraz de comadreja con cabeza de comadreja, resulta imposible distinguirla de las demás comadreas. Sentada en una afelpada butaca de platea, me muerdo las uñas y estiro el cuello, tratando de identificarla. Lo peor de todo es que sé que está allí pero no sé dónde. Podría estar en cualquier parte.

La radio nos inunda de música empalagosa: *Sueño en unas Navidades blancas*; *Rudolph, el reno de morro rojo*, y otras canciones que cantamos en la escuela, de pie junto a nuestros pupitres mientras la señorita Lumley hace sonar su silbato diapasón para darnos el tono y marca el ritmo con su regla de madera, la misma que utiliza para golpear las manos de los chicos cuando se ponen revoltosos. Rudolph me preocupa, porque tiene algo de malo, pero al mismo tiempo me da esperanza porque acaba siendo querido. Mi padre dice que se trata de un nauseabundo neologismo comercial. «Un bobo y su dinero no tardan en separarse», comenta.

Hacemos campanas de papel rojo, plegando el papel por la mitad antes de recortarlas. Recortamos muñecos de nieve de la misma manera. Es la receta de la señorita Lumley para obtener simetría: todo debe ser plegado, todo tiene dos mitades idénticas, la derecha y la izquierda.

Yo ejecuto estas festivas tareas como una sonámbula. No me interesan las campanas ni los muñecos de nieve, ni, para el caso, Santa Claus, en quien he dejado de creer, ya que Cordelia me explicó que en realidad son los padres. Celebramos una fiesta de Navidad en la clase, consistente en galletas, que traemos de nuestras casas y

comemos en silencio ante nuestros pupitres, y caramelos de gelatina de distintos colores distribuidos por la señorita Lumley, cinco para cada uno. La señorita Lumley sabe cuáles son las convenciones y les rinde tributo a su rígida manera.

Por Navidad me regalan una muñeca Barbara Ann Scott, porque dije que la quería. Tenía que decir que quería algo, y en cierto modo es verdad que quería esta muñeca. Nunca antes había tenido una muñeca que pareciera una chica. Barbara Ann Scott es una célebre patinadora artística, muy, muy célebre. Ha ganado premios. He visto sus fotos en el periódico.

La muñeca que lleva su nombre tiene unos patines de cuero artificial y un vestido orlado de pieles, rosa con piel blanca, y unos ojos de largas pestañas que se abren y se cierran solos, pero no se parece en nada a la auténtica Barbara Ann Scott. En las fotos se la ve robusta y musculosa, de gruesas piernas, pero la muñeca es como un palillo. Barbara es una mujer, la muñeca es una jovencita. Posee el inquietante poder de las efigies, una vida desprovista de vida que me llena de horror. La devuelvo a su caja de cartón y la cubro con el papel de seda, tapándole la cara. Digo que lo hago para que no se estropee, pero la verdad es que no quiero que me mire.

Por encima del Chesterfield hay una red de badminton suspendida de la pared. En los recuadros de esta red mis padres han colgado las felicitaciones de Navidad.

No conozco a nadie más que tenga una red de badminton en la pared. El árbol de Navidad de Cordelia no es como los otros: está cubierto de diáfanos tules, y todos los adornos y luces son de color azul. Pero ella puede permitirse estas diferencias, y yo, no. Sé que tarde o temprano tendré que pagar por esa red de bádminton.

Estamos sentados a la mesa, ante nuestra cena de Navidad. Tenemos a un alumno de mi padre, un joven de la India que ha venido para estudiar los insectos y que nunca había visto la nieve. Lo hemos invitado a nuestra cena de Navidad porque es extranjero, está lejos de su hogar, se sentirá solo, y en su país ni siquiera celebran la Navidad. Todo esto nos lo ha explicado de antemano nuestra madre. Este joven se muestra cortés y algo turbado y emite frecuentes risitas, contemplando con lo que yo percibo como terror el despliegue de alimentos que se extiende ante él, el puré de patata, la salsa de carne, la ensalada Jello de vistosos colores verde y rojo, el enorme pavo: mi madre nos ha contado que en su tierra la comida es diferente. Sé que, por debajo de sus sonrisas y su cortesía, se siente desdichado. Estoy descubriéndome un gran talento para esto, ahora soy capaz de husmear la desdicha oculta de los demás apenas sin ningún esfuerzo.

Mi padre está sentado en la cabecera de la mesa, radiante como el Alegre Gigante Verde. Alza la copa, con un chispear en sus ojos de gnomo.

—Señor Banerji —comienza. Siempre llama «señor» y «señorita» a sus alumnos—. No se puede volar sólo con un ala.

El señor Banerji profiere una risita y responde:

—Muy cierto, señor. —Su voz suena como las noticias de la BBC. Alza también su copa y bebe un sorbo. Lo que hay en su copa es vino. Mi hermano y yo tenemos zumo de arándano en nuestras copas de vino. El año pasado, o un año antes, nos habríamos atado los cordones de nuestros zapatos para poder transmitirnos mensajes secretos a base de sacudidas y tirones por debajo de la mesa, pero ahora ambos hemos perdido el interés por este juego, debido a diversas razones.

Mi padre distribuye el relleno, reparte las lonchas oscuras y claras; mi madre agrega el puré de patata y la salsa de arándano y le pregunta al señor Banerji, pronunciando cuidadosamente, si hay pavos en su país. El responde que le parece que no. Estoy sentada justo enfrente suyo, balanceando los pies, mirándolo, fascinada. Sus ahusadas muñecas surgen de unos puños demasiado anchos, sus manos son largas y delgadas, los dedos roídos alrededor de las uñas como los míos. Lo encuentro muy hermoso, con su piel morena y sus dientes de un blanco resplandeciente y sus oscuros ojos abrumados. Hay un niño de estos mismos colores en el corro de chiquillos que aparece en la portada del periódico misional de la escuela dominical, niños amarillos, niños morenos, todos con sus distintos trajes nacionales, danzando en torno a Jesús. El señor Banerji no lleva un traje nacional, sólo chaqueta y corbata como los demás hombres. Aun así, me cuesta creer que realmente sea un hombre, pues lo veo muy diferente. Es un ser más como yo misma, distinto y aprensivo. Le damos miedo. No tiene ni idea de lo que podemos hacer a continuación, de qué imposibilidades esperaremos de él, de qué le haremos comer. No es de extrañar que se muerda las uñas.

—¿Un trocito de esternón, señor? —sugiere mi padre, y el señor Banerji se anima visiblemente ante esta palabra.

—Ah, el esternón —exclama, y me doy cuenta de que ambos han entrado en el compartido mundo de la biología, que les ofrece refugio frente al embarazoso mundo real de modales y silencios en que en estos momentos nos hallamos. Mientras manipula el cuchillo de trinchar, mi padre nos señala a todos, pero en especial al señor Banerji, las zonas donde se insertan los músculos del vuelo, utilizando el tenedor de trinchar a modo de puntero. Naturalmente, añade, el pavo doméstico ha perdido la capacidad de volar.

—*Meleagris gallopavo* —prosigue, y el señor Banerji se inclina hacia delante en su asiento; el latín lo ha reavivado—. Un animal con cerebro de guisante, o con sesos de pájaro, podríamos decir; criado por su capacidad para acumular peso, especialmente en los muslos. —Los señala con el tenedor—. No, desde luego, por su inteligencia. Los primeros en domesticarlo fueron los mayas. —Y nos narra una historia sobre una granja avícola en la que murieron todos los pavos porque fueron demasiado estúpidos para meterse en su barraca durante una tempestad. En vez de guarecerse, lo que hicieron fue quedarse fuera mirando hacia el cielo con la boca muy abierta, y la lluvia les entró por la garganta y se ahogaron todos. Dice que es una historia que suelen relatar los granjeros y que seguramente no es cierta, aunque la

estupidez de los pavos es proverbial. Dice también que el pavo silvestre, antes muy abundante en los bosques de hoja caduca de esta región, es mucho más inteligente y es capaz de eludir a los más expertos cazadores. Además, puede volar.

Picoteo mi cena de Navidad como el señor Banerji está picoteando la suya. Ambos hemos esparcido el puré de patata por todo el plato sin apenas probarlo. Las cosas silvestres son más inteligentes que las domesticadas, eso está claro. Las cosas silvestres son escurridizas, taimadas y saben cuidar de sí mismas. Clasifico a las personas que conozco como silvestres o domesticadas. Mi madre, silvestre. Mi padre y mi hermano, también silvestres; el señor Banerji, silvestre igualmente, pero de un modo más asustadizo. Carol, domesticada. Grace, domesticada también, aunque con furtivos vestigios de salvajismo. Cordelia, salvaje, lisa y llanamente.

—La codicia humana no conoce límites —afirma mi padre.

—¿Cómo es eso, señor? —pregunta el señor Banerji, mientras mi padre sigue diciendo que ha oído comentar que algún hijo de su madre está intentando criar un pavo experimental con cuatro muslos, en vez de un par de muslos y un par de alas, porque los muslos llevan más carne—. ¿Y cómo caminaría tal criatura, señor? —inquire el señor Banerji, y mi padre, en tono aprobatorio, contesta:

—Ya puede usted preguntarlo.

A continuación, le cuenta al señor Banerji que unos estúpidos científicos están intentando obtener tomates cuadrados, con la idea de que resultasen más fáciles de empaquetar que los redondos.

—Habría que sacrificar todo el sabor, naturalmente —añade—. El sabor les importa un comino. También criaron gallinas sin plumas, pensando que pondrían más huevos gracias a toda la energía que se ahorraban en la producción de plumas, pero los pobres animales temblaban tanto que tuvieron que poner doble calefacción en las naves, o sea que al final aún les resultó más caro.

—Eso es tontear con la naturaleza, señor —observa el señor Banerji. Se trata de la respuesta correcta. Investigar la naturaleza es una cosa, y también defenderse de ella, dentro de ciertos límites, pero tontear con la naturaleza es algo muy distinto.

El señor Banerji comenta que ahora pueden comprarse gatos sin pelo, lo ha leído en una revista, aunque él no le encuentra ningún sentido. Es la frase más larga que ha pronunciado hasta ahora.

Mi hermano quiere saber si en la India hay serpientes venenosas, y el señor Banerji, mucho más a sus anchas, comienza a enumerarlas. Mi madre sonríe, porque la cena está yendo mejor de lo que suponía. Las serpientes venenosas le parecen muy bien, incluso durante la comida, si sirven para tener contenta a la gente.

Mi padre se ha comido todo lo que tenía en el plato y busca algo más de relleno hurgando en la cavidad del pavo, que parece un bebé descabezado y espetado. A estas alturas, ha abandonado su disfraz de comida y se me ha revelado por lo que es, un enorme pájaro muerto. Estoy comiéndome un ala. Es el ala de un pavo doméstico, el

ave más estúpida del mundo, tan estúpida que ya ni siquiera es capaz de volar. Estoy comiendo vuelo perdido.

Pasadas las Navidades me ofrecen un empleo. El empleo consiste en pasear a Brian Finestein por la acera en su cochecito de bebé a la salida de la escuela, durante una hora o un poco más si no hace demasiado frío, un día a la semana. Por esto me pagan veinticinco centavos, que es mucho dinero.

Los Finestein viven en la casa vecina a la nuestra, la gran casa que construyeron de sopetón donde antes estaba la montaña de barro. La señora Finestein es más bien baja, regordeta, con una oscura cabellera rizada y hermosos dientes blancos. Se le ven a menudo porque suele reír mucho, arrugando la nariz como un cachorrillo y agitando la cabeza, cosa que hace tintinear sus aretes de oro. No estoy segura, pero me parece que estos aretes, a diferencia de cualesquiera otros que yo haya visto jamás, realmente están ensartados en unos agujeritos en sus lóbulos.

Llamo al timbre y me abre la señora Finestein. «Mi pequeña salvavidas», me saluda. Espero en el recibidor, mientras mis botas de invierno chorrean sobre las hojas de periódico extendidas por el suelo. La señora Finestein, que lleva una bata floreada de color rosa y zapatillas de tacón alto forradas con piel auténtica, se apresura a subir la escalera en busca de Brian. El recibidor está impregnado del olor amoniacal de los pañales de Brian, metidos en un cubo en espera de que pase a recogerlos la empresa de los pañales. Me intriga la idea de que puedan venir otras personas a llevarse tu ropa sucia. La señora Finestein tiene siempre un cuenco de naranjas sobre una mesa a pocos pasos del recibidor; nadie más deja las naranjas así a la vista cuando no es Navidad. Tras el cuenco hay un candelabro dorado en forma de árbol. Todas esas cosas —el nauseabundo y dulzón olor a mierda de bebé de los pañales que empiezan a fermentar, el cuenco de naranjas y el árbol de oro— se combinan en mi mente para formar una imagen de suma sofisticación.

La señora Finestein baja ruidosamente llevando en brazos a Brian, que va enfundado en un traje azul de conejito con orejas y todo. Le da un sonoro beso en la mejilla, lo menea arriba y abajo, lo acomoda en el cochecito, abrocha la capota impermeable. «Así, muy bien. Bry-Bry —dice—. Ahora mamaíta podrá oírse pensar». Se ríe, arruga la nariz, sacude sus aretes de oro. Su piel es lisa y tensa, y tiene un olor lechoso. No se parece a ninguna madre que yo conozca.

Saco a Brian al frío aire del exterior y empezamos a dar la vuelta a la manzana, pisando la crujiente nieve que está sembrada de ceniza de las calderas de los vecinos y punteada aquí y allá por boñigas de caballo congeladas. No consigo imaginar cómo puede ser que Brian no deje pensar a la señora Finestein, porque no llora nunca. Tampoco se ríe. Se queda inmóvil en su cochecito, contemplándome gravemente con sus redondos ojos azules, mientras su naricita se va poniendo cada vez más roja. No hago ningún esfuerzo para distraerlo. Pero me gusta: es callado, o sea que no critica.

Cuando me parece que ya es la hora, lo llevo de vuelta a casa, y la señora Finestein exclama: «¡No me digas que ya son las cinco!».

Le pido que me pague con monedas de a cinco, en vez de darme una de veinticinco centavos, porque así da la impresión de que es más dinero. Esto le da mucha risa, pero lo hace así. Guardo todo mi dinero en una vieja lata de té sobre la que hay pintada una estampa del desierto, con palmeras y camellos. Me gusta sacarlo de la lata y esparcirlo sobre la cama. En vez de contarlo, lo que hago es ordenarlo según la fecha acuñada en cada moneda: 1935, 1942, 1945. Todas ellas tienen grabada una cabeza de rey, limpiamente cortada por el cuello, pero son reyes distintos. Los de antes de que yo naciera llevan barba, pero el de ahora no, porque es el rey Jorge, el mismo que hay al fondo del aula. Me proporciona un curioso consuelo clasificar todo este dinero en montones de cabezas cortadas.

Brian y yo damos la vuelta a la manzana, y otra vuelta más. Me cuesta saber cuándo ha pasado la hora, porque no tengo reloj. Cordelia y Grace aparecen por la esquina, con Carol detrás. Me ven, se acercan.

Carol se asoma al cochecito del niño.

—Mira qué orejitas de conejo —exclama—. ¿Cómo se llama? —Su voz es anhelante. Veo a Brian bajo una nueva luz. No a todo el mundo se le permite cuidar de un bebé.

—Brian —contesto—. Brian Finestein.

—Finestein es un apellido judío —observa Grace.

No sé qué significa judío. Conozco la palabra, la Biblia la cita montones de veces, pero no sabía que hubiera judíos vivos, auténticos, y menos en la casa de al lado.

—Los judíos son judas —interviene Carol, mirando a Cordelia de soslayo para reclamar su aprobación.

—No seas ordinaria —protesta Cordelia, con voz de persona mayor—. «Judas» es una palabra que nosotras no usamos nunca.

Le pregunto a mi madre qué es ser judío. Me explica que es otra clase de religión. El señor Banerji también es de otra religión, pero no es judío. Hay muchas clases de religión. En cuanto a los judíos, Hitler mató a muchísimos durante la guerra.

—¿Por qué? —Quiero saber.

—Era un demente —dice mi padre—. Un megalómano.

Estas explicaciones no me sirven de mucho.

—Una mala persona —dice mi madre.

Empujo el cochecito de Brian sobre la nieve cenicienta, sorteando los baches. Me mira con expresión aturdida, la nariz roja, seria la diminuta boca. Brian posee una nueva dimensión: es judío. Tiene algo de extraordinario y hasta un poco de heroico; ni siquiera las orejas azules de su traje de conejito pueden negárselo. Judío va con los pañales, con las naranjas del cuenco, con los aretes de oro de la señora Finestein y sus



posibles perforaciones en los lóbulos, pero también con antiguas e importantes cuestiones. No esperas encontrarte a un judío todos los días.

Cordelia y Grace y Carol están a mi lado.

—¿Cómo está hoy la criatura? —pregunta Cordelia.

—¿El bebé? Está muy bien.

—No me refería a él —protesta Cordelia—. Me refería a ti.

—¿Puedo llevarlo yo un rato? —pregunta Carol.

—No puedo dejártelo —contesto. Si no lo hace bien, si vuelca el cochecito y arroja a Brian Finestein sobre un banco de nieve, la culpa será mía.

—¿Y qué más da? ¿A quién le interesa un viejo bebé judío? —replica ella.

—Los judíos mataron a Cristo —declara Grace con aire estirado—. Lo dice la Biblia.

Pero los judíos no interesan mucho a Cordelia. Le rondan otras cosas por la cabeza.

—Si el que coge peces es un pescador —pregunta—, ¿cómo se llama el hombre que coge mariquitas?

—No sé —contesto.

—¡Qué burra eres! —exclama Cordelia—. Es lo que hace tu padre, ¿no? Vamos. A ver si lo adivinas. Es muy fácil.

—Un maricón —digo al fin.

—¿Es eso lo que piensas de tu propio padre? —Se escandaliza Cordelia—. Es un entomólogo, idiota. Deberías estar avergonzada. Tendrían que lavarte la boca con jabón.

Sé que «maricón» es una palabra sucia, pero no sé por qué. Aun así, he traicionado, he sido traicionada.

—Tengo que irme —anuncio. Mientras empujo el cochecito de Brian de regreso a casa de la señora Finestein, lloro en silencio. Brian me contempla con rostro inexpresivo.

—Adiós, Brian —le susurro.

Le digo a la señora Finestein que no puedo seguir haciendo de niñera porque tengo demasiado trabajo en la escuela. No puedo revelarles la verdadera razón: que en cierto oscuro sentido, Brian no está seguro conmigo. Me vienen imágenes de Brian cayendo de cabeza en un banco de nieve; Brian precipitándose en su cochecito por la helada pendiente del lado del puente, directamente hacia al arroyo lleno de muertos; Brian proyectado hacia el aire, sus orejitas de conejo rígidas de pavor. Mi capacidad para decir que no tiene sus límites.

—No tiene importancia, cielo —dice ella, mirándome los dolidos y acuosos ojos. Me pasa un brazo sobre los hombros y me da un abrazo y cinco centavos de más. Nadie me había llamado «cielo» hasta ese momento.

Vuelvo a casa sabiendo que le he fallado, y también a mí misma.

«Maricón», me digo. Lo repito una y otra vez, hasta que la palabra se disuelve en sus propias sílabas. «Conmari, conmari». Es un sonido sin significado, igual que «judas», pero hiede a mala intención, tiene poder. ¿Qué le he hecho a mi padre?

Saco todas las monedas de la señora Finestein, con sus cabezas de reyes, y me las gasto en la tienda al volver de la escuela. Compro tiras de regaliz, caramelos de gelatina, bolas negras con muchas capas y una semilla en el centro, paquetes de chisporroteante sidral que se sorbe con una paja. Distribuyo equitativamente estas ofrendas, estas expiaciones, entre las manos anhelantes de mis amigas. En el instante justo antes de dar, soy amada.

Es sábado. No ha pasado nada en toda la mañana. En el canalón situado sobre la ventana del sur se forman carámbanos que se funden bajo la luz del sol con un constante repiqueteo como el de una gotera. Mi madre está horneando en la cocina, mi padre y mi hermano han salido. Almuerzo a solas, contemplando los carámbanos.

El almuerzo consiste en galletas saladas y queso naranja y un vaso de leche, y un bol de sopa de letras. Mi madre cree que la sopa de letras es un plato que gusta y divierte a los niños. La sopa de letras contiene numerosas letras blancas, la A y la O y la S y la R mayúsculas, y alguna que otra X o Z. Cuando era más pequeña, separaba las letras y formaba palabras en el borde del plato, o me comía mi nombre letra a letra. Ahora me limito a tomar la sopa, sin prestarle una atención especial. La sopa es de un rojo anaranjado y tiene sabor, pero las letras en sí no saben a nada.

Suena el teléfono. Es Grace.

—¿Quieres salir a jugar? —pregunta con su voz neutra que es al mismo tiempo inexpresiva e inflexible, como papel satinado. Sé que Cordelia está a su lado. Si digo que no, me acusarán de algo. Si digo que sí, tendré que cumplirlo. Digo que sí.

—Vendremos a buscarte —concluye Grace.

Siento una opresión y una pesadez en el estómago, como si lo tuviera lleno de tierra. Me pongo el traje para la nieve y las botas, el gorro de punto y los mitones. Le explico a mi madre que voy a salir a jugar.

—No cojas frío —me advierte.

El sol sobre la nieve resulta cegador. Los montones de nieve están cubiertos por una costra de hielo, allí donde la capa superior de nieve se ha derretido y ha vuelto a congelarse. Mis botas dejan nítidas huellas en esta capa helada. No hay nadie a la vista. Echo a andar por entre el resplandor blanco, rumbo a la casa de Grace. El aire es trémulo, lleno de luz, rebosante; puedo percibir su presión sobre mis ojos. Me siento traslúcida, como una mano ante una linterna encendida o como las fotos de medusas que he visto en las revistas, acuosos globos de carne flotando en el mar.

Al llegar al final de la calle las veo a las tres, muy oscuras, avanzando hacia mí. Sus abrigos casi parecen negros. Incluso sus rostros, cuando se acercan un poco más, se ven demasiado oscuros, como si estuvieran en la sombra.

—Te hemos dicho que vendríamos a buscarte —comienza Cordelia—. No te hemos dicho que podías venir tú.

No digo nada.

—Tendría que contestar cuando hablamos con ella —interviene Grace.

—¿Qué te pasa, te has vuelto sorda? —pregunta Cordelia.

Sus voces suenan lejanas. Me hago a un lado y vomito sobre un banco de nieve. No pretendía hacerlo y ni siquiera sabía que iba a ocurrir. Siento náuseas todas las mañanas, ya estoy acostumbrada, pero esto va en serio, sopa de letras mezclada con

fragmentos de queso masticado, asombrosamente rojo y naranja sobre la blancura de la nieve, con alguna que otra letra estropeada aquí y allí.

Cordelia no dice nada. Grace dice:

—Vale más que te vayas a casa.

Carol, detrás de ellas, habla como si estuviera a punto de echarse a llorar:

—Lo lleva por toda la cara.

Vuelvo a casa oliendo el vómito que ha caído sobre la pechera de mi traje para la nieve, saboreándolo en la nariz y la garganta. Da la sensación de que son pedacitos de zanahoria.

Me acuesto en mi cama con el cubo de fregar al lado, flotando leve sobre oleadas de fiebre. Devuelvo varias veces, hasta que ya no sale más que un poco de líquido verdoso.

—Supongo que lo cogeremos todos —dice mi madre, y no se equivoca. Durante la noche oigo ruido de pasos precipitados y arcadas y el agua del retrete. Me siento a salvo, pequeña, envuelta en mi enfermedad entre algodones.

Empiezo a estar enferma más a menudo. A veces mi madre me examina el interior de la boca con una linterna y me palpa la frente y me toma la temperatura y me manda a la escuela, pero a veces deja que me quede en casa. Estos días siento alivio, como si llevara mucho tiempo corriendo y hubiera llegado a un lugar donde puedo descansar, no para siempre, sino por un rato. Tener fiebre es agradable, vacío. Disfruto el frescor de las cosas, el *ginger ale* sin efervescencia que me dan a beber, la delicadeza de los sabores, más adelante.

Tendida en la cama, recostada sobre almohadas, un vaso de agua sobre una silla, a mi alcance, escucho los remotos sonidos que produce mi madre: la batidora de huevos, la aspiradora, la música de la radio, el rumor lacustre del pulimento para suelos. Por la ventana entra un sesgado sol de invierno, entre las cortinas a medio correr. Ahora tengo cortinas. Miro el aplique del techo, de un vidrio opaco y amarillento que deja traslucir las sombras de dos o tres moscas muertas en su interior, vistas como a través de una turbia gelatina. O bien miro el tirador de la puerta.

A veces recorto fotos de revistas y las pego en un álbum con mucílago de LePage, que viene en una botella en forma de alfil de ajedrez. Recorto fotos de mujeres de *Good Housekeeping*, *The Ladies Home Journal*, *Chatelaine*. Si no me gustan sus caras, les corto la cabeza y pego otra en su lugar. Estas mujeres tienen vestidos de mangas abullonadas y falda larga, y delantales blancos muy ceñidos a la cintura. Echan desinfectante en la taza del retrete para matar los gérmenes; limpian cristales o se lavan el pecoso cutis con pastillas de jabón y se echan champú en el cabello grasiento; expulsan los olores indeseables, se aplican lociones en sus ásperas y arrugadas manos, estrechan rollos de papel higiénico contra sus mejillas.

En otras fotos salen mujeres haciendo cosas que no deberían hacer. Algunas cotillean demasiado; algunas son desaliñadas; otras, mandonas. Algunas tejen

demasiado. «Andando, en el coche, de pie o sentada: allí donde va ella, allí va su labor», dice un pie. En la foto se ve una mujer que hace punto en el tranvía. Los extremos de las agujas de tejer molestan a los pasajeros que la rodean, y la bola de lana se desenrolla por el pasillo central. Algunas de las mujeres tienen a su lado un Pájaro Vigilante, un pájaro rojo y negro que parece dibujado por un niño, con grandes ojos y patas de alambre. «Soy un Pájaro Vigilante y vigilo a una cotilla —dice—. Soy un Pájaro Vigilante y te vigilo A TI».

Veo que nunca se acabará la imperfección, ni el hacer las cosas mal. Aunque crezcas, por mucho que friegues, hagas lo que hagas, siempre habrá alguna mancha, un defecto en tu cara, un acto estúpido, alguien que fruncirá el ceño. Pero de alguna manera me complace recortar todas estas mujeres imperfectas, con la frente llena de arrugas que demuestran lo muy preocupadas que están, y pegarlas en mi álbum.

A mediodía llega el Grupo Feliz a la radio, llamando a la puerta:

*¡Pom, pom, pom!*  
*¿Quién es?*  
*¡Es el Grupo Feliz!*  
*¡Qué bien! ¡PASAD!*  
*Sé feliz como el Grupo Feliz,*  
*mantente sano, esperamos que estés bien,*  
*porque si eres feliz y estás sano,*  
*¿qué importa que no seas rico?*  
*Así que, ¡a ser feliz con el Grupo Feliz!*

El Grupo Feliz me pone muy nerviosa. ¿Qué pasa si no estás sana y feliz? No lo dicen. Ellos siempre están felices, o eso dicen, pero no puedo creer que nadie pueda estar siempre feliz. O sea que a veces han de estar mintiendo. Pero ¿cuándo? ¿Cuántas de esas risas que suenan a falsas son verdaderamente falsas?

Un poco más tarde viene la Señal Horaria Oficial del Observatorio Nacional: primero, una serie de pitidos extraterrestres, luego un silencio, después una nota larga. La nota larga quiere decir que es la una en punto. El tiempo pasa; en el silencio que precede a la nota larga, cobra forma el futuro. Aprieto la cabeza contra la almohada. No quiero oírlo.

El invierno se derrite, dejando tras de sí un mugriento residuo de cenizas, papeles mojados y hojas empapadas. En nuestro patio trasero aparece un enorme montón de mantillo, y luego un montón de recuadros de césped enrollados. Arrancan la grama y los dientes de león y plantan cebollas verdes y una hilera de lechugas. De la nada surgen gatos que se tienden a rascarse en la blanda tierra recién plantada, y mi padre les arroja manojos de dientes de león desarraigados. «¡Peste de gatos!», dice.

En las plantas amarillean brotes nuevos, aparecen las cuerdas de saltar. Estamos en el camino de acceso de la casa de Grace, junto a su maíllo de un rosa subido. Yo hago girar la cuerda, Carol la hace girar por la otra punta, Grace y Cordelia saltan. Parecemos niñas jugando.

Cantamos:

*No anoche, sino la noche anterior  
veinticuatro ladrones acudieron a mi puerta  
y esto es lo que me dijeron... ¡a... mí!  
Chica, da la vuelta, da la vuelta, da la vuelta,  
chica, toca el suelo, toca el suelo, toca el suelo;  
chica, enseña tu zapato, enseña tu zapato, enseña tu zapato,  
¡chica, chica, veinticuatro lárgate!*

Grace, que salta en el centro de la cuerda, se da la vuelta, toca el suelo, alza tranquilamente un pie, sin dejar de exhibir su leve sonrisa. Muy rara vez da un traspié.

Este canto me resulta amenazador. Parece sugerir una suciedad oculta. Algo no queda claro: los ladrones y sus extrañas órdenes, la chica y sus evoluciones, los gestos que se ve obligada a realizar, como un perro amaestrado. ¿Y qué significa ese «veinticuatro lárgate» del final? ¿La dejan en la calle mientras los ladrones se meten en su casa, libres para apoderarse de cualquier cosa que les guste, para romper lo que quieran, para hacer lo que les dé la gana? ¿O acaso acaban con ella? Me la imagino colgando del maíllo, el nudo corredizo en torno a su cuello. No me da pena.

Brilla el sol y las canicas regresan de dondequiera que hayan estado todo el invierno. En el patio se alzan las voces infantiles: *puri, puri, bocha, bocha, dos por una*. A mí me suenan como espectros, o como animales cogidos en una trampa: lastimeros plañidos de dolor fatigado.

Cuando volvemos a casa, al terminar las clases, cruzamos el puente de madera. Yo ando detrás de las otras. Entre las tablas rotas puedo ver el suelo del barranco. Recuerdo que, hace mucho tiempo, mi hermano enterró su bote lleno de puris, de

chinas y de ojos de gato en algún lugar bajo el puente. El bote sigue ahí, en el interior de la tierra, resplandeciendo en la oscuridad, en secreto.

Pienso en bajar yo sola, a pesar de los siniestros hombres que nunca hemos visto, y en desenterrar el tesoro, sostener todo ese misterio en mis manos. Nunca encontraría el bote, porque no tengo el mapa. Pero me gusta pensar en cosas de las que las otras no saben nada.

Saco mi ojo de gato azul del cajón del escritorio donde ha permanecido todo el invierno. La examino atentamente, levantándola en alto para que la luz del sol arda a través de ella. La parte que forma el ojo, dentro de la esfera de vidrio, es de un azul purísimo. Es como algo congelado en un bloque de hielo. Me la llevo a la escuela, en el bolsillo, pero no la pongo como blanco. La aprieto en el puño, la hago rodar entre los dedos.

—¿Qué llevas en el bolsillo? —Quiere saber Cordelia.

—Nada —contesto—. Sólo es una canica.

Es la temporada de las canicas; todo el mundo lleva canicas en los bolsillos. Cordelia lo deja estar. No sabe el poder que tiene este ojo de gato, cómo me protege. A veces, cuando llevo conmigo la canica, puedo ver del mismo modo que ella. Veo a la gente moverse como vistosos muñecos animados, que abren y cierran la boca pero sin emitir auténticas palabras. Puedo ver sus formas y sus tamaños, sus colores, sin sentir nada hacia ellos. Estoy viva sólo en los ojos.

Nos quedamos en la ciudad más tiempo que nunca. Nos quedamos hasta que cierra la escuela para el verano y la claridad del sol se mantiene hasta pasada la hora de acostarse y un calor húmedo desciende sobre las calles como una manta de vapor. Bebo Freshie de uva, que no sabe a uva sino a algo que podría servir para matar los insectos, y me pregunto cuándo vamos a irnos al norte. Me respondo que no iremos nunca, porque así no me llevaré una desilusión.

Pero, a pesar de mi ojo de gato, sé que no podré seguir soportando este lugar durante mucho más tiempo. Estallaré hacia adentro. He leído en el *National Geographic* sobre los buzos que se zambullen en alta mar, y por qué tienes que llevar un grueso traje de metal, porque si no la invisible presión del agua de las profundidades te aplasta como si fueras de barro y se produce una implosión. Ésta es la palabra: implosión. Suena de un modo sordo y definitivo, como una puerta de plomo al cerrarse.

Estoy sentada en el coche, embutida en el asiento posterior como un paquete más. Grace, Cordelia y Carol están de pie entre los manzanos, mirando. Me encojo para que no me vean. No quiero fingir, ni someterme a despedidas. Cuando el coche empieza a moverse, agitan las manos.

Vamos hacia el norte. Toronto queda detrás nuestro, una mancha de aire pardusco en el horizonte, como el humo de un incendio lejano. Sólo ahora me vuelvo a mirar.

Las hojas se vuelven más pequeñas y más amarillas, se repliegan sobre las yemas, y el aire es cada vez más frío. Veo un cuervo en la cuneta que picotea un puerco espín atropellado por un coche, las plumas de aquél, como un gran borrón; las tripas de éste, rosadas y deshechas como un revoltillo de huevos. Veo la norteña roca de granito que se alza sobre el terreno, cortada por la carretera. Veo un áspero lago bordeado de árboles muertos, hundidos en el fangal que lo rodea. Un quemador de serrín, una atalaya contra incendios.

Hay tres indios parados junto a la carretera. No venden nada: no llevan cestos, y es demasiado pronto para los arándanos. Sólo están ahí parados, como si llevaran mucho tiempo sin moverse. Me resultan familiares, pero sólo como paisaje. ¿Pueden ellos verme mientras los miro por la ventanilla del coche? Probablemente no. Para ellos debo de ser una mancha borrosa, un rostro más dentro de un coche que no se detiene. No tengo ningún derecho sobre ellos, ni sobre nada de esto.

Estoy sentada en el asiento trasero del coche, que huele a gasolina y a queso, esperando a mis padres, que han ido a comprar comida. El coche está aparcado junto a un almacén hecho de madera, desvencijado y descolorido por la intemperie, sostenido en pie por los carteles que cubren toda su fachada: cigarrillos black cat, playera coca-cola. Ni siquiera hay un pueblo, tan sólo una explanada junto a la carretera, al lado de un puente sobre un río. En otro tiempo habría querido saber el nombre del río. Stephen se halla en mitad del puente, arrojando pedazos de madera corriente arriba, midiendo el tiempo que tardan en salir por el otro lado, calculando la velocidad de la corriente. Está todo lleno de jejenes. En el coche hay unos cuantos, que trepan por la ventanilla, saltan, trepan de nuevo. Contemplo lo que hacen: veo sus espaldas encorvadas, su abdomen como un globito negrorrojizo. Los aplasto sobre el cristal, dejando manchas rojas de mi propia sangre.

He empezado a sentir no alegría, pero sí alivio. Mi garganta ya no está tensa, he dejado de rechinar los dientes, la piel de mis pies está creciendo de nuevo, los dedos se hallan parcialmente curados. Puedo andar sin pensar en cómo deben de verme por detrás, hablar sin escuchar cómo suena lo que estoy diciendo. Ahora puedo liberarme de las palabras, puedo entregarme de nuevo al silencio interior, puedo hundirme otra vez en los ritmos de la transitoriedad como lo haría en un lecho.

Este verano estamos en una cabaña alquilada en el margen septentrional del lago Superior. Hay unas cuantas cabañas más en las cercanías, casi todas desocupadas; no hay más niños. El lago es inmenso y frío y azul y traicionero. Puede hundir barcos mercantes, ahogar personas. Con viento, las olas rompen en sus orillas con el estruendo del océano. Nadar en él no me asusta lo más mínimo. Me interno en las heladas aguas, viendo cómo se sumergen mis pies y luego mis piernas, largas y blancas y más delgadas que en tierra.



Hay una extensa playa y al final de ella un grupo de peñascos. Allí paso largos ratos. Los peñascos son de formas redondeadas, como las focas pero duros; el sol los calienta, y por la noche, cuando el aire se enfría, conservan el calor. Los fotografío con mi cámara Brownie. Les doy nombres de vacas.

Por encima de la playa, en las dunas, hay plantas de arena, vellosos verbascos, arvejas de flores violáceas y minúsculas vainas, hierbas capaces de cortarte las piernas, y más allá está el bosque, robles y arces y abedules y álamos, entre los cuales crecen balsaminas y abetos enanos. A veces hay también zumaques. Es un bosque sigiloso y vigilante, aunque tan cercano a la orilla que resultaría difícil perderse en él.

Paseando por el bosque encuentro un cuervo muerto. Es mayor de lo que parecen cuando están vivos. Lo muevo con un bastón, le doy la vuelta y veo los gusanos. Huele a podredumbre, a óxido y, más extrañamente, a cierta clase de alimento que alguna vez he comido aunque no logro recordar de qué se trata. Es negro, pero no como un color, sino más bien como un agujero. Tiene un pico deslustrado, córneo, como las uñas de los pies después de haber sido cortadas. Sus ojos están resecos.

Ya he visto animales muertos otras veces, ranas muertas, conejos muertos, pero este cuervo está más muerto. Me mira con sus ojos resecos. Podría clavarle el palo allí mismo. Le haga lo que le haga, no sentirá nada. Nada puede afectarle.

Resulta difícil pescar en las orillas de este lago. No hay ningún sitio donde pararse, ningún embarcadero. No nos dejan salir solos en bote, por las corrientes; de todos modos, tampoco tenemos bote. Stephen se dedica a otras cosas. Hace colección de chimeneas de barco, de los cargueros que cruzan el lago y que él sigue con sus binoculares. Se plantea problemas de ajedrez y los resuelve, o parte leña, o se va a dar largos paseos a solas con un libro sobre mariposas. No le interesa capturar las mariposas y clavarlas con agujas sobre un tablero; sólo pretende verlas, identificarlas, contarlas. Las anota en una lista en la guarda posterior del libro.

Me gusta mirar las imágenes de este libro. Mi favorita es la mariposa luna, enorme, de un verde claro, con medias lunas en las alas. Mi hermano encuentra una de esta clase y me la enseña. «No la toques —me advierte— o perderá el polvo de las alas y no podrá volar».

Pero nunca juego a ajedrez con él. No elaboro mi propia lista de chimeneas de barco o mariposas. Estoy empezando a perder el interés por los juegos en los que no puedo ganar.

En los linderos del bosque, donde da la luz del sol, hay cerezos silvestres. Las rojas cerezas silvestres maduran y se vuelven traslúcidas. Son tan agrias que te resecan el interior de la boca. Las recojo en una mantequera y luego retiro las ramitas y hojas, y mi madre hace confitura: las hierva, las tamiza para eliminar los huesos, les añade azúcar. Después, vierte la confitura en botes calientes, que cierra herméticamente con parafina. Cuento los hermosos botes rojos. Yo he ayudado a hacerlos. Parecen veneno.

Como si me hubieran dado permiso, empiezo a soñar. Mis sueños son de vivos colores y sin sonido.

Sueño que el cuervo muerto está vivo, sólo que sigue teniendo el mismo aspecto, sigue pareciendo muerto. Salta de un lado a otro y agita sus estropeadas alas y yo despierto, con el corazón latiendo aceleradamente.

Sueño que estoy poniéndome la ropa de invierno, en Toronto, pero el vestido no me entra. Me lo paso por la cabeza y me esfuerzo por introducir los brazos en las mangas. Voy andando por la calle y partes de mi cuerpo sobresalen fuera del vestido, zonas de piel desnuda. Me da mucha vergüenza.

Sueño que mi ojo de gato azul brilla en pleno firmamento como si fuera el sol, o como las imágenes de los planetas que aparecen en nuestro libro sobre el sistema solar. Pero, en vez de caliente, es frío. Empieza a aproximarse, pero sin aumentar de tamaño. Está cayendo del cielo, brillante y vidriosa, directamente hacia mi cabeza. Me golpea, me atraviesa, pero sin hacerme daño, sólo que está fría. El frío me despierta. Las mantas se han caído al suelo.

Sueño que el puente de madera que cruza el barranco está derrumbándose. Yo me encuentro en mitad del puente, los tablones crujen y se separan, el puente oscila. Camino sobre los maderos que quedan, sujetándome a la barandilla, pero no puedo llegar a la ladera donde está toda la demás gente porque el puente no está unido a nada. Mi madre está en la ladera, pero está hablando con la demás gente.

Sueño que recojo cerezas silvestres y las guardo en la mantequera. Sólo que no son cerezas silvestres. Son bayas de beleño, traslúcidas, de un rojo brillante. Están llenas de sangre, como los jejenes. Cuando las toco, estallan, y la sangre corre sobre mis manos.

En ninguno de mis sueños sale Cordelia.

Al caer la tarde, nuestro padre juega con nosotros a tocar y parar, y corre por la playa tan pesadamente como un oso, riéndose al mismo tiempo, *wuff, wuff, wuff*. Las monedas que lleva en los bolsillos caen en la arena. Las embarcaciones del lago pasan lentamente en la lejanía, arrastrando sus penachos de humo; hacia la izquierda se pone el sol, rosado y sereno. Me miro en el espejo sobre el lavabo: mi cara está atezada, y más redonda. En la pequeña cocina con fogón de leña, mi madre me sonrío y me estrecha con un solo brazo. Ella cree que soy feliz. Algunas noches comemos dulce de malvavisco, como golosina especial.

# VI

## OJO DE GATO

En otro tiempo, el sótano de Simpsons era todo herramientas y rebajas de ropa. Ahora está resplandeciente. Hay pirámides de chocolatinas de importación, una heladería, pasillos y pasillos de caprichosas galletas y conservas para *gourmets*, que avanzan inexorablemente hacia las fechas de caducidad impresas en sus envases. Hay incluso una barra en la que se sirve café exprés. Todo es internacional en este sótano, donde yo venía a comprar camisones baratos con mi asignación para ropa cuando estaba en la escuela secundaria, camisones rebajados y de una talla demasiado grande, además. Tanta chocolatina me abruma. Sólo verlas me recuerda la Navidad y la pegajosa sensación que notas después de haber comido demasiadas, el empacho y la glotonería.

Me siento ante la barra de la cafetería y me tomo un *capuccino* para enfrentarme a la inercia que me ha invadido al ver este azucarado desenfreno. La barra es de mármol verde oscuro, no sé si auténtico o de imitación; tiene un toldo coquetón —la idea que alguien se hace de Italia— y pequeños taburetes giratorios. Desde aquí se ve el mostrador donde arreglan zapatos, que no es muy cosmopolita pero a mí me resulta tranquilizador. La gente aún se hace arreglar los zapatos, a pesar de todas estas chocolatinas; no se limitan a tirarlos a la primera señal de desgaste.

Pienso en los zapatos de mi niñez, los Oxford marrones de punteras arañadas, con medias suelas y tacones nuevos, las sucias zapatillas deportivas blancas que se caían a pedazos, las sandalias marrones con dos hebillas, que se llevaban con calcetines. Casi todo el calzado era marrón. Hacía juego con el estofado preparado en la olla a presión, con las lacias zanahorias y las flácidas patatas y las cebollas de resbaladizas capas. En la tapa de la olla a presión había un chisme en forma de silbato. Si no hacías caso a sus pitidos, la tapa explotaba como una bomba, y las zanahorias y las patatas salían despedidas hacia el techo, donde se quedaban pegadas como una papilla. A mi madre le ocurrió una vez. Por suerte, en aquel momento no estaba en la cocina y no se escaldó. Cuando vio lo que había pasado, no se enfadó. Se echó a reír y dijo: «Esto sí que merece un premio de cocina».

Casi siempre cocinaba mi madre, pero no era su afición favorita. En general, las tareas de la casa no le atraían mucho. En el baúl del sótano, junto con un vestido largo de terciopelo, de los años veinte, y unos pantalones de montar, había varios objetos de plata de ley, un salero y un pimentero muy trabajados, unas pinzas para el azúcar en forma de patas de pollo, un cuenco rebosante de flores de plata. Todas estas cosas estaban en el sótano, envueltas en papel de seda y ennegreciendo, porque de otro modo habría que pulirlas. Nuestros cuchillos, tenedores y cucharas tenían que ser pulidos con un viejo cepillo de dientes, por los adornos. Las volutas de la mesa del comedor eran un nido de polvo, como esa clase de objetos —chucherías, los llamaba

mi madre— que las demás personas solían tener en la repisa de la chimenea. Pero a mi madre le gustaba hacer pasteles, aunque tal vez sólo sea que prefiero creerlo así.

¿Qué habría hecho yo en el lugar de mi madre? Sin duda tuvo que darse cuenta de lo que me estaba pasando, o de que estaba pasándome algo. Ya en un principio debió de advertir mis silencios, mis dedos mordidos, las costras oscuras de mis labios allí donde me arrancaba pedacitos de piel. Si esto sucediese ahora, a una de mis hijas, yo sabría qué hacer. Pero entonces... Había menos posibilidades de elección, y se decía mucho menos.

Una vez hice una serie sobre mi madre. Se componía de seis imágenes, seis paneles, como un doble tríptico o una página de tebeo, dispuestas en dos grupos, tres encima y tres debajo. La primera era mi madre pintada con lápices de colores, en la cocina de su casa de la ciudad y con su vestido de finales de los años cuarenta. También ella llevaba un delantal de peto, flores azules con los vivos de azul marino; incluso ella lo llevaba, de vez en cuando. La segunda imagen era la misma figura en *collage*, hecha con ilustraciones de antiguos ejemplares de *Ladies Home Journal* y *Chatelaine*; no las fotos, sino las pinturas, con sus verdes rancios y sus azules desvaídos y sus rosas de aspecto sucio. La tercera era la misma figura en blanco sobre blanco, con el relieve a base de limpiapipas contorneados y pegados sobre un fondo de tela blanca. Mirando de izquierda a derecha parecía que mi madre estuviera disolviéndose lentamente, pasando de la vida real a una sombra de bajorrelieve babilónico.

Las imágenes de la hilera inferior iban en sentido contrario: primero los limpiapipas, luego la misma imagen en *collage* y finalmente a todo color, con detallado realismo. Pero aquí mi madre llevaba botas y pantalones y su chaqueta de hombre, y estaba preparando confitura de cerezas silvestres sobre una hoguera al aire libre. Podía interpretarse como una materialización, de la blanca bruma de limpiapipas a la sólida luz del día.

A esta serie le puse el título de *Olla a presión*. Debido a la época en que la hice y a lo que estaba ocurriendo en esos años, hubo quienes creyeron que se trataba de la Diosa de la Tierra, cosa que me pareció muy divertida, en vista del desagrado de mi madre por las tareas de la casa. Otros creyeron que trataba de la esclavitud femenina, y otros que reducía a la mujer a un estereotipo de triviales y negativos quehaceres domésticos. Pero sólo era mi madre cocinando, de la manera y en los lugares en que solía hacerlo, a fines de los años cuarenta.

Pinté la serie justo después de su muerte. Supongo que quería devolverla a la vida. Supongo que quería convertirla en intemporal, aunque no existe tal cosa en la tierra. Estas imágenes tuyas, como todo lo demás, están empapadas de tiempo.

Termino mi *capuccino*, lo pago, dejo una propina para el camarero italiano de imitación que me lo ha servido. Sé que no voy a comprar nada en el departamento de alimentación, estoy demasiado intimidada por el ambiente. Normalmente, o de hallarme en otra ciudad, no lo estaría: soy una mujer adulta, acostumbrada a ir de

compras. Pero, en estos momentos, ¿cómo podría encontrar aquí abajo nada de lo que necesito? Me detendré de camino a casa en alguna tienda de barrio, una de esas tiendas donde venden leche hasta la medianoche y pan blanco en rebanadas, ligeramente rancio. Ahora, estas tiendas las lleva gente del mismo color que el señor Banerji, o inmigrantes chinos. No son necesariamente más amistosos que los blancos de tez pastosa que las llevaban antes, pero las líneas generales de su desaprobación son más fáciles de adivinar; aunque no los detalles.

Vuelvo a subir por la escalera mecánica hacia la niebla perfumada de la planta baja. El aire de aquí no es bueno, hay demasiado almizcle, el apabullante olor del dinero. Salgo al aire libre y me dirijo hacia el oeste, pasando ante los maniqués asesinos, ante el bivalvular edificio del ayuntamiento.

Algo más adelante hay un cuerpo que yace en la acera. La gente lo rodea, lo mira, desvía la mirada, sigue caminando. Veo los rostros que avanzan hacia mí marcados por esa cuidadosa composición de las facciones que quiere dar a entender «esto no es asunto mío».

Cuando llego a su altura, advierto que se trata de una mujer. Está tendida de espaldas y me mira fijamente.

—Señora —dice—. Señora. Señora.

Esta palabra ya está de vuelta de todo. Noble señora, la Señora de la Oscuridad, es una auténtica señora, encaje de señora vieja. Escuche, señora. Eh, señora, a ver si mira por dónde anda. Aseo de Señoras, tachado con lápiz de labios y sustituido por Mujeres. Pero sigue siendo la expresión definitiva de súplica. Si quieres algo desesperadamente, no dices Mujer, mujer, dices Señora, señora. Como está haciendo ella ahora mismo.

Pienso «¿Y si le ha dado un ataque al corazón?». Miro: tiene sangre en la frente, no mucha, pero hay una herida. Debe de haberse golpeado la cabeza al caer. Y nadie se detiene, y ella permanece tendida de espaldas, una corpulenta mujer de cincuenta y pico años con un abrigo verde de pobre —gabardina— y unos lamentables zapatos completamente agrietados, los brazos extendidos a los costados. La bronceada piel que rodea sus ojos marrones se ve rojiza e hinchada, su larga cabellera negra y gris está esparcida sobre la acera.

—Señora —repite, o algo así, es sólo un murmullo, pero ya ha conquistado mi atención.

Miro por encima del hombro para ver si alguien que no sea yo está dispuesto a ayudarla, pero no hay candidatos. Me arrodillo, pregunto:

—¿Está usted bien?

Vaya una pregunta idiota, es evidente que no está bien. Por aquí cerca ha de haber vómitos y alcohol. Me veo recogiendo a la mujer y llevándomela a tomar café, y luego... ¿adónde? No podré librarme de ella, me seguirá hasta el estudio, vomitará en la bañera, dormirá en el futón. Me la dan siempre, me ven venir, me eligen entre la

multitud por mucho que tuerza el gesto. Bailarines callejeros, *moonies*, jóvenes guitarristas que me piden monedas para el metro. En las garras de los desvalidos, estoy desvalida.

—Sólo está borracha —dice un hombre al pasar. ¿Qué significa «sólo»? Ya es bastante malo.

—Vamos —le digo—, yo la ayudaré.

Eres una necia, pienso. Te pedirá dinero y tú se lo darás y se lo gastará en vino dulce barato. Pero ahora ya la tengo en pie, desplomada sobre mí. Si puedo arrastrarla hasta la pared más cercana, la apoyaré en ella, le limpiaré un poco el polvo, pensaré en cómo escapar.

—Vamos, vamos —repito. Pero no quiere apoyarse en la pared, prefiere apoyarse en mí. Su aliento huele como la muerte. Ha empezado a llorar, el llanto abandonado y desinhibido de una chiquilla; sus dedos aferran mi manga.

—No se vaya —suplica—. Oh, Dios. No me deje sola. —Sus ojos están cerrados, su voz es pura necesidad, puro lamento. Me afecta en mi parte más débil, más lastimera; pero no soy más que una sustitua para quién sabe qué carencia, qué pérdida. No puedo hacer nada.

—Tome. —Hurgo en mi bolso, encuentro un billete de diez, lo arrugo en su mano, le pago para que se vaya. Soy una incauta, me sangra el corazón. Tengo una herida en el corazón que me sangra dinero.

—Bendita sea —dice ella. Su cabeza se bambolea de un lado a otro, la nuca contra la pared—. Dios la bendiga, señora, Nuestra Señora la bendiga. —Es una bendición de beoda, pero ¿quién puede decir que no la necesito? Debe de ser católica. Podría buscar una iglesia, dejarla en el portal como un paquete. Es suya, que se ocupen ellos.

—Tengo que irme —me excuso—. Se pondrá bien. —Una mentira descarada. Abre mucho los ojos, intentando enfocar la vista. Su rostro se serena.

—Yo la conozco —exclama—. Usted es Nuestra Señora y no me quiere.

Demencia alcohólica total, me he equivocado por completo con ella. Le quito la mano de encima como si fuera un enchufe con corriente.

—No —protesto. Tiene razón. No la quiero. Sus ojos no son marrones, sino verdes. Como los de Cordelia.

Me alejo de ella, las manos llenas de culpa, y me absuelvo: Soy una buena persona. Podía estar muriéndose. Nadie más se ha parado.

Soy una estúpida si confundo esto con la bondad. Yo no soy buena.

Sé demasiado para ser buena. Me conozco a mí misma.

Sé que soy vengativa, codiciosa, furtiva y astuta.

Regresamos en septiembre. En el norte, las noches son más frías y las hojas están empezando a cambiar de color, pero en la ciudad aún reinan el calor y la humedad. Es asombrosamente ruidosa y apesta a gasolina y al alquitrán de las calles que se derriten. Dentro de nuestra casa, el aire es rancio y estancado, aire que ha permanecido encerrado bajo el calor de todo el verano. Al principio, el agua que sale por los grifos lleva óxido. Me baño en el agua tibia y rojiza. Mi cuerpo ya empieza a ponerse en tensión, a vaciarse de sentimiento. El futuro cae sobre mí como una puerta que se cierra.

Cordelia estaba esperándome. Me doy cuenta nada más verla en la parada del autobús escolar. Antes del verano, alternaba entre el afecto y la mala voluntad, con períodos de indiferencia, pero ahora es más dura, más implacable. Es como si la impulsara la necesidad de comprobar hasta dónde puede llegar. Me acorrala hacia un borde, como el borde de un acantilado: un paso atrás, otro paso, y perderé pie y caeré.

Carol y yo estamos ya en quinto curso. Tenemos una maestra nueva, la señorita Stuart. Es escocesa y habla con acento. Sobre su escritorio tiene un manojito de brezo seco en un bote de mermelada y una miniatura del Bondadoso Príncipe Charlie, que fue conducido a la ruina por los ingleses y cuyo apellido es el mismo que el de ella; en el cajón de su escritorio tiene también un frasco de loción para las manos. Ella misma elabora esta loción.

Todas las tardes se prepara una taza de té, que no huele exactamente a té sino a otra cosa que le añade, sirviéndose de una botellita plateada. Tiene un cabello blanco azulado, maravillosamente ondulado, y lleva vestidos susurrantes y sedosos de color malva con un pañuelo de encaje embutido en la manga. A menudo se cubre la nariz y la boca con una mascarilla blanca de enfermera, porque es alérgica al polvo de la tiza. Esto no le impide arrojar el borrador a los chicos que no prestan atención. Aunque lo arroja sin aspavientos y con poca fuerza, nunca falla. Después, el chico al que ha lanzado el borrador debe llevarlo de vuelta a la pizarra. A los chicos no parece molestarles esta costumbre; para ellos, ser alcanzado por el borrador es como una marca de distinción.

Todo el mundo quiere a la señorita Stuart. Carol dice que es una suerte estar en su clase. Yo también la querría si tuviera fuerzas. Pero estoy demasiado entumecida, demasiado subyugada.

Guardo el ojo de gato en el bolsillo, bien al alcance. Reposa en mi mano, valioso como una gema, observando a través de hueso y tela con su mirada imparcial. Con ayuda de su poder, me retiro a mis ojos. Delante tengo a Cordelia, Grace y Carol. Contemplo sus figuras cuando andan, la forma en que la sombra se desplaza de una



pierna a otra, las masas de color, un rectángulo rojo de suéter, un triángulo azul de falda. Son como marionetas, pequeñas y transparentes. Podría verlas o no, a voluntad.

Llego a la senda que conduce al puente y emprendo el descenso, pasando ante las matas de beleño con sus bayas rojas, ante las hojas ondulantes, los gatos al acecho. Las tres están ya en el puente, pero se han detenido, me esperan. Contemplo los óvalos de sus rostros, el perfil de cabellos que los rodea. Sus caras son como huevos mohosos. Mis pies se mueven cuesta abajo.

Pienso en hacerme invisible. Pienso en comer las bayas de beleño que bordean el sendero. Pienso en beber la lejía Javex del frasco con las tibias y la calavera, en saltar del puente, destrozarme contra el suelo como una calabaza, la mitad de un ojo, la mitad de una sonrisa. Me rompería en pedazos, estaría muerta como los muertos.

No quiero hacer estas cosas. Me dan miedo. Pero me imagino a Cordelia pidiéndome que las haga, no con su voz despectiva, sino con dulce entonación. Oigo su dulce voz en mi cabeza: *Hazlo. Vamos, hazlo.* Y yo lo haría por complacerla.

Sopeso la posibilidad de contárselo a mi hermano, de pedirle ayuda. Pero ¿qué le diría exactamente? No puedo presentarle un ojo amoratado, una nariz ensangrentada: El dolor que Cordelia me inflige no es físico. Si fuesen chicos que se meten conmigo y me molestan, mi hermano sabría qué hacer, pero los chicos me dejan en paz. Contra las chicas y sus sutilezas, sus murmullos, se hallaría impotente.

Además, me da vergüenza. Temó que se reiría de mí y me despreciaría por reaccionar como una tonta ante este grupito de niñas, por armar un alboroto sin motivo.

Estoy en la cocina, engrasando moldes para mi madre. Veo las formas que dibuja la grasa sobre el metal, veo las medias lunas de mis uñas, la carne maltratada. Mis dedos dan vueltas y más vueltas.

Mi madre prepara la masa de pastelillos, mide la sal, tamiza la harina. El cedazo emite un sonido seco, como papel de lija.

—No tienes por qué jugar con ellas —comenta mi madre—. Tiene que haber otras niñas con las que puedas jugar.

Me la quedo mirando. La desdicha me baña como un viento lento. ¿Qué ha visto, qué ha sospechado, qué piensa hacer? Podría ir a hablar con sus madres. Eso sería lo peor que podría hacer. Aunque tampoco me lo imagino. Mi madre no es como las demás madres; ella es etérea y difícil de atrapar. Las demás no van a patinar a la pista del barrio ni se pasean solas por el barranco. Me parecen adultas de una manera que mi madre no es. Pienso en la madre de Carol, con su conjunto gemelo y su sonrisa de escepticismo; en la de Cordelia, con sus gafas pendientes de una cadenita y su aire de vaguedad; en la de Grace, con sus horquillas y su holgado delantal. Mi madre llamará a sus puertas vestida con pantalones y llevando un ramillete de hierbas en la mano, incongruente. No le harán caso.

—Cuando yo era pequeña y los chicos nos insultaban, les decíamos: «Con piedras y bastones me romperás los huesos, pero las palabras no me hacen daño». —Su brazo se agita vigorosamente, batiendo la masa, fuerte y eficaz.

—No me insultan —protesto—. Son mis amigas. —Y verdaderamente lo creo.

—Tienes que aprender a defenderte —insiste mi madre—. No dejes que abusen de ti. No seas cobarde. Has de tener más orgullo y coraje. —Empieza a distribuir la masa entre los moldes. Luego, deja el cuenco de la masa y me estrecha entre sus brazos—. Ojalá supiera qué hacer —suspira. Es toda una confesión. Ahora puedo estar segura de lo que únicamente sospechaba: en lo que a este asunto se refiere, mi madre es impotente.

Sé que hay que hornear los pastelillos de inmediato, nada más llenar los moldes, porque de lo contrario no sube la masa y se estropean. Este consuelo materno es una distracción que no puedo permitirme. Si me entrego a él, el poco coraje que tengo se esfumará por completo.

Me aparto de ella.

—Hay que meterlos en el horno —le advierto.

Cordelia trae un espejo a la escuela. Es un espejo de bolsillo, de esos pequeños y rectangulares que no llevan marco. Saca el espejito de su bolsillo, lo sostiene delante de mí y me dice:

—¡Mírate la cara! ¡Mírate!

Habla con voz de asqueada, harta ya, como si mi cara, por sí sola, hubiera estado tramando algo, como si hubiera ido demasiado lejos. Me miro en el espejo, pero no veo nada fuera de lo común. Es sólo mi cara, con las manchas oscuras en aquellos puntos de los labios donde me he mordido la piel.

Mis padres organizan partidas de *bridge*. Corren los muebles de la sala hacia las paredes y despliegan dos mesas de *bridge* metálicas y ocho sillas de *bridge*. En el centro de cada mesa ponen dos platitos de porcelana, uno con frutos secos salados, el otro con caramelos surtidos. Estos caramelos reciben el nombre de «surtido de *bridge*». También hay dos ceniceros en cada mesa.

Luego empieza a sonar el timbre y llega la gente. La casa se llena con el olor ajeno de los cigarrillos, que aún seguirá ahí por la mañana junto con unos cuantos frutos secos y caramelos sobrantes, y con estallidos de risas que van volviéndose más estentóreos a medida que pasa el tiempo. Acostada en mi cama, escucho estas risotadas. Me siento aislada, abandonada. Tampoco entiendo por qué esta actividad, estos ruidos y olores, se llama *bridge*, igual que los puentes.

A veces, el señor Banerji participa en estas partidas. Permanezco al acecho en una esquina del pasillo, enfundada en mi pijama de franela, esperando vislumbrarlo. No es que esté enamorada de él ni nada por el estilo. Mi deseo de verlo se debe a la angustia, y a una sensación de camaradería. Quiero ver cómo se las compone, cómo sale adelante con su vida, con la obligación de comer pavos y con otras cosas. No muy bien, a juzgar por sus oscuros ojos alucinados y su risa levemente histérica. Pero si él puede arreglárselas con lo que sea que está acosándolo, y algo hay, entonces yo también puedo. O así lo creo.

La princesa Elizabeth viene a Toronto. Está visitando Canadá con su marido, que es duque. Es una Visita Real. Por la radio se oyen muchedumbres entusiastas y solemnes voces que describen el color de sus vestidos, un color distinto cada día. Me tiendo en el suelo de la sala de estar, con la música de violín de los Maritimes como fondo y el *Toronto Star* extendido bajo mis codos, y examino la foto de la princesa que viene en primera plana. Es mayor de lo que debería, y más normal: no lleva uniforme de Girl Guide como en los días del Blitz, pero tampoco un vestido largo y una tiara, como la foto de la reina que tenemos en el aula. Lleva un vestido corriente y guantes y un bolso, como todo el mundo, y un sombrero de señora. Pero sigue siendo una princesa. Dentro del periódico hay una página entera sobre ella, con

mujeres que le hacen reverencias y niñas que le ofrecen ramos de flores. Ella les sonríe desde lo alto, siempre con la misma sonrisa benévola, que califican de radiante.

Día tras día, tendida en el suelo, hojeando los periódicos, la veo avanzar sobre el mapa, en avión, en tren, en automóvil, de ciudad en ciudad. Me aprendo de memoria el plano de su recorrido previsto por las calles de Toronto. Tendré una buena ocasión de verla, porque su coche debe pasar justo enfrente de casa, por la inconclusa carretera llena de baches que va desde el cementerio, con sus ahusados árboles nuevos y sus montones de tierra apilada con excavadoras, hasta la hilera de cinco nuevas montañas de barro.

Las montañas de barro están en nuestro lado de la carretera. Han aparecido hace poco, en lo que antes era una franja de terreno cubierta de matorrales. Cada una de las montañas se alza junto a su propio agujero, más o menos en forma de sótano y con un poso de agua cenagosa en el fondo. Mi hermano ha reclamado la propiedad de uno de ellos; piensa excavarlo, perforando un túnel desde la superficie y luego horizontalmente, para abrir una entrada lateral. Nadie sabe qué quiere hacer allí dentro.

Ignoro por qué han de hacer pasar a la princesa ante estas montañas de barro. No me parece que sean una cosa que forzosamente le interese ver, pero no estoy segura, porque también irá a ver muchas otras cosas que tampoco parecen más interesantes. Hay una foto suya ante un ayuntamiento, otra en una fábrica de conservas de pescado. Pero, tanto si ella quiere verlas como si no, las montañas de barro serán un buen punto de observación.

Espero con impaciencia esta visita. Creo que ha de salir algo de ella, aunque no sé muy bien qué. Se trata de la misma princesa que desafió las bombas en Londres, la que es valerosa y heroica. Pienso que ese día ha de pasar alguna cosa. Algo ha de cambiar.

La Visita Real llega por fin a Toronto. Es un día nublado, con amagos de lluvia; un chirimiri, lo llaman. Salgo temprano y trepo a la cima de la montaña de barro situada en el centro. A lo largo de la carretera, entre las embarradas matas de hierba, se va formando una hilera irregular de gente, adultos y niños. Algunos de los niños llevan pequeñas banderitas británicas. Yo también tengo una: las repartieron en la escuela. No hay una gran multitud, porque por aquí no vive mucha gente, y es probable que algunos hayan ido más hacia el centro, donde hay aceras. Carretera abajo, en dirección a casa de Grace, diviso a Grace, Carol y Cordelia. Espero que ellas no me hayan visto.

Permanezco sobre la montaña de barro con la Unión Jack colgando fláccidamente de su palito. Pasa el tiempo sin que suceda nada. Pienso que tal vez debería volver a casa y escuchar la radio, para enterarme de dónde está la princesa, pero de pronto aparece un coche de la policía por la izquierda, avanzando junto al cementerio. Empieza a lloviznar. A lo lejos suenan vítores.

Llegan unas cuantas motos, luego algunos coches. Veo que la gente de la cuneta alza los brazos, oigo hurras dispersos. Los automóviles van demasiado deprisa, a pesar de los baches. No logro distinguir cuál es el bueno.

Entonces lo veo. Es el coche por cuya ventanilla asoma un guante claro, saludando a uno y otro lado. Ya está delante de mí, ya pasa. No agito mi Unión Jack ni vitoreo, porque me doy cuenta de que es demasiado tarde, de que no voy a tener tiempo para lo que estaba esperando, que sólo ahora se me ha hecho claro. Lo que debo hacer es bajar corriendo de la montaña, con los brazos extendidos a ambos lados para mantener el equilibrio, y arrojarme ante el coche de la princesa. Ante él, o sobre él, o hacia él. Entonces la princesa les mandará parar. Tendrá que hacerlo, para no atropellarme. No espero que se me lleven en el coche real, soy demasiado realista para eso. Además, no quiero dejar a mis padres. Pero las cosas cambiarán, serán distintas, se hará algo.

El coche del guante se aleja, ha doblado la esquina, se ha ido, y yo no me he movido.

A la señorita Stuart le gusta el arte. Nos hace llevar a la escuela camisas viejas de nuestros padres para que podamos dedicarnos a las formas más sucias de arte sin mancharnos la ropa. Mientras recortamos y pintamos y pegamos, ella se pasea entre los pupitres con su mascarilla de enfermera, mirando por encima de nuestros hombros. Pero si alguien, algún chico, dibuja deliberadamente una tontería, ella alza la hoja con fingido enojo. «Este muchacho se cree muy gracioso. ¡Lo que tienes entre las orejas habría de servirte para algo mejor!». Y le pellizca la oreja entre el pulgar y el índice.

Hacemos para ella los acostumbrados objetos de papel, calabazas, campanas de Navidad, pero también otras cosas. Hacemos complicados diseños florales con ayuda de un compás, pegamos extraños materiales sobre fondos de cartón: plumas, lentejuelas, trozos de macarrones teñidos en vivos colores, pajitas de beber. Pintamos murales en grupo sobre las pizarras y en grandes rollos de papel marrón. Dibujamos escenas de países extranjeros: México, con cactus y hombres tocados con enormes sombreros; China, con conos en las cabezas y botes que llevan ojos en la proa; India, con lo que pretendemos que sean esbeltas mujeres envueltas en seda que llevan en equilibrio recipientes de cobre, y joyas en la frente.

Me gustan estos paisajes extranjeros porque puedo creer en ellos. Siento la desesperada necesidad de creer que en alguna parte existe toda esta gente distinta y extranjera. No importa que en la escuela dominical me hayan dicho que esta gente vive en la miseria o en el paganismo, o en las dos cosas. No importa que mi donativo semanal sirva para convertirlos, alimentarlos o espabilarlos. La señorita Lumley los juzgaba astutos, aficionados a comer alimentos extravagantes o repulsivos y a cometer actos de traición contra los británicos, pero yo prefiero la versión de la señorita Stuart, donde el sol que brilla sobre sus cabezas es de un jovial amarillo, las palmeras de un verde claro, la ropa que llevan de motivos florales, sus cantos populares alegres. Las mujeres parlotean en idiomas rápidos e incomprensibles; se ríen, dejando al descubierto sus dientes perfectos y de un blanco purísimo. Si esta gente existe, algún día podré ir allí. No tendré que quedarme aquí para siempre.

Hoy, anuncia la señorita Stuart, vamos a dibujar lo que hacemos al salir de la escuela.

Los demás se encorvan sobre sus pupitres. Ya sé qué dibujarán: saltar a la cuerda, hacer muñecos de nieve, escuchar la radio, jugar con un perro. Miro fijamente mi hoja, que permanece en blanco. Finalmente dibujo mi cama, conmigo dentro. Mi cama tiene una cabecera de madera oscura adornada con volutas. Dibujo la ventana, la cómoda. Pinto la noche. La mano que sostiene el lápiz negro aprieta el papel, más y más fuerte cada vez, hasta que todo el dibujo queda casi completamente negro,

hasta que sólo puede verse una leve sombra de mi cama y mi cabeza sobre la almohada.

Contemplo el dibujo con desaliento. No es lo que pretendía dibujar. Es distinto a todos los demás dibujos, está mal. La señorita Stuart se llevará una decepción, me dirá que lo que tengo entre las orejas debería servirme para algo mejor que eso. Percibo su presencia a mi espalda, mirando por encima de mi hombro; noto su olor a loción para las manos y el otro olor que no es de té. Se adelanta para que pueda verla, y sus vivarachos y arrugados ojos azules me contemplan desde encima de su mascarilla.

Durante unos instantes no dice nada. Luego pregunta, sin aspereza:

—¿Por qué es tan oscuro tu dibujo, querida?

—Porque es de noche —contesto. Es una respuesta idiota, me doy cuenta nada más pronunciarla. Mi voz es casi inaudible, incluso para mí.

—Ya veo —asiente. No dice que mi dibujo está mal, ni que seguramente hago otras cosas al salir de la escuela, aparte de acostarme. Antes de seguir paseando entre los pupitres, me toca fugazmente el hombro. Su contacto resplandece brevemente, como una cerilla apagada de un soplo.

En las ventanas del aula florecen los corazones de papel. Hacemos un enorme buzón de San Valentín con una caja de cartón forrada de papel crepé rosa y corazones rojos con los bordes en encaje de papel blanco. Por la ranura de la parte superior introducimos nuestras tarjetas de felicitación, recortadas de unos álbumes que pueden comprarse en Woolworth's, y otras especiales, individuales, para la gente que más nos gusta.

El día de San Valentín, toda la tarde es una fiesta. A la señorita Stuart le encantan las fiestas. Ha traído docenas de galletitas en forma de corazón, hechas por ella misma, con alcorza rosada y bolitas plateadas, y hay corazones de cinamomo y corazones en tonos pastel que llevan inscritos mensajes, mensajes de alguna era anterior que no es la nuestra. «Hubba Hubba», dicen. «Eres mi pequeña». «¡Oh, muchacho!».

La señorita Stuart permanece sentada ante su escritorio, supervisando, mientras varias chicas abren el buzón y distribuyen las felicitaciones. En mi pupitre se acumulan las tarjetas. Casi todas son de chicos. Lo noto por la torpeza de la escritura y porque muchas de ellas no llevan firma. Otras llevan sólo iniciales o un «Adivina de quién». Algunas van firmadas con una equis o un circulito. Las tarjetas de las chicas van todas firmadas, con nombre y apellido, para que no haya errores sobre quién ha enviado qué a quién.

A la salida de la escuela, mientras regresamos a casa, Carol emite una de sus risitas y nos enseña las tarjetas que ha recibido de chicos. Yo tengo más tarjetas de chicos que ella, más de las que Cordelia y Grace han reunido en su aula de sexto curso. Soy la única que lo sé. He escondido las tarjetas en mi pupitre para que no las vean mientras volvemos a casa. Cuando me lo preguntan, contesto que no he recibido

muchas. Atesoro mi conocimiento, que es nuevo pero no me sorprende: los chicos son mis aliados secretos.

Carol sólo tiene diez años y nueve meses, pero le están creciendo los pechos. No son muy grandes, pero sus pezones ya no son lisos, tienen punta, y hay cierta hinchazón bajo ellos. Es fácil darse cuenta, porque saca el pecho todo lo que puede y tira del suéter hacia abajo para que resalten los senos. Durante el recreo, se queja de sus pechos: dice que le duelen. Dice que tendrá que ponerse sostenes. Cordelia protesta: «Oh, para ya de hablar de tus estúpidos pechos». Ella es mayor, pero todavía no le crecen.

Carol se pellizca los labios y las mejillas para que se pongan rojos. Encuentra un pintalabios gastado en la papelería de su madre, se lo guarda y lo lleva a la escuela en el bolsillo. Con la punta del meñique, se esparce un poco de pintura sobre los labios al terminar las clases. Se la quita con un Kleenex antes de entrar en casa, pero no lo hace del todo bien.

Jugamos en su habitación, en el piso de arriba. Cuando bajamos a la cocina a tomar un vaso de leche, su madre exclama: «¿Qué llevas en la cara, jovencita?». Delante nuestro le restriega la cara con el paño sucio de secar los platos. «¡Y que no te vuelva a pescar haciendo una cosa tan vulgar! ¿Qué idea te ha dado, a tu edad?». Carol se retuerce, chilla y solloza con total abandono. La contemplamos horrorizadas y fascinadas. «¡Espera a que llegue tu padre!», amenaza su madre con voz fría y colérica. «Has dado un espectáculo», como si hubiera algo malo en el mero hecho de ser mirada. Entonces recuerda que estamos delante. «¡Y vosotras, ya podéis iros!».

Dos días después, Carol nos anuncia que su padre le ha dado una buena, con el cinturón, por el lado de la hebilla, en el trasero desnudo. Dice que apenas puede sentarse. Lo dice como si se sintiera orgullosa de ello. Después de la escuela, en su cuarto, nos lo enseña: se sube las faldas, se baja las bragas y, desde luego, ahí están las marcas, casi como arañazos, no muy rojas pero presentes.

Es difícil asociar esta demostración con el padre de Carol, el simpático señor Campbell, que tiene un mostacho caído y llama a Grace «Hermosos Ojos Castaños» y a Cordelia «Señorita Lobelia». Resulta extraño imaginárselo pegando a alguien con el cinturón. Pero los padres y sus costumbres son enigmáticos. Sé, por ejemplo, sin que nadie me lo haya dicho, que el señor Smeath vive en su cabeza una vida secreta de trenes y escapadas. En las raras ocasiones en que llegamos a verlo, el padre de Cordelia se muestra muy agradable con nosotras, hace chistes de doble sentido, su sonrisa es como un anuncio, pero ¿por qué ella le tiene miedo? Porque no hay duda de que se lo tiene. Todos los padres excepto el mío son invisibles durante el día; el día es gobernado por las madres. Pero de noche aparecen los padres. La oscuridad lleva a casa a los padres, con su auténtico e inexpressable poder. Hay más en ellos de lo que salta a la vista. Por eso nos creemos lo del cinturón.



Carol dice que esta mañana, antes de que hicieran la cama, ha visto una mojadura en la sábana de la cama gemela de su madre. Entramos de puntillas en el dormitorio de sus padres. La cama, con su empenachado cobertor de felpilla, está tan pulcramente hecha que no nos atrevemos a retirar las sábanas para mirar. Carol abre un cajón de la mesita de noche de su madre y nos acercamos a curiosear. Hay una cosa de goma parecida a la sombrilla de una seta, y un tubo de pasta de dientes que no es pasta de dientes. Carol dice que estas cosas sirven para no tener niños. Nadie se ríe, nadie hace un gesto despectivo. Al contrario, leemos la etiqueta. Por alguna razón, las marcas rojizas del trasero de Carol le han prestado una credibilidad de la que hasta ahora carecía.

Carol está tendida en su cama, que tiene un cobertor blanco con volantes a juego con las cortinas. Hace ver que está enferma, con una enfermedad no especificada. Hemos mojado un trapo para aplicárselo sobre la frente, le hemos traído un vaso de agua. Ahora, la enfermedad es uno de nuestros juegos.

—Oh, qué mal estoy, oh, estoy muy mal —gime Carol, retorciéndose en el lecho—. ¡Enfermera, haz algo!

—Tenemos que auscultarla —dictamina Cordelia. Levanta el suéter de Carol, y luego la camiseta. Todas hemos ido al médico, todas conocemos las brucas humillaciones que eso implica—. No tengas miedo, no te va a doler. —Ahí están los pechos, abultados, con los pezones azulados como las venas de la frente—. Pálpale el corazón —me ordena Cordelia.

No quiero hacerlo. No quiero tocar esa carne hinchada y antinatural.

—Vamos —insiste Cordelia—, haz lo que te digo.

—Está desobedeciendo —observa Grace.

Extiendo la mano, la coloco sobre el pecho izquierdo. Al tacto es como un globo medio hinchado de agua, o como una papilla de avena tibia. Carol suelta una risita nerviosa.

—¡Oh, qué mano más fría tienes!

Me acomete una náusea.

—El corazón, burra —dice Cordelia—. No he dicho la teta. ¿No entiendes la diferencia?

Viene una ambulancia y se llevan a mi madre en camilla. Yo no lo veo, me lo cuenta luego Stephen. Sucedió en mitad de la noche, mientras yo dormía, pero Stephen ha tomado la costumbre de levantarse a hurtadillas para mirar las estrellas desde la ventana de su cuarto. Dice que se ven mucho mejor cuando las luces de la ciudad están casi todas apagadas. Dice que el secreto para despertarse por la noche sin necesidad de despertador consiste en beber dos vasos de agua antes de acostarse. Después, has de concentrarte en la hora a la que quieres despertar. Así lo hacían los indios.

De manera que estaba despierto, y escuchando, y se escabulló hasta el otro lado de la casa para mirar por la ventana de allí, desde la que pudo ver lo que pasaba en la calle. Dice que la ambulancia llevaba las luces encendidas, pero no la sirena, con que no es extraño que yo no oyera nada.

Cuando me levanto por la mañana, mi padre está en la cocina friendo bacon. Sabe cómo se hace, aunque no lo había hecho nunca en la ciudad, sólo sobre una fogata al aire libre. En el dormitorio de mis padres hay una pila de sábanas arrugadas en el suelo, y las mantas están plegadas sobre una silla; en el colchón hay una gran mancha ovalada de sangre. Pero cuando llego a casa de la escuela las sábanas han desaparecido y la cama está hecha, y no hay nada que ver.

Mi padre dice que ha tenido un accidente. Pero ¿cómo puedes tener un accidente cuando estás acostada en la cama, durmiendo? Stephen dice que ha sido un bebé que ha salido demasiado pronto. No me lo creo: las mujeres que han de tener un bebé tienen mucha barriga, y mi madre no la tenía.

Mi madre vuelve del hospital mucho más débil. Tiene que descansar.

En casa no estamos acostumbrados a eso, ni siquiera ella está acostumbrada. Le cuesta descansar, se levanta a la hora de siempre, camina apoyando una mano en la pared o en los muebles, se encorva en la pila de la cocina, con una chaqueta de punto sobre los hombros. En mitad de una cosa, tiene que dejar lo que está haciendo y echarse. Su piel está pálida y seca. Parece estar oyendo un sonido, fuera de casa quizá, pero no hay ningún sonido. A veces tengo que repetirle dos veces las cosas para que me oiga. Es como si se hubiera marchado a otra parte y me hubiera dejado atrás, o si hubiera olvidado que yo estoy allí.

Todo esto es más pavoroso incluso que la mancha de sangre. Nuestro padre nos dice que hemos de ayudar más, lo cual significa que él también está asustado.

Cuando ya está mejor, encuentro un diminuto calcetín de punto, color verde pastel, en la cesta de costura de mi madre. Trato de imaginar por qué sólo ha tejido un calcetín. No le gusta tricotar, así que quizás hizo uno y luego se cansó.

Sueño que nuestra vecina, la señora Finestein, y el señor Banerji son mis verdaderos padres.

Sueño que mi madre ha tenido un bebé, uno de dos hermanos gemelos. El bebé es gris. No sé dónde está el otro gemelo.

Sueño que nuestra casa se ha quemado. No queda nada de ella; tocones renegridos cubren el terreno que ocupaba, como si hubiera habido un incendio forestal. Detrás se alza una inmensa montaña de barro.

Mis padres han muerto pero siguen vivos. Yacen juntos, vestidos con su ropa de verano, y se hunden lentamente en la tierra, que es dura pero transparente, como el hielo. Mientras se alejan, me miran con pesar.

Es una tarde de sábado. Vamos al Edificio, a ver algo que se llama un Conversat. No sé qué es un Conversat pero me alegro de ir al Edificio, donde hay ratones y serpientes y experimentos y ninguna chica. Mi padre me preguntó si quería invitar a alguna amiga, pero le dije que no. Mi hermano ha traído a Danny, que siempre está moqueando, que lleva chalecos de punto con diseños de rombos, que tiene una colección de sellos. Se instalan en el asiento de atrás —mi hermano ya no se mareaba en el coche— y hablan en un lenguaje secreto.

—E-té uelgan-ké os-lé ocos-mé.

—¿Y-ti e-ké? ¿Ieres-ké omerte-ké nos-ué uantos-ké?

—Am-ñe, am-ñe.

Sé que esto, al menos la parte de Danny, va por mí. Me cree como otras chicas, chicas que chillan y se retuercen. En otro tiempo le habría replicado con algo igualmente repulsivo, pero las cuestiones como comer mocos ya han dejado de interesarme. Miro por la ventanilla del coche, fingiendo no escuchar.

El Conversat resulta ser una especie de museo. El Departamento de Zoología ha decidido abrir sus puertas al público, para que la gente se haga una idea de la ciencia y cultive su mente. Eso dijo mi padre, sonriendo de la forma en que suele hacerlo cuando habla medio en broma. Dijo que a la gente no le iría mal cultivar la mente. Mi madre dijo que no le parecía que su mente pudiera cultivarse más, así que en vez de acompañarnos se fue de compras.

El Conversat está lleno de gente. No hay mucho que hacer los fines de semana en Toronto. El Edificio tiene un aire festivo: sus habituales olores a Dustbane y a abrillantador para muebles y a excrementos de ratón y a serpientes se mezclan con otros olores, a ropa de invierno, humo de cigarrillo, perfume de mujer. Hay banderolas de papel de colores pegadas a las paredes con cinta adhesiva, y flechas de papel distribuidas a intervalos por los pasillos, las escaleras y las diversas salas, para indicar el camino. Cada sala expone sus propias piezas, agrupadas según lo que se supone ha de aprender el público.

En la primera sala hay embriones de pollo en distintas etapas de su desarrollo, desde un puntito rojo hasta un polluelo de cabeza grande, ojos saltones y plumas nacientes, que no es suave y esponjoso como los que se ven en las postales de Pascua, sino legamoso, con las patas encogidas y los párpados entreabiertos en una ranura que revela una media luna de ojo azul ágata. Los embriones están en conserva, el olor a formaldehído es muy intenso. En otro lugar hay un recipiente con dos gemelos, verdaderos gemelos humanos muertos y unidos a la placenta; su piel es grisácea, y están flotando en un líquido que parece agua de fregar los platos. Les han inyectado colorantes en las venas y arterias, azul en las venas, morado en las arterias, para que podamos comprobar que sus sistemas circulatorios están conectados. En un frasco

hay un cerebro humano, como una gigantesca y fofa castaña gris. No puedo creer que en mi cabeza haya una cosa semejante.

En otra sala hay una mesa donde te toman las huellas dactilares, para que veas que son distintas a todas las demás. Hay una gran hoja de cartulina Bristol donde han pegado ampliaciones fotográficas de huellas dactilares. Los tres, mi hermano y Danny y yo, nos hacemos tomar las huellas. Danny y mi hermano han estado bromeando a costa de los pollos y los gemelos —«¿Ieres-ké n-ué ollo-pé ara-pé enar-cé?» «¿Y-ti n-ué iso-gué e-dé emelo-gé?»—, pero no han mostrado muchas ganas de quedarse en esa sala. Su interés por las huellas es entusiasta y tumultuoso. Se estampan el uno al otro las huellas dactilares en el centro de la frente, con sus dedos entintados, y exclaman: «¡La marca de la Mano Negra!», con voz tonante y ominosa, hasta que mi padre pasa por la sala y les dice que se calmen. El hermoso señor Banerji de la India va con él. Me dirige una sonrisa nerviosa y pregunta: «¿Cómo está usted, señorita?». Siempre me llama señorita. Entre todos estos rostros de blancura invernal, el suyo parece más oscuro que de costumbre; sus dientes brillan y brillan.

En la misma sala de las huellas reparten pedacitos de papel; has de probarlos y decir si tienen un sabor amargo, como las semillas de melocotón, o ácido, como los limones. Es un experimento que demuestra que ciertas cosas son heredadas. También hay un espejo ante el que puedes hacer ejercicios con la lengua, para ver si eres capaz de curvarla hacia arriba por los lados o ponerla en forma de hoja de trébol. Hay gente que no puede hacer ninguna de las dos cosas. Danny y mi hermano monopolizan el espejo y hacen muecas grotescas metiéndose los pulgares en las comisuras de los labios y tirando de sus párpados inferiores hacia abajo para que se vea lo rojo.

Otras partes del Conversat son menos interesantes, con demasiada escritura, y hay partes que sólo son gráficos en la pared o cosa de mirar por un microscopio, algo que podemos hacer siempre que nos venga en gana.

Nos movemos por los abarrotados pasillos arrastrando los pies, enfundados en los chanclos de invierno, siguiendo las banderolas de papel azul celeste o amarillo. No nos hemos quitado los abrigos. Hace mucho calor. Los estrepitosos radiadores están funcionando a toda potencia, y el aire se carga con el vaho de la demás gente.

Entramos en una sala donde hay una tortuga abierta. Yace sobre una bandeja de esmalte blanco, como las de las carnicerías. La tortuga está viva; o está muerta, pero su corazón vive. Esta tortuga es un experimento para demostrar que el corazón de un reptil puede seguir funcionando después de que el resto del cuerpo haya muerto.

En la concha inferior de la tortuga han abierto un agujero. La tortuga está vuelta panza arriba de manera que se puede ver su interior, hasta el mismísimo corazón, que está latiendo lentamente, refulgiendo de un rojo oscuro en el fondo de su caverna, encogiéndose como el extremo de una lombriz cuando la tocas con el dedo, estirándose otra vez, encogiéndose. Es como un puño que se abre y se cierra. Es como un ojo.

En el corazón han insertado un cable que lo conecta con un altavoz, de manera que se pueden oír sus latidos desde cualquier punto de la sala, agónicamente lentos, como los de un anciano subiendo una escalera. Nunca sé si el corazón conseguirá llegar al siguiente latido o no. Hay una pisada, una pausa, luego un crepitar como esa estática de la radio que según mi hermano viene del espacio exterior, luego otro latido, una boqueada de aire inspirado. La vida de la tortuga se escapa a chorros, lo oigo por el altavoz. Pronto la tortuga estará vacía de vida.

No quiero quedarme en esta sala, pero hay cola, delante y detrás de mí. Todas estas personas son adultas; he perdido de vista a Danny y a mi hermano. Me encuentro apretujada entre abrigos de *tweed*, los ojos a la altura de sus segundos botones. Oigo otro sonido que se impone al sonido del corazón, como un viento cada vez más cercano: un susurro como de hojas de álamo, sólo que más pequeño, más seco. Hay negrura en los bordes de mis ojos, y se va extendiendo. Lo que veo es como la entrada de un túnel que se aleja precipitadamente de mí; o quizás yo me alejo precipitadamente de esa mancha de claridad diurna. Acto seguido, me encuentro mirando un montón de chanclos, y los tablones del suelo que se extienden hacia lo lejos a la altura de los ojos. Me duele la cabeza.

—Se ha desmayado —dice alguien, y entonces me entero de lo que he hecho.

—Debe de haber sido el calor.

Me sacan al frío aire gris; es el señor Banerji quien me lleva, emitiendo ruiditos de preocupación. Mi padre viene corriendo y me dice que me siente con la cabeza entre las rodillas. Lo hago, y me quedo mirando mis propios chanclos. Me pregunta si voy a vomitar, y le digo que no. Mi hermano y Danny se acercan y me contemplan sin decir nada. Finalmente, mi hermano comenta: «E-sé a-hé esmayado-dé», y ambos vuelven a la sala.

Me quedo fuera hasta que mi padre va a buscar el coche y volvemos a casa. Empiezo a tener la impresión de que he descubierto algo que vale la pena saber. Hay una manera de irse de los sitios donde no quieres estar pero tienes que estar. Desmayarse es como hacerse a un lado, como salir de tu cuerpo, como salir del tiempo o pasar a otro tiempo. Cuando despiertas, es más tarde. El tiempo ha seguido adelante sin ti.

Cordelia dice: «Imagínate diez pilas de platos. Son tus diez oportunidades». Cada vez que hago algo mal, una pila de platos se derrumba estrepitosamente. Puedo ver estos platos. Cordelia también puede verlos, porque es ella la que grita: «¡Crash!». Grace los ve un poco, pero sus derrumbes son inseguros, mira a Cordelia para que se los confirme. Carol intenta uno o dos derrumbes, pero sólo consigue que le griten: «¡Eso no ha sido un derrumbe!».

—Sólo te quedan cuatro —me advierte Cordelia—. Tendrás que andarte con cuidado. ¿Qué me dices?

No digo nada.

—Bórrate esa sonrisita de la cara —ordena Cordelia.

No digo nada.

—¡Crash! —exclama Cordelia—. Ya sólo te quedan tres.

Nadie dice nunca qué pasará si se derrumban todas las pilas de platos.

Estoy de pie contra la pared, junto a la puerta de NIÑAS, y el frío me sube por las piernas y se introduce por los puños de las mangas. No debo moverme. Ya he olvidado el porqué. He descubierto que puedo llenarme la cabeza de música, *Regresando con un ala y una plegaria*, *Sé feliz con el Grupo Feliz*, y olvidarme de casi todo.

Es la hora del recreo. La señorita Lumley patrulla por el patio con su campanilla de latón, el rostro contraído por el frío, atenta a sus propios asuntos. Sigo teniéndole tanto miedo como antes, aunque ahora ya no es mi maestra. Una cadena de chicas cogidas de la mano pasa corriendo; van cantando *No nos detenemos por nadie*.

Otras chicas se pasean más tranquilamente, cogidas del brazo de dos en dos. Me miran con curiosidad y se alejan. Es como la gente de los coches, en la carretera, que aminora la marcha y mira por la ventanilla cuando hay un accidente de tráfico. Reducen la velocidad pero no se paran. Saben cuándo hay problemas, saben cuándo deben mantenerse al margen.

Estoy un poco separada de la pared. Echo la cabeza hacia atrás y contemplo el cielo gris y contengo el aliento. Estoy provocándome un vértigo. Veo una pila de platos que se tambalea y comienza a derrumbarse, en una silenciosa explosión de fragmentos de loza. El cielo se reduce a un puntito y una oleada de hojas secas vuela sobre mi cabeza. Luego veo mi propio cuerpo tendido en el suelo, tendido sin más. Veo que las chicas me señalan y se acercan, veo a la señorita Lumley sobre mí, inclinándose con dificultad para mirarme. Pero todo esto lo veo desde arriba, como si estuviera en el aire, no muy lejos del rótulo niñas que hay sobre la puerta, atisbando desde lo alto como un pájaro.

Cuando recobro el sentido tengo el rostro de la señorita Lumley a centímetros del mío, más ceñuda que nunca, como si hubiera hecho una diablura. La rodea un corro de niñas, que se apartan a empujones para poder ver mejor.

Hay sangre, me he hecho un corte en la frente. Me conducen a la enfermería. La enfermera limpia la sangre y me aplica una gasa con una tira de esparadrapo. La visión de mi propia sangre sobre el blanco paño mojado me resulta profundamente satisfactoria.

Cordelia está amansada: la sangre es impresionante, más impresionante aún que el vómito. De regreso a casa, Grace y ella se muestran solícitas conmigo, me dan el brazo, preguntan cómo me encuentro. El hecho de que me presten esta clase de atención me hace temblar. Tengo miedo de echarme a llorar, con gruesos lagrimones de reconciliación. Pero a estas alturas ya estoy demasiado escarmentada para eso.

La vez siguiente, Cordelia me pide que me quede junto a la pared y me desmaye de nuevo. Ahora puedo hacerlo casi siempre que quiero. Contengo el aliento, oigo el ruido susurrante, veo la negrura y de pronto me deslizo hacia un lado, fuera de mi cuerpo, y me encuentro en otra parte. Pero no siempre puedo mirar desde lo alto, como la primera vez. A veces sólo hay negrura.

Empiezo a ser conocida como la chica que se desmaya.

—Lo hace expresamente —dice Cordelia—. Adelante, enséñanos cómo te desmayas. Vamos. Desmáyate. —Pero ahora que me lo pide, no puedo.

Empiezo a pasar ratos fuera de mi cuerpo sin caerme al suelo. En estas ocasiones me siento como borrosa, como si fuera dos personas, la una superpuesta a la otra, pero imperfectamente. Hay un borde de transparencia, como una cicatriz. Puedo ver lo que pasa, puedo oír lo que me dicen, pero no hace falta que preste ninguna atención. Mis ojos permanecen abiertos, pero yo no estoy ahí. Estoy a un lado.

**VII**  
**NUESTRA SEÑORA DEL PERPETUO SOCORRO**



Me alejo de Simpsons en dirección oeste, aún buscando algo de comer. Finalmente compro un trozo de *pizza* para llevar y lo devoro de camino, con los dedos, doblándolo por la mitad y a bocados. Cuando estoy con Ben, como a horas regulares, porque él lo hace, y como cosas normales, pero cuando estoy sola, me alimento de «comida basura» y de lo que encuentre, según mis viejas y singulares costumbres. Es malo para mí, pero de vez en cuando necesito recordar qué tal me sienta lo malo. Si no, podría empezar a dar a Ben por sentado, con sus corbatas y sus cortes de pelo y sus pomelos para desayunar. Así lo aprecio más.

Cuando llego al estudio le telefono, contando las horas de diferencia con la costa. Pero en el mensaje grabado sólo oigo mi propia voz, seguida por un pitido, la Señal Horaria Oficial del Observatorio Nacional, que introduce el futuro. *Te quiero*, digo, para que lo oiga más tarde. Pero luego recuerdo que está en México, que no volverá hasta que yo llegue.

Afuera ya ha oscurecido. Podría salir en busca de algo más parecido a una cena, o ir a ver una película. Lo que hago, en cambio, es acomodarme sobre el futón, bajo el *duvet*, con una taza de café y la guía telefónica de Toronto, y empezar a buscar nombres. Ya no aparece ningún Smeath, deben de haberse mudado, o muerto, o contraído matrimonio. Hay más Campbells que los que puedes tener a raya con un bastón. Busco a Jon, cuyo apellido fue en otro tiempo el mío propio. No aparece Joseph Hrbik, aunque encuentro Hrebeks, Hrens, Hrastniks, Hriczus.

Ya no hay ningún Risley.

No hay ninguna Cordelia.

Es extraño encontrarse otra vez tendida en la cama de Jon. No me la imaginaba como la cama de Jon, porque no le he visto nunca acostado en ella, pero no cabe duda de que lo es. Está mucho mejor hecha de lo que solían estarlo sus camas, y muchísimo más limpia. Su primera cama era un colchón en el suelo, con un saco de dormir encima. A mí no me molestaba, al revés, me gustaba, porque era como estar de *camping*. Por lo general, estaba rodeada de tazas vacías y vasos y platos con restos de comida, lo cual ya no me gustaba tanto. En aquella época, todo este desaseo tenía su propia etiqueta: había una raya que cruzar, de hacer caso omiso a limpiarlo todo. El hombre podía creer que pretendías quedarte a vivir con él, apoderarte de él.

Un día estábamos acostados en aquella cama, justo al principio, antes de que yo comenzara a recoger los platos sucios, cuando se abrió la puerta del dormitorio y una mujer que jamás había visto apareció en el umbral. Llevaba unos tejanos sucios y una descolorida camiseta rosa; el rostro descarnado y de expresión vacua, con enormes pupilas. Daba la impresión de estar enganchada a alguna clase de droga, cosa que, en aquel entonces, comenzaba a ser una posibilidad. Se quedó en la puerta sin decir

nada, una mano tras la espalda, el rostro tenso e inexpresivo, mientras yo me cubría con el saco de dormir.

—Hola —dijo Jon.

Sacó la mano que tenía a la espalda y nos arrojó una cosa. Era una bolsa de papel llena de espaguetis tibios, con salsa y todo. Con el choque, se rompió y nos dejó pringados. La mujer salió, sin haber abierto la boca para nada, y cerró de un portazo.

Yo estaba asustada, pero Jon se echó a reír.

—¿Qué ha sido eso? —pregunté—. ¿Cómo diablos ha podido entrar?

—Por la puerta —contestó Jon, sin dejar de reírse. Me quitó un trozo de espagueti del pelo y se inclinó para besarme. Yo sabía que aquella mujer tenía que ser una amante, o una ex amante, y me sentía furiosa con ella. No se me ocurrió pensar que podía tener sus buenas razones. Aún no había encontrado las horquillas ajenas, abandonadas en el cuarto de baño como territorial meada de perro en una boca de riego nevada, las marcas de lápiz de labios estratégicamente dispuestas sobre las almohadas. Jon sabía borrar bien sus huellas, y cuando no las borraba era por algún motivo. Tampoco se me ocurrió pensar que aquella mujer debía de haber tenido una llave.

—Está loca —protesté—. Tendrían que encerrarla.

No me compadecí de ella en lo más mínimo. En cierto sentido, la admiraba. Admiraba su desmesura, el coraje de sus malas maneras, la energía del simple furor. El acto de arrojar una bolsa de espaguetis demostraba cierta sencillez, cierta implacabilidad, cierta grandeza despreocupada. Zanjaba las cosas. En aquellos tiempos, aún me faltaba mucho para ser capaz de hacer algo parecido.

Grace da las gracias. El señor Smeath dice: «Alabemos al Señor y vamos a por las municiones», y extiende la mano hacia las alubias al horno. «Lloyd», dice la señora Smeath. El señor Smeath dice: «Es inocente», y me dirige una sonrisa sesgada. La tía Mildred frunce sus hirsutos labios. Yo mastico la comida de los Smeath, muy semejante a su planta de caucho. Oculta por el mantel, me arranco las pieles de los dedos. Es domingo.

Después de la piña cocida, Grace quiere que baje con ella al sótano para jugar a la escuela. Lo hago, pero he de volver a subir las escaleras para ir al cuarto de baño. Grace me ha dado permiso, del mismo modo en que te dan permiso las maestras de la escuela. Cuando subo por la escalera del sótano, oigo a la tía Mildred y a la señora Smeath, que están en la cocina lavando los platos.

—Es exactamente igual que los paganos —dice la tía Mildred. Como ha sido misionera, en China, es una autoridad en la materia—. Todo lo que has hecho no ha servido de nada.

—Grace me ha dicho que está estudiando la Biblia —aduce la señora Smeath, y entonces me doy cuenta de que están hablando de mí. Me detengo en el último peldaño, desde el que puedo ver la cocina: la mesa, donde se apilan los platos sucios, fragmentos de las espaldas de la señora Smeath y la tía Mildred.

—Todos la estudian —replica la tía Mildred—. Hasta que te cansas de verlos estudiar. Pero es un estudio falso, no les hace mella. En cuanto les vuelves la espalda, empiezan otra vez con lo de siempre.

La injusticia de este comentario me duele como una patada. ¿Cómo pueden decir eso de mí, cuando he ganado una mención especial por mi redacción sobre la templanza, sobre conductores ebrios que tenían un accidente y morían congelados bajo la nevada porque el alcohol les había dilatado los capilares? Sé incluso qué son los capilares, y lo escribí sin faltas de ortografía. Puedo recitar salmos enteros, capítulos enteros, puedo cantar todas las canciones de las diapositivas de caballeros blancos de la escuela dominical sin mirar a la pantalla.

—¿Qué se puede esperar de ella, con la familia que tiene? —dice la señora Smeath. Lo deja así, sin especificar qué tiene de malo mi familia—. Las demás niñas se dan cuenta. Lo saben.

—¿No crees que son demasiado duras con ella? —pregunta la tía Mildred. Habla con fruición. Quiere saber lo duras que son.

—Castigo de Dios —responde la señora Smeath—. Se lo tiene merecido.

Una oleada de calor recorre mi cuerpo. Es una oleada de vergüenza que ya he sentido en otras ocasiones, pero también de odio, que no había conocido nunca, no en un estado tan puro. Es un odio con una forma concreta, la forma del pecho único y la cintura inexistente de la señora Smeath. Es como un hierbajo carnoso en mi pecho,

grueso y de tallo blancuzco; como el tallo de una bardana con sus frondosas hojas y sus pequeños nudos verdes, de las que crecen en la tierra meada por los gatos junto al sendero que baja hacia el puente. Un odio denso y pesado.

Permanezco en el último peldaño, paralizada de odio. No odio a Grace, ni siquiera a Cordelia. No puedo llegar tan lejos. Odio a la señora Smeath, porque lo que yo creía un secreto, una cosa de chicas, de chiquillas, no lo es. Ha sido discutido y aprobado. La señora Smeath lo sabe y lo aprueba. No ha hecho nada para impedirlo. Cree que me lo tengo merecido.

Se aparta del fregadero y se dirige hacia la mesa de la cocina en busca de otra pila de platos sucios, entrando de pleno en mi línea de visión. Percibo una fugaz e intensa imagen de la señora Smeath pasando por el escurridor de la lavadora de mi madre, los pies por delante, los huesos crujiendo y aplastándose, la carne y la piel exprimiéndose hacia la cabeza, que dentro de un instante estallará como un globo lleno de sangre. Si mis ojos pudieran despedir rayos letales, como pasa en los tebeos, la incineraría aquí mismo. Tiene razón, soy una pagana. No puedo perdonar. Como si notara mi mirada, se vuelve de pronto y me ve. Nuestros ojos se encuentran: sabe que he oído. Pero no se arredra, no se avergüenza, no se disculpa. Esboza su fatua sonrisa, con los labios apretados sobre los dientes. Cuando habla, no me habla a mí sino a la tía Mildred.

—Las paredes tienen oídos. —Su corazón delicado flota en su cuerpo como un ojo, un ojo maligno que me ve.

Estamos sentadas en un banco de madera en el sótano de la iglesia, a oscuras, mirando la pared. Los vidriosos ojos de Grace reflejan un destello de luz cuando me mira de soslayo.

*Dios ve caer la pequeña golondrina,  
que recibe Su tierna mirada;  
si tanto ama Dios al pajarillo,  
sé que me ama a mí también.*

La imagen muestra una mano enorme en la que yace un pájaro muerto, iluminado por un rayo de luz.

Muevo los labios, pero no canto. Estoy perdiendo la confianza en Dios. La señora Smeath se conoce a Dios del derecho y del revés, sabe qué cosas son un castigo suyo. Está en su bando, y es un bando del que yo estoy excluida.

Reflexiono sobre Jesús, que se supone que me ama. Pero no da ninguna muestra de ello, y no creo que sea una gran ayuda. Contra la señora Smeath y Dios no puede nada, porque Dios es mayor. Dios no es Nuestro Padre, de ninguna manera. La imagen que ahora me he formado de él es la de algo inmenso, duro, inflexible, sin rostro y que avanza como sobre rieles. Dios es una especie de máquina.

Decido no volver a rezar a Dios. Cuando llega el momento del Padrenuestro, permanezco en silencio, moviendo únicamente los labios.

*Perdónanos nuestras deudas, así como nosotros perdonamos a nuestros deudores.*

Me niego a decir tal cosa. Si eso significa que debo perdonar a la señora Smeath o irme al infierno cuando me muera, prefiero el infierno. Jesús debía de saber lo difícil que resulta perdonar, por eso metió esta frase. Siempre estaba metiendo cosas imposibles de hacer en la práctica, como regalar todo tu dinero.

—No has rezado —me susurra Grace.

Siento un frío en el estómago. ¿Qué será peor, contradecirla o confesar? De un modo u otro, seré castigada.

—Sí que rezaba —protesto.

—No rezabas. Te he escuchado.

No digo nada.

—Has mentido —prosigue Grace, complacida, olvidándose de hablar en susurros.

Sigo sin decir nada.

—Deberías pedirle a Dios que te perdone —me recomienda Grace—. Yo lo hago todas las noches.

Permanezco sentada en la oscuridad, atacándome los dedos. Me imagino a Grace pidiéndole a Dios que la perdone. Pero ¿qué ha de perdonarle? Dios sólo te perdona si estás arrepentido, y Grace nunca da muestras de estar arrepentida. Nunca considera que Saya hecho algo malo.

Grace, Cordelia y Carol van delante, yo las sigo a una manzana de distancia. No me dejan ir a su lado porque hoy he sido insolente, pero tampoco quieren que me retrase demasiado. Camino al compás de la música, *Sé feliz con el Grupo Feliz*, la cabeza vacía salvo por estas palabras.

Camino con la cabeza gacha, observando la acera y la cuneta por si hay algún paquete de cigarrillos con papel de plata, aunque ya no los colecciono como antes. Sé que nada de lo que pudiera hacer con ellos valdría la pena.

Ve una hoja de papel con una imagen en colores. La recojo. Sé lo que representa la imagen: es la Virgen María. La hoja es de una revista de Nuestra Señora del Perpetuo Socorro, Nuestra Señora del Perpetuo Ceporro. La Virgen María lleva una larga túnica azul que le oculta por completo los pies, un paño blanco sobre la cabeza y, encima de eso, una corona y un halo amarillo que emite unos rayos de luz parecidos a clavos. Sonríe con tristeza, con expresión decepcionada; tiene las manos abiertas en un gesto de bienvenida, y en el corazón, situado sobre el pecho, hay clavadas siete espadas. O al menos parecen espadas. El corazón es grande, rojo y pulcro, como un alfiletero de satén o una tarjeta de San Valentín. Debajo de la imagen pone: *Los siete dolores*.

La Virgen María aparece en algunos periódicos de nuestra escuela dominical, pero nunca con corona, nunca con un corazón de alfiletero, nunca sola. Está siempre más o menos en el fondo. No se le presta mucha atención, excepto en Navidad, y aun

entonces el Niño Jesús es muchísimo más importante. Cuando la señora Smeath y la tía Mildred hablan de los católicos, como alguna vez ha sucedido durante la comida del domingo, lo hacen siempre despectivamente. Los católicos rezan a estatuas y beben vino auténtico en la Comunión, en lugar de mosto. «Adoran al Papa», dicen los Smeath; o bien: «Adoran a la Virgen María», como si fuese algo escandaloso.

Examino la imagen de cerca. Pero sé que sería peligroso conservarla, así que la tiro. Ha sido un impulso acertado, porque ahora las tres se han detenido y están esperando que me acerque. Cualquier cosa que haga, excepto caminar, excepto estar de pie, llama su atención.

—¿Qué era eso que te hemos visto recoger? —pregunta Cordelia.

—Un periódico.

—¿Qué clase de periódico?

—Sólo un periódico. Un periódico de la escuela dominical.

—¿Por qué lo has recogido?

En otro tiempo habría reflexionado sobre esta pregunta, habría tratado de contestarla verazmente. Ahora me limito a decir:

—No lo sé. —Es la única respuesta que puedo dar, a cualquier pregunta, sin provocar burlas ni comentarios.

—¿Y qué has hecho con él?

—Lo he tirado.

—No recojas cosas del suelo —me amonesta Cordelia—. Tienen microbios. —Y abandona el asunto.

Decido hacer algo peligroso, rebelde, quizás incluso blasfemo. Ya no puedo seguir rezando a Dios, conque rezaré a la Virgen María. Esta decisión me pone nerviosa, como si estuviera a punto de robar. Mi corazón late con más fuerza, se me enfrían las manos. Tengo la sensación de que voy a ser descubierta.

Arrodillarse parece apropiado. En la iglesia de la cebolla no nos arrodillamos, pero los católicos tienen fama de hacerlo. Me arrodillo junto a mi cama y uno las manos, como los niños de las tarjetas de Navidad, salvo que yo llevo un pijama de franela a rayas azules y ellos siempre llevan camisones blancos. Cierro los ojos e intento pensar en la Virgen María. Quiero que me ayude o, al menos, que me dé una muestra de que puede oírme, pero no sé qué decir. No he aprendido las palabras para hablar con ella.

Trato de imaginar qué aspecto tendría si me la encontrara, por ejemplo, en la calle: ¿iría vestida como mi madre o con la túnica azul y la corona? Y si fuera con la túnica azul, ¿se pararía la gente a mirarla? Tal vez pensarían que sólo era alguien que participaba en una representación de Navidad; pero no si llevara el corazón fuera del pecho, todo lleno de espadas. Intento pensar qué le diría. Pero ella ya lo sabe: ya sabe lo desdichada que soy.

Rezo con más y más intensidad. Mis oraciones son sin palabras, desafiantes, de ojos secos, urgentes, sin esperanzas. No ocurre nada. Me froto los ojos con los puños hasta que me duelen. Por un instante me parece ver un rostro, y luego una mancha azul, pero ahora lo único que veo es el corazón. Ahí está, de un rojo brillante, redondeado, envuelto en una especie de luz oscura, una negrura como de terciopelo luminoso. En el centro hay oro, pero luego se desvanece. Es el corazón, no cabe duda. Se parece a mi bolso de plástico rojo.

Estamos a mediados de marzo. En las ventanas del aula comienzan a florecer los tulipanes de Pascua. Todavía hay nieve en el suelo, una filigrana sucia, pero el invierno está perdiendo su crudeza y su fulgor. El cielo se espesa, desciende.

Regresamos a casa bajo el cielo denso y encapotado, que está gris y preñado de humedad. De él se desprenden blandos copos que se acumulan sobre techos y ramas, deslizándose de vez en cuando hacia el suelo con un ruido sordo y algodónoso. No hay viento, y la nieve amortigua los sonidos.

No hace frío. Desato los nudos de mi gorro de punto y dejo que aletee libremente sobre mi cabeza. Cordelia se quita los mitones y hace bolas de nieve, que arroja contra los árboles, contra los postes telefónicos, al azar. Hoy es uno de sus días amistosos; pasa su brazo bajo el mío, el otro bajo el de Grace, y las tres avanzamos por la calle cantando *No nos detenemos por nadie*. Yo también canto. Juntas saltamos y nos deslizamos.

Recobro una parte de la euforia que antes me hacía sentir la nieve; quiero abrir la boca y dejar que la nieve caiga en su interior. Me permito reír, como las otras, mientras hago el intento. Mi risa es una proeza, un ataque contra la normalidad.

Cordelia se arroja de espaldas sobre un jardín de césped, extiende sus brazos sobre la nieve, los alza por encima de su cabeza y los hace bajar por ambos lados, dibujando un ángel de nieve. Los copos caen sobre su cara, en su risueña boca, se derriten, se adhieren a sus cejas. Cordelia parpadea y cierra sus ojos a la nieve. Por un instante parece una persona a la que no he visto nunca, una desconocida rebosante de ignotas y prometedoras posibilidades. También podría ser la víctima de un accidente de circulación, proyectada sobre la nieve.

Abre los ojos y levanta las manos, que están mojadas y enrojecidas, y las demás la ayudamos a levantarse para no estropear la imagen que acaba de hacer. El ángel de nieve tiene alas plumosas y una minúscula cabeza redonda. Allí donde ha apoyado las manos, abajo, cerca del cuerpo, se ven las huellas de sus dedos como pequeñas garras.

Nos hemos olvidado de la hora, está oscureciendo. Echamos a correr por la calle que conduce al puente peatonal de madera. Hasta Grace corre torpemente, gritando: «¡Esperadme!». Por una vez, es ella la que queda atrás.

Cordelia es la primera en llegar a la colina y se lanza cuesta abajo. Quiere deslizarse, pero la nieve está demasiado blanda, no lo bastante helada, y contiene cenizas y guijarros. Se cae y empieza a rodar. Creemos que lo ha hecho a propósito, como cuando dibujó el ángel de nieve. Nos precipitamos en pos de ella, eufóricas, jadeantes, entre risas, y le damos alcance justo cuando empieza a levantarse.

Dejamos de reír, porque ahora nos damos cuenta de que su caída ha sido un accidente, de que no lo ha hecho queriendo. A ella le gusta que todo lo que hace sea



queriendo.

—¿Te has hecho daño? —pregunta Carol. Está asustada, su voz es temblorosa, ya ha comprendido que la cosa es grave. Cordelia no responde. Su expresión vuelve a ser dura, su mirada funesta.

Grace maniobra para situarse al lado de Cordelia, un poco por detrás de ella. Desde allí me sonrío, con su sonrisa tensa.

Cordelia pregunta, dirigiéndose a mí:

—¿Te has reído? —Entiendo que quiere decir si me he reído de ella porque se ha caído.

—No —contesto.

—Sí que se ha reído —apunta Grace en tono neutro. Carol se hace a un lado del camino, apartándose de mí.

—Voy a darte otra oportunidad —dice Cordelia—. ¿Te has reído?

—Sí —admito—, pero...

—Contesta sólo sí o no —exige Cordelia.

No digo nada. Cordelia mira a Grace de soslayo, como buscando su aprobación. Suspira, un suspiro exagerado, un suspiro de adulto.

—Otra vez mintiendo —protesta—. ¿Qué vamos a hacer contigo?

Da la impresión de que llevamos un largo rato allí paradas. Cada vez hace más frío. Cordelia extiende la mano y me arrebató el gorro de punto. Baja el resto de la ladera, llega al puente y vacila unos instantes. A continuación, se acerca a la barandilla y arroja mi gorro al barranco. Hecho esto, el óvalo blanco de su cara se alza hacia mí.

—Ven aquí —me ordena.

Así que no ha cambiado nada. El tiempo seguirá adelante, siempre igual, interminablemente. Mi risa era irreal, a fin de cuentas; una mera boqueada en busca de aire.

Desciendo hacia Cordelia, que me espera junto a la barandilla. La nieve no cruje bajo mis pies, sino que cede como algodón de rama. Dentro de mi cabeza suena como si me estuvieran empastando un diente cariado. Por lo general me da miedo acercarme tanto al borde del puente, pero esta vez no. No siento nada tan cierto como el miedo.

—Ahí está tu ridículo gorro —dice Cordelia. Y ahí está, muy abajo, todavía azul sobre la blanca nieve, aún bajo la menguante luz—. ¿Por qué no bajas a buscarlo?

La miro. Quiere que baje al barranco, donde están los hombres malos, donde no debemos ir nunca. Se me ocurre la idea de negarme. ¿Qué hará ella si me niego?

Veo que a Cordelia se le está ocurriendo lo mismo. Puede que haya ido demasiado lejos, que haya encontrado, al fin, un núcleo de resistencia en mí. Si ahora me niego a hacer lo que ella quiere, ¿quién sabe dónde terminará mi desafío? Las otras dos han llegado a nuestra altura y nos contemplan, a salvo en el centro del puente.

—Vamos —dice en tono más suave, como si estuviera alentándome, no dándome una orden—. Si lo haces, serás perdonada.

No quiero bajar. Está prohibido y es peligroso; además, es oscuro y la ladera estará resbaladiza. Podría resultarme difícil volver a subir. Pero allí está mi gorro. Si vuelvo a casa sin él, tendré que dar explicaciones, tendré que contarle todo. Y si me niego a bajar, ¿qué hará entonces Cordelia? Podría enfadarse, podría no hablarme más. Podría empujarme fuera del puente. Nunca ha hecho nada por el estilo, nunca me ha pegado ni pellizcado, pero ahora que ha tirado mi gorro al barranco vete a saber qué más puede hacer.

Me acerco al extremo del puente.

—Cuando lo tengas, cuenta hasta cien antes de subir —añade Cordelia. Ya no habla en tono de enojo, ahora habla como si estuviera dándome instrucciones para algún juego.

Emprendo el descenso por la empinada ladera, sujetándome de las ramas y los troncos. El sendero ni siquiera es un auténtico sendero, apenas un rastro abierto por quienquiera que suba y baje por aquí: chicos, hombres. Nunca chicas.

Cuando me encuentro entre los desnudos árboles del fondo, alzo la mirada. Las barandillas del puente se recortan sobre el cielo. Veo las oscuras siluetas de tres cabezas que me contemplan.

Mi gorro azul yace sobre el hielo del riachuelo. Me quedo de pie en la nieve, mirándolo. Cordelia tiene razón, es un gorro ridículo. Lo miro y siento una especie de rencor, porque ese ridículo gorro es mío y es digno de escarnio. No quiero volver a ponérmelo nunca más.

Por debajo del hielo se oye un rumor de agua corriente. Avanzo sobre el arroyo, extendiendo la mano hacia mi gorro, lo recojo, el hielo se hunde. Me encuentro sumergida hasta la cintura, entre láminas de hielo roto.

Noto la mordedura del frío. Mis chanclos están llenándose de agua, y los zapatos que llevo debajo; el agua empapa mis pantalones para la nieve. Seguramente he gritado o he emitido algún sonido, pero no recuerdo haber oído nada. Aferró el gorro y miro hacia el puente. Allí no hay nadie. Deben de haberse ido, de haber huido. Por eso quería que contara hasta cien, para darles tiempo a escaparse.

Intento mover los pies. Pesan mucho, por el agua que ha entrado en las botas. Si quisiera, podría quedarme quieta aquí donde estoy. Está cayendo la noche, y la nieve que cubre el suelo es de un blanco azulado. Los neumáticos viejos y los pedazos de chatarra oxidada arrojados al arroyo están ocultos por la nieve; a mi alrededor hay arcos azules, cavernas azules, todo puro y silencioso. El agua del arroyuelo es fría y pacífica, viene directamente del cementerio, de las tumbas y los huesos. Es agua hecha de muertos, disueltos y transparentes, y yo estoy metida en ella. Si no me muevo pronto, me quedaré congelada en el arroyo. Seré una muerta, pacífica y transparente como ellos.

Camino torpemente por el agua, rompiendo fragmentos de hielo a medida que avanzo. Es difícil caminar con los chanclos llenos de agua; podría resbalar y caer toda yo en el riachuelo. Me sujeto de una rama y me izo a la orilla y me siento en la nieve azulada para quitarme los chanclos y vaciarlos de agua. Las mangas de mi chaqueta están mojadas hasta los codos, los mitones están empapados. Ahora hay cuchillos que se me clavan en las manos y en las piernas, y las lágrimas surcan mi cara por el dolor.

Veó luces en el borde superior del barranco, luces de casas imposiblemente elevadas y remotas. No sé cómo voy a escalar la ladera con el daño que me hacen las manos y los pies; no sé cómo voy a llegar a casa.

Mi cabeza está llenándose de serrín negro; pequeñas motitas de oscuridad me entran por los ojos. Es como si los copos de nieve fuesen negros, igual que lo blanco se ve negro en un negativo fotográfico. La nieve se ha convertido en diminutas pelotillas, más parecidas a cellisca. Cuando pasa entre las ramas produce un ruido susurrante, como el rumor de una habitación llena de gente que se remueve y cuchichea porque sabe que ha de guardar silencio. Son los muertos, que surgen invisibles del agua y me rodean. *Calla*, me dicen.

Estoy tendida de espaldas junto al arroyo, contemplando el cielo. Ya no me duele nada. El cielo ha adquirido un matiz rojizo. El puente se ve distinto; parece más lejano, más sólido, como si las barandillas hubieran desaparecido o las hubieran rellenado. Y tiene un resplandor, hay manchas de luz amarilloverdosa, distinta a cualquier luz que haya visto antes. Me siento para ver mejor. Noto el cuerpo como si no pesara nada, como cuando flotas en el agua.

En el puente hay alguien, distingo una oscura silueta. Al principio pienso que es Cordelia, que ha vuelto a por mí. Entonces me doy cuenta de que no es una niña, que es demasiado alta para ser una niña. No le veo la cara, sólo es una silueta. Una de las luces amarilloverdosas está justo detrás, y proyecta sus rayos en torno a la cabeza.

Sé que debería incorporarme y volver a casa, pero parece mucho más fácil seguir aquí, acostada en la nieve, bajo las pelotillas de hielo que acarician suavemente mi rostro. Además, tengo mucho sueño. Cierro los ojos.

Oigo que alguien me habla. Es como una voz que me llamara, sólo que muy flojito, una voz amortiguada. Ni siquiera estoy segura de haberla oído realmente. Hago un esfuerzo y abro los ojos. La persona que estaba en el puente está atravesando la barandilla, o fundiéndose con ella. Es una mujer, ahora veo que lleva una falda larga, ¿o es una capa? No cae, baja hacia mí como si caminara, pero no hay nada sobre lo que pueda caminar. No tengo fuerzas para asustarme. Permanezco tendida en la nieve, contemplándola aletargada y con cierta curiosidad soñolienta. Me gustaría ser capaz de andar por el aire de esta manera.

Ahora está muy cerca. Percibo tenuemente el blanco de su cara, el oscuro pañuelo o capuchón que cubre su cabeza... ¿O es el cabello? Extiende sus brazos hacia mí y siento una oleada de felicidad. Bajo su capa entreabierta hay un vislumbre de rojo. Es

el corazón, pienso. Debe de ser el corazón, que está fuera de su pecho y resplandece como un neón, como una brasa.

Y entonces dejo de verla. Pero noto su contacto, no como unos brazos sino más bien como un leve soplo de aire tibio. Está diciéndome algo.

«Ya puedes irte a casa —me dice—. Todo irá bien. Vete a casa».

No oigo las palabras en voz alta, pero eso es lo que me dice.

Las luces del puente han desaparecido. Me abro camino en la oscuridad, cuesta arriba, entre el susurro de la cellisca, afianzándome en los troncos y las ramas de los árboles, resbalando sobre la compacta nieve helada. No me duele nada, ni los pies, ni tan sólo las manos. Es como ir volando. El leve soplo se mueve conmigo, una caricia tibia sobre mi cara.

Sé a quién he visto. Era la Virgen María, no cabe la menor duda.

Ni siquiera cuando rezaba tenía la certeza de que fuese real, pero ahora sé que lo es. ¿Quién, si no, podría andar de esa forma por el aire? ¿Quién, si no, tendría un corazón resplandeciente? Cierto que no llevaba túnica azul ni corona; sus ropas parecían negras. Pero estaba oscuro. Puede que llevara la corona y yo no la viera. Además, también puede tener otros vestidos. Todo esto carece de importancia, porque ha venido a ayudarme. No ha querido que me helara en la nieve. Y aún sigue conmigo, invisible, para darme calor y quitarme el dolor; me ha oído, después de todo.

He llegado ya al sendero principal; las luces de las casas están más próximas, por encima de mí, a ambos lados. Me cuesta mantener los ojos abiertos. Ni siquiera puedo andar en línea recta. Pero mis pies siguen moviéndose, el uno delante del otro.

Enfrente mío está la calle. Cuando llego a ella, veo a mi madre, que anda muy deprisa. Lleva el abrigo desabotonado, no lleva pañuelo en la cabeza y los chanclos a medio abrochar resuenan a cada paso. Cuando me ve, empieza a correr. Me detengo a contemplar su apresurada silueta, con el abrigo aleteando a los lados y los pesados chanclos, como si estuviera contemplando a otra persona, a alguien que participa en una carrera. Me da alcance bajo una farola y veo sus ojos, grandes y resplandecientes de humedad, y sus cabellos espolvoreados de aguanieve. No lleva guantes. Me estrecha entre sus brazos, y en ese mismo instante la Virgen María desaparece de pronto. El frío y el dolor me acosan de nuevo. Empiezo a temblar con violencia.

—Me he caído al agua —explico—. Quería recoger el gorro. —Mi voz es indistinta; las palabras, farfulladas. Algo le pasa a mi lengua.

Mi madre no pregunta: *¿Dónde has estado?* ni *¿Por qué llegas tan tarde?*

—¿Dónde están tus chanclos? —Quiere saber. Están abajo, en el barranco, cubriéndose de nieve. Los he olvidado, y también el gorro.

—Se me había caído desde el puente —le digo. Necesito soltar esta mentira lo antes posible. Contarle la verdad sobre Cordelia sigue siendo algo impensable.

Mi madre se quita el abrigo y me envuelve con él. Sus labios están apretados, su expresión es asustada y furiosa al mismo tiempo. Es la expresión que ponía cuando nos cortábamos, hace mucho tiempo, en el norte. Me pasa un brazo bajo la axila y me ayuda a avanzar. A cada paso, me duelen los pies. Me pregunto si va a castigarme por haber bajado al barranco.

Cuando llegamos a casa, mi madre me quita las empapadas y medio congeladas prendas y me sumerge en un baño tibio. Me examina minuciosamente los dedos de manos y pies, la nariz, los lóbulos de las orejas.

—¿Dónde estaban Grace y Cordelia? —pregunta—. ¿No te han visto caer?

—No —contesto—. No estaban allí.

Me doy cuenta de que está pensando en telefonar a sus madres diga yo lo que diga, pero estoy demasiado cansada para que me importe.

—Me ha ayudado una señora —añado.

—¿Qué señora? —inquieta mi madre, pero ni se me ocurre contarle la verdad. Si le dijera de quién se trataba, no se lo creería.

—Una señora —digo.

Mi madre dice que es una gran suerte que no me haya congelado. Ya sé qué es la congelación: se te caen los dedos de manos y pies, como castigo por la bebida. Me hace beber una taza de té con leche y me acuesta con una bolsa de agua caliente y sábanas de franela, y dos mantas de más encima. Aún sigo temblando. Mi padre llega a casa y les oigo hablar en el recibidor, en voz baja y preocupada. Luego, mi padre sube y me pone una mano en la frente, y se difumina hasta convertirse en una sombra.

Sueño que voy corriendo por la calle, delante de la escuela. He hecho algo mal. Es otoño, las hojas están encendidas. Me persigue mucha gente. Van dando gritos.

Una mano invisible coge la mía, tira de mí hacia arriba. Hay peldaños en el aire y subo por ellos. Nadie más puede ver dónde están los peldaños. Ahora estoy parada en el aire, fuera de su alcance, sobre los rostros vueltos hacia lo alto. Siguen gritando, pero ya no los oigo. Sus bocas se abren y se cierran en silencio, como las bocas de los peces.

Me quedo dos días en casa sin ir a la escuela. El primer día permanezco en la cama, flotando en la cristalina y delicada claridad de la fiebre. El segundo día empiezo a pensar en lo que ha ocurrido. Recuerdo que Cordelia arrojó mi gorro azul de punto al barranco, recuerdo que se rompió el hielo, y que mi madre corría hacia mí con el cabello cubierto de cellisca. Todas estas cosas son seguras, pero entre ellas hay espacios nebulosos. Los muertos y la mujer de la capa también están ahí, pero del modo en que están los sueños. Ahora ya no estoy segura de que fuese verdaderamente la Virgen María. Lo creo, pero ya no lo sé.

Me entregan una tarjeta de «Que te pongas bien» con un dibujo de violetas, que Carol ha echado por la ranura de las cartas. Durante el fin de semana, Cordelia llama por teléfono. «No sabíamos que te habías caído —dice—. Nos sabe muy mal no haberte esperado. Pensábamos que venías detrás nuestro». Su voz es cuidadosa, precisa, ensayada, impenitente.

Sé que, al igual que yo, ha contado alguna cosa que oculta la verdad de lo sucedido. Sé que esta disculpa le ha sido arrancada, y que más tarde tendré que pagar por ella. Pero nunca se había disculpado conmigo. Esta disculpa, por falsa que sea, no me hace sentir más fuerte, sino más débil. «No ha sido nada», logro responder. Y creo que lo digo en serio.

Cuando vuelvo a la escuela, Cordelia y Grace se muestran corteses pero frías. Carol está más abiertamente asustada, o interesada. «Dice mi madre que estuviste a punto de morir helada —me susurra mientras esperamos a que suene la campanilla, en fila de a dos—. Me zurraron con el cepillo del pelo. Me dieron una buena».

Se está derritiendo la nieve de los jardines; reaparece el barro en los suelos, en la escuela, en la cocina de casa. Cordelia se me acerca cautelosamente. Cuando regresamos de la escuela, la sorprendo mirándome con aire calculador. La conversación es artificiosamente normal. Nos detenemos en la tienda para comprar tiras de regaliz, que paga Carol. Al reanudar el camino, chupando regaliz, Cordelia comenta:

—Creo que habría que castigar a Elaine por chivarse de nosotras, ¿no os parece?

—Yo no me he chivado —objeto. Ya no siento la tensión en la boca del estómago, el lagrimeo contenido que esta falsa acusación me habría producido antes. Mi voz es normal, tranquila, razonable.

—No me contradigas —protesta Cordelia—. Si no, ¿cómo es que tu madre telefoneó a las nuestras?

—Sí, ¿cómo es eso? —dice Carol.

—No lo sé, ni me importa —replico. Yo misma me sorprendo.

—No seas insolente —salta Cordelia—. Y borra esa sonrisita de tu cara.

Sigo siendo una cobarde, sigo asustada; eso no ha cambiado. Pero me doy media vuelta y me alejo de ella. Es como dar un paso en el vacío, creyendo que el aire te sostendrá. Y así es. Veo que no tengo por qué hacer lo que ella dice, y peor y mejor al mismo tiempo, que nunca he tenido por qué hacerlo. Puedo hacer lo que quiera.

—¡No te atrevas a dejarnos plantadas! —exclama Cordelia a mis espaldas—. ¡Vuelve aquí ahora mismo! —Oigo sus palabras como lo que en realidad son. Una imitación, una farsa. Está fingiendo ser alguien mucho mayor. Es un juego. Nunca he tenido defectos que necesitara mejorar. Siempre ha sido un juego, y me he dejado engañar. He sido una estúpida. Estoy tan enfadada conmigo misma como con ellas.

—¡Diez pilas de platos! —chilla Grace. En otro tiempo, esto me habría reducido. Ahora me parece una tontería.

Sigo andando. Me siento osada, eufórica. No son mis mejores amigas, ni siquiera son mis amigas. No hay nada que me ate a ellas. Soy libre.

Me siguen a distancia, haciendo comentarios sobre mi forma de andar, sobre cómo me veo por detrás. Si me volviera, las sorprendería imitándome. «¡Presumida, presumida!», me gritan. Puedo percibir su odio, pero también su necesidad. Me necesitan para este papel, y yo ya no las necesito. Me son indiferentes. Hay algo duro

en mí, cristalino, un núcleo de vidrio. Cruzo la calle y sigo adelante, comiendo mi regaliz.

Dejo de ir a la escuela dominical. Me niego a jugar con Grace o Cordelia o incluso con Carol a la salida de clase. Ya no vuelvo a casa por el puente, sino que voy por el camino más largo, pasando ante el cementerio. Cuando vienen en grupo a buscarme, les digo que tengo trabajo. Me hablan con amabilidad para atraerme de nuevo, pero ya no soy susceptible a ellas. Veo la codicia en sus ojos. Es como si pudiera ver en su interior. ¿Por qué no era así antes?

Me paso largos ratos leyendo tebeos en el cuarto de mi hermano cuando él no está. Me gustaría escalar rascacielos, volar con una capa, abrir agujeros en el metal con la punta de mis dedos, llevar máscara, ver a través de las paredes. Me gustaría golpear a la gente, a los delincuentes, y que cada golpe produjera un estallido de luz roja o amarilla. *Kapow. Crac. Ka-boom.* Sé que tengo la voluntad de hacer todo esto. Y pienso hacerlo, de un modo u otro.

En la escuela, me hago amiga de otra chica, que se llama Jill. Le interesa otro tipo de juegos, juegos con papel y madera. Vamos a su casa y jugamos a las cartas, a los palillos chinos. Grace y Cordelia y Carol merodean por los bordes de mi vida, incitándome, burlándose, volviéndose más y más pálidas cada día, menos y menos materiales. Apenas las oigo ya, porque apenas las escucho.



# VIII

## MEDIA CARA

Durante mucho tiempo tuve la costumbre de visitar iglesias. Me decía que quería ver las obras de arte; no sabía que estaba buscando algo. No iba deliberadamente a estas iglesias, ni siquiera cuando eran citadas en una guía turística y poseían un valor histórico, y nunca entraba en ellas durante los servicios; de hecho, la mera idea me disgustaba: me interesaba lo que había en ellas, no lo que sucedía en ellas. Por lo general, las veía por casualidad y me metía dentro por impulso.

Una vez dentro, prestaba muy poca atención a la arquitectura, aunque su terminología no me era desconocida: había redactado trabajos sobre los triforios y las naves. Contemplaba los vitrales, si los había. Prefería las iglesias católicas a las protestantes, y cuanto más ornamentadas mejor, porque había más cosas que mirar. Me gustaba el churriguerismo descarado: el pan de oro y los excesos barrocos no me disuadían.

Solía leer las inscripciones talladas en muros y suelos, una flaqueza propia de los anglicanos ricos, que parecían creer que obtendrían mejor puntuación ante Dios si estaban grabados. Los anglicanos también gustaban de las viejas banderas militares y de toda suerte de reliquias de guerra. Pero, sobre todo, me interesaban las estatuas. Estatuas de santos y de cruzados sobre sus catafalcos, o de quienes se fingían cruzados; efigies de todas clases. Las estatuas de la Virgen María las reservaba para el final. Me acercaba a ellas sin esperanzas, pero siempre quedaba decepcionada. No eran estatuas de nadie que pudiera reconocer.

Eran muñecas vestidas de azul y blanco, insípidas, santurronas, sin vida. Y luego me quedaba sin saber por qué había esperado encontrar otra cosa.

Fui a México por primera vez en compañía de Ben. También fue nuestro primer viaje juntos, la primera vez que estuvimos juntos. Yo creía que se trataba de un simple interludio. Ni siquiera estaba segura de querer a otro hombre en mi vida; para entonces, ya había agotado la idea de que la respuesta a un hombre consiste en otro hombre, y me hallaba sin aliento. Pero fue un gran alivio convivir con una persona tan poco complicada, tan fácil de complacer.

Nos fuimos solos, en una excursión de dos semanas que resultó estar relacionada con los negocios de Ben. Sarah se quedó en casa de su mejor amiga. Comenzamos en Veracruz, experimentando con las gambas, los hoteles y las cucarachas, y luego tomamos un coche rumbo a las montañas, buscando, como siempre, los sitios pintorescos y poco visitados.

Encontramos una pequeña ciudad junto a un lago. Era un lugar plácido para tratarse de México, que me había producido la impresión de visceral, como un cuerpo vuelto del revés, de manera que toda la sangre quedaba en la parte de afuera. Quizá se debiera a la frescura, al lago.

Mientras Ben inspeccionaba el mercado, buscando cosas que fotografiar, yo fui a la iglesia. No era muy grande, y parecía pobre. En su interior no había nadie; olía a piedras viejas, a descuido viejo, a moho. Deambulé por los pasillos laterales, contemplando unas desmañadas estaciones de la cruz pintadas torpemente al óleo, casi como en un álbum de colorear. Las pinturas eran malas, pero auténticas; alguien se había volcado en ellas.

Entonces vi a la Virgen María. Al principio no me di cuenta de que era ella, porque no iba ataviada con los blancos, azules y dorados de costumbre, sino completamente de negro. No llevaba corona. Su cabeza estaba inclinada, su rostro en la penumbra, sus manos abiertas a los costados. En torno a sus pies había restos de velas, y todo su vestido negro estaba cubierto de lo que al principio tomé por estrellas, pero en realidad eran minúsculos brazos, piernas, manos, ovejas, asnos, gallinas y corazones de estaño o de latón.

Enseguida comprendí por qué estaban allí estas cosas: aquélla era una Virgen de las cosas perdidas, que devolvía lo perdido. Era la única de todas las Vírgenes de madera, mármol o yeso que me había parecido real. Podía ser que tuviera sentido rezarle, arrodillarse, encender una vela. Pero no lo hice, porque no sabía por qué rezar. Qué se había perdido ni qué podía yo prender en su vestido.

Ben llegó al cabo de un rato y me encontró allí.

—¿Qué te pasa? —preguntó—. ¿Qué estás haciendo en el suelo? ¿Te encuentras bien?

—Sí —le respondí—. No pasa nada. Sólo estaba descansando.

Me sentía aterida por el frío de las losas, y tenía los músculos agarrotados y entumecidos. No recordaba cómo había llegado a adoptar aquella postura.

Mis hijas, las dos, pasaron por una fase en la que solían preguntar ¿y? Queriendo decir ¿Y qué? Eso sucedió cuando la mayor tenía unos doce o trece años. Se cruzaban de brazos y me miraban fijamente, o a sus amigas, o la una a la otra. ¿Y?

—No hagas eso —decía yo, por ejemplo—. Me estás volviendo loca.

—¿Y?

Cordelia hacía lo mismo, a la misma edad. Los mismos brazos cruzados, el mismo rostro impenetrable, la mirada vacía. ¡Cordelia! Ponte los guantes, hace frío afuera. ¿Y? No puedo ir, tengo que terminar los deberes. ¿Y?

Cordelia, pienso. Me hiciste creer que yo no era nada.

¿Y?

Para eso no tengo respuesta.

El verano llega y se va, y luego viene el otoño, y luego el invierno, y muere el rey. Lo oigo por la radio a la hora de almorzar. Regreso a la escuela por las calles nevadas, pensando, «el rey ha muerto». Ahora, todas las cosas que sucedieron cuando él vivía están terminadas y concluidas: la guerra, los aviones con una sola ala, el barro ante nuestra casa, muchas cosas. Pienso en todas las cabezas, miles de cabezas, que aparecen en las monedas, y que ahora son las cabezas de un muerto y no de una persona viva. Tendrán que cambiar el dinero, y los sellos de correos; ahora llevarán la imagen de la reina. Antes la reina era la princesa Isabel. Recuerdo haberla visto en fotos, cuando era mucho más joven. Guardo algún otro recuerdo de ella, pero es muy vago y me hace sentir ligeramente inquieta.

Tanto Cordelia como Grace se han saltado un curso. Ahora están en octavo grado, aunque sólo tienen once años y los demás alumnos de octavo tienen trece. Carol Campbell y yo sólo estamos en sexto grado. Las cuatro vamos a una escuela distinta, una escuela nueva que han construido a nuestro lado del barranco, de forma que ya no hemos de esperar el autobús escolar por la mañana para volver a casa tras las clases. Nuestra nueva escuela es un edificio moderno de ladrillo amarillo, de una sola planta, y parece una oficina de correos. Tiene pizarras verdes de textura blanda en lugar de los chirriantes pizarrones negros, y suelos de baldosas en tonos pastel en lugar de los viejos y crujientes tablones de la Escuela Reina María. No hay puertas de niños y niñas, no hay patios de juego separados. Hasta las maestras son distintas: más jóvenes, más informales. Incluso hay algunos maestros.

He olvidado cosas, he olvidado que las he olvidado. Recuerdo mi antigua escuela, pero oscuramente, como si hiciera cinco años que no voy por allí en vez de cinco meses. Recuerdo que asistía a la escuela dominical, pero no los detalles. Sé que no me gusta pensar en la señora Smeath, pero he olvidado el porqué. He olvidado los desmayos y las pilas de platos, y que me caí en el riachuelo, y también que vi a la Virgen María. He olvidado todas las cosas desagradables que sucedieron. Aunque todos los días veo a Cordelia, a Grace y a Carol, no recuerdo nada de eso; únicamente que habían sido amigas mías, cuando yo era más pequeña, antes de que hiciera otras amigas. Hay algo relacionado con ellas, como una frase en minúscula letra de imprenta, descolorida, como las fechas de antiguas batallas. Sus nombres son como nombres en una nota a pie de página, o como los que aparecen inscritos en delicada caligrafía pardusca en las guardas de una Biblia. Son nombres con los que no se asocia ninguna emoción. Son como los nombres de unas primas lejanas, gente que vive en un lugar remoto, gente que apenas conozco. Se ha perdido tiempo.

Nadie habla nunca de este tiempo perdido, excepto mi madre. De vez en cuando, comenta algo sobre «aquella mala época que pasaste», y me deja intrigada. ¿De qué me habla? Estas referencias a una mala época me resultan vagamente amenazadoras,

vagamente insultantes: no soy el tipo de chica que pasa por malas épocas, yo sólo tengo épocas buenas. Ahí estoy, en la foto de la clase de sexto grado, sonriendo de oreja a oreja. Feliz como una almeja, es la frase que suele usar mi madre. Soy feliz como una almeja: de concha dura y firmemente cerrada.

Mis padres se afanan en la casa. Aparecen habitaciones en el sótano, gradualmente y tras mucho serrar y martillar, en las horas libres de mi padre: un cuarto oscuro, una despensa para conservas, jaleas y confituras. El jardín es un verdadero jardín con césped. En el huerto han plantado un melocotonero, un peral, un arriate de espárragos, hileras y más hileras de verduras. Los bordes están cubiertos de flores: tulipanes y narcisos, lirios, peonías, claveles, crisantemos, algo distinto para cada estación. Alguna que otra vez tengo que ayudar, pero casi siempre me limito a observar con desapego mientras ellos se mueven por el barro, cavando y desherbando, las rodilleras de sus pantalones manchadas de arcilla. Son como chiquillos en una montaña de arena. Me gustan las flores, pero sé que yo nunca llegaría a tales extremos, me sometería a tales esfuerzos, ni me ensuciaría de tal manera para producirlas.

Han derribado el puente peatonal sobre el barranco. Todo el mundo dice que ya era hora, que no ofrecía ninguna seguridad. Van a sustituirlo por un puente de hormigón. Me acerco un día y me detengo en lo alto de la colina, de nuestro lado del barranco, para mirar el puente derribado. Abajo, junto al arroyo, hay un montón de tablas podridas. Los pilones verticales siguen en pie, como otros tantos troncos de árboles muertos, y aún se conserva parte de los travesaños, pero las barandillas han desaparecido. Noto una extraña sensación, como si allí abajo hubiera algo enterrado, una cosa innominada y decisiva, o como si todavía hubiese alguien en el puente, abandonado por error, suspendido en el aire, incapaz de descender a tierra. Pero es evidente que no hay nadie.

Cordelia y Grace se gradúan y marchan a otra parte; Cordelia, según se dice, a St. Sebastian, una escuela privada para chicas, y Grace a una escuela secundaria más al norte donde trabajan mucho las matemáticas. Se le da bien sumar cosas en pulcras columnitas. Cuando se gradúa, todavía conserva sus largas trenzas. Carol suele ir detrás de los chicos en el recreo, y a menudo es perseguida por dos o tres de ellos. Les gusta arrojarla sobre un banco de nieve y restregarle la nieve por la cara, o, cuando no hay nieve, atarla con las cuerdas de saltar. Cuando huye de ellos, agita mucho los brazos. Corre con un curioso meneo, lo bastante despacio como para ser atrapada, y chilla a voz en cuello cuando le dan alcance. Lleva un sostén relleno. No es muy apreciada por las demás chicas.

Para Estudios Sociales hago un trabajo sobre el Tíbet, donde hay molinos de oración y reencarnaciones y las mujeres tienen dos maridos, y para Ciencias cultivo distintas clases de semillas. Tengo un novio, que es lo que ahora se lleva. De vez en

cuando me hace llegar una nota desde el otro lado del pasillo, escrita con un lápiz muy negro. A veces organizamos fiestas, con desgarrado bailoteo, torpes risas y payasadas por parte de los chicos, húmedos e inexpertos besos con entrechocar de dientes. Mi novio graba mis iniciales en su flamante pupitre, y es azotado por ello. También es azotado por otras razones. Esto suscita mi admiración. Veo un televisor por primera vez y es como un pequeño teatro de marionetas en blanco y negro, no muy interesante.

Carol Campbell se traslada y apenas me doy cuenta. Me salto el séptimo grado y paso directamente a octavo, prescindiendo de los reyes de Inglaterra por orden cronológico, prescindiendo del aparato circulatorio, dejando atrás a mi novio. Me cortan el pelo. Ha sido idea mía. Estoy harta de llevar una larga melena ondulada que debe ser sujeta por broches o cintas. Estoy harta de ser una niña. Bajo mi complacida mirada, mi cabello se desprende de mí como una neblina y emerge mi cabeza con los rasgos más pronunciados, más nítidamente definidos. Estoy preparada para la escuela secundaria, quiero ir allí de inmediato.

Reorganizo mi cuarto, como preparación. Saco los viejos juguetes del armario, vacío todos los cajones de mi escritorio. Encuentro una solitaria canica ojo de gato rodando por el fondo de un cajón, y algunas castañas secas. Encuentro también un bolso de plástico rojo, y recuerdo que me lo regalaron una Navidad. Es un bolso muy infantil. Cuando lo cojo, resuena; hay una moneda en su interior. Me quedo la moneda para gastármela y guardo la canica en el bolso. Las castañas las tiro.

Encuentro mi álbum de fotos, el de las hojas negras. Hace mucho que no tomo ninguna foto con mi cámara Brownie, por eso lo había perdido de vista. Adheridas con triangulitos negros hay fotos que no recuerdo haber tomado. Por ejemplo, hay varias fotografías de lo que parece unos grandes peñascos, al borde de un lago. Bajo ellas, escrito con lápiz blanco, dice: *Daisy. Elsie*. Es mi letra, pero no recuerdo haberlo escrito.

Bajo todas estas cosas al sótano y las meto en el baúl, donde van las cosas viejas que no son para tirar. Allí está el vestido de novia de mi madre, diversos objetos de plata repujada, unos cuantos retratos color sepia de gente a la que no conozco, un paquete de marcadores de *bridge* con borlas de seda, de antes de la guerra. Allí están también algunos de nuestros viejos dibujos, las naves espaciales de mi hermano con sus explosiones en rojo y oro, mis minuciosas niñitas pasadas de moda. Contemplo con desagrado sus delantales y lazos, sus rudimentarias caras y manos. No me gusta mirar cosas tan estrechamente relacionadas con mi vida de niña. Pienso que estos dibujos son muy desmañados: ahora puedo hacerlos mucho mejor.

El día anterior al inicio de la escuela secundaria suena el teléfono. Es la mamá de Cordelia, y quiere hablar con mi madre. Doy por sentado que se trata de algún

aburrido asunto de adultos y reanudo la lectura del periódico en el suelo de la sala. Pero, tras colgar el aparato, mi madre entra en el cuarto.

—Elaine —comienza. Esto no es normal, porque no suele usar mi nombre a menudo. Su voz es grave.

Aparto mi vista de Mandrake el Mago. Ella desvía la suya.

—Era la madre de Cordelia —dice—. Cordelia asistirá a la misma escuela secundaria que tú. La madre de Cordelia quería saber si os gustaría ir juntas a la escuela.

—¿Cordelia? —pregunto. Hace todo un año que no he visto a Cordelia ni hablado con ella. Se ha esfumado por completo. He elegido esta escuela porque puedo ir andando, en vez de tomar el autobús; así que, ¿por qué no ir andando con Cordelia? —. Muy bien —contesto.

—¿Estás segura de que no te importa? —inquire mi madre, con cierta inquietud. No me dice por qué Cordelia viene ahora a mi escuela, ni yo se lo pregunto.

—¿Por qué habría de importarme? —respondo. Estoy empezando a deslizarme hacia la impertinencia, cosa muy propia de la escuela secundaria, pero es que tampoco veo adónde quiere ir a parar. Quieren que haga una especie de favor a Cordelia, o a la madre de Cordelia. La actitud habitual de mi madre es que hay que hacer estos favores cuando alguien los solicita, conque, ¿a qué vienen ahora estas dudas?

No contesta a mi pregunta, pero se queda vacilando. Reanudo la lectura de las tiras cómicas.

—¿Quieres que llame a su madre, entonces, o prefieres hablar tú misma con Cordelia?

—Llámala tú —respondo. Y añado—: Por favor. —Ahora mismo, no siento ningún deseo especial de hablar con Cordelia.

A la mañana siguiente me detengo en casa de Cordelia, que me viene de camino a la escuela, para recogerla. Se abre la puerta y ahí está Cordelia, pero ya no es la misma. Ya no es angulosa y larguirucha; le han crecido los pechos y tiene más llenas las caderas y la cara. Su cabellera es más larga, no cortada a lo paje. Ahora la lleva recogida en una cola de caballo con pequeñas flores de muguete de tela blanca trenzadas en torno a la cinta elástica. Se ha aclarado un mechón del flequillo con agua oxigenada. Lleva los labios pintados de color naranja, y laca de uñas naranja para hacer juego. Mi pintura de labios es de un rosa claro. Al ver a Cordelia, me doy cuenta de que no parezco una adolescente, sino una niña disfrazada de adolescente. Todavía soy flaca, todavía soy lisa. Siento un feroz deseo de ser mayor.

Emprendemos el camino de la escuela, sin hablar mucho al principio. Pasamos ante una gasolinera, una funeraria y luego un kilómetro de tiendas, una sucursal de Woolworth, una farmacia I. D. A., una tienda de frutas y verduras, una ferretería, todas en edificios de ladrillo amarillo de dos pisos de altura y terrado plano, la una

junto a la otra. Sujetamos los libros de texto contra el pecho, y nuestras faldas de algodón nos rozan las piernas desnudas. Ahora mismo está terminando el verano, y todos los jardines son de un verde mate o amarillentos y ajados.

Había supuesto que Cordelia iría un curso por delante mío, pero no es así, ahora estamos en el mismo curso. La expulsaron de St. Sebastian por dibujarle un pene a un murciélago. Eso es lo que ella me cuenta. Dice que había un gran murciélago dibujado en la pizarra, con las alas extendidas y apenas un pequeño bultito entre las piernas. Así que se acercó a la pizarra cuando el maestro había salido y borró el bultito y dibujó otro más grande y más largo —«tampoco tan grande»—, y el profesor entró en aquel momento y la pilló con las manos en la masa.

—¿Y eso es todo? —me extraño.

No exactamente. También había escrito pulcramente «Sr. Malder» bajo el bultito. El señor Malder era el maestro. Seguramente no es todo lo que hizo, pero es todo lo que me cuenta. Luego, como una ocurrencia posterior, añade que suspendió el curso.

—Era demasiado joven —alega. Eso me suena a algo que ha oído decir a otra gente, seguramente a su madre—. Sólo tenía doce años. No habrían debido hacerme saltar un curso.

Ahora tiene trece. Yo, doce. Yo también me he saltado un curso. Empiezo a preguntarme si acabaré como ella, dibujando penes a los murciélagos, suspendiendo los exámenes.



La escuela a la que vamos se llama Burnham High School. Es de construcción reciente, de forma alargada, de terrado plano, sin ornamentos, discreta, como una especie de fábrica. Es el último grito en arquitectura moderna. Por dentro tiene largos pasillos con suelos moteados, de un material que parece granito pero que no lo es. Las amarillentas paredes están recubiertas de taquillas color verde oscuro, y hay un auditorio y un sistema de altavoces.

Todas las mañanas se hacen anuncios por el sistema de altavoces. Primero tenemos una lectura de la Biblia y oraciones. Yo inclino la cabeza durante las oraciones pero me niego a rezar, aunque no sé por qué lo hago. Después de las oraciones, el director nos informa de los próximos acontecimientos, y también nos advierte que no debemos tirar al suelo los envoltorios de los chicles ni remolonear por los pasillos como viejos matrimonios. El director es el señor MacLeod, pero, a sus espaldas, todo el mundo le llama Cocoliso, porque tiene la coronilla calva; además, es de ascendencia escocesa. La escuela de Burnham High tiene un tartán propio, un nombre heráldico propio, con el dibujo de un cardo y un par de esas dagas que los escoceses se meten en los calcetines, y una divisa en gaélico. El tartán, el timbre, la divisa y los colores de la escuela pertenecen al clan personal del señor MacLeod.

En el vestíbulo principal, al lado de la reina, cuelga un retrato de Dama Flora MacLeod con sus dos nietos gaiteros, posando ante el castillo de Dunvegan. El director nos alienta a considerar este castillo como nuestro hogar ancestral, y a Dama Flora como nuestra guía espiritual. Aprendemos a cantar a coro *The Skye Boat Song*, sobre el Bondadoso Príncipe Charlie y su huida de los ingleses genocidas. Aprendemos *Scots Wha Hae*, y un poema sobre un ratón, que es causa de jolgorio porque contiene la palabra «seno». Yo estoy convencida de que todo este ambiente escocés es el normal de las escuelas secundarias, pues nunca he conocido otra; incluso los diversos armenios, griegos y chinos que acuden a nuestra escuela pierden las aristas de sus diferencias, sumergidos como todos lo estamos en una bruma de tartán.

No conozco a mucha gente en esta escuela, ni Cordelia tampoco. En mi clase de graduación de la escuela pública sólo éramos ocho alumnos, y en la de Cordelia eran cuatro. Así que estamos en una escuela llena de desconocidos. Encima, nos corresponden distintas salas de estudio, o sea que ni siquiera podemos apoyarnos la una en la otra.

En mi sala de estudios, todos son más grandes que yo. Es lógico, porque también todos son más viejos. Las chicas tienen pechos y olor amodorrado, polvoriento, de día caluroso; su cutis presenta un aspecto resbaladizo, como impregnado de una capa oleosa. Me producen recelo, y no me gusta nada el vestuario donde debemos

ponernos los trajes de gimnasia de algodón azul, con pantalones bombachos y nuestro nombre bordado sobre el bolsillo. Allí dentro me siento más flaca que nunca; cuando me miro en el espejo, veo resaltar las costillas debajo de las clavículas. En los partidos de balonvolea, las demás chicas brincan y alborotan a mi alrededor, con voces roncadas y exageradas, haciendo bambolear su nueva carne de más. Yo procuro apartarme de su camino, sencillamente porque son más grandes y podrían derribarme. Pero en realidad no me dan miedo. En cierto modo las desprecio, por lo mucho que se parecen a Carol Campbell, con sus grititos y sus poses ridículas.

Entre los chicos hay unos cuantos alfeñiques a los que todavía no les ha cambiado la voz, pero también hay muchos gigantes. Algunos tienen quince años, casi dieciséis. Llevan el pelo largo por los lados y aplastado hacia atrás con brillantina, y se afeitan. Algunos dan la impresión de afeitarse mucho. Se sientan al fondo de la clase y estiran sus largas piernas hacia el pasillo. Han repetido curso, al menos una vez; lo han dejado por imposible y los han dejado por imposibles, y ahora se limitan a esperar que pase el tiempo hasta que puedan irse. Aunque les dicen cosas a las chicas con que se cruzan por los corredores y les envían besitos, y rondan en torno a sus taquillas, a mí nunca me prestan la menor atención. Para ellos sólo soy una niña.

Pero yo no me siento más joven que esta gente. En algunos sentidos, me siento mayor. En nuestro libro de Salud hay un capítulo sobre las emociones de los adolescentes. Según el libro, debería hallarme atrapada en un remolino de emociones, ahora riendo y al instante siguiente llorando, como en una especie de montañas rusas, que es la comparación que utilizan. Esta descripción, sin embargo, no encaja conmigo. Estoy serena; contemplo las bufonadas de mis compañeros, que actúan según el libro de texto, con una combinación de curiosidad científica y comprensión casi maternal. Cuando Cordelia me pregunta «¿No crees que fulano es muy retrechero?», debo hacer un esfuerzo para entender qué quiere decir. Es cierto que de vez en cuando lloro sin saber por qué, como dice el libro, pero no puedo creer en mi propia tristeza; tomármela en serio. Me observo llorar en el espejo, intrigada por la visión de las lágrimas.

A la hora de almorzar me siento junto a Cordelia en la cafetería, pintada de colores claros y con largas mesas blancuzcas. Engullimos los almuerzos, que llevan toda la mañana fermentando en nuestras correspondientes taquillas y saben vagamente a zapatillas de gimnasia, y bebemos leche con chocolate a través de sendas pajitas, e intercambiamos lo que nos parecen sarcásticos e ingeniosos comentarios acerca de los demás alumnos de la escuela, de los profesores. Cordelia ya se ha pasado un año en la escuela secundaria y sabe cómo se hace. Lleva el cuello de la blusa vuelto hacia arriba y afecta una sonrisita burlona. «Es un posma», dice; o bien: «Vaya chinche». Estas palabras se aplican sólo a los chicos. Las chicas pueden ser cursis, estrechas u ordinarias, mosquitas muertas o buscalíos; también pueden ser pelotas, sabihondas y empollonas, como los chicos, si dan la impresión de estudiar demasiado. Pero no pueden ser posmas ni chinches. Me gusta la palabra «posma». No

sé por qué, la asocio con las bolitas de lana que se forman en los suéteres. Los chicos que son posmas llevan suéteres así. Yo siempre quito todas las bolitas de lana de mis suéteres.

Cordelia colecciona fotos de artistas de cine y cantantes, que encarga por correo tras buscar las direcciones de los clubes de fans en revistas de cine en cuya contraportada se anuncia ropa interior transparente de Frederick's of Hollywood y tabletas con sabor a chocolate que sirven para adelgazar. Clava estas fotos con chinchetas en el tablón de anuncios sobre el pupitre y las pega con cinta adhesiva a las paredes de su cuarto. Cada vez que entro allí, tengo la sensación de ser observada por una muchedumbre, cuyos brillantes ojos en blanco y negro me siguen por la habitación. Algunas de estas fotografías están firmadas, y las examinamos bajo una luz para comprobar si la pluma ha hecho mella en el papel. Si no es así, es que la firma sólo está impresa. A Cordelia le gusta June Allison, pero también Frank Sinatra y Betty Hutton. El más *sexy*, según ella, es Burt Lancaster.

Al salir de la escuela, de camino a casa, nos paramos en la tienda de discos y probamos discos de 78 revoluciones en la angosta cabina revestida de corcho. A veces Cordelia compra algún disco con el dinero de su paga, que es mayor que la mía, pero por lo general se limita a escucharlos. Espera de mí que ponga los ojos en blanco por el éxtasis, como hace ella; espera que suelte gemidos. Conoce bien los rituales, sabe cómo se supone que debemos comportarnos, ahora que estamos en la escuela secundaria. Pero a mí todo esto se me antoja impenetrable y fraudulento, y no puedo hacerlo sin tener la sensación de estar fingiendo.

Nos llevamos los discos a casa de Cordelia para escucharlos en la gramola de la sala, a todo volumen. Aparece Frank Sinatra, una voz incorpórea que resbala sobre la melodía como quien da un patinazo en una acera embarrada. Sube deslizándose hacia una nota alta, la alcanza, hace equilibrios para no caer, se recupera, comienza a rezumar hacia la siguiente nota.

—¿No es fantástico cómo lo hace? —inquire Cordelia. Se desploma sobre el Chesterfield, las piernas sobre el brazo del sofá, la cabeza colgando hacia el suelo. Está comiendo una rosquilla cubierta de azúcar en polvo; el azúcar le cae sobre la nariz—. Tengo la sensación de tenerlo aquí al lado, acariciándome la espalda con la mano.

—Sí —contesto.

Entran Perdie y Mirrie, y Perdie dice: «Ya estás otra vez fantaseando sobre él», y Mirrie: «Cordelia, cielo, ¿te importaría bajar un poco el volumen?». Últimamente se dirige a Cordelia en un tono supersuave y la llama cielo a cada momento.

Perdie está ya en la universidad. Acude a las fiestas de las fraternidades. Mirrie está en el último curso de la escuela secundaria, aunque no en la nuestra. Ambas parecen más encantadoras, hermosas y sofisticadas que nunca. Llevan suéteres de cachemira y pendientes de perlas, y fuman cigarrillos. Los llaman *ciguifús*. Lllaman *huevoifús* a los huevos, y *desi* al desayuno. Si hablan de una embarazada, dicen que

*estipreñis*. Todavía llaman mami a su madre. Se sientan a fumar cigarrillos y charlan despreocupadamente y con divertida y semidespectiva ironía acerca de sus amistades, que tienen nombres como Mickie y Bobbie y Poochie y Robín. A juzgar por estos nombres, resulta difícil saber si se trata de chicos o de chicas.

—¿No estás ya bastante *sofonsificada*? —le pregunta Perdie a Cordelia. Es una palabra inventada que ahora utilizan a menudo. Quiere decir si no has comido ya lo suficiente—. Tenían que ser para la cena. —Se refiere a las rosquillas.

—Todavía quedan muchas —replica Cordelia, que sigue cabeza abajo, tras limpiarse la nariz.

—Cordelia —dice Perdie—. No te subas el cuello de esa manera. Es una ordinariez.

—No es una ordinariez —protesta Cordelia—. Es una fardada.

—Una fardada —repite Perdie, poniendo los ojos en blanco, exhalando humo por la nariz. Su boca es pequeña, carnosa y curvada en los extremos—. Hablas como un anuncio de brillantina para el pelo.

Cordelia se da la vuelta para sentarse correctamente, asoma la lengua por la comisura de los labios y se queda mirando a Perdie.

—¿Y? —dice al fin—. ¿Qué sabrás tú? Tú ya vas cuesta abajo.

Perdie, que ya es lo bastante mayor como para beber combinados con los adultos antes de la cena, aunque aún no puede hacerlo en los bares, frunce los labios y se vuelve hacia Mirrie.

—Me parece que la escuela secundaria le sienta mal —comenta—. Se está volviendo una frescales. —Pronuncia esta última palabra con acento burlón, para demostrar que es el tipo de expresión que ella ya ha dejado atrás—. Si no espabilas, Cordelia, volverás a suspender el curso. Y ya sabes lo que dijo papá la última vez.

Cordelia se ruboriza y no se le ocurre ninguna réplica.

Cordelia empieza a birlar cosas en las tiendas. Ella no lo llama robar, lo llama birlar. Birla pintalabios en Woolworth's, paquetes de regaliz Nibs en la farmacia. Entra a comprar alguna menudencia, como horquillas para el cabello, y, cuando la dependienta le vuelve la espalda para buscar el cambio en la caja, ella coge algo del mostrador y lo esconde bajo el abrigo o en los bolsillos del abrigo. Ha llegado el otoño y llevamos abrigos largos que aletean sobre nuestras pantorrillas, abrigos con grandes y abultados bolsillos sobrepuestos, muy buenos para birlar. Una vez fuera de la tienda, me enseña lo que ha cogido. No parece creer que haya nada malo en lo que hace; se ríe con deleite, le brillan los ojos, se le encienden las mejillas. Es como si hubiera ganado un premio.

En Woolworth's hay viejos suelos de madera, manchados por los muchos años de barro invernal en las botas de los clientes, y mortecinas luces elevadas que penden de largos tallos metálicos. Nada de lo que allí se vende nos interesa en realidad, salvo quizá los pintalabios. Hay marcos para fotografías que encierran retratos de estrellas de cine extrañamente coloreados, para que se vea qué tal queda el marco con una foto

dentro; estas estrellas tienen nombres como Ramón Novarro y Linda Darnell, estrellas de una época remota con varios años de antigüedad. Hay sombreros chabacanos, sombreros de vieja provistos de velo, y peines adornados con brillantes de imitación. Prácticamente todo lo que hay es una imitación de otra cosa. Deambulamos por los pasillos, rociándonos con los pulverizadores de colonia, probando los pintalabios de muestra en el dorso de nuestras manos, toqueteando las mercancías y burlándonos de ellas a voz en grito, mientras las vendedoras de edad madura nos fulminan con la mirada.

Cordelia birla un pañuelo de nailon rosa y cree haber sido vista por una de las enojadas vendedoras, así que dejamos pasar algún tiempo sin volver por allí. Vamos al *drugstore* y compramos Creamsicles, y mientras yo pago Cordelia birla dos historietas de terror. Luego reanudamos el regreso a casa y nos vamos turnando para leerlos en voz alta, interpretando a los diversos personajes como en los seriales de la radio, deteniéndonos de vez en cuando para reírnos a gusto. Nos sentamos sobre el bajo muro de piedra que hay ante la funeraria para poder mirar los dibujos las dos, y seguimos leyendo entre risas.

Los tebeos están dibujados con mucho detalle y pintados con colores chillones, entre los que predominan el verde, el morado y el amarillo azufre. Cordelia lee una historia sobre dos hermanas, una guapa y la otra con una quemadura que le cubre media cara. La quemadura es de color marrón y arrugada como una manzana reseca. La hermana guapa tiene novio y va con él a los bailes, la hermana quemada siente odio por ella y ama a su novio. La quemada se ahorca ante un espejo, por despecho, pero su espíritu pasa al espejo. En la primera ocasión en que la guapa va a cepillarse el cabello ante ese espejo, encuentra a la quemada mirándola desde allí. El sobresalto es tan fuerte que se desmaya, y la quemada sale del espejo y se mete en el cuerpo de la guapa. Se queda con el cuerpo y engaña al novio, e incluso consigue besarlo, pero, aunque el rostro ahora es perfecto, su reflejo en ese espejo sigue mostrando su auténtica cara deforme. El novio la ve. Por fortuna, sabe lo que debe hacer. Rompe el espejo.

—Buaá, buaá —dice Cordelia—. Oh, Bob... ha sido... horrible. No temas, querida, ya ha pasado todo. Se ha ido... de vuelta... al lugar de donde salió... para siempre. Ahora podemos estar juntos sin temor. Abrazo. Fin. ¡Qué asco!

Yo leo una sobre un hombre y una mujer que se ahogan en el mar pero enseguida descubren que no están exactamente muertos, sino que se han vuelto enormemente gordos e hinchados y viven en una isla desierta. Ya no se quieren, por lo gordos que están. De repente aparece un barco y le hacen señas. «¡No nos ven! ¡Están pasando a través nuestro! Oh, no... eso quiere decir... que estamos condenados a seguir siendo así eternamente. ¿No hay ninguna escapatoria?».

En la viñeta siguiente se han ahorcado. Sus obesos cuerpos penden de una palmera, y sus esbeltos cuerpos de antes, brumosos y cubiertos con harapientos trajes de baño, se dan la mano mientras se internan en el océano. «Conclusión. Fin».

—¡Oh, qué asco y qué asco! —exclama Cordelia.

Cordelia lee una sobre un muerto que sale del pantano, con la carne putrefacta y descompuesta, para estrangular al hermano que lo arrojó a aquel lugar, y yo leo una sobre un hombre que recoge en su coche a una bella autoestopista que luego resulta que llevaba diez años muerta. Cordelia lee una sobre un hombre que recibe la maldición de un brujo vudú, y luego le crece una enorme pinza de langosta en la mano y la pinza se vuelve contra él y le ataca.

Cuando llegamos a casa de Cordelia, ella no quiere entrar con los tebeos de terror. Dice que podrían encontrárselos y que querrían saber de dónde los ha sacado. Aunque supongan que los ha comprado, tendrá problemas. Así que acabo llevándomelos yo a casa. A ninguna de los dos se nos ocurre tirarlos.

Una vez en casa, me doy cuenta de que no quiero que pasen la noche en el mismo cuarto que yo. Está bien reírse de ellos a plena luz del día, pero no me gusta la idea de tenerlos en mi habitación mientras duermo. Me los imagino refulgiendo en la oscuridad, con un siniestro resplandor amarillo de azufre; me imagino que desprenden zarcillos de niebla que se materializan sobre mi escritorio. Temo descubrir que hay otra persona atrapada en mi cuerpo; me miraré en el espejo del cuarto de baño y veré la cara de otra chica, una chica que se parece a mí pero que tiene el rostro desfigurado por una quemadura.

Sé que estas cosas no pueden pasar, pero no me gusta la idea. Tampoco quiero tirar los tebeos: eso sería dejarlos sueltos, podrían quedar fuera de control. Así que los llevo al cuarto de Stephen y los meto entre sus viejos tebeos, que aún siguen allí, amontonados bajo su cama. Ya nunca los lee, o sea que no los verá. Sean cuales sean las emanaciones que puedan exudar por la noche, él será inmune a ellas. En mi opinión, Stephen sabe afrontar los problemas, y eso incluye este tipo de cosas.

Una tarde de domingo. Hay fuego en la chimenea; las cortinas están cerradas frente a la opresiva oscuridad de noviembre. Mi padre, sentado en el sillón, corrige dibujos de orugas partidas por la mitad para que se vea el aparato digestivo; mi madre ha preparado pedacitos de queso gratinados con sendas lonchas de bacon por encima. Estamos escuchando «La hora de Jack Benny» en la radio, interrumpida por anuncios cantados de los cigarrillos Lucky Strike. En este programa sale un hombre que habla con voz gruesa, y otro que siempre dice «los encurtidos en el medio y la mostaza por encima». No tengo ni idea de que figura que el primero es negro y el segundo, judío; sólo pienso que tienen unas curiosas voces.

Nuestra antigua radio con un ojo verde ha desaparecido, sustituida por otra nueva, de madera clara, en un mueble pulido y sin adornos que contiene también un tocadiscos. Tenemos mesitas individuales de madera para los platos de queso gratinado; estas mesitas también son claras, con unas patas que son gruesas por arriba y se van afinando hacia la punta, sin protuberancias ni volutas, que son nidos de polvo. Se parecen a las piernas de las mujeres gordas tal como las pintan en los tebeos, sin rodillas ni tobillos. Toda esta madera clara viene de Escandinavia. Nuestra cubertería de plata ha sido relegada al cofre del sótano. En su lugar hay una cubertería nueva, que no es de plata, sino de acero inoxidable.

Estos artículos no han sido elegidos por mi madre, sino por mi padre. También es él quien elige la ropa de vestir de mi madre; mi madre alega, riéndose, que todo su gusto está en la boca. Por lo que a ella se refiere, las sillas son para sentarse, y no le importa en lo más mínimo que estén tapizadas con petunias rosas o con topos morados, siempre y cuando no se vengán abajo. Es como si sólo pudiera ver las cosas que se mueven, como les pasa a los gatos. Con el tiempo, cada vez se está volviendo más indiferente a la moda, y se pasea por ahí con atuendos improvisados, un anorak de esquí, una bufanda vieja, guantes desaparejados. Dice que, mientras vaya abrigada, le da igual cómo le quede.

Peor aún, ahora se dedica a bailar sobre patines; va a tomar clases en la pista de hielo cubierta, y baila tangos y valeses al compás de una música enlatada, cogida de la mano con otras mujeres. Esto resulta mortificante, pero al menos lo hace en un lugar cerrado, donde nadie puede verla. Espero que, cuando llegue el frío de verdad, no le dé por practicar en la pista al aire libre, donde podría ser vista por algún conocido. Pero ella ni siquiera es consciente de los trastornos que eso podría acarrear. Nunca se pregunta. ¿Qué va a pensar la gente?, como hacen las demás madres, o como se supone que lo hacen. Dice que le importa un bledo.

A mí esto me parece una irresponsabilidad. Al mismo tiempo, la palabra «bledo» me complace. Convierte a mi madre en una no-madre, una especie de lechuza mutante. Yo me he vuelto quisquillosa en cuestión de ropa, y he tomado la costumbre

de examinarme por detrás con ayuda de un espejo de mano; aunque por delante me vea bien, la traición puede atacar furtivamente: un hilo suelto, un dobladillo descosido. Que me importara un bledo sería un auténtico lujo. La expresión describe perfectamente el espléndido e irreverente descuido que me gustaría cultivar, en éstas y otras cuestiones.

Mi hermano está sentado en una de las sillas claras con patas ahusadas que hacen juego con las mesas. Se ha vuelto mayor en tamaño y en edad, de un modo repentino, cuando yo no miraba. Ahora tiene una maquinilla de afeitar. Como es fin de semana y no se ha afeitado, exhibe una línea de finos pelillos que le brotan de la piel alrededor de la boca. Lleva puestos sus mocasines, unos viejos de estar por casa, con las suelas agujereadas, y su pullóver marrón de codos deshilachados. Se resiste a todos los intentos de mi madre de remendar o cambiar este pullóver. Mi madre suele decir a menudo que la ropa le importa un bledo, pero esta indiferencia no alcanza a los agujeros, los orillos raídos ni la suciedad.

El harapiento suéter de mi hermano y sus mocasines como cedazos son las prendas que usa para estudiar. Los días de entre semana tiene que llevar chaqueta y corbata y pantalones de franela gris, pues así lo exigen en su escuela. No puede llevar tupé como los chicos de mi escuela, ni siquiera un corte a cepillo: lleva el cabello afeitado en la nuca y con raya a un lado, como los niños de coro ingleses. Es otra norma de la escuela. Con este peinado parece una ilustración de una novela de aventuras de los años veinte, de las que hay algunas en el sótano, o un piloto aliado de los que salen en los tebeos. Tiene ese tipo de nariz, ese tipo de barbilla, aunque más enjuta: de facciones despejadas, apuesto, pasado de moda. También sus ojos son de ese estilo, de un azul penetrante y ligeramente fanático. Su desdén hacia los chicos a quienes no les importa un bledo cómo se visten resulta devastador. Los tacha de gomosos y afeminados.

Su escuela es una institución privada para chicos con talento, pero no es cara: se ingresa superando duros exámenes. Mis padres me preguntaron, con cierto nerviosismo, si desearía ir a una escuela privada para chicas; temían que me sintiera postergada si no hacían el mismo esfuerzo por mí. Ya conozco estas escuelas, donde te hacen llevar faldas a cuadros y jugar a *hockey* sobre hierba. Les dije que eran sitios para esnobs y de bajo nivel académico, lo cual es cierto. Pero la realidad es que no me dejaría coger ni muerta en una escuela para chicas. La sola idea me llena de pavor claustrofóbico: una escuela sin nada más que chicas sería como una trampa.

Mi hermano también escucha el programa de Jack Benny. Mientras escucha, se va llevando pedacitos de queso a la boca con la mano izquierda, pero la derecha sostiene un lápiz y no se está nunca quieta. Él apenas mira la libreta en la que está garrapateando, pero de vez en cuando arranca una hoja y la arruga. Estas notas arrugadas van a parar al suelo. Cuando las recoge para echarlas a la papelera, después



del programa, veo que están cubiertas de números y símbolos que se extienden en largas líneas, como un escrito, como una carta en clave.

A veces, mi hermano trae algún amigo a casa. Se meten en su cuarto, con el tablero de ajedrez entre los dos, y se pasan largos ratos sin mover más que las manos, que se elevan, se ciernen sobre el tablero, descienden en picado. De vez en cuando gruñen o exclaman «¡Ajá!», o «Vamos al cambio», o «Ahí te quería ver»; también se cruzan nuevos y enigmáticos insultos, en tono campechano: «¡Eres un número irracional!», «¡Eres una raíz cuadrada!», «¡Eres un atavismo!». Las piezas capturadas, los caballos, peones y alfiles, se alinean al borde del tablero. De vez en cuando, para ver cómo va la partida, les subo vasos de leche y galletas de vainilla y chocolate que he preparado yo misma según el *Libro de cocina en imágenes de Betty Crocker*. Es mi manera de alardear, pero nunca hacen mucho caso. Gruñen, se beben la leche sujetando el vaso con la mano izquierda y engullen las galletas sin que sus ojos se aparten en ningún momento del tablero. Los alfiles se tambalean, la reina cae, el rey queda sitiado. «Mate en dos», dicen. Un dedo desciende, derriba el rey. «Al mejor de cinco». Y vuelven a empezar.

Por las tardes, mi hermano estudia. A veces lo hace de curiosas maneras. Se pone cabeza abajo para estimular la circulación en el cerebro, o escupe pelotillas de papel mascado hacia el techo. La zona que rodea el aplique del techo está cubierta de bultitos adheridos permanentemente. Otras veces se entrega a furiosos arrebatos de actividad física: parte enormes montones de leña, mucha más de la necesaria, o se va a correr por el barranco, ataviado con unos lamentables pantalones de rodillas deformadas, un suéter verde oscuro aún más deshilachado que el marrón y unas estropeadas zapatillas deportivas de color gris que hacen pensar en esos zapatos desaparecidos que se encuentran tirados en los solares vacíos. Dice que se entrena para el maratón.

Durante buena parte del tiempo, mi hermano no parece consciente de mi existencia. Piensa en otras cosas, cosas solemnes e importantes. Sentado ante su cena, desmigaja una rebanada de pan con la mano derecha y contempla la pared situada detrás de mi madre, donde cuelga una pintura con tres vainas de vencetósigo en un jarrón, mientras mi padre nos explica por qué la raza humana está abocada a la extinción. Esta vez es porque hemos descubierto la insulina. Los diabéticos ya no se mueren como antes, sino que viven lo suficiente como para transmitir la enfermedad a sus hijos. Por la ley de la progresión geométrica, pronto seremos todos diabéticos, y puesto que la insulina se elabora a partir de los estómagos de las vacas, el mundo entero se verá cubierto de vacas productoras de insulina; es decir, aquellas partes que no estén ya cubiertas de seres humanos, que, por lo demás, se reproducen demasiado deprisa para su propio bien. Las vacas eructan gas metano. Tal como están las cosas, ya se está liberando demasiado metano a la atmósfera, y acabará desplazando el oxígeno y, quizá, convirtiendo todo el planeta en un inmenso invernadero. Los casquetes polares se derretirán y Nueva York quedará sumergida por las aguas, por no

hablar de las demás ciudades costeras. Además, también tenemos que preocuparnos por los desiertos y la erosión. Si no nos matan los regüeldos de las vacas, acabaremos como el desierto del Sahara, nos anuncia jovialmente mi padre, dando cuenta del último pedazo de carne mechada.

Mi padre no tiene nada contra los diabéticos, ni contra las vacas. Es sólo que le gusta seguir las líneas de razonamiento hasta su conclusión lógica. Mi madre dice que para postre tenemos *soufflé* de café.

En otro tiempo, mi hermano se habría interesado más por el destino de la raza humana. Ahora se limita a comentar que si el sol se convirtiera en una supernova, tardaríamos ocho minutos en verlo. Adopta una visión a largo plazo. Tarde o temprano vamos a convertirnos en cenizas, viene a decir, conque, ¿a qué preocuparse por unas cuantas vacas de más o de menos? Si bien colecciona todavía identificaciones de mariposas, cada vez está más lejos de la biología. En el cuadro general, no somos más que una manchita verde en la superficie, dice mi hermano.

Mi padre ataca el *soufflé* de café con el ceño un poco fruncido. Mi madre le sirve discretamente una taza de té. Veo que el futuro de la raza humana es un campo de batalla, que Stephen ha ganado un tanto y mi padre lo ha perdido. Quien se preocupa más, pierde.

Sé más cosas de mi padre de las que sabía antes: sé que durante la guerra quiso ser piloto, pero no pudo, porque el trabajo que realizaba era considerado esencial para el esfuerzo de guerra. Aún no he llegado a comprender cómo podían ser esenciales las orugas para el esfuerzo de guerra, pero se ve que lo eran. Tal vez sea por eso por lo que siempre conduce tan deprisa, tal vez está disponiéndose a despegar.

Sé que se crió en una granja en un rincón apartado de Nueva Escocia, donde no existía agua corriente ni electricidad. Por eso sabe construir cosas y tronchar cosas: allí, todo el mundo sabía usar una sierra o un hacha. Realizó sus estudios secundarios por correspondencia, sentado ante la mesa de la cocina a la luz de un quinqué de petróleo; se pagó la universidad trabajando en campos madereros y limpiando jaulas para conejos, y era tan pobre que durante los veranos vivía en una tienda de campaña para ahorrar algún dinero. Tocaba el violín en los bailes populares, y contaba ya veintidós años la primera vez que oyó una orquesta. Todo esto lo sé, pero no logro imaginármelo. Además, preferiría no saberlo. Quiero que mi padre sea sólo mi padre, como ha sido siempre, no un individuo con una mitológica vida anterior independiente de mí. Saber demasiado sobre las personas te coloca en su poder, les da un derecho sobre ti, te ves obligada a entender las razones por las que hacen las cosas, y eso te debilita.

Endurezco mi corazón ante el destino de la raza humana y calculo mentalmente cuánto dinero tendré que ahorrar para poder comprarme un nuevo suéter de lana. En Economía Doméstica, que en realidad significa cocinar y coser, he aprendido a poner una cremallera y a hacer una costura aceptable, y ahora confecciono yo misma muchas de mis prendas porque así es más barato, aunque no siempre me queden

exactamente igual que en la foto que viene con los patrones. En cuestión de modas recibo muy poca ayuda de mi madre, porque ella encuentra encantadora cualquier cosa que me ponga, siempre que no se vea ningún desgarrón.

Así pues, cuando necesito consejo recurro a la señora Finestein, nuestra vecina de al lado, que deja su hijo a mi cuidado los fines de semana. «A ti te sienta bien el azul, cariño —me dice—. Muy adecuado. Y el fucsia. Estarías preciosa de fucsia». Luego sale con el señor Finestein, sin arreglarse el cabello, la boca llamativa, balanceándose sobre sus zapatitos de tacón alto, con un cascabeleo de pulsera y aretes de oro, y yo le leo a Brian Finestein *La maquinita que podía* y lo acuesto en su cama.

De vez en cuando, Stephen y yo aún nos vemos obligados a fregar juntos los platos, y entonces se acuerda de que es mi hermano. Yo lavo, él seca y me formula benévolas, paternales e irritantes preguntas, como por ejemplo si me gusta estar en noveno grado. Él va a undécimo grado, montones de escalones por encima mío; no tiene por qué restregármelo por la nariz.

Pero, algunas de estas noches de secar vajilla, vuelve a mostrar la que yo considero su verdadera identidad. Me cuenta los apodos de los profesores de la escuela, que son siempre groseros, como «el Sobaco» y «el Excremento Humano», o nos dedicamos a inventar nuevos tacos, palabras que sugieren una obscenidad no específica. *Futo*, dice él. Yo contraataco con *proncar*, advirtiéndole que se trata de un verbo. Nos apoyamos en la pila de la cocina, partiéndonos de risa, hasta que entra nuestra madre y nos pregunta: «¿Se puede saber a qué viene este alboroto?».

De vez en cuando se le ocurre que es su deber educarme. Al parecer, tiene una opinión muy pobre de la mayoría de las chicas, y no quiere que yo me convierta en una del montón. No quiere que me vuelva una vanidosa con sesos de mosquito. Cree que me hallo en peligro de volverme frívola. Por las mañanas, se planta ante la puerta del cuarto de baño y me pregunta si soy capaz de apartarme del espejo.

Stephen opina que yo debería cultivar mi mente. Para ayudarme, me enseña a hacer una cinta de Moebius con una tira larga de papel, que se retuerce una vez antes de pegar los extremos con cola. Esta cinta de Moebius tiene una sola cara, como puede comprobarse pasando un dedo a lo largo de su superficie. Según Stephen es una forma de visualizar el infinito. Me dibuja una botella de Klein, que no tiene interior ni exterior, o mejor dicho, donde interior y exterior son lo mismo. La botella de Klein me resulta más difícil que la cinta de Moebius, seguramente porque se trata de una botella, y no puedo imaginarme una botella que no sirva para contener algo. No le veo el sentido.

Stephen dice que le interesan los problemas de los universos bidimensionales. Quiere que me imagine cómo vería un universo tridimensional alguien que fuese perfectamente plano. Si te paras en un universo bidimensional, sólo podrías ser percibida en el punto de intersección, o sea que serías percibida como dos formas alargadas, las dos secciones bidimensionales de tus pies. Luego hay universos de

cinco dimensiones, de siete dimensiones. Hago un gran esfuerzo por imaginármelos, pero no consigo llegar más allá de tres.

—¿Por qué tres? —Quiere saber Stephen. Es una de sus técnicas preferidas, hacer preguntas de las que ya conoce las respuestas, u otras respuestas.

—Porque son las que hay —digo yo.

—Son las que percibimos, querrás decir —me corrige—. Estamos limitados por nuestros propios órganos sensoriales. ¿Cómo crees que ve el mundo una mosca?

Sé cómo percibe el mundo una mosca, he visto muchos ojos de mosca al microscopio.

—En facetas —respondo—. Pero cada faceta sigue teniendo tres dimensiones.

—Bien dicho —concede, cosa que me hace sentir adulta, digna de esta conversación—. Pero, en realidad, percibimos cuatro.

—¿Cuatro?

—El tiempo es una dimensión —explica—. No se puede separar del espacio. Vivimos en el espacio-tiempo.

Dice que en realidad no existen objetos discretos que permanezcan incambiables, al margen del flujo temporal. Dice que el espacio-tiempo es curvo y que, en el espacio-tiempo curvo, la distancia más corta entre dos puntos no es una línea recta sino una línea que sigue la curvatura. Dice que el tiempo puede estirarse y encogerse, y que en algunos lugares discurre más deprisa que en otros.

Dice que si tuviéramos un par de hermanos gemelos e hiciéramos viajar a uno de ellos en un cohete de alta velocidad durante una semana, a su regreso descubriría que su hermano es diez años más viejo que él. Le digo que me parece que sería una pena.

Mi hermano sonrío. Dice que el universo es como un globo cubierto de topos, un globo que está hinchándose. Los topos son las estrellas, que constantemente se separan más y más. Dice que una de las cuestiones verdaderamente interesantes es la de si el universo es infinito e ilimitado o bien infinito pero con límites, como en el ejemplo del globo. A mí, lo único que me sugiere un globo es la explosión cuando se rompe.

Dice que el espacio es casi todo vacío y que en realidad la materia no es sólida. Es sólo un puñado de átomos muy separados entre sí que se mueven a mayor o menor velocidad. De todos modos, materia y energía son dos aspectos distintos de lo mismo. Es como si todo estuviera hecho de luz sólida. Dice que si supiéramos lo suficiente podríamos movernos más deprisa que la luz, y entonces el espacio se convertiría en tiempo y el tiempo se convertiría en espacio, y podríamos viajar por el tiempo hacia el pasado.

Ésta es la primera idea suya que me ha interesado realmente. Me gustaría ver los dinosaurios y muchas otras cosas, como los antiguos egipcios. Por otra parte, esta idea tiene algo de amenazador. No estoy completamente segura de querer viajar hacia el pasado. Tampoco estoy completamente segura de querer sentirme tan impresionada por todo lo que él dice. Eso le concede una excesiva ventaja. Además, no es una

forma razonable de hablar. Muchas de estas cosas me suenan como sacadas de algún tebeo de ésos con pistolas de rayos.

Así que pregunto:

—¿Y de qué serviría eso?

Sonríe.

—Si pudieras hacerlo, sabrías que puedes hacerlo. —Tal es su contestación.

Le digo a Cordelia que Stephen dice que, si supiéramos lo bastante, podríamos atravesar las paredes. Por el momento, es la única de sus ideas que me atrevo a divulgar. Las demás son demasiado complicadas o extravagantes.

Cordelia se echa a reír. Dice que Stephen es un sabihondo, y que si no fuese tan mono sería un posma.

Este verano Stephen ha encontrado trabajo en un campamento juvenil como instructor de remo, pero yo no, porque sólo tengo trece años. Me voy al norte con mis padres, a un sitio cerca de Sault Ste. Marie, donde mi padre supervisa una colonia experimental de lagartas en jaulas de rejillas.

Stephen me manda cartas, escritas a lápiz sobre hojas arrancadas de un bloc de papel rayado, en las que se burla de todo lo que cae bajo sus ojos, como por ejemplo los demás instructores del campo y las chicas que persiguen en sus días libres. Describe a estos instructores con la piel cubierta de granos, los dientes torcidos, sacando siempre la lengua como hacen los perros, los ojos bizqueantes en un estado permanente de imbecilidad inducida por las chicas. Esto me hace suponer que tengo cierto poder. O, en todo caso, lo tendré: yo también soy una chica. Suelo ir de pesca yo sola, más que nada para tener algo que contarle en mis cartas. Aparte de eso, no tengo mucho que explicar.

Las cartas de Cordelia vienen escritas con auténtica tinta negra. Están llenas de superlativos y puntos de admiración. Dibuja pequeños circulitos sobre las íes, como los ojos de Orphan Annie, o como burbujas. Se despide con frases como «Tuya hasta que Niágara tenga cataratas», «Tuya hasta que la galleta se haga migas» o «Tuya hasta que el mar se ponga pañales para tener el fondo seco».

«¡¡¡Estoy tan aburrida!!!», escribe, con subrayado triple. Parece entusiasmada incluso con el aburrimiento. Pero en su burbujeante estilo hay algo que me suena a falso. La he visto a veces, cuando no sabía que la miraba: su rostro se vuelve quieto, remoto, sin expresión. Es como si dentro no hubiera nadie. Pero entonces se vuelve, se ríe. «¿No es fantástico cuando se remangan y se guardan el paquete de tabaco en el doblez?», exclama. «¡Menudos bíceps hacen falta para eso!». Y ya vuelve a estar normal.

Tengo la sensación de estar todo el rato matando el tiempo. Nado en el lago, como uvas y galletas generosamente untadas de manteca de maní y miel, leo novelas de detectives y me aburro porque no hay nadie de mi edad. La implacable jovialidad

de mis padres no me sirve de consuelo. Casi preferiría verlos tan ariscos como yo, o más aún; así me sentiría más normal.

# **IX**

## **LEPRA**

El teléfono me despierta bien entrada la mañana. Es Chama. «Hola —me dice—. Salimos en la primera plana de Artes y Espectáculos, y con tres fotos, tres. ¡Cuéntalas! ¡Es el delirio!».

Su idea de lo que es el delirio me hace estremecer; además, ¿a qué viene ese plural, salimos? Pero está satisfecha: he pasado de La Vida a Artes y Espectáculos, y eso es una buena señal. Me acuerdo de cuando tenía ideas de grandeza eterna, cuando quería ser Leonardo da Vinci. Ahora estoy entre los conjuntos de *rock* y la última película. Arte es todo aquello que puedas hacer colar, dijo no sé quién, lo cual suena como una especie de timo o algún otro delito menor. Y quizá sea eso lo que siempre ha sido, y sigue siendo: una especie de robo. Un secuestro de lo visual.

Sé que no me va a gustar, pero no puedo resistirme. Me visto, bajo en busca del quiosco más cercano. Tengo la decencia de no abrir el periódico hasta hallarme de nuevo en el estudio.

Los titulares rezan, la excéntrica artista todavía tiene el poder de inquietar. Tomo nota: «artista» en lugar de «pintora», el agorero «todavía», que señala la inminencia de la senilidad. Andrea, la ingenua de pelo color panocha, se toma su venganza. Me sorprende que haya utilizado un término tan anticuado como «excéntrica». Logra sugerir al mismo tiempo entropiernas y trabajos de ganchillo, y ambas cosas se me antojan anticuadas. Pero seguramente no ha escrito ella los titulares.

Es cierto que hay tres fotos. Una es de mi cara, enfocada un poco desde abajo, de forma que doy la impresión de tener doble papada. Las otras dos son de cuadros. Uno representa a la señora Smeath en cueros, volando torpemente por el aire. A lo lejos se ve el chapitel de la iglesia coronado por una cebolla. El señor Smeath va pegado a su espalda como un escarabajo del espárrago, sonriendo como un demente; ambos poseen relucientes alas de insecto de color marrón, pintadas a escala y minuciosamente coloreadas. Se titula *Erbug, la Anunciación*. En la otra pintura se ve sólo a la señora Smeath, con un cuchillo de mondar en forma de hoz y una patata sin piel, desnuda de la cintura hacia arriba y de los muslos hacia abajo. Ésta pertenece a la serie *Las bombachas del Imperio*. Las fotos del periódico no hacen justicia a estos cuadros, porque no son en color. Se parecen demasiado a instantáneas. Yo sé que, en la vida real, las bombachas de la señora Smeath son de un intenso azul índigo que tardé semanas en sacar bien, un azul que parece irradiar una oscura y asfixiante luz.

Leo el primer párrafo: «La distinguida artista Elaine Risley regresa esta semana a Toronto, su ciudad natal, para una exposición retrospectiva que hace mucho se le debía». «Distinguida», la palabra mausoleo. Para el caso, ya podría subirme ahora mismo al pedestal de mármol y cubrirme con una sábana. Encuentro los habituales errores de transcripción y el ineludible comentario sobre mi chándal azul: «Elaine Risley, que enfundada en un chándal azul verdoso que ha conocido mejores tiempos



no parece en absoluto temible, es capaz de emitir unos cuantos comentarios mordaces y deliberadamente provocativos sobre las mujeres de hoy».

Bebo un sorbo de café y leo por encima el resto del artículo: el inevitable «eclecticismo», el obligatorio «posfeminismo», un «no obstante» y un «pese a». La vieja tendencia, tan típica de Toronto, hacia la ambigüedad y las salvedades. Habría preferido una declaración de guerra total, unos cuantos zarpazos, un poco de fuego y azufre. Así al menos sabría que aún sigo viva.

Pienso en la inauguración. Tal vez debiera mostrarme deliberadamente provocativa, confirmar sus peores sospechas. Podría ponerme algunos de los efectos especiales de Jon, el rostro chamuscado con su ojo sin párpado e inyectado en sangre, el brazo de plástico que rezuma sangre. O calzarme los falsos pies huecos y entrar tambaleándome como algo escapado de una película de científicos locos.

No haré nada de eso, pero me conforta pensarlo. Me distancia de todo este asunto, lo reduce a una farsa o una travesura, en la que no tengo otra participación que la burla.

Cordelia verá este artículo en el periódico y tal vez reirá. Pese a que no aparece en el listín telefónico, todavía debe de seguir viviendo por aquí, en alguna parte. Sería muy propio de ella que se hubiera cambiado el nombre. O puede que se haya casado; puede que se haya casado más de una vez. A las mujeres, a la mayoría de ellas, es difícil seguirles la pista. Se deslizan hacia otros apellidos y se desvanecen sin dejar rastro.

En todo caso, verá este artículo. Reconocerá a la señora Smeath, eso le resultará divertido. Sabrá que se trata de mí y vendrá a la exposición. Cruzará la puerta y se verá a sí misma, con título, con marco, con fecha, colgada de la pared. Será inconfundible: la larga línea de la quijada, el labio ligeramente torcido. Parece hallarse en una habitación, a solas; una habitación con paredes de un verde pastel.

Es el único retrato de Cordelia que he pintado, Cordelia sola. Se titula *Media cara*: un título curioso, porque en el cuadro es visible todo el rostro de Cordelia. Pero tras ella, colgando en la pared como aquellos emblemas del Renacimiento o como aquellas cabezas de animales, alces u osos, que antes se veían en los bares del norte, hay otra cara cubierta con un paño blanco. El efecto que produce es el de una máscara de teatro. Quizá.

Esta pintura me dio mucho trabajo. Me resultó muy difícil fijar a Cordelia en un tiempo, a una edad. La quería de unos trece años, mirando con aquella expresión suya desafiante, casi belicosa. ¿Y?

Pero los ojos me traicionaron. No son unos ojos fuertes; la expresión que confieren al rostro es incierta, vacilante, llena de reproche. Asustada.

En este cuadro, Cordelia me tiene miedo.

Yo le tengo miedo a Cordelia.

No tengo miedo de ver a Cordelia. Tengo miedo de ser Cordelia. Porque en cierto sentido intercambiamos nuestros lugares, y he olvidado cuándo.

Pasado el verano estoy en décimo grado. Aunque sigo siendo más baja que las demás, y más joven, he crecido. Concretamente, me han crecido los pechos. Ahora tengo la regla, como las chicas normales; ahora me cuento entre las que saben, puedo saltarme los partidos de balonvolea e ir a la enfermería en busca de aspirinas y deambular por los pasillos llevando entre las piernas una compresa como una cola de conejo aplastada, que absorbe una sangre color de hígado. Esto me produce cierta satisfacción.

Me afeito las piernas, no porque haya mucho que afeitar, sino porque me hace sentir bien. Me siento en la bañera y me raspo las pantorrillas, que desearía más gruesas, más voluminosas, como las de las animadoras, mientras mi hermano rezonga ante la puerta.

—Espejo, espejito, dime quién es la más hermosa de todas —se burla.

—Lárgate —replico tranquilamente. Ahora tengo ese privilegio.

En la escuela permanezco silenciosa y vigilante. Hago los deberes. Cordelia se depila las cejas hasta reducirlas a dos finas líneas, más finas que las mías, y se pinta las uñas de Fuego y Hielo. Pierde las cosas; los peines, por ejemplo, y también sus deberes de francés. Suelta estridentes risotadas en los corredores. Se inventa nuevas y rebuscadas imprecaciones: *defecación del angulado*, que significa *caca de la vaca*, y *por el llameante y calvo Jesucristo de ojos azules*. Ha tomado la costumbre de fumar, y la sorprenden haciéndolo en los lavabos de chicas. Para los maestros, que nos observan, debe de ser difícil imaginar por qué somos amigas, qué hacemos las dos juntas.

Hoy, mientras volvemos a casa, empieza a nevar. Grandes copos acariciadores caen sobre nuestra piel como frías polillas; el aire se llena de plumas. Cordelia y yo nos sentimos eufóricas, caminamos ruidosamente por las aceras crepusculares mientras los automóviles pasan rozándonos, su avance silenciado y entorpecido por la nieve. Cantamos:

*Recuerda el nombre  
de Lydia Pinkham,  
cuyos remedios para las mujeres le valieron la fama.*

Es un anuncio musical de la radio. Ignoramos cuáles son los remedios de Lydia Pinkham, pero cualquier cosa que sea «para las mujeres» está relacionada con la sangre mensual o con alguna otra función femenina igualmente impronunciable, y eso nos resulta gracioso.

También cantamos:

*Lepra,  
noche y día me torturas,  
se me ha caído un ojo  
dentro de la copa...*

O bien:

*Parte de tu corazón,  
eso es lo que estoy comiendo,  
lástima que nos tuviéramos que separar...*

Cantamos éstas y otras parodias de canciones populares, que nos parecen muy ingeniosas. Corremos y patinamos sobre la acera, con nuestras botas de goma con la caña doblada hacia fuera, y hacemos bolas de nieve que lanzamos a las farolas, a las bocas de riego, osadamente a los automóviles en marcha y, lo más cerca que nos atrevemos, a la gente que anda por la calle, en su mayoría mujeres con bolsas de la compra o perros. Para hacer las bolas de nieve hemos de soltar los libros. Nuestra puntería es mala y no solemos acertar en el blanco, aunque sí le damos a una mujer con abrigo de pieles, por la espalda, sin querer. La mujer se vuelve y nos regaña, y echamos a correr por una calle lateral, riéndonos tanto de miedo y vergüenza que apenas podemos tenernos en pie. Cordelia se arroja de espaldas sobre un césped cubierto de nieve.

—¡El mal de ojo! —chilla. Por alguna razón me disgusta verla allí tirada en la nieve, los brazos extendidos a los lados.

—Levántate —le digo—. Vas a coger una pulmonía.

—¿Y? —replica Cordelia. Pero se levanta.

Se encienden las farolas, aunque aún no ha oscurecido. Llegamos al lugar donde empieza el cementerio, al otro lado de la calle.

—¿Te acuerdas de Grace Smeath? —inquire Cordelia.

Le contesto que sí. Es cierto que la recuerdo, pero no con claridad, no continuamente. La recuerdo el primer día que la vi, y más tarde, sentada en el huerto de los manzanos con una guirnalda de flores en la cabeza; y mucho más tarde, cuando estaba en octavo grado y a punto de ingresar en la escuela secundaria. Ni siquiera sé a qué escuela secundaria se fue. Recuerdo sus pecas, su sonrisita, sus ásperas trenzas de crin.

—Racionaban el papel higiénico —rememora Cordelia—. Cuatro hojas por vez, incluso para el «número dos». ¿Lo sabías?

—No —respondo. Pero tengo la sensación de haberlo sabido, en otro tiempo.

—¿Te acuerdas de aquel jabón negro que usaban? —prosigue Cordelia—. ¿Te acuerdas? Olía a brea.

Sé qué estamos haciendo: estamos burlándonos de la familia Smeath. Cordelia recuerda toda clase de cosas: la grisácea ropa interior goteando en el tendedero del sótano, el cuchillo de mondar con una hoja tan gastada que apenas era una astilla, los abrigos de invierno del catálogo Eaton's. Según Cordelia, Simpsons es el sitio donde hay que comprar. Ahí es donde vamos los sábados por la mañana, la cabeza descubierta, acercándonos paulatinamente al centro en tranvía, parada tras parada. Y comprar del catálogo Eaton's es mucho peor que comprar en Eaton's.

—¡La familia Grumosa! —grita Cordelia hacia el aire nevoso. El mote es cruel y adecuado; ambas rugimos de risa—. ¿Qué tiene hoy para cenar la familia Grumosa? ¡Platos de cartílago!

Ahora es un juego con todas las de la ley. ¿De qué color es su ropa interior? Color gruñido. ¿Por qué la señora Grumosa lleva una tirita en la cara? Porque se cortó al afeitarse. Podemos decir lo que sea acerca de ellos, inventar lo que sea. Están indefensos, están a nuestra merced. Intentamos representarnos a dos Grumosos adultos haciendo el amor, pero esto es demasiado para nosotras, no es posible, es demasiado *vomitífero*. *Vomitífero* es una palabra nueva inventada por Perdie.

—¿Qué hace Grace Grumosa para divertirse? ¡Se revienta los granos! —Cordelia ríe tan estrepitosamente que se dobla por la cintura y está a punto de perder el equilibrio—. ¡Calla, calla, me voy a hacer pipí encima! —exclama. Dice que Grace empezó a llenarse de granos en octavo grado, y que a estas alturas aún debe de tener más. Esto no es inventado, sino real. Nos regodeamos en esta idea.

Según nuestra interpretación, los Smeath son plomizos, míseros, pesados como la masa, sosos como la margarina blanca, que en nuestra versión es su postre favorito. Escarnecemos su religiosidad, sus mezquinas economías, el tamaño de sus pies, su planta de caucho, que lo resume todo. Hablamos de ellos en presente, como si aún los tratáramos.

Este juego me resulta profundamente satisfactorio. No puedo responder de mi propia crueldad; no me planteo por qué lo disfruto tanto, ni por qué Cordelia quiere jugarlo, insiste en jugarlo, lo reaviva una y otra vez cuando da muestras de flaquear. Cordelia me mira de soslayo, como si tratara de calcular hasta dónde, cuánto más lejos voy a llegar en lo que ambas sabemos, sin asomo de duda, es una vil traición. Me viene otra imagen fugaz de Grace, entrando en su casa por la puerta delantera, con su falda de tirantes y su jersey cubierto de bolitas. Todas la adorábamos. Pero ya no. Y, en la versión de Cordelia, ahora no la adoramos.

Cruzamos la calle a la carrera bajo la constante nevada, abrimos la puertecita de hierro forjado en la verja del cementerio, entramos. Es la primera vez que hacemos tal cosa.

Estamos en la parte no acabada del cementerio. Los árboles sólo son plantones; desprovistos de hojas, aún parecen más provisionales. Buena parte del suelo

permanece intacto, pero hay algunas cicatrices como huellas de zarpas gigantescas, excavaciones, obras a medio hacer. Las lápidas son escasas y recientes: losas de granito pulido hasta arrancarle un brillo presbiteriano, con letras sencillamente grabadas sin intento alguno de embellecerlas. Me recuerdan los abrigos de hombre.

Paseamos entre estas lápidas, señalando aquéllas —las más toscas, las más grisáceas— que los miembros de la familia Grumosa elegirían para enterrarse el uno al otro. Desde aquí podemos atisbar por entre las cadenas de la verja y divisar las casas del otro lado de la calle. Una de ellas es la de Grace Smeath. Resulta curioso y extrañamente placentero que en este mismo instante puede hallarse allí dentro, dentro de esa vulgar caja de ladrillo con las blancas columnas del porche, sin imaginarse ni remotamente todo lo que hemos estado diciendo de ella. La señora Smeath podría estar ahí dentro, yaciendo sobre el Chesterfield de terciopelo, cubierta con su manta de estambre; no he olvidado estos detalles. La planta de caucho seguirá en el rellano, no mucho más grande. Las plantas de caucho crecen despacio. Nosotras, en cambio, somos mayores, y la casa se nos antoja más pequeña.

El cementerio se extiende ante nosotras, hectáreas y más hectáreas. Ahora el barranco queda a nuestra izquierda, con el nuevo puente de hormigón apenas visible. Tengo un breve recuerdo del viejo puente, del arroyo que cruzaba: bajo nuestros pies, los muertos deben de estar disolviéndose, convirtiéndose en agua fría y transparente, fluyendo cuesta abajo. Pero olvido todo esto al instante. El cementerio no tiene nada de espantoso, me digo. Es demasiado pragmático, demasiado feo, demasiado organizado. Es como una alacena de la cocina, donde se dejan las cosas.

Andamos un rato en silencio, sin saber adónde vamos ni por qué. Los árboles se vuelven más altos, las lápidas, más antiguas. Ahora hay cruces celtas, y algún que otro ángel.

—¿Cómo se sale de aquí? —pregunta Cordelia, con una risita.

—Si seguimos andando saldremos a alguna calle —contesto—. ¿No oyes ruido de coches?

—Necesito un *ciguifú* —declara Cordelia. Encontramos un banco y tomamos asiento para que Cordelia pueda dejar su carga y tener las manos libres para el cigarrillo, resguardarlo de la nieve, encenderlo. No lleva guantes, ni pañuelo en la cabeza. Tiene un diminuto encendedor negro y dorado.

—Mira todas esas casas para muertos —comenta.

—Panteones —digo yo, como una experta.

—El panteón de la familia Grumosa —propone, tratando de exprimir la broma al máximo.

—No creo que lo tengan —objeto—. Sería demasiado elegante.

—Eaton —lee Cordelia—. Debe tratarse de la tienda, es el mismo tipo de letra. Ahí es donde entierran los catálogos Eaton's.

—El señor y la señora Catálogo.

—Me gustaría saber si llevan prendas de base —dice Cordelia, inhalando una bocanada de humo—. Estamos intentando recobrar nuestra hilaridad, pero sin resultado. Pienso en los Eaton, no sé cuántos serán los que están allí almacenados como si de abrigos de piel o relojes de oro se tratara, en su tumba particular, tanto más extraña cuanto que tiene forma de templo griego. Y, ya dentro del panteón, ¿dónde se encuentran, exactamente? ¿En féretros? ¿En sarcófagos de piedra cubiertos de telarañas, como en los tebeos de terror? Pienso en sus joyas, refulgentes en la oscuridad —han de estar enojados, por supuesto—, y en sus largos y quebradizos cabellos. El pelo sigue creciendo cuando te mueres, y también las uñas. No sé cómo lo sé.

—En realidad, la señora Eaton es un vampiro, ¿sabes? —anuncio con voz lenta—. Sale todas las noches. Lleva un vestido de gala de color blanco. La puerta se abre con un chirrido y sale ella a pasear.

—A beberse la sangre de los Grumosos que llegan tarde a casa —apunta Cordelia, esperanzada, mientras apaga la colilla.

Me niego a reír.

—No, en serio —insisto—. Es verdad. Lo sé de buena tinta.

Cordelia me dirige una mirada de nerviosismo. Está nevando, oscurece, estamos las dos solas.

—¿Ah, sí? —pregunta esperando el chiste.

—Sí —respondo—. A veces salimos juntas. Porque yo también soy un vampiro.

—No es verdad —protesta Cordelia, al tiempo que se incorpora. Se sacude la nieve y me sonrío con incertidumbre.

—¿Cómo lo sabes? —la desafío—. ¿Cómo puedes saberlo?

—Sales a la calle de día —aduce ella.

—No soy yo. Es mi hermana gemela. No te lo he dicho nunca, pero tengo una hermana gemela. Somos idénticas, nadie puede distinguirnos. Además, lo único que me perjudica es el sol directo. Los días como hoy no representan ningún problema. Tengo un ataúd lleno de tierra, que es donde duermo; está en... en... —Busco un sitio verosímil—. En el sótano.

—No digas tonterías.

Yo me levanto también.

—¿Tonterías? —repito. Bajo el tono de voz—. Sólo estoy diciendo la verdad. Eres amiga mía, y creo que ha llegado la hora de que lo sepas. Estoy muerta. Llevo años muerta.

—No hace falta que sigas con este juego —dice Cordelia con aspereza. Me sorprende descubrir cuánto placer me produce esto, el saber que está tan inquieta, el saber que tengo este poder sobre ella.

—¿Qué juego? No estoy jugando. Pero no te asustes. No te chuparé la sangre. Tú eres amiga mía.

—No seas niña —se queja Cordelia.

—Dentro de un minuto —comento—, nos encerrarán aquí dentro. —Se nos ocurre a las dos que muy bien puede ser así. Echamos a correr por el camino, riendo y jadeando, hasta encontrar un amplio portón que por fortuna aún sigue abierto. Al otro lado se extiende Yonge Street, atestada por el tránsito de la hora punta.

Cordelia intenta señalarme los automóviles de la familia Grumosa, pero ya estoy cansada de esta historia. Tengo otro pequeño triunfo que saborear, más denso y más maligno: ha habido un intercambio de energía entre nosotras, y soy la más fuerte.



Ahora estoy en undécimo grado y soy tan alta como otras muchas chicas, que tampoco es demasiado. Tengo una falda tubo color gris marengo con la que resulta difícil caminar, pese al pliegue de vuelo, y un suéter rojo en ala de murciélago con rayas grises horizontales. Tengo un ancho cinturón elástico de color negro con una hebilla de oro falso y unos zapatos planos de bailarina, de velludillo, que chancletean al andar y se abomban por los lados. Tengo una chaqueta corta a juego con la falda de tubo. Ésta es la imagen: cuadrada y amplia por encima, con un largo y delgado tallo de muslos y piernas por debajo. Tengo una boca sucia.

Tengo una boca tan sucia que llego a ser conocida por ella. No la utilizo a menos que me provoquen, pero en tal caso mi boca sucia se abre y de ella surgen breves y devastadores comentarios. Apenas tengo que pensármelos, aparecen de pronto, como esas ideas de tebeo que se representan con una bombilla. «No seas tonta» y «Cree el ladrón que todos son de su condición» son frases habituales entre las chicas, pero yo voy mucho más lejos. No tengo reparo en decir «tonta del culo», que ya excede los límites del buen gusto, ni en lanzarme a demoleedores inventos como «el grano parlante» o «la parte “antes” de un anuncio de axilas malolientes». Si alguna chica me llama sabihonda, le respondo «mejor ser una sabihonda que una idiota con sesos de mosquito como tú». «¿Gastas mucha brillantina?», pregunto, o «¿Chupas mucho?». Sé cuáles son los puntos débiles. «Chupar» es una palabra especialmente satisfactoria, especialmente demoleadora. Suelen utilizarla sobre todo los chicos, cuando hablan entre sí; sugiere pulgares y bebés. Todavía no se me ha ocurrido pensar qué otras cosas se pueden chupar, ni en qué circunstancias.

Las chicas de la escuela aprenden a cuidarse de mi boca sucia y a no exponerse a ella. Camino por los pasillos envuelta en un aura de potencial peligro verbal, y soy tratada con precaución, lo cual me parece perfecto. Curiosamente, mi desconsiderada conducta no me hace perder amistades, sino, superficialmente, ganarlas. Las chicas me temen, pero saben dónde están más seguras: a mis espaldas, medio paso detrás. «Elaine es una bromista», dicen, pero sin mucha convicción. Algunas de ellas ya han empezado a coleccionar porcelanas y enseres domésticos, y están preparando su ajuar. Estas cosas sólo me producen un divertido desdén. Y, sin embargo, me duele enterarme de que he ofendido a alguien sin querer. Si ofendo a alguien, ha de ser queriendo.

No tengo ocasión de utilizar mi boca sucia con los chicos, puesto que ellos nunca me provocan. Excepto Stephen, desde luego. Ahora nos dedicamos a intercambiar ofensas verbales como si se tratara de una especie de juego, como el badminton. *Te la di. Te la devuelvo.* Por lo general, suelo reducirlo al silencio con un: «¿Qué usas para cortarte el pelo? ¿Una segadora de césped?». Es muy sensible respecto a su corte de pelo. O, cuando va todo engalanado con su chaqueta y sus pantalones grises de

escuela privada: «Oye, chico, si pareces un representante de Simpsons». Los representantes de Simpsons son unos chicos almibarados que aparecen en los anuarios de las escuelas secundarias, enfundados en *blazers* con un escudo en el bolsillo, muy atildados, ilustrando los anuncios de Simpsons.

Mi padre suele decir: «Algún día tendrás problemas por culpa de tu afilada lengua, jovencita». «Jovencita» es señal de que me he acercado temerariamente a algún límite, pero, aunque me reduce temporalmente al silencio, no modifica mi actitud. He empezado a disfrutar del riesgo, con esa sensación de vértigo que noto al comprender que he cruzado las fronteras de lo socialmente aceptable, que estoy pisando hielo fino, aire vacío.

La persona con quien más utilizo mi boca sucia es Cordelia. Ni siquiera tiene que provocarme, la uso para hacer prácticas. Estamos sentadas en la ladera que domina el campo de fútbol, enfundadas en nuestros tejanos, que sólo están permitidos en la escuela los días en que hay partido de fútbol. Llevamos los dobladillos superlargos de nuestros pantalones sujetos con prendedores de manta, el último grito. Las animadoras saltan sin parar, con sus falditas a medio muslo, y agitan sus pompones de papel; no son rubias y piernilargas, como las animadoras que aparecen en la contraportada de la revista *Life*, sino mal combinadas, regordetas y morenas. Aun así, sigo envidiando sus pantorrillas. Los jugadores de fútbol se calientan corriendo por el campo. Cordelia exclama: «¡Mira ese Gregory! ¡Qué bocado!», y yo respondo: «De queso». Cordelia me mira con expresión dolida. «Pues yo lo encuentro monísimo». «Si te gustan pringados de aceite de maíz...», digo yo. Cuando me advierte que no es aconsejable sentarse en los retretes de la escuela sin limpiar antes el asiento, porque se puede coger alguna enfermedad, le contesto: «¿Quién te ha dicho eso? ¿Tu mamaíta?».

Hago burla de sus cantantes favoritos. «Amor, amor, amor», le digo. «Siempre estás gimiendo». He descubierto en mí un corrosivo desprecio hacia la efusividad y la sensiblería. Frank Sinatra es La Confitura Cantante, Betty Hutton es La Piedra de Amolar Humana. Además, toda esta gente está anticuada, son unos babosos sentimentaloides. La auténtica verdad sólo se encuentra en el *rock and roll*: *Hearts Made of Stone* tiene más sustancia.

A veces Cordelia encuentra una réplica oportuna, y a veces no. Protesta: «Eso es una crueldad». O asoma la lengua por la comisura de los labios y cambia de tema. O enciende un cigarrillo.

Estoy en clase de Historia, haciendo garabatos en el margen de la página. Estamos dando la Segunda Guerra Mundial. El profesor es un entusiasta, no para de moverse ante la clase, agitando los brazos y el puntero. Es un hombre bajo con un mechón de pelo ingobernable y una perceptible cojera, y puede que estuviera personalmente en la guerra, según se rumorea. Ha dibujado en la pizarra un gran mapa de Europa de color blanco, con líneas de puntos amarillos para marcar las

fronteras entre países. Los ejércitos de Hitler invaden por medio de flechas de tiza rosa. Ahora viene el *Anschluss*, ahora cae Polonia, y ahora, Francia. Yo dibujo tulipanes y árboles, trazando una línea que representa el suelo e incluyendo en todos los casos las raíces. Aparecen submarinos en el canal de la Mancha, en verde. Dibujo la cara de la chica que se sienta al otro lado del pasillo. Empieza el *Blitz*, las bombas surcan el aire como siniestros ángeles de plata, Londres se desmorona calle por calle, casa por casa, las repisas de las chimeneas, las chimeneas, las camas de matrimonio cinceladas a mano y transmitidas a través de generaciones se convierten en astillas ardientes, la historia se reduce a cascotes. «Fue el fin de una era», dice el profesor. Es difícil que lo comprendamos, dice, pero ya nada volverá a ser lo mismo. Esto le conmueve profundamente, se le nota, resulta embarazoso. ¿Lo mismo que qué?, me pregunto.

A mí me parece increíble que yo estuviera viva mientras sucedían todos esos acontecimientos de tiza, todas esas muertes estadísticas. Yo estaba viva cuando las mujeres llevaban esas prendas ridículas con enormes hombreras acolchadas y cintura entallada, con haldetas sobre sus posaderas como una especie de delantal trasero. Dibujo una mujer con hombreras anchas y pamelas. Dibujo mi propia mano. Las manos son lo que más cuesta. Es difícil evitar que queden como un manojo de salchichas.

Salgo con chicos. No se trata de un plan consciente, sino que sucede así. Mis relaciones con los chicos son espontáneas, lo que quiere decir que invierto muy poco esfuerzo en ellas. Son las chicas las que me hacen sentir incómoda, son las chicas las que me hacen poner a la defensiva; los chicos no. Me siento en mi dormitorio, a arrancar las bolitas de lana de mis suéteres, y casi siempre suena el teléfono. Casi siempre es un chico. Bajo el suéter a la sala, donde tenemos el teléfono, y me instalo en una butaca con el auricular encajado entre el hombro y el oído para seguir arrancando bolitas, mientras se desarrolla una larga conversación compuesta principalmente de silencios.

Los chicos, por naturaleza, necesitan estos silencios; no hay que sobresaltarlos con demasiadas palabras, pronunciadas demasiado deprisa. Lo que dicen no tiene mucha importancia. La parte importante está en los silencios entre palabras. Sé lo que ambos estamos buscando, o sea, escapar. Ellos quieren escapar de los adultos y de los otros chicos, yo quiero escapar de los adultos y de las otras chicas. Buscamos islas desiertas, momentáneas, irreales, pero que están ahí.

Mi padre se pasea por la sala, haciendo tintinear las llaves y las monedas en sus bolsillos. Está impaciente, no puede por menos que oír todos estos monosílabos, estos murmullos, estos silencios. Sale al vestíbulo e imita unas tijeras con los dedos, para hacerme cortar la conversación. «Tengo que colgar», advierto. El chico emite un sonido como el de un neumático desinflándose. Lo comprendo.

Sé cosas sobre los chicos. Sé lo que les pasa por la cabeza, sobre las chicas y las mujeres, cosas que no pueden reconocer ante los demás chicos ni ante nadie. Sienten

miedo de sus propios cuerpos, timidez por lo que dicen, pánico de que se rían de ellos. Sé qué clase de lenguaje utilizan cuando alborotan en los vestuarios, cuando se esconden para fumarse un cigarrillo a hurtadillas. «Pava», «zorrita», «meona» y «marrana» son expresiones habituales para hablar de las chicas, y aún usan otras peores. Yo no se lo tengo en cuenta. Sé que estas palabras sólo son otra versión de los ojos de buey en conserva y el comer mocos, son palabras de demostración que los chicos deben intercambiar para que se sepa que son fuertes y que nadie les toma el pelo. Que hablen así no significa necesariamente que no les gusten las chicas reales, o una chica real. A veces, las chicas reales son una alternativa a estas palabras, y a veces su encarnación; a veces no son más que un ruido de fondo.

No creo que se me pueda aplicar ninguna de estas palabras. Se aplican a otras chicas, a las que deambulan por los corredores de la escuela sin saber lo que se dice de ellas, haciendo ondear sus cabellos, meneando sus flacas caderas como si se creyeran seductoras, hablando en voz demasiado alta, sin engañar a nadie; o, si no, a las que van de pastel, inexpresivas, frescas como una rosa. Y todo el rato las envuelven estas nubes de palabras silenciosas, «pava», «zorrita», «meona» y «marrana», señalándolas, encogiéndolas, recortándolas hasta su propio tamaño para así poder manejarlas. Con estas palabras silenciosas, el truco consiste en pasar por los espacios que hay entre ellas, volverse de lado dentro de la cabeza, esquivarlas. Como atravesar las paredes.

Esto es lo que sé sobre los chicos en general. Nada de ello se aplica a los chicos individuales y concretos, a los chicos con los que salgo. Éstos suelen ser mayores que yo, aunque no son de los que llevan un tupé con brillantina y mucho plumaje, son más formales. Cuando salgo con ellos, debo regresar a casa a la hora. Si no lo hago, mi padre sostiene largas conversaciones conmigo para explicarme que llegar a tiempo a casa es como llegar a tiempo a la estación para tomar un tren. Si llegara tarde a la estación, perdería el tren, ¿verdad? «Pero esta casa no es ningún tren —objeto—. No se mueve de su sitio». Mi padre se exaspera; hace sonar las llaves en el bolsillo. «No se trata de eso», replica.

Mi madre dice otra cosa: «Nos preocupamos». «¿Por qué?», me extraño. Hasta donde yo alcanzo a ver, no hay nada de qué preocuparse.

En ésta como en otras cuestiones, mis padres son un problema. No quieren comprar un televisor, como todo el mundo, porque mi padre opina que te vuelves un cretino, y dice además que emite radiaciones dañinas y mensajes subliminales. Cuando vienen los chicos a buscarme, mi padre emerge del sótano, tocado con su viejo sombrero de fieltro gris y armado de un martillo o una sierra, y les estrecha la mano con su apretón de oso y les llama «señor», como si se tratara de sus estudiantes graduados. Mi madre adopta su papel de señora educada y no dice casi nada. O, si no, me dice que estoy muy guapa, allí mismo delante de los chicos.

En primavera, surgen por una esquina de la casa para darme la despedida, enfundados en sus astrosos pantalones de jardinería salpicados de barro. Arrastran a los chicos al patio de atrás, donde ahora se alza un gran montón de bloques de cemento que mi padre ha acumulado para alguna contingencia futura. Quieren que los chicos admiren su plantel de lirios, como si fuesen unas viejas damas; y los chicos tiene que hacer algún comentario sobre los lirios, aunque nada puede importarles menos que los lirios. O, si no, mi padre intenta trabar con ellos una conversación inteligente sobre temas de actualidad, o les pregunta si han leído este libro o el otro, y empieza a sacar libros de la estantería mientras los chicos mueven nerviosamente los pies. «¡Qué raro es tu padre!», comentan luego, intranquilos. Mis padres son como unos hermosos pequeños dados a las travesuras, que llevan siempre la cara sucia y sueltan bruscamente las cosas más humillantes, imprevisibles e incontrolables. Yo suspiro y me lo tomo con filosofía. Me siento más vieja que ellos, mucho más vieja. Me siento antigua.

Lo que hago con los chicos no es nada digno de preocupación. Es normal. Vamos al cine, nos instalamos en la sección de fumadores y hacemos manitas, o bien vamos a un cine para automóviles y comemos palomitas de maíz y hacemos manitas. Existen normas sobre cómo hacer manitas, y siempre las respetamos: acercarse, rechazar, acercarse, rechazar. Tocar los portaligas es ir demasiado lejos, igual que los sujetadores. No hay que abrir las cremalleras. Las bocas de los chicos saben a cigarrillos y a sal, su tez huele a loción Old Spice para después del afeitado. Vamos a bailar y nos contorsionamos con las piezas de *rock*, y arrastramos los pies bajo la luz azul rodeados por el arrastrar de pies de las demás parejas. Después de los bailes formales, vamos a casa de alguien o al restaurante St. Charles, y después hacemos manitas, aunque no por mucho rato porque normalmente ya se nos acaba el tiempo. Para los bailes formales me pongo vestidos que confecciono yo misma, porque no tengo dinero para comprarlos. Tienen varias capas de tul apuntaladas por debajo con crinolina, y me preocupa que puedan desprenderse los corchetes. Tengo zapatos con cinturones a juego, de satén o plateados, y unos pendientes que me destrozan las orejas. Para estos bailes, los chicos me envían ramilletes que luego dejo secar y conservo en el cajón de mi escritorio: claveles prensados y capullos de rosa con los bordes de color parduzco, fajos de vegetación muerta, como una colección floral de cabezas reducidas.

Mi hermano Stephen trata a estos chicos con desdén. Por lo que a él respecta, son todos unos lerdos que no merecen mi atención. Se ríe de ellos a sus espaldas y hace mofa de sus nombres. No son George, sino Georgie-Porgie; ni Roger, sino Rover. Hace apuestas sobre cuánto tiempo me va a durar cada uno. «A éste le doy tres meses», dice, tras ver al chico por primera vez; o bien: «¿Cuándo vas a deshacerte de ése?».

No me molesta que mi hermano haga eso. Es lo que espero de él, porque en parte tiene razón. No siento por ellos lo que se supone que sienten las chicas de los tebeos románticos. No me paso el día esperando a que llamen. Me gustan, pero no estoy enamorada de ellos. Las descripciones que aparecen en las revistas para adolescentes, chicas abatidas con un lagrimón en cada mejilla como sendos pendientes de perla, no se aplican a mí. O sea que, en parte, estos chicos no son una cosa seria. Pero al mismo tiempo sí lo son.

La parte seria son sus cuerpos. Me siento en la butaca de la sala, colgada del teléfono, y lo que oigo son sus cuerpos. No presto mucha atención a las palabras, sino a los silencios, y en los silencios estos cuerpos se recomponen, son creados por mí, cobran forma. Cuando estoy sola y sin chico, son sus cuerpos lo que echo de menos. Estudio las manos que sostienen los cigarrillos en la penumbra de los cines, la inclinación de un hombro, el ángulo de una cadera. Observándolos de reojo, los examino bajo distintas luces. El amor que siento por ellos es visual; ésa es la parte de ellos que me gustaría poseer. «No te muevas —pienso—. Quédate así. Déjame apropiarme de eso». El poder que ejercen sobre mí se manifiesta a través de los ojos, y cuando me canso de ellos se trata de un cansancio en parte físico, pero también visual.

No todo esto tiene que ver con la sexualidad, aunque algunos aspectos sí tienen que ver. Hay chicos que disponen de coche, pero los hay que no, y con éstos viajo en autobús, en tranvía, en el recién inaugurado metro de Toronto, que es limpio y sin incidentes y parece un larguísimo cuarto de baño revestido de azulejos en tonos pastel. Estos chicos me acompañan a casa andando, por el camino más largo. El aire huele a lilas, a hierba recién segada o a hogueras de hojas secas, según la estación. Pasamos sobre el nuevo puente de hormigón, bajo el túnel formado por las ramas de los sauces, sobre el murmullo de agua corriente que se alza desde el arroyo. Nos detenemos bajo la menguada luz de las farolas del puente y nos recostamos sobre la barandilla, sus brazos en torno a mí y los míos en torno a ellos. Nos levantamos la ropa el uno al otro, nos pasamos las manos por la espalda, y palpo los músculos de la columna, tensos y a punto de estallar. Palpo toda la longitud del cuerpo, toco la cara, asombrada. Las caras de los chicos cambian mucho, se ablandan, se abren, duelen. El cuerpo es energía pura, luz solidificada.

Han encontrado una chica asesinada en el barranco. No el barranco más cercano a casa, sino otro ramal más al sur, pasada la fábrica de ladrillos, allá donde el río Don, bordeado de sauces, sembrado de desperdicios y contaminado, serpentea perezosamente hacia el lago. Una cosa así es inconcebible en Toronto, donde la gente deja abierta la puerta trasera por la noche y las ventanas sin cerrar; pero, al parecer, ha sucedido. Esta mañana viene en la primera página de todos los periódicos.

La chica era de nuestra edad. Han encontrado su bicicleta no lejos del cuerpo. La estrangularon después de abusar de ella. Ya sabemos qué significa «abusar». Salen fotos de cuando estaba viva, fotos que ya poseen ese aspecto fantasmal que por lo general no se adquiere sino al cabo de los años, el aspecto del tiempo desapercibido, irrecuperable, irredimible. Se dan descripciones exhaustivas de su ropa. Vestía un suéter de angora y un pequeño cuello de piel con borlas, de los que ahora se llevan. Yo no tengo un cuello como ése, aunque me gustaría tenerlo. El suyo era blanco, pero también los hay de visón. En el suéter llevaba un broche en forma de un par de pájaros con ojos de cristal rojo. Es lo que cualquiera podría ponerse para ir a la escuela. Todos estos detalles sobre la ropa se me antojan injustos, aunque lo cierto es que los devoro. No me parece bien que puedas salir de tu casa un día cualquiera, vestida con ropa corriente, y luego te asesinen sin previo aviso y venga toda esta gente a contemplarte y examinarte. El asesinato debería ser una ocasión más ceremoniosa.

Hace mucho que he dejado de creer en los hombres malos del barranco. Los suponía un cuento de miedo inventado por las madres. Pero parece que, a mi pesar, existen.

Esta chica asesinada me preocupa. Tras la conmoción inicial, no se habla mucho de ella en la escuela. Ni siquiera Cordelia tiene ganas de hablar de ella. Es como si la chica hubiera hecho algo vergonzoso, al dejarse asesinar. Así que ha sido relegada a ese lugar donde van a parar todas las cosas no mencionables, llevándose consigo sus cabellos rubios, su suéter de angora, su vulgaridad. Su mera existencia remueve algo, como hojas muertas. Pienso en una muñeca que tuve de pequeña, con un reborde de piel blanca en el dobladillo de la falda. Recuerdo que esta muñeca me asustaba. Hacía años que no pensaba en eso.

Cordelia y yo estamos sentadas ante la mesa del comedor, haciendo los deberes. Yo ayudo a Cordelia, intento explicarle el átomo, pero ella se niega a tomárselo en serio. El esquema del átomo tiene un núcleo con electrones a su alrededor. El núcleo se parece a una frambuesa, y los electrones con sus anillos se parecen al planeta Saturno. Cordelia aprieta la lengua contra un lado de la boca y contempla el núcleo con expresión ceñuda.

—Esto parece una frambuesa —comenta.

—Cordelia —le digo—, el examen será mañana. —Las moléculas no le interesan, parece incapaz de comprender el sistema periódico. Rehúsa entender la masa, rehúsa entender por qué estallan las bombas atómicas. En el libro de física sale una foto de una explosión atómica, con nube en forma de hongo y todo. Para ella, es como cualquier otra bomba—. Materia y energía son lo mismo, sólo que bajo distintos aspectos —insisto—. Precisamente por eso  $E=mc^2$ .

—Sería todo más fácil si Percy el Gazmoño no fuese tan chinche —arguye. Percy el Gazmoño es nuestro profesor de Física. Tiene una mata de pelo rojo que se le encrespa por encima como al Pájaro Loco, y cecea al hablar.

Stephen entra en la pieza, atisba por encima de nuestros hombros.

—Así que aún os enseñan Física para críos —observa, adoptando un aire de paternalismo—. Siguen dibujando el átomo en forma de frambuesa.

—¿Lo ves? —dice Cordelia.

El comentario de Stephen me parece subversivo.

—Es el átomo que van a poner en el examen, conque más te vale aprendértelo —le digo a Cordelia. Luego, le pregunto a Stephen—: ¿Y qué aspecto tiene, en realidad?

—Mucho espacio vacío —contesta—. Apenas hay nada. Sólo unas pocas motitas mantenidas en su lugar por diversas fuerzas. A nivel subatómico, ni siquiera puede decirse que exista la materia. Lo más que se puede decir es que tiene tendencia a existir.

—Estás liando a Cordelia —le advierto. Cordelia ha encendido un cigarrillo y está mirando por la ventana, tras la cual varias ardillas se persiguen por el jardín. No presta atención a lo que hablamos.

Stephen mira a Cordelia.

—Cordelia tiene tendencia a existir —dice al fin.

Cordelia no sale con chicos del mismo modo que yo, aunque sale con chicos. De vez en cuando organizo una salida doble, por mediación de quien sea mi acompañante en esos momentos. El chico de Cordelia es siempre inferior al mío, y ella lo advierte perfectamente y se niega a darle su aprobación.

Cordelia parece incapaz de decidir qué clase de chicos merecen su aprobación. Los que llevan el pelo corto como mi hermano son unos posmas y unos latosos, pero los de tupé son unos horteras grasientos, aunque más *sexys*. Opina que los chicos con quienes salgo, que no van más allá de los cortes de pelo a cepillo, son demasiado infantiles para ella. Ha abandonado sus pintalabios y sus lacas de uñas rojo subido y sus cuellos vueltos hacia arriba, y ahora está por los rosas moderados, las dietas y los buenos cuidados. Así lo llaman las revistas: Buenos Cuidados, como en los caballos. Lleva el pelo más corto, su vestuario es más discreto.

Pero tiene algo que pone nerviosos a los chicos. Es como si se mostrara demasiado atenta con ellos, demasiado cortés, estudiada y exagerada. Se ríe cuando le



parece que han dicho una gracia y exclama: «¡Eso ha sido muy ingenioso, Stan!». Lo dice igualmente aunque ellos no pretendieran ser graciosos, y eso les hace dudar de si está burlándose de ellos o no. A veces es burla, a veces no. Se le escapan palabras inadecuadas. Cuando hemos dado cuenta de nuestras hamburguesas y patatas fritas, se vuelve hacia los chicos e inquiera alegremente: «¿Estáis lo bastante *sofonsificados*?», y ellos se la quedan mirando con la boca abierta. No son el tipo de chicos que en casa tienen servilleteros.

Les formula preguntas capciosas, intenta forzarlos a conversar, como hacen los adultos, sin pensar ni por un momento que lo mejor que puede hacerse con ellos es dejarlos existir en sus propios silencios, mirarlos solamente por el rabillo del ojo. Cordelia trata de mirarlos fijamente, con sinceridad; ellos quedan cegados por el fulgor de su mirada y se paralizan como los conejos ante los faros de un coche. Cuando va en el asiento de atrás con ellos, me doy cuenta, por la respiración y los jadeos, de que también en este aspecto va demasiado lejos. «Es un poco rara, tu amiga», me dicen los chicos, pero no saben decir por qué. Yo he llegado a la conclusión de que esto se debe a que no tiene ningún hermano, sólo hermanas. Cree que, con los chicos, lo importante es lo que dices; no ha aprendido nunca las complejidades, los matices del silencio masculino.

Pero sé que en realidad a Cordelia no le interesa nada de lo que los chicos puedan decirle; lo sé porque ella misma me lo ha contado. En general, opina que son tontos. Sus intentos de trabar conversación con ellos responden a un papel aprendido, una imitación. Cuando está con ellos, su risa es refinada y grave como las rosas de las mujeres de la radio, menos cuando se olvida de sí misma. Entonces es demasiado ruidosa. Está parodiando algo, algo que sólo existe en su cabeza, un papel o una imagen que sólo ella puede ver.

Los Earle Grey Players vienen a nuestra escuela secundaria, como todos los años. Van de escuela secundaria en escuela secundaria, son famosos por ello. Todos los años representan una obra de Shakespeare; se trata siempre de la obra que entra en los exámenes provinciales de decimotercer grado, los que hay que aprobar para ingresar en la universidad. No hay muchos teatros en Toronto, en realidad sólo hay dos, o sea que a estas representaciones suele acudir mucho público. Los chicos van a verlas por el examen, y los padres porque no suelen tener muchas oportunidades de ir a ver una obra de teatro.

Los Earle Grey Players son el señor Earle Grey, que siempre hace los papeles principales, la señora Earle Grey en el primer papel femenino y otros dos o tres actores que se supone son primos de Earle Grey y normalmente se reparten entre dos o más personajes cada uno. Todos los demás papeles son representados por alumnos de la escuela secundaria en la que actúan esa semana. El año pasado, la obra fue *Julio César*, y Cordelia consiguió un papel de populacho. Tuvo que tiznarse la cara con corcho quemado para dar la impresión de suciedad y envolverse en una sábana traída

de casa, y decir *rabble rabile* en la escena de masas en que Marco Antonio pronuncia su discurso.

Este año la obra es *Macbeth*. Cordelia hace de criada, y también de soldado en la batalla final. Esta vez tiene que traer de casa una manta vieja a cuadros escoceses. Es afortunada, porque también tiene una auténtica falda de tartán, una que había sido de Perdie cuando iba a su escuela privada para chicas. Además de estos papeles, Cordelia es también ayudante de atrezo. Es la encargada de disponer el atrezo después de cada representación y dejar los utensilios en orden, siempre en el mismo orden, para que los actores puedan recogerlos entre bastidores y salir corriendo a escena sin pararse a pensar.

Durante los tres días de ensayos, Cordelia está muy excitada. Lo noto por su forma de fumar un cigarrillo tras otro mientras volvemos a casa y de actuar con aire hastiado e indiferente, refiriéndose de vez en cuando a los verdaderos actores, los profesionales, por su nombre de pila. Los más jóvenes se esfuerzan constantemente por parecer graciosos, dice. A las Brujas las llaman las Tres Hermanas Lelas; llaman a Cordelia una tarambana con cara de pastel, y la amenazan con echarle ojo de tritón y pié de rana en el café. Dicen que cuando *Lady Macbeth* exclama «¡Fuera, mancha maldita!» en la escena de la locura, en realidad se dirige a su perrita Mancha, que se ha hecho caca en la alfombra. Dice que los verdaderos actores jamás pronuncian la palabra *Macbeth* en voz alta, porque trae mala suerte. Así que, para ellos, esta obra se llama «Los Tartanes».

—Acabas de decirlo —apunto.

—Decir, ¿qué?

—*Macbeth*.

Cordelia se para en seco en mitad de la acera.

—¡Ay, Dios! —exclama—. Lo he dicho, ¿verdad? —Desecha el asunto con una risa poco convincente, pero ha quedado preocupada.

Al final de la obra a *Macbeth* le cortan la cabeza y *Macduff* tiene que sacarla a escena. La cabeza es una col envuelta en un paño de cocina blanco: *Macduff* la arroja al escenario, donde choca con un impresionante ruido sordo, como si fuera de carne y hueso. O eso es lo que sucede en los ensayos. Pero la noche anterior a la primera representación —tiene que haber tres—, Cordelia se da cuenta de que la col está estropeándose, se está poniendo toda blanca y deshecha y huele a *sauerkraut*. Así que la sustituye por una col fresca.

La obra se representa en el auditorio de la escuela, donde se celebran las asambleas escolares y va el coro a ensayar. La noche del estreno está repleto de público. La representación discurre sin mayores percances, aparte de algunas risitas en momentos inoportunos y de una voz anónima que grita «¡Vamos, mávalo ya!» cuando *Macbeth* está vacilando ante la habitación de Duncan, y de los gritos y silbidos en las últimas filas cuando aparece *Lady Macbeth* en camisón. Busco a

Cordelia en la escena de la batalla y ahí está, corriendo de un lado a otro por el fondo del escenario con su falda de tartán y una espada de madera, la manta de viaje cruzada sobre un hombro. Pero cuando al final sale Macduff y arroja la col envuelta en el paño de cocina, el bulto no choca contra el suelo y se queda quieto: lo que hace es ir rebotando, pim-pam, pim-pam, hasta cruzar todo el escenario como una pelota de goma y caer rodando por el borde. Eso destruye el efecto trágico, y el telón cae entre las risas del público.

La culpa es de Cordelia, por haber cambiado la col. Está mortificada.

—Tenía que estar podrida —se lamenta detrás del escenario, donde he acudido a felicitarla—. ¡Y me lo dicen ahora!

Los actores no le han dado ninguna importancia a la cosa: le dicen que ha sido un efecto original. Sin embargo, aunque Cordelia se ríe y se ruboriza y trata de mostrarse indiferente, veo que está casi al borde del llanto.

Debería compadecerme de ella, pero no es así. Lo que hago, cuando volvemos a la escuela al día siguiente, es burlarme:

—Pim-pam, pim-pam, plof.

Y Cordelia exclama:

—¡Oh, no hagas eso! —Su voz es inexpresiva y abatida. Esto no es ninguna broma. Me pregunto por un instante cómo puedo ser tan cruel con mi mejor amiga. Porque eso es Cordelia.

Pasa el tiempo y nos hacemos mayores, somos las mayores, estamos en decimotercer grado. Podemos mirar con superioridad a los alumnos recién llegados, que, como nosotras en otro tiempo, todavía son simples críos. Podemos reírnos de ellos. Somos lo bastante mayores para estudiar Biología, que se enseña en el laboratorio de Química. Para esta asignatura, dejamos el grupo de nuestra sala de estudios y nos mezclamos con los alumnos de otras salas de estudios. Por eso tengo a Cordelia de pareja en las prácticas de Biología, ante la mesa del laboratorio de Química, que es negra y tiene un fregadero. A Cordelia no le gusta la Biología más de lo que le gustaba la Física, que a duras penas logró aprobar, pero tiene que hacer alguna asignatura de ciencias y, en su opinión, ésta es más fácil que algunas de las otras que hubiera debido elegir.

Se nos entregan equipos de disección con cuchillos en forma de escalpelo que habrían podido estar más afilados, y bandejas con una capa de cera en el fondo, y un paquete de alfileres, como en las clases de costura. Lo primero que debemos diseccionar es una lombriz. Nos entregan una a cada alumno. Estudiamos el esquema de las entrañas de la lombriz en nuestro libro de Zoología: eso es lo que en teoría hemos de ver una vez la tengamos abierta. Las lombrices culebrean y se retuercen en las bandejas con fondo de cera, y reptan por las paredes tratando de escapar. Huelen como un hoyo en la tierra.

Sujeto mi lombriz con un alfiler en cada extremo y le hago una limpia incisión vertical; la lombriz se agita como lo hacen cuando las clavas en un anzuelo. Extiendo su piel hacia ambos lados y la sujeto con otros dos alfileres. Veo su corazón de lombriz, que no tiene forma de corazón, y su arteria principal que bombea sangre de lombriz, y su aparato digestivo lleno de barro.

—¡Oh! —exclama Cordelia—. No sé cómo eres capaz.

Cordelia se está volviendo cada vez más sentimentaloides. Se está volviendo una latosa. Hago su lombriz por ella, cuando el profesor no nos mira. Luego dibujo un esquema de la lombriz en sección, pulcramente rotulado.

Después de eso viene la rana. La rana agita las patas y es más difícil que la lombriz, se parece demasiado a una persona nadando. La tumbo con un poco de cloroformo, según nos han indicado, y la diseco con habilidad, clavando los alfileres. Hago un dibujo del interior de la rana, con todos sus bultos y convoluciones, sus diminutos pulmones, su corazón de anfibio de sangre fría.

Cordelia tampoco puede hacer la rana. Dice que siente náuseas sólo de pensar en pincharla con su cuchillo de disección. Me mira, lívida, los ojos muy abiertos. El olor de la rana está afectándola. Hago su rana por ella. Eso se me da bien.

Me aprendo de memoria los estatocistos de la raya, sus agallas, las partes de la boca. Me aprendo el aparato circulatorio del gato. El profesor, que normalmente se encarga de entrenar al equipo de fútbol pero ha tomado hace poco un cursillo de zoología para estar en condiciones de darnos estas clases, encarga un gato muerto, con las venas y las arterias rellenas de látex azul y rojo. Cuando nos entregan el gato se lleva una gran decepción, porque el animal está decididamente pasado, se le nota el olor incluso a través del formaldehído. Así que no hemos de disecarlo, nos limitamos a estudiar el esquema del libro.

Pero las lombrices, las ranas y los gatos no me bastan. Quiero más. Los sábados por la tarde me acerco al Edificio de Zoología para utilizar los microscopios de los laboratorios vacíos. Examinó placas preparadas, planarios de cabeza triangular y ojos bizcos, bacterias teñidas con vistosos colorantes, cálidos rosas, violentos morados, azules radiantes. Las placas están iluminadas por debajo, son pasmosas, como vitrales de iglesia. Las dibujo, delimitando las estructuras con lápices de distintos colores, pero nunca consigo reproducir su brillo luminoso.

El señor Banerji, que ahora es el doctor Banerji, descubre lo que estoy haciendo. Me trae placas que cree van a interesarme y me las ofrece entre tímido y anhelante, con una risita de conspirador, como si compartiéramos algún secreto delicioso y esotérico, o algo religioso.

—Parásito de la lagarta —anuncia, depositando reverentemente la placa en una hoja de papel limpia sobre mi mesa—. Huevo de procesionaria.

—Muchas gracias —digo yo, y él examina mis dibujos, cogiéndolos por las esquinas con sus hábiles dedos mordisqueados.

—Muy bien, señorita, muy bien —asiente—. Pronto me quitarás el empleo.

Ahora tiene una esposa, que ha venido de la India, y un hijo pequeño. Los veo a veces, asomados al umbral del laboratorio; el niño, dulce y vacilante, la mujer, nerviosa. Lleva pendientes de oro y un pañuelo con lentejuelas. Bajo el canadiense abrigo de invierno lleva un sari rojo, por cuyo borde inferior asoman los chanclos.

Cordelia viene a casa y la ayudo a hacer sus deberes de Zoología, y luego se queda a cenar. Mi padre, mientras va repartiendo el estofado de buey, dice que cada día se extingue una especie. Dice que estamos envenenando los ríos y estropeando la reserva genética del planeta. Dice que cuando se extingue una especie siempre hay alguna otra que se adelanta para llenar el hueco ecológico, porque la Naturaleza aborrece el vacío. Dice que las cosas que se adelantan son las malas hierbas, las cucarachas y las ratas: dentro de poco, las únicas flores que veremos serán dientes de león. Dice, blandiendo el tenedor, que si seguimos reproduciéndonos a un ritmo tan acelerado, como especie, no tardará en surgir una nueva epidemia para restablecer el equilibrio. Todo esto ocurrirá porque la gente ha desatendido las lecciones básicas de la ciencia, y en su lugar se ha dedicado a la política, la religión y la guerra, buscando apasionadas excusas para matarse entre sí. La ciencia, por su parte, es desapasionada y carece de prejuicios, es el único lenguaje universal. Su lenguaje son los números. Cuando finalmente nos veamos metidos hasta el cuello en muertes y basuras, recurriremos a la ciencia para que resuelva los problemas que nosotros mismos hemos creado.

Cordelia escucha todo esto con una leve sonrisa afectada. Piensa que mi padre es muy pintoresco. Le oigo como debe de oírlo ella: éstos no son temas para tratarlos a la hora de la cena.

Voy a cenar a casa de Cordelia. Las cenas en casa de Cordelia son de dos clases: las que cuentan con la presencia de su padre y las que no. Cuando él no está presente, las cosas van de cualquier manera. Mami viene a la mesa con aire abstraído, enfundada en su bata de pintar; Perdie y Mirrie se presentan en tejanos, con una camisa de hombre por encima y rulos en la cabeza. Se levantan de un salto, deambulan por la cocina en busca de más mantequilla o del salero, que había quedado olvidado. Hablan todas a la vez, de un modo lánguido y burlón, y gimen cuando les toca levantar la mesa, mientras mami las reconviene: «Vamos, chicas», pero sin convicción. Está perdiendo la energía para enojarse.

Pero cuando está presente el padre de Cordelia, todo es distinto. Hay flores en la mesa, y velas. Mami luce sus perlas, las servilletas están pulcramente plegadas en los servilleteros y no arrugadas de cualquier modo bajo el canto de cada plato. No se olvida nada. No hay rulos, ni codos sobre la mesa; hasta las espaldas están más erguidas.

Hoy es de los días que hay velas. El padre de Cordelia ocupa la cabecera de la mesa, con sus hirsutas cejas, su aire lobuno, y derrama sobre mí toda la sensación de

que lo que él piense de ti es importante, porque es atinado, pero que lo que tú puedas pensar de él es irrelevante.

—Estoy abrumado —comenta, con fingida pesadumbre—. El único hombre en una casa de mujeres. Por las mañanas, ni siquiera me dejan entrar en el baño para afeitarme. —Me mira con picardía, esperando mi simpatía y mi complicidad, pero no se me ocurre nada que decirle.

—No sé de qué se queja —interviene Perdie—. Bastante suerte tiene con que lo aguantemos. —Perdie puede permitirse alguna pequeña impertinencia, alguna que otra libertad retozona. Mirrie, cuando se la presiona, adopta una expresión dolida. A Cordelia no se le da bien ninguna de las dos cosas. Pero todas le hacen el juego a papá.

—¿Qué estáis estudiando ahora? —inquire. Es una pregunta habitual suya. Responda lo que responda, lo encuentra divertido.

—El átomo —contesto.

—Ah, el átomo —asiente—. Me acuerdo del átomo. ¿Y qué nos cuenta el átomo hoy en día?

—¿Qué átomo? —pregunto, y él se echa a reír.

—Qué átomo, claro —repite—. Eso ha estado muy bien.

Tal vez sea esto lo que él quiere: una especie de tira y afloja. Pero Cordelia no está nunca a la altura, porque le tiene demasiado miedo. Tiene miedo de no complacerle. Y eso no le complace. Muchas veces he sido testigo de los torpes e inseguros esfuerzos de Cordelia por apaciguarle. Pero nada de lo que ella pueda hacer o decir será nunca suficiente, porque de alguna manera no es la persona adecuada.

Yo observo todo esto y me enfurezco. Me entran ganas de patearla. ¿Cómo puede ser tan abyecta? ¿Cuándo aprenderá?

Cordelia suspende el examen semestral de Zoología. No parece que le importe. Se ha pasado la mitad del examen dibujando subrepticias caricaturas de diversos profesores de la escuela, y me las muestra de camino a casa, riéndose con su risa exagerada.

A veces sueño con chicos. Son sueños sin palabras, sueños del cuerpo. Permanecen conmigo durante varios minutos después de despertar, y me deleito con ellos, pero no tardo en olvidarlos.

También tengo otros sueños.

Sueño que no puedo moverme. No puedo hablar, ni tan sólo puedo respirar. Estoy en un pulmón de acero. El acero oprime mi cuerpo como una dura piel metálica. Es esta piel de acero la que respira por mí, adentro, afuera. Soy densa y pesada, no siento nada más que esta pesadez. Mi cabeza asoma por un extremo del pulmón de acero. Estoy de cara al techo, donde hay un aplique de luz que parece de amarillento hielo turbio.

Sueño que me pruebo un cuello de piel ante el espejo de la cómoda. Hay alguien de pie a mis espaldas. Si me muevo de tal manera que pueda ver en el espejo, podré mirar por encima del hombro sin necesidad de volverme. Podré ver quién es.

Sueño que he encontrado un bolso de plástico rojo, escondido en un cajón o un baúl. Sé que contiene un tesoro, pero no consigo abrirlo. Lo intento y lo intento y, finalmente, estalla como un globo. Está lleno de ranas muertas.

Sueño que me han regalado una cabeza envuelta en un paño de cocina blanco. A través de la tela puedo ver el bulto de la nariz, la barbilla, los labios. Si desenvolviera la cabeza sabría de quién es, pero no quiero hacerlo, porque sé que, si lo hiciera, la cabeza cobraría vida.

Cordelia me cuenta que cuando era pequeña rompió un termómetro y se tragó parte del mercurio para ponerse enferma y no tener que ir a la escuela. A veces se metía un dedo en la garganta y vomitaba, o acercaba el termómetro a una bombilla para hacer creer que tenía fiebre. Un día su madre descubrió el truco, porque Cordelia había dejado el termómetro junto a la bombilla demasiado rato y el mercurio subió hasta casi cuarenta y cuatro grados.

Después de eso, le resultó más difícil hacer colar las demás estratagemas.

—¿Qué edad tenías entonces? —pregunto.

—Oh, no sé. Antes de la escuela secundaria —contesta—. La edad en que se hacen estas cosas, ya sabes.

Es un martes de mediados de mayo. Estamos sentadas en uno de los compartimentos de Sunnysides. En Sunnysides hay un mostrador de fuente de soda de color rojo jaspeado como la hematites, con los bordes cromados, y una hilera de taburetes fijos en el suelo, de asiento redondo y giratorio. La negra superficie de los asientos, que quizá no sea de cuero, emite un suave ruido de pedorreta cada vez que te sientas, así que Cordelia y yo y todas las demás chicas preferimos los compartimentos. Éstos son de madera oscura, y la mesa que hay entre los dos bancos encarados es roja como el mostrador de la fuente de soda. Aquí es donde venimos los alumnos de Durnham cuando terminan las clases, para fumar y beber vasos de Coca-Cola con guindas al marrasquino. Dicen que si disuelves un par de aspirinas en una Coca y te la bebes, te emborrachas. Cordelia dice que lo ha probado y que no tiene nada que ver con una borrachera de verdad.

En lugar de Coca-Cola, bebemos batidos de vainilla con dos pajitas para cada una. Alisamos las fundas de papel de las pajitas y las plegamos de manera que formen pequeñas orugas de papel. Después les echamos un poco de agua por encima y las orugas de papel se estiran y parece que se arrastraran. Las mesas de Sunnysides están siempre cubiertas de tiras de papel mojado.

—¿Qué dijeron los pollitos cuando la gallina puso una naranja? —pregunta Cordelia, porque los chistes malos sobre pollitos son ahora la última moda en la escuela. Los chistes de pollitos y los chistes de idiotas. «¿Por qué el idiota tiró el reloj por la ventana? Para ver si es verdad que el tiempo vuela».

—Mira la mermelada de naranja —respondo con voz de aburrimiento—. ¿Qué dijo el idiota cuando vio tres agujeros en el suelo?

—¿Qué? —dice Cordelia, que no suele acordarse de los chistes aunque ya los haya oído.

—Bien, bien, bien<sup>[1]</sup>.

—Ja, ja —exclama Cordelia. Parte de este ritual consiste en burlarse moderadamente de los chistes que cuentan los demás.



Cordelia empieza a trazar garabatos sobre la mesa con el agua que hemos derramado.

—¿Te acuerdas de aquellos agujeros que excavaba? —inquire.

—¿Qué agujeros? —No recuerdo ningún agujero.

—Aquellos agujeros que hacía en el patio. Chica, no sabes las ganas que tenía de hacer un agujero. Empecé uno, pero el suelo era demasiado duro y estaba lleno de piedras, así que empecé otro. Cuando volvía de la escuela, me pasaba las horas cavando, día tras día. Me salieron ampollas en las manos de tanto darle al azadón. — Esboza una sonrisa pensativa y nostálgica.

—¿Para qué lo querías? —pregunto.

—Quería meter una silla dentro y bajar allí a sentarme. Yo sola.

Me echo a reír.

—Pero ¿por qué?

—No lo sé. Supongo que quería tener un sitio que fuera sólo para mí, donde nadie pudiera molestarme. Cuando era pequeña, solía sentarme en el recibidor. Pensaba que, si me quedaba muy quieta y me quitaba de en medio y no decía nada, entonces estaría a salvo.

—¿A salvo de qué? —Quiero saber.

—A salvo, nada más —responde—. Cuando era muy pequeña, me parece que siempre tenía problemas con papá. Lo hacía enfadar. Nunca sabía cuándo iba a saltar. «Bórrate esa sonrisita de la cara», me decía. Yo le plantaba cara. —Aplasta su cigarrillo, que lleva un rato humeando en el cenicero—. ¿Sabes una cosa? No me gustó nada que nos mudáramos a esa casa. Detestaba a las niñas de la escuela Reina María, y aquellos juegos tan aburridos, como saltar a la cuerda. En realidad, no tuve ninguna amiga en esa escuela, aparte de ti.

El rostro de Cordelia se disuelve y se recompone: veo cómo, bajo él, surge su cara de cuando tenía nueve años. Esto sucede en un abrir y cerrar de ojos. Es como si yo hubiera estado en la oscuridad y de pronto se hubiera corrido una cortina, ante una ventana iluminada, revelando con plena claridad todo lo que estaba ocurriendo. Tengo como un vislumbre, durante el cual puedo ver. Y luego ya no.

Una oleada de sangre me sube a la cabeza; se me encoge el estómago, como si hubiera escapado por los pelos de ser golpeada por algo peligroso. Es como si me hubieran sorprendido robando, o contando una mentira; o como si hubiera oído a otros hablar de mí a mis espaldas, decir cosas malas de mí. Noto el mismo rubor de vergüenza, de culpa y de miedo, y de frío desprecio hacia mí misma. Pero no sé de dónde han salido estos sentimientos, qué he hecho yo.

Ni quiero saberlo. Sea lo que sea, no es nada que quiera ni necesite. Quiero estar aquí, un martes de mayo, sentada en un compartimento de Sunnysides, contemplando a Cordelia mientras sorbe delicadamente los restos de su batido a través de las pajitas. Ella no se ha dado cuenta de nada.

—Tengo otro —le digo—. Cuando al idiota le ofrecieron un empleo como chófer de ambulancia, ¿por qué pidió que le instalaran una bañera en el techo?

—¿Por qué? —pregunta Cordelia.

—Para llevar la sirena.

Cordelia pone los ojos en blanco, como Perdie.

—Muy divertido —declara.

Cierro los ojos. En mi cabeza hay un rectángulo de tinieblas y flores de beleño.

Empiezo a esquivar a Cordelia. No sé por qué.

Ya no organizo salidas dobles con ella. Le digo que el chico con quien estoy saliendo no tiene ningún amigo que valga la pena. Le digo que debo quedarme en la escuela, cosa que es cierta: estoy pintando los decorados del próximo baile, palmeras y chicas con faldas hawaianas.

Algunos días Cordelia se queda esperándome y tengo que volver con ella a pesar de todo. Habla y habla como si no pasara nada, y yo digo muy poco; claro que yo nunca he hablado mucho. Al cabo de un rato me dice, con exagerada jovialidad: «Pero si no paro de hablar de mí misma... ¿Qué me dices de ti?», y yo sonrío y contesto: «No gran cosa». A veces hace una broma y pregunta: «Pero basta ya de hablar de mí misma. Dime, ¿qué piensas tú de mí?». Y yo sigo la broma y respondo: «No gran cosa».

Cordelia suspende un examen tras otro. Eso no parece importarle, o, al menos, no quiere hablar del asunto. He dejado de ayudarla con sus deberes, porque sé que tampoco va a prestarme ninguna atención aunque lo haga.

Le cuesta concentrarse en las cosas. Aun cuando sólo estamos charlando, de camino a casa, suele cambiar de tema en medio de una frase, de forma que resulta difícil seguir su conversación. Además, también está descuidándose, recayendo en su anterior dejadez. Ha dejado que le crezca el mechón teñido, así que ahora es desconcertantemente bicolor. Lleva carreras en las medias, le faltan botones en las blusas. El lápiz de labios no parece coincidir con su boca.

Se decide que lo mejor para Cordelia es que vuelva a cambiar de escuela, así que cambia. Después de eso me telefonea a menudo, y luego ya no tan a menudo. Dice que tendríamos que vernos algún día. Yo nunca me niego, pero tampoco fijo una fecha. Al cabo de un rato, me despido. «Bueno, tengo que colgar ya».

La familia de Cordelia se muda a una casa más grande, en un barrio elegante más al norte. En su antigua casa se instalan unos holandeses. Plantan muchos tulipanes. Parece que ahí se acabó Cordelia.

Sentada ante un pupitre en el gimnasio, redacto los exámenes finales de decimotercer grado, asignatura por asignatura, día tras día. Las hojas han brotado del todo, los lirios están en flor, hay una ola de calor: el gimnasio parece un horno, y todos allí sentados, sofocados, escribiendo, mientras el gimnasio exuda su olor a deportistas ya ausentes. Los profesores patrullan los pasillos. Varias chicas se desmayan. Un chico se cae redondo y luego se sabe que había bebido toda una jarra de zumo de tomate que encontró en la nevera y que en realidad eran Bloody Marys para el club de *bridge* de su madre. Mientras retiran los cuerpos, apenas levanto la vista de la página.

Sé que los dos exámenes de Biología van a salirme bien. Puedo dibujar lo que sea: el oído de una raya por dentro, el ojo humano, los genitales de la ranas, la flor del conejito (*Antirrhinum majus*) vista en sección. Sé distinguir un racimo de un rizoma, sé explicar la fotosíntesis, sé deletrear *Scrofulariaciae*. Pero en medio del examen de Botánica tengo la revelación, súbita como un ataque de epilepsia, de que no voy a ser bióloga, como hasta ahora suponía. Voy a ser pintora.

Miro la hoja, donde está cobrando forma el ciclo vital de las setas, desde la espora hasta la planta madura, y lo asumo con absoluta certeza. Mi vida ha cambiado, sin estruendo, en un instante. Sigo con mi explicación de los tubérculos, los bulbos y las legumbres, como si nada hubiera pasado.

Una noche, justo después de acabados los exámenes, suena el teléfono. Es Cordelia. Y entonces me doy cuenta de que la estaba esperando.

«Me gustaría verte», dice. Yo no quiero verla, pero sé que lo haré. Lo que he oído no es «me gustaría», sino «necesito».

La tarde siguiente tomo el metro y luego el autobús, rumbo al norte, a través de la sudorosa ciudad, hacia donde Cordelia está viviendo ahora. Nunca había estado en estos barrios. Las calles serpentean a uno y otro lado, las casas son grandes, imponentes, de estilo georgiano, aisladas por tupida espesura. Cuando me acerco por la acera veo o creo ver el rostro de Cordelia, pálido y borroso, tras una ventana de la fachada. Ella misma me abre la puerta antes de que tenga tiempo de llamar.

—Bueno, ¿qué tal estás? —me saluda—. Cuánto tiempo sin vernos. —Es falsa cordialidad, y ambas lo sabemos, porque Cordelia está hecha una ruina. Su cabello carece de lustre, su cutis es mate y descolorido. Ha ganado mucho peso, no un peso sólido musculoso, sino peso fofo, abotargado y acuoso. Usa de nuevo su antigua pintura de labios de un rojo anaranjado demasiado subido, que le vuelve la tez amarillenta—. Ya lo sé —añade—. Estoy hecha una Haggis McBaggis.

Dentro, la casa es fresca. El suelo del recibidor es de cuadrados blancos y negros; hay una elegante escalinata central. A un lado, una pulida mesita sostiene un arreglo floral a base de gladiolos. En la casa reina el silencio, roto únicamente por las campanadas de un reloj en la sala de estar. Parece que hayan salido todos.

No pasamos a la sala sino hacia el fondo, más allá de la escalinata, por una puerta que conduce a la cocina, donde Cordelia me prepara una taza de café instantáneo.

La cocina es muy bonita, perfectamente montada, tranquila y luminosa. El frigorífico y los fogones son blancos. Ahora hay gente que tiene frigoríficos de colores, rosa o verde claro, pero a mí no me gustan y me complace ver que a la madre de Cordelia tampoco. Un libro de texto con las cubiertas forradas reposa sobre la mesa de la cocina, que reconozco como la mesa del comedor de su antigua casa, pero sin las dos hojas centrales. Eso significa que deben tener una mesa nueva en el comedor. Me asombra descubrir que siento más deseos de ver esta mesa nueva que de ver a Cordelia.

Cordelia hurga en el frigorífico y saca una caja de buñuelos ya empezada.

—Estaba esperando una excusa para comerme los que quedan —me explica. Pero apenas ha dado el primer bocado, ya enciende un cigarrillo—. Bueno —prosigue—. ¿En qué andas metida últimamente? —Es su voz excesivamente jovial, la que solía utilizar con los chicos. En este momento, me da un poco de miedo.

—Oh, lo de siempre —contesto—. Ya sabes. Los exámenes y todo eso. —Nos miramos a la cara. Las cosas le van mal, eso está claro. Pero no sé si quiere que me dé por enterada o no—. ¿Y tú?

—Tengo una profesora particular —me anuncia—. Se supone que debo estudiar. Cursos de verano.

Ambas sabemos, sin necesidad de mencionarlo, que debe haber suspendido el curso pese al cambio de escuela. Debe de haber tenido muy malas notas. Si no logra aprobar las asignaturas que ha suspendido, en la próxima convocatoria de exámenes o en cualquier otro momento, jamás podrá ingresar en la universidad.

—¿Y está bien la profesora? —pregunto, como si me interesara por un vestido nuevo.

—Más o menos —responde Cordelia—. Parpadea todo el rato, tiene ojos lacrimosos. Vive en un apartamento miserable. Tiene ropa interior de color salmón; a veces la he visto colgada en la barra de la cortina de la ducha, en su miserable cuarto de baño. Para que cambie de tema, sólo he de preguntarle por su salud.

—¿Qué tema? —Quiero saber.

—Oh, cualquiera —dice ella—. Física, latín, lo que sea. —Se la ve un poco avergonzada de ella misma, pero orgullosa y excitada al mismo tiempo. Es como cuando se dedicaba a birlar cosas. Ahora, su hazaña es ésta: despistar a la profesora—. No sé por qué están todos convencidos de que me paso los días estudiando —comenta—. En realidad, duermo mucho. O, si no, bebo café y fumo y escucho mis discos. A veces tomo un sorbito de la botella de *whisky* de papá y la relleno con agua. ¡Y no se da cuenta!

—Pero, Cordelia —razono—, ¿tienes que hacer algo!

—¿Por qué? —pregunta, con un poco de su anterior belicosidad. Es broma, pero no del todo.

Y no se me ocurre ningún motivo válido. No puedo decir «Porque es lo que hace todo el mundo». Ni siquiera puedo decir «Porque tienes que ganarte la vida», ya que es evidente que no lo necesita, está viviendo en esta gran casa sin ganarse la vida en absoluto. Podría seguir siempre así, como una mujer de otros tiempos, una tía soltera, una especie de envejecida adolescente perpetua que nunca sale de casa. No es probable que sus padres la echen a la calle.

Así que le digo:

—Te aburrirás.

Cordelia se echa a reír con demasiada fuerza.

—Y si estudio, ¿qué? —replica—. Apruebo los exámenes. Voy a la universidad. Lo apruebo todo. Me convierto en maestrilla. No, gracias.

—No seas cretina —estallo—. ¿Por qué has de convertirte en una maestrilla?

—Quizá sí que soy una cretina —admite—. No puedo concentrarme en esos rollos, apenas logro ver la página, todo se me vuelve manchitas negras.

—Tal vez debieras ir a la escuela de secretariado —sugiero. Nada más decirlo, me siento como una traidora. Ella sabe bien lo que ambas opinamos de las chicas que piensan en ir a la escuela de secretariado, con sus cejas depiladas y sus blusas de nailon rosa.

—Muchísimas gracias. —Hace una pausa—. Pero vale más que hablemos de otras cosas —propone, recobrando su voz superjovial—. Hablemos de cosas divertidas. ¿Te acuerdas de aquella col? ¿La que rebotó en el escenario?

—Sí —contesto. Se me ocurre que quizás esté embarazada, o quizá lo haya estado. Es natural pensar eso de las chicas que abandonan los estudios. Pero llego a la conclusión de que es poco probable.

—Me sentí muy humillada —prosigue—. ¿Te acuerdas de cuando íbamos al centro y nos fotografiábamos en Unión Station? ¡Qué listas nos creíamos!

—Justo antes de que construyeran el metro —asiento.

—Arrojábamos bolas de nieve a las señoras. Cantábamos aquellas ridículas canciones.

—La lepra —digo yo.

—Parte de tu corazón —dice ella—. Nos creíamos él no va más. Ahora veo las chicas de esa edad y pienso: «¡Mocosas!».

Rememora aquellos tiempos como si fuesen su edad de oro; o tal vez se lo parece así porque estaba mejor que ahora. Pero no quiero que siga recordando. Quiero protegerme de otros posibles recuerdos, más oscuros; quiero irme de aquí antes de que ocurra algo embarazoso. Cordelia se sostiene precariamente en el filo de una hilaridad artificial que en cualquier momento puede ceder y convertirse en lo contrario, en lágrimas y desesperación. No quiero verla derrumbarse de esta manera, porque no tengo ningún consuelo que ofrecerle.

Me endurezco ante ella. Está portándose como una idiota. No tiene por qué quedarse encerrada en sí misma, en esta lúgubre, prolongada y mezquina desdicha. Dispone de todo tipo de alternativas y posibilidades, y lo único que le impide aprovecharlas es la falta de voluntad. «Despábilate —desearía decirle—. Planta cara a la vida».

Le digo que debo volver a casa, que luego tengo que salir. No es verdad, y ella lo sospecha. Aunque está hecha un lío, su instinto para las mentiras sociales se ha agudizado.

—Pues claro —asiente—. Es perfectamente comprensible. —Es su remota voz de persona mayor.

Ahora que ya he empezado a despedirme, a dar muestras de apresuramiento, se me ocurre de pronto que una de mis razones para huir es que no quiero ver a su madre cuando vuelva, de dondequiera que esté. Su madre me miraría con expresión de reproche, como si fuera yo la responsable del estado en que se halla Cordelia, como si la hubiera decepcionado, no Cordelia, sino yo. ¿Por qué habría de someterme a tal mirada por algo que no es culpa mía?

—Adiós, Cordelia —le digo en el recibidor. Le doy un breve apretón en el brazo y me aparto antes de que pueda besarme en la mejilla. Besar las mejillas es una costumbre de su familia. Sé que esperaba algo de mí, alguna conexión con su antigua vida, o con ella misma. Sé que no se la he proporcionado. Me siento consternada por mi actitud, por mi crueldad e indiferencia, por mi falta de amabilidad. Pero también me siento aliviada—. Ya te llamaré un día de éstos. —Es mentira, pero ella prefiere no darse por enterada.

—Sí, podemos hacer algo juntas —responde, recurriendo a la cortesía para protegernos a las dos.

Recorro el sendero hasta la calle, me vuelvo a mirar. Ahí está otra vez su rostro, el borroso reflejo de una luna tras la ventana delantera.

**X**  
**DIBUJO DEL NATURAL**



Existen diversos trastornos de la memoria. La incapacidad de recordar los nombres, por ejemplo, o los números. Hay también otras amnesias más complejas. En un caso, pierdes todo tu pasado; comienzas de cero, aprendiendo a anudarte los cordones de los zapatos, a usar un tenedor, a leer y a cantar. Te presentan a tus parientes, a tus más viejos amigos, como si no los hubieras visto nunca; dispones de una segunda oportunidad con ellos, mucho mejor que el perdón, porque puedes comenzar con plena inocencia. En otro caso, conservas el pasado lejano pero pierdes el presente. No eres capaz de recordar lo que ha ocurrido hace cinco minutos. Cuando una persona a la que has conocido durante toda tu vida sale de la habitación y vuelve a entrar al poco rato, la recibes como si llevaras veinte años sin verla; lloras y lloras, de gozo y de alivio, como si te hubieras encontrado con un muerto.

A veces me pregunto cuál de estos trastornos voy a sufrir, con el tiempo; porque sé que uno u otro me afectará.

Durante muchos años quise ser más vieja, y ahora lo soy.

Estoy sentada en la cruda negrura del Quasi, bebiendo vino tinto, mirando por la ventana. Al otro lado del vidrio veo pasar a Cordelia; enseguida, se funde y se recompone, convirtiéndose en una persona distinta. Otra confusión de identidad.

¿Por qué le pusieron ese nombre? Menudo peso le colgaron del cuello. Corazón de la luna, gema del mar, según el idioma extranjero que se quiera utilizar. La tercera hermana, la única buena. La testaruda, la rechazada, la que no era escuchada. De haberse llamado Jane, ¿habrían cambiado las cosas?

Mi madre me impuso el nombre de su mejor amiga, como solían hacer las mujeres de aquellos tiempos. Elaine, que antes se me antojaba demasiado quejumbroso. Hubiera querido algo más concreto, un monosílabo: Dot, o Pat, como el ruido de una pisada. Nada que se prestara a confusiones, nada lloroso. Pero, con el tiempo, el nombre se ha solidificado a mi alrededor. Ahora me lo imagino duro pero flexible, como un guante que se ha llevado mucho.

En este lugar abunda el negro moderno, en parte cuero, en parte reluciente vinilo. Esta vez he venido preparada, llevo mi jersey de cuello de cisne de algodón negro y mi trinchera negra con una capucha sujeta con botones, pero mi textura no es la correcta. Tampoco la edad es correcta: aquí, todo el mundo parece tener doce años. La idea de citarnos en este lugar partió de Jon. Hay que reconocerle la capacidad de aferrarse a la tabla de surf cuando ésta emerge entre la espuma de la última ola.

Jon siempre había sido un fetichista del retraso, para demostrarme que su vida estaba abarrotada de cosas más importantes que yo, y hoy no es ninguna excepción. Treinta minutos después de la hora convenida, hace su entrada en el local. Esta vez,

empero, se disculpa. ¿Puede ser que haya aprendido algo, o acaso es que su nueva esposa lleva un control más férreo? Es curioso que aún siga calificándola de «nueva».

—No tiene importancia, ya lo había previsto —respondo—. Me alegro de que te hayan dejado salir a jugar. —Una leve patada preliminar contra su esposa.

—Almorzar contigo difícilmente puede considerarse un juego —replica, sonriente.

Veo que sigue en forma. Nos estudiamos el uno al otro. En los últimos cuatro años ha acumulado más arrugas, y las patillas y el bigote han encanecido.

—No me hables de mi coronilla calva —dice.

—¿Qué coronilla calva? —replico, dándole a entender que estoy dispuesta a pasar por alto su decadencia física si él pasa por alto la mía. Capta el mensaje.

—Te encuentro mejor que nunca —observa—. Eso de que tus cuadros se vendan debe sentarte bien.

—Y que lo digas —asiento—. Es muchísimo mejor que ir lamiendo culos y descuartizando mujeres en películas de sexo y violencia.

En otro tiempo, este comentario habría hecho saltar la sangre, pero a estas alturas ya debe de haber aceptado su lugar en la vida. Se encoge de hombros y no se lo toma mal, pero se le ve cansado.

—Si se vive lo bastante, el que lame acaba convirtiéndose en lamido —apunta—. Desde que hice el ojo que estallaba, no puedo equivocarme en nada. En estos momentos, voy cubierto de saliva de la cabeza a los pies.

La posibilidad de una cruda interpretación sexual está bien clara, pero la eludo. Se me ocurre pensar que está en lo cierto: ahora pertenecemos al orden establecido, tal y como es. O, por lo menos, ésa es la apariencia que debemos de dar. Antes, mis conocidos morían de suicidio, por accidentes de moto y otras clases de violencia. Ahora son enfermedades: ataques al corazón, cáncer, las diversas traiciones del cuerpo. El mundo está gobernado por gente de mi edad, hombres de mi edad que pierden el cabello y tienen problemas de salud, y eso me asusta. Cuando los dirigentes eran más viejos que yo, aún podía creer en su sabiduría, podía creer que habían trascendido la ira y la malevolencia y la necesidad de ser amados. Ahora conozco la verdad. Contemplo los rostros de los periódicos, de las revistas, y trato de imaginar qué ambiciones, qué furias los impulsan.

—¿Qué tal va tu verdadero trabajo? —me intereso, ablandándome, haciéndole saber que todavía me lo tomo en serio.

Esto le molesta.

—Bien —responde—. Últimamente no puedo dedicarle mucho tiempo.

Permanecemos en silencio, sopesando nuestros déficits. Ya no nos queda mucho tiempo para llegar a ser aquello que nos habíamos propuesto. Jon tenía posibilidades, pero ésta ya no es una palabra que pueda usarse sin reparos. Las posibilidades llevan fecha de caducidad.

Hablamos de Sarah, tranquilamente y sin competir, como un tío y una tía. Hablamos de mi exposición.

—Me imagino que habrás visto el rapapolvo que me da el periódico —comento.

—¿Era un rapapolvo? —pregunta.

—Por culpa mía. Fui grosera con la entrevistadora —le explico, con lo que trato de hacer colar como arrepentimiento—. Estoy convirtiéndome en una vieja bruja cascarrabias.

—Me decepcionarías si no lo fueras —dice él—. Hazlos sudar, para eso te pagan. —Nos echamos a reír. Me conoce. Sabe qué incordio puedo llegar a ser.

Lo contemplo con el nostálgico afecto que se dice los hombres sienten por sus guerras, por sus camaradas veteranos. Recuerdo que en otro tiempo solía tirarle cosas a este hombre. Le tiré un cenicero de vidrio, un cenicero más bien barato que no se rompió. Le tiré un zapato (suyo) y un bolso (mío), sin detenerme a cerrarlo antes de arrojárselo, de forma que él quedó regado con una lluvia metálica de llaves y monedas sueltas. Lo peor que le tiré fue un pequeño televisor portátil, de pie sobre la cama e impulsándome con el rebote de los muelles, aunque en el mismo instante de soltarlo pensé: «¡Dios mío, haz que lo esquive!». En aquella época, me creía capaz de asesinarlo. Ahora sólo experimento un suave pesar por el hecho de que no pudiéramos tratarnos de un modo más civilizado. Y sin embargo fue un tiempo pasmoso, con todas aquellas explosiones, aquel desprecio por las consecuencias, aquellos estropicios en technicolor. Pasmoso y angustioso y casi mortal.

Ahora que estoy más o menos a salvo de él, y él de mí, puedo recordarlo con cariño e incluso con bastante precisión, lo cual es más de lo que puedo decir de otras personas. Los antiguos amantes siguen el camino de las antiguas fotografías, se decoloran gradualmente como en un lento baño de ácido: primero las verrugas y los granos, luego los matices, luego las mismas facciones, hasta que no queda más que un contorno general. ¿Y qué quedará de eso cuando llegue a los setenta? Nada del barroco éxtasis, nada de las grotescas compulsiones. Una o dos palabras, revoloteando en el vacío interior. Tal vez un dedo por aquí, un aleta de la nariz por allí, o un bigote, flotando como pequeños fragmentos de alga entre todos los demás restos del naufragio.

Al otro lado de esta mesa, negra como la noche, Jon, aunque disminuido, sigue moviéndose y respirando. Siento en mí una punzada de dolor, de añoranza: *¡No te vayas aún! ¡Aún no es hora! ¡No me dejes!* Sería una estupidez, como siempre, revelarles mi sentimentalismo, mi debilidad por él.

Comemos algo vagamente tailandés: un succulento pollo cargado de especias, una ensalada de vegetales exóticos, hojas coloradas, minúsculas astillas moradas. Una comida vistosa. Esto es lo que come ahora la gente, la gente que come en sitios como éste: Toronto ya no es la tierra del pastel de pollo cocido, el estofado de buey, las

verduras excesivamente hervidas. Recuerdo mi primer aguacate, a los veintidós años. Fue como la primera orquesta sinfónica de mi padre. Siento un perverso apetito por los postres de mi infancia, los postres de la guerra, sencillos, baratos y sosos: el flan de tapioca, con sus bolitas gelatinosas; el flan de caramelo Jello; la gelatina de crema. Esta gelatina se hacía con unas pastillas blancas que venían en un tubo, y se servía decorada con un burujo de jalea de uva por encima. Lo más probable es que ya no exista.

Jon ha pedido una botella; eso de ir pidiendo vaso a vaso no es para él. Se trata de un resto de la vieja altanería, la vieja cola de pavo real, y eso me tranquiliza.

—¿Cómo está tu mujer? —pregunto.

—Oh —responde, bajando la vista—, Mary Jane y yo hemos decidido separarnos por algún tiempo.

Esto podría explicar las infusiones de hierbas: una influencia más joven, más vegetariana, infiltrada subrepticamente en el estudio.

—Supongo que te habrás buscado alguna jovencita —comento—. Ahora dicen «largar» en vez de «hablar», ¿te has fijado?

—En realidad, ha sido Mary Jane quien me ha dejado.

—Lo siento. —Y al instante me doy cuenta de que es verdad, de que estoy indignada, cómo ha podido hacerle tal cosa, la muy zorra. Me pongo de parte de él, pese a que yo le hice lo mismo, hace años.

—Supongo que parte de la culpa es mía —añade. En otro tiempo, jamás habría reconocido una cosa así—. Me dijo que no lograba comunicarse conmigo.

Apuesto a que no es lo único que le dijo. Jon ha perdido algo, alguna ilusión que yo juzgaba imprescindible para él. Ha acabado por darse cuenta de que también él es humano. ¿O acaso se trata únicamente de una comedia para demostrarme que sabe estar al día? Quizá no se hubiera debido informar a los hombres de su propia humanidad. Sólo ha servido para que se sientan incómodos, para volverlos más astutos, más engañosos, más evasivos, más difíciles de interpretar.

—Si no hubieras estado tan loco —apunto—, quizá la cosa habría podido resultar. Entre nosotros, quiero decir.

Esto le da nuevos ánimos.

—¿Quién era el loco? —replica, de nuevo sonriente—. ¿Quién llevó a quién al hospital?

—De no haber sido por ti —razono—, no habría tenido por qué ir al hospital.

—Eso no es justo, y tú lo sabes —protesta.

—Tienes razón —admito—. No es justo. Me alegro de que me llevaras al hospital.

Perdonar a los hombres es mucho más fácil que perdonar a las mujeres.

—Te acompañaré hasta donde vayas —se ofrece a la salida, ya en la acera. Me gustaría que lo hiciera. Ahora que no hay nada en juego, nos llevamos muy bien. Comprendo que me enamorase de él. Pero ahora no tengo energías para eso.

—No hace falta —respondo. No quiero admitir que no sé adónde voy—. Y gracias por el estudio. Si necesitas alguna cosa de allí, ya me avisarás. —Pero sé que, mientras esté yo, no aparecerá por allí; la situación es aún demasiado embarazosa, y peligrosa, para que podamos estar los dos juntos tras una puerta cerrada.

—Quizá podríamos ir a tomar algo, más tarde —sugiere.

—Quizá sí —digo yo.

Tras despedirme de Jon echo a andar por Queen en dirección este, pasando ante vendedores callejeros que ofrecen atrevidas camisetas, pasando ante los portaliqas y las bragas de satén de los escaparates. Voy pensando en un cuadro que pinté hace años. *Mujeres cayendo*, se titulaba. Muchas de mis obras de aquella época surgieron de mi confusión respecto a las palabras.

No había hombres en ese cuadro, pero hablaba de ellos, del tipo de hombres que hacen caer a las mujeres. Yo no les atribuía ninguna intención a estos hombres. Eran como el clima, que no tiene mente. Te dejaban empapada o te fulminaban como un rayo y seguían adelante, tan desprovistos de mente como una ventisca. O podría decir que eran como rocas, como una hilera de cortantes y resbaladizas rocas con afiladas aristas. Puedes pasar entre ellas con mucho cuidado, mirando bien donde pisas, y sabes que si resbalas te caerás y te harás daño, pero es absurdo echarles la culpa a las rocas.

De ahí debía venir el sentido de la expresión «mujeres caídas». Las mujeres caídas eran mujeres que se habían caído encima de algún hombre y se habían hecho daño. La frase parece sugerir la idea de un movimiento hacia abajo, contra la propia voluntad y no por voluntad de otra persona. Las mujeres caídas no eran mujeres derribadas ni mujeres empujadas, solamente caídas. Claro que estuvo Eva y la Caída, pero en ese relato no se habla para nada de caer, sólo se habla de comer, como en la mayoría de los cuentos de niños.

*Mujeres cayendo* representaba a tres mujeres que caían desde un puente, como por accidente, con las faldas infladas por el viento y el cabello ondeando hacia lo alto. Caían hacia el suelo, hacia los hombres que, mucho más abajo, vacían invisibles, afilados y oscuros, carentes de voluntad propia.

Estoy contemplando a una mujer en cueros. En un cuadro sería un desnudo, pero no está en un cuadro. Es la primera mujer viviente que veo en cueros, sin contarme a mí misma en el espejo. En el vestuario de la escuela secundaria, las chicas siempre se dejaban la ropa interior puesta, que ya no es lo mismo, como tampoco son lo mismo las mujeres que aparecen en los anuncios de las revistas, enfundadas en un traje de baño de una pieza en fibra elástica *Lycra*.

Y ni siquiera esta mujer está del todo en cueros, puesto que una sábana le cubre el muslo izquierdo y se recoge entre sus piernas: no se ve nada de pelo. La mujer está sentada en un taburete, del que sus nalgas sobresalen por los lados; la robusta espalda está encorvada, la pierna derecha se cruza sobre la izquierda a la altura de la rodilla, el codo derecho reposa sobre la rodilla derecha, el brazo izquierdo está vuelto hacia atrás, la mano apoyada en el taburete. Su mirada es de aburrimiento; la cabeza cuelga hacia delante, tal como la han colocado. Parece incómoda y agarrotada, y también con frío: desde aquí veo la piel de gallina de sus brazos. Su cuello es grueso. Tiene el cabello corto y encrespado, de un tono rojizo, con las raíces más oscuras, y sospecho que está mascando chicle: de vez en cuando, mueve lateralmente la mandíbula de un modo lento y furtivo. En teoría, no tendría que moverse.

Estoy intentando dibujar a esta mujer con un carboncillo. Busco la fluidez de la línea. Preferiría utilizar un lápiz duro; el carboncillo me tizna los dedos y deja manchas, y no va nada bien para el pelo. Además, esta mujer me asusta. Tiene demasiada carne, sobre todo por debajo de la cintura; tiene pliegues de carne sobre el estómago, los pechos caídos y unos enormes pezones de color oscuro. La cruda luz fluorescente, que cae directamente sobre ella, convierte las cuencas de sus ojos en cavernas y resalta las líneas descendentes que van de la nariz a la barbilla; sin embargo, el mero volumen de su cuerpo hace que su cabeza parezca un añadido de último momento. No es hermosa, y temo llegar a ser como ella.

Es una clase nocturna. Se llama Dibujo del Natural, y tiene lugar todos los martes en la Facultad de Arte de Toronto, en una gran sala vacía, al final de la cual hay una escalera sin adornos, y luego Mc-Caul Street, y luego Queen, con sus beodos y sus vías de tranvía, y más allá la tradicional y ordenada Toronto. Somos una docena en la sala, con nuestros esperanzados y casi nuevos tableros de dibujo con cartulina Bristol y nuestros dedos tiznados de negro: dos mujeres mayores, ocho chicos jóvenes, una chica de mi edad y yo. Yo no soy alumna de la facultad, pero incluso los que no son alumnos pueden matricularse en esta clase, bajo determinadas circunstancias. Las circunstancias son las que han de convencer al profesor de que vas en serio. Lo que no está muy claro es cuánto tiempo voy a durar.

El profesor es el señor Hrbik. Tiene unos treinta y tantos años, una tupida y rizada cabellera morena, bigote, nariz aquilina y unos ojos que casi parecen morados, como

las moras silvestres. Tiene la costumbre de mirarte sin decir nada y, al parecer, sin parpadear.

Fueron los ojos lo primero que me llamó la atención, cuando acudí a entrevistarme con él. Estaba sentado en su exiguo y desordenado despacho de la facultad, retrepado en su asiento y mordisqueando el extremo de un lápiz. Cuando me vio, dejó estar el lápiz.

—¿Qué edad tienes? —quiso saber.

—Diecisiete años —respondí—. Casi dieciocho.

—Ah —dijo, y suspiró como si esto fuese una mala noticia—. ¿Y qué has hecho?

Del modo en que lo dijo, tuve la sensación de que estaba acusándome de algo. Pero enseguida comprendí a qué se refería: esperaba que le mostrara lo que se denominaba «un portafolio de obras recientes», es decir, pinturas, a fin de juzgar mis capacidades. Pero yo no tenía gran cosa que mostrar. Prácticamente mi único contacto con el arte había sido en la escuela secundaria, en las clases de apreciación artística de noveno grado, donde nos hacían escuchar la sonata *Claro de Luna* y traducirla en ondulantes líneas de colores, o dibujar un tulipán en un jarrón. Nunca había estado en una galería de arte, aunque una vez leí un artículo sobre Picasso en la revista *Life*.

El verano anterior, durante el cual había trabajado haciendo camas y limpiando retretes en un hotel turístico de Muskoka para ganar algún dinero extra, había comprado un pequeño estuche de pintura al óleo en una de las tiendas para turistas. Los nombres que figuraban en aquellos pequeños tubos eran como un santo y seña: azul cobalto, siena quemada, verde veronés. En mis horas libres, me llevaba este estuche a la orilla del lago y me sentaba apoyada en un árbol, clavándome la pinza del suelo y atrayendo nubes de mosquitos, para contemplar las lisas aguas metálicas y las embarcaciones de caoba barnizada que las surcaban, con sus banderitas en la popa. En aquellos barcos viajaban a veces otras camareras, de esas que asistían a fiestas clandestinas en las habitaciones de los clientes para beber *whisky* de centeno con *ginger ale* en vasos de papel y, según los rumores, llegaban hasta el final. Eso había producido lacrimosos enfrentamientos en la lavandería, sobre las sábanas dobladas.

Yo no sabía pintar, no sabía siquiera qué pintar, pero sí que de un modo u otro tenía que empezar. Al cabo de cierto tiempo tenía pintados un cuadro con una botella de cerveza sin etiqueta, y un árbol que parecía una escoba estropeada, y varios cuadros inseguros de rocas color fango con un lago violentamente azul en el fondo. Y también un crepúsculo, que me salió como una cosa que pudieras derramarte por encima. Saqué estas obras de la carpeta negra en que las llevaba y se las enseñé. El señor Hrbik frunció el ceño y jugueteó con su lápiz y no dijo nada. Me sentí desalentada, y también atemorizada por él, puesto que tenía poder sobre mí, el poder de no admitirme. Me di cuenta de que mis cuadros le parecían malos. Eran malos.

—¿Alguna otra cosa? —inquirió—. ¿Algún dibujo?

Por pura desesperación, había llevado también algunos de mis viejos dibujos de biología, hechos con lápiz de mina dura y sombreados a color.

Sabía que dibujaba mejor que pintaba, llevaba más tiempo haciéndolo. No tenía nada que perder, así que se los mostré.

—¿Y qué nombre le das a esto? —quiso saber, alzando el primer dibujo y mirándolo en posición invertida.

—Es una lombriz por dentro —respondí.

No dio muestras de sorpresa.

—¿Y esto?

—Es un planario visto en sección teñida.

—¿Esto?

—El aparato reproductor de una rana macho —añadí.

El señor Hrbik se me quedó mirando con sus chispeantes ojos morados.

—¿Por qué quieres asistir a este curso? —preguntó.

—Es el único en que puedo matricularme —contesté. Al instante me di cuenta de lo mal que sonaba eso—. Es mi única esperanza. No sé de nadie más que pueda enseñarme.

—¿Por qué quieres aprender?

—No lo sé —respondí.

El señor Hrbik recogió su lápiz y se metió el extremo en la boca, como si fuera un cigarrillo. Luego volvió a dejarlo. Se mesó los cabellos.

—Eres una simple aficionada —dictaminó—. Pero a veces es lo mejor. Así podemos empezar de cero. —Me sonrió por primera vez. Su dentadura era desigual—. Ya veremos qué podemos hacer de ti —concluyó.

El señor Hrbik deambula nerviosamente por la sala. Desespera de nosotros, de todos nosotros, incluso de la modelo, que le crisa los nervios con su constante mascar.

—Quieta —le ordena, tirándole del pelo—. Ya basta de chicle. —La modelo le dirige una mirada maligna y aprieta las mandíbulas. Él coge sus brazos y su cara enfurruñada y los coloca en la posición deseada, como si se tratara de un maniquí—. Lo intentaremos otra vez.

Se pasea a grandes trancos por entre nosotros, mirando por encima de nuestros hombros y profiriendo vagos gruñidos mientras la sala se llena con el ruidito rasposo del carboncillo sobre el papel.

—No, no —amonesta a un joven—. Esto es un cuerpo. —Lo pronuncia *cuegpo*—. No es un automóvil. Debes pensar en los dedos, en el tacto de la carne, en acariciarla con la mano. Tiene que ser más táctil.

Intento pensar como él quiere, pero me arredro. No siento ningún deseo de acariciar esa piel de gallina con mis dedos.

—No queremos que sea bonito —le dice a una de las mujeres mayores—. El *cuegpo* no es bonito como una flor. Dibuje lo que hay.



Se detiene a mis espaldas y yo me encojo, esperando sus comentarios.

—No estamos dibujando ilustraciones para un libro de medicina —me dice—. Tú has hecho un cadáver, no una mujer. —Pronuncia *mujeg*.

Examino lo que he dibujado, y es verdad. Soy minuciosa y precisa, pero he dibujado una botella en forma de persona, un objeto inerte y sin vida. El valor, que me ha conducido hasta aquí, me abandona por completo. Carezco de talento.

Pero al final de la clase, una vez la modelo se ha puesto rígidamente en pie, se ha envuelto en la sábana y ha ido a vestirse, cuando estoy guardando el carboncillo, el señor Hrbik se detiene junto a mí. Rompo los dibujos que he hecho y me dispongo a hacer una bola arrugada con ellos, pero él se apresura a apoyar su mano sobre la mía.

—Guárdalos —me ordena.

—¿Por qué? —me extraño—. No son buenos.

—Más adelante podrás mirarlos —dice—, y verás lo mucho que has progresado. Sabes dibujar muy bien los objetos, pero todavía no eres capaz de dibujar la vida. Dios hizo el primer *cuegpo* con barro, y luego le infundió un alma. Ambas cosas son necesarias: barro y alma. —Me dirige una fugaz sonrisa, me da un apretón en el brazo—. Tiene que haber pasión.

Lo miro con incertidumbre. Lo que está diciendo es una transgresión: la gente no habla de los cuerpos si no es para referirse a alguna enfermedad, ni de las almas si no es en la iglesia, ni de la pasión si no se trata de sexo. Pero el señor Hrbik es un extranjero, y no se puede pretender que sepa estas cosas.

—Eres una *mujeg* sin acabar —añade en voz más baja—, pero aquí te acabarás. —No sabe que «acabar» significa llegar al fin, bajar el telón. Lo dice para darme ánimos.

Estoy sentada en el oscurecido auditorio de la planta baja del Museo Real de Ontario, retrepada en el duro asiento cubierto de terciopelo rasposo, respirando el olor a polvo, a aire viciado, a tapicería rancia y al colorete de las demás alumnas. Noto que mis ojos se vuelven cada vez más redondos, que mis pupilas se dilatan como las de un búho: llevo más de una hora mirando diapositivas amarillentas, y a veces desenfocadas, de mujeres de mármol blanco con la cabeza plana. Estas cabezas sostienen frisos de piedra, en apariencia muy pesados: no es de extrañar que tengan la coronilla plana. Las mujeres de mármol se llaman cariátides, término que en un principio se aplicaba a las sacerdotisas de Artemisa en Caria. Pero ya no son sacerdotisas; ahora son objetos ornamentales que sirven asimismo como pilastras de apoyo.

También se proyectan muchas diapositivas de columnas, los diversos órdenes de columnas en los diversos períodos: dórico, jónico, corintio. Las columnas dóricas son las más resistentes y sencillas, las corintias son las más ligeras y elaboradas, adornadas con hileras de hojas de acanto de las que surgen elegantes hélices y volutas. De la zona de tinieblas más cercana a la pantalla emerge una vara larga que se apoya sobre las volutas y las hélices, indicando qué es cada cosa. Más adelante necesitaré estas palabras, cuando deba regurgitarlas en los exámenes, de modo que procuro anotarlas en mi libreta, agachando la cabeza hacia el papel para poder ver algo. Últimamente me paso mucho tiempo escribiendo palabras abstrusas en la oscuridad.

Abrigo la esperanza de que las cosas mejoren el mes que viene, cuando dejaremos a los griegos y los romanos para internarnos en la Edad Media y el Renacimiento. Para mí, «clásico» ha llegado a ser equivalente a roto y desteñido. A casi todas las estatuas griegas y romanas les faltan partes del cuerpo, y esta ausencia general de piernas, brazos y narices está empezando a afectarme los nervios, por no hablar de los penes arrancados. Lo mismo me pasa con tantos grises y blancos, si bien, para mi sorpresa, he sabido que todas estas estatuas de mármol solían estar pintadas de colores vivos, con el pelo amarillo y los ojos azules y la carne, y a veces hasta vestidas con ropa de verdad, como las muñecas.

Estas clases constituyen un curso introductorio. La idea es que comencemos a orientarnos en el tiempo, como preparación para otros cursos posteriores más especializados. Forman parte de los estudios de Arte y Arqueología de la Universidad de Toronto, la única carrera aceptada que tiene algo que ver, siquiera remotamente, con el arte. Además, es lo único que está al alcance de mis posibilidades económicas: he obtenido una beca para la universidad, como ya se daba por sentado. «Tienes que aprovechar el talento que Dios te ha concedido», suele decir mi padre, aunque ambos sabemos que en realidad cree que este talento me fue concedido por él. Si yo dejara la

universidad, si renunciase a mi beca, no podría convencerlo de que aportara dinero para ninguna otra cosa.

Cuando anuncié a mis padres que no pensaba dedicarme a la biología porque, después de todo, quería ser artista, ambos se alarmaron. Mi madre dijo que le parecía muy bien si en verdad era eso lo que yo deseaba, pero no veían claro cómo iba a ganarme la vida. La pintura no era cosa en la que se pudiera confiar, aunque fuese aceptable en plan de afición, como hacer tallas de madera o trabajos en concha. Pero cuando me matriculé en Arte y Arqueología se tranquilizaron un poco: cabía la posibilidad de que acabara decantándome hacia la arqueología y me aficionara a desenterrar cosas, que siempre es más serio.

En el peor de los casos, habré obtenido un título, y con un título siempre se puede enseñar. En mi fuero interno, tengo ciertas reservas en cuanto a eso: pienso en la señorita Creighton, la profesora de apreciación artística en Burnham High, rechoncha y hostigada por los chicos más zafios y correosos, que a intervalos regulares la dejaban encerrada en el cuartito del material donde se guardaban los papeles y las pinturas.

Una de las amigas de mi madre le dice que el arte es algo que siempre se puede hacer en casa, en los ratos libres.

Todos los demás alumnos de Arte y Arqueología son chicas, menos uno, de igual manera que todos los profesores son hombres, menos una. Al alumno que no es chica y a la profesora que no es hombre se los considera un poco extraños: el primero sufre una lamentable enfermedad de la piel, la segunda, un tartamudeo nervioso. Ninguna de las alumnas quiere ser artista; pretenden llegar a ser profesoras de arte en una escuela secundaria o, en un solo caso, conservadora de un museo. O, si no, se muestran muy inconcretas sobre sus intenciones, lo cual significa que piensan casarse antes de que ninguna de estas otras cosas llegue a hacerse necesaria.

Su vestuario se compone de conjuntos gemelos en cachemira, abrigos de pelo de camello, faldas de *tweed* de buena calidad, diminutos pendientes con una sola perla. Llevan pulcros escafpines de medio tacón y blusas a medida, o blusones largos y ajustados, o pequeños corpiños abrochados que hacen juego con la falda. Yo llevo lo mismo. Trato de integrarme. Entre clase y clase, bebo café con ellas y como buñuelos en las diversas salas de descanso, cantinas y cafeterías. Hablan de ropa y de los chicos con los que están saliendo, y se lamen el azúcar de los dedos. Dos de ellas ya están colocadas. Durante estas conversaciones, sus ojos parecen húmedos, borrosos, carnosos y sensibles como los ojos de los gatitos recién nacidos, todavía ciegos; pero también son astutos y calculadores, llenos de codicia y falsedad.

Me siento incómoda en su compañía, como si estuviera aquí bajo falsas pretensiones. El señor Hrbik y el tacto de la carne no tienen cabida en Arte y Arqueología; mis torpes intentos de dibujar mujeres desnudas se juzgarían pura pérdida de tiempo. El arte es algo que ya se ha realizado en alguna otra parte. Lo

único que resta por hacer en este campo es el trabajo de memoria. Todos los alumnos de Dibujo del Natural seríamos considerados pretenciosos, y también ridículos.

Pero se trata de mi cabo de salvamento, de mi auténtica vida. Poco a poco, comienzo a suprimir todo lo que no encaja con mis verdaderos intereses, como descortezándome. Cometo el error de acudir a la primera clase de Dibujo del Natural ataviada con un chaleco de tartán y una blusa blanca con cuello a lo Peter Pan, pero aprendo deprisa. Adopto el mismo vestuario que los chicos, y que la otra chica: suéter negro con cuello de cisne y pantalones tejanos. Este atuendo no es un disfraz, como todos los demás, sino una declaración de lealtad, y con el tiempo voy adquiriendo suficiente coraje como para ir vestida así incluso durante el día, en las clases de Arte y Arqueología: es decir, todo menos los tejanos, que no lleva nadie. Los sustituyo por faldas negras. Dejo atrás mi flequillo de escuela secundaria y me recojo el cabello con horquillas para despejar la cara, que espero parezca austera. Las chicas de la universidad, con sus perlas y su cachemira, bromean sobre los *beatniks* con pretensiones de artista y cada vez me hablan menos.

Las dos mujeres mayores en Dibujo del Natural también advierten mi transformación. «¿Quién se ha muerto?», me preguntan. Se llaman Babs y Marjorie, y ambas son profesionales. Las dos hacen retratos: Babs de niños, Marjorie de propietarios de perros con sus perros. Se han apuntado a Dibujo del Natural como curso de repaso, según dicen. No visten suéteres negros con cuello de cisne, sino batas amplias, como las embarazadas. Se llaman «nena» la una a la otra y hacen agrios comentarios sobre su obra, y van a fumar a los lavabos como si fuera una osadía. Como tienen la edad de mi madre, me resulta embarazoso estar en la misma sala con ellas y con la modelo desnuda. Asimismo, las encuentro poco dignas. Pero no me recuerdan tanto a mi madre como a la señora Finestein, la vecina de al lado.

La señora Finestein ha tomado la costumbre de ponerse ajustados vestidos rojos y vistosos sombreritos redondos sin alas, adornados con cerezas. Me ve pasar con mi nuevo atuendo y queda decepcionada. «Parece una viuda italiana —comenta con mi madre—. Se está abandonando. Con un buen peinado y un poco de maquillaje, podría quedar deslumbrante». Mi madre me lo cuenta con una sonrisa, como si lo encontrara divertido, pero sé que es su forma de expresar una preocupación. Estoy rozando el desaliño. «Abandonarse» es un concepto inquietante; es lo que se dice de las mujeres de edad que se vuelven desaseadas y obesas, y de las cosas que se venden baratas.

Naturalmente, algo hay de cierto en ello. Me estoy dejando ir.

Estoy en una cervecería, bebiendo cerveza de barril de a diez centavos la jarra, con los demás alumnos de Dibujo del Natural. Se acerca el malhumorado camarero, haciendo equilibrios con una bandeja circular, y descarga los vasos, que son como vulgares vasos de agua sólo que llenos de cerveza. La espuma se derrama. No me gusta mucho el sabor de la cerveza, pero a estas alturas ya he aprendido a beberla. Incluso he aprendido a espolvorearla con sal para reducir la espuma.

Esta cervecería tiene una alfombra de un rojo deslustrado y mesas negras de pacotilla y asientos tapizados de plástico y una escasa iluminación, y apesta a cenicero de coche; las demás cervecerías donde vamos a beber son parecidas. Tienen nombres como Lundy's Lañe o La Taberna de la Hoja de Arce, y todas son penumbrosas, incluso de día, porque la ley les prohíbe tener ventanas que permitan ver el interior desde la calle. Es para evitar la corrupción de menores. Yo soy menor —la edad legal para consumir bebidas alcohólicas son veintiún años—, pero ninguno de los camareros me ha pedido jamás la documentación. Jon dice que parezco tan joven que todos dan por sentado que no tendría la cara dura de entrar si no hubiera cumplido la edad.

Las cervecerías están divididas en dos secciones. La sección para «Sólo hombres» acoge a los beodos camorristas y a los cascajosos; tiene el suelo cubierto de serrín y desprende un penetrante hedor a cerveza derramada, orina rancia y vomitonas. A veces se oyen gritos y estrépito de vasos rotos, y un par de camareros con complexión de luchadores expulsan a un hombre con la nariz ensangrentada.

Las secciones de «Señoras y acompañantes» suelen ser más limpias, más silenciosas y más tranquilas, y no huelen tan mal. Si eres hombre, no puedes entrar sin ir en compañía de una mujer, y si eres mujer, no puedes entrar en «Sólo hombres». En teoría, esto sirve para impedir que las prostitutas importunen a los hombres, y para impedir que los bebedores desmedidos importunen a las mujeres. Colín, que es de Inglaterra, nos habla de los *pubs*, donde hay fuego en la chimenea y se puede jugar a los dardos y deambular e incluso cantar, pero en nuestras cervecerías no se permite nada de esto. Son para beber cerveza, y punto. Si te ríes demasiado, te pueden pedir que te vayas.

Los alumnos de Dibujo del Natural prefieren «Señoras y acompañantes», pero necesitan una mujer para poder entrar. Por eso me invitan, y hasta me pagan las cervezas. Soy su pasaporte.

Hay días en que soy la única mujer disponible al terminar la clase, porque Susie, la chica de mi edad, suele excusarse, y Marjorie y Babs se van a casa. Ambas tienen marido, y nadie las toma muy en serio. Los chicos las llaman «señoras pintoras».

—Si ellas son señoras pintoras, ¿qué soy yo, entonces? —Quiero saber.

—Una chica pintora —responde Jon, bromeando.

Colín, que a su manera tiene buenos modales, me lo explica:

—Si eres mala, eres una señora pintora. Si no, eres una pintora a secas.

Nunca dicen «artista». Por lo que a ellos se refiere, cualquier pintor que se autodenomine artista es un gilipollas.

He dejado de salir con chicos de la forma en que acostumbraba: en cierto modo, ya no me parece serio. Además, desde que hicieron su aparición los suéteres negros ya no me llaman tan a menudo: los chicos de *blazer* y camisa blanca saben lo que les conviene. Y, en todo caso, son chicos, no hombres. Sus mejillas sonrosadas y sus risitas en grupo, su clasificación de las chicas en buenas y malas, sus ávidos y torpes intentos de cruzar las fronteras del portaligas y el sostén han dejado de interesarme. Ahora me atraen los bigotes con solera y los dedos manchados de nicotina; las arrugas de la experiencia, las ojeras y cierta tolerancia desapegada de las cosas mundanas; los hombres capaces de expulsar el humo del cigarrillo por la boca y volverlo a aspirar por la nariz sin darle la menor importancia al asunto. No estoy muy segura de dónde he sacado esta imagen. Parece haber surgido plenamente formada, como de la nada.

Los alumnos de Dibujo del Natural no son así, pero tampoco llevan *blazers*. Con sus ropas manchadas de pintura y deliberadamente astrosas, sus pilosidades faciales recién aparecidas vienen a ser una forma de transición. Aunque hablan, desconfían de las palabras; uno de ellos, un tal Reg, de Saskatchewan, es tan poco locuaz que roza el mutismo, y esta taciturnidad suya le confiere una categoría especial, como si lo visual le hubiera consumido parte del cerebro hasta convertirlo en una especie de santo idiota. Colín, el inglés, suscita desconfianza no porque hable demasiado, sino porque habla demasiado bien. Los auténticos pintores gruñen, como Marión Brando.

Pero saben dar a conocer sus sentimientos. Hay encogimientos de hombros, refunfuños, frases cortadas, gestos de las manos: estocadas, puños cerrados, dedos que se extienden, espasmódicas esculturas en el aire. A veces, este lenguaje de signos hace referencia a las obras de otros pintores: «Apesta», dicen; o, muy rara vez: «¡Aco-jo-nante!». No conceden fácilmente su aprobación. Asimismo, opinan que Toronto es un vertedero. «Aquí nunca pasa nada», suelen decir, y muchas de sus conversaciones gravitan en torno a sus proyectos de fuga. París está acabado, y ni siquiera Colín el inglés siente deseos de regresar a Inglaterra. «Allí todos pintan en verde amarillento —explica—. Un verde amarillento como de mierda de ganso. Asquerosamente deprimente». Lo único que se salva es Nueva York. Allí es donde pasan todas las cosas, donde está la acción.

Después de tomar varias cervezas puede darles por charlar de mujeres. Hablan de sus amigas, algunas de las cuales viven con ellos; a éstas las llaman «mi parienta». Otras veces bromean a costa de las modelos de Dibujo del Natural, que cambian todas las noches. Hablan de acostarse con ellas, como si eso dependiera únicamente de su apetencia o falta de ella. Ante esta posibilidad sólo caben dos actitudes: chascar admirativamente los labios o manifestar asqueada repugnancia. «Una vaca», dicen.

«Una foca». «Vaya pendejo». A veces lo dicen fijándose en mí, para ver cómo me lo tomo. Cuando las descripciones de las partes del cuerpo empiezan a ser demasiado explícitas —«Un coño como el culo de un elefante». «¿Y tú qué sabes? ¿Te has follado muchos elefantes?»—, se hacen callar el uno al otro, como si estuvieran ante sus madres; como si no hubieran decidido aún quién soy yo.

Nada de esto me sabe mal. Al contrario, me tengo por privilegiada: soy la excepción de alguna regla que ni siquiera he identificado todavía.

Permanezco sentada entre los vapores de la cerveza y el humo de los cigarrillos, un poco mareada, con la boca cerrada y los ojos bien abiertos. Creo que puedo verlos como son porque no espero nada de ellos. Lo cierto es que espero mucho. Espero que me acepten.

Sólo hay una cosa que no me gusta: se burlan del señor Hrbik. Su nombre de pila es Josef, y le llaman tío Joe porque usa bigote, habla con acento de Europa oriental y se muestra autoritario en sus opiniones. Lo encuentro injusto, porque sé —a estas alturas lo sabemos todos— que las vicisitudes de la guerra le hicieron vagar por cuatro países y quedó atrapado tras el Telón de Acero y se alimentó de basuras y estuvo a punto de morir de hambre, hasta que logró escapar durante la revuelta de Hungría, seguramente con riesgo para su vida. Nunca nos ha contado las circunstancias exactas. De hecho, nunca nos ha contado nada de esto en clase. Pero se sabe.

Sin embargo, no le vale de nada ante los chicos. El dibujo es una mierda y el señor Hrbik es un atrasado. Le llaman P. D., que significa persona desplazada, un viejo insulto que recuerdo haber oído en la escuela secundaria. Era el nombre que se daba a los refugiados europeos, y a todos los que eran lerdos, incultos y no se adaptaban. Parodian su acento y la forma en que habla del cuerpo humano. Hacen Dibujo del Natural sólo porque es una asignatura obligatoria. El Dibujo del Natural no mola, lo que mola es el *Action Painting* y para eso seguro que no hace ninguna falta saber dibujar. Y mucho menos saber dibujar una foca en cueros. No obstante, asisten a Dibujo del Natural y se afanan con el carboncillo y producen series interminables de pechos y nalgas, de muslos y cuellos, y algunas noches exclusivamente de pies, lo mismo que yo, mientras el señor Hrbik se pasea de un lado a otro, mesándose los cabellos y desesperándose.

Los rostros de los chicos permanecen impassibles. A mí, su desdén me resulta obvio, pero el señor Hrbik no lo advierte. Siento pena por él, y le estoy agradecida porque me permite asistir a sus clases. También lo admiro. La guerra queda ya lo bastante lejos para ser romántica, y él la ha vivido. Me gustaría saber si tiene alguna cicatriz de bala, u otros estigmas de gracia.

Esta noche, en «Señoras y acompañantes» de la Taberna de la Hoja de Arce, no estamos sólo los chicos y yo. También ha venido Susie.

Susie tiene una cabellera amarilla; es evidente, para mí al menos, que se hace tirabuzones con los rulos, los fija y luego los alborota deliberadamente, y que se tiñe las puntas de rubio ceniza. Lleva tejanos y suéteres negros con cuello de cisne, como los demás, pero sus tejanos son ceñidísimos y suele llevar alguna cosa colgada del cuello, una cadena de plata o un medallón. Se pinta los ojos con una gruesa línea negra sobre los párpados, como Cleopatra, y usa rímel negro y un sombreador azul oscuro, de forma que sus ojos quedan enmarcados en azul, color hematoma, como si alguien le hubiera pegado un puñetazo; también usa polvos blancos en la cara y un lápiz de labios rosa claro, así que da la impresión de estar enferma, o de llevar varias semanas seguidas trasnochando hasta altas horas. Tiene unas caderas poderosas y unos pechos demasiado grandes para su estatura, como una muñeca de goma a la que le hubieran apretado la cabeza y se hubiera hinchado por esos lugares. Tiene una vocecita sin aliento y una risita sobresaltada; hasta su mismo nombre es como una polvera. La tengo por una bobita que sólo va a la escuela de arte a tontear, porque es demasiado torpe para ingresar en la universidad, aunque nunca hago juicios como éste acerca de los chicos.

—El tío Joe estaba delirante esta noche —observa Jon. Jon es alto, con patillas y manos grandes. Lleva una cazadora de dril con muchos cierres de corchete. Aparte de Colin el inglés, es el más locuaz de todos. Utiliza expresiones como «pureza» y «el plano de la imagen», pero sólo en presencia de dos o tres, nunca ante todo el grupo.

—Oh —exclama Susie con una breve risita jadeante, como si tomara aire en vez de expulsarlo—, ¡qué malo eres! ¡No deberías llamarlo así!

Esto me irrita. En parte porque ha dicho algo que hubiera debido decir yo misma pero no he tenido valor, pero también porque se las ha arreglado para que incluso esta defensa suene como un gato frotándose contra una pierna, como una mano palpando con admiración un bíceps.

—Es un vejestorio pomposo —interviene Colin, para atraer su atención.

Susie vuelve hacia él sus grandes ojos pintados de azul.

—No es un vejestorio —protesta solemnemente—. Sólo tiene treinta y cinco años. —Todos nos reímos.

Pero ¿cómo puede saberlo ella? La miro con extrañeza. Recuerdo un día en que llegué temprano a clase. La modelo aún no se había presentado, estaba yo sola en el aula, y entonces entró Susie con el abrigo ya quitado, y justo detrás de ella el señor Hrbik.

Susie se acercó a mi asiento y comentó: «¡No soporto la nieve!». Normalmente, nunca me dirigía la palabra. Y era yo la que acababa de llegar de la nieve: ella estaba calentita como una tostada.



Es de día y es febrero. El gris auditorio del museo se llena con el vaho de los abrigos mojados y de la nieve que se derrite en las botas de invierno. Hay muchas toses.

Hemos terminado el período medieval, con sus relicarios y sus santos estilizados, y avanzamos a toda prisa por el Renacimiento, deteniéndonos en sus puntos culminantes. Abundan las Vírgenes María. Es como si la Virgen María hubiera tenido un montón de hijas, que en su mayoría se parecen vagamente a ella pero no del todo. Han renunciado a sus halos de pan de oro, han perdido ese aspecto enjuto y longilíneo que tenían en la madera y en la piedra, están más llenitas. Ascenden al Cielo con menor frecuencia. Algunas tienen cara pastosa y solemne, sentadas junto a chimeneas o en sillas de época, o ante ventanas abiertas con mucho tejado de fondo; algunas parecen angustiadas, y otras, de un blanco rosáceo, parecen alimentadas con leche, con halos de alambre y finos tentáculos de cabello dorado asomando entre sus velos, y transparentes cielos italianos en la lejanía. Se inclinan sobre la cuna de la Natividad, o sostienen a Jesús en su regazo.

A Jesús le cuesta parecerse a un bebé de verdad porque sus brazos y sus piernas son demasiado largos y ahusados. Incluso cuando se parece a un bebé, no es nunca un recién nacido. He visto bebés recién nacidos, con su acartonada tez de albaricoque seco, y estos Jesuses no tienen nada que ver. Es como si hubieran nacido con un año de edad, o, si no, es que son hombres encogidos. Hay mucho rojo y azul en estas pinturas, y mucho amamantamiento.

La reseca voz de la oscuridad se concentra en las características formales de cada composición, la disposición de la tela en pliegues que acentúan la circularidad, la resolución de las texturas, los usos de la perspectiva en los pasajes abovedados y en las baldosas del suelo. Pasamos por alto el amamantamiento: el puntero que emerge de la nada nunca se posa en estos senos al descubierto, algunos de los cuales son de un desagradable rosa verdoso, están surcados de venas o muestran una mano oprimiendo el pezón, e incluso algo de leche. Eso causa cierto revuelo en los asientos: nadie quiere pensar en lactancias maternas; ni el profesor ni, mucho menos, las chicas. Luego, a la hora del café, se estremecen al recordarlo. Son melindrosas y alimentarán a sus hijos con biberón, que al fin y al cabo es lo más higiénico.

—La cuestión de dar de mamar —apunto— es que la Virgen es lo bastante humilde para hacerlo ella misma. En aquella época, la mayoría de las mujeres entregaba sus hijos a un ama de cría, si podía pagarla. —Lo he leído en un libro, desenterrado de las profundidades de la biblioteca.

—Oh, Elaine —exclaman—, eres una sabihonda.

—Otra cuestión es que Jesucristo vino al mundo como mamífero —prosigo—. Me gustaría saber qué clase de pañales utilizaba María. Eso sí que sería una buena

reliquia: el Santo Pañal. ¿Cómo es que no hay pinturas de Cristo en el orinalito? Sé que existe por ahí un fragmento del Santo Prepucio, pero ¿y la Mierda Sagrada?

—¡Eres terrible!

Sonrí, apoyo el tobillo sobre la rodilla contraria, planto los codos en la mesa. Disfruto escandalizando a las chicas de esta manera trivial y sin importancia: eso demuestra que no soy como ellas.

Ésta es una vida, mi vida diurna. La otra, mi vida real, tiene lugar de noche.

He estado observando atentamente a Susie y fijándome en lo que hace. En realidad, Susie no es de mi misma edad, me lleva dos años y, más importante, está a punto de cumplir los veintiuno. No vive en casa de sus padres, sino en un apartamento de soltera en uno de los nuevos bloques de pisos de Avenue Road, al norte de St. Clair. Se supone que el apartamento lo pagan sus padres. ¿Cómo, si no, podría ella permitírsele? En estos edificios hay ascensores y espaciosos vestíbulos con plantas, y tienen nombres como «Monte Cario». Residir en uno de ellos demuestra osadía y sofisticación, aunque merezca el desdén de los pintores: algunos de esos apartamentos son compartidos por tríos de enfermeras. Los pintores viven en Bloor Street o en Queen, encima de ferreterías y de tiendas donde se venden maletas al por mayor, o en calles secundarias pobladas por inmigrantes.

Susie se queda al terminar la clase, llega temprano, siempre ronda por allí; mientras dura la clase, sólo mira al señor Hrbik de soslayo, furtivamente. Me la encuentro cuando sale de su despacho, y ella se sobresalta y me sonrío y, enseguida, se vuelve y grita, de un modo artificial y demasiado ruidoso: «¡Muchas gracias, señor Hrbik! ¡Hasta la semana que viene!». Se despide con un gesto de la mano, pese a que la puerta está casi cerrada y es imposible que él la vea: el gesto es para mí. Ahora sospecho lo que habría debido comprender desde un principio: Susie mantiene una relación amorosa con el señor Hrbik. Además, se cree que nadie lo ha notado.

En esto se equivoca. Oigo por casualidad a Marjorie y Babs comentándolo de un modo ambiguo: «Mira, nena, es una manera de aprobar el curso», dicen. «Ojalá pudiera hacer yo lo mismo. Te tumbas de espaldas y, ¡hala!». «¡Qué más quisiéramos! Esa época ya se nos ha pasado, ¿eh?». Y se ríen con la mayor tranquilidad, como si lo que está sucediendo no tuviera ninguna importancia, o lo encuentran divertido.

A mí no me parece que esta relación amorosa sea en absoluto divertida. «Relación amorosa» es mi forma de concebirlo; no puedo separar la palabra «relación» de la palabra «amorosa», aunque no tengo nada claro quién de los dos ama al otro. Llego a la conclusión de que es el señor Hrbik el que ama a Susie. O tal vez no la ama, tal vez ella lo tiene atontado. Me gusta esta palabra, «atontado», porque me hace pensar en algo empalagoso, empapado, como moscas borrachas de almíbar. En cuanto a Susie, ella es incapaz de amar, es demasiado frívola. Me imagino que ella es la despierta, la que controla: está jugando con él, un juego duro y lacado, sacado directamente de los carteles de las películas de los años cuarenta. Duro como las uñas, y hasta sé qué

color de uñas: Fuego y Hielo. Y esto a pesar de su expresión fácilmente dolida, de sus modales conciliadores. Desprende culpabilidad como un perfume dulzón, y el señor Hrbik se tambalea atontado rumbo a su destino.

Cuando se da cuenta de que los de la clase estamos al corriente —Babs y Marjorie se las arreglan para divulgar su conocimiento—, Susie se vuelve más atrevida. Empieza a referirse al señor Hrbik por su nombre de pila, y a meterlo en sus frases: Josef piensa, Josef dice. Siempre sabe dónde está. A veces se va a pasar el fin de semana a Montreal, donde tienen restaurantes mucho mejores y se encuentran vinos aceptables. Susie se muestra tajante al respecto, aunque ella nunca ha estado allí. Nos comunica fragmentos de información reservada sobre él: estuvo casado en Hungría, pero su esposa no quiso acompañarle y ahora está divorciado. Tiene dos hijas, cuyas fotos conserva en la cartera. Estar separado de ellas lo destroza. «Os aseguro que lo destroza», dice Susie suavemente, con los ojos empañados.

Marjorie y Babs devoran todo esto con avidez. Susie empieza a perder la consideración de maturranga en que la tenían y está entrando en los arrabales de la domesticidad. Ahora la incitan: «Mira, no creas que te condeno. ¡Yo lo encuentro guapísimo!». «¡Está para comérselo! Pero eso sería corrupción de menores, ¿verdad?». En los lavabos, se sientan las dos en cubículos adyacentes y charlan por encima del borboteo del pipí, mientras yo permanezco ante el espejo, escuchando. «Espero que él sepa lo que está haciendo. Una buena chica como ella...». Lo que quieren decir es que debería casarse con ella si la deja embarazada. Eso sería lo correcto.

Los pintores, en cambio, la tratan con mayor aspereza. «Me cago en... ¿Pararás alguna vez de hablar de Josef? ¡Cualquiera diría que el sol sale por su culo!». Pero ella es incapaz de callarse. Acaba recurriendo a una pusilánime risita de disculpa que sólo consigue enojarlos más, y a mí también. Ya he visto antes esa expresión saturada, rebosante.

Tengo la impresión de que el señor Hrbik necesita ser protegido, incluso rescatado. Todavía ignoro que un hombre puede ser admirable en muchos sentidos y un asno insufrible en otros. Tampoco he aprendido aún que la caballerosidad de los hombres es idiotez en las mujeres: los hombres son capaces de librarse de un rescate mucho más fácilmente, una vez se lo proponen.

Sigo viviendo en casa, cosa que me resulta humillante. Pero ¿por qué he de pagar dinero por vivir en una residencia de chicas, cuando la universidad se halla en la misma ciudad? Tal es la opinión de mi padre, y la más razonable. Qué poco se imagina él que no es una residencia lo que tengo pensado, sino un desvencijado apartamento sin ascensor encima de una panadería o una tabaquería, con traqueteo de tranvías en el exterior y los techos cubiertos de embalajes de huevos pintados de negro.

Pero ya no duermo en mi cuarto de la infancia, con su lámpara color vainilla y las cortinas en las ventanas. Me he retirado al sótano, asegurando que puedo estudiar mejor. Allí abajo, en una bodega lóbrega junto al horno, he creado un reino de miseria artificial. Del armario lleno de viejo material de acampada he desenterrado uno de los catres procedentes del ejército y un saco de dormir de color caqui, lleno de bultos, cortocircuitando así los planes de mi madre para bajar mi cama al sótano a fin de que pueda tener un colchón como se debe. En las paredes he pegado con cinta adhesiva carteles de teatro, de representaciones locales —*Esperando a Godot*, de Beckett; *Huis clos*, de Sartre—, con huellas digitales deliberadas y rótulos en tinta negra, y figuras tenebrosas que tienen aspecto de haber sido lavadas con la colada; he pegado también algunos de mis minuciosos dibujos de pies. Mi madre opina que los carteles son lúgubres, y no comprende en absoluto los pies: todos los pies deben tener un cuerpo. Yo, que no comparto su error, la miro entornando los párpados.

En cuanto a mi padre, él cree que tengo un impresionante talento para el dibujo, pero malgastado. Habría estado mucho mejor que lo aplicara a las secciones transversales de los tallos y las células de las algas. Para él, soy una botánica frustrada.

Su visión de la vida se ha oscurecido desde que el señor Banerji regresó a la India. Ciertas sombras envuelven este hecho: no es cosa que se comente mucho. Mi madre dice que añoraba su país, e insinúa una crisis nerviosa, pero hubo algo más en el asunto. «Ellos no le hubieran ascendido», dice mi padre. Hay muchas cosas bajo ese *ellos* (no *nosotros*) que *no le hubieran ascendido* (no *no le ascendieron*). «No se le apreciaba en su justo valor». Creo saber qué quiere decir eso. El concepto en que mi padre tiene a la naturaleza humana siempre ha sido muy sombrío, pero antes no incluía a los científicos, y ahora sí. Se siente traicionado.

Los pasos de mi padre resuenan de un lado a otro sobre mi cabeza; los ruidos domésticos, la batidora Mixmaster y el teléfono y la radio lejana me llegan filtrados, como en una enfermedad. Emerjo parpadeante a las horas de las comidas y permanezco letárgica y semisilenciosa, dándole vueltas en el plato al fricasé de pollo con puré de patatas, mientras mi madre hace comentarios sobre mi palidez y mi falta de apetito, y mi padre me cuenta cosas útiles e interesantes como si aún fuese

pequeña. ¿Soy consciente de que los abonos nitrogenados están eliminando a los peces, pues provocan un crecimiento desmesurado de las algas? ¿He oído hablar de la nueva enfermedad que nos convertirá a todos en cretinos babeantes a no ser que se obligue a las fábricas de papel a no seguir vertiendo mercurio en los ríos? No soy consciente, no lo había oído.

—¿Ya duermes bastante, cariño? —Quiere saber mi madre.

—Sí —respondo, faltando a la verdad.

Mi padre ha visto en el periódico el anuncio de una película con un insecto monstruoso producido por las radiaciones atómicas.

—Como ya sabes —observa—, jamás podrá existir ningún saltamontes gigante. Con un tamaño así, se le colapsaría el aparato respiratorio.

No lo sabía.

En abril, mientras preparo los exámenes y antes de que broten los capullos, mi hermano Stephen es detenido. Esto sucede como era de esperar.

Stephen no está junto a la mesa del comedor para ayudarme, como debería; no ha estado en casa en todo el año. Ahora anda suelto por el mundo. Está estudiando astrofísica en una universidad de California, pues consiguió su título de subgraduado en dos años en lugar de cuatro. Por eso está haciendo estudios avanzados.

No tengo una imagen clara de California, ya que nunca he estado allí, pero me la imagino luminosa y cálida todo el año. El cielo es de un vibrante azul de anilina, los árboles de un verde preternatural. Pueblo mi California con hombres apuestos y bronceados que usan gafas de sol y camisetas deportivas con palmeras estampadas, y la pueblo también de palmeras auténticas, y de mujeres rubias con largas piernas, igualmente bronceadas, que viajan en descapotables blancos.

Entre toda esta gente de buen tono, mi hermano es una anomalía. Tras dejar su escuela para chicos recayó en su anterior desaliño, y sale por ahí con sus mocasines y sus suéteres de codos agujereados. No va a cortarse el pelo si no se lo recuerdan, y ¿quién habrá allí para recordárselo? Se pasea entre las palmeras, abstraído, silbando, la cabeza rodeada por un halo de números invisibles. ¿Qué piensan de él los californianos? Piensan que es una especie de vagabundo.

Este día en concreto, coge sus gemelos y su libro de mariposas y sale de la ciudad en su bicicleta de segunda mano, a buscar mariposas californianas. Llega a un campo que le parece prometedor, baja, asegura la bici con la cadena: es una persona prudente, dentro de ciertos límites. Se interna en el campo, que debe de tener hierba alta y algunos matorrales pequeños. Ve dos exóticas mariposas californianas y empieza a perseguirlas, haciendo una pausa para examinarlas con los gemelos. Pero a esta distancia no logra identificarlas, y cada vez que se acerca las mariposas se van.

Las sigue hasta el extremo del campo, donde hay una cerca metálica. Las mariposas la cruzan volando, él la escala. Al otro lado hay otro campo, más llano y con menos vegetación. Una pista de tierra lo atraviesa, pero él no le presta atención y

sigue tras las mariposas, que son de color rojo y blanco y negro y tienen un dibujo en las alas en forma de reloj de arena, cosa que jamás había visto. Al otro lado de este campo hay otra cerca, esta vez más alta, y también la escala. Y entonces, cuando las mariposas por fin se han posado en un pequeño arbusto tropical con flores color rosa, y él ha hincado una rodilla en tierra y está enfocando los gemelos, se le acercan tres hombres uniformados que han llegado en un *jeep*.

—¿Qué está haciendo aquí dentro? —le interrogan.

—¿Dentro de dónde? —replica mi hermano. Está molesto con ellos porque han asustado a las mariposas, que han vuelto a emprender el vuelo.

—¿No ha visto los carteles? —insisten—. Esos que dicen peligro. PROHIBIDA LA ENTRADA.

—No —contesta mi hermano—. Iba persiguiendo aquellas mariposas.

—¿Mariposas? —repite uno. El segundo se apoya un dedo en la sien y lo hace girar, en señal de locura.

—Un chalado —sentencia.

—¿Y espera que nos creamos eso? —dice el tercero.

—Lo que ustedes crean es problema suyo —responde mi hermano. O algo por el estilo.

—Un listillo —comentan entre sí, porque eso es lo que siempre dicen los norteamericanos en los tebeos. Añado unos cigarrillos colgando de los labios, unas cuantas pistolas y otra quincallería, botas.

Resulta que son militares y que ésta es una zona de pruebas militares. Se llevan a mi hermano al cuartel general y lo encierran bajo llave. Además, le confiscan los gemelos. No creen que sea un estudiante graduado de astrofísica persiguiendo mariposas en su día libre, creen que es un espía, aunque no logran explicarse por qué ha obrado tan abiertamente.

Las novelas de espionaje, como los militares y yo sabemos pero mi hermano ignora, están llenas de espías que fingen ser inofensivos coleccionistas de mariposas.

Finalmente le permiten hacer una llamada telefónica, y su tutor de la universidad tiene que ir a sacarlo bajo fianza. Cuando va a buscar su bicicleta, se la han birlado.

Mis padres me proporcionan un escueto resumen de todo esto ante el estofado de buey. No saben si deben sentirse divertidos o alarmados. Mi hermano, empero, no menciona para nada este incidente, aunque recibo una carta suya escrita a lápiz en una hoja arrancada de un bloc de espiral. Las cartas de mi hermano empiezan siempre sin saludos y terminan sin firma, como si fueran parte de una carta única que va desenvolviéndose a lo largo del tiempo como un rollo interminable de papel higiénico.

Me escribe esta carta, dice, en la copa de un árbol, donde está siguiendo el partido de fútbol por encima del muro del estadio —más barato que pagar una entrada— y comiéndose un bocadillo de manteca de maní, más barato que comer en un

restaurante: no le gustan las transacciones monetarias. De hecho, en la carta hay varias manchas de grasa. Dice que alcanza a ver un puñado de gallinas cubiertas de pompones que no paran de moverse arriba y abajo. Deben de ser las animadoras. Vive en una residencia de estudiantes, en compañía de un montón de membranas mucosas que no hacen más que babear ante las chicas y entrompase con cerveza norteamericana. En su opinión, eso exige un serio esfuerzo, pues esta cerveza es más floja que el champú y además tiene el mismo sabor. Por las mañanas come huevos fritos precongelados recalentados, que son de forma cuadrada y llevan cristales de hielo en la yema. Un triunfo de la tecnología moderna, dice.

Aparte de eso, se lo está pasando en grande, porque está enfrascadísimo en La Naturaleza del Universo. He aquí la cuestión más candente: ¿es el universo como un globo gigante que no cesa nunca de hincharse o, por el contrario, se expande y se contrae alternativamente? Esta incertidumbre me está matando, pero probablemente tendré que esperar unos cuantos años hasta que desentrañe la respuesta final, NO SE PIERDA EL EMOCIONANTE EPISODIO SIGUIENTE, escribe en mayúsculas.

*Me han llegado noticias de que andas metida en el asunto de la pintura, prosigue en letras de tamaño normal. También a mí me interesó en otro tiempo, cuando era más pequeño. Espero que sigas tomando tus cápsulas de aceite de hígado de bacalao y que no te metas en ningún lío. Y así acaba la carta.*

Me imagino a mi hermano sentado en la copa de un árbol, en California. Ya no sabe a quién está escribiendo, porque sin duda he cambiado hasta resultar irreconocible. Y yo tampoco sé quién me escribe. Me lo imagino siempre igual, pero, naturalmente, eso no puede ser verdad. Ahora debe de saber cosas que antes ignoraba, igual que yo.

Además, si está comiéndose un bocadillo y escribiendo al mismo tiempo, ¿cómo se sujeta? Da la impresión de estar la mar de contento, allá en su atalaya de francotirador. Pero tendría que ir con más cuidado. La valentía que yo siempre he creído ver en él podría no ser más que un simple desinterés por las consecuencias. Se cree a salvo porque dice que lo está. Pero está al descubierto, y rodeado de extraños.

Estoy en un restaurante francés con Josef, bebiendo vino blanco y comiendo caracoles. Son los primeros caracoles que he comido en mi vida, y éste es el primer restaurante francés en que he entrado. Según Josef, es el único restaurante francés de Toronto. Se llama La Chaumiére, que dice Josef que significa «la choza». La Chaumiére, sin embargo, no es ninguna choza sino un edificio prosaico y carente de atractivo, como muchos edificios de Toronto. En cuanto a los caracoles, se parecen a enormes y oscuros pedazos de moco; se comen con un tenedor de dos púas. Los encuentro bastante buenos, aunque algo gomosos.

Josef dice que no son caracoles frescos, sino de lata. Lo dice tristemente y con aire de resignación, como si eso significara el fin, aunque no queda claro de qué es el fin; muchas cosas las dice en este mismo tono.

En ese tono pronunció mi nombre de pila la primera vez, por ejemplo. Eso sucedió en mayo, durante la última semana de Dibujo del Natural. Todos los alumnos debíamos entrevistarnos con el señor Hrbik para una evaluación individual, para comentar nuestros adelantos a lo largo del curso. Marjorie y Babs habían llegado antes que yo y esperaban en el vestíbulo con sendos vasos de café. «Hola, nena», me saludaron. Marjorie estaba hablando de un exhibicionista que la había asaltado en Unión Station, adonde había ido a esperar el tren de su hija procedente de Kingston. Su hija era de mi edad e iba a Queen's.

—Llevaba un impermeable, ¿puedes creerlo? —dijo Marjorie.

—¡Santo Dios! —exclamó Babs.

—Así que le miré a la cara, a la cara, y le dije: «¿Y eso es todo lo que puede hacer?». Quiero decir, no veas qué cosa más pequeña. ¡No me extraña que el pobre idiota tenga que dedicarse a merodear por las estaciones en busca de alguien que quiera mirársela!

—¿Y él?

—Mira, todo lo que sube tiene que bajar, ¿no?

Se echaron a reír, derramando gotitas de café, tosiendo humo. Como de costumbre, las encontré un poco ordinarias: siempre estaban riéndose de cosas que no eran para tomarse a risa.

Susie salió del despacho del señor Hrbik. «Hola a todos», exclamó, intentando aparentar jovialidad. El sombreado de sus ojos estaba corrido, y los ojos enrojecidos. Yo había estado leyendo novelas francesas modernas, y también a William Faulkner, y sabía lo que se entendía por amor: una obsesión con matices de náusea. Susie era de las que les va este tipo de amor. Sería capaz de llegar a la abyección, de aferrarse y rebajarse. Sería capaz de echarse por tierra, gimiendo, y prenderse de las piernas del señor Hrbik, sus cabellos esparcidos como algas rubias sobre el cuero negro de los zapatos de él (que los llevaría puestos porque estaría a punto de salir de estampida).



Desde este ángulo, el señor Hrbik quedaba cortado por las rodillas y el rostro de Susie era invisible. Estaba aplastada por la pasión, obliterada.

Con todo, no me daba ninguna pena. La envidiaba un poco.

—Pobre conejita —dijo Babs, contemplando cómo se alejaba.

—Esos europeos... —rezongó Marjorie—. Lo que es yo, no me creo que esté divorciado.

—Igual ni siquiera ha estado nunca casado.

—¿Y sus hijas?

—Seguramente serán sobrinas tuyas, o algo por el estilo.

Les hice una mueca. Sus voces eran demasiado altas; el señor Hrbik las oiría.

Cuando se fueron, llegó mi turno. Entré en el despacho y permanecí en pie mientras el señor Hrbik, sentado, examinaba mi portafolio, abierto sobre su escritorio. Yo creía que eso era lo que me hacía estar nerviosa.

Fue pasando las hojas sin decir palabra, manos, cabezas, traseros, mordiendo el extremo del lápiz.

—Esto está bien —dictaminó al fin—. Has adelantado algo. Esto ya es más relajado, esta línea de aquí.

—¿Dónde? —pregunté apoyando una mano sobre el escritorio al inclinarme hacia delante. Él volvió la cara hacia mí, y me encontré con sus ojos. No eran morados, a fin de cuentas, sino marrón oscuro.

—Elaine, Elaine —dijo con tristeza. Posó su mano sobre la mía. Una oleada de frío me subió por el brazo y se extendió hasta el estómago; me quedé paralizada, revelada ante mí misma. ¿Era esto lo que andaba persiguiendo con mis ideas de rescate?

Meneó la cabeza, como si se rindiera o no le quedara opción, y me arrastró hacia abajo, entre sus rodillas. Ni siquiera se levantó. Así que me encontré arrodillada en el suelo con la cabeza echada hacia atrás, mientras sus manos me acariciaban la nuca. Nunca me habían besado de aquella manera. Fue como el anuncio de un perfume: exótico y peligroso y potencialmente degradante. Podía incorporarme y salir corriendo, pero si me quedaba quieta, aunque sólo fuera un minuto más, entonces se habrían acabado los magreos en los asientos de los coches y los cines, las escaramuzas por los corchetes del sostén. Se habrían acabado las tonterías, el andarse por las ramas.

Fuimos al apartamento de Josef en un taxi. Dentro del taxi, Josef se instaló bastante apartado de mí, pero mantuvo una mano sobre mi rodilla. Por entonces yo no estaba acostumbrada a ir en taxi, y creía que el conductor nos espiaba por el espejo retrovisor.

El apartamento de Josef se hallaba en Hazelton Avenue, que no era exactamente los barrios bajos pero se acercaba bastante. Los edificios son viejos, apiñados, con jardincitos mal cuidados en la parte delantera y tejados puntiagudos y mohosas tallas

de madera en los porches. A lo largo de la acera había una hilera de coches aparcados, parachoques contra parachoques. Casi todas las casas eran apareadas, unidas por uno de los lados. Era en una de esas decrepitas casas adosadas con tejado en punta donde habitaba Josef. Disponía del piso alto.

Un hombre obeso y entrado en años, en mangas de camisa y tirantes, se balanceaba en una mecedora en el porche de la casa contigua a la de Josef. No dejó de mirarnos mientras Josef pagaba el taxi y luego, cuando nos acercamos por el camino.

—Hermoso día —comentó.

—Sí que lo es —contesté yo. Josef no le prestó ninguna atención. Al subir por la angosta escalera interior, apoyó suavemente su mano en la parte de atrás de mi cuello. Allí donde me tocaba, yo notaba una sensación de pesadez.

Su apartamento se componía de tres habitaciones: un cuarto delantero, un cuarto central con una cocinilla y un cuarto trasero. Las piezas eran pequeñas y contenían muy pocos muebles. Era como si acabara de instalarse, o como si estuviera mudándose a otro sitio. Su dormitorio estaba pintado de malva. En las paredes había unas cuantas láminas con figuras estilizadas, pintadas en colores turbios. No había nada más en el cuarto, salvo un colchón en el suelo cubierto con una manta mexicana. Lo contemplé y me pareció estar viendo la vida adulta.

Josef me besó, esta vez de pie, pero me sentía incómoda. Temía que alguien pudiera vernos por la ventana. Temía que fuera a pedirme que me desnudara yo misma y que luego me hiciera volver a uno y otro lado para observarme de lejos. No me gustaba ser contemplada por detrás: era un punto de vista sobre el que no tenía ningún control. Pero si me lo pedía, tendría que hacerlo, pues cualquier reparo por mi parte me haría perder su consideración. Se tendió sobre el colchón y alzó la vista como esperándome. En un instante me eché a su lado y volvió a besarme, desabrochándome suavemente los botones. Los botones pertenecían a una camisa de algodón demasiado grande para mí, que era la prenda que había sustituido a los suéteres con cuello de cisne a la llegada del calor. Estreché a Josef entre mis brazos y pensé: ha estado en la guerra.

—¿Qué pasará con Susie? —inquirí. Nada más decirlo, me di cuenta de que era una pregunta de escuela secundaria.

—¿Susie? —repitió Josef, como si le costara recordar ese nombre. Sus labios estaban sobre mi oído; el nombre fue como un suspiro pesaroso.

La manta mexicana era rasposa, pero eso no me importó: siempre había oído decir que el sexo resultaba desagradable la primera vez. También me esperaba el olor a goma y el dolor; pero no hubo mucho dolor, y mucha menos sangre de lo que decían todas.

Josef no esperaba el dolor.

—¿Te hago daño? —preguntó en un momento dado.

—No —contesté, encogiéndome, y él no se detuvo. Tampoco esperaba ver sangre. Tendría que llevar la manta a lavar, pero no hizo ningún comentario. Se mostró muy considerado, y me acarició el muslo.

Josef y yo seguimos así todo el verano. A veces me lleva a restaurantes con manteles a cuadros y velas embutidas en botellas de Chianti; a veces, a ver películas extranjeras sobre suecos y japoneses, en cines pequeños y poco concurridos. Pero siempre acabamos en su apartamento, encima o debajo de la manta mexicana. Su forma de hacer el amor es imprevisible; a veces se muestra ávido; a veces, rutinario, y a veces, abstraído, como haciendo garabatos distraídamente. En parte, es esta imprevisibilidad lo que me tiene enganchada. Esto y su necesidad, que en ocasiones me parece desvalida e imposible de dominar.

—No me dejes —suplica, pasándome las manos por el cuerpo; siempre antes, no después—. No podría soportarlo.

Es una frase anticuada que en otro hombre me resultaría cómica, pero no en Josef. Estoy enamorada de su necesidad. Sólo de pensar en ella, me pongo enrojecida e inerte, como la carne de una sandía.

Éste es el motivo de que haya renunciado a mi idea de volver a trabajar en el hotel de Muskoka, como el verano pasado. En vez de eso, he tomado un empleo en el Chalet Suizo de Bloor Street. Se trata de un lugar donde sólo sirven pollo «brasado», como dice el cartel. Pollo y salsa para mojar, y ensalada de col y panecillos blancos, y una sola clase de helado: de cereza borgoña, que es de un sorprendente tono de morado. Llevo un uniforme con mi nombre bordado en el bolsillo del pecho, como en la clase de gimnasia de la escuela secundaria.

A veces Josef pasa a recogerme a la salida del trabajo. «Hueles a pollo», musita en el taxi, la cara hundida en mi cuello. He perdido toda la vergüenza en los taxis; me recuesto sobre él, su mano en torno a mí, bajo mi brazo, sobre mi pecho, o bien me tiendo en el asiento con la cabeza sobre su regazo.

Además, me he ido de casa. Las noches que voy a su casa, Josef quiere que me quede con él. Quiere despertar por la mañana y encontrarme dormida a su lado, empezar a hacerme el amor sin despertarme. Les he dicho a mis padres que es sólo para el verano, para estar más cerca del Chalet Suizo. Ellos creen que es tirar el dinero. Están de viaje por el norte y podría disponer de toda la casa para mí, pero mi idea de mí misma y la idea que mis padres tienen de mí ya no se enmarcan en el mismo lugar.

Si me hubiera ido a Muskoka también estaría viviendo fuera de casa, pero vivir fuera de casa en la misma ciudad es algo muy distinto. Ahora vivo con otras dos chicas del Chalet Suizo —estudiantes que trabajan, igual que yo— en un apartamento en forma de pasillo situado en Harbord Street. El cuarto de baño está festoneado de medias y bragas; rulos para el cabello cubren el mármol de la cocina como orugas erizadas, y en los platos del fregadero se coagulan restos de comida.

Veo a Josef dos veces por semana, y tengo suficiente entendimiento para no tratar de llamarlo ni visitarlo fuera de estas ocasiones. No lo encontraría en casa o lo encontraría con Susie, porque no ha dejado de verla, en modo alguno. Pero no debemos decirle nada de mí; debemos mantener lo nuestro en secreto. «Le dolería muchísimo», dice Josef. El peso del conocimiento corresponde a la última de la cola: si alguien ha de sufrir, tengo que ser yo. Pero me siento partícipe de su confianza: estamos juntos en esto, en esta protección de Susie. Es por su propio bien. Encuentro en ello la satisfacción que hay en todos los secretos; sé una cosa que ella ignora.

De un modo u otro, Susie se ha enterado de que trabajo en el Chalet Suizo — seguramente ha sido el propio Josef quien se lo ha dicho, sin darle importancia, rozando la revelación; seguramente le resulta excitante imaginarnos a las dos juntas — y viene de vez en cuando a tomarse un café, bien entrada la tarde, cuando ya no hay mucha gente. Ha ganado un poco de peso, y la carne de sus mejillas se ha vuelto fofa. Veo el aspecto que tendrá dentro de quince años, si no se cuida.

Me muestro más amable con ella de lo que nunca me había mostrado. Pero le tengo un poco de recelo. Si lo averigua, ¿perderá tal vez el dominio de sí que aún le queda y se abalanzará contra mí con un cuchillo de cocina?

Quiere que hablemos. Quiere que algún día salgamos juntas. Todavía sigue diciendo «Josef y yo». Parece estar desolada.

Josef me habla de Susie como si se tratara de una niña problemática. «Quiere casarse», comenta. Lo dice como dando a entender que es una petición irrazonable, pero que, aun así, le duele profundamente tener que negarle este capricho, este juguete demasiado caro. En cuanto a mí, no siento ningún deseo de situarme en la misma categoría: irracional, irritable. No quiero casarme con Josef ni con nadie. He llegado a concebir el matrimonio como algo deshonesto, una grosera transacción comercial en vez de un regalo libremente ofrecido. Y hasta la mera idea del matrimonio rebajaría a Josef, lo estropearía; no es éste el papel que le corresponde en el plan general de las cosas. Su papel es el de amante, con su carga de secretos y sus habitaciones casi vacías, con sus recuerdos funestos y sus malos sueños. Sea como sea, me he situado más allá del matrimonio. Puedo verlo allí atrás, ingenuo y engalanado, como una muñeca infantil: irrecuperable. En vez de casarme, me dedicaré a mi pintura. Acabaré tiñéndome el pelo, usando ropa extravagante y pesadas alhajas extranjeras de plata. Viajaré mucho. Seguramente beberé.

(Por supuesto, el fantasma del embarazo está siempre presente. No puedes conseguir un diafragma si no estás casada, los condones se venden bajo mano y solamente a los hombres. Hay chicas que llegaron demasiado lejos en el asiento de atrás y quedaron fuera de combate y desaparecieron de la escuela secundaria, o sufrieron accidentes extraños e inexplicados. Existen términos jocosos para referirse al asunto: tener un pan en el horno, por ejemplo. Pero estas ideas de patio escolar no tienen nada que ver con Josef y su experimentada habitación malva. Tampoco tienen

nada que ver conmigo, envuelta como lo estoy en un denso encantamiento en clave menor. Pero, de todas formas, no dejo de ir haciendo marcas de comprobación en mi calendario de bolsillo).

Los días que tengo un rato libre, cuando no he de ver a Josef, intento pintar. A veces dibujo con lápices de colores. Dibujo los muebles del apartamento: el acolchado sofá del Ejército de Salvación con prendas de vestir abandonadas al desgaire, la lámpara bulbosa prestada por la madre de una compañera de piso, el taburete de la cocina. Pero lo más frecuente es que me encuentre sin energías para eso, y acabe leyendo novelas de crímenes en la bañera.

Josef no quiere hablarme de la guerra, ni de cómo huyó de Hungría durante la revolución. Dice que todas estas cosas le perturban demasiado y sólo desea olvidarlas. Dice que hay muchas formas de morir y que algunas son menos agradables que otras. Dice que puedo considerarme afortunada porque nunca habré de conocer cosas como aquéllas. «Este país no tiene héroes —dice—. Procurad que siga siempre así». Me dice que estoy intacta. Así es como él me quiere, dice. Cuando me comenta estas cosas, desliza sus manos sobre mi piel como si estuviera borrándome, alisando mi superficie.

Pero me cuenta sus sueños. Está muy interesado en estos sueños, que, en realidad, no se parecen a ningún sueño del que yo haya oído hablar. En ellos aparecen cortinas de terciopelo rojo, sofás de terciopelo rojo, habitaciones de terciopelo rojo. En ellos aparecen sogas de seda blanca con borlas en los extremos; los tejidos reciben mucha atención. Aparecen tazas de té enmohecidas.

Sueña con una mujer envuelta en celofán, cabeza y todo, y en otra que se pasea sobre la barandilla de un balcón cubierta con un sudario, y en otra que yace boca abajo en la bañera. Cuando me cuenta estos sueños, no me mira directamente; es como si estuviera mirando hacia un punto situado a varios centímetros en el interior de mi cabeza. No sé cómo responder, así que le sonrío débilmente. Estoy un poco celosa de estas mujeres de sus sueños: no soy ninguna de ellas. Josef suspira y me da unas palmaditas en la mano. «Eres muy joven», dice.

A esto no se puede responder nada, pero yo no me siento joven. En este mismo instante me siento antigua, y sobrecargada de trabajo y con demasiado calor. El constante olor del pollo brasado me quita el apetito. Estamos a finales de julio, la humedad de Toronto pende sobre la ciudad como gas de los pantanos, y el aire acondicionado del Chalet Suizo hoy se ha averiado. Se han recibido quejas. Alguien ha dejado caer una bandeja de cuartos de pollo con panecillos y salsa en medio de la cocina, provocando resbalones. El jefe de cocina me ha tratado de idiota incompetente.

«No tengo ninguna patria —dice Josef en tono pesaroso. Me toca la mejilla con ternura y me mira a los ojos—. Ahora, tú eres mi patria».

Engullo otro caracol de lata, sucedáneo. Sin previo aviso, me doy cuenta de que soy desdichada.

Cordelia se ha escapado de casa. Pero ella no lo explica así.

Me ha localizado por mediación de mi madre. Quedamos para tomar café durante mi descanso de la tarde, aunque no en el Chalet Suizo. El café me saldría gratis, pero a estas alturas no quiero permanecer allí más tiempo del imprescindible, sólo quiero alejarme del olor nauseabundo a pollos crudos, de las hileras de aves desplumadas con aire de bebés muertos, de los restos aplastados, tibios, repulsivos, de las comidas de los clientes. Así que nos vemos en Murray's, que queda en la misma calle, en el edificio del Park Plaza Hotel. Es un local pasablemente limpio y, aunque no tiene aire acondicionado, hay ventiladores en el techo. Por lo menos, aquí no sé qué ocurre en la cocina.

Cordelia está más delgada, casi esbelta. Los pómulos de su rostro ovalado son claramente visibles, sus ojos verdegrises parecen más grandes. A su alrededor hay pintada una línea verde. Está bronceada, y lleva los labios de un discreto rosa anaranjado. Sus brazos son angulosos; su cuello, elegante; lleva el cabello recogido como una bailarina. Usa medias negras, aunque estamos en verano, y sandalias, aunque no son unas refinadas sandalias estivales de mujer sino artesanales y de suela gruesa, con primitivas hebillas de campesino. Lleva un jersey negro sin mangas que realza sus senos, una falda de algodón verdeazulada con un estampado abstracto de espirales y cuadrados negros, un ancho cinturón negro. Luce dos anillos gruesos, uno de ellos con una turquesa, y unos pesados pendientes cuadrados y una pulsera de plata; plata mexicana. No la llamarías hermosa, pero te la quedarías mirando, como hago yo ahora: por primera vez en su vida, se la ve distinguida.

Nos saludamos con los brazos abiertos, los semiapretones, las exclamaciones de sorpresa y deleite que se supone hacen las mujeres cuando llevan tiempo sin verse. Ahora estoy repantigada en mi asiento, bebiendo un café aguado mientras Cordelia charla y yo me pregunto por qué he accedido a esto. Me encuentro en desventaja: llevo mi uniforme del Chalet Suizo, todo arrugado y manchado de salsa; tengo las axilas sudorosas; me duelen los pies; con esta humedad, mi cabello se pone indomable y liento y crespo como lana chamuscada. Tengo círculos oscuros bajo los ojos, porque anoche fue una de las noches de Josef.

Cordelia, por su parte, se pavonea ante mí. Quiere que vea lo que ha sido de ella desde aquellos días de pereza y de comer en exceso y de fracasos. Se ha reinventado a sí misma. Está fresca como una lechuga, y rebosante de noticias intrascendentes.

Ahora trabaja en el Festival Shakespeariano de Stratford. Es actriz de reparto. «Cosas muy secundarias», dice, agitando la pulsera y los anillos en un gesto de menosprecio, lo cual significa que no son tan secundarios como dice. «Ya sabes: papeles de lancero, aunque, naturalmente, yo no llevo lanzas». Se echa a reír y enciende un cigarrillo. Trato de imaginar si Cordelia ha comido alguna vez caracoles,

y llego a la conclusión de que seguramente está familiarizada con ellos; esta idea me deprime.

El Festival Shakespeariano de Stratford empieza a ser muy famoso. Lo iniciaron hace varios años en la localidad de Stratford, que tiene un río Avon con cisnes de ambos colores. Lo he leído en las revistas. La gente va en tren, en autobús o en coche, llevando cestas de pícnic; algunos se quedan todo el fin de semana y ven tres o cuatro obras de Shakespeare, una detrás de otra. Al principio, el festival se celebraba bajo una gran carpa, como un circo, pero ahora tienen un edificio de verdad, un edificio extraño y moderno de forma circular. «O sea que has de proyectar hacia tres lados. Es un gran esfuerzo para la voz», dice Cordelia con una sonrisa de modestia, como si proyectar y esforzar la voz fuese parte de su trabajo. Es como si estuviera haciéndose a sí misma sobre la marcha. Improvisando.

—¿Y qué piensan tus padres? —pregunto. Es lo que me ronda por la cabeza últimamente, lo que piensan los padres.

Su rostro se cierra por unos instantes.

—Están contentos de que haga algo —responde.

—¿Y Perdie y Mirrie?

—Ya conoces a Perdie —dice secamente—. Siempre con sus pequeñas burlas. Pero ya hemos hablado bastante de mí. Dime, ¿qué piensas tú de mí? —Es un viejo chiste suyo, y me río—. En serio, ¿qué estás haciendo ahora? —Es el tono que le recuerdo: cortés, pero no demasiado interesado—. Quiero decir, desde la última vez que nos vimos.

Recuerdo esa última vez con un sentimiento de culpabilidad.

—Oh, no gran cosa —contesto—. Voy a la escuela. Ya sabes. —Ahora mismo, no me parece gran cosa. ¿Qué he estado haciendo, en realidad, durante todo el año? Unas nociones superficiales de historia del arte, unos tejemanajes con el carboncillo. Nada que pueda enseñar. Está Josef, pero eso no es precisamente un logro y decido no mencionarlo.

—¡La escuela! —salta Cordelia—. No veas si me alegré de librarme de la escuela. ¡Qué aburrimiento, Dios mío!

Pero Stratford sólo funciona en verano. Tendrá que buscarse otra cosa para el invierno. Quizá los Earle Grey Players, con sus giras por las escuelas secundarias. Quizás esté preparada para eso.

El empleo de Stratford lo obtuvo gracias a uno de los primos Earle Grey, que la recordaba de sus tiempos de figurante en Burnham. «Es gente que conoce a gente», dice Cordelia. Ahora es uno de los espíritus que sirven a Próspero en *La tempestad*, y tiene que llevar unas mallas bajo un vestido de gasa semitransparente, sembrado de hojas secas y lentejuelas. «Es obsceno», dice. Además, también es uno de los marineros de la primera escena; puede hacer este papel gracias a su estatura. Es una dama de la corte en *Ricardo III* y la monja principal en *Medida por medida*. En ésta,



llega incluso a pronunciar unas líneas. Las recita para mí, con una voz botanizada color de miel:

*Entonces, si habíais, habréis de ocultar vuestro rostro,  
o si enseñáis vuestro rostro, guardad silencio.*

—En los ensayos, siempre me liaba —comenta. Cuenta con los dedos—. Hablar, esconder la cara, enseñar la cara, callarse.

Une las manos en actitud de oración y se inclina hacia el frente, agachando la cabeza. Luego se levanta y hace una reverencia completa sacada de *Ricardo III*, mientras las mujeres que están tomando el té en Murray's tras una tarde de compras la contemplan con la boca abierta.

—Lo que me gustaría hacer el año que viene es la Bruja Primera de «Los Tartanes». «¿Cuándo volveremos a encontrarnos las tres en el trueno, los relámpagos o la lluvia?». El Viejo dice que quizá podría estar preparada. Cree que sería genial tener una Bruja Primera joven. —El Viejo resulta ser Tyrone Guthrie, el director, llegado de Inglaterra y tan célebre que no puedo fingir no haber oído hablar de él.

—Eso es magnífico —apruebo.

—¿Te acuerdas de «Los Tartanes» en Burnham? ¿Te acuerdas de la col? —Quiere saber—. ¡Qué humillada me sentí!

No quiero acordarme. El pasado se ha vuelto discontinuo, como piedras rebotando sobre el agua, como tarjetas postales: capto una imagen mía, un vacío oscuro, una imagen, un vacío. ¿Llevé alguna vez mangas de ala de murciélago y zapatillas de velludillo, fui a bailes formales con vestidos como dulce de malvavisco teñido, arrastré los pies sobre la pista con la entepierna de un desconocido clavada en la mía? Aquellas prendas resacas hace mucho que fueron a parar a la basura, los diplomas y las insignias de la clase y las fotos deben de estar en el sótano de mi madre, en el baúl, junto a la plata ennegrecida. Vislumbro aquellas fotos, hilera tras hilera de niñas con los labios pintados y el pelo peinado con saliva. En estas fotos, yo nunca sonreía. Contemplaba con expresión pétrea la lejanía, por encima de tales diversiones para adolescentes.

Recuerdo mi boca sucia, recuerdo lo sabia que me creía. Pero entonces no era sabia. Ni ahora tampoco.

—¿Te acuerdas de cómo solíamos birlar cosas? —dice Cordelia—. De toda aquella época, era lo único que realmente me gustaba.

—¿Por qué? —pregunto. A mí no me gustaba mucho. Siempre tenía miedo de ser descubierta.

—Era algo que podía tener —responde, y no comprendo del todo qué quiere decir.

Cordelia saca unas gafas de sol del bolso que lleva en bandolera y se las cala. Ahí estoy yo en sus ojos de espejo, por duplicado y en monocromo, y mucho más

pequeña que mi tamaño natural.

Cordelia me regala una entrada gratuita para Stratford, para que pueda verla en acción. Voy en autobús. Es una matinal: puedo ir, ver la representación y tomar el autobús de regreso con tiempo suficiente para hacer el turno de la tarde en el Chalet Suizo. La obra es *La tempestad*. Permanezco atenta a la aparición de Cordelia, y cuando salen los ayudantes de Próspero, con música y espasmódicos efectos de luces, me fijo muchísimo para descubrirla bajo su disfraz. Pero no la reconozco.

Josef me está rediseñando. «Tendrías que llevar el pelo suelto —dice, mientras retira las horquillas del precario moño y hunde los dedos en él para deshacerlo—. Pareces una gitana maravillosa». Aprieta los labios sobre mi clavícula, aparta la sábana en la que él mismo me ha envuelto.

Yo permanezco en pie, sin moverme, y dejo que haga. Dejo que haga lo que quiera. Estamos en agosto y hace demasiado calor para moverse. Una bruma caliginosa pende sobre la ciudad como humo mojado, recubre mi piel con una película pegajosa, se filtra en mi carne. Cruzo los días como una zombi, pasando de una hora a la siguiente sin rumbo ni dirección. He dejado de dibujar los muebles del apartamento; lleno la bañera de agua fría y me sumerjo, pero ya no leo en ella. Pronto llegará el momento de volver a la escuela. No quiero ni pensarlo.

«Tendrías que llevar vestidos morados —dice Josef—. Ganarías mucho». Me coloca ante la media luz de la ventana, me hace dar la vuelta, se aparta un poco, desliza su mano por mi cuerpo. Ya no me importa que nos vean. Siento que las rodillas me empiezan a flojear, la boca a abrirse. Los ratos en que estamos juntos, Josef no se pasea de un lado a otro ni se mesa los cabellos; se mueve lenta y suavemente, con gran deliberación.

Josef me lleva al jardín de la azotea del Park Plaza Hotel, ataviada con mi nuevo vestido morado. Tiene el talle ceñido, el cuello abierto y una falda amplia que me roza las piernas desnudas al andar. Mis cabellos están sueltos, y húmedos. Tengo la sensación de que parecen un estropajo. Pero, de improviso, capto una fugaz imagen de mí misma en el espejo ahumado del ascensor, y por un instante me veo como Josef me ve: una mujer esbelta con una nube de cabellos, ojos pensativos y cara pálida y enjuta. Reconozco el estilo: finales del siglo XIX. Prerrafaelista. Debería llevar una amapola en la mano.

Nos sentamos en el patio al aire libre, para beber Manhattans y mirar por encima de la balastrada de piedra. Últimamente, Josef se ha aficionado a los Manhattans. Nos hallamos en uno de los edificios más altos de la zona. Por debajo nuestro, Toronto fermenta en el calor de la tarde, los árboles se extienden como una alfombra de musgo, el lago es zinc en la lejanía.

Josef me cuenta que una vez le pegó un tiro en la cabeza a un hombre; lo que más le preocupó fue lo poco que le costó hacerlo. Dice que detesta la clase de Dibujo del Natural, que no piensa seguir así eternamente, enjaulado en este remanso provinciano, enseñando los rudimentos del arte a un puñado de débiles mentales. «Yo pertenezco a un país que ya no existe —dice—, y tú perteneces a un país que todavía no existe». En otro tiempo, esto me habría parecido muy profundo. Ahora me gustaría saber qué quiere decir.

Por lo que a Toronto se refiere, dice que es una ciudad sin animación ni alma. De todas formas, la pintura en sí no es más que una resaca del pasado europeo. «Ya no es importante», dice, acompañando su afirmación con un ademán de menosprecio. Quiere trabajar en el cine, quiere dirigir películas en Estados Unidos. Se irá hacia allí en cuanto pueda arreglar las cosas. Tiene buenas relaciones. Existe toda una red de húngaros, por ejemplo. Húngaros, polacos, checoslovacos. Allá abajo existen mayores oportunidades en el campo del cine, por decirlo de alguna manera, ya que las únicas producciones que se realizan en este país son cortos para proyectar antes de la película de verdad, acerca de hojas que caen en espirales hacia un estanque o de flores que se abren a cámara lenta, con acompañamiento de flauta. Sus conocidos se las arreglan muy bien en Estados Unidos. Ellos le conseguirán el permiso de entrada.

Estrecho la mano de Josef. Últimamente hace el amor de una forma meditabunda, como si estuviera pensando en otra cosa. Descubro que estoy un poco bebida, y también que me dan miedo las alturas. No había estado nunca en un sitio tan alto. Me imagino que estoy de pie junto a la balastrada de piedra, que me desplomo lentamente sobre ella. Desde aquí se alcanza a ver Estados Unidos, una mancha borrosa en el horizonte. Josef no dice nada de llevarme allí con él. Ni yo se lo pregunto.

En vez de eso, comenta:

—Estás muy callada. —Me toca la mejilla—. Misteriosa. —Yo no me siento misteriosa, sino vacía—. ¿Harías cualquier cosa por mí? —pregunta mirándome a los ojos. Me inclino hacia él, muy lejos de la tierra. Sería muy fácil decir sí.

—No —contesto. Yo misma me sorprendo. Ignoro de dónde ha salido esta sinceridad inesperada y tenaz. Me parece una grosería.

—Ya me lo imaginaba —dice con tristeza.

Jon se presenta una tarde en el Chalet Suizo. Al principio no lo reconozco, porque no lo miro. Estoy limpiando la mesa con un paño, y cada movimiento es un esfuerzo; la letargia me paraliza los brazos. Anoche estuve con Josef, pero esta noche no, porque esta noche no me toca, le toca a Susie.

Hace unos días que Josef apenas menciona a Susie. Cuando lo hace, es con nostalgia, como si ella perteneciese ya al pasado o hubiera muerto bellamente, como un personaje de algún poema. Pero quizá sea sólo su forma de hablar. Tal vez sigan compartiendo prosaicas veladas domésticas, en las que él lee el periódico mientras ella sirve el cocido. Aunque asegura que lo nuestro es un secreto, es posible que hablen de mí de la misma manera en que Josef y yo solíamos hablar de Susie. No es una idea muy grata.

Prefiero pensar en Susie como una mujer encerrada en una torre, allá en el Monte Cario de Avenue Road, atisbando desde la barandilla de metal pintado de su balcón, sollozando débilmente, esperando la llegada de Josef. Aparte de eso, no me la imagino llevando otra clase de vida. No puedo imaginármela lavando sus bragas, por

ejemplo, y escurriéndolas en una toalla, colgándolas en el toallero del cuarto de baño como hago yo. No puedo imaginármela comiendo. Es gomosa, abúlica, privada de coraje por el amor; igual que yo.

—Cuánto tiempo sin vernos —dice Jon. Su figura sonriente cobra forma junto al brazo que sostiene el paño, exhibiendo unos dientes muy blancos en una cara más atezada de lo que yo recordaba. Se ha apoyado en la mesa que estoy limpiando, enfundado en una camiseta gris, unos viejos tejanos cortados por encima de las rodillas y zapatillas de deporte sin calcetines. Tiene un aspecto más sano que en invierno. Es la primera vez que lo veo a la luz del día.

Soy consciente de mi uniforme sucio: ¿huelo quizás a sudor de las axilas, a grasa de pollo?

—¿Cómo has entrado?

—Andando —responde—. ¿Me pones un café?

Tiene un trabajo de verano en el Departamento de Obras, y sale a rellenar los baches de las carreteras y alquitrinar las grietas producidas por las heladas; a su alrededor se percibe un leve olor a alquitrán. No es lo que se dice una persona limpia.

—¿Te apetece que luego vayamos a tomar una cerveza? —me propone. Ya he oído estas palabras en otras ocasiones: quiere un pasaporte para «Señoras y acompañantes», como de costumbre. No tengo nada que hacer, así que contesto:

—¿Por qué no? Pero tendré que cambiarme.

A la salida del trabajo, tomo la precaución de ducharme y me pongo el vestido morado. Nos encontramos en la Hoja de Arce y pasamos a «Señoras y acompañantes». Nos sentamos en la penumbra, que al menos es fresca, y bebemos cerveza de barril. Me cohíbe un poco estar a solas con él: antes siempre había todo un grupo de chicos. Jon me pregunta qué estoy haciendo y le contesto que no gran cosa. Me pregunta si he visto alguna vez al tío Joe, y digo que no.

—Seguramente se habrá perdido en los calzones de Susie —comenta—. Hay cabrones con suerte.

Todavía me trata como a un chico honorario, todavía despotrica contra las mujeres. La palabra «calzones» me sorprende. Debe haberla cogido de Colin el inglés. Me gustaría saber si también está enterado de lo mío, si va haciendo comentarios sobre mis calzones a espaldas mías. Pero ¿cómo podría saberlo?

Dice que en el Departamento de Obras se gana un buen dinero, pero no quiere que los otros tipos se enteren de que es pintor, y mucho menos los viejos habituales.

—Podrían creer que soy un marica o algo así —explica.

Bebo más cerveza de barril de la que me conviene, y de pronto las luces parpadean y ya es hora de cerrar. Salimos a la calurosa noche de verano, y no quiero volver sola a casa.

—¿Podrás llegar bien a casa? —inquire Jon. No digo nada—. Vamos, te acompaño —se ofrece. Apoya una mano en mi hombro y noto su olor a alquitrán y a polvo de carretera y a piel bronceada, y me echo a llorar. Estoy de pie en la acera,

ante los borrachos que salen tambaleándose de «Sólo hombres», y me cubro la boca con las manos, sollozo y me siento estúpida.

Jon se sobresalta.

—Oye, colega —exclama, y me da unas palmadas aprensivas—. ¿Qué te pasa?

—Nada —replico. El hecho de oírme llamar «colega» me hace llorar aún más. Me siento como un calcetín mojado; me siento fea. Espero que llegue a la conclusión de que he bebido demasiado.

Me pasa un brazo por los hombros, me da un achuchón.

—Vamos —dice—. Nos tomaremos un café.

Dejo de llorar mientras andamos por la calle. Llegamos a un portal junto a una tienda de maletas al por mayor, saca una llave, subimos las escaleras a oscuras. Tras cruzar la puerta de arriba, me besa con sus labios que saben a cerveza y alquitrán. No hay ninguna luz encendida. Rodeo su cintura con ambos brazos y me aferró como si estuviera hundiéndome en el lodo, y él me alza en vilo y me transporta por la habitación en tinieblas, chocando contra los muebles y las paredes, hasta que caemos juntos al suelo.

**XI**  
**MUJERES CAYENDO**

Sigo hacia el este por Queen Street, todavía un poco mareada por el vino del almuerzo. Antes se decía achispada. El alcohol es un depresor, dentro de un rato me dejará hundida, pero en estos momentos me siento de lo más despreocupada, voy tarareando en voz baja, la boca ligeramente abierta.

Justo enfrente hay un grupo de estatuas, de un verde cobrizo con chorretones negros que les bajan por los lados como sangre de metal: una mujer sentada con un cetro en la mano, y a su lado tres soldados jóvenes que avanzan en grupo, las pantorrillas envueltas en polainas que parecen vendas, prestos a defender el Imperio, con expresiones intensas, fatídicas, congeladas en el tiempo. Por encima de ellos, sobre una losa, se yergue otra mujer, ésta con alas de ángel: la Victoria, o la Muerte, o tal vez ambas. Este monumento es en honor de la guerra de Sudáfrica, hace más o menos noventa años. Me gustaría saber si aún queda alguien que recuerde esa guerra, o incluso si en todos estos automóviles que rugen alrededor hay alguien que alguna vez se moleste en mirar.

Doblo hacia el norte por University Avenue, pasando ante la esterilidad de los hospitales, por la antigua ruta del desfile de Santa Claus. El Edificio de Zoología ha sido demolido, seguramente hace años. El alféizar desde el que un día contemplé las empapadas hadas y los irritantes copos de nieve, mientras respiraba el olor a serpientes, desinfectante y ratones, ahora es aire vacío. ¿Quién más recuerda dónde estaba?

Ahora hay fuentes a lo largo de esta avenida, y pulcros arriates de flores, y estatuas nuevas y peculiares. Sigo la curva en torno al edificio del Parlamento, con su forma de matrona victoriana agazapada, rosa oscuro, las faldas abultadas, imperturbable. La bandera que nunca supe dibujar, degradada a la categoría de bandera provincial, ondea ante su fachada, escarlata vivo, con la Unión Jack en la esquina superior y todos esos castores y hojas imposibles bordados más abajo. La nueva bandera nacional aletea allí también, dos franjas rojas y una hoja de arce roja sobre fondo blanco, como si fuera la marca comercial de una margarina de las más baratas o la presa de una lechuga sobre la nieve. Sigo considerando nueva esta bandera, aunque hace tiempo que la cambiaron.

Cruzo la calle, atajo por detrás de una iglesia pequeña que quedó ahí abandonada cuando reconstruyeron el barrio. El sermón del domingo está anunciado en un tablón idéntico al que usan los supermercados para sus ofertas; *Creer es ver*. Una oleada vertical de vidrio cilindrado rompe junto al tablón. Tras la bruñida fachada, ramilletes de tela fruncida, cuero pulido, llamativas bagatelas de plata.

Doblo una esquina y me interno por una calle lateral, una doble hilera de tiendas de lujo: géneros de punto hechos a mano y prendas de maternidad de Francia y



jabones envueltos en cintas, tabaco importado, restaurantes opulentos donde los vasos de vino son copas refinadas y donde pagas la ubicación y los gastos generales. El emporio de los tejanos de diseño, la tienda de chucherías de papel de Venecia, la tienda de medias con su danzarina pierna de neón.

Todas estas casas eran casi barracas; el antiguo territorio de Josef, donde hombres obesos saturados de cerveza se instalaban en el porche delantero, bajo el calor de agosto, mientras sus hijos gritaban y sus perros yacían jadeantes, atados a la cerca con raídas correas, y la pintura se desprendía del maderamen y las caléndulas decaídas, meadas por los gatos, se marchitaban junto a los agrietados senderos. Unos miles de dólares bien invertidos en aquellos tiempos y ahora serías millonaria. Pero ¿quién podía imaginárselo? No yo, cuando subía por la angosta escalera hacia el piso de Josef, con la respiración acelerada y su mano apoyada al final de mi espalda, bajo la moribunda luz de los atardeceres de verano: calmosa, prohibida, tristemente deliciosa.

Ahora sé más cosas sobre Josef que entonces. Las sé porque soy más vieja. Sé de su melancolía, su ambición, su desespero, sus rincones vacíos que necesitaban ser llenados. Sé de los peligros.

Por ejemplo, ¿qué hacía con dos mujeres quince años más jóvenes que él? Si una de mis hijas se enamorase de un hombre así, me pondría frenética. Sería como aquella vez en que Sarah y su mejor amiga llegaron corriendo a casa para decirme que habían visto su primer exhibicionista, en el parque. «¡Mami, mami, un hombre llevaba los pantalones bajados!».

Para mí significó miedo, y una cólera feroz. *Tócalas y te mato*. Pero para ellas sólo fue algo que se salía de lo corriente, algo chistoso.

O la primera vez que vi mi propia cocina, después de tener a Sarah. La llevé a casa desde la clínica y pensé: «Cuántos cuchillos. Cuántas cosas que cortan y que queman». Solamente veía lo que podía hacerle daño.

Puede que una de mis hijas tenga un hombre como Josef, o un hombre como Jon, escondido en su vida, secreto. ¿Quién sabe qué clase de chicos mugrientos o ya mayores están utilizando para sus propios fines, o para afirmarse frente a mí? Y todo el tiempo protegiéndome de ellas mismas, porque saben que me horrorizaría.

En las portadas de los periódicos veo palabras que antes nunca se pronunciaban en voz alta, y mucho menos se imprimían —*relaciones sexuales, aborto, incesto*—, y siento deseos de taparles los ojos, aunque ya son adultas, o lo que se tiene por tal. Puesto que soy madre, soy susceptible de ofenderme, como nunca lo fui cuando no lo era.

Tendría que llevarles un regalito a cada una, como siempre hacía cuando eran pequeñas y yo salía de viaje. En otro tiempo, sabía instintivamente lo que les gustaría. Ahora ya no. Me resulta difícil recordar exactamente qué edad han alcanzado. Sé que me molestaba cuando mi madre se olvidaba de que yo ya era una persona mayor, pero

ya empiezo a entrar en esa fase divagante en que se desentierran las amarillentas fotos del bebé, se llena una de nostalgia ante un mechón de cabellos.

Estoy contemplando un escaparate con pañuelos de seda italiana en maravillosos colores indeterminados, gris azulado, verde mar, cuando noto un contacto sobre mi brazo, un salto helado en el corazón.

—¡Cordelia! —exclamo, volviéndome.

Pero no es Cordelia. No es nadie que conozca. Es una mujer, una chica más bien, de algún lugar del Oriente Medio: falda larga hasta los tobillos, algodón estampado, botas canadienses con suela de goma incongruentes bajo el dobladillo; una chaqueta corta completamente abrochada, un pañuelo plegado horizontalmente sobre la frente con un doblez a cada lado, como una toca. La mano que se apoya en mí es nudosa bajo los mitones norteños, la piel de la muñeca entre manga y mitón es morena, como un café con doble ración de crema. Los ojos son grandes, como en los niños abandonados de las ilustraciones.

—Por favor —dice—. Están matando a mucha gente. —No dice dónde. Podría suceder en muchos países, o entre un país y otro; el desarraigo es hoy una nacionalidad. De un modo u otro, la guerra no terminó realmente, sólo se fragmentó en pedacitos y se esparció, está por todas partes, no se puede suprimir. Ahora la matanza es interminable, es una industria, hay mucho dinero en juego y resulta difícil distinguir a los buenos de los malos.

—Sí —admito. Ésta es la guerra que mató a Stephen.

—Algunos están aquí. No tienen, no tienen de nada. Los matarían...

—Sí —repito—. Ya entiendo. —Esto me pasa por ir andando. En un coche quedas más aislada. ¿Y cómo puedo saber yo que esta mujer es lo que pretende ser? Podría ser una drogadicta. En el mercado del sentimentalismo, abundan los farsantes.

—Tengo conmigo una familia de cuatro personas. Dos niños. Están conmigo, es mi propia responsabilidad. —Se embarulla un poco en «responsabilidad», pero al final le sale. Es tímida, no le gusta lo que está haciendo, este abordar a la gente por la calle.

—¿Sí?

—Los cuido. —Nos miramos a la cara. Los cuida—. Con veinticinco dólares, una familia de cuatro personas puede comer durante un mes.

¿Y qué deben de comer? ¿Pan seco, buñuelos desechados? ¿No querrá decir una semana? Si es capaz de creer esto, se merece mi dinero. Me quito el guante, registro el bolso, hago crujir los billetes, billetes rosados, billetes azules, morados. Es obsceno poseer tanto poder; también lo es sentirse tan impotente. Seguramente me detesta.

—Tome —le ofrezco.

La joven asiente con la cabeza. No está agradecida, es sólo que ha visto confirmada su opinión sobre mí, o sobre ella misma. Se quita el voluminoso mitón tejido a mano para recoger el dinero. Comparo nuestras manos: la suya, suave, con

uñas como lunas claras; la mía, con sus cutículas en jirones, su incipiente piel de sapo. Se guarda los billetes por entre los botones de la chaqueta. Debe de llevar un bolso ahí dentro, a salvo de tirones. Luego se enfunda el mitón, rojo oscuro con una hoja rosa bordada en lana.

—Dios la bendecirá —se despide. No dice Alá. En Alá aún podría creer.

Me alejo de ella, tironeando del guante. Cada día hay más de esto, más gemidos silenciosos, más manos hambrientas extendidas, *necesito necesito, ayuda ayuda*, no tiene final.

En septiembre me despido del Chalet Suizo para volver a la escuela. Regreso también al sótano de la casa de mis padres, porque no puedo permitirme otra cosa. Ambos lugares son peligrosos: mi vida es ahora múltiple, y estoy fragmentada. Pero ya no letárgica. Al contrario, estoy muy despierta, crepitante de adrenalina, pese al calor del verano que se acaba. Este efecto se lo debo a la traición, a la necesidad de mantener mis engaños: tengo que ocultar a Josef de mis padres y a Jon de todo el mundo. Me muevo a hurtadillas, el corazón en un puño, temerosa de ser descubierta; evito trasnochar, me evado, ando de puntillas. Curiosamente, esto no me hace sentir más insegura, sino más protegida.

Dos hombres son mejor que uno, o, al menos, hacen que me sienta mejor. Estoy enamorada de ambos, me digo a mí misma, y el hecho de tener dos significa que no necesito decidirme por uno u otro.

Josef me ofrece lo que siempre ha ofrecido, más miedo. Sin darle importancia, en el mismo tono en que me contó que le había pegado un tiro en la cabeza a un hombre, me dice que en la mayoría de países, excepto en éste, la mujer pertenece al hombre: si un hombre sorprende a su mujer con otro hombre, los mata a los dos y todo el mundo lo encuentra justificado. No dice qué hace la mujer en el caso de que haya otra. Me dice todo esto mientras desliza una mano por mi brazo, por encima del hombro, a lo largo del cuello, y trato de imaginar qué sospecha. Ahora le ha dado por exigirme palabras; o si no, me tapa la boca con una mano. Yo cierro los ojos y lo percibo como una fuente de energía, nebulosa y tornadiza. Sospecho que, si pudiera verle con objetividad, encontraría algo de ridículo en él. Pero no puedo.

En cuanto a Jon, sé lo que ofrece. Ofrece una escapatoria, una fuga del mundo de los adultos. Ofrece diversión y desorden. Ofrece malicia.

Sopeso la posibilidad de contarle lo de Josef, para ver cómo reacciona. Pero aquí el peligro es de un orden distinto. Se reiría de mí porque me acuesto con Josef, al que considera un necio además de un viejo. No comprendería cómo puedo tomarme en serio a un hombre así, no comprendería el apremio. Me tendría en menos.

El apartamento de Jon sobre la tienda de maletas es estrecho y alargado y huele a pintura acrílica y a calcetines sucios, y sólo cuenta con dos habitaciones más el cuarto de baño. El cuarto de baño es morado, con huellas de pies en rojo que suben por una pared, cruzan el techo y bajan por el otro lado. La habitación delantera es de un blanco austero, y la otra —el dormitorio—, de un negro brillante. Jon dice que la pintó así para fastidiar al casero, que es un pelma. «Cuando me vaya, tendrá que dar quince manos de pintura para tapar esto», me dice.

A veces Jon vive solo en el apartamento; a veces hay otra persona, o quizá dos, acampando en el suelo en sus sacos de dormir. Son pintores que huyen de un casero

airado, o que se hallan entre dos trabajos esporádicos. Cuando llamo al timbre de abajo, nunca sé quién me abrirá la puerta ni qué encontraré arriba: los restos matutinos de una noche entera de fiesta, una discusión múltiple, alguien echando las galletas en el inodoro. «Echar las galletas» es una expresión de Jon. La encuentra graciosa.

Distintas mujeres se cruzan conmigo por la escalera, subiendo o bajando, o se las ve remolonear al fondo de la habitación blanca, donde hay una cocina improvisada compuesta de un hornillo y una tetera eléctrica. Nunca queda claro con quién están emparejadas estas mujeres; algunas de ellas son estudiantes de arte, que vienen a charlar. Pero no suelen charlar entre sí. Hablan con los hombres o permanecen calladas.

Los cuadros de Jon están colgados en la habitación blanca o apilados contra las paredes. Cambian casi todas las semanas: Jon es productivo. Pinta muy velozmente, en violentos colores acrílicos que hacen daño a la vista, rojos y rosas y morados, en frenéticos remolinos y espirales. Tengo la impresión de que debería admirar estos cuadros, porque yo soy incapaz de pintar así, y los admiro en monosílabos. Pero, en mi fuero interno, no me gustan mucho: he visto cosas parecidas en las cunetas de las carreteras, cuando han atropellado a algún animal.

Sin embargo, estos cuadros no pretenden ser representaciones de nada que pueda ser reconocido. Son un instante de un proceso, capturado sobre el lienzo. Son pintura pura.

Jon está muy metido en la pureza, pero sólo en pintura: no puede decirse lo mismo de su forma de llevar la casa, que es una exuberante protesta contra todas las madres y en especial la suya. Para lavar los platos, cuando los lava, usa la bañera, donde suelen verse cortezas de pan y granos de maíz enlatado atascados en el desagüe. El suelo de la sala de estar es como una playa tras el fin de semana. Sus sábanas son por sí mismas un instante de un proceso, pero un instante que se prolonga durante cierto tiempo. Yo prefiero la parte superior de su saco de dormir, que es menos séptica. El lavabo es como los de las gasolineras, en esas apartadas carreteras del norte: un círculo marrón en la taza del retrete, donde suele haber colillas flotando; huellas de manos en las toallas, si las hay; trocitos de papel esparcidos por el suelo.

De momento, no hago ningún intento de imponer orden. Eso sería pasarse de la raya, demostrar una aburguesada falta de audacia. «¿Te has creído que eres mi madre?», le he oído preguntar a una de las mujeres de paso que hacía débiles esfuerzos por despejar parte de la basura más rancia. Yo no quiero ser su madre, sino más bien una cómplice.

Hacer el amor con Jon no es el trance ocioso y atormentado que resulta con Josef, sino algo revoltoso, como cachorros en el barro. Es sucio, como las peleas callejeras y algunos chistes. Al terminar, yacemos sobre el saco de dormir y comemos patatas fritas directamente de la bolsa y nos reímos por nada. Jon no cree que las mujeres

sean flores desvalidas, ni formas para manipular y contemplar, como lo cree Josef. Para él, pueden ser espabiladas o estúpidas. Éstas son sus categorías. «Oye, colega — me dice—. Tú tienes más *pesquis* que la mayoría». Esto me complace, pero también me deja de lado. Yo puedo cuidarme sola.

Josef empieza a preguntarme dónde me he metido, qué he estado haciendo. Le contesto con despreocupación y picardía. Guardo a Jon como un as en la manga contra él: si él puede permitirse la doblez, entonces yo también. Pero ya no me habla nunca de Susie. La última vez que la vi fue a finales de agosto, cuando aún trabajaba en el Chalet Suizo. Vino un día a cenar ella sola, medio pollo y una ración de helado de cereza borgoña. Llevaba algún tiempo sin cuidar su cabello, que era más oscuro y más lacio; su cuerpo se había vuelto rechoncho, y su cara, redonda. Comía de forma mecánica, como si fuese un deber, pero se lo acabó todo. Tal vez comiera para consolarse, por Josef: pasara lo que pasara, nunca se casaría con ella, y ella debía de saberlo. Supuse que había venido para hablarme de él y procuré evitarla, quitándomela de encima con una sonrisa neutra. Su mesa no era de las mías.

Pero antes de salir se acercó a mí.

—¿Has visto a Josef? —inquirió. Su tono era quejumbroso, lo cual me molestó.

Mentí, no demasiado bien.

—¿Josef? —repetí, ruborizándome—. No. ¿Por qué habría de verlo?

—Pensaba que a lo mejor sabías por dónde andaba —adujo. No me habló con reproche, sino como desesperanzada. Salió a la calle, encorvada como una mujer de edad. Con ese culo que tiene, pensé, no me extraña que Josef se la quite de encima. A Josef no le gustaban las mujeres escuálidas, pero también en la otra dirección había un límite. Susie se estaba abandonando.

Pero ahora me telefonea. Cae la tarde, y estoy estudiando en el sótano cuando mi madre me llama al teléfono.

La voz de Susie en el auricular es un lamento suave y desesperado.

—Elaine —comienza—. Ven enseguida, por favor.

—¿Qué pasa? —Quiero saber.

—No puedo decírtelo, pero ven.

Pastillas para dormir, pienso. Eso va con su estilo. Pero ¿por qué yo? ¿Por qué no ha telefoneado a Josef? Me entran ganas de abofetearla.

—¿Te encuentras bien? —pregunto.

—No —contesta, levantando la voz—. No me encuentro bien. Me ha pasado algo muy malo.

No se me ocurre llamar a un taxi. Los taxis son para Josef; yo estoy acostumbrada a ir a todas partes en autobús o en tranvía, o en metro. Tardo casi una hora en llegar al Monte Cario. Susie no me ha indicado el número de su apartamento y yo he olvidado preguntárselo, conque debo localizar al conserje. Cuando llamo a la puerta no contesta nadie, y vuelvo a recurrir de nuevo al conserje.

—Sé que está aquí —le aseguro, en vista de que no parece muy dispuesto a abrirme la puerta—. Me ha llamado. Es una emergencia.

Cuando por fin logro entrar, el apartamento está a oscuras; las cortinas están echadas, las ventanas cerradas, se percibe un extraño olor. Aquí y allá hay prendas de vestir tiradas de cualquier manera, tejanos, botas de invierno, un chal negro que alguna vez le he visto llevar. Los muebles dan la impresión de haber sido elegidos por sus padres: un sofá verduoso de brazos cuadrados, una alfombra color trigo, una mesa de café, dos lámparas con las pantallas todavía envueltas en celofán. Ninguna de estas piezas encaja con la Susie que me imaginaba.

En la alfombra hay una pisada oscura.

Susie está detrás de la cortina que delimita la zona para dormir. Yace en la cama con un camisón corto de nailon rosa, tan blanca como un pollo crudo, los ojos cerrados. La sábana de encima y el cobertor de color rosa han caído al suelo. Bajo su cuerpo, a lo ancho de la sábana, hay un gran charco de sangre fresca que se extiende por ambos lados como unas alas rojas.

Me invade una profunda desolación: sin motivo alguno, experimento la sensación de haber sido abandonada.

Luego viene la náusea. Salgo corriendo hacia el cuarto de baño y empiezo a vomitar. La cosa es peor aún, porque la taza está roja de sangre. Hay huellas ensangrentadas de pasos sobre el suelo de baldosas blancas y negras, huellas de manos en la pila. La papelera está repleta de compresas sanitarias empapadas.

Me enjugo la boca con la toalla azul celeste de Susie, me lavo las manos en la pila salpicada de sangre. No sé qué hacer a continuación; suceda lo que suceda, no quiero tener parte en ello. Se me ocurre la idea absurda y fugaz de que, si está muerta, me acusarán de asesinato. Siento el impulso de huir furtivamente del apartamento, cerrar la puerta a mis espaldas, cubrir mi rastro.

En vez de eso, lo que hago es volver junto a la cama y tomarle el pulso a Susie. Sé que es lo indicado. Susie aún sigue viva.

Voy en busca del conserje, que llama a una ambulancia. Yo telefono a Josef, pero no está en casa. Voy al hospital con Susie, en la parte de atrás de la ambulancia. Ahora está semiconsciente, y aprieto su mano, fría y pequeña.

—No se lo digas a Josef —musita. El camisón rosa me hace comprender: Susie no es en absoluto como yo la imaginaba, ni lo ha sido nunca. Es sólo una buena chica que jugaba a los disfraces.

Pero lo que ha hecho la sitúa al margen. Pertenece al paisaje sumergido de las cosas que no se dicen, que yacen por debajo del habla corriente, como colinas bajo el mar. Toda la gente de mi edad está enterada. Nadie lo menciona nunca. Los rumores de allá abajo hablan de mesas de cocina, dinero que cambia de manos en secreto, viejas perversas, médicos ilegales, deshonra y carnicería. Allá abajo es el terror.

Los dos camilleros se muestran imperturbables, y un tanto desdeñosos.

—¿Qué ha utilizado? ¿Una aguja de hacer punto? —pregunta uno. Su tono es acusador. Quizá crea que yo estaba ayudándola.

—No tengo ni idea —contesto—. Apenas la conozco. —No quiero verme implicada.

—Es lo que suelen usar —explica—. Chiquillas estúpidas... Cualquiera pensaría que han de tener más sentido común.

Estoy de acuerdo con él en que ha cometido una estupidez. Al mismo tiempo, sé que yo en lugar de Susie habría sido igual de estúpida. Habría hecho lo mismo que ella, momento a momento, paso por paso. Como ella, habría cedido al pánico; como ella, se lo habría ocultado a Josef; como ella, no habría sabido adónde acudir. Todo lo que le ha pasado a ella, igualmente podría haberme pasado a mí.

Pero hay otra voz, una vocecita mezquina que es antigua y pagada de sí, que viene de algún lugar muy profundo de mi cabeza. *Se lo tenía merecido.*

Josef, cuando por fin se le encuentra, queda devastado.

—La pobre niña, la pobre niña —repite—. ¿Por qué no me lo dijo?

—Tenía miedo de que te enfadaras con ella —respondo fríamente—. Como sus padres. Tenía miedo de que la echaras a la calle, por haberse quedado embarazada.

Ambos sabemos que es una posibilidad.

—No, no —protesta Josef con incertidumbre—. Yo me hubiera hecho cargo de ella. —Esto podría significar muchas cosas.

Llama al hospital, pero Susie se niega a verlo. Algo ha cambiado en ella, se ha endurecido. Le dice que quizá no pueda tener nunca hijos. Que no le ama. Que no quiere verlo nunca más.

Ahora Josef se sume en la depresión.

—¿Qué le he hecho? —gime, mesándose los cabellos.

Se vuelve más melancólico que nunca; no quiere salir a cenar, no quiere hacer el amor. Se queda en su apartamento, que ya no está pulcro y vacío sino que comienza a llenarse con fragmentos desordenados de su vida: recipientes de comida china para llevar, sábanas sucias.

Dice que nunca podrá superarlo, lo que le ha hecho a Susie. Así es como lo concibe: algo que ha hecho él, a Susie, a su carne inerte e inocente. Al mismo tiempo, está dolido con ella: ¿cómo puede tratarlo así, expulsarlo de su vida?

De mí espera consuelo, por la culpa que le corresponde y por el daño que le han infligido. Pero yo no sirvo para eso. Está empezando a disgustarme.

—Era hijo mío —se lamenta.

—¿Te habrías casado con ella? —pregunto. El espectáculo de su sufrimiento no me vuelve compasiva, sino implacable.

—Eres cruel conmigo —dice Josef. Antes lo decía a menudo, en un contexto sexual, para provocarme. Ahora lo dice en serio. Ahora tiene razón.



En ausencia de Susie, lo que fuera que mantenía nuestro equilibrio ha desaparecido. Todo el peso de Josef reposa sobre mí, y lo encuentro demasiado pesado. No puedo hacerlo feliz, y este fracaso me amarga: no soy bastante buena para él, soy insuficiente. Ahora lo veo débil, posesivo, destripado como un pescado. No puedo respetar a un hombre que se deja hundir de esta manera por las mujeres. Contemplo sus lastimeros ojos y siento desprecio.

Cuando telefonea, me excuso. Le digo que estoy muy ocupada. Una noche le doy plantón. Me produce tanta satisfacción que lo hago otra vez. Me sigue la pista en la universidad, arrugado y sin afeitarse, súbitamente demasiado viejo, y me suplica mientras voy de una a otra clase. Esta yuxtaposición de mundos me irrita.

—¿Quién era ése? —Quieren saber las chicas de los conjuntos gemelos de cachemira.

—Uno que conocía —les digo sin inmutarme.

Josef me acecha a la salida del museo y me hace saber que lo he llevado a la desesperación: puesto que lo trato así, se irá de Toronto para siempre. No me engaña: de todos modos tenía pensado hacerlo. Mi boca sucia se hace cargo:

—Muy bien —replico.

Me dirige una mirada dolorida y cargada de reproche, al tiempo que saca trasero y adopta la orgullosa y teatral postura de matador.

Me alejo de él. El hecho de alejarme resulta enormemente placentero. Es como si pudiera hacer que la gente apareciese y desapareciese a voluntad.

No sueño con Josef. En cambio, sueño con Susie, enfundada en su jersey negro y sus tejanos, pero más baja de lo que en realidad es, y con el cabello cortado a lo paje. Está parada en una calle que conozco pero no sé identificar, entre montones de humeantes hojas de otoño, sosteniendo una cuerda de saltar enrollada y lamiendo media piruleta de naranja.

No está demacrada ni exhausta, como la última vez que la vi. Sus ojos son astutos y calculadores. «¿No sabes qué es un conjunto gemelo?», inquiera desdeñosamente.

Sigue lamiendo su piruleta. Me doy cuenta de que he hecho algo mal.

Pasa el tiempo, y Susie se pierde de vista. Josef no ha reaparecido.

Esto me deja a Jon. Tengo la sensación de que, como un sujetalibros desaparejado, por sí solo está incompleto. Pero me siento virtuosa, porque ya no le oculto nada. Aunque esto a él le da lo mismo, ya que, para empezar, no sabía que yo estuviera ocultándole nada. No sabe por qué ahora me interesa más lo que hace con el resto de su tiempo.

Llego a la conclusión de que estoy enamorada de él. Pero soy demasiado lista para decírselo: podría sentarle mal este vocabulario, o creer que pretendo cazarlo.

Sigo yendo a su alargado apartamento blanco y negro; sigo acabando sobre su saco de dormir, pero a la ventura: a Jon no se le da bien hacer planes por anticipado, ni acordarse de las cosas. A veces, cuando llego a la puerta de la calle no me contesta nadie. O bien le cortan el teléfono porque no ha pagado los recibos. Somos una pareja, en cierto modo, pero entre nosotros no hay nada explícito. Cuando está conmigo, está conmigo: hasta ahí está dispuesto a llegar en su definición de lo que todavía no se conoce como nuestras relaciones.

Hay fiestas lóbregas y humosas, con las luces apagadas y parpadeo de velas embutidas en botellas. Están presentes los demás pintores y un surtido de mujeres con jersey de cuello de cisne, que han comenzado a aparecer con el cabello largo y lacio, peinado con raya al medio. Se sientan arracimados en el suelo, a oscuras, y escuchan canciones sobre mujeres apuñaladas con dagas y fuman cigarrillos de marihuana, como se hace en Nueva York. A ésta la llaman «costo» o «rama», y dicen que libera tu pintura.

Los cigarrillos, del tipo que sean, me hacen toser, así que yo no fumo. Algunas noches acabo en la sala de atrás con uno u otro de los pintores, porque prefiero no ver lo que maquina Jon con las chicas de cabello lacio. Sea lo que sea, preferiría que lo hiciera en secreto. Pero él no siente la necesidad de ocultar nada: la posesividad sexual es burguesa, un residuo de las viejas ideas sobre la inviolabilidad de la propiedad privada. Nadie es dueño de nadie.

No es que él diga todo esto. Lo único que dice es: «Oye, que no eres mi dueña».

A veces los otros pintores están colocados o borrachos, pero a veces quieren contarme sus problemas. Lo hacen torpemente, a trompicones, con palabras de pocas sílabas. Sus problemas suelen tener que ver con sus chicas. Pronto empezarán a traerme sus calcetines para zurcir, sus botones para coser. Hacen que me sienta como una tía. Me dedico a esto en vez de sentir celos, cosa que no tiene ningún futuro. O así lo creo.

Jon ha renunciado a pintar remolinos y entrañas. Dice que estos cuadros *son* demasiado románticos, demasiado emotivos, demasiado chapuceros, demasiado

sentimentales. Ahora pinta cuadros en que todas las formas son líneas rectas o círculos perfectos. Utiliza cinta adhesiva como plantilla para que las líneas le queden bien rectas. Trabaja en bloques de color plano, en los que no se aprecia ningún empaste.

A estas pinturas les pone títulos como *Enigma: azul y rojo*, o *Variación: negro y blanco*, u *Opus 36*. Cuando las miras, te hace daño la vista. Jon dice que de eso se trata.

De día voy a la escuela.

Arte y Arqueología es más sombría y más aterciopelada que el año pasado, con mucho empaste y claroscuro. Sigue habiendo Madonnas, pero sus cuerpos han perdido su anterior calidad de luz difusa y se las suele ver más de noche. Sigue habiendo santos, pero ya no sentados en habitaciones apacibles o desiertos, con calaveras *memento mori* y leones perrunos tendidos a sus pies; ahora se debaten en posturas forzadas, erizados de flechas o encadenados a postes. Las escenas bíblicas tienden a la violencia: la decapitación de Holofernes a manos de Judit es un tema habitual. Hay muchos más dioses y diosas clásicos. Hay guerras, combates y matanzas, como antes, pero más confusas y con profusión de brazos y piernas entrelazados. Sigue habiendo retratos de ricos, pero ahora usan ropajes más oscuros.

Según vamos recorriendo los siglos, aparecen cosas nuevas: barcos sin más, o animales sin más, como perros y caballos. Campesinos sin más. Paisajes, con o sin casas. Flores sin más, bandejas de fruta y vianda, con o sin langostas. Las langostas son uno de los temas preferidos, a causa de su color.

Mujeres desnudas.

La mezcolanza es considerable: una diosa desnuda con guirnaldas de flores y un par de perros a su lado; personajes bíblicos con o sin ropa, con o sin animales, árboles o bajeles. Personajes opulentos que pretenden ser dioses o diosas. La fruta y las masacres no suelen ir juntas, como tampoco los dioses y los labriegos. Las mujeres desnudas se presentan de la misma forma que las bandejas de carne y langostas muertas, con la misma atención al juego de la luz de las velas sobre la piel, la misma succulencia, el mismo interés sensual por los detalles minuciosamente interpretados, el mismo deleite pictórico en la sensibilidad táctil. (*Minuciosamente interpretados*, escribo. *Deleite pictórico en la sensibilidad táctil*). Parecen dispuestas para ser servidas.

No me gustan estas pinturas lóbregas y viscosas. Prefiero las anteriores, con toda su claridad diurna, sus ademanes serenos y suspendidos en el tiempo. También he renunciado a las pinturas al óleo; he llegado a detestar su espesor, su supresión de la línea, su aspecto de labios relamidos, la forma en que se destacan las pinceladas del autor. No me dicen nada. Lo que yo quiero son cuadros que parezcan existir por iniciativa propia. Quiero objetos que respiren luz; una luminosidad plana.

Dibujo con lápices de colores. O pinto en temple al huevo, la técnica de los monjes. Ya nadie la enseña, así que exploro la biblioteca en busca de instrucciones. El temple al huevo es una técnica difícil y desordenada, laboriosa y, al principio, desalentadora. Empuerdo el suelo de la cocina y los cacharros de mi madre para cocer el yeso mate, y estropeo un tablero tras otro antes de descubrir cómo hay que aplicarlo para obtener una superficie de trabajo lisa. O bien me olvido de mis frascos de yema de huevo con agua, que se echa a perder e impregna el sótano de un hedor sulfuroso. Utilizo muchas yemas. Las claras las separo cuidadosamente y se las llevo a mi madre, que las aprovecha para hacer merengue.

Dibujo junto a la ventana panorámica de la sala de estar, cuando no hay nadie en casa, o a la luz de la ventana del sótano. De noche utilizo dos lámparas, cada una con tres bombillas. Nada de esto es lo adecuado, pero es lo que hay. Más adelante, me digo, dispondré de un estudio espacioso con claraboyas, aunque todavía no sé qué pintaré allí. Sea lo que sea, aparecerá luego en láminas a color, en libros de arte; igual que las obras de Leonardo da Vinci, cuyos estudios de manos y pies y cabellos y cadáveres me tienen absorta horas y horas.

Me siento cada vez más fascinada por los efectos del vidrio y demás superficies que reflejan la luz. Analizo las pinturas en que aparecen perlas, cristales, espejos, detalles de metal bruñido. Dedico mucho tiempo a *El matrimonio Arnolfini*, de Van Eyck, escudriñando la imperfecta reproducción de mi libro de texto con ayuda de una lupa; lo que me fascina no son las dos figuras delicadas y pálidas que se cogen de la mano, sino el espejo de cuerpo entero que hay detrás de ellas, cuya convexa superficie no sólo refleja sus espaldas, sino otras dos personas que no aparecen para nada en la escena principal. Estas figuras reflejadas en el espejo están ligeramente torcidas, como si en su interior rigiese una ley de gravedad distinta, una disposición del espacio distinta, cautiva, encerrada en el vidrio como en un pisapapeles. Este espejo redondo es como un ojo, un ojo solitario que ve más que cualquiera de los que miran; sobre este espejo está escrito: «Johannes van Eyck fuit hic. 1434». Se asemeja asombrosamente a una pintada de lavabo público, una de esas frases que se escriben con pintura de aerosol sobre una pared.

En casa no tenemos ningún espejo de cuerpo entero con el que pueda practicar. Así que pinto botellas de *ginger ale*, copas de vino, cubitos de hielo del frigorífico, la tetera de cerámica vidriada, las perlas de imitación de los pendientes de mi madre. Pinto madera pulida, y metal: una sartén con fondo de cobre vista por debajo, una marmita doble de aluminio. Me demoro en los detalles, encorvada sobre las pinturas, alanceando los reflejos con pinceles de punta finísima.

Soy plenamente consciente de que mis gustos no están de moda, así que los cultivo en secreto. Jon, por ejemplo, diría que esto que hago son ilustraciones. Para él, toda pintura que represente cualquier cosa reconocible es una ilustración. En este tipo de trabajos no hay energía espontánea, me diría. No hay proceso. Para el caso, igual podría ser una fotógrafa, o Norman Rockwell. Algunos días tiendo a darle la

razón, porque, ¿qué he hecho hasta ahora? Nada que no parezca una muestra sacada al azar del Departamento de Artículos Domésticos del catálogo Eaton's. Pero yo sigo.

Los miércoles por la noche asisto a otro curso nocturno: no Dibujo del Natural, que este año le toca a un yugoslavo nervioso, sino Arte Publicitario. Los alumnos son muy distintos a los de Dibujo del Natural. Casi todos proceden de la sección Comercial de la Facultad de Arte, no de Bellas Artes. Algunos abrigan ambiciones artísticas serias, pero no beben tanta cerveza. Son más limpios y más aplicados, y aspiran a un trabajo pagado cuando terminen los estudios. Igual que yo.

El profesor es un anciano enflaquecido y de aspecto derrotado. Cree haber fracasado en el mundo real, aunque en otro tiempo creó una famosa ilustración, que recuerdo de la infancia, para una marca de cerdo con judías en lata. Durante la guerra, comimos muchas latas de cerdo con judías. Su especialidad son las sonrisas. El truco consiste en saber hacer los dientes, unos dientes hermosos, blancos y regulares, sin pintar la separación entre diente y diente, lo cual haría que la sonrisa pareciera demasiado canina, o demasiado de dentadura postiza (como la que él mismo lleva). Dice que demuestro talento para las sonrisas, y que podría llegar lejos.

Jon se burla un poco de este curso nocturno, pero no tanto como suponía. Cuando habla del profesor, lo llama «el hombre de las judías», y la cosa no pasa de ahí.

Me gradúo en la universidad y descubro que el título no me sirve para nada. O, en todo caso, para nada que me interese. No quiero seguir haciendo estudios de posgraduado, no quiero dar clases en una escuela secundaria ni ser una pelotillera conservadora de museo.

A estas alturas llevo acumulados cinco cursos nocturnos de la Facultad de Arte, cuatro de ellos de la sección Comercial, y los paseo por diversas agencias publicitarias con mi carpeta de sonrisas y flanes al caramelo y mitades de melocotón en almíbar. Para este propósito, he adquirido en Simpsons un traje de lana *beige* (de rebajas), esarpines de medio tacón, unos pendientes de botón de perla y un elegante pañuelo de seda (de rebajas); todo eso por recomendación de la profesora de mi último curso nocturno, Composición y Diseño. También me recomendó un corte de pelo, pero lo más que he hecho ha sido peinármelo hacia atrás formando un rollo sobre la nuca, con ayuda de unos rulos grandes, fijador y muchas horquillas. Finalmente consigo un modesto empleo como diseñadora de maquetas y un pequeño apartamento amueblado de dos habitaciones con cocina americana y entrada independiente, en una casa grande y ruinoso situada en el Annex, al norte de Bloor. He reservado la segunda habitación para pintar, y mantengo cerrada su puerta.

Este apartamento tiene una cama de verdad y una pila de verdad en la cocina. Jon viene a cenar y me toma el pelo por las toallas que he comprado (de rebajas), los platos que pueden meterse en el horno, la cortina de la ducha. «*Hogares Modernos, ¿eh?*», se burla. También me toma el pelo por la cama, pero le gusta dormir en ella. Ahora viene a mi casa más a menudo que yo a la suya.

Mis padres se venden la casa y se mudan al norte. Mi padre ha dejado la universidad y se dedica de nuevo a la investigación: ahora es director del Laboratorio de Insectos de Bosque, en Sault Ste. Marie. Dice que Toronto está cada vez más superpoblada, y también contaminada. Dice que los Grandes Lagos son el mayor sumidero del mundo y que si supiéramos todo lo que echan en el agua que bebemos nos volveríamos todos alcohólicos. En cuanto a la atmósfera, está tan cargada de productos químicos que deberíamos llevar máscaras de gas. Allá en el norte aún se puede respirar.

A mi madre no le hizo mucha gracia tener que abandonar su jardín, pero se lo tomó con tranquilidad: «Por lo menos, será la ocasión de tirar la mayor parte de los trastos amontonados en el sótano», fue lo que dijo. Han plantado otro jardín en el Soo, aunque la temporada de cultivo es más corta. Por lo demás, se pasan casi todos los veranos en la carretera, rodando de una infestación a otra. No hay escasez de insectos.

No echo de menos a mis padres. Aún no. O quizá sea mejor decir que no quiero vivir con ellos. Me satisface hallarme abandonada a mis propios recursos, mi propio desarreglo. Ahora puedo comer de cualquier manera, alimentarme de comida basura y platos preparados sin necesidad de preocuparme por una dieta equilibrada, acostarme cuando me venga en gana, dejar que se pudra la ropa sucia, olvidarme de los platos.

Obtengo un ascenso. Pasado un tiempo, dejo el trabajo para entrar en el departamento artístico de una editorial, donde diseño las cubiertas de los libros. Por las noches, cuando no viene Jon, me dedico a pintar. A veces me olvido de acostarme, y de pronto me doy cuenta de que está amaneciendo y que tengo que ponerme la ropa de diario para salir a trabajar. Luego voy dormida todo el día y me cuesta enterarme de lo que me dicen, pero nadie parece advertirlo.

Recibo postales y alguna que otra carta breve de mi madre, remitidas desde lugares como Duluth y Kapuskasing. Dice que se están llenando demasiado. «Hay demasiados camiones», me informa. Yo contesto con noticias sobre mi trabajo, mi apartamento y el tiempo. No digo nada de Jon, porque no hay noticias. Noticias sería algo concreto y respetable, como un compromiso de boda.

Mi hermano Stephen anda por aquí y por allí. Se ha vuelto más taciturno: ahora, también él se comunica por medio de postales. Recibo una de Alemania en la que aparece un hombre con pantalones cortos de cuero y el mensaje: *Un enorme acelerador de partículas*; una de Nevada, con la fotografía de un cactus y el comentario: *Formas de vida interesantes*. Se va a Bolivia, supongo que de vacaciones, y recibo una mujer con sombrero fumándose un puro: *Mariposas excelentes. Espero estés bien*. En un momento dado se casa, de lo cual me entero por una postal de San Francisco, con el puente de Golden Gate en el crepúsculo y un: *Me he casado. Annette manda saludos*. Es todo lo que llego a saber del asunto hasta pasados varios años, cuando me envía una postal de Nueva York con la estatua de la Libertad, diciendo: *Me he divorciado*. Tengo la impresión de que ambos acontecimientos le han desconcertado, como si no fuesen algo que él mismo ha hecho deliberadamente, sino cosas que le han sucedido por casualidad, como cuando tropiezas con una piedra. Me lo imagino entrando en el matrimonio como quien entra en un parque, de noche, en un país extranjero, ignorante de las posibilidades de verse en un mal paso.

Acude a Toronto a dar una conferencia en un congreso, y me lo anuncia por adelantado mediante una postal de Boston con la estatua de Paul Reveré: *Llego domingo 12. Mi conferencia será el lunes. Hasta pronto*.

Asisto a la conferencia, no porque el tema suscite en mí grandes esperanzas —se titula «Los primeros picosegundos y la búsqueda de una Teoría de Campo Unificada: algunas especulaciones marginales»—, sino porque se trata de mi hermano. Tomo asiento en el auditorio de la universidad y me muerdo las uñas mientras va llegando

el público, compuesto principalmente por hombres. Casi todos ellos parecen personas con las que nunca habría salido en la escuela secundaria.

Luego llega mi hermano, en compañía del hombre que va a presentarlo. Hacía años que no veía a Stephen; está más delgado, y su cabellera empieza a menguar. Necesita gafas para leer el texto; las veo sobresalir del bolsillo de la pechera. Alguien se ha ocupado de mejorar su vestuario, pues va con traje y corbata. Estas modificaciones, no obstante, no lo hacen parecer más normal, sino más anómalo, como un ser de otro planeta disfrazado con ropa humana. Desprende un aura de asombrosa brillantez, como si en cualquier momento su cabeza fuese a iluminarse y volverse transparente, para revelar un grandioso cerebro de vivos colores. Al mismo tiempo, tiene un aspecto desgredado y estupefacto, como si acabara de despertar de un sueño agradable y se viera rodeado de duendes.

El hombre que presenta a mi hermano dice que no necesita presentación, y acto seguido empieza a enumerar los artículos que ha escrito, los premios que ha recibido, las contribuciones que ha hecho. Suenan aplausos y mi hermano sube al podio. De pie ante una pantalla de proyección, carraspea, mueve los pies, se pone las gafas. Ahora tiene el aspecto de ser alguien que, con el tiempo, aparecerá en un sello de correos. Se le ve inquieto, y me siento nerviosa por él. Temo que vaya a farfullar. Pero, una vez empieza, todo va bien.

«Cuando contemplamos el firmamento nocturno —dice—, estamos viendo fragmentos del pasado. No sólo en el sentido de que las estrellas, tal como las vemos, son meros ecos de acontecimientos que ocurrieron a años luz de distancia en el tiempo y en el espacio: todo lo de allí arriba, y ciertamente todo lo de aquí abajo, es un fósil, un residuo de los primeros picosegundos de la creación, cuando el universo cristalizó a partir del plasma homogéneo original. En el primer picosegundo, las condiciones fueron a duras penas imaginables. Si pudiéramos retroceder en una máquina del tiempo hasta ese instante explosivo, nos encontraríamos en un universo repleto de energía que no comprendemos y de fuerzas distorsionadas más allá de cualquier posibilidad de reconocimiento. Cuanto más lejos vamos, más extremadas se vuelven estas condiciones. Los medios de investigación actuales sólo nos conducen una breve distancia por este camino. A partir de ahí, la teoría es nuestro único recurso». A continuación, prosigue en un idioma que parece inglés pero no lo es, porque no logro entender ni una palabra.

Por fortuna, hay algo que mirar. La sala se oscurece y la pantalla se ilumina, y aparece el universo, o partes de él: la negrura del vacío puntuada de galaxias y estrellas, ardientes, azules, rojas. Una flecha se desplaza de una a otra en la pantalla, buscando y encontrando. Luego vienen gráficos y series de números, y referencias a cuestiones que todos los presentes parecen comprender excepto yo. Al parecer, existen muchísimas más de cuatro dimensiones.

Murmullos de interés recorren la sala; se oyen susurros, crujido de papeles. Al final, cuando las luces vuelven a estar encendidas, mi hermano regresa al lenguaje.



«Pero ¿y el momento anterior al primer momento? —inquire—. ¿O acaso carece de sentido utilizar la palabra “antes”, puesto que el tiempo no puede existir sin espacio, ni el espacio-tiempo sin acontecimientos, ni los acontecimientos sin materia-energía? Pero algo tuvo que existir antes. Ese algo es el marco teórico, los parámetros dentro de los cuales deben operar las leyes de la energía. A juzgar por las escasas pero crecientes evidencias de que disponemos, si el universo fue creado con un *fiat lux*, *ese fiat* tuvo que ser expresado, no en latín, sino en el único lenguaje verdaderamente universal: las matemáticas». Todo esto me suena a metafísica, pero los miembros del público no parecen considerarlo impropio. Hay aplausos.

Después asisto a la recepción, donde se ofrece el refrigerio habitual de la universidad: jerez malo, té cargado, galletas de lata. Los hombres de los números murmuran en pequeños grupos, se estrechan las manos. Entre ellos, me siento excesivamente visible y fuera de lugar.

Localizo a mi hermano.

—Has estado estupendo —le digo.

—Me alegro de que hayas sacado algo en claro —replica irónicamente.

—Bueno, las matemáticas nunca han sido mi punto fuerte —alego. Él me sonrío con benevolencia.

Intercambiamos noticias de nuestros padres, de quienes lo último que sabemos es que estaban en Kenora, rumbo al oeste.

—Supongo que aún seguirán contando las viejas orugas —comenta mi hermano.

Recuerdo cómo acostumbraba vomitar en la cuneta, y su olor a lápices de cedro. Recuerdo nuestra vida en tiendas de campaña y campamentos madereros, los efluvios de la madera cortada y la gasolina y la hierba aplastada y el queso rancio, la forma en que nos escabullíamos en la oscuridad. Recuerdo sus espadas de madera con sangre color naranja, su colección de tebeos. Lo veo agazapado sobre el suelo fangoso, gritando ¡A tierra! ¡Estás muerta! Lo veo bombardeando los platos con tenedores. Todas estas imágenes de la infancia son claras y nítidas y en technicolor: sus pantalones demasiado holgados, su camiseta a rayas, sus enmarañados cabellos decolorados por el sol, su ropa de invierno y su casco de cuero.

Luego hay un vacío y al otro lado reaparece Stephen pero, inexplicablemente, dos años mayor.

—¿Te acuerdas de aquella canción que solías cantar? —le pregunto—. Durante la guerra. A veces la silbabas. *Regresamos con un ala y una plegaria*.

Parece perplejo y frunce un poco el ceño.

—Mentiría si te dijera que sí —contesta.

—Dibujabas muchas explosiones. Te presté mi lápiz rojo porque habías gastado el tuyo.

Me mira, no como si no recordara estas cosas, sino como si le sorprendiera que las recuerde yo.

—Tenías que ser muy pequeña en aquella época —observa.

Me gustaría saber qué representó para él tener una hermana menor pegada a sus faldones. Para mí, Stephen era un hecho de la vida: no hubo jamás un tiempo en que no existiera. Pero para él fue muy distinto. Él había sido único, hasta que irrumpí en su vida, me gustaría saber si se sintió agraviado por mi nacimiento. Puede que me viera como una carga insufrible; no cabe duda de que a veces lo pensaba. Pero, considerándolo todo en conjunto, me aceptó la mar de bien.

—¿Te acuerdas de aquel bote de canicas que enterraste bajo el puente? Nunca quisiste decirme por qué lo habías hecho. —Las mejores, las puris rojas y azules, las chinas y las ojo de gato, ocultas bajo el suelo, fuera del alcance. Probablemente apisonó la tierra y esparció hojas por encima.

—Sí, me parece recordarlo —admite, como si no estuviera del todo dispuesto a dejarse recordar su identidad anterior y juvenil. Me preocupa que se acuerde de algunas de estas cosas pero no de otras, que las cosas que se le han escapado o perdido ahora existan sólo para mí. Si él ha olvidado tanto, ¿qué habré olvidado yo?

—Puede que aún sigan allí —apunto—. Me gustaría saber si las encontró alguien, cuando construyeron el puente nuevo. También enterraste el mapa.

—Es verdad —asiente, esbozando su antigua sonrisa, secreta y enfurecedora. Sigue sin querer decírmelo, y eso me tranquiliza: pese a su cambio de fachada, sus cabellos raleantes y su traje provisional, por debajo es todavía la misma persona.

Una vez se ha marchado hacia su próximo destino, sea cual fuere, pienso en ofrecerle una estrella bautizada con su nombre, como regalo de cumpleaños. Lo he visto en un anuncio: envías el dinero y te mandan un certificado y un mapa estelar donde aparece señalada tu estrella personal. Puede que lo encontrase divertido. Pero no estoy segura de que la palabra «cumpleaños» guarde algún significado para él.

Jon ha renunciado a las formas geométricas que hacen daño a la vista y está pintando cuadros que parecen ilustraciones comerciales: caramelos inmensos, saleros gigantescos, trozos de melocotón en almíbar, platos de cartón rebosantes de patatas fritas. Ya no habla de pureza, sino de la necesidad de utilizar sistemas simbólicos pertenecientes al acervo cultural común para reflejar la banalidad icónica de nuestra época. Creo que podría darle algunos consejos derivados de mi experiencia profesional: sus trozos de melocotón, por ejemplo, podrían ser más brillantes. Pero no se lo digo.

Jon ha ido adquiriendo la costumbre de pintar en mi sala de estar. Poco a poco, ha ido trayendo sus cosas, comenzando por los lienzos y las pinturas. Dice que no puede pintar en su apartamento porque hay demasiada gente, cosa que es cierta: el cuarto delantero está invadido de norteamericanos que huyen del servicio militar, una población nómada que parece componerse exclusivamente de amigos de algún amigo. Para llegar a las paredes, Jon tiene que pasar por encima de ellos, porque se pasan el día echados en sus sacos de dormir, abandonados, fumando hierba y preguntándose qué harán a continuación. Están deprimidos porque Toronto no es Estados Unidos sin guerra, como habían imaginado, sino una especie de limbo en el que han caído accidentalmente y del que no pueden salir. Toronto es un no lugar, y en él nunca pasa nada.

Jon se queda a dormir tres o cuatro noches por semana. No le pregunto qué hace las otras noches.

El piensa que está haciéndome una gran concesión, que se pliega a mis deseos. Y tal vez sí lo deseo. Cuando estoy sola, dejo que se acumulen los platos en el fregadero, permito que se forme un moho de colores sobre los restos de comida, utilizo todas mis bragas antes de lavar ninguna. Pero Jon me convierte en un modelo de pulcritud y eficiencia. Me levanto por la mañana y le preparo café, dispongo dos lugares en la mesa con mi recién adquirida vajilla refractaria, de un blanco deslustrado con motitas de color. Ni siquiera me molesta llevar su ropa sucia a la lavandería automática, junto con la mía.

Jon no está acostumbrado a tener tanta ropa limpia.

—Eres la clase de chica que debería casarse —me dice un día, cuando me presento con un montón de camisas y pantalones plegados. Pienso que puede tratarse de un insulto, pero no estoy segura.

—Pues lávate tú mismo la ropa —replico.

—Oye —protesta—, no te lo tomes así.

Los domingos nos levantamos tarde, hacemos el amor, salimos a pasear cogidos de la mano.

Un día, sin que haya cambiado nada, sin que se haya dicho o hecho nada que lo distinga de los demás, descubro que estoy embarazada. Mi primera reacción es de incredulidad. Cuento y vuelvo a contar, espero un día más, y luego otro, y escucho en el interior de mi cuerpo como si esperase oír pasos. Finalmente, me dirijo furtivamente a la farmacia llevando una botella de pipí, sintiéndome como una delincuente. Las mujeres casadas van a ver a su médico. Las solteras hacen lo que yo.

El hombre de la farmacia me comunica que el resultado es positivo. «Felicidades», añade, con irónica desaprobación. Me ha calado a la primera.

No me atrevo a decírselo a Jon. Pretenderá que vaya a hacérmelo quitar, como si fuese una muela. O querrá que me siente en la bañera mientras él la llena de agua hirviendo; querrá que beba ginebra. O se esfumará. Cuántas veces le he oído decir que los artistas no pueden vivir como el resto de la gente, atados a una familia exigente y a onerosas posesiones materiales.

Repaso todos los métodos de que he oído hablar: ginebra en abundancia, agujas de hacer punto, perchas de alambre... Pero ¿qué hay que hacer con ellas? Pienso en Susie y en sus alas de sangre roja. No sé qué hizo exactamente, pero yo no lo haré. Estoy demasiado asustada. Me niego a acabar como ella.

Vuelvo a mi apartamento, me tiendo en el suelo. Mi cuerpo está entumecido, inerte, sin sensación. Apenas puedo moverme, apenas puedo respirar. Tengo la impresión de hallarme en el centro de la nada, de un recuadro negro que está totalmente vacío; tengo la impresión de estar explotando lentamente hacia fuera, en la fría y ardiente vacuidad del espacio.

Cuando despierto, es plena noche. No sé dónde estoy. Pienso que he vuelto a mi antigua habitación en casa de mis padres, que estoy tendida en el suelo porque me he caído de la cama, como solía sucederme cuando teníamos aquellos camastros del ejército. Pero sé que la casa ha sido vendida, que mis padres ya no viven allí. En cierto sentido, he quedado olvidada, abandonada.

Esto es sólo el final de un sueño. Me levanto, enciendo la luz, caliento un poco de leche; temblando de frío, tomo asiento ante la mesa de la cocina.

Hasta aquí sólo había pintado cosas que existieran realmente, ante mis propios ojos. Ahora empiezo a pintar cosas que no están ante mí.

Pinto una tostadora plateada, de las antiguas, con mandos y puertecitas. Una de las puertas está un poco abierta, de modo que se puede ver la rejilla al rojo vivo. Pinto una cafetera de vidrio, con burbujas de hervor en el agua transparente; ha caído una gota de café, que comienza a extenderse.

Pinto una lavadora con escurridor. La lavadora es un cilindro achaparrado de esmalte blanco. El escurridor, en cambio, es de un inquietante rosa carne.

Sé que estos objetos deben de ser recuerdos, pero no poseen la cualidad de los recuerdos. Sus bordes no están difuminados sino nítidos y bien marcados. Se

presentan desprovistos de contexto; están ahí, sencillamente, aislados, tal como está ahí un objeto visto fugazmente por la calle.

No tengo ninguna imagen de mí misma en relación con ellos. Están imbuidos de ansiedad, pero esta ansiedad no es mía. Pertenece a las cosas mismas.

Pinto tres sofás. Uno de ellos es de *cbintz*, de un rosa sucio; otro es de terciopelo marrón, con tapetitos bordados. El del centro es verde manzana. Sobre el cojín del centro hay una huevera, de un tamaño cinco veces mayor que el natural, que contiene una cáscara de huevo rota.

Pinto un jarrón de vidrio con un ramillete de flores de beleño que se alza sobre él como una humareda, como la oscuridad que surge de la botella del genio. Los tallos están torcidos y entrelazados, las ramitas atestadas de bayas y flores. Ocultos en la tupida maraña de hojas brillantes, apenas visibles, están los ojos de los gatos.

De día voy a trabajar, vuelvo, hablo y como. Jon viene al apartamento, come, duerme y se va. Lo observo desapasionadamente; él no se da cuenta de nada. Todos los gestos que hago están empapados de irrealidad. Cuando nadie me ve, me muerdo los dedos. Necesito sentir un dolor físico que me ate a la vida cotidiana. Mi cuerpo es una entidad independiente. Funciona como un reloj; en su interior hay tiempo. Me ha traicionado, y estoy asqueada de él.

Pinto a la señora Smeath. Emerge a la superficie sin previo aviso, como un pescado muerto, y se materializa sobre el sofá que estoy dibujando: primero sus piernas blancuzcas y cubiertas de un vello ralo, luego su gruesa cintura y su cara de patata, los ojos enmarcados en su montura de acero. La manta de estambre está plegada sobre sus muslos, la planta de goma se yergue a sus espaldas como un abanico. Su cabeza está cubierta por aquel sombrero de fieltro, parecido a un paquete mal envuelto, que se ponía todos los domingos.

Me mira desde la plana superficie de pintura, ahora tridimensional, y me dirige su media sonrisa reservada, relamida y acusadora. Lo que me haya pasado es únicamente culpa mía, culpa de lo que anda mal en mí.

La señora Smeath sabe de qué se trata. Y no piensa decirlo.

Un retrato de la señora Smeath conduce a otro. Se multiplica en las paredes como un cultivo de bacterias, de pie, sentada, volando, con ropa, sin ropa, y me sigue con sus múltiples ojos, como esas postales tridimensionales de Jesús que se encuentran en las tiendas de barrio más tiradas. A veces las pongo de cara a la pared.

Voy por la calle empujando la sillita de Sarah, esquivando los montones de nieve a medio derretir. Aunque ya ha cumplido dos años, aún no puede andar lo bastante deprisa, con sus bolitas de plástico rojo, para mantenerse a mi altura cuando vamos de compras. Además, de esta manera puedo colgar las bolsas de comestibles en la empuñadura de la sillita o dejarlas junto a la niña. He aprendido muchos trucos de este tipo que antes no necesitaba conocer, todos relacionados con objetos y accesorios y la redistribución del espacio.

Ahora vivimos los tres en un lugar más espacioso: los dos pisos superiores de una casa semiadosada de ladrillo rojo, con un desvencijado porche de columnas de madera cuadradas, en una calle lateral al oeste de Bloor. Por aquí hay muchos italianos. Las mujeres de edad, las casadas y las viudas, visten de negro y no usan maquillaje, lo mismo que yo en otro tiempo. Cuando me hallaba en los últimos meses del embarazo, me sonreían como si fuera casi una de ellas. Ahora sonríen primero a Sarah.

Ahora llevo minifaldas de colores primarios, con leotardos y botas, y encima un abrigo que me llega a los tobillos. No estoy del todo satisfecha con este atuendo. Resulta difícil sentarse. Además, desde que tuve a Sarah he ganado algo de peso. Estas faldas y blusas tan ajustadas fueron diseñadas para mujeres mucho más escuálidas que yo, y hoy en día parece que hay docenas, cientos de ellas: chicas con cara de comadreja y cabellos largos que cuelgan hasta el punto en que deberían estar sus posaderas, de pecho liso como una tabla, que hacen que me sienta gorda por comparación.

Con ellas ha aparecido un nuevo vocabulario. *Demasiado para el cuerpo*, dicen. *Cósmico*. *Un alucine para la mente*. *Un pureta*. *Pasa de todo*. Me veo demasiado vieja para estas palabras; son para los jóvenes, y yo ya no soy joven. He descubierto una cana detrás de mi oreja izquierda. Dentro de un par de años cumpliré los treinta. Cuesta abajo.

Empujo la sillita de Sarah por el camino, desabrocho las correas, la dejo al pie de los escalones del porche, descuelgo las bolsas de la compra, pliego la sillita. Subo, con Sarah de la mano, los peldaños de la entrada: esta escalera a veces está resbaladiza. Regreso a por las bolsas y la sillita de ruedas, las subo hasta la puerta, hurgo en el bolso en busca de la llave, abro la puerta, entro a Sarah en brazos, entro las bolsas y la sillita, cierro la puerta con llave. Llevo a Sarah de la mano por la escalera interior, abro la puerta interior, la dejo en casa, cierro la verja para niños, bajo a por las bolsas, las subo, abro la verja, entro, cierro la verja, paso a la cocina, deposito las bolsas sobre la mesa y empiezo a vaciarlas: huevos, papel higiénico, queso, manzanas, zanahorias, salchichas de frankfurt y panecillos. Me preocupa

pensar que quizás estoy sirviendo demasiadas salchichas de frankfurt. Cuando yo era pequeña, era una comida de día de fiesta, y decían que te sentaba mal. Hasta podías coger la polio por su culpa.

Sarah tiene hambre, así que dejo de vaciar las bolsas para darle un vaso de leche. La quiero con ferocidad, y a menudo me saca de mis casillas.

Durante el primer año, estuve todo el tiempo cansada, y atontada por las hormonas. Pero ya se acaba. Empiezo a mirar a mi alrededor.

Entra Jon, levanta a Sarah en vilo, le da un beso, le hace cosquillas en la cara con la barba, se la lleva a la sala entre chillidos «Escondámonos de mamá», dice. Tiene una forma de atraerla hacia su lado, en fingida conspiración contra mí, que me molesta más de lo que debería. Además, tampoco me gusta que me llame mamá. Yo no soy su mamá, sólo de la niña. Pero él también la quiere. Esto fue una sorpresa, y aún no he dejado de sentirme agradecida por ello. Todavía no veo a Sarah como un regalo que yo le he hecho a Jon, sino como uno que él me ha permitido recibir. Fue por la niña por lo que nos casamos en el ayuntamiento, por la más antigua de las razones. Una razón a punto de caer en desuso. Pero entonces no lo sabíamos.

Jon, que es un luterano descreído procedente de Niágara Falls, propuso que fuéramos allí en viaje de luna de miel. Al pronunciar la expresión «luna de miel» se atragantó. Lo veía como una especie de broma, una horterada a sabiendas, como una pintura de una botella gigante de Coca-Cola. «Verás imágenes asombrosas», me dijo. Quería llevarme a ver el museo de figuras de cera, el reloj de flores, la *Doncella de la niebla*. Quería que comprásemos camisas de satén con nuestros nombres bordados en el bolsillo y NIÁGARA FALLS en la espalda. Pero yo me sentí silenciosamente ofendida por este concepto de nuestro matrimonio. Ignoraba en qué nos estábamos metiendo, a medida que se iban sucediendo las semanas y mi cuerpo se hinchaba como un lento globo de carne, pero sabía que, fuera lo que fuese, no era ninguna broma. Así que al final no fuimos.

En cuanto nos casamos me sumí en una indolencia voluptuosa. Mi cuerpo era como un lecho de plumas, cálido, sin huesos, sumamente confortable, en el que yacía como en un capullo. Tal vez fuese el embarazo, que absorbía mi adrenalina. O tal vez fuese el alivio. Por entonces, Jon resplandecía para mí como una ciruela bajo el sol, con un color intenso, una forma perfecta. Me acostaba a su lado en la cama o me sentaba a la mesa de la cocina y lo acariciaba con los ojos como si fueran manos. Mi adoración era física y sin palabras. Pensaba «Ah», y nada más. Como una exhalación de aire. O bien pensaba, como una niña, «Es mío». Sabiendo que no era cierto. «Sigue siempre así», pensaba. Pero no podía ser.

Jon y yo hemos empezado a reñir. Nuestras riñas son secretas y tienen lugar de noche, cuando Sarah está durmiendo: nos gritamos en voz baja. No queremos que

sepa de nuestros altercados, porque si a nosotros nos asustan —que lo hacen—, ¿cuánto más no la asustarían a ella?

Creíamos estar escapando de los adultos y ahora los adultos somos nosotros: éste es el quid de la cuestión. Ninguno de los dos quiere asumir la carga, no por completo. Competimos, por ejemplo, sobre cuál de los dos se halla en peor estado. Si yo tengo dolor de cabeza, él tiene una migraña. Si a él le duele la espalda, a mí me vuelve loca el cuello. Ninguno de los dos quiere hacerse cargo de las tiritas. Luchamos por nuestro derecho a seguir siendo niños.

Al principio no gano nunca estas peleas, a causa del amor. O eso me digo. Si las ganara, el orden del mundo se trastocaría, y no estoy preparada para eso. Así que las pierdo, y aprendo a dominar diferentes artes. Me encojo de hombros, aprieto los labios en un gesto silencioso de censura, le vuelvo la espalda en la cama, dejo sus preguntas sin contestar. Le digo «Haz lo que te dé la gana», provocando en él una hosca furia. No quiere una mera capitulación, sino admiración y entusiasmo, hacia él y sus ideas, y cuando no lo obtiene se siente estafado.

Jon ha conseguido un empleo de media jornada como supervisor en una cooperativa de artes gráficas. Yo también trabajo media jornada. Entre los dos, nos las arreglamos para pagar el alquiler.

Jon ya no pinta sobre lienzos, ni sobre nada plano. En realidad, ya no pinta. Ahora, a las superficies lisas cubiertas de pintura las llama «arte de pared». No existe ningún motivo para que el arte esté en la pared, no existe motivo para que tenga un marco alrededor ni pintura por encima. Lo que hace ahora son construcciones, a base de cosas que recoge de los basureros o se encuentra en cualquier parte. Hace cajas de madera con compartimentos, cada uno de los cuales contiene un artículo distinto: *tres panties* de señora de una talla exagerada y colores fluorescentes, una mano de yeso con largas uñas artificiales, un irrigador para administrar lavativas, un bisoñé. Ha hecho una zapatilla de alcoba motorizada, que corre de un lado a otro por sí sola, y una familia de diafragmas con boca y ojos de monstruo de película, y patas saltarinas en la parte inferior, que botan sobre la mesa como otras tantas ostras afectadas por la radiación. Ha decorado el cuarto de baño en rojo y naranja, con sirenitas moradas nadando en las paredes, y ha conectado la tapa del retrete para que suene «Jingle Bells» cuando se la levanta. Todo esto es en beneficio de Sarah. Además, le fabrica juguetes y, cuando está trabajando, la deja jugar con pedacitos de madera y retazos de tela sobrantes y algunas de las herramientas menos peligrosas.

Eso cuando él para en casa. Que no es lo más frecuente, ni mucho menos.

Después del nacimiento de Sarah estuve un año entero sin pintar nada. En aquella época trabajaba en casa, como *free lance*, y los contados encargos que aceptaba para portadas de libros ya representaban un esfuerzo considerable. Me sentía trabada, como si estuviera nadando con toda la ropa puesta. Ahora que dedico medio día al trabajo, la cosa va mejor.



También he hecho algo de lo que llamo mi obra personal, pero de un modo incierto: mis manos están faltas de práctica; mis ojos, desacostumbrados. Casi todo lo que hago son dibujos, porque la preparación de la superficie, el laborioso pintado de los fondos y la meticulosa concentración del temple al huevo son demasiado para mí. He perdido la confianza: quizá todo lo que llegaré a ser es lo que soy ahora.

Estoy sentada sobre una silla plegable de madera, en un escenario. El telón está levantado y puedo ver el teatro, que es pequeño, desvencijado y vacío. En el escenario están los decorados, aún no desmontados, de una obra que ha dejado de representarse. El decorado es de ambientación futurista y contiene muy pocos muebles, pero abundantes columnas cilíndricas de color negro y unos cuantos tramos de escaleras de austero diseño.

Repartidas en torno a las columnas sobre otras sillas de madera, y sentadas aquí y allá en las escalera hay diecisiete mujeres. Todas ellas son artistas, o algo parecido. Hay varias actrices, dos bailarinas y tres pintoras, sin contarme a mí. Hay una redactora de revista y una editora de la misma editorial para la que yo trabajo. Una mujer es locutora de radio (programas de música clásica), otra hace espectáculos de marionetas para niños, otra es payaso profesional. Una es diseñadora de decorados teatrales, lo cual explica que nos encontremos aquí: ella nos consiguió este lugar para reunirnos. El motivo de que sepa todo esto es que tuvimos que decir nuestros nombres, una tras otra, y explicar a qué nos dedicamos. No para ganarnos la vida: ganarse la vida es otra cosa, sobre todo para las actrices. Y también para mí.

Estamos celebrando una reunión. No es la primera vez que asisto a una reunión como ésta, pero aún siguen produciéndome asombro. Para empezar, sólo hay mujeres. Eso ya resulta insólito de por sí, y desprende una atmósfera de secreto y una especie de indecencia inconcreta y atractiva: la última vez que había participado en una reunión sólo para mujeres fue en la clase de sanidad de la escuela secundaria, donde las chicas eran segregadas de los chicos para que les pudieran hablar de la regla. No es que se utilizara esta palabra. La expresión oficial y aceptada era «esos días». Nos explicaron que los tampones, aun sin ser recomendables para las jovencitas —lo que todas sabíamos se refería a las vírgenes—, no podían perderse dentro del cuerpo y acabar atascados en un pulmón. Hubo una gran profusión de risitas nerviosas y, cuando la maestra delectó «sangre» —«s-a-n-g-r-e»—, una chica se desmayó.

Hoy no hay risitas ni desmayos. Esta reunión es para tratar sobre la ira.

Se dicen cosas en las que nunca había pensado conscientemente. Se destruyen cosas. ¿Por qué, por ejemplo, nos depilamos las piernas? ¿Por qué nos pintamos los labios? ¿Por qué nos engalanamos con prendas insinuantes? ¿Por qué alteramos nuestra forma? ¿Qué hay de malo en ser como somos?

La que formula todas estas preguntas es Jody, una de las otras pintoras. Ella no se engalana ni altera su forma. Lleva botas de trabajo y un mono a rayas, del que alza

una pernera para mostrarnos la pierna auténtica que hay debajo, una pierna desafiante y resplandecientemente peluda. Pienso en mis cobardes piernas desnudas y tengo la sensación de que me han lavado el cerebro, porque me sé incapaz de llegar hasta el final. Mi límite está en las axilas.

Lo que hay de malo en ser como somos son los hombres.

Se dicen muchas cosas de los hombres. Por ejemplo, dos de estas mujeres han sido violadas, A una le han dado una paliza. Otras han sido discriminadas en el trabajo, dejadas de lado o relegadas; o bien su arte ha sido motivo de burlas, desechado por excesivamente femenino. Otras han empezado a comparar sus sueldos con los de los hombres, y han descubierto que los suyos son más bajos.

No dudo que todas estas cosas sean ciertas. Existen los violadores, y los que abusan de las niñas y estrangulan chicas. Existen en las sombras, como esos hombres siniestros que acechan en los barrancos, y que yo nunca he visto. Son violentos, hacen guerras, cometen asesinatos. Trabajan menos y ganan más. Se desentienden de las labores domésticas a costa de las mujeres.

Son insensibles y rehúsan afrontar sus propias emociones. Son fáciles de engañar, y además lo desean: por ejemplo, bastan unos cuantos jadeos y contorsiones para hacerles creer que son unos superhombres sexuales. Esta observación provoca risitas de asentimiento. Me pregunto si no habré fingido algún orgasmo sin darme cuenta.

Pero en esta presentación de testimonios contra los hombres me hallo en terreno resbaladizo, puesto que convivo con uno de ellos. Las mujeres como yo, que tienen marido e hijo, han sido descritas, un tanto desdeñosamente, como «nucleares», por lo de la «familia nuclear». De repente, estar a favor de tener hijos se ha convertido en algo vergonzoso. Hay otras nucleares en el grupo, pero están en minoría y no dicen nada en su defensa. Resulta más digno ser mujer y tener un hijo, pero no un hombre. Así has pagado tus deudas. Si permaneces junto al hombre, todos los problemas que puedas tener serán por tu propia culpa.

Nada de esto se dice explícitamente.

Estas reuniones deberían hacer que me sintiera más poderosa, y en cierto modo así es. La furia puede mover montañas. Además, siempre me sorprenden: es pasmoso y excitante oír todas estas cosas en labios de otras mujeres. Empiezo a sospechar que algunas mujeres a las que tenía por necias o estúpidas quizá no fueran más que personas ocultas, lo mismo que yo.

Pero estas reuniones también me ponen nerviosa, y no entiendo por qué. No hablo mucho, me siento torpe e insegura, porque cualquier cosa que diga puede resultar equivocada. No he sufrido lo bastante, no he pagado mis deudas, no tengo derecho a hablar. Tengo la sensación de hallarme ante una puerta cerrada, tras la cual se están tomando decisiones y emitiendo juicios negativos acerca de mí. Al mismo tiempo, deseo agradar.

La fraternidad entre mujeres es un concepto difícil para mí, me justifico, porque nunca he tenido una hermana. La fraternidad con los hombres es otra cosa.

Trabajo de noche, cuando Sarah duerme, o a primera hora de la mañana. En estos momentos estoy pintando la Virgen María. La pinto de azul, con el acostumbrado velo blanco, pero con cabeza de leona. Un Cristo en forma de cachorro descansa en su regazo. Si Cristo es un león, como suele representarlo la iconografía tradicional, ¿por qué la Virgen María no ha de poder ser una leona? Por otra parte, me parece un tratamiento de la maternidad más apropiado que esas exangües vírgenes de agua-y-leche de la historia del arte. Mi Virgen María es fiera, atenta al peligro, salvaje. Con sus ojos amarillos de leona, mira serenamente al espectador. A sus pies yace un hueso roído.

Pinto a la Virgen María descendiendo a la tierra, que está cubierta de nieve a medio derretir. Lleva un abrigo de invierno sobre su túnica azul, y un bolso colgado del hombro. Lleva también dos bolsas de papel marrón llenas de provisiones. De estas bolsas han caído varias cosas: un huevo, una cebolla, una manzana. Se la ve cansada.

*Nuestra Señora del Perpetuo Socorro*, la llamo.

A Jon no le gusta que pinte de noche. «¿Y cuándo voy a hacerlo, si no?», replico. «Dímelo tú». Sólo cabe una respuesta, es decir, una respuesta que no conlleve la pérdida de su propio tiempo: *No pintes*. Pero eso él no lo dice.

No dice qué opina de mis pinturas, pero igualmente lo sé. Opina que carecen de importancia. Para él, lo que yo pinto se aglomera con las mujeres que pintan flores. Aglomerarse es la palabra. El presente no cesa de avanzar, desechando un concepto tras otro, y yo voy navegando a la deriva, jugueteando con el temple al huevo y las superficies planas, como si el siglo xx no hubiera existido nunca.

Hay libertad en ello, pues, no importa lo que haga, puedo hacer lo que quiera.

Hemos empezado a dar portazos y a tirarnos cosas. Yo le tiro el bolso, un cenicero, una bolsa de galletas de chocolate que se rompe con el impacto. Nos pasamos días y días recogiendo galletas de chocolate. Jon me tira un vaso de leche, la leche, no el vaso: al contrario que yo, él conoce sus propias fuerzas. Me tira una caja de Cheerios sin abrir.

Las cosas que tiro yo fallan, aunque son peores. Las que tira él aciertan, pero son inofensivas.

Empiezo a ver cómo se cruza la raya entre el histrionismo y el asesinato.

Jon rompe cosas y luego pega los fragmentos siguiendo las líneas de ruptura. No se me escapa el atractivo.

Jon está en la sala, tomándose una cerveza con uno de los pintores. Yo estoy en la cocina, haciendo entrechocar los cacharros.

—¿Qué le pasa? —pregunta el pintor.

—Está enfadada porque es una mujer —responde Jon. Esto es algo que no había oído desde hace años, desde la escuela secundaria. En otro tiempo era una frase vergonzante, y demoledora si algún chico te la aplicaba. Implicaba cierta anomalía, cierta deformidad, problemas sexuales.

Asumo la cabeza bajo el dintel de la sala.

—No estoy enfadada porque soy una mujer —protesto—. Estoy enfadada porque eres un gilipollas.

Unas cuantas de las que asistimos a las reuniones estamos organizando una exposición colectiva, de mujeres solo. Es un asunto peliagudo, y todas lo sabemos. Jody dice que el *establishment* del arte masculino puede darnos un varapalo. Su teoría actual es que el arte verdaderamente grande trasciende el género. La teoría de Jody es que, hasta ahora, el arte ha sido más que nada un montón de hombres admirando a otros hombres. Una mujer artista sólo puede llegar a ser admirada por ellos como una especie de fenómeno marginal, una excepción que se aparta de lo común. «Prodigios sin tetas», dice Jody.

También las mujeres pueden darnos un varapalo, por hacernos notar, por llamar la atención. Podrían acusarnos de elitistas. Hay muchos riesgos latentes. Somos cuatro en la exposición. Carolyn, que tiene una angelical cara de luna enmarcada en un peinado de estilo holandés con flequillo moreno, se autodenomina una artista del tejido. Algunas de sus obras son centones de diseño imaginativo. Una de ellas está hecha con condones rellenos de tampones (sin usar) adheridos de manera que forman letras, componiendo la pregunta ¿QUÉ ES EL AMOR? Otra es a base de flores, con un mensaje en aplicación:

UP YOUR  
MAN  
IFESTO!<sup>[2]</sup>

Además, tiene tapices murales hechos con papel higiénico retorcido en forma de cuerda, trenzado y entretejido con rollos de anticuadas películas de chicas, de esas que antes se llamaban «películas artísticas». «Pornografía usada», comenta ella alegremente. «¿Por qué no reciclarla, eh?».

Jody utiliza maniqués descuartizados, todos femeninos, cuyas piezas vuelve a pegar en posturas inquietantes. Les aplica pintura y *collages* y viruta de acero adherida con cola en los lugares adecuados. Uno de estos maniqués cuelga de un gancho para carne, clavado en el plexo solar; otro tiene toda la cara pintada con árboles y flores como un minucioso tatuaje, con una delicadeza que jamás habría imaginado en Jody. Otro lleva adheridas sobre el estómago las cabezas de seis o siete muñecas viejas. Reconozco algunas de ellas: una Sparkle Plenty, una Betsy Wetsy, una Barbara Ann Scott.

Zillah es rubia y escuálida, como las frágiles «chicas de las flores» de hace unos cuantos años. Llama a sus obras *pelusajes*. Las hace con las masas de borra, parecidas al fieltro, que se acumulan en los filtros de las secadoras y pueden desprenderse en

láminas. Yo misma he admirado estas masas de pelusa mientras las echaba al cesto de la basura: su textura, sus tonos suaves. Zillah ha comprado toallas de diversos colores y las ha pasado varias veces por la secadora para obtener matices de rosa, de verdegris, de blanco mate, así como del habitual gris «de debajo de la alfombra». Luego recorta las láminas de borrar, les da forma, las pega cuidadosamente sobre un soporte para elaborar composiciones en múltiples niveles que parecen paisajes de nubes.

Estas obras me fascinan, y me gustaría que se me hubiera ocurrido a mí la idea. «Es como hacer un *soufflé* —explica Zillah—. Un soplo de aire frío y se va todo a la mierda».

Jody, que está más al mando que nadie, ha revisado mis pinturas y elegido las que se expondrán. Ha cogido algunas de las naturalezas muertas: *Escurridor*, *Tostadora*, *Beleño negro* y *Tres brujas*. *Tres brujas* es el de los tres sofás distintos.

Aparte de las naturalezas muertas, lo que expongo es casi todo figurativo, aunque también hay un par de construcciones hechas con pajitas para beber y macarrones sin cocer, y una titulada *Papel de plata*. Yo no quería incluirlas, pero a Jody le gustaron. «Materiales domésticos», comentó.

Los cuadros de la Virgen María forman parte de la exposición, y también todos los de la señora Smeath. A mí me parecía que eran demasiadas señoras Smeath, pero Jody insistió en exponerlas. «Es justo lo contrario de las modelos de revista —dijo—. ¿Por qué las mujeres siempre han de ser jóvenes y bonitas? Es bueno que el cuerpo envejecido de la mujer se nos muestre con mirada compasiva, para variar». Esto mismo, sólo que con palabras más altisonantes, es lo que ha escrito para el catálogo.

La exposición se celebra en un pequeño supermercado difunto, en el extremo oeste de Bloor Street. Dentro de poco inaugurarán allí un paraíso de la hamburguesa, pero de momento el lugar está vacío, y una de las mujeres que conoce a un primo de la esposa del promotor que es dueño del local ha conseguido convencerlo para que nos permita utilizarlo durante dos semanas. Le explicó que los más célebres duques del Renacimiento eran renombrados por sus aficiones estéticas y su patrocinio de las artes, y al parecer esta idea le resultó atractiva. El dueño ignora que se trata de una exposición exclusivamente de mujeres; sólo le hablaron de un grupo de artistas. Dice que por él no hay ningún problema, siempre que no le ensuciemos el local. —¿Qué entiende él por ensuciar?— pregunta Carolyn, mientras paseamos la vista en torno. Y tiene razón, esto ya está bastante mugriento. Los mostradores y anaqueles de los productos han sido desmontados; hay zonas en que el recubrimiento de falsas baldosas de linóleo ha sido arrancado, dejando al descubierto los anchos tablones del suelo; bombillas desnudas se bambolean en jaulas de alambre, pero sólo algunas funcionan. Los mostradores de las cajas, empero, aún siguen en su lugar, y quedan unos cuantos letreros maltrechos que cuelgan de las paredes: OFERTA 3/95 c. RECIÉN LLEGADA DE CALIFORNIA. LA CARNE QUE A USTED LE GUSTA.

—Podemos convertir este espacio en una baza a nuestro favor —dice Jody, paseándose de un lado a otro con las manos en los bolsillos del mono.

—¿Cómo? —Quiere saber Zillah.

—Para algo me ha de servir haber aprendido judo —responde Jody—. Hay que dejar que el propio impulso del adversario le haga perder el equilibrio.

En la práctica, esto significa que Jody se apropia del letrero: LA CARNE QUE A USTED LE GUSTA, y lo incluye en una de sus construcciones, un descuartizamiento especialmente violento en el que el maniquí, una mujer vestida únicamente con cuerdas y correas, ha acabado con la cabeza arrancada sujeta bajo el brazo.

—Si fueras un hombre, esto te costaría caro —comenta Carolyn.

Jody sonríe dulcemente.

—Pero no lo soy.

Trabajamos tres días enteros, arreglando y volviendo a arreglar. Una vez situadas las piezas en sus respectivos lugares, hay que montar las mesas de caballetes que hemos alquilado para el servicio de bar, hay que comprar la *priva* y el *papeo*. «Priva» y «papeo» son palabras de Jody. Compramos vino canadiense en garrafas de cinco litros, vasos de plástico para servirlo, galletas saladas y patatas fritas, pedazos de queso Cheddar envueltos en celofán, galletitas Ritz. Es lo que nos permite nuestra economía, pero también está la regla no escrita de que toda la comida debe ser decididamente plebeya.

Nuestro catálogo se compone de un par de hojas ciclostiladas cosidas con una grapa por la esquina superior. En teoría este catálogo responde a un esfuerzo colectivo, pero en realidad ha sido Jody quien lo ha escrito casi todo, porque a ella se le da mejor. Carolyn hace una pancarta con sábanas teñidas de forma que parece que alguien se haya desangrado sobre ellas, y la colgamos sobre la entrada:

#### F (OUR) FOR ALL

—¿Qué quiere decir eso? —pregunta Jon, que se ha dejado caer por allí, se supone que para recogerme, pero en realidad para ver de qué va la cosa. Mis manejos con estas mujeres despiertan su suspicacia, pero nunca se rebajará hasta el extremo de reconocerlo. Aunque, cuando se refiere a ellas, las llama siempre «las chicas».

—Es un juego de palabras: así significa a la vez «gratis para todos» y «cuatro para todos» —le explico, aunque sé que ya lo sabe—. Y, además, «encapsula» la palabra *our*. —«Encapsular» es otra de las palabras de Jody.

Jon no hace ningún comentario.

Es la pancarta lo que atrae a la prensa: este tipo de cosas es una novedad, es un acontecimiento, y promete ser polémica. Antes de la inauguración, un periódico envía

a un periodista que, en son de broma, nos provoca mientras nos toma fotografías:

—Venga, chicas, quemad unos cuantos sostenes para la prensa.

—Cerdo —masculla Carolyn.

—Tranquila —dice Jody—. Les encantaría vernos perder los estribos.

El día de la inauguración llego temprano a la galería. Me paseo por la exposición, recorro los antiguos pasillos del supermercado, paso ante los mostradores de salida donde las esculturas de Jody posan como modelos en una pista de aterrizaje, me acerco a la pared desde la cual las colchas de Carolyn gritan su desafío. Es una obra poderosa, pienso. Más poderosa que la mía. Incluso las delicadas construcciones de Zillah me parecen dotadas de confianza y sutileza, de una seguridad que mis pinturas no poseen: en este contexto, mis cuadros resultan demasiado bien acabados, demasiado decorativos, meramente bonitos.

Me he desviado del rumbo, no he conseguido emitir una declaración. Soy periférica.

Bebo un poco de vino malo y luego un poco más, y me encuentro mejor, aunque sé que luego me encontraré peor. Este mejunje sabe como un producto para ablandar la carne del asado.

Estoy de pie junto a la pared, al lado de la puerta, colgada de mi vaso de plástico. Estoy aquí porque es la salida. También es la entrada: llega gente, y luego más gente.

Muchos de los que llegan, casi todos, son mujeres. Las hay de todas las clases. Llevan el pelo largo, faldas largas, tejanos y monos de trabajo, pendientes, gorras como las de los obreros de la construcción, chales color lavanda. Algunas de ellas también son pintoras; otras sólo lo parecen. Carolyn y Jody y Zillah han llegado ya y hay intercambios de saludos, apretones en el brazo, besos en las mejillas, grititos de placer. Todas parecen tener más amigas que yo, más amigas íntimas. Nunca se me había ocurrido reflexionar sobre esta ausencia; siempre había supuesto que las demás mujeres eran como yo. Y lo eran, en otro tiempo. Ahora ya no.

Está Cordelia, naturalmente. Pero hace años que no la veo.

Jon aún no ha llegado, aunque dijo que vendría. Incluso hemos buscado un canguro para que pudiera venir. Se me ocurre que podría flirtear con alguien, con alguien inadecuado, sólo para ver qué sucede; sin embargo, no hay muchas posibilidades, porque no hay muchos hombres. Me abro paso entre la muchedumbre con otro vaso de plástico lleno del horrible brebaje rojo, tratando de no sentirme marginada.

Justo a mis espaldas, suena una voz de mujer:

—Bueno, no cabe duda de que son diferentes.

Es la más depurada expresión de condena de las matronas de clase media de Toronto, la desaprobación definitiva. Es lo mismo que dicen de los barrios pobres. En este caso, lo que en realidad significa es que ninguna de nuestras obras quedaría bien



sobre el sofá de la sala. Me vuelvo a mirarla: un traje chaqueta gris bien cortado, perlas, un pañuelo refinado, zapatos de gamuza de los caros. Está convencida de su propia legitimidad, de su derecho a pronunciarse: yo y las de mi especie estamos aquí por tolerancia.

—Elaine, me gustaría presentarte a mi madre —dice Jody. La idea de que esta mujer sea la madre de Jody me deja sin aliento—. Mamá, Elaine es la autora del cuadro de las flores. El que te ha gustado, ¿recuerdas?

*Se refiere a Beleño negro.*

—¡Ah, sí! —exclama la madre de Jody, con una cordial sonrisa—. Tenéis todas mucho talento. Es verdad que me ha gustado tu cuadro, los colores son preciosos. Pero ¿por qué le has puesto todos esos ojos?

Su comentario es tan parecido al que hubiera hecho mi propia madre que me siento invadida de añoranza. Desearía que mi madre estuviera aquí. La mayor parte de las obras no le gustarían, sobre todo los maniqués descuartizados; no entendería nada en absoluto. Pero sonreiría y encontraría algunas palabras amables que decir. Hasta hace muy poco, me habría burlado de este talento suyo. Ahora lo necesito.

Me sirvo otro vaso de vino y una galletita Ritz con un pedazo de queso encima, y escruto la multitud en busca de Jon, en busca de quien sea. Lo que veo, por encima de las cabezas, es la señora Smeath.

La señora Smeath me vigila. Está tendida en el sofá, cubierta con su sombrero de domingo que se parece a un turbante, envuelta en la manta de estambre. Esta pintura la he titulado *Torontodalisca: homenaje a Ingres*, a causa de la pose y de la planta de caucho que se ve a sus espaldas, en forma de abanico. Está sentada ante un espejo, mientras la mitad de su cara se deshace como la del malo de una historieta de terror que leí de pequeña; ésta se titula *Lepra*. Está de pie ante la pila de la cocina, con el maligno cuchillo de mondar en una mano y una patata medio pelada en la otra. Ésta se titula *Ojo-por-ojo*.

Justo al lado está *Regalo blanco*, que se compone de cuatro paneles. En el primero, la señora Smeath aparece envuelta en papel higiénico blanco, como una lata de *Spam* o una momia, enseñando únicamente la cabeza, que luce su habitual sonrisita cerrada. En los tres siguientes, se va descubriendo paso a paso: con su vestido estampado y su delantal de peto; con su prenda de base color carne, sacada de la contraportada del catálogo Eaton's —aunque no creo que tuviera ninguna prenda semejante— y, finalmente, con sus deformes bragas de algodón y su pecho único y descomunal seccionado para que se le vea el corazón. Este corazón es el de una tortuga moribunda: reptilesco, enfermo, de un rojo muy oscuro. Al pie de este panel, se lee en letras estarcidas: EL-REINO-DE-DIOS-ESTÁ-DENTRO-DE-TI.

Sigue siendo un misterio para mí por qué la odio tanto.

Aparto los ojos de la señora Smeath y veo otra señora Smeath, sólo que ésta se mueve. Acaba de cruzar la puerta y se dirige hacia mí. Tiene la misma edad que entonces. Es como si hubiera descendido de la pared, de las paredes: la misma cara

redonda de patata cruda, la misma complexión voluminosa y de huesos grandes, las gafas destellantes, el moño sujeto con horquillas. Se me contraen las tripas de miedo; luego, se impone ese odio rancio, inflamado en un instante.

Pero, por supuesto, no puede tratarse de la señora Smeath, que ahora debe de ser mucho mayor. Y no es ella. El moño ha sido una ilusión óptica, no es más que una cabellera gris bastante recortada. Se trata de Grace Smeath, tan adusta y virtuosa como siempre, ataviada con ropas sin forma ni edad, de un color pardo grisáceo; no lleva anillos ni luce adorno alguno. Por su manera de acechar, rígida y estremecida, los labios apretados, las pecas abultadas sobre su blancuzca piel como otras tantas picaduras de insectos, me doy cuenta de que mi débil sonrisa nunca logrará desviar este encuentro hacia una charla trivial.

De todos modos, lo intento.

—¿Es Grace? —pregunto. A mi alrededor, varias personas se han interrumpido en mitad de una frase. No es la clase de mujer que suele frecuentar las inauguraciones, del tipo que sean.

Grace sigue avanzando pesada e inexorablemente hacia delante. Su cara es más rechoncha que antes. Pienso en zapatos ortopédicos, en medias de hilo de Escocia, en ropa interior grisácea y raída de tanto lavarla, en sótanos llenos de carbón. Le tengo miedo. No por lo que pueda hacerme, sino por su juicio. Y ahí viene:

—Es usted repugnante —declara—. Está tomando el nombre del Señor en vano. ¿Por qué quiere lastimar a la gente?

¿Qué puedo responder a eso? Podría decir que la señora Smeath no es la madre de Grace, sino una composición imaginaria. Podría mencionar los valores formales, el meticuloso empleo del color. Pero *Regalo blanco* no es una composición, es una serie de retratos de la señora Smeath, y retratos indecentes, sin duda. Es una obscenidad de lavabo público elevada a un orden superior.

Grace contempla la pared que tengo detrás: no hay sólo uno o dos cuadros inmundos ante los que ofenderse, sino muchos. La señora Smeath se metamorfosea de marco en marco, desnuda, expuesta y profanada, junto con el Chesterfield de terciopelo marrón, la sagrada planta de caucho, los ángeles de Dios. He ido demasiado lejos.

Las manos de Grace son puños, le tiembla la papada, sus ojos están enrojecidos y acuosos, como los de un conejo de Indias. ¿Es eso una lágrima? Me siento estupefacta, y profundamente satisfecha. Grace está dando un espectáculo, por fin, y yo conservo mi dominio.

Pero vuelvo a mirarla con más detenimiento: esta mujer no es Grace. Ni siquiera se le parece. Grace es de mi edad, no puede ser tan vieja. Existe un parecido genérico, pero nada más. Esta mujer es una desconocida.

—Vergüenza tendría que darle —dice la mujer que no es Grace. Sus ojillos se estrechan tras los cristales de las gafas. Alza el puño, y yo dejo caer mi vaso de vino.

Manchas rojas salpican el suelo y la pared.

Lo que sujeta en su puño cerrado es un frasco de tinta. Desenrosca el tapón con un gesto tembloroso y yo contengo el aliento, llena de espanto, pero también de curiosidad: ¿acaso piensa tirarme la tinta por encima? Porque lo que está claro es que tiene intención de tirarla. Se oyen gritos contenidos a nuestro alrededor, todo está yendo muy deprisa, Carolyn y Jody se abren paso entre la gente.

La mujer que no es Grace arroja la tinta, con frasco y todo, contra el *Regalo blanco*. El frasco rebota y cae sobre la alfombra con un golpe sordo, la tinta se derrama sobre la pintura y cubre a la señora Smeath con Azul Lavable de Parker. La mujer me dedica una sonrisa de triunfo, gira en redondo y se dirige hacia la puerta, no pesadamente, sino escabullándose.

Yo me he cubierto la boca con las manos, como si fuera a gritar. Carolyn se acerca y me abraza. Huele como una madre.

—Voy a llamar a la policía —me dice.

—No —protesto—. Ya lo arreglaré. —Y probablemente podré arreglarlo, porque *Regalo blanco* está barnizado y pintado sobre madera. Quizá no quede ni una muesca.

Las mujeres se congregan a mi alrededor, el frufrú de sus plumas, sus arrullos. Soy consolada y tranquilizada, acariciada, atendida como si hubiera sufrido una conmoción. Puede que lo hagan con absoluta sinceridad; puede que me aprecien, al fin y al cabo. Con las mujeres, siempre me resulta muy difícil saberlo.

—¿Quién era esa mujer? —Quieren saber.

—Una chiflada religiosa —responde Jody—. Una reaccionaria.

Ahora me contemplarán con respeto: las pinturas capaces de atraer frascos de tinta, capaces de suscitar tal violencia ultrajada, tal estrépito y alteración, sin duda deben poseer un extraño poder revolucionario. Pasaré por audaz y valerosa. Me ha sido adjudicada cierta dimensión de heroísmo.

UNA RIÑA FEMINISTA ALBOROTA EL GALLINERO, dice el periódico. En la foto se me ve a mí, encogida, las manos sobre la boca, ante una señora Smeath en cueros y chorreante de tinta. Así llego a enterarme de que una pelea de mujeres es noticia. La cosa tiene algo de cosquilleante, de cómico y bufonesco, como un hombre con vestido de noche y tacones altos. «Una reyerta de gallinas», lo llaman.

La exposición en sí merece adjetivos desdeñosos: «abrasivo», «agresivo» y «chillón». Son sobre todo las estatuas de Jody y los centones de Carolyn lo que más atrae estos nombres. Los pelusajes de Zillah se describen como «subjetivos», «introvertidos» y «banales». En comparación con las demás, yo aún salgo bien librada: «Un ingenuo surrealismo con unas gotas de limón feminista».

Carolyn hace una llamativa pancarta amarilla con las palabras «abrasivo», «agresivo» y «chillón» en grandes letras rojas, y la cuelga sobre la entrada. Acude muchísima gente.



Estoy esperando en una sala de espera. La sala de espera contiene varias sillas indescriptibles de madera clara, con los asientos tapizados de verde oliva, y tres mesitas auxiliares. Estos muebles son una burda imitación de los primitivos muebles escandinavos de hace diez o quince años, hoy radicalmente pasados de moda. Sobre una de las mesitas hay unos cuantos ejemplares manoseados de las revistas *Reader's Digest* y *Maclean's*, y en otras un cenicero blanco con una cenefa de rosas. La alfombra es de un verde anaranjado, y las paredes de un amarillo sucio. Hay un cuadro, una litografía de dos chiquillos gazmoños y deprimentes en trajeseudorregional, vagamente austríaco, que utilizan una seta como paraguas.

La sala huele a humo de tabaco rancio, a goma vieja, a la gastada intimidad de la ropa que lleva demasiado tiempo en contacto con la piel. Por encima de todo eso, una capa de desinfectante para suelos que se filtra desde los pasillos del interior. No hay ventanas. Este cuarto me cripa los nervios, como el chirrido de las uñas sobre una pizarra. O como la sala de espera de un dentista, o la sala donde esperas a que te entrevisten para un empleo que no deseas obtener.

Se trata de un asilo de locos, pero privado y discreto. Un hogar de reposo, lo llaman: el Hogar de Reposo Dorothy Lyndwick. Es el tipo de institución que la gente acomodada utiliza para librarse de aquellos parientes que no considera aptos para deambular en público, antes de que los internen por la fuerza en Queen 999, que no es un lugar privado ni discreto.

Queen 999 es al mismo tiempo un sitio real y un término de escuela secundaria que engloba a todos los asilos de locos, granjas de lunáticos y establecimientos similares que puedan imaginarse. En aquella época teníamos que imaginarlos, pues nunca habíamos visto ninguno. «Queen 999», decíamos, y sacábamos la lengua, hacíamos bizquear los ojos y trazábamos circulitos sobre la sien con la punta del dedo. La locura se consideraba divertida, como todas las demás cosas que en realidad eran espantosas y profundamente vergonzosas.

Estoy esperando a Cordelia. O, en todo caso, supongo que será Cordelia: por teléfono, su voz me pareció muy distinta, más lenta, como estropeada.

—Te he visto —comenzó, como si hubiéramos estado hablando apenas cinco minutos antes. Pero, en realidad, hacía siete años, u ocho, o nueve: desde el verano en que trabajó en el Festival Shakespeariano de Stratford, el verano de Josef—. En el periódico —añadió. Y luego una pausa, como si eso fuera una pregunta.

—Es verdad —asentí. Y luego, porque sabía que debía preguntarlo—: ¿Por qué no nos vemos en alguna parte?

—No puedo salir —objetó Cordelia, con la misma voz letárgica—. Tendrás que venir tú aquí.

Y así es como estoy aquí.

Cordelia entra por una puerta en el extremo más lejano de la sala, caminando cautelosamente, como si hiciera equilibrios o estuviera coja. Pero no está coja. Tras ella hay otra mujer, con la sonrisa optimista, falsa y dentada de los asistentes pagados.

Tardo unos instantes en reconocer a Cordelia, porque está muy cambiada. O, mejor dicho, está muy cambiada desde la última vez que la vi, con su falda ancha de algodón y su pulsera bárbara, elegante y llena de confianza. Ahora está en una fase anterior, o tal vez posterior: los *tweeds* en verdes suaves y las blusas a medida que imperaban en su ambiente familiar de buen gusto y que ahora le dan un aire de matrona, porque ha ganado peso. Pero ¿en verdad lo ha ganado? Tiene más carnes, pero se le han deslizado hacia abajo, hacia el centro de su cuerpo, como fango que se desliza cuesta abajo. Los huesos largos han ascendido a la superficie de su rostro, y la piel se tensa sobre ellos como arrastrada por una irresistible fuerza gravitatoria. Veo claramente cómo será cuando sea vieja.

Alguien la ha peinado. No ella misma. Ella jamás se habría hecho esas ondas pequeñas y apretadas.

Cordelia se detiene con incertidumbre, entornando un poco los párpados, inclinando la cabeza al frente y meneándola casi imperceptiblemente de lado a lado, tal como lo haría un elefante o algún animal lento y confundido.

—Cordelia —exclamo, poniéndome en pie.

—Ahí está tu amiga —dice la mujer, con su sonrisa implacable. Coge a Cordelia del brazo y le da un ligero tirón, para encaminarla en la dirección correcta.

—Aquí estamos —digo yo, cayendo ya en la trampa de hablarle como a una niña. Me adelanto, le doy un beso desmañado. Para mi sorpresa, descubro que me alegra verla.

—Más vale tarde que nunca —comenta Cordelia, con la misma lentitud, la misma voz estropajosa que le había oído por teléfono. La mujer la conduce hasta la silla situada ante la mía y la hace sentar con un empujoncito, como si fuese una anciana testaruda.

De repente, me siento ofendida. Nadie tiene derecho a tratar así a Cordelia. Dirijo una mueca de reproche a su acompañante, que parlotea:

—¡Qué amable ha sido al venir a verla! A Cordelia le encantan las visitas, ¿verdad Cordelia?

—Puedes sacarme a la calle —anuncia Cordelia. Alza la vista hacia la mujer, esperando que lo confirme.

—Sí, así es —dice la mujer—. A tomar el té o lo que sea. ¡Si promete devolvérsola, claro! —Y suelta una risa jovial, como si hubiera hecho un chiste.

Saco a Cordelia a la calle. El Hogar de Reposo Dorothy Lyndwick se halla en High Park, un barrio residencial donde no había estado nunca, y no conozco los alrededores. Pero unas calles más abajo hay una cafetería en la esquina. Cordelia la

conoce, y sabe cómo llegar allí. No sé si debería cogerla del brazo o no, así que no lo hago; camino a su lado, fijándome en los cruces como si acompañara a una ciega, acomodando mi paso al de ella.

—No tengo dinero —me advierte Cordelia—. No me lo permiten. Hasta me compran ellos el tabaco.

—No importa —la tranquilizo.

Nos acomodamos en un compartimento, pedimos café y pastas. Hago yo el pedido: no quiero que la camarera se nos quede mirando. Cordelia hurga en el bolso, extrae un cigarrillo. Al encenderlo, le tiembla la mano.

—¡Por las grandes pelotas llameantes y azuladas del buen Jesús! —exclama, pronunciando laboriosamente cada sílaba—. ¡Qué bueno es salir de allí! —Intenta reír y yo me río con ella, sintiéndome culpable y acusada.

Tendría que preguntarle cosas: ¿qué ha estado haciendo todos estos años que llevamos sin vernos? Y su trabajo en el teatro, ¿qué ha sido de eso? ¿Se ha casado, ha tenido hijos? ¿Qué es exactamente lo que ha ocurrido, que la ha llevado adónde está ahora? Pero todo esto queda al margen de la cuestión. Es desechable, es un añadido. Lo principal es Cordelia, su realidad de ahora.

—Pero ¿se puede saber qué mierda te están dando?

—Una especie de sedantes —responde—. Los detesto. Me hacen babear.

—¿Cómo es eso? —insisto—. ¿Cómo es que te han metido en esa jaula de chalados? Tú no estás más loca que yo.

Cordelia me mira y exhala una bocanada de humo.

—Las cosas no me iban muy bien —dice tras una pausa.

—¿Y?

—Y eso. Me tomé unas pastillas.

—Oh, Cordelia. —Algo cortante me atraviesa, como al ver caer un niño de cabeza sobre una roca—. ¿Por qué?

—No sé. Se me ocurrió. Estaba cansada —responde.

Es absurdo decirle que no debió hacer tal cosa. Hago lo que hubiera hecho en la escuela secundaria: pregunto por los detalles.

—¿Perdiste el conocimiento?

—Sí —contesta—. Me fui a tomármelas a un hotel. Pero se lo imaginaron, el director o quien fuese. Me hicieron un lavado de estómago. Fue repulsivo. Vomitífero, más bien.

Emite lo que debe de ser una risa, salvo que su expresión permanece muy rígida. Creo que voy a echarme a llorar. Al mismo tiempo, estoy furiosa con ella, aunque no sé por qué. Es como si Cordelia se hubiera colocado fuera de mi alcance, lejos de mí, donde no puedo llegar a ella. Ha abandonado su idea de sí misma. Está perdida.

—Elaine —dice—, sácame de ese lugar.

—¿Qué? —me extraño, bruscamente arrancada de mis pensamientos.

—Ayúdame a salir de allí. Tú no sabes lo que es eso. No hay intimidad. —Es lo más cerca de la súplica que jamás ha llegado.

Una frase me viene a la mente, un residuo de las conversaciones de los chicos, de las tardes de sábado dedicadas a leer tebeos. *Métete con alguien de tu tamaño.*

—¿Y qué puedo hacer yo?

—Vuelve a visitarme mañana y nos vamos en un taxi. —Me ve vacilar—. O, si no, préstame dinero. Es lo único que te pido. Por la mañana, esconderé las pastillas. No me las tomaré. Luego me pondré bien. Sé que son esas pastillas lo que me tiene de esta manera. Sólo veinticinco dólares, no necesito más.

—No llevo tanto dinero encima —objeto, y es verdad, pero también es una evasiva—. Te cogerían. Se darían cuenta de que no has tomado las pastillas. Lo notarían.

—Puedo engañarlos siempre que quiera —dice Cordelia, con una chispa de su antigua astucia. Naturalmente, pienso, por algo es una actriz. O lo era. Puede fingir lo que sea—. Además, esos médicos son idiotas. Me hacen preguntas, se creen todo lo que les digo, lo anotan en su libreta.

O sea que hay médicos. Y más de uno.

—Cordelia, ¿cómo quieres que asuma esa responsabilidad? Ni siquiera he hablado, no he hablado con nadie.

—Son todos unos gilipollas —insiste—. Estoy perfectamente cuerda. Tú lo sabes, acabas de decirlo. —Hay una niña frenética en su interior, tras ese rostro abotargado e impenetrable.

Me imagino secuestrando a Cordelia, rescatándola. Podría hacerlo, o algo por el estilo, pero ¿dónde acabaría? Escondida en nuestro apartamento, durmiendo en un jergón improvisado como los desertores norteamericanos, como una refugiada, una persona desplazada, llenando la cocina de humo mientras Jon se pregunta quién diablos es ella y qué está haciendo allí. Tal y como están las cosas, ya existe una desigualdad entre nosotros; no estoy segura de poder permitirme a Cordelia. Sería un pecado más a anotar en la lista que Jon lleva en su cabeza. Por otra parte, yo tampoco me siento del todo equilibrada.

Y hay que pensar en Sarah. ¿Se adaptaría a su nueva tía Cordelia? ¿Qué tal se porta Cordelia con los niños pequeños? Además, ¿hasta qué punto está mal de la cabeza? ¿Cuánto tiempo habría de pasar hasta que llegara un día a casa y me la encontrara en el cuarto de baño, o algo peor? En mitad de un esplendoroso crepúsculo rojo. La mesa de trabajo de Jon es un verdadero arsenal, llena de cuchillas y cinceles. Puede que sólo fuese melodrama, un par de cortes superficiales, su vieja teatralidad; aunque también puede ser que la gente teatral no resulte menos peligrosa, sino más. Después de todo, son capaces de sacrificar lo que sea en nombre de su papel.

—No puedo, Cordelia —le digo en tono dulce. Pero en mi interior no siento dulzura hacia ella. Estoy furiosa, presa de una cólera que no puedo explicar ni



expresar. *¿Cómo te atreves a pedirme algo así?* Me gustaría retorcerle el brazo, restregarle la cara sobre la nieve.

La camarera nos trae la cuenta.

—*¿Estás lo bastante sofonsificada?* —le digo a Cordelia, en un intento de mostrar despreocupación, y para cambiar de tema. Pero Cordelia nunca ha sido estúpida.

—Así que no quieres —observa. Y luego, con desamparo—: Supongo que siempre me has odiado.

—No —protesto—. *¿Por qué habría de odiarte? ¡No!* —Estoy desconcertada. *¿Cómo ha podido decir eso?* No recuerdo haber odiado nunca a Cordelia.

—Me iré de todas formas —insiste. Ahora su voz no es estropajosa ni vacilante. Ha adoptado su expresión terca y desafiante, la misma que recuerdo de hace tantos años. *¿Y?*

La acompaño de vuelta, hago entrega de ella.

—Ya vendré a verte —me despido. Lo digo sinceramente, pero sabiendo al mismo tiempo que las posibilidades de que así sea son muy escasas. Se pondrá bien, me digo. Ya estuvo así al terminar la escuela secundaria, y luego se puso bien. Puede ocurrir de nuevo.

En el metro, de regreso, leo los anuncios: una cerveza, una marca de chocolate, un sostén que se convierte en un pájaro. Imito el alivio. Me siento libre, carente de peso.

Pero no estoy libre de Cordelia.

Sueño con ella. Cordelia está cayendo de un acantilado o un puente, recortada sobre un firmamento crepuscular, los brazos extendidos, la falda hinchada como una campana, dibujando un ángel de nieve en el aire vacío. Nunca se estrella ni llega al suelo; cae y cae, y yo despierto con el corazón galopando y la gravedad anulada bajo mis pies, como en un ascensor que se desploma fuera de control.

Sueño que Cordelia está en el patio de la vieja escuela Reina María. La escuela ha desaparecido, sólo queda un campo y, más allá, la colina con sus escuálidos árboles de hoja perenne. Lleva la chaqueta de su traje para la nieve, pero no es una niña, tiene su edad real. Sabe que la he abandonado, y está furiosa.

Al cabo de un mes, dos meses, tres, le envío una nota escrita en un papel floreado de esos que no dejan mucho sitio para las palabras. He comprado el papel especialmente para ella. Mi nota está escrita con tan falsa jovialidad que a duras penas soy capaz de lamer la goma del sobre. En ella le propongo otra visita.

Pero el correo me devuelve la nota, con las palabras «dirección desconocida» garrapateadas en el sobre. Examinó la letra desde todos los ángulos, tratando de descubrir si puede ser la caligrafía de Cordelia disimulada. Si no lo es, si ya no se encuentra en el hogar de reposo, *¿adónde puede haber ido?* Podría llamar a la puerta en cualquier momento, o telefonearme. Podría estar en cualquier parte.

Sueño con un maniquí estatua, como los de Jody en la exposición, hecho pedazos y vuelto a montar. No lleva más que una túnica de gasa, cubierta de lentejuelas. El maniquí acaba en el cuello. Debajo del brazo, envuelta en un paño blanco, lleva la cabeza de Cordelia.

**XII**  
**UN ALA**

En la esquina de un aparcamiento al aire libre, entre las *boutiques* suntuosas, han reconstruido un coche-restaurant de los años cuarenta. 4-D's Diner, se llama. No es que hayan remozado uno viejo, sino que han construido uno nuevo.

En otros tiempos, no veían la manera de deshacerse de estos cacharros.

Por dentro es bastante auténtico, salvo que está demasiado limpio; además, no es tanto de los años cuarenta como de comienzos de los cincuenta. Tienen un mostrador de fuente de soda, rodeado de taburetes con asientos de un ácido verde lima, y compartimentos tapizados en vinilo de un color morado brillante que parece la piel de uno de los primeros descapotables con aletas de tiburón. Un *jukebox*, perchas de pie cromadas, y en las paredes, fotos en blanco y negro, con mucho grano, de auténticos coches-restaurant de los cuarenta. Las camareras visten uniforme blanco con ribetes negros, aunque su rojo de labios no es del tono adecuado y debería rebasar un poco los bordes de la boca. Los camareros llevan la típica gorrita de los dependientes de fuente de soda, correctamente ladeada, y el corte de pelo que corresponde, con el cogote bien rapado. El negocio funciona a tope. Veinteañeros, más que nada.

Verdaderamente, es como Sunnysides reconstruido en plan museo. Podrían ponemos a Cordelia y a mí, con nuestras mangas en ala de murciélago y nuestros cinturones anchos, disecadas o en estatua de cera, consumiendo nuestros batidos con la expresión más aburrida posible.

La última vez que vi a Cordelia fue cuando cruzó la puerta del hogar de reposo. Ésa fue la última vez que hablé con ella. Pero no la última vez que ella me habló.

No hay emparedados de aguacate y brotes de soja, el café no es expreso, el pastel es de crema de coco y no peor de lo que era entonces. Eso es lo que estoy tomando en uno de los compartimentos morados, café y pastel, mientras los jóvenes se admiran ante lo que consideran la vistosidad del pasado.

El pasado nunca es vistoso mientras vives en él. Sólo lo es desde una distancia segura, más tarde, cuando puedes verlo como un decorado y no como la horma en que se ha moldeado tu vida.

Ahora venden moldes de Elvis Presley para calabazas: lo fijas sobre tu calabaza cuando aún es pequeña y, a medida que crece, va tomando la forma de la cabeza de Elvis Presley. ¿Para eso cantaba? ¿Para convertirse en una calabaza?

Cierto que el vegetarianismo y la reencarnación están en boga, pero eso es llevar las cosas demasiado lejos. Por lo que a mí respecta, antes preferiría regresar como una cochinilla de tierra o una gamba frita. Aunque supongo que todo este concepto es más clemente que el Infierno.

—Lo han hecho muy bien —le digo a la camarera—. Claro que los precios no son auténticos. Entonces, un café costaba diez centavos.

—En serio —contesta ella, no como una pregunta. Me dirige una sonrisa profesional: *Vaya vieja latosa*. Tiene la mitad de mi edad y ya está viviendo una vida que no alcanzo a imaginar. Sean cuales sean sus culpas, sus odios y sus terrores, no son los mismos. ¿Qué hacen estas chicas con el sida? No pueden revolcarse alegremente en la paja como nosotras. ¿Existe quizás un ritual de cortejo que imponga, por ejemplo, el intercambio de los números de teléfono de los respectivos médicos? Para nosotras, la pesadilla, la trampa explosiva sexual, la cosa que podía liquidarte, era el embarazo. Ahora ya no.

Pago la cuenta, dejo una propina exagerada, recojo mis paquetes, un pañuelo italiano para cada una de mis hijas y una estilográfica para Ben. Las estilográficas vuelven a estar de moda. En algún lugar del Limbo, todos los aparatos, vestidos y objetos viejos aguardan ordenadamente su turno para regresar.

Subo calle arriba hacia la esquina. La calle siguiente es la de Josef. Cuento las casas: ésta debe de ser la suya. La fachada de la planta baja ha sido derribada y sustituida por un escaparate, el jardín está cubierto de losas. En el escaparate se exhibe un viejo balancín infantil en forma de caballito, una colcha raída, una muñeca con la cabeza de madera y la cara estropeada. Cosas que antaño se tiraban, recicladas como antigüedades. No han cometido la indiscreción de poner etiquetas con los precios, lo cual quiere decir que son escandalosos.

Me pregunto qué debió ser de Josef. Si aún sigue vivo, debe de andar por los sesenta y cinco años, o más. Si ya entonces era un viejo verde, ¿cómo será ahora?

Hizo una película. Creo que era suya; en todo caso, el nombre del director coincidía. La vi por casualidad, en un festival de cine. Eso sucedió mucho más tarde, cuando ya vivía en Vancouver.

La película era sobre dos mujeres de personalidad confusa y cabellos nublosos. Vagaban por los campos bajo un viento que aplastaba sus finos vestidos sobre sus muslos y miraban con expresión inescrutable. Una de ellas desmontaba una radio y tiraba las piezas a un riachuelo, se comía una mariposa y degollaba un gato, porque estaba perturbada. Todas estas cosas no habrían resultado tan atractivas si la chica hubiera sido fea, en lugar de rubia y etérea. La otra se hacía cortecitos en el muslo con una anticuada navaja de afeitar que había pertenecido a su abuelo. Hacia el final, saltaba a un río desde un puente ferroviario, y su vestido ondeaba como los visillos de una ventana. Salvo por el color de sus cabellos, resultaba difícil distinguirlas.

El hombre que salía en la película estaba enamorado de las dos y no lograba decidirse. Por eso estaban locas. Fue este detalle el que me convenció de que tenía que ser de Josef: a él jamás se le hubiera ocurrido suponer que las chicas podían tener sus propias razones para estar locas, aparte de los hombres.

La sangre de la película no era sangre auténtica. Las mujeres no eran reales para Josef, como él no era real para mí. Por eso podía tratar su sufrimiento con tanto

desdén e indiferencia, porque no era real. El motivo de que nunca soñara con él es que ya pertenecía de por sí al mundo de los sueños: discontinuo, irracional, obsesivo.

Fui injusta con él, naturalmente, pero ¿qué habría sido de mí sin esta injusticia? Una esclava, una prisionera. Las jóvenes necesitan la injusticia, es una de sus escasas defensas. Necesitan su dureza de corazón, necesitan su ignorancia. Caminan entre tinieblas por el borde de altos precipicios, tarareando para sí, creyéndose invulnerables.

No puedo culpar a Josef por su película. Tenía derecho a sus propias versiones, sus propios conjuros; lo mismo que yo. Tal vez me utilizara para sus fines, pero yo lo utilicé para los míos.

Ahí está *Dibujo del natural*, por ejemplo, que en este mismo instante cuelga de una pared de la galería; un Josef conservado en gelatina y tan bueno como para comérselo. Aparece a la izquierda del cuadro, completamente en cueros pero medio de espaldas al espectador, de manera que puedes ver todo el culo y luego el tronco de perfil. Al otro lado está Jon, en la misma posición. Sus cuerpos se hallan un tanto estilizados: menos velludos de lo que en realidad eran; los grupos de músculos, más definidos; la piel, más luminosa. Pensé en ponerles calzoncillos *Jockey*, por consideración hacia Toronto, pero decidí no hacerlo. Los dos tienen unas nalgas espléndidas. Ambos se hallan pintando sendos cuadros, ambos cuadros se hallan sobre sendos caballetes. El de Josef representa a una mujer voluptuosa pero no obesa, sentada sobre un taburete, con una sábana sujeta entre las piernas y los pechos al descubierto; su cara es prerrafaelista, meditabunda, conscientemente misteriosa. El cuadro de Jon consiste en una serie de torbellinos intestinales en rosa subido, rojo frambuesa y morado de cereza borgoña.

La modelo está sentada en una silla colocada entre los dos, la vista al frente, los pies desnudos y bien plantados sobre el suelo. Se cubre con una sábana blanca, que le envuelve el cuerpo por debajo de los pechos. Tiene las manos pulcramente recogidas sobre el regazo. Su cabeza es una esfera de cristal azulado.

Estoy sentada con Jon ante una mesa del bar de la azotea del Park Plaza Hotel, bebiendo refrescos de vino blanco con soda. Ha sido idea mía: quería volver a ver este lugar. En el exterior, la panorámica ha cambiado. El Park Plaza ya no es el edificio más alto de la zona, sino un achaparrado residuo de otros tiempos, empequeñecido por las esbeltas torres de vidrio que se alzan a su alrededor. Hacia el sur destaca la Torre CN, erguida como un inmenso carámbano boca abajo. Es el tipo de arquitectura que sólo se veía en los tebeos de ciencia ficción, y al verla recortada sobre el monótono firmamento del lago, experimento la sensación de no haberme movido hacia delante en el tiempo, sino hacia un lado, hacia un universo de dos dimensiones.

Pero dentro del bar no han cambiado muchas cosas. El local sigue pareciendo un burdel de lujo, estilo Regencia. Incluso los camareros, con su peinado impecable y su aire de atormentada discreción, parecen los mismos que antes, y probablemente lo son. La dirección conservaba unas cuantas corbatas en el guardarropa, para los caballeros que habían olvidado la suya. «Olvidado» era la expresión, porque no cabía pensar que un caballero pudiera salir deliberadamente sin corbata. Cuando abrieron sus puertas a las mujeres en traje pantalón, fue un verdadero acontecimiento. Eso lo consiguió una elegante modelo negra: no podían negarle la entrada so pena de verse acusados de racismo. Incluso este recuerdo me pone fecha, como el leve estremecimiento de triunfo que lo acompaña: ¿qué mujer, hoy en día, considera el traje pantalón como una liberación?

No solía venir aquí con Jon. Él habría escarnecido las tapizadas sillas de época, los pesados cortinajes, los hombres y mujeres sacados de un cursi anuncio de *whisky*. Era Josef quien venía conmigo, era de Josef la mano que yo tocaba sobre la superficie de la mesa. No la de Jon, al contrario que ahora.

Sólo son las yemas de los dedos, y sólo ligeramente. Esta vez no nos decimos gran cosa: olvidados están los puyazos verbales que intercambiamos durante el almuerzo. Tenemos un vocabulario compartido, hecho de monosílabos y silencios; ambos sabemos por qué estamos aquí.

Cuando bajamos en el ascensor, me miro en el espejo ahumado de la pared y veo en el cristal mis facciones oscurecidas por el tiempo, como una piedra cubierta de musgo. Podría tener cualquier edad.

Tomamos un taxi de regreso al almacén, nuestras manos lado a lado sobre el asiento. Subimos las escaleras del estudio, despacio, para no quedarnos sin aliento: ninguno de los dos desea que el otro lo vea resollar. La mano de Jon se apoya en mi cintura. Se encuentra cómoda ahí; es como saber dónde está el interruptor de la luz, en una casa en que habías vivido antes pero hacía años que no visitabas. Cuando llegamos a la puerta, antes de entrar, me da unas palmaditas en el hombro; es un gesto de aliento, y de añorante resignación.

—No enciendas la luz —le pido.

Jon me estrecha entre sus brazos, hunde su rostro en mi cuello. No es tanto un ademán de deseo como de fatiga.

El estudio está teñido del gris violáceo del crepúsculo otoñal. Los brazos y piernas moldeados en escayola brillan con un tenue resplandor blanquecino, como fragmentos de estatuas en unas ruinas. Hay una pila de ropa mía esparcida por un rincón, y los vasos abandonados aquí y allá, sobre el banco de trabajo, junto a la ventana, marcan mis sendas cotidianas, delimitan el espacio. Esta habitación ha llegado a antojármeme mía, como si hubiera vivido aquí todo el tiempo, no importa en qué otros lugares haya estado o qué otras cosas haya podido hacer. Es Jon quien ha estado ausente, y por fin ha regresado.

Nos desnudamos el uno al otro, como solíamos hacer al principio. No quiero parecer desmañada. Me alegro de que esté oscureciendo; me preocupan las arrugas que tengo sobre las rodillas, la parte de atrás de los muslos, el pliegue blando que me cruza el estómago y que no es exactamente gordura, sino un pliegue. El vello de su pecho es gris, una sorpresa. Evito fijarme en la incipiente barriga de bebedor de cerveza que se le ha formado, aunque me doy cuenta de que la tiene, advierto los cambios de su cuerpo como él debe de advertir los míos.

Cuando nos besamos, lo hacemos con una solemnidad de la que antes carecíamos. Antes éramos ávidos y egoístas.

Hacemos el amor por el sosiego que nos aporta. Reconozco a Jon, podría reconocerlo aun en la más completa oscuridad. Cada hombre tiene su propio ritmo, que no cambia nunca. Ahí reside el alivio de la bienvenida.

No tengo la sensación de ser desleal a Ben, sino de ser leal a otra cosa distinta; una cosa anterior a él, que no tiene nada que ver con él. Una vieja cuenta.

Asimismo, sé que es algo que no haré nunca más. Es como la última mirada a un lugar, antaño visitado y exorbitante, donde sabes que no vas a volver. Una puesta de sol en Niágara Falls.

Yacemos juntos bajo el *duvet*, estrechamente abrazados. Se me hace difícil recordar por qué nos peleábamos. La vieja furia se ha desvanecido, y con ella el deseo arisco y celoso que sentíamos el uno por el otro. Lo que resta es afecto, y pesar. Un *diminuyendo*.

—¿Vendrás a la inauguración? —le pregunto—. Me gustaría que vinieras.

—No —rehúsa—. Prefiero no ir.

—¿Por qué no?

—Me sentaría mal —explica—. No querría verte de esa manera.

—¿De qué manera? —me extraño.

—Con toda esa gente baboseando encima tuyo.

Lo que quiere decir es que no desea ser un simple mirón, que no hay lugar para él en este asunto, y tiene razón. No quiere verse reducido al papel de ex marido. Quedaría desposeído, de mí y de él mismo. Me doy cuenta de que yo tampoco lo deseo. En realidad, no quiero que esté allí. Necesito que esté, pero no lo quiero.

Me vuelvo, me apoyo sobre un codo y le beso de nuevo, esta vez en la mejilla. Por detrás de sus orejas, los cabellos empiezan a volverse blancos. Pienso que lo hemos hecho justo a tiempo. Ya era casi demasiado tarde.



Lo mío con Jon es como caerse escaleras abajo. Hasta ahora ha habido tambaleos preliminares, recuperaciones, un aferrarse al pasamanos. Pero ahora todo equilibrio se ha perdido y nos zambullimos de cabeza, los dos, estrepitosamente y sin elegancia, acumulando impulso y erosiones según vamos cayendo.

Entro en el sueño enfurecida y temo el despertar, y cuando por fin despierto, me hallo tendida junto al cuerpo dormido de Jon, en nuestra cama, escuchando el ritmo de su respiración, agraviada por el olvido de que todavía disfruta.

Lleva semanas mostrándose más callado que de costumbre, y apareciendo menos por casa. Apareciendo menos por casa, quiero decir, cuando yo estoy en casa. Cuando yo salgo a trabajar sí que viene, aun cuando Sarah está en el parvulario.

Ha comenzado a dejar huellas, pequeñas pistas que encuentro en mi camino como migas de pan caídas en un sendero: una colilla con una mancha rosa, dos vasos sucios en el fregadero, una horquilla que no es mía bajo una almohada que sí lo es. Yo limpio y no digo nada, atesorando estas cosas para épocas de mayor necesidad.

—¡Te ha llamado una tal Mónica! —le grito.

Es por la mañana, y aún hay un día entero por cruzar. Un día de evasivas, de ira contenida, de falsa tranquilidad. A estas alturas, ya tenemos muy superado lo de tirarnos cosas.

Él está leyendo el periódico.

—¿Ah, sí? —responde—. ¿Y qué quería?

—Quería que te dijera que ha llamado Mónica.

Regresa a altas horas de la noche y me encuentra en la cama, fingiendo dormir, con la cabeza a punto de estallar. Pienso en tenderle lazos: examinar sus camisas en busca de rastros de perfume, seguirlo por la calle, esconderme en el armario y saltar de golpe, encendida con la indignación del descubrimiento. Pienso en otras cosas que podría hacer. Podría dejarlo, irme con Sarah a algún lugar indeterminado. O podría exigirle que discutiéramos la situación. O podría fingir que no pasa nada, seguir con nuestras vidas como de costumbre.

Éste habría sido el consejo que me hubieran dado las revistas femeninas de hace diez años: espera a que se le pase.

Veo estas posibilidades como guiones de cine que se representan hasta el final y se descartan, quizá todas al mismo tiempo. Ninguna de ellas excluye a las otras.

En la vida real, los días se suceden como de costumbre, oscureciéndose hacia el invierno, cargados con el peso de las cosas no dichas.

—Tuviste una historia con el tío Joe, ¿verdad? —inquire Jon con aire despreocupado. Es un sábado, y hemos llevado a Sarah a Grange Park para que juegue con la nieve, en un remedo de normalidad.

—¿Con quién?

—Ya sabes. Josef como se llame. El viejo cascarrabias.

—Ah, ése —exclamo. Sarah está en los columpios con otros chiquillos. Nosotros nos hemos sentado en un banco, tras limpiarlo de nieve. Pienso que tendría que estar haciendo un muñeco de nieve, o cualquier otra cosa de las que hacen las buenas madres. Pero estoy demasiado cansada.

—Pero es verdad, ¿no? —insiste Jon—. Al mismo tiempo que yo.

—¿De dónde has sacado esa idea? —replico. Sé cuándo soy atacada. Repaso las municiones de que dispongo: las horquillas, la pintura de labios, las llamadas telefónicas, los vasos en el fregadero.

—No soy tan idiota, ya sabes. Lo descubrí yo mismo.

O sea que también tiene sus propios celos, sus propias heridas que lamer. Heridas que le he infligido yo. Tendría que mentir, negarlo todo. Pero no quiero. En estos momentos, Josef me presta un poco de orgullo.

—Eso fue hace muchos años —alego—. Hace siglos. No tuvo importancia.

—Y una mierda —protesta. En otro tiempo creía que, si descubría lo de Josef, se burlaría de mí. La sorpresa es que se lo tome en serio.

Esa noche hacemos el amor, si es que aún puede aplicarse este término. No tiene la forma del amor, ni el color, sino que es algo áspero, de color pintura guerrera, metálico. Hay cosas que demostrar. O que repudiar.

Por la mañana, me dice:

—¿Quién más ha habido? —Así, por las buenas—. ¿Cómo sé y o que no ibas acostándote con todos los vejstorios que encontrabas?

Suspiro.

—Jon —le digo—. A ver cuándo creces.

—¿Y el hombre de las judías? —insiste.

—Vamos, por favor —me defiendo—. Tú tampoco eras ningún ángel. Tu piso estaba siempre lleno de chicas escuálidas. No querías ataduras, ¿te acuerdas?

Sarah sigue dormida en su cuna. Estamos a salvo, podemos meternos en el asunto, en este repaso de verdades desagradables que no son del todo verdad. Cuando empiezas, se hace difícil parar. Incluso encuentras cierto placer.

—Al menos, yo lo hacía abiertamente —objeta—. No me escabullía a escondidas por ahí. No pretendía ser tan condenadamente puro y fiel como tú.

—Tal vez te amaba —respondo. Me doy cuenta de que he hablado en pasado. Él también se da cuenta.

—¡Tú no sabrías qué es el amor aunque te dieras de narices con él! —exclama.

—¿Y Mónica sí? —contraataco—. Ahora mismo, no es que lo hagas muy abiertamente, que digamos. He encontrado sus horquillas en mi propia cama. Por lo menos, podrías tener la decencia de ir a cualquier otra parte.

—¿Y tú qué? Siempre estás fuera de casa, yendo a sitios.

—¿Yo? —protesto—. Yo no tengo tiempo. No tengo tiempo para pensar, no tengo tiempo para pintar, casi ni tengo tiempo para cagar. Estoy demasiado ocupada pagando el maldito alquiler.

Es lo peor que podía decirle, he ido demasiado lejos.

—Ya estamos —estalla Jon—. Siempre eres tú, lo que tú aportas, lo que tú has de soportar. Yo no existo. —Va en busca de su chaqueta, se encamina hacia la puerta.

—¿Te vas a ver a Mónica? —pregunto, con todo el veneno que puedo acumular. Detesto estas disputas de patio de escuela. Quiero abrazos, lágrimas, perdón. Quiero que lleguen por sí solos, sin ningún esfuerzo de mi parte, como el arco iris.

—Elaine —responde—, Mónica sólo es una amiga.

Es invierno. La calefacción se apaga, se enciende, se apaga otra vez, al azar. Sarah está resfriada. Se pasa las noches tosiendo, y yo me levanto, le doy cucharadas de jarabe para la tos, le llevo vasos de agua. Durante el día, estamos las dos exhaustas.

Yo también tiendo a enfermar mucho este invierno. Me contagio los resfriados de la niña. Los días de fiesta por la mañana me quedo en la cama, contemplando el techo, la cabeza atascada y algodonosa. Me apetecen vasos de *ginger ale*, zumos de naranja, el sonido de radios lejanas. Pero estas cosas han desaparecido para siempre, ya nada llega en bandeja. Si quiero *ginger ale*, yo misma tendré que ir a la tienda o a la cocina, comprarlo o servírmelo. En la sala, Sarah está mirando los dibujos animados.

He abandonado por completo la pintura. No puedo pensar en pintar. Aunque he recibido una beca de un programa artístico del gobierno, no puedo organizarme lo suficiente para coger un pincel. Es una lucha contra el tiempo, al trabajo, al banco a buscar dinero, al supermercado a comprar comida. A veces, durante el día, me quedo mirando los seriales de la tele, donde hay más crisis y mejores ropas que en la vida real. Cuido de Sarah.

No hago nada más. He dejado de ir a las reuniones de mujeres, porque luego me encuentro peor. Jody telefonea para decir que a ver cuándo nos vemos, pero le doy largas. Querría darme ánimos, me haría sugerencias esforzadas y positivas que me sé incapaz de aplicar en la vida real. Y luego acabaría sintiéndome una fracasada.

No quiero ver a nadie. Me acuesto en mi cuarto con las cortinas cerradas y la nana me baña como una oleada perezosa. Todo lo que me está pasando es culpa mía. Me he equivocado en algo, algo tan enorme que ni siquiera lo veo, algo que me está asfixiando. Soy una inútil y una estúpida, no valgo para nada. Lo mismo daría que estuviese muerta.

Una noche, Jon no vuelve a casa. Esto no es normal en él, no entra en nuestro pacto sin palabras: incluso cuando llega tarde, a medianoche siempre está en casa. Hoy no hemos discutido; casi ni hemos hablado. No ha telefoneado para decir dónde está. Sus intenciones son claras: me ha dejado plantada, en la calle.

Me agazapo en el dormitorio, a oscuras, envuelta en el viejo saco de dormir de Jon, atenta al ronco siseo de la respiración de Sarah y al susurro de la nevisca contra las ventanas. El amor te nubla la vista, pero cuando retrocede, ves más claro que nunca. Es como cuando baja la marea y deja al descubierto todas las cosas desechadas y hundidas: botellas rotas, guantes viejos, latas de refresco oxidadas, peces muertos y mordisqueados, huesos. Es la clase de cosas que ves si te sientas en la oscuridad con los ojos abiertos, sin conocer el futuro. La ruina que has provocado.

Mi cuerpo está inerte, sin voluntad. Pienso que no debería parar de moverme, para que circule la sangre, como dicen que has de hacer en una tormenta de nieve para no morir congelada. Me obligo a levantarme. Iré a la cocina y me haré un té.

Pasa un automóvil ante la casa, un susurro apagado sobre la nieve esponjosa. La sala está a oscuras, salvo por la luz de las farolas que entra por la ventana. En esta semipenumbra, las cosas que hay sobre la mesa de trabajo de Jon parecen refulgir: la hoja plana de un cincel, la cabeza de un martillo. Noto la atracción que la tierra ejerce sobre mí, el tirón de su oscura curva de gravedad, los espacios entre los átomos por los que tan fácilmente podría caer. Entonces es cuando oigo la voz, no dentro de mi cabeza, de ninguna manera, sino en la sala, y muy clara: *Hazlo. Vamos. Hazlo*. Esta voz no ofrece ninguna alternativa; tiene la fuerza de una orden. Es la diferencia entre saltar y ser empujada. Utilizo la cuchilla Exacto para dar un tajo. Ni siquiera me duele, porque justo después de eso suena un ruido susurrante y el espacio se cierra sobre mí y caigo al suelo. Así es como Jon me encuentra. La sangre es negra en la oscuridad, no refleja nada, así que no me ve hasta que enciende la luz.

Le explico al personal de Urgencias que ha sido un accidente. Soy pintora, les digo. Estaba cortando un lienzo y me ha resbalado la mano. Es la muñeca izquierda, o sea que resulta inverosímil. Estoy aterrorizada, quiero esconder la verdad: no siento el menor deseo de ser internada en el 999 de Queen Street, ni ahora ni nunca.

—¿En medio de la noche? —Se extraña el médico.

—Suelo trabajar de noche —aduzco.

Jon me respalda. Está igual de asustado que yo. Me ha envuelto la muñeca en una toalla y me ha traído al hospital. La sangre chorreaba a través de la toalla, sobre el asiento delantero.

—Sarah —exclamé, acordándome de ella.

—Está abajo —me informó Jon. Abajo quiere decir con la casera, una viuda italiana de mediana edad.

—¿Qué le has dicho? —pregunté.

—He dicho que era el apéndice —respondió. Me eché a reír, un poco—. ¿Qué mosca te ha picado?

—No lo sé —le dije—. Tendrás que hacer limpiar el coche.

Me sentía blanca, vaciada de sangre, atendida, purificada. En paz.

—¿Está segura de que no quiere hablar con alguien? —insiste el médico de Urgencias.

—Ya estoy bien —contesto. Lo último que deseo es hablar. Sé qué quiere decir ese *alguien*: un psiquiatra. Alguien que me dirá que soy una lunática. Sé qué clase de gente oye voces: los que beben demasiado, los que se fríen el cerebro con drogas, los que descarrilan.

Me siento perfectamente serena, ya ni siquiera estoy nerviosa. Ya he decidido qué haré, luego, mañana. Me pondré el brazo en cabestrillo y diré que me he roto la muñeca. Así no tendré que contarle al psiquiatra lo de la voz, ni a Jon, ni a nadie.

Sé que aquella voz en realidad no existió. Y también sé que la oí.

Por sí misma, no era una voz espantosa. No amenazadora, sino expectante, como si estuviera proponiéndome una escapada, una travesura, una fiesta. Algo esplendoroso y secreto. La voz de una niña de nueve años.

La nieve se ha fundido dejando una filigrana sucia, el viento sopla sobre los granos de arena dejados por el invierno, los azafranes se elevan trabajosamente a través del barro de los jardines desolados y aniquilados. Si me quedo aquí, moriré.

He llegado al convencimiento de que necesito dejar no sólo a Jon, sino también la ciudad. Es la ciudad lo que me está matando.

Me matará de repente. Iré andando por la calle, sin pensar en nada en particular, y de pronto me volveré a un lado y saltaré de la acera, para ser arrollada por algún automóvil. Me desplomaré ante el metro sin previo aviso, me precipitaré desde un puente sin querer. Lo único que oiré será esa vocecita cómplice e imitadora, regocijada, urgiéndome a dar el paso. Sé que soy capaz de hacer algo así.

(Pero aún; aunque esta idea me asusta y me avergüenza, y aunque durante el día la encuentro melodramática y ridícula y me niego a creer en ella, aun así, también la atesoro. Es como la botella secreta que guardan los alcohólicos: tal vez no sienta ningún deseo de recurrir a ella, en este preciso instante, pero me siento más segura si sé que la tengo. Es un refugio, es un vicio, es una salida. Es un arma).

De noche me siento junto a la cuna de Sarah y contemplo el aleteo de sus párpados cuando sueña, escucho su respiración. Se quedará sola. O no tan sola, porque tendrá a Jon. Sin madre. Es inconcebible.

Enciendo las luces de la sala. Sé que he de empezar a preparar el equipaje, pero no sé qué llevarme. Ropa, juguetes para Sarah, su conejito de peluche. Me parece demasiado difícil, así que voy a acostarme. Jon ya está en la cama, vuelto hacia la pared. Hemos pasado por una ficción de tregua y reforma, y ahora es el estancamiento. No lo despierto.

Por la mañana, cuando se ha ido, instalo a Sarah en la sillita y voy al banco a retirar parte del dinero de la beca. No sé adónde ir. Lo único que se me ocurre es que ha de ser lejos. Compró billetes para Vancouver, que ofrece la ventaja de que no hace frío, o eso supongo. Meto todas nuestras cosas en dos petates que he comprado en una tienda de excedentes del ejército.

Quiero que llegue Jon y me retenga, porque ahora que me he puesto en marcha me resulta imposible creer que yo esté haciendo esto. Pero no llega.

Dejo una nota, preparo un bocadillo: manteca de maní. Lo corto por la mitad y le doy un pedazo a Sarah, y un vaso de leche. Telefono para pedir un taxi. Nos sentamos a la mesa de la cocina con los abrigos puestos, comiendo nuestros bocadillos y bebiendo nuestra leche, y esperando.

Entonces es cuando llega Jon. Sigo comiendo.

—¿Dónde coño te has creído que vas? —me espeta.

—A Vancouver —contesto.

Se sienta a la mesa, me mira fijamente. Tiene todo el aspecto de llevar varias semanas sin dormir, aunque últimamente suele dormir mucho, demasiado.

—No puedo impedirte —dice. Es el reconocimiento de una realidad, no una maniobra: nos dejará partir sin lucha. Él también está agotado.

—Me parece que ha llegado el taxi —observo—. Ya te escribiré.

Las despedidas se me dan bien. El truco consiste en cerrarte completamente. No oigas, no veas. No mires atrás.

No vamos en litera, porque he de hacer durar el dinero. Me paso la noche sentada, con Sarah repantigada y resoplando en mi regazo. Ha llorado un poco, pero aún es demasiado pequeña para comprender lo que he hecho, lo que estamos haciendo. Los demás pasajeros se desparraman por los pasillos; los equipajes se esparcen, nubes de humo flotan en el aire estancado, envoltorios de comida atascan los aseos. En la otra punta del vagón hay una partida de cartas en marcha, con cerveza.

El tren corre hacia el noroeste, cruzando cientos de kilómetros de bosques agrestes y afloramientos de granito, cientos de pequeños lagos azules y anónimos rodeados de ciénagas y juncos y abetos muertos, con nieve antigua en las umbrías. Atisbo a través del vidrio de la ventanilla, veteado de lluvia y de polvo, y ahí está el paisaje de mi primera infancia, borroso, sin aromas, intocable, deslizándose hacia atrás.

Muy de tanto en cuando el tren cruza una carretera, unas veces de grava, otras veces angosta y asfaltada, con una línea blanca en el centro. Todo esto parece silencio y desolación, pero para mí no es silencioso ni desolado. Al contrario, está lleno de ecos.

«Mi hogar», pienso. Pero no es un lugar al que pueda regresar.

Es peor de lo que me imaginaba, y también mejor.

Algunos días pienso que estoy loca por haber venido aquí; otras veces, creo que es lo más acertado que he hecho en muchos años.

La vida es más barata en Vancouver. Tras una breve estancia en un Holiday Inn, encuentro una casa de alquiler dentro de mis posibilidades, en la ladera que hay tras la playa de Kitsilano, una de esas casas como de juguete que por dentro son más grandes de lo que parecen por fuera. Tiene vistas a la bahía y a las montañas del otro lado, y, en verano, una luz inagotable. Encuentro un parvulario para Sarah. Durante algún tiempo, vivo del dinero de la beca. Hago unos trabajos por cuenta propia, y luego un anticuario me ofrece un empleo de media jornada como restauradora de muebles. Esto me gusta, porque no hace falta pensar y porque los muebles no hablan. Estoy sedienta de silencio.

Me tiendo en el suelo, bañada por la nada y aferrándome. Llora por las noches. Tengo miedo de oír voces, o una voz. He llegado al borde, al borde de la tierra firme. Un empujón y caería.

Se me ocurre que tal vez debiera ir a ver a un psiquiatra, que es lo aceptado para la gente que no está equilibrada, y yo no lo estoy. Finalmente, voy. El psiquiatra es un hombre, un buen hombre. Quiere que le hable de todo lo que me pasó antes de cumplir seis años; de lo de luego, nada. Una vez cumplies los seis, parece dar a entender, ya estás moldeada en bronce. Lo que viene después no es importante.

Tengo una buena memoria. Le hablo de la guerra.

Le hablo de la cuchilla Exacto y la muñeca, pero no de la voz. No quiero que me tome por una chiflada. Quiero que se forme una buena opinión de mí.

Le hablo de la nada.

Me pregunta si experimento orgasmos. Le respondo que no es ése el problema.

Cree que le oculto cosas.

Al cabo de algún tiempo, dejo de ir.

Vuelvo a abrirme poco a poco, hacia las manos. Me acostumbro a levantarme temprano para pintar, antes de que Sarah despierte. Descubro que gozo de cierta reputación, pequeña y ambigua, por la exposición de Toronto, y soy invitada a fiestas. Al principio hay aristas de resentimiento, porque procedo de lo que aquí denominan *el lejano este* y se supone que eso me concede ventajas injustas; pero según va pasando el tiempo se me acepta cada vez más, hasta que por fin yo misma puedo mostrarme resentida con los del este sin que nadie se extrañe.

También me invitan a participar en varias exposiciones conjuntas, principalmente de mujeres: han oído hablar del frasco de tinta y leído las críticas airadas, y todo esto me confiere legitimidad, aunque provenga del este. Mujeres artistas de muchas clases, mujeres de muchas clases, están aquí en plena fermentación, hierven con la energía a presión de las fuerzas explosivas confinadas en un espacio pequeño, y con el fervor de todos los movimientos religiosos en sus fases iniciales y puristas. No basta con las alabanzas de boquilla ni con creer en la igualdad de salarios: tiene que haber una conversión desde el fondo del corazón. O eso es lo que parecen dar a entender.

Las confesiones están bien vistas; no la confesión de tus faltas, sino de tus sufrimientos a manos de los hombres. El dolor es importante, pero sólo algunas variedades: el dolor de las mujeres, pero no el dolor de los hombres. Hablar de tu dolor se denomina compartir. Yo no quiero compartir de esta manera; además, mis cicatrices son insuficientes. He tenido una vida privilegiada, nunca me han pegado, violado ni hecho pasar hambre. Está la cuestión del dinero, por supuesto, pero Jon era tan pobre como yo.

Está Jon. Pero no me siento oprimida por él. Todo lo que me hizo, se lo hice yo a él, y quizá peor. Ahora está retorciéndose, porque echa de menos a Sarah. Me telefonea desde larga distancia, con una voz que se desvanece y reaparece como un noticiario de cuando la guerra, quejumbroso y derrotado, con una tristeza arcaica que se me antoja, cada vez más, la de los hombres en general.



No le tengas compasión, dirían las mujeres. No le compadezco, pero me entristece.

Varias de estas mujeres son lesbianas, recién declaradas o en proceso de transformación. Esto es al mismo tiempo valeroso y exigible. Según algunas, se trata de la única relación igualitaria que pueden tener las mujeres. De otro modo, no eres auténtica.

Me avergüenza mi propia renuencia, mi ausencia de deseo, pero la verdad es que me aterrorizaría acostarme con una mujer. Las mujeres coleccionan agravios, hacen durar sus rencores y cambian de forma. Emiten juicios duros y pertinentes, muy distintos a las miopes conjeturas de los hombres, nubladas por el romanticismo, la ignorancia, los prejuicios y los deseos. Las mujeres saben demasiado, no se las puede engañar ni confiar en ellas. Comprendo que los hombres les tengan miedo, como a menudo se los acusa.

En las fiestas empiezan a formular preguntas capciosas que me suenan a inquisición; les interesan mis opiniones y mis dogmas. Soy culpable de tener muy pocos dogmas: sé que no soy ortodoxa, que soy una heterosexual impenitente, una madre, una vendida y, en secreto, una necia. Mi corazón es, en el mejor de los casos, un objeto dudoso, lleno de manchas, traicionero. Aún sigo depilándome las piernas.

Dejo de acudir a las reuniones de estas mujeres, pues me domina el temor de verme santificada o, si no, quemada en la hoguera. Sospecho que hablan de mí a mis espaldas. Me ponen más nerviosa que nunca, porque tienen muy claro cómo quieren que sea, y yo no soy así. Quieren mejorarme. A veces me siento desafiante: ¿Qué derecho tienen a decirme lo que debo pensar? No soy La Mujer, y una mierda, no voy a consentir que me adjudiquen ese papel. «Mala puta —pienso para mí—, no me vengas con órdenes».

No obstante, también envidio su convicción, su optimismo, su despreocupación, su intrepidez ante los hombres, su camaradería. Es como si yo estuviera mirando desde la acera, agitando cobardemente el pañuelo, mientras la tropa desfila infantilmente hacia la guerra, entonando valerosas canciones.

Tengo unas cuantas amigas, no demasiado íntimas. Madres separadas, como yo. Las he conocido en el parvulario. Intercambiamos los hijos para salir de noche y nos expresamos con refunfuños inofensivos. Evitamos hurgar en las heridas más dolorosas. Somos como Babs y Marjorie, de mi vieja clase de Dibujo del Natural, con su triste sentido del humor. Se trata de una de las viejas pautas de conducta que podían seguir las mujeres, pero es que ahora somos más viejas.

Jon viene a visitarme, en una incierta tentativa de reconciliación, que yo también creo desear. La cosa no funciona y, finalmente nos divorciamos a larga distancia.

También vienen mis padres. Me parece que añoran a Sarah más que a mí. Por Navidad, me busqué excusas para no tener que ir al este. En el marco de estas

montañas parecen fuera de lugar, un poco encogidos. Son más naturales en sus cartas. Los veo entristecidos por mí y por lo que probablemente consideran un matrimonio destrozado, y no sé qué decirles al respecto. «Bueno, cariño —dice mi madre, a propósito de Jon—, siempre me pareció una persona muy intensa». Una mala palabra que presagia calamidades.

Los llevo a Stanley Park, donde hay árboles enormes. Les enseño el océano y chapoteamos entre las algas. Les enseño una babosa gigante.

Mi hermano Stephen envía postales. Envía un dinosaurio disecado para Sarah. Envía una pistola de agua. Envía un libro sobre una hormiga y una abeja. Envía el sistema solar en forma de un móvil de plástico, y estrellas para pegar en el techo que brillan en la oscuridad.

Al cabo de un tiempo descubro que, en el minúsculo mundillo del arte (y digo minúsculo porque, en realidad, ¿quién lo conoce? No sale por televisión), las espirales, los cuadrados y las hamburguesas gigantes ya no se llevan; ahora se llevan otras cosas, y de pronto me encuentro en la cresta de una ola más bien pequeña. Hay cierta agitación, para lo que son estas cosas. Cada vez vendo más cuadros, a precios más elevados. Ahora estoy representada por dos galerías fijas, una en el este y otra en el oeste. Hago una fugaz escapada a Nueva York, dejando a Sarah con una de mis amigas separadas, para una exposición conjunta organizada por el gobierno canadiense, a la cual asiste mucha gente que trabaja en la Comisión de Comercio. Visto de negro. Paseo por las calles y me siento cuerda en comparación con la demás gente de allí, que parece ir siempre hablando sola. Regreso.

Me acuesto con hombres, a largos intervalos y con cierta desesperación. Estas aventuras son precipitadas e insatisfactorias: carezco de tiempo para los matices más delicados. Incluso estos breves interludios son casi demasiado agotadores para mí.

Ninguno de estos hombres me rechaza. No les doy la oportunidad. Sé lo que es peligroso para mí, y me aparto cuidadosamente de las aristas de las cosas. De todo lo que es demasiado brillante, demasiado agudo. De la falta de sueño. Cuando empiezo a sentirme inquieta, me acuesto a esperar la nada, y ahí viene, bañándome con una oleada de negrura vacía. Sé que puedo esperar a que pase.

Al cabo de algún tiempo conozco a Ben, que me aborda de la manera más vulgar, en el supermercado. De hecho, me pregunta si puede ayudarme a llevar las bolsas de la compra, que parecen pesadas y en realidad lo son, y yo se lo permito, sintiéndome boba y anticuada y comprobando antes que no nos esté mirando ninguna de mis conocidas.

Hace años lo habría juzgado demasiado transparente, demasiado soso, casi cándido. Y luego, durante varios años más, un machista de la especie más tratable.

Ben es todas estas cosas, pero también es como una manzana tras una prolongada orgía de gula.

Viene a verme y arregla el porche de atrás con sus propias herramientas, como en las revistas femeninas de antaño, y luego se toma una cerveza en el jardín, como en los anuncios. Me cuenta chistes que no había oído desde la escuela secundaria. La gratitud que siento ante estos goces mundanos me asombra a mí misma. Pero no necesito a Ben, no es una transfusión. Lo que ocurre es que me complace. Y es una verdadera felicidad sentirse complacida de un modo tan sencillo.

Me lleva a México, como en las novelitas románticas. Acaba de comprar su pequeña agencia de viajes, más por afición que por otra cosa: ya hizo antes su fortuna con los bienes raíces. Pero le gusta hacer fotografías y sentarse a tomar el sol. Hacer lo que le gusta y ganar dinero con ello es lo que había deseado durante toda su vida.

En la cama es tímido, fácil de sorprender, fácil de deleitar.

Combinamos nuestros arreglos domésticos y nos vamos a vivir juntos en una tercera casa, más grande. Al cabo de algún tiempo, nos casamos. La cosa no tiene nada de espectacular. Para él es lo normal, para mí una extravagancia: es un desafío de las convenciones, pero unas convenciones de las que él jamás ha oído hablar. No se imagina lo excéntrica que me siento.

Es diez años mayor que yo. Tiene su propio divorcio y un hijo ya crecido. Mi hija Sarah se convierte en la hija que él deseaba, y no tardamos en tener a Anne. Es menos pensativa que Sarah, más terca. Sarah ya sabe que no siempre se puede obtener lo que se quiere.

Ben me considera buena, y yo no destruyo esta fe: no le hacen ninguna falta mis verdades más ofensivas. También me considera un poco frágil, por artista. Necesito cuidados, como una planta en maceta: hay que podarme un poco, regarme un poco, desherbarme un poco, enderezarme un poco para sacar a la luz lo mejor que llevo en mí. Compra unos libros de contabilidad para la parte comercial de mi trabajo: qué se ha vendido, a qué precio. Me informa de lo que puedo deducir en la declaración de renta. Rellena él los impresos. Dispone las hierbas y especias por orden alfabético en un anaquel especial de la cocina, un anaquel que ha construido él mismo.

Podría vivir sin esto. Antes lo he hecho. Pero, a pesar de todo, me gusta.

En cuanto a mis pinturas, Ben las contempla con admiración y también con algo de aprensión, como un niño pequeño ante una vela encendida. Lo que más le llama la atención es lo bien que hago las manos. Sabe que son muy difíciles. En otro tiempo, él mismo sintió deseos de dedicarse a algo parecido, me dice, pero nunca llegó a hacerlo porque tenía que ganarse la vida. Esto se parece mucho al tipo de cosas que me dice la gente en las inauguraciones de exposiciones, pero a él se lo perdono.

Se ausenta a intervalos razonables, por asuntos de negocios, y me da la oportunidad de echarlo de menos.

Me siento ante la chimenea con su brazo sobre mis hombros, sólido como el respaldo de una butaca. Paseo por la escollera entre la suave llovizna de Vancouver, los mediotonos de la costa, el rumor de las pequeñas olas. Ante mí se extiende el Pacífico, que envía una puesta de sol tras otra sin pedir nada a cambio; a mis espaldas se yerguen las inverosímiles montañas y, tras ellas, una inmensa barricada de terreno.

Más allá está Toronto, a gran distancia, ardiendo en el pensamiento como una Gomorra. A la que no me atrevo a mirar.

# **XIII**

## **PICOSEGUNDOS**

Despierto tarde. Desayuno una naranja, unas tostadas, un huevo pasado por agua servido en una taza de té. El agujero que se hace en el fondo de la cáscara no es para impedir que las brujas vayan al mar, como decía Cordelia. Es para que no se forme un vacío entre la cáscara y la huevera y se pueda extraer la cáscara. ¿Por qué he tardado cuarenta años en llegar a esta conclusión?

Me enfundo mi otro chándal, el de color fucsia, y hago unos desganados ejercicios de estiramiento en el suelo del estudio de Jon. Vuelve a ser el estudio de Jon, no mío. Tengo la sensación de habérselo devuelto, junto con cualesquiera fragmentos de su propia vida, o de nuestra vida en común, que haya estado reteniendo hasta ahora. Recuerdo aquellas pinturas medievales, la mano alzada, abierta para mostrar que no hay ningún arma: *Vete en paz*. Una despedida y una bendición. Mi manera de hacerlo no ha sido la manera de los santos, pero sus resultados parecen igual de buenos. La paz era también para quien la concedía.

Bajo a buscar el periódico de la mañana. Lo hojeo sin leer gran cosa. Sé que estoy matando el tiempo. Ya casi he olvidado lo que había venido a hacer aquí, y estoy impaciente por regresar a la costa oeste, a la zona horaria donde ahora vivo mi vida. Pero todavía no puedo irme. Estoy suspendida, como en los aeropuertos o en las salas de espera de los dentistas, en espera de otro interludio que sin duda carecerá de textura y de deseo, como un analgésico o el interior de un avión. Así es como concibo lo que ocurrirá esta tarde, la inauguración de la exposición: algo por lo que hay que pasar sin provocar un desastre.

Debería ir a la galería, comprobar que todo esté en orden. Por lo menos, debería realizar este mínimo gesto de cortesía. Pero en vez de eso me voy al metro, bajo cerca de la entrada principal del cementerio y deambulo hacia el sur y el este, arrastrando los pies por entre las hojas caídas, examinando las cunetas en busca de papel de plata, monedas, algún tesoro inesperado. Sigo creyendo que tales cosas existen, y que puedo encontrarlas.

Con un ligero empujón, un patinazo sobre un borde mal definido, podría convertirme en una señora de las bolsas. Es el mismo instinto: hurgar en las basuras, manosear los desechos. Buscar alguna cosa que ha sido descartada por inútil, pero que aún puede ser rescatada y aprovechada. La acumulación de jirones, de espacio en el caso de ella, de tiempo en el mío.

Es la antigua ruta que seguía para volver a casa desde la escuela. Solía ir andando por esta acera, un poco por delante o por detrás de las otras. Entre estas farolas, mi sombra se extendía ante mí sobre la nieve invernal, doblada su longitud, se encogía de nuevo y desaparecía, y las farolas proyectaban un halo a su alrededor como la luna

a través de la niebla. Aquí está el césped sobre el que Cordelia se tendió de espaldas y dibujó un ángel en la nieve. Aquí es donde echó a correr.

Las casas son las de entonces, aunque ya no están cubiertas de tiras de pintura blanca a medio desprender, ya no son zarrapastrosas como en la posguerra. Han pasado los pulidores con sus chorros de arena, los instaladores de claraboyas; en el interior, los arbustos de balsamina y las enredaderas tropicales se han adueñado del espacio, desplazando a las míseras violetas africanas que antes ocupaban los alféizares de las cocinas. A través de estas casas, como si fuesen transparentes, veo lo que eran antes; veo los colores que cubrían sus paredes, un rosa polvoriento, un verde legamoso, y las cortinas de *chintz* que ya no existen. ¿A qué época pertenecen realmente, a la suya o a la mía?

Ando por la calle, que asciende en suave pendiente, y me cruzo con grupitos dispersos de niños que se dirigen a sus casas para comer. Aunque las chicas llevan tejanos, síntoma de libertad, no son tan ruidosas como antes; no hay gritos ni canciones. Avanzan pesadamente y con aire de obstinación, o así me lo parece. Quizá sea porque ya no estoy a su mismo nivel: ahora soy más alta, conque el sonido me llega como filtrado. O quizá sea yo, la presencia entre ellas de una persona a la que consideran adulta, y que tiene poder.

Unas cuantas se me quedan mirando, pero no muchas. ¿Qué van a ver? Una mujer de mediana edad con las manos en los bolsillos de la chaqueta y las perneras del chándal arrugadas sobre la caña de las botas, no más grotesca que la mayoría y fácil de olvidar.

En algunos de los porches hay calabazas sobre las que se han esculpido caras, alegres, tristes o amenazadoras, en espera de esta noche. La víspera del día de difuntos, cuando los espíritus de los muertos regresan entre los vivos, vestidos de bailarinas y de botellas de Coca-Cola y de hombres del espacio y de ratones Mickey, y los vivos les ofrecen dulces para que no se enojen. Todavía recuerdo el sabor de esta fiesta: el aire acre, el caramelo en la boca, la esperanza ante la puerta, la creencia (que todos los niños dan por sentada) de que se puede obtener algo a cambio de nada. Aunque ahora ya no reciben bolsas de palomitas caseras, ni manzanas: abundan los rumores sobre hojas de afeitar, y cabe la posibilidad del veneno. Ya en la época de mis hijas, nos preocupaban las manzanas. Hay demasiada maldad suelta por el mundo.

En México celebran esta festividad como se debe, sin disfraces. Vistosos cráneos de azúcar y meriendas familiares sobre las tumbas, con un plato para cada uno de los invitados y un cirio para el alma del difunto. Todos vuelven a casa satisfechos, incluso los muertos. Nosotros hemos rechazado ese fácil intercambio de dimensiones: queremos que los muertos sean inmencionables, nos negamos a nombrarlos, nos

negamos a alimentarlos. En consecuencia, nuestros muertos son más flacos, más grises, más difíciles de oír, más hambrientos.



Mi hermano Stephen murió hace cinco años. No debería decir que murió, sino que lo mataron. Yo intento no verlo como un asesinato, aunque lo fue, sino como una especie de accidente, como el descarrilamiento de un tren. O una catástrofe natural, como un corrimiento de tierras. Lo que en las pólizas de seguros se llama un acto de Dios.

Murió de un ojo por ojo, o de lo que alguien concebía como tal. Murió de un exceso de justicia.

Viajaba en un avión. Tenía un asiento junto a la ventanilla. Esto se sabe con certeza.

En la bolsa de redecilla situada ante él se hallaba una revista de cortesía con un artículo sobre camellos, que había leído, y otro sobre cómo mejorar el vestuario para los negocios, que no leyó. También había unos auriculares y una bolsa para el mareo.

Bajo el asiento delantero, ante sus pies descalzos —se ha quitado los zapatos y los calcetines—, reposa su maletín, que contiene una conferencia redactada por él mismo sobre el tema de la probable composición del universo. En un principio, creía que el universo bien podía estar hecho de pedazos infinitesimales de cuerda, en treinta y dos colores distintos. Los pedazos de cuerda son tan pequeños que «colores» sólo es una forma de hablar. Pero ahora tiene dudas: existen otras posibilidades teóricas, dos de las cuales se apuntan en su trabajo. El universo es difícil de atrapar y cambia cuando lo miras, como si se resistiera a ser conocido.

Tenía que haber leído esta conferencia anteayer, en Frankfurt. Habría escuchado otras conferencias. Habría aprendido.

Embutida bajo el asiento, junto al maletín, está la chaqueta de su traje, uno de los tres que ahora posee. Lleva la camisa remangada, aunque no le sirve de mucho: el aire acondicionado no funciona, y dentro del avión la atmósfera es sofocante. También huele mal: al menos uno de los retretes está estropeado, y la gente tiende a tirarse más pedos en los aviones, como mi hermano ya ha podido observar en otras ocasiones, pues ha viajado mucho en avión. Ahora, esta tendencia se ve aún más acentuada por el pánico, que es malo para la digestión. Dos asientos más allá, un hombre calvo y gordo está roncando con la boca abierta, exhalando una nube invisible de halitosis.

Las persianas de las ventanillas están bajadas. Mi hermano sabe que si levantara la suya vería una pista de aterrizaje, trémula por el calor, y más allá un paisaje parduzco tan ajeno como la luna, con un mar cegador al fondo; aparte de eso, unos cuantos edificios rectangulares de tejado plano desde los que llegará el rescate, o no llegará. Todo esto lo vio antes de que bajaran las persianas. Ignora en qué país se encuentran los edificios.

No ha comido nada desde la mañana. Les hicieron llegar bocadillos desde el exterior, un pan extraño y granuloso untado de mantequilla licuada y de una especie de pasta de carne de color *beige* que olía a ptomaina. Y también un pedazo de queso claro y sudoroso envuelto en plástico. Se comió el queso y el bocadillo, y ahora las manos le huelen a antiguas meriendas campestres, a aquellos almuerzos junto a la carretera en la época de la guerra.

El último sorbo de agua fue distribuido hace cuatro horas. Stephen tiene un paquete de LifeSavers de menta: siempre los lleva en sus viajes, por si el vuelo es agitado. Le dio uno a la mujer de mediana edad, con traje pantalón de tartán y gafas de un tamaño exagerado, que iba sentada a su lado. Ahora que la mujer ya no está, se ha quedado más tranquilo: su llanto mudo y sin color, jadeante y monótono, empezaba a atacarle los nervios. Han dejado salir a las mujeres y los niños, pero él no es una mujer ni un niño. Todos los que quedan en el avión son hombres.

Los han separado de dos en dos, con un asiento vacío entre pareja y pareja. Han recogido sus pasaportes. Los que se han cuidado de recogerlos están ahora de pie, repartidos por los pasillos del avión; son seis, tres de ellos con subfusiles y otros tres con bombas de mano bien a la vista. Todos llevan la cabeza cubierta con sendas fundas de almohada, las propias del avión, en las que han abierto agujeros para los ojos y la boca, que bajo la mortecina luz se ven como relumbrones blancos, destellos rosados. Por debajo de las fundas de almohada, que son de color rojo, visten ropa corriente: un conjunto informal, unos pantalones de franela gris con una camisa blanca, la parte inferior de un clásico traje azul marino.

Naturalmente, subieron a bordo como pasajeros normales, aunque vete a saber cómo pudieron pasar las armas por los controles de seguridad. Tuvieron que contar con ayuda, algún empleado del aeropuerto, para poder saltar de pronto, como lo hicieron, en algún lugar sobre el canal de la Mancha, y empezar a gritar órdenes y a blandir sus armas de fuego. O eso, o las armas ya estaban en el avión, ocultas en lugares previamente convenidos, porque hoy en día no hay metal que pueda pasar por los rayos X sin ser detectado.

En la cabina hay otros dos hombres, puede que tres, negociando con la torre de control por medio de la radio. Todavía no les han explicado a los pasajeros quiénes son ni qué pretenden; lo único que les han dicho, en un inglés con mucho acento extranjero pero inteligible, es que todos los del avión se salvarán o morirán juntos. Lo demás se ha reducido a monosílabos y gestos: *Tú, aquí*. Resulta difícil saber cuántos hay en total, porque las fundas de almohada son todas iguales. Son como esos personajes de los tebeos de antes, esos que tienen dos identidades. Estos hombres han sido atrapados en plena transformación: cuerpos corrientes, pero provistos de cabezas poderosas y sobrenaturales, deformadas en la dirección del heroísmo o la villanía.

No sé si mi hermano pensó o no todo esto. Pero es lo que pienso ahora por él.

A diferencia del hombre de la boca abierta que tiene a su lado, mi hermano no puede dormir. Así que se entretiene con estratagemas teóricas: ¿qué haría él si

estuviera en su lugar, en el lugar de los hombres con las cabezas tapadas? Su excitación, su tensión a punto de estallar, sus secreciones de adrenalina son lo que impregna el ambiente del avión, pese a la lasitud de los pasajeros, su fatiga y su resignación.

Si estuviera en su lugar, naturalmente, estaría dispuesto a morir. Pero morir, ¿por qué? Seguramente tiene que haber algún motivo religioso, aunque se exprese en forma de algo más concreto: dinero, la liberación de otros hombres presos en algún agujero apestoso por hacer más o menos lo mismo que están haciendo ellos. Detonar una bomba, o amenazar con hacerlo. O pegarle un tiro a alguien.

En cierto modo, todo esto le resulta familiar. Es como si ya lo hubiera vivido antes, hace mucho tiempo; y a pesar de la incomodidad, de la irritación que representa, de la combinación de aburrimiento y miedo, experimenta una sensación de camaradería. Espera que estos hombres no pierdan la cabeza y consigan lo que pretenden, sea lo que sea. Espera que los pasajeros no empiecen a lloriquear ni a mojarse los pantalones, que nadie se deje llevar por la histeria y empiece a chillar, desencadenando así una masacre. Mano firme y cabeza fría, eso es lo que les desea.

Llega un hombre desde la parte delantera del avión y comienza a hablar con dos de los otros. Parece una discusión: hay gesticulaciones y alguna palabra más alta que otra. Los restantes hombres de pie se ponen rígidos, y sus cabezas rojas y cuadradas barren a los pasajeros como un extraño radar. Mi hermano sabe que debe evitar el contacto visual, mantener la cabeza gacha. Mira la bolsa de redecilla situada ante él y desenvuelve furtivamente un LifeSaver.

El recién llegado empieza a recorrer el pasillo, volviendo de un lado a otro su alargada cabeza con tres agujeros. La música pregrabada —empalagosa, soporífera— resuena por los altavoces de un modo espeluznante. El hombre se detiene; su abultada cabeza se vuelve lentamente hacia la izquierda, como la cabeza de un monstruo lerdo y miope. Extiende un brazo, hace un gesto con la mano: *De pie*. Está señalando a mi hermano.

Aquí dejo de inventar. He hablado con los testigos, con los supervivientes, y sé que mi hermano se levanta y pasa rozando al hombre que ocupa el asiento del pasillo, disculpándose con un «usted perdone». La expresión de su rostro refleja una divertida curiosidad: esta gente es imprevisible, pero no más que la mayoría. Tal vez le hayan tomado por otra persona. O puede que quieran que los ayude a negociar, porque se dirigen hacia la parte delantera del avión, donde otro cabeza roja está esperándoles.

Éste le abre la puerta, como un correcto portero de hotel, dejando entrar todo el fulgor del día. Tras la penumbra del interior, la luz resulta cegadora, y mi hermano empieza a parpadear hasta que la imagen se concreta en dunas y mar, la postal de unas felices vacaciones. Y entonces cae, cae a una velocidad mayor que la de la luz.

Así es como mi hermano entra en el pasado.

Para llegar hasta allí me pasé quince horas en aviones y aeropuertos. Luego vi los edificios, el mar, la pista de aterrizaje; el avión ya no estaba. Al final, lo único que obtuvieron fue la posibilidad de escapar.

No quise identificar el cadáver, ni siquiera verlo. Si no ves el cadáver, te resulta más fácil creer que no ha muerto nadie. Pero sí quise saber si le dispararon antes de arrojarlo a la pista o después. Quería que fuese después, para que hubiera podido conocer ese breve instante de huida, de luz, de falsa salvación.

Durante aquel viaje, no salí afuera de noche. No quería ver las estrellas.

El cuerpo posee sus propias defensas, su propia manera de bloquear según qué cosas. Los del gobierno me dijeron que había estado magnífica, queriendo decir que no les había creado problemas. No me desmayé ni di un espectáculo; hablé con los periodistas, firmé los impresos, tomé las decisiones necesarias. Muchas cosas no las vi ni me vinieron a la mente hasta bastante más tarde.

Lo que en aquellos momentos me vino a la mente fue el gemelo del espacio, el que salía en un viaje interplanetario y regresaba al cabo de una semana para descubrir que su hermano había envejecido diez años.

Ahora yo me haré vieja, pensé. Y él, no.

Mis padres nunca llegaron a comprender la muerte de Stephen, porque carecía de motivo; o, por lo menos, de un motivo que tuviera algo que ver con él. Tampoco la superaron. Antes eran activos, vigorosos, siempre alerta; a partir de ahí, comenzaron a marchitarse.

—Da igual la edad que tengan —dijo mi madre—. Siempre serán tus hijos. —Me lo dice como si se tratara de algo que, más adelante, me será útil conocer.

Mi padre se hizo más bajo y más delgado, visiblemente encogido; se pasaba largos ratos sentado sin hacer nada. Muy impropio de él. Eso me contó mi madre por teléfono, llamada de larga distancia.

Los hijos nunca deberían morir antes que sus padres. No está bien, va contra el orden natural. Porque entonces, ¿quién seguirá adelante?

En cuanto a ellos, mis padres fallecieron de un modo natural, de las cosas de que suele morir la gente de edad, de las que yo misma moriré antes de lo que imagino: mi padre instantáneamente, mi madre un año después, de una lenta y dolorosa enfermedad.

—Menos mal que tu padre se fue como lo hizo —dijo un día mi madre—. Esto le habría resultado odioso.

No dijo nunca si a ella también le resultaba odioso.

Las chicas vinieron a pasar una semana con ella, hace algún tiempo, a comienzos del verano, cuando mi madre seguía aún en su casa del Soo y todos podíamos fingir que se trataba de una visita como otra cualquiera. Yo me quedé cuando se fueron, arrancando los hierbajos del jardín, lavando los platos, porque mi madre nunca quiso comprar un lavavajillas, haciendo la colada en la lavadora automática del sótano, pero colgándola a secar en el tendedero, porque ella opinaba que una secadora consume demasiada electricidad. Engrasando con mantequilla los moldes de los pastelillos. Fingiéndome niña.

Mi madre está cansada, pero sigue activa. Se niega a dormir por la tarde e insiste en ir andando a la tienda de la esquina. «Puedo arreglármelas», dice. No quiere que cocine para ella. «Con la cocina que tengo, no encontrarías las cosas», alega, queriendo decir que será ella quien no encontrará nada si empiezo a enredar en su cocina. Cuando no se da cuenta, meto comidas preparadas en el congelador y la persuado para que las coma diciéndole que se echarán a perder si no lo hace. El desperdicio aún sigue horrorizándola. La llevo al cine, no sin antes informarme del contenido de la película en cuanto a violencia, sexo y muerte, y luego a un restaurante chino. En el norte, en los viejos tiempos, sólo podías confiar en los restaurantes chinos. Los demás se limitaban a servir bocadillos de pan blanco con picadillo de carne, judías tibias y pasteles a base de cartón y pegamento.

Le recetan analgésicos, y luego analgésicos más fuertes. Se pasa más tiempo acostada. «Me alegro de no tener que ir a operarme al hospital —dice—. Las únicas veces en que he pisado un hospital fue para teneros a vosotros. Con Stephen me dieron éter. Me apagué como una luz y, cuando desperté, ahí lo tenía».

Muchas de las cosas que dice se refieren a Stephen. «¿Te acuerdas de los olores que hacía con aquel juego de química suyo? ¡Y eso el día en que venían mis amigas para jugar al *bridge*! Tuvimos que abrir todas las puertas de par en par, y estábamos en pleno invierno». O bien: «¿Te acuerdas de aquel montón de tebeos que guardaba debajo de la cama? No podía ser; eran demasiados. Cuando se fue de casa, me deshice de ellos. Nunca imaginé que pudieran servir de nada. Y ahora he leído que la gente los colecciona, ahora valdrían una fortuna. Siempre habíamos creído que no eran más que basura». Lo dice como riéndose de ella misma.

Cuando habla de Stephen, mi hermano nunca tiene más de doce años. A partir de esa edad, escapó a su comprensión. Llego a darme cuenta de que sentía por él, o sigue sintiendo, una especie de pasmo reverencial, un poquito de miedo. Jamás pretendió traer al mundo a una persona así.

—Aquellas chicas te lo hicieron pasar muy mal —comenta un día. Acabo de preparar una taza de té para cada una (esto me lo ha permitido) y estamos sentadas ante la mesa de la cocina. Todavía se sorprende cuando me descubre bebiendo té, y en varias ocasiones me ha preguntado si no preferiría un vaso de leche.

—¿Qué chicas? —pregunto. Mis dedos están hechos trizas; los destrozo sigilosamente por debajo de la mesa, para no ser vista, como suelo hacer en los momentos de tensión; una mala costumbre que parezco incapaz de abandonar.

—Aquéllas. Cordelia y Grace y la otra. Carol Campbell. —Me mira solapadamente, como para juzgar mi reacción.

—¿Carol? —repito. Recuerdo la imagen de una chica regordeta que hace girar la cuerda de saltar.

—Claro que Cordelia fue tu mejor amiga en la escuela secundaria —prosigue—. Nunca creí que fuera cosa suya. Era aquélla Grace, no Cordelia. Grace la empujaba a hacerlo, es lo que siempre he creído. ¿Qué ha sido de ella?

—No tengo ni idea —respondo. No quiero hablar de Cordelia. Todavía me siento culpable de haberla dejado en la estacada, de no haberla ayudado.

—Yo no sabía qué hacer —dice—. Aquel día vinieron a decirme que te habías quedado castigada en la escuela, por hablarle mal a la maestra. Fue Carol quien lo dijo. No creí que fuese verdad. —Prefiere evitar la palabra «mentira», si es posible.

—¿Qué día? —inquiero cautelosamente. No sé a qué día se refiere. Ha empezado a confundir las cosas, por culpa de las drogas que toma.

—El día que estuviste a punto de congelarte. Si las hubiera creído, no habría salido a buscarte. Bajé por la carretera, junto a la tapia del cementerio, pero no te encontré. —Me mira con inquietud, como preguntándose qué voy a decir.

—Ah, sí —respondo, fingiendo saber de qué me habla. No quiero confundirla más. Pero soy yo la que empieza a sentirse confusa. Mi memoria es trémula, como el agua cuando soplas encima. Por un instante veo a Cordelia y a Grace y a Carol, avanzando hacia mí por entre el asombroso fulgor de la nieve, sus rostros en la sombra.

—Estaba muy preocupada —concluye. Lo que espera de mí es que la perdone, pero ¿por qué?

Algunos días está más fuerte y da la impresión de que mejora. Hoy quiere que la ayude a ordenar las cosas del sótano. «Para que luego no tengas que revolver todos esos trastos viejos», dice con gran delicadeza. Prefiere no pronunciar la palabra «muerte»; no quiere herir mis sentimientos.

No me gustan los sótanos. Éste sigue sin acabar: cemento gris, vigas en el techo. Me aseguro de que la puerta de arriba no pueda cerrarse.

—Tendrías que poner una barandilla en estas escaleras —observo. Es una escalera angosta y peligrosa.

—Me las arreglo bien —contesta mi madre. De la época en que bastaba con arreglárselas.

Clasificamos las revistas viejas, las pilas de cajas de cartón de diversos tamaños, los estantes de botes limpios. Cuando se mudaron, tiró muchas menos cosas de las que hubiera podido; o, si no, es que ha vuelto a acumular más. Voy subiendo cosas y las dejo en el garaje. Una vez allí, parece que nos hayamos deshecho de ellas. Hay todo un estante ocupado por los zapatos y botas de mi padre, en pares alineados: zapatos de ciudad con perforaciones decorativas en la puntera, chanclos, botas de goma, botas hasta el muslo para ir de pesca, botas de suela gruesa para pasear por el bosque, con una pátina de grasa de tocino y cordones de cuero. Algunas de ellas deben de tener cincuenta años o más. Mi madre no quiere tirarlas, ya lo sé, pero tampoco las menciona. Soy consciente de lo que espera de mí, que no dé rienda suelta a mi pena. Pero ya expresé mi dolor en los funerales. No tendrá que vérselas con una chiquilla llorosa, no ahora.

Recuerdo el viejo Edificio de Zoología al que solíamos ir todos los sábados, sus crujientes pasillos con la calefacción demasiado fuerte, los frascos de ojos, los familiares olores a formaldehído y ratones. Recuerdo aquellas comidas con Cordelia, en las que mi padre derramaba sobre nosotras sus advertencias: el agua contaminada, los árboles envenenados, el exterminio de una especie tras otra como hormigas aplastadas por una bota. Nosotras no creíamos que todas estas cosas fuesen profecías. Entonces nos parecían aburridas, una especie de charla de adultos que en nada nos afectaba. Ahora se ha cumplido todo, sólo que peor. Estoy viviendo la pesadilla de mi padre, que no por invisible es menos real. El aire aún se puede respirar, pero ¿hasta cuándo?

Sobre este telón de predicciones ominosas se despliega la jovialidad de mi madre, que ahora veo totalmente deliberada.

Empezamos con el baúl. Es el mismo que recuerdo de nuestra casa de Toronto, y todavía se me antoja misterioso, como un depositario de tesoros. También para mi madre es una aventura: dice que hace años que no abre este baúl, que no tiene ni idea de lo que hay en su interior. No por moribunda está menos viva.

Abro el baúl y al instante florece el olor de las bolas de naftalina. Primero salen las ropitas de bebé, envueltas en papel de seda, y las piezas de plata repujada, de un negro amarillento.

—Guarda esto para las niñas —me dice—. Esto para ti.

El vestido de novia, las fotos de la boda, los parientes teñidos de sepia. Un paquete de plumas. Unos cuantos marcadores de *bridge*, dos pares de guantes de niño de color blanco.

—Tu padre bailaba de maravilla —comenta—. Antes de que nos casáramos. —Yo nunca lo había sabido.

Profundizamos en los distintos estratos, desenterrando descubrimientos: mis fotos de la escuela secundaria, mi boca pintada que no sonrío, un sobre con un mechón de cabellos de alguien, un calcetín de bebé desaparejado, tejido a mano. Guantes viejos, corbatas viejas. Un delantal. Algunas cosas son para guardar, otras, para tirar o regalar. Algunas me las llevaré conmigo. Hacemos varios montones.

Mi madre está entusiasmada, y me contagia parte de su entusiasmo: es como una media de Navidad, sólo que no todo es alegría.

Los cromos de aviones de Stephen, en fajos sujetos por gomas elásticas medio podridas. Sus libros de recortes, sus dibujos de explosiones, sus viejos informes escolares. Todo esto lo deja aparte. Mis propios dibujos y libros de recortes.

Hay fotos de niñas pequeñas que ahora recuerdo claramente, con sus mangas abullonadas y sus faldas rosas y sus lazos en el pelo. Luego, en los álbumes, otras fotos desconocidas recortadas de las revistas: cuerpos de mujer con vestidos de los años cuarenta, sobre los que hay pegadas cabezas de otras mujeres. *Soy un pájaro vigilante que te vigila* A TI.

—Esas revistas te encantaban —observa mi madre—. Te pasabas horas enteras mirándolas, cuando estabas enferma en cama.

Bajo los álbumes de recortes aparece mi viejo álbum de fotos, sus páginas negras unidas por un lazo como un cordón de zapato.

Ahora me acuerdo de que lo guardé en el baúl antes de ir a la escuela secundaria.

—Fue un regalo de Navidad —dice mi madre—. Iba con la cámara.

Dentro está mi hermano, a punto de lanzar una bola de nieve, y Grace Smeath con una corona de flores. Un par de peñas voluminosas, con sendos nombres escritos debajo en lápiz blanco. Yo misma, con una chaqueta de mangas demasiado cortas, ante la puerta de una cabaña de motel. La número 9.



—Me gustaría saber qué se hizo de aquella cámara —dice mi madre—. Supongo que se la regalé a alguien. Al final, te cansaste de ella.

Soy consciente de que hay una barrera entre nosotras. La ha habido desde hace mucho tiempo. Alguna cosa que me ofendió. Siento deseos de estrecharla entre mis brazos. Pero algo me contiene.

—¿Qué es eso? —pregunta.

—Mi viejo bolso —le aclaro—. Es el que llevaba para ir a la iglesia. —Es verdad. Vuelvo a ver aquella iglesia, la cebolla sobre el chapitel, los bancos, los vitrales de colores, EL-REINO-DE-DIOS-ESTÁ-DENTRO-DE-TI.

—Vaya, ¿qué te parece? No sé por qué lo guardé —dice ella con una risita—. Ponlo en el montón de cosas para tirar.

El bolso está completamente aplastado; el plástico rojo se ha abierto por los lados, a lo largo de las costuras. Lo recojo, le doy unos tirones para devolverle su forma. Algo resuena en su interior. Lo abro y encuentro mi ojo de gato azul.

—¡Una canica! —exclama mi madre, con deleite infantil—. ¿Te acuerdas de aquellas canicas que Stephen coleccionaba?

—Sí —contesto. Pero ésta era mía.

La miro, y veo en ella toda mi vida.

Bajando por esta calle estaba la tienda de dulces. Comprábamos tiras de regaliz rojo, chicles, piruletas de naranja, unas bolas negras muy duras que se deshacían lentamente en la boca. Cosas que se podían comprar por un penique, con la cabeza del rey grabada. *Georgias VI Dei Gratia*.

Nunca llegué a acostumbrarme a que la reina fuese adulta. Siempre que veo su cabeza cortada en una moneda, me la imagino a los catorce años, con su uniforme de exploradora, la espalda tan erguida como debían estarlo las nuestras, contemplándome desde los amarillentos recortes de periódico del tablón de la señorita Lumley en cuarto curso; de pie ante el poco manejable rombo de un micrófono de radio, con el ceño fruncido por la seriedad y el miedo bien disimulado, exhortando al valor mientras las bombas caían sobre Londres y nosotras cantábamos *Siempre habrá una Inglaterra* bajo la dirección del amenazador puntero de madera de la señorita Lumley, en un salto temporal de ocho años. Desde entonces, la reina ha tenido nietos, desechado miles de sombreros, le han crecido los pechos y (herejía pensarlo) el comienzo de una doble papada. Nada de esto me engaña. Aquélla, la otra, sigue ahí, en alguna parte.

Sigo andando unas calles más y doblo una esquina, esperando ver la familiar forma alargada de la escuela, en gastados ladrillos rojos color hígado seco. El patio de ceniza, las ventanas altas y estrechas que por Halloween se cubrían de calabazas de papel naranja y gatos negros, los rótulos grabados sobre las puertas, niños y niñas, parecidos a las inscripciones de los panteones de finales del siglo XIX.

Pero la escuela ha desaparecido. En su lugar, una escuela nueva se ha alzado de la noche a la mañana, como un espejismo: colores claros, forma cuadrangular, resplandeciente y moderna.

Es un golpe en la boca del estómago. La antigua escuela ha sido anulada, suprimida del espacio. Es como si no hubiera existido nunca. Me apoyo en un poste del teléfono, desconcertada, como si me hubieran extirpado un fragmento de cerebro. De pronto, me siento mortalmente cansada. Me gustaría irme a dormir.

Al cabo de un rato me acerco a la nueva escuela, cruzo el portón del patio, la rodeo lentamente. Lo de niños y niñas ha sido eliminado, eso está claro, aunque todavía sigue habiendo una cerca de cadenas. El patio está sembrado de columpios, barras para trepar y toboganes, todo pintado en vistosos colores primarios; unos cuantos chicos han salido temprano de almorzar y corretean de un lado a otro.

¡Parece todo tan sano y transparente! Tras esas francas puertas acristaladas no puede haber largos punteros de madera, ni azotes de goma negra, ni duros pupitres en hileras; ni el rey y la reina con su pomposo atuendo de gala, ni tinteros; ni risitas

disimuladas a propósito de la ropa interior; ni viejas amargadas y bigotudas. Ni secretos crueles. Todo eso ha desaparecido.

Llego a la esquina del fondo y ahí está la loma erosionada, con sus escasos árboles dispersos. Entonces, eso no ha cambiado.

En la cima no hay nadie.

Subo por los peldaños de madera y me paro donde solía pararme. Donde aún sigo parada, sin haberme alejado nunca. Las voces de los niños en el patio de juego son como las de todos los niños, en todas las épocas; la luz se condensa bajo los árboles, se vuelve maligna. Estoy rodeada de malevolencia. Es difícil respirar. Tengo la sensación de estar empujando algo, como una opresión, como abrir la puerta contra una tormenta de nieve.

Sácame de esto, Cordelia. Estoy encerrada.

No quiero tener nueve años toda la vida.

El aire es suave, otoñal, y brilla el sol. Estoy de pie, quieta. Y sin embargo voy andando cabeza abajo, hacia el viento inmóvil.

# **XIV**

## **TEORÍA DE CAMPO UNIFICADA**

Me pongo el vestido nuevo, tras quitarle la etiqueta del precio con los alicates de Jon. He terminado de negro, después de todo. A continuación, paso al cuarto de baño para contemplarme, con los ojos entornados, en el mugriento e inadecuado espejo: ahora que lo llevo puesto, el vestido me parece prácticamente igual a todos los demás vestidos negros que he tenido. Compruebo que no hay pelusilla, me pinto los labios de rosa y, al final, acabo ofreciendo un buen aspecto, hasta donde yo alcanzo a ver. Bueno, y también insignificante.

Podría ponerme algo un poco más llamativo. Debería tener unos pendientes vistosos, algunas ajorcas, un lazo de plata colgando de una cadenita, un pañuelo descomunal tipo «estrangúlese usted misma por equivocación» como Isadora Duncan, un broche estilo años treinta con diamantes de imitación, de un mal gusto solapado. Pero no poseo ninguna de estas cosas, y ya es demasiado tarde para salir a comprarlas. Tendré que componérmelas con lo que hay. Antes se daban fiestas de «ven con lo puesto». Iré con lo puesto.

Llego a la galería con una hora de anticipación. Chama no está presente, ni tampoco las otras; puede que hayan salido a comer, o, más probablemente, a cambiarse de ropa. Pero ya está todo a punto, las copas de vino alquiladas, las botellas de prisa mediocre, el agua mineral para los abstemios, porque, ¿quién osaría servir el cloro no adulterado del grifo? Los quesos que empiezan a endurecerse por los bordes, las uvas impregnadas de sulfato, succulentas y brillantes como la cera, hinchadas con la sangre de los moribundos peones de California. No es conveniente estar muy al tanto de estas cosas; a la larga, no puedes llevarte nada a la boca sin percibir un sabor a muerte.

La camarera, una joven de expresión adusta con un peinado a base de espuma y un atuendo negro informal, está sacando brillo a las copas tras la mesa alargada que sirve de mostrador. Le arranco una copa de vino. Sus modales despreocupados pretenden dar a entender que hace este trabajo por dinero, que sus auténticas ambiciones son muy otras.

Al entregarme la bebida, aprieta los labios: no le caigo bien. Seguramente quiere ser pintora y considera que he renunciado a mis principios, que me he doblegado ante el éxito. Con qué facilidad me entregaba yo misma a estos pequeños gestos de esnobismo; qué fáciles me resultaban, en otro tiempo.

Me paseo lentamente por la galería, tomando sorbos de vino y permitiéndome contemplar la exposición, en realidad por primera vez. Lo que hay y lo que no hay. Hay un catálogo elaborado por Chama, un producto de ordenador e impresora láser con un aspecto muy profesional. Recuerdo el catálogo de la primera exposición, hecho en ciclostil, borroso e ilegible, pero cuya pobreza era la credencial de su

autenticidad. Recuerdo el sonido del cilindro al girar, el olor penetrante de la tinta, el dolor que sentía en el brazo.

Al final, ha ganado la cronología: las primeras obras se hallan en la pared del este, lo que Chama denomina el período intermedio, en la pared del fondo y, en la pared oeste, cinco cuadros recientes que nunca habían sido expuestos. Son todo lo que he podido hacer durante el pasado año. Últimamente, trabajo más despacio.

Aquí están las naturalezas muertas. «Las primeras incursiones de Risley en el reino del simbolismo femenino, una investigación sobre el carácter carismático de los objetos cotidianos», según Chama. Dicho de otro modo, la tostadora, la cafetera, el escurridor de mi madre. Los tres sofás. El papel de plata.

Un poco más al fondo están Jon y Josef. Los contemplo con cierto cariño, cariño hacia ellos y sus músculos y sus nebulosas ideas respecto a las mujeres. Su juventud es aterradora. ¿Cómo pude ponerme en manos de tanta inexperiencia?

Luego viene la señora Smeath, muchas veces repetida. La señora Smeath sentada, de pie, acostada junto a su sacrosanta planta de goma, volando, con el señor Smeath pegado a su espalda, follándosela como un escarabajo; la señora Smeath con las bombachas azul oscuro de la señorita Lumley, que en cierto sentido se combina con ella en una simbiosis pavorosa. La señora Smeath surgiendo entre capas y más capas de papel higiénico. La señora Smeath a un tamaño mayor que el natural, mayor de lo que nunca llegó a ser. Eclipsando a Dios.

Dediqué mucho trabajo a este cuerpo imaginado, blanco como una raíz de bardana, fofo como el tocino. Peludo como una oreja por dentro. Me afané en él, ahora me doy cuenta, con dosis considerables de malicia. Pero estas pinturas no son sólo escarnio, no son sólo profanación. También puse luz en ellas. Estas pálidas piernas, estos ojos con montura de acero, están ahí tal y como eran, tan sin adornos como el pan. *Mira*, he dicho. *Ya veo*, he dicho.

Son los ojos lo que ahora contemplo. Antes creía que eran ojos farisaicos, porcinos e infatuados tras el armazón metálico. Pero también son ojos derrotados, inseguros y melancólicos, cargados con el peso de un deber no amado. Los ojos de una persona para quien Dios era un viejo sádico; los ojos de una raída decencia provinciana. La señora Smeath fue trasplantada a la ciudad desde un lugar mucho más pequeño. Una persona desplazada, lo mismo que yo.

Ahora puedo verme como era a través de los ojos pintados de la señora Smeath: una pelagatos desgredada salida de Dios sabe dónde, prácticamente una gitana, con un padre pagano y una madre irresponsable que se paseaba por ahí en pantalones y recogía hierbajos. Estaba sin bautizar, un nido para los diablos: ¿cómo podía ella saber qué gérmenes de blasfemia e impiedad llevaba dentro de mí? Y aun así, ella me acogió.

Parte de todo esto debe de ser verdad. No lo reflejé con justicia, o, mejor dicho, con compasión. Al contrario, buscaba la venganza.

La ley del ojo por ojo sólo conduce a una mayor ceguera.

Me acerco a la pared del oeste, donde están las pinturas nuevas. Son más grandes que mi formato habitual, y se reparten limpiamente la pared.

La primera se titula *Picosegundos*. «Un *jeu d'esprit* —dice Chama— que parte del Grupo de los Siete y reconstruye su visión del paisaje a la luz de la experimentación contemporánea y el pastiche posmoderno».

Se trata verdaderamente de un paisaje pintado al óleo, con el agua azul, los fondos violáceos, los peñascos escabrosos, los árboles desgarrados y barridos por el viento y el denso empaste de los años veinte y treinta. Este paisaje ocupa la mayor parte del cuadro. En la esquina inferior derecha, casi en la misma posición apartada que las piernas de Ícaro en la pintura de Brueghel, mis padres preparan el almuerzo. Tienen una fogata encendida y un perol de lata suspendido sobre ella. Mi madre, con su chaqueta a cuadros escoceses, se inclina sobre el cacharro para remover su contenido, mi padre añade una rama al fuego. Nuestro Studebaker aparece aparcado al fondo.

Estas figuras están pintadas en otro estilo: pulcras, finamente moduladas, realistas como una fotografía. Es como si las iluminara una luz distinta; como si se las viera a través de una ventana abierta en el propio paisaje, para mostrar lo que yace detrás o dentro de él.

Por debajo de ellas, como una plataforma subterránea que les sirve de apoyo, se ve una hilera de símbolos pintados con los colores planos de los frescos de las tumbas egipcias, e inscritos en sendas esferas blancas: una rosa roja, una hoja de arce anaranjada, una concha. En realidad, se trata de los logotipos de las antiguas gasolineras de los años cuarenta. Su carácter obviamente artificial pone en tela de juicio la realidad de paisaje y figuras por igual.

La segunda pintura se titula *Tres musas*. Chama ha tenido algunas dificultades con ésta. «Risley prosigue con su desconcertante desconstrucción del género tal como es percibido y sus relaciones con el poder tal como es percibido, especialmente con respecto a la imaginería luminosa», dice. Si contengo el aliento y entorno los párpados, puedo ver de dónde ha sacado eso: se supone que todas las musas son femeninas, y una de éstas no lo es. Tal vez habría debido titular mi cuadro *Bailarines*, para ahorrarle problemas. Pero es que no son bailarines.

A la derecha se ve una mujer de poca estatura, ataviada con una bata floreada de estar por casa y chinelas de piel auténtica. Se cubre la cabeza con un sombrero rojo adornado con cerezas. Tiene una cabellera negra y grandes aretes de oro, y sujeta un objeto esférico del tamaño de una pelota de plata, que en realidad es una naranja.

A la izquierda hay una mujer de más edad, con cabellos de un gris azulado, enfundada en un vestido largo de seda color lavanda. Lleva un pañuelo de encaje embutido en la manga, y su boca y nariz están cubiertas por una mascarilla de enfermera. Por encima de la mascarilla asoman los ojos de un azul brillante,

arrugados en los bordes y penetrantes como tachuelas. Entre sus manos sostiene un globo terráqueo.

De pie entre ambas se halla un hombre delgado de tez morena y dientes muy blancos, que esboza una sonrisa insegura. Viste un traje oriental en rojo y oro con profusión de bordados, bastante parecido al atuendo de Baltasar en *La adoración de los Magos* de Jan Gossaert, pero sin corona ni pañuelo. También él sostiene un objeto redondo: es plano como un disco, y parece estar hecho de vidrio color morado. Sobre la superficie de este disco, dispuestos como al azar, se ven varios objetos de un rosa vivo, no muy distintos a los que pueden hallarse en las pinturas abstractas. En realidad se trata de huevos de procesionaria vistos en sección, aunque supongo que sólo un biólogo podría reconocerlos.

La disposición de las figuras recuerda a la de las Tres Gracias clásicas, o, en otro orden de cosas, a la de los niños de diversas razas que se arracimaban en torno a Jesús en la portada del periódico de mi antigua escuela dominical. Pero aquéllos estaban vueltos de espaldas, y las figuras de mi cuadro están de cara al espectador. Hacen ademán de ofrecer sus regalos, como si fueran a entregárselos a alguien situado en el exterior de la pintura.

La señora Finestein, la señorita Stuart de la escuela, el señor Banerji. No como eran en realidad para ellos mismos: sólo Dios sabe lo que veían ellos en sus propias vidas, o lo que pensaban. ¿Quién sabe qué cenizas de campo de exterminio soplaban a diario por la cabeza de la señora Finestein, en aquellos años inmediatamente posteriores a la guerra? Lo más probable es que el señor Banerji no pudiera andar por estas calles sin miedo: a un empujón, a una palabra susurrada o gritada. La señorita Stuart era una exiliada de la devastada Escocia aún en decadencia, a cinco mil kilómetros de distancia. Yo sólo fui un incidente secundario en sus vidas; la bondad que me mostraron, indiferente y fortuita.

Estoy segura de que en ningún momento se les ocurrió pensar en ella ni en lo que podía significar para mí. Pero ¿por qué no he de recompensarlos, si me place? Jugar a ser Dios, otorgarles la gloria póstuma de la pintura. Y no porque hayan de enterarse nunca. A estas alturas ya deben de estar muertos, o muy ancianos. Y en otro lugar.

El tercer cuadro se titula *Un ala*. Lo pinté para mi hermano, después de su muerte.

Se trata de un tríptico. Los dos paneles laterales son más pequeños. En uno de ellos aparece un aeroplano de la Segunda Guerra Mundial, pintado en el estilo de los cromos que salían en los paquetes de cigarrillos; en el otro hay una gran mariposa luna de color verde claro.

En el panel central, el más grande, se ve un hombre cayendo desde el cielo. Que está cayendo y no volando se deduce claramente de su posición, que es casi cabeza abajo, formando un ángulo oblicuo con las escasas nubes; pese a ello, su apariencia



es tranquila. Viste un uniforme de la RCAF<sup>[3]</sup> de la Segunda Guerra Mundial. No tiene paracaídas. En su mano derecha lleva una espada de madera.

Éstas son las cosas que hacemos para mitigar el dolor.

Chama opina que se trata de una declaración a propósito de los hombres, y de la naturaleza infantil de la guerra.

La cuarta pintura se titula *Ojo de gato*. Viene a ser una especie de autorretrato. Mi rostro aparece en primer plano, a la derecha, aunque visto únicamente desde la mitad de la nariz hacia arriba: sólo están la parte superior de la nariz, los ojos que miran fuera del cuadro, la frente y el copete de pelo. He puesto las arrugas incipientes, las minúsculas patas de gallo en las comisuras de los párpados. Unas cuantas canas. Esto es trampa, porque en la vida real me las arranco.

Por detrás de mi media cabeza, en el centro del cuadro, suspendido en el cielo, hay un espejo de cuerpo entero, convexo y rodeado por un marco ornamentado. En él se puede ver una parte de mi cogote, pero el cabello es distinto, más joven.

A lo lejos, y condensadas por el espacio curvo del espejo, hay tres figuras chiquitas ataviadas con la ropa de invierno que usaban las niñas de hace cuarenta años. Los rostros en la sombra avanzan hacia el frente sobre un campo de nieve.

El último cuadro lleva por título *Teoría de Campo Unificada*. Es un rectángulo vertical mayor que las restantes pinturas. Un puente de madera lo cruza horizontalmente, un poco por encima de una tercera parte de su altura. A ambos lados del puente se ven las copas de los árboles, desprovistas de hojas y cubiertas de nieve, como después de una nevada húmeda e intensa. Esa misma nieve cubre también las barandillas y los puntales del puente.

Sobre el punto más alto de la barandilla, pero situada de tal manera que sus pies no llegan a tocarla, se yergue una mujer vestida de negro, con los cabellos cubiertos por un velo o caperuza del mismo color. Aquí y allí, sobre la negrura del vestido o capa, resaltan puntitos de luz. El cielo a sus espaldas es el cielo de después del ocaso; arriba del todo puede verse la mitad inferior de la luna. El rostro de la mujer queda parcialmente en la sombra.

Es la Virgen de las Cosas Perdidas. Entre las manos, a la altura del corazón, sostiene un objeto de vidrio: una descomunal canica ojo de gato con el centro de color azul.

Bajo el puente se ve el firmamento nocturno, como se vería a través de un telescopio. Estrellas y más estrellas, rojas, azules, amarillas y blancas, turbulentas nebulosas, galaxias y más galaxias: el universo, en toda su incandescencia y oscuridad. O eso se diría. Pero también hay guijarros, escarabajos y raicillas, porque se trata de la parte oculta de la tierra.

En el borde inferior de la pintura, la oscuridad palidece y se disuelve en un tono más claro, el azul transparente del agua, pues es por ahí por donde fluye el arroyo,

por debajo de la tierra, por debajo del puente, procedente del cementerio. El país de los muertos.

Me acerco al bar, pido otra copa de vino. Es de mejor calidad que el peleón que solíamos comprar para estos acontecimientos.

Deambulo por la sala, envuelta en el tiempo que he hecho; que no es un lugar, que sólo es una forma borrosa, el filo movedizo en que vivimos; que es fluido, que se cierra sobre sí mismo como una ola. Quizá creyera estar rescatando algo del tiempo, preservando algo; como todos aquellos pintores de siglos ha, que creyeron traer el Cielo a la Tierra, las revelaciones de Dios, las estrellas eternas, sólo para que sus planchas de madera o yeso fuesen hurtadas, extraviadas, quemadas, hechas añicos, destruidas por el moho y la podredumbre.

Bastaría un techo con goteras, una cerilla y un poco de gasolina para terminar con todo esto. ¿Por qué esta idea se me aparece no como una amenaza, sino como una tentación?

Porque ya no puedo controlar estas pinturas, ni decirles lo que han de significar. Poca o mucha, toda la energía que poseen ha salido de mí. Yo soy lo que ha quedado.

Ahora Charna se precipita hacia mí enfundada en cuero malva, resonante de oro falso. Me conduce apresuradamente al despacho interior: no quiere verme paseando por la galería desierta, sin saber qué hacer, mientras empiezan a llegar los primeros curiosos; no quiere que dé una imagen azorada y demasiado anhelante. Más tarde, cuando el nivel de ruido sea lo bastante alto, haremos nuestra entrada juntas.

—Aquí puedes relajarte —dice, lo cual es bastante improbable.

Me acabo la segunda copa en su oficina, recorriendo el espacio vacío. Esto es como las fiestas de cumpleaños, con las serpentinas y los globos a punto y los bocadillos esperando en la cocina, pero ¿y si no viene nadie? ¿Qué será peor, que no vengan o que vengan? Pronto se abrirá la puerta y entrará atropelladamente una horda de jovencitas desdeñosas y traicioneras, susurrando y señalando, y yo me mostraré servil y agradecida.

Empiezan a sudarme las manos. Pienso que otra copa me calmará, una mala señal. Saldré a la sala a flirtear, porque sí, para ver si todavía le intereso a alguien. Pero tal vez no haya nadie con quien flirtear. En tal caso, me emborracharé. Puede que acabe vomitando en el lavabo, con o sin exceso de alcohol.

En otros sitios no soy así, no hasta tales extremos. No habría debido volver a esta ciudad que me la tiene jurada. Me creía capaz de mirarla de arriba abajo. Pero aún sigue teniendo poder, como un espejo que te muestra únicamente la mitad estropeada de tu cara.

Pienso en darme a la fuga por la puerta de atrás. Podría enviar un telegrama más tarde, alegando enfermedad. Eso daría pie a un buen rumor: una enfermedad insidiosa, invisible, que me mantendría al margen de estas cosas por siempre jamás.

Pero Chama reaparece en el umbral justo a tiempo, enrojecida de excitación.

—Ha venido muchísima gente —me anuncia—. Se mueren por conocerte. Estamos orgullosísimas de ti. —Esto se parece tanto a lo que diría la familia, una madre o una tía, que me coge desprevenida. ¿Qué familia es ésta, y de quién es familia? He caído en una encerrona: la niña recalcitrante antes del recital de piano, o, más a propósito, el viejo caballo de guerra cubierto de cicatrices, veterano de antiguas batallas a duras penas recordadas, al que se va a hacer entrega de un reloj de oro, un apretón de manos y un sentido voto de agradecimiento. Un descolorido halo de tinta azul se cierne a mi alrededor.

De pronto, Chama extiende sus brazos hacia mí y me da un breve abrazo metálico. Tal vez este afecto sea auténtico, tal vez deba sentirme avergonzada de mis pensamientos cínicos y amargados. Tal vez sea verdad que me aprecia, que me quiere bien. Casi podría creerlo.

Estoy plantada en la sala principal, negra de pies a cabeza, con la tercera copa de vino tinto en la mano. Chama me ha dejado para mezclarse con la multitud, en busca de personas que se mueren por conocerme. Estoy a su disposición. Estiro el cuello para escrutar la muchedumbre, que ha eclipsado las pinturas; ahora sólo se ven unos cuantos fragmentos de cabeza, unos cuantos cielos, unos cuantos fondos y nubes. Sigo esperando, o temiendo, que se presenten personas que debería conocer, que he conocido, y que sólo pueda identificarlas a medias. Se adelantarán hacia mí con la mano extendida, chicas de la escuela secundaria abotargadas o disminuidas, el cutis arrugado, el ceño permanente, apuestos novietes de hace treinta años que ahora son calvos, se han dejado bigote o se han encogido. ¡*Elaine!* ¡*Qué alegría volver a verte!* Tendrán ventaja sobre mí, porque mi cara sale en el cartel. Mi sonrisa será de bienvenida, mientras mi mente frenética registra el pasado en busca de sus nombres.

En realidad sólo espero a Cordelia, sólo deseo ver a Cordelia. Hay cosas que necesito preguntarle. No de lo que ocurrió entonces, en el tiempo que perdí, porque eso ahora ya lo sé. Necesito preguntarle el porqué.

Si se acuerda. Puede que haya olvidado todas las cosas malas, las que me dijo, las que hizo. O tal vez las recuerde, pero de un modo secundario, como podría acordarse de un juego, de una travesura determinada, de un secreto trivial, de esos que las chicas se cuentan para olvidarlos enseguida.

Sin duda tendrá su propia versión. No seré el centro de su historia, porque este lugar es de ella. Pero podría darle una cosa que nunca puedes tener si no es por medio de otra persona: lo que pareces vista desde afuera. Un reflejo. Ésta es la parte de ella misma que yo podría restituírle.

Somos como los hermanos gemelos de las viejas fábulas, cada uno de los cuales ha recibido la mitad de una llave.

Cordelia se abrirá paso entre la gente, una mujer de edad incierta vestida de *tweed* irlandés, con pendientes de madreperla engastados en oro y unos hermosos zapatos, bien cuidada; *soignée*, como antes se decía. Sabiendo cuidar de ella misma, igual que yo. Sus cabellos estarán suavemente escarchados, su sonrisa será inquisitiva y un punto irónica. No sabré reconocerla.

En la sala hay muchas mujeres, varios pintores, alguna gente adinerada. En general, Chama tiende a traerme a la gente adinerada. Estrecho sus manos, contemplo cómo mueven los labios. En otros lugares tengo más energía para esta clase de cosas, estos actos de exhibicionismo; puedo afrontarlos con desfachatez. Pero aquí tengo la impresión de estar completamente desnuda.

Aprovechando un hueco entre rico y rico, se me acerca una joven. Es pintora, no hace falta decirlo, pero de todas formas lo dice. Lleva minifalda y leotardos y zapatos de lazo planos y voluminosos, lleva el cabello rapado en la nuca como solía llevarlo

mi hermano, un corte de muchacho de fines de los años cuarenta. Es pos-todo, es lo que vendrá después del «post». Es lo que vendrá después de mí.

—Tus primeras obras me encantaban —comenta—. *Mujeres cayendo*, ésa me encantó. Me refiero a que, de algún modo, venía a resumir toda una época, ¿verdad? —No pretende ser cruel, no se da cuenta de que acaba de relegarme al cuarto de los trastos viejos, junto con los teléfonos a manivela y los corsés de ballenas. En otro tiempo le habría dirigido una réplica demoledora, algún comentario de los que levantan ampollas, pero ahora mismo no se me ocurre nada pertinente. Estoy desentrenada, estoy perdiendo el temple. Por otra parte, ¿de qué serviría eso? Su admiración, aunque expresada en pasado, es sincera. Debería mostrarme benigna. Me quedo ahí parada, institucionalizada, con la sonrisa petrificada. La eminencia se encarama por mis piernas como una gangrena.

—Me alegro mucho —logro decir.

En caso de duda, miente como una bellaca.

Estoy plantada junto a la pared, con otra copa llena en la mano. Estiro el cuello para escrutar la muchedumbre, por encima de las cabezas bien arregladas: ya es hora de que aparezca Cordelia, pero aún no ha aparecido. El desencanto va en aumento, y la impaciencia, y luego la ansiedad. Ya hace rato que debe de haber salido rumbo a la galería. Debe de haberle ocurrido algo por el camino.

Esto sucede mientras voy estrechando manos y diciendo cosas, y la sala se vacía gradualmente.

—Todo ha salido a pedir de boca —dice Chama con un suspiro, creo que de alivio—. Has estado maravillosa. —Está satisfecha porque no he mordido a nadie ni les he derramado el vino sobre las piernas ni he tenido, en general, ningún otro detalle de artista—. ¿Te vienes a cenar con nosotras?

—No —rehúso—. No, gracias. Estoy cansada hasta los huesos. Me parece que me iré directamente a dormir. —Paseo la vista en torno, una vez más: Cordelia no está en la sala.

*Cansada hasta los huesos*, una vieja expresión de mi madre. Aunque los huesos en sí nunca se cansan. Son resistentes, tienen mucha vitalidad; permanecen años y años, cuando el resto del cuerpo ya se ha marchado.

Me dirijo hacia un futuro en el que iré repantigada en una silla de ruedas, perdiendo el pelo y babeando, mientras una joven desconocida me va dando cucharadas de papilla y yo sigo de pie en la nieve debajo del puente, siempre debajo del puente. Mientras Cordelia se desvanece y se desvanece.

Salgo a la calle, a la acera iluminada por el crepúsculo, fuera de la galería. Quiero tomar un taxi, pero a duras penas puedo alzar la mano.

Estaba preparada para casi todo; salvo la ausencia, salvo el silencio.

Torno un taxi que me lleva de vuelta al estudio y subo los cuatro tramos de escaleras, con su escasa iluminación nocturna, descansando en cada rellano. Escucho los latidos de mi corazón, que palpita sorda y apresuradamente en mi interior, bajo las capas de ropa.

Un corazón gastado, en declive. No hubiera debido beber tanto vino. Hace frío aquí, se ve que escatiman la calefacción. El sonido de mi respiración, un jadeo incorpóreo, me llega como si fuese la respiración de otra persona.

*Cordelia tiene tendencia a existir.*

Inserto torpemente la llave en la cerradura, busco a tientas el interruptor de la luz. Podría pasar muy bien sin todas esas partes de cuerpo artificiales que hay en el estudio. Me dirijo a la cocinilla, renqueando un poco y sin quitarme el abrigo, porque aún tengo frío.

Lo que ahora me hace falta es un buen café. Lo preparo, sostengo la taza caliente entre ambas manos, la llevo al banco de trabajo y hago un hueco para los codos entre las afiladas herramientas y los pedazos de alambre. Mañana estaré fuera de esta ciudad, y ya era hora. Aquí hay demasiado tiempo viejo.

*Bien, Cordelia. Te la devuelvo.*

No reces nunca para pedir justicia, porque podrían concedértela.

Bebo el café sin soltar la taza temblorosa, y un hilillo de líquido caliente resbala por mi barbilla. Menos mal que no estoy en un restaurante. No queda bien que una mujer se emborrache. Los hombres que se emborrachan encuentran mayor comprensión, se los absuelve más fácilmente, pero ¿por qué? Debe de ser porque tienen mejores motivos.

Utilizo la manga del abrigo para enjugarme el rostro, que está húmedo porque estoy llorando. Es precisamente la clase de cosa de la que debo precaverme: llorar sin motivo, dar un espectáculo. Tengo la sensación de estar dando un espectáculo, pese a que no me ve nadie.

*Estás muerta, Cordelia.*

No, no lo estoy.

*Sí que lo estás. Estás muerta.*

*Tiéndete.*

**XV**  
**EL PUENTE**

Estoy un tanto aturdida, como convaleciente. He dormido envuelta en el *duvet*, sin quitarme el vestido negro porque no me sentía con fuerzas para eso. He despertado a mediodía con la cabeza hinchada y algodonosa, palpitante por la resaca, para descubrir que había perdido el avión. Hacía mucho tiempo que no bebía tal cantidad de lo que fuese. Al igual que con tantas otras cosas, habría debido imaginármelo.

Ahora está cayendo la tarde. El cielo es blando y gris, bajo, húmedo y emborronado como un secante mojado. El día se me antoja vacío, como si todo el mundo lo hubiese abandonado; como si ya no quedara nada más por venir.

Camino por la acera, alejándome de la escuela demolida. Mi vieja ruta, aún podría recorrerla con los ojos vendados. Como siempre en estas calles, me siento objeto de aversión.

El puente está más abajo. Visto desde aquí, parece neutral. De pie en lo alto de la colina, tomo una bocanada de aire. Luego empiezo a bajar.

Resulta asombroso lo poco que ha cambiado. Las casas de ambos lados son las mismas, aunque el sendero embarrado ha desaparecido: en su lugar se encuentra una limpia barandilla, un camino de hormigón bien acondicionado. El olor de las hojas caídas aún subsiste, el punzante olor de su lenta descomposición, pero las matas de beleño con sus flores y bayas, las malas hierbas y los escombros variados han sido eliminados, y todo presenta un aspecto cívico y cuidado.

Aun así, queda un susurro de hojas, un rancio hedor subyacente que habla de gatos, de sus cacerías y peleas furtivas, que todavía permanecen bajo la engañosa pulcritud. Hay otro paisaje, más salvaje y enmarañado, que se alza bajo la superficie del paisaje visible.

Recordamos por los olores, al igual que los perros.

Los sauces que bordean el sendero son los mismos. Aunque han crecido, también he crecido yo, de modo que la distancia que nos separa se mantiene constante. El puente en sí es distinto, desde luego: el que hay ahora es de hormigón y tiene alumbrado nocturno; no es de madera, ni está a punto de derrumbarse, ni huele a podrido. Sin embargo, es el mismo puente.

La jarra de luz de Stephen sigue enterrada ahí abajo, por alguna parte.

En esta época del año, el día termina pronto. Reina el silencio, sin voces de niños; sólo el monótono crascitar de un cuervo y, más allá, el ruido oceánico del tráfico lejano. Apoyo los brazos en la pared de hormigón y atisbo por entre las ramas desnudas que son como el coral seco. Recuerdo haber pensado, en otro tiempo, que si saltaba desde aquí no sería una caída, sino una zambullida; que si moría de esta manera, sería una muerte suave, como ahogarse. Pero más abajo, en el suelo, hay una



calabaza arrojada desde lo alto y espachurrada, desagradablemente parecida a una cabeza.

El barranco está más cubierto de árboles y matorrales. Entre ellos discurre el riachuelo, un agua transparente que no es buena para beber. Han retirado la basura, las piezas de automóvil oxidadas y los neumáticos abandonados; esto ya no es un vertedero extraoficial, sino una ruta *de jogging*. Esta senda para corredores, bien cubierta de gravilla, se remonta hacia la carretera distante y hacia el cementerio, donde los muertos siguen esperando, olvidándose de ellos mismos átomo a átomo, fundiéndose como carámbanos, rezumando cuesta abajo hacia el río.

Ahí fue donde me caí al agua, aquélla es la orilla por la que trepé. Ahí permanecí en pie bajo la nieve que caía, incapaz de conjurar la voluntad de moverme. Ahí fue donde oí la voz. No hubo ninguna voz. Nadie bajó desde el puente caminando por el aire, no hubo ninguna señora de capa oscura que se inclinara sobre mí. Aunque ahora he vuelto a verla con absoluta claridad, precisa hasta el último detalle, su silueta encapuchada sobre las luces del puente, el rojo del corazón bajo la capa, sé que esto nunca sucedió. Sólo hubo tinieblas y silencio. Nadie y nada.

Suena un ruido: un zapato sobre una piedra suelta.

Es hora de regresar. Me aparto del muro de hormigón y el cielo se mueve de costado.

Sé que si me doy la vuelta, en este mismo instante, y miro a lo largo del sendero, allí habrá alguien de pie. Al principio creo que seré yo misma, con mi antigua chaqueta, mi gorro azul tejido a mano. Pero luego veo que es Cordelia. Se ha detenido a media ladera, y está mirando hacia atrás por encima del hombro. Lleva puesta su chaqueta gris para la nieve, pero la capucha es negra, y su cabeza está descubierta. Lleva los mismos calcetines largos de lana verde, desaliñadamente arrugados en torno a los tobillos, los zapatos Oxford marrones con la puntera desgastada, un cordón roto y anudado, el cabello castaño amarillento con el flequillo sobre los ojos, los ojos verdegrises.

Hace frío, cada vez más. Puedo oír el susurro de la nevisca, el agua que se desliza bajo el hielo.

Sé que está mirándome, esbozando una leve sonrisa con los labios torcidos, el rostro inexpresivo y desafiante. Vuelve a haber la misma vergüenza, la sensación enfermiza en el cuerpo, la misma conciencia de mi propia ineptitud, torpeza, debilidad; el mismo deseo de ser amada; la misma soledad, el mismo temor. Pero estas emociones ya no son mías. Son de Cordelia, como siempre lo fueron.

Ahora soy la mayor, la más fuerte de las dos. Si se queda ahí por más tiempo, se morirá de frío; se quedará atrás, en el tiempo equivocado. Ya casi es demasiado tarde.

Extiendo mis brazos hacia ella, me inclino con las manos abiertas para mostrar que no oculto ningún arma. «Está bien —le digo—. Ya puedes irte a casa».

La nieve de mis ojos se deshace como humo.

Cuando por fin me vuelvo, Cordelia ya no está ahí. Sólo una mujer de edad mediana, de cabeza descubierta y mejillas enrojecidas, que baja por la colina hacia mí, enfundada en unos tejanos y un grueso pullóver blanco, con un perro sujeto de una correa verde, un terrier. Pasa junto a mí y me sonrío, una sonrisa neutra y civilizada.

No me queda nada por ver. El puente sólo es un puente; el río, un río; el cielo, un cielo. El paisaje ahora está vacío, un sitio adecuado para ir a correr los domingos. O no exactamente vacío: lleno de lo que es por sí mismo, cuando yo no miro.

Estoy en el avión, volando rumbo oeste hacia la costa y las montañas de tarjeta postal. Enfrente mío, al otro lado la ventanilla, el sol se hunde en una mortífera, vulgar, no pintable y gloriosa exhibición de rojos y morados y anaranjados; a mis espaldas avanza la noche habitual. Debajo, en el suelo, se extienden las praderas, vastas y mundanas y verosímiles como alucinaciones, espolvoreadas ya de nieve y surcadas por ríos sinuosos.

Tengo el asiento de la ventanilla. Justo delante del mío viajan dos señoras de edad, mujeres de edad, ambas con chaqueta de punto, ambas con una cabellera blancoamarillenta y gafas de gruesos cristales con una cadenilla para llevarlas colgadas al cuello, ambas con una boca reseca osadamente pintada de rojo vivo. Tienen las bandejas desplegadas y están tomando té y jugando a las cartas, manoseando los resbaladizos naipes, riéndose como un coche sobre la grava cada vez que hacen trampas o cometen una equivocación. De vez en cuando se levantan, desabrochándose laboriosamente el cinturón de seguridad, y se bambolean hacia la cola del avión para fumarse un cigarrillo y esperar su turno ante el aseo. Al regresar intercambian bromas de cuarto de baño, ocurrencias irónicas sobre cuestiones como mojarse encima o encontrarse sin papel higiénico, contemplándome al mismo tiempo con mirada socarrona. Me gustaría saber qué edad deben de tener, bajo el disfraz de sus cuerpos; o qué edad me calculan. Puede que me vean como su madre.

Yo las encuentro asombrosamente despreocupadas. Han estado ahorrando para hacer este viaje y se hallan absolutamente dispuestas a disfrutarlo, pese a la artritis de una, las piernas gotosas de la otra. Son revoltosas, y rebosan de entusiasmo y energía; son tan alborotadoras como si tuvieran trece años, son inocentes y obscenas, todo les importa un bledo. Las responsabilidades se han desprendido de ellas, las obligaciones, los viejos rencores y agravios; ahora, por un breve tiempo, pueden volver a jugar como chiquillas, pero esta vez sin el dolor.

Eso es lo que yo añoro, Cordelia: no algo que ha desaparecido, sino algo que nunca existirá. Dos viejas riéndose tontamente ante sus tazas de té.

Ahora es plena noche; una noche clara, sin luna y cuajada de estrellas, que no son tan eternas como antes se creía, y que no están donde suponemos. Si las estrellas fuesen sonidos, serían los ecos de algo que ocurrió hace millones de años: una palabra hecha de números. Ecos de luz, refulgiendo en medio de la nada. Una luz vieja, escasa. Pero suficiente para ver.

# Notas

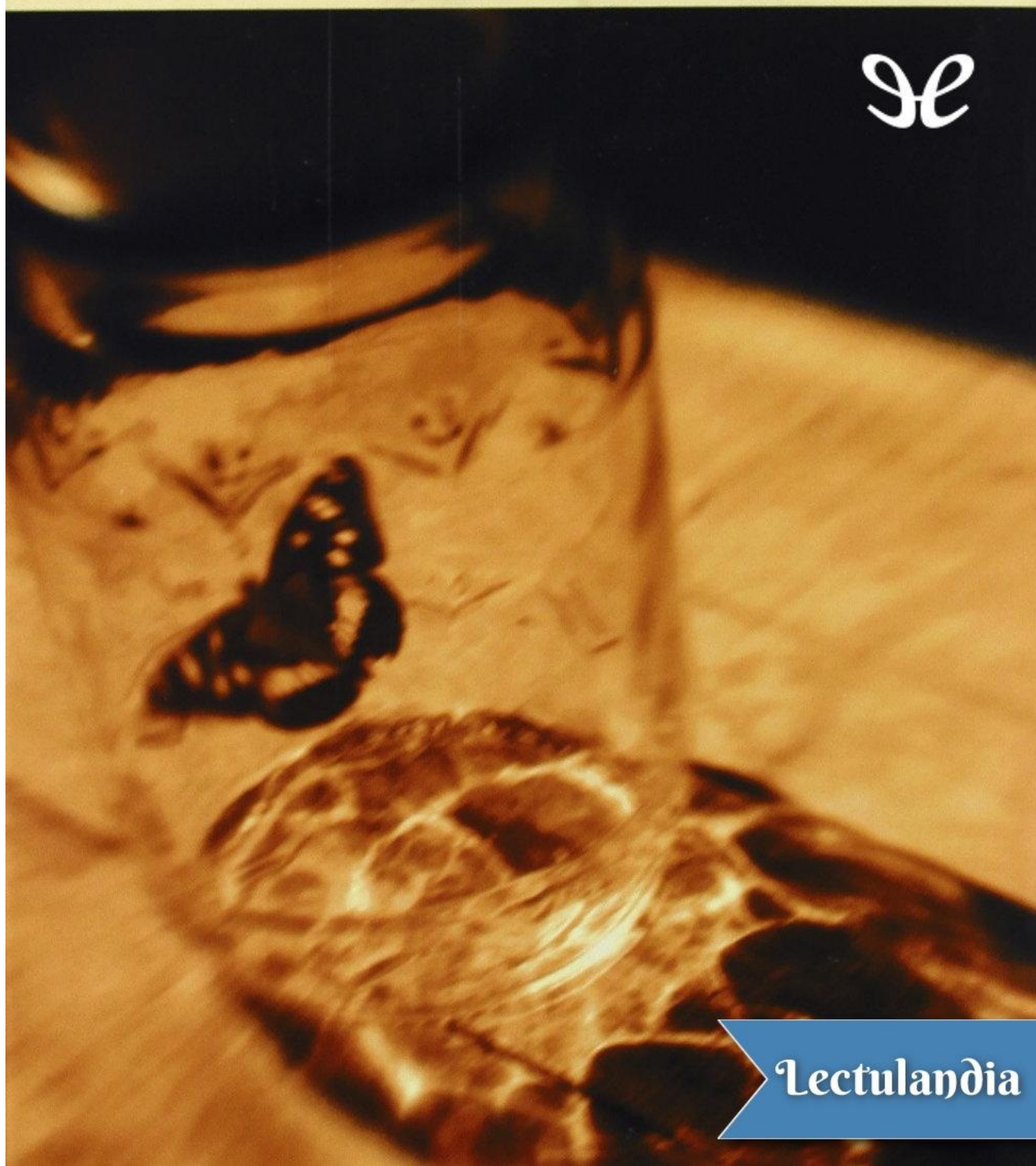
[1] En inglés, *well* puede significar tanto «bien» como «pozo»; de ahí la gracia del chiste. (*N. del T.*) <<

[2] La disposición gráfica del texto provoca un triple sentido: por un lado, *Up your manifesto!* sería: «¡Arriba tu proclama!»; por otro, *Up your man!* equivale a «¡Viva tu hombre!»; finalmente, *Up your, man!* alude a *up yours*, que en castellano sería: «¡Que te den!». <<

[3] *Royal Canadian Air Force*, las Reales Fuerzas Aéreas Canadienses. (N. del T.) <<

MARGARET  
ATWOOD

OJO DE GATO



Lectulandia



